JODI ELLEN MALPAS

ATRACCIÓN SIN REGLAS

EL REGRESO



Volumen 3

Planeta

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Biografía

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Epílogo

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora **Descubre** **Comparte**

Sinopsis

Desde el momento en que Danny Black conoció a Rose Cassidy, supo que ella sería su perdición. Su retorcido amor le dio un nuevo propósito más allá de dominar Miami con puño de hierro. Para Black, fingir su propia muerte y desaparecer en Santa Lucía fue la única forma de escapar del submundo que los había unido. Sin embargo, su reclusión se vio interrumpida cuando un famoso asesino le hizo una oferta que no pudo ignorar.

James Kelly solo tenía un objetivo en mente: vengar la muerte de su familia a toda costa. Pero cuando se cruza con Beau Hayley, una ex policía con el alma torturada, su misión toma un giro inesperado. En lugar de cumplir con su cometido y liquidarla, se enamora perdidamente de ella. Ahora se ve obligado a pedir la ayuda del infame Danny Black. Aunque el retorno del Británico desencadena una guerra aún más peligrosa.

Dos hombres letales con un objetivo común: sobrevivir a cualquier precio. Solo uno de ellos puede regresar con vida del otro lado.

EL REGRESO

Atracción sin reglas, 3

Jodi Ellen Malpas

Traducción de Milo Krmpotić

Planeta

Biografía

Autora número uno en *The New York Times*, Jodi Ellen Malpas nació y se crio en Inglaterra, donde vive con su marido, sus hijos y Theo, su dóberman. Se considera una soñadora y siente debilidad por los hombres alfa. Después de escribir en secreto durante demasiado tiempo, se dio a conocer en 2012 con la serie Mi hombre, protagonizada por el irresistible Jesse Ward, convirtiéndose en un auténtico fenómeno. A petición de su legión de lectoras, Jodi volvió con la serie Ella, esta vez contada por Jesse Ward, que la convirtió en la reina de la novela romántica. Es autora también de la trilogía Una noche (*Deseada*, *Traicionada* y *Enamorada*) y de la serie Atracción sin reglas (*El Británico*, *El Enigma* y *El regreso*). Su gran pasión es escribir poderosas historias de amor con personajes feroces e inolvidables. Sus novelas se han traducido a veinticinco lenguas y cuentan con el reconocimiento de millones de lectores en todo el mundo.

Capítulo 1

DANNY

Santa Lucía, en la actualidad

No sé por qué sonrío. He descubierto hace poco que alguien quiere asesinarme, y es todo un logro, porque se supone que ya estoy muerto. Pero se trata de este lugar. Del sonido del mar. Del aire salobre. De esas aguas de color turquesa que se extienden hasta donde alcanza la vista.

Y también al hecho de que mi esposa, bella y salvaje, esté esperando que vuelva a casa después del viaje a Miami. Un viaje que se negó a aceptar; el viaje por el que me amenazó con pedir los papeles de divorcio. Sabe lo que pasaría si llegara a atreverse. Le meteré los papeles por el culo al abogado que venga a dármelos, y detrás irá también una escopeta para hacerlos pedazos.

Cierro la puerta del Escalade y contemplo nuestra mansión mientras saco un cigarrillo y lo enciendo. He fumado más en los últimos tres días que en los últimos tres años. Es lo que tiene descubrir que te han hecho resucitar. Doy una calada larga y exhalo el humo poco a poco, pensativo.

—Es hora de enfrentarse a las consecuencias, Danny —digo en voz baja, colgándome la bolsa de viaje del hombro, antes de recorrer el camino.

No entro por la puerta principal, me desvío hacia la parte trasera y dejo la bolsa en la terraza. Sacudo las piernas para quitarme los zapatos y sigo el sendero hasta la playa hasta detenerme en lo alto de una duna cuando la veo parada en la orilla, contemplando el mar. Incluso desde aquí puedo oír sus pensamientos, sus preocupaciones. Se envuelve el vientre con los brazos en un gesto de protección, su cabello largo se ondea con la brisa, su cuerpo bronceado resplandece bajo el sol abrasador. Gimo por lo bajo y echo los hombros hacia atrás. Me abruma la necesidad de hacer lo que mejor se nos da: follar. Y vamos a follar, pero justo después de que la haya tranquilizado.

Uno de nuestros empleados aparece y rodea la piscina con una manguera enrollada alrededor del brazo.

—Señor Black —dice, asintiendo con la cabeza en señal de respeto—, bienvenido a casa.

—Gracias, Keith. —Vuelvo la mirada hacia Rose, en la orilla, y me preparo para el reencuentro, que va a ser tan eléctrico como peligroso—. ¿Cómo ha estado la señora?

—Callada, señor Black.

Asiento con la cabeza; no me cuenta nada que no supiera ya. Callada, sí. Lo sé porque ha ignorado todas mis putas llamadas y se ha negado a contestar a mis mensajes de texto. Tuve que recurrir al ama de llaves para saber cómo estaba, para asegurarme de que mi esposa estuviera viva y no me hubiera abandonado. Entiendo que esté cabreada conmigo, pero ya ha dejado clara su opinión. Ahora yo estoy a punto de darle la mía.

Obligo a mis pies a avanzar, le doy una última calada al cigarrillo y la lanzo por el aire sin apartar la vista en ningún momento de Rose. Identifico el momento en que percibe mi presencia, porque levanta los hombros y endereza la espalda. Pero no se da la vuelta para darme la bienvenida con los brazos abiertos. No se echa sobre mí, no corre a devorarme, no me dice que da gracias porque haya vuelto de una pieza. «Vivo.» Es un témpano de hielo. Adelante. No tardaré en extraerle algún sonido.

—Me recuerdas a una persona que conocía —le digo en un susurro, mientras levanto la mano para tirar del nudo de la parte superior de su bikini, que se deshace. Los extremos de la tira caen bajo sus brazos.

—No hagas eso —dice mirando al agua, sin mover los brazos, manteniendo la tela pegada al cuerpo.

Avanzo, dejo descansar mi boca sobre su hombro, saboreo la sal mezclada con su fragancia habitual. Ha estado nadando en el mar, arriba y abajo, pasando el rato. Pero yo ya he vuelto y no me iría mal que me apreciaran un poco para distraerme de la tormenta de mierda que se está gestando en Miami.

La rodeo con los brazos, le cojo las muñecas y tiro de ellas para apartárselas del cuerpo. Noto que se resiste, desafiante. Le pego la boca al oído.

—No quiero pelearme.

—Entonces no deberías haberte ido.

—¿Me quieres muerto?

—No, esa es la puta cuestión. —Se sacude, se retuerce para escapar a mi abrazo—. No deberías haberte ido.

—¿Entonces sí quieres pelea? —le pregunto, mirando el cielo azul y claro—. Pues venga, nena. Acabemos con esto, así podré follarme a mi esposa de manera brutal. —Eso ha sido lo más difícil de estar lejos. Ni las amenazas de muerte. Ni la aparición del asesino «el Enigma», o mejor dicho James Kelly, ahora que le conozco. Ni siquiera los jodidos asesinatos que han tenido lugar. Simplemente he echado de menos a Rose. Pero ahora se está haciendo la difícil. La cantidad de rechazo que un hombre puede soportar tiene un límite. Me está provocando adrede y sabe cómo acabará esta situación.

Ella se gira, descruza los brazos y, como resultado, la parte de arriba del bikini cae a la arena. Alzo una ceja, poso la mirada en sus pechos y me imagino todas las cosas que planeo hacer con ellos.

—No... —dice por lo bajo.

Elevo veloz la mirada.

—¿Qué?

—He dicho que no —dice, remarcando sus palabras, reiterando el golpe bajo—. No, Danny. No, no, no, no...

Me enfurezco, avanzo y le cojo la mandíbula, pego mi rostro amenazador al suyo. Por supuesto, ella no se altera en lo más mínimo. Mi guerrera, tan resuelta como siempre.

—El día antes de que me casara contigo te comprometiste a no sacar a relucir nunca esa palabra en situaciones como esta.

Ella pega la frente a la mía, sus ojos proyectan rayos láser de rabia. Me coge la mano con la que le sujetaba la cara y la aparta de golpe.

—Y tú prometiste que no me dejarías nunca. —Se vuelve y se aleja pisando fuerte. Como soy un idiota, le cojo de la muñeca, lo que le da la excusa perfecta para girarse. Y vaya si se gira.

Su puño impacta con fuerza contra mi cara, hace que retroceda algunos pasos mientras las estrellas se dibujan ante mis ojos.

—Mierda... —farfullo, tocándome la nariz, que dejó de ser recta desde que conocí a esta mujer. Dios...

Me seco la sangre y la dejo en su sitio con una mirada furibunda.

—Eso ha dolido, joder.

—Me alegro —sisea Rose, pero me doy cuenta de que ella también se ha sorprendido y ya se está preparando para mi contraataque.

Vamos a jugar.

Cargo contra ella, la tiro sobre la arena y la inmovilizo.

—Bésame de una puta vez, mujer.

—No.

—Hazlo, Rose —le advierto—. Hazlo ahora o te juro por Dios que...

—¿Qué me vas a hacer? —pregunta, alzando el torso y pegándome sus pechos desnudos a los pectorales—. ¿Matarme?

¿Matarla? Oh, la mataría. Con gusto, joder. Jadeo y resoplo encima de ella, detesto su mirada provocadora, pero a la vez me encanta. Como he dicho, eléctrica y peligrosa. Le gruño, froto la cara contra sus pechos y extiendo por ellos la sangre que mana de mi nariz. Ella arquea la espalda.

—No —repite.

Gruño y me levanto, tiro de ella para que haga lo mismo.

—En marcha —le ordeno, haciendo que se gire para cogerla de la nuca y empujarla hacia la mansión. Lo que está a punto de pasar no debería suceder fuera de las paredes de nuestra villa.

—Hostia puta, Danny, suéltame —dice entre dientes, revolviéndose, echando las manos hacia atrás para intentar apartarme los dedos.

—Cállate, Rose. —Me limpio la nariz, que me palpita—. Querías pelea, pues tienes pelea. —Cuando la llevo hacia la casa a la fuerza nos cruzamos con Keith, que ni se inmuta—. Entra.

La empujo y cierro de un portazo, preparándome para lo que sé que va a suceder. Siempre he dejado que pagara sus frustraciones conmigo. Ha sido así desde el primer día, y así seguirá siendo. Le he dicho una y otra vez que la única persona de este mundo que debería poder hacerle daño soy yo, aunque siempre dejaré que se defienda, que me lo dé todo, porque el tiempo en que la controlaban ha quedado muy atrás y yo sería un puto gilipollas si pensara que puedo hacer que me obedezca. No volverá nunca a tener la espalda contra la pared.

A menos que yo la ponga así cuando voy a follarla.

Ella se gira, sus ojos de color azul se oscurecen, amenazadores, y me provocan como siempre una sacudida en la polla.

—Dilo otra vez, Rose —le ordeno, rondándola, con un hormigueo en la cicatriz—. Vuelve a rechazarme.

Llevada por la frustración, ella contesta con otro golpe. Atrapo su puño, lo envuelvo con la palma de la mano y lo obligo a bajar.

—Te odio, joder —sisea, y acto seguido se me echa encima, da el primer paso, se propulsa hacia arriba y estampa su boca contra la mía.

Le sujeto ambas muñecas con una sola mano y uso la otra para arrancarle la parte de abajo del bikini. La llevo hacia la pared y estampo su cuerpo con fuerza contra ella. El beso se vuelve frenético. Nuestros dientes chocan, nuestras lenguas se pelean. Sí, echaba de menos esto. A nosotros. Le levanto los brazos por encima de la cabeza y dejo caer la mano libre hacia la cima de sus muslos hasta que le meto tres dedos sin compasión. Está rabiosa y caliente. Es lo habitual.

—Húmeda de la hostia por mí. —Desplazo la boca por su cara, me centro en su cuello, se lo chupo con fuerza, dejándole marca. Ella gime, en parte de placer y en parte de frustración mientras sigo hasta su pecho y le muerdo los pezones, antes de hacer un amplio movimiento circular con los dedos—. Dime que no ahora, nena —le ordeno—. Atrévete.

Ella gimotea, afligida, y yo sonrío, arrepentido. Retiro los dedos y los hundo con fuerza. Es consciente de que una negativa, ahora, hará que me detenga. No me pedirá que pare. Vuelvo a su cara, pego mi frente a la suya con una fuerza que ella replica. La miro a los ojos. Mis dedos, dentro, la masajean, mientras que los que sujetan sus muñecas se agarran fuerte.

—¿Me has echado de menos? —le pregunto, pasando las yemas con suavidad alrededor de su clítoris.

Arquea el cuerpo con sutileza y exhala un aliento tembloroso.

—Fóllame, Danny —exige, y yo sonrío. Quiere expulsar la rabia. Para eso he venido.

Retiro mi mano y le doy la vuelta, le pego la cara contra el yeso, la cojo por el cuello y acerco mi rostro al suyo mientras me tiro de los pantalones para abrirlos. Su mejilla se aplasta contra la pared mientras jadea y sus ojos rezuman deseo. Me cojo la polla, la guío hacia ella y, con el

primer asomo de contacto, me ahogo. Rose parpadea con lentitud, saca la lengua y me lame parte de la sangre de la cara.

Gimo, me hundo en ella, que acoge cada centímetro con facilidad hasta que la lleno por completo. Inspiro y, joder, me tiemblan las piernas en una sacudida.

—Aparta la cabeza de la pared —le ordeno, dejándole espacio para que pueda apoyar las manos contra la pintura.

La cojo por las caderas, me giro y veo la polla salir de ella, resplandeciente, embadurnada con su placer.

—Joder —digo por lo bajo, echando la cabeza hacia atrás, y separo las piernas.

Gruño al lanzarme hacia delante y la empotro sin piedad. Ella lo acepta como una profesional. Lo hace siempre, gimiendo y echando el culo hacia atrás, incitándome.

—Sí —dice Rose, y es lo único que quiero. La palabra clave. Lanzo mi ataque y la penetro sin parar, una y otra vez, golpe tras golpe, y ella grita de placer, sale al encuentro de mis embestidas —. Más duro —chilla.

Obtiene lo que desea. Pierdo el control de las caderas, el placer se apodera de todo mi cuerpo, gruño con la voz ronca, a un volumen alto, y veo borroso.

—¿Te gusta? —grito mientras sigo dándole—. ¿Te gusta, nena?

—¡Sí! —Golpea el puño contra la pared varias veces con la cabeza hacia atrás—. ¡Danny!

Sus paredes internas me exprimen con codicia y se me sube la sangre a la cabeza. Vamos a correrno. La urgencia se apodera de mí mientras empujo, empapado, para llevarnos al límite. Grito su nombre, me caigo hacia delante sin control y disparo mi carga, sofocado.

—Hostia puta —digo, tosiendo, sacudiéndome para dejar de ver las estrellas, y me desplomo al frente. Sus gritos ahogados se entrecortan, su cuerpo jadea, y yo estoy ahí, a su lado.

—No me digas que vas a regresar a Miami —dice sin aliento.

Cierro los ojos, vuelvo la cara hacia ella y le beso la mejilla húmeda.

—Voy a regresar —le susurro, contándole lo que ya sabe.

Rose guarda silencio unos segundos y me preparo para lo que viene a continuación. Ella acaba por respirar hondo, se retuerce para salir de debajo de mi cuerpo y yo siseo cuando mi polla abandona de manera inesperada la calidez de su coño.

Ella se aleja y yo suspiro. Apoyo el antebrazo en la pared y dejo descansar la cabeza en él mientras cierro los ojos.

—No tengo elección —le digo a la nada.

—No, Danny, sí la tienes —contesta ella mientras su voz se va apagando a medida que se acerca al baño—. Pero has tomado la decisión equivocada. —Cierra de un portazo y me vengo abajo con un suspiro.

—Por el amor de Dios —murmuro. Me impulso para incorporarme con cierto esfuerzo. No solo estoy agotado en lo físico, sino también en lo mental. Me abrocho los pantalones y me vuelvo hacia la puerta cerrada—. Nena, de verdad que no la tengo.

La puerta se abre de golpe y ella aparece todavía en pelotas, pero con una expresión furiosa en la cara.

—No me hables de elecciones —grita—. Yo me pasé años sin tener tan siquiera la opción, así que conozco perfectamente la diferencia entre que te arrinconen o que te metas ahí tú solo. Y tú te has ido solito al puto rincón, Danny.

Lo cierto es que sabe lo que tiene que decir para sacarme de mis casillas.

—No vamos a hablar de eso.

—Hoy sí —sisea, apoyando los brazos a lado y lado del marco para ponerse cómoda. Su postura es amenazante—. Me pasé años sin tener elección. Me pegaban. Hacía lo que me decían o pagaba un precio.

—Rose... —le advierto con voz grave. Mis venas comienzan a arder. Sabe que me mata tener que oírlo.

—Me violaban.

Mis fosas nasales se expanden. Zorra mezquina.

—Para. —No hay nada que me ponga más de los nervios que un recordatorio rápido de la manera despreciable en que la trataron en el pasado. La maldad a la que tuvo que hacer frente. Nada.

—¿Tuviste elección cuando tu padrastro te hacía inclinarte y te metía la polla por el culo?

—¡Rose! —rujo, furibundo.

Ella levanta la barbilla sabiendo que con eso ya lo ha dicho todo.

—No me digas que no tenemos elección, Danny, porque hemos vivido un infierno juntos y por separado para luchar por ella.

—¿Quieres que me quede aquí sentado esperando a que vengan a matarme?

—¿Quién? —grita ella.

—¡Todo el puto mundo, Rose! Todos, joder. Si alguien sabe que estoy vivo, todos los cabrones que me querían muerto saldrán de la nada para asegurarse de que esta vez acabe bajo tierra de verdad. ¿Es eso lo que quieres?

Tiene la mandíbula desencajada, le tiembla el cuerpo.

—No dejaré que regreses. Te vas a meter en un campo de batalla.

—Pero voy a ganar esta maldita guerra —digo, y ella grita, la frustración brota con fuerza de su cuerpo.

Lo entiende. No quiere hacerlo, pero lo entiende. No puedo quedarme aquí sentado, sin hacer nada. Llevo tres años dichosamente muerto, pero mi tiempo en el paraíso ha llegado a su fin. Jamás debería haber confiado en Spittle para que protegiera mi tapadera. Debería haber sabido que el muy idiota acabaría cagándola de un modo u otro. La codicia es una cualidad asquerosa. En cualquier caso, los peces gordos que se están haciendo con mi antigua ciudad no querrán arriesgarse a que yo regrese y la reclame. El atentado contra la vida de Brad es la única prueba

que necesito, por no mencionar la información de Kelly. Me guste o no, van a hacer que resucite.

Rose me mira con fijeza, no deja de temblar.

—Por favor —me suplica.

Me destroza ver a mi guerrera tan expuesta y desesperada, sabiendo que es por mi culpa.

Sacudo la cabeza, rechazándola.

—Nos vamos la semana que viene.

Doy media vuelta y me alejo para escapar del combate, pero también porque no soporto más la angustia de su rostro. Sujeto la manija de la puerta, dispuesto a ir en busca del consuelo de algunos vasos de whisky; la abro y me acojono vivo cuando algo se estrella contra la pared, a mi lado. El impacto es ensordecedor, la lluvia de cristales llega a todas partes.

—Pero por el puto amor de Dios, Rose... —murmuro.

Me vuelvo y me la encuentro jadeando, con la cara sonrojada. Bajo la vista hacia el cuenco de vidrio que pesa una tonelada..., bueno, que pesaba una puta tonelada. Un arma letal que mi esposa acaba de tirarme a la jodida cabeza.

Levanto la vista y noto la sangre a punto de hervirme.

—Me voy antes de que acabemos haciéndonos daño de verdad —le digo, retrocediendo para salir de la habitación, sin quitarle el ojo de encima; a saber lo que me podría tirar a la cabeza a continuación—. Cálmate de una puta vez y ven a hablar conmigo como la mujer razonable que sé que puedes ser.

Ella resopla, aparta la mirada, se lleva la mano a la frente y se la frota.

—Vera —llamo en voz alta, mirando aún a Rose. El ama de llaves sale de la nada y le echa un vistazo al vidrio del suelo—. Límpielo, por favor. —Aparto la mirada de mi esposa y me alejo para tomarme un momento y recuperar la calma. Mi Rose no es una mujer melodramática. No tiene rabietas por cualquier motivo y llevaba mucho, mucho tiempo sin pegarme en la cara.

No es ninguna tontería; en este momento tiene todo el derecho a odiarme.

Duele como mil demonios, pero lo comprendo.

Tengo que solucionar este marrón y esperar que, cuando llegue a su fin, mi matrimonio permanezca intacto.

Capítulo 2

ROSE

En su momento tuvimos algunas discusiones acaloradas. Nos peleamos, tanto verbal como físicamente. Es de lo que estamos hechos. ¿Somos retorcidos? Es probable. ¿Es algo poco saludable? Sin duda. Pero no es de extrañar después de lo que hemos superado, tanto solos como juntos. Esas vivencias nos han moldeado y nos han convertido en las personas que somos, en la pareja que somos. Una negrura como la nuestra no desaparece; se atenúa, pero nunca se desvanece del todo. Hace mucho tiempo que acepté que la vertiente física de nuestros enfrentamientos es nuestra necesaria y retorcida manera de demostrarnos que podemos hacernos daño, de sentir dolor, un dolor que solo podemos infligirnos el uno al otro.

Dejo a Vera limpiando los cristales y me encierro en el baño, donde me vuelvo hacia la puerta y apoyo la frente sobre la madera. Me obligo a calmar la respiración, a que mi cuerpo se relaje y a que mi corazón se acalle.

—Joder —susurro, apretando los puños y los ojos.

Pasamos por un auténtico infierno para liberarnos del pasado. Lo que ha pasado hoy es solo una demostración, una confirmación de mi miedo a que no podamos llegar a ser libres nunca. Alguien quiere matar a mi marido y, puesto que se supone que ya está muerto, el problema va más allá de la mera amenaza. La semana pasada, en cuanto recibió la llamada de Brad y salió de la habitación, supe que pasaba algo. Vi ese destello maligno en Danny Black que me había atraído de él en un primer momento. La cicatriz de su cara parecía brillar. Sus ojos gélidos se volvieron más fríos aún. En ese momento regresó a él el asesino de la cara de ángel, y eso me aterró. No porque me dé miedo, de ningún modo, sino por lo que es capaz de hacer.

¿Quién podría ser tan estúpido como para tratar de despertar a la bestia?

Oigo el sonido de la aspiradora de mano y me aparto de la puerta. Dios, le he echado tanto de menos... En los tres años que llevamos escondidos aquí, en nuestro pequeño paraíso, apenas habíamos pasado tres minutos separados. Los últimos días han sido una tortura. Y ahora no nos hablamos.

Suspiro y me acerco al lavabo, humedezco un trapo y me lo paso entre los muslos para limpiarme con una pequeña mueca por culpa de la irritación que él me ha dejado a posta. Acto seguido paso a limpiarme las manchas de sangre de la cara y el pecho. Me recojo el pelo, descuelgo el pequeño vestido sin mangas de la parte trasera de la puerta y me lo pongo antes de salir del baño.

—Gracias, Vera —digo, sonriéndole, mientras la vergüenza me atenaza.

Ella asiente con la cabeza, sale y yo voy detrás.

—Mierda —digo entre dientes. Me apoyo en la pared y levanto el pie—. Maldita sea. —Me aprieto el talón. No me duele, pero el motivo que hay tras la lesión sí.

—¡Ay, señorita Rose! —grita Vera, que deja caer la aspiradora y se acerca con rapidez. Con una disculpa en el rostro, examina el suelo en busca de la esquirla que se le ha escapado—. Pensé que lo había recogido todo, lo siento.

—No te preocupes. —La tomo del brazo y le dirijo una sonrisa tranquilizadora. Es mi maldita culpa, por ser tan impulsiva e imprudente—. Vete, estoy bien.

Vuelvo al baño y me siento en el retrete, cojo algo de papel y lo pego al pie para que absorba la sangre. No hace ni media hora del regreso de Danny y ya estamos sangrando los dos. Me subo el pie al muslo e intento hacer presión para sacarme el trozo de cristal, pero está a demasiada profundidad.

Me rindo y atravieso la casa cojeando para salir a la terraza e ir hasta la piscina. Me siento en el borde y hundo las piernas, veo una gota de sangre expandirse en un bonito remolino de color rosa. Apoyo las manos a mi espalda y dirijo la cabeza hacia el sol, dejando que sus cálidos rayos bañen mi piel mientras agito los pies con suavidad.

Calma. Tengo la sensación de no haberla necesitado tanto en los últimos tres años.

Oigo abrirse la puerta del despacho de Danny que da al patio y acto seguido llega el sonido que producen sus pies descalzos sobre las baldosas acercándose a mí. Devuelvo la vista al agua y veo aparecer sus piernas desnudas con el rabillo del ojo. Levanto la vista, pero no puedo verle la cara debido al resplandor del sol. Sí veo sus piernas y su pecho desnudo y el bañador de color azul cielo que de normal hace resaltar con fuerza sus ojos de color azul pálido. Se sienta en el borde, a mi lado; mete las piernas en el agua y al fin su rostro hermoso y dañado aparece frente a mí. Su cabello moreno parece enmarañado, le cae sobre la frente. La cicatriz plateada resplandece; mi obra maestra.

Me alcanza un vaso y una pequeña sonrisa: una ofrenda de paz.

—Tómate una copa —dice en voz baja, antes de darle un trago a su bebida, que es de color ámbar, no transparente como la mía.

Acepto el vaso y tomo un pequeño sorbo de vodka, llevo una mano a su pierna y la apoyo sobre su voluminoso muslo. Él me coge la mano y la aprieta, y nos limitamos a estar los dos juntos, en silencio, haciendo las paces.

La paz, esa que solo encontramos el uno en el otro.

—¿Cómo está Daniel? —pregunta, meciendo los pies junto a los míos.

—Crece demasiado deprisa. —Sonrío, aunque me entristece. Cada vez que mi hijo viene de visita y se marcha siento un desgarro en las entrañas. Tengo que recordarme una y otra vez que no es que me lo estén robando de nuevo, que volverá—. Les pregunté a Hilary y Derek si podía quedarse unos días más, pero tienen una boda familiar.

La gente que compró a mi hijo en el mercado negro después de que me lo arrancaran de los brazos se ha mostrado muy abierta a que Daniel llegue a conocerme. No debería sorprenderme, su alternativa sería perderle para siempre y yo no podría hacerle eso al niño, son lo único que ha conocido. Por supuesto, al enterarse de mi verdadera identidad le surgieron un montón de preguntas. Fue duro aunque necesario no poder contarle una verdad horrible, asquerosa y dolorosa. Nunca seré capaz de exponerlo al mundo del que una vez formé parte. Así que, en lo que a mi hijo respecta, simplemente me lo quitaron porque yo no estaba bien y no era capaz de cuidarle. Me duele, pero no tanto como le dolería a él saber lo que tuve que vivir.

Poso la mirada en la correa trenzada de cuero marrón que Danny lleva en la muñeca. Ya está deshilachada, gastada y descolorida, pero es que no se la ha quitado desde que Daniel se la compró durante su primera visita a Santa Lucía, hace tres años.

Levanto la vista hacia él, que me mira con el rabillo del ojo, inclinando su muñeca en un gesto para cubrir el vaso de whisky.

—Lamento haberte tirado el cuenco de cristal a la cabeza.

Suspira, me pasa el brazo por el cuello y pega su boca a mi pelo.

—Lamento haber roto mi promesa.

Trago saliva, me recuesto contra su torso duro y anguloso para mirar las ondas del agua mientras nuestros pies se frotan entre sí. Doy otro trago, que pasa con dificultad.

—No puedo estar de acuerdo con esto. —De ninguna manera puedo darle mi bendición. No soy capaz de verle marcharse a su antigua ciudad y hacerlo con una sonrisa, diciéndole adiós con la mano, sabiendo por qué se va. Me volveré loca.

—No nos peleemos —susurra, rozándome el pelo con la boca, transmitiéndome el mensaje sin llegar a decirlo. Esta discusión no la voy a ganar. Al menos no ahora, aunque por supuesto pretendo replantearme mi plan de batalla.

—¿Qué pasó mientras estuviste allí? —le pregunto.

—¿Antes o después de que conociera al Enigma? —contesta, y yo frunzo el ceño con la vista en el agua.

—¿Al Enigma? —Desde luego que no estará hablando de... Me salgo de su abrazo, le miro con toda la ansiedad que siento—. ¿Es él quien te quiere muerto?

Danny sonríe.

—No, él fue quien me dijo que no lo estoy.

—¿Y cómo lo supo?

Dios, ¿el Enigma? He oído hablar de él. ¿Quién no? Pero, sinceramente, la posibilidad de que existiera era un interrogante inmenso. Porque, mientras que Danny Black, el Británico, el asesino de la cara de ángel —es decir, mi marido—, esgrimió su reputación sin complejos, el hombre apodado como el Enigma no hizo lo mismo por motivos evidentes.

—Gracias a Spittle —gruñe Danny acabándose el resto de la bebida.

—¿Y el Enigma está en Miami?

Danny me mira y yo me reclino poco a poco, porque no me gusta la sonrisa nerviosa que luce su rostro.

—No, no está en Miami —contesta, y me relajo—. Está aquí.

—¿Qué?

—Que está aquí.

—¿Aquí..., dónde?

Danny hace un gesto a la nada, sin dirección exacta.

—En Santa Lucía.

—¿Perdona? —farfullo, mirando a toda velocidad a nuestro alrededor—. ¿Has traído a un asesino a sangre fría a nuestra casa?

—Y a su novia.

Parpadeo. Se me escapa el vaso de la mano y cae al agua con un plof. Lo veo hundirse hasta alcanzar el fondo de la piscina. El fondo. Aturdida, oigo que Danny llama a Keith y veo cómo señala hacia el agua, hacia mi vaso en el fondo.

—¿El Enigma tiene novia? —pregunto, parpadeando.

—Bueno... —Danny resopla, hace una mueca mirando hacia el sol—. Este mismo asesino a sangre fría tiene una esposa, ¿no?

¿Cree que es gracioso? Me pongo en pie, exasperada, aunque lo lamento de inmediato.

—¡Ay!

Me dejo caer de culo otra vez, subo el pie al regazo y frunzo el ceño ante el dolor agudo que irradia a través de mi talón.

—¿Qué te pasa?

—Vera se ha dejado una esquirla.

—Por el amor de Dios —murmura Danny, que apoya el vaso en el suelo y se vuelve hacia mí. Me coge el pie y lo examina. Se lo lleva a la boca y lame el arco, sonríe al ver que me quedo de piedra. Acto seguido empieza a chuparme el talón con fuerza, mirándome a los ojos, disfrutando de mi estado.

—¿Por qué está el Enigma aquí, Danny? —le pregunto en voz baja, apoyándome sobre las manos y dejando que siga con lo que está haciendo.

—Porque quiere matar a quien quiera que desea matarme.

—¿Por qué?

—Porque es la misma persona que quemó a su familia viva —dice con toda la indiferencia, concentrado en la planta de mi pie—. Hay alguien que está tratando de hacerse con Miami. Spittle está metido hasta el fondo, para variar. Ha ido contando lo que no debía a gente con la que no debería haber hablado. —Me ofrece sus ojos y detesto sin la menor duda lo que veo en ellos: firmeza, odio—. El Enigma ya no es una incógnita, al igual que el Británico ya no está muerto.

Un escalofrío me recorre la espalda.

—¿Quién es el Enigma?

—James Kelly. —Sonríe—. Es inglés.

Típico.

—Todos los buenos asesinos son de ahí —bromeo, y él se ríe. Se ríe tanto que deja caer mi pie y echa la cabeza hacia atrás. Es el tipo de risa que hace que mi marido pase de devastadoramente atractivo a mortalmente atractivo. Aunque sea del todo inapropiado, sonrío y dejo que controle las sacudidas de su cuerpo. Acaba por suspirar, por cogerme de nuevo el pie y llevárselo otra vez a la boca para seguir chupando. Miro cómo está a la espera de lo que le vaya a decir a continuación. Tengo un millón de preguntas y la verdad es que no sé por dónde empezar —. ¿Así que te lo has traído para diseñar un plan de batalla?

—Y para que su novia pueda recuperarse.

—¿Está enferma?

—No, le pegaron un tiro. —Él levanta las cejas al ver que me echo hacia atrás—. Es agente de policía —añade, como si no me estuviera costando bastante asimilar toda esta información.

—Policía —murmuro—. Una policía y un asesino. —¿Está de broma?

—Suena a cuento de hadas, ¿eh? —Se inclina y me da un beso en la cara de asombro—. Vamos a cenar con ellos el miércoles por la noche.

—Una cena con el asesino y la policía.

Él retrocede y esboza una sonrisa ligera.

—Nos saltaremos las ostras —dice, y yo sacudo la cabeza para mí misma.

En los tres años que llevamos aquí, cada cena de pareja ha contado con sus ostras. Los dos hemos aprendido a tragarlas, a saborearlas, a aprovechar al máximo sus cualidades afrodisíacas. No es que Danny y yo necesitemos estímulos en ese aspecto —cada encuentro es explosivo, ardiente, vertiginoso—, es solo que nos encanta recordar, de manera enfermiza, la época en que fui su prisionera, cuando me retuvo contra mi voluntad y voluntariamente al mismo tiempo.

Frunzo el ceño y bajo la vista hacia el agua.

—¿Cómo se llama?

—Beau.

—¿Edad?

—Diría que treinta y pocos.

—¿Y es policía?

—Lo fue. Renunció después de que su madre, que también era policía, fuera asesinada por el mismo hombre que mató a la familia de James.

—Hostia puta —digo por lo bajo, mirándole estupefacta—. Y yo pensaba que nuestra historia era retorcida.

Sonríe y me atrae de nuevo hacia sí para abrazarme con fuerza.

—Nuestra historia es nuestra. La suya es suya.

—Pero están aquí, y los dos queréis al mismo hombre muerto.

Danny no dice nada y yo cierro los ojos, intentando prepararme para lo peor.

—No vuelvas a Miami, Danny —insisto, y de manera automática me llevo la mano a los anillos y comienzo a darles vueltas con lentitud.

—Si te los quitas vamos a tener una discusión muy seria, Rose —me advierte con tono letal, y noto que su cuerpo se tensa.

Dejo caer el dedo y clavo mis ojos en el agua. No me gusta nada la sensación de impotencia que comienza a brotar de lo más hondo de mí, una sensación de la que me había desprendido hace mucho tiempo. Danny haría bien en recordar que soy capaz de cualquier cosa con tal de proteger a la gente que quiero..., lo que significa que esto no va a acabar bien para ninguno de los dos.

—Si regresas a Miami, voy contigo.

—Lo sé.

Me echo hacia atrás, sorprendida.

—¿Qué?

—¿Pensabas que iba a dejarte aquí? —Se ríe—. No, estarás más segura en la mansión.

Me quedo boquiabierta, la realidad me golpea con fuerza.

—No vas a dejar que salga de casa, ¿verdad?

—No —contesta él, directamente, sin el menor rubor.

Me trago la rabia antes de que se adueñe de mí y me obligue a hacer algo estúpido de verdad, como quitarme los anillos. Llevo tres años siendo libre... ¿y piensa convertirme de nuevo en una prisionera? ¿Ha considerado siquiera la posición en que nos deja la situación a mi hijo y a mí? En lo que a Hilary y Derek respecta, llevo una vida pacífica y sin complicaciones aquí, en Santa Lucía, con mi marido, un tipo «normal» al que solo conocen como «Danny». Me levanto cada mañana sin miedo, sin que me hayan hecho daño. Sin dolor. Después de unos años de agonía interminable, mi vida es sencilla, es tal y como nunca me había atrevido a soñar que sería. Tranquila, sin obstáculos, segura. Regresar a Miami no solo pondrá en peligro la vida de Danny, y es probable que la mía también, sino que podría destruir todo lo que he construido con mi hijo.

Le empujo para apartarme de él y me pongo en pie, furiosa.

—Capullo —le espeto antes de alejarme enojada.

—Yo también te odio, nena —me dice.

—Vete a la mierda.

Capítulo 3

JAMES

Si no tuviera sed de sangre, quizás sería feliz quedándome aquí. Este sitio no tiene nada que ver con el caos de mi vida reciente. Para mi sorpresa, además, me ha venido bien; es una pausa entre tanto baño de sangre, un tiempo muerto entre asesinatos y, además, unas vacaciones que ignoraba necesitar.

Enciendo la cerilla y me recuesto, observo la madera arder hasta la yema del dedo. Siseo y dejo caer el palillo calcinado sobre mi muslo desnudo. Entonces parpadeo con lentitud mientras lo lanzo lejos con las yemas de los dedos. Me quedo mirando el agua con un suspiro profundo. El mar está en calma, el sol es abrasador y proyecta reflejos cegadores sobre su planicie inmóvil. No hay ninguna brisa, todo está tan... quieto, tan silencioso.

Es la calma que precede a la tormenta, pero debo retrasar esa tormenta. No sería inteligente entrar en guerra con tanto odio contenido. Siempre me he movido por el resentimiento, he dejado que me alimentara la furia, aunque fuese el único que corría el riesgo de salir dañado. Ahora tengo a Beau, y también tendría a nuestro bebé si no le hubieran disparado.

Me revuelvo en la silla, tragándome la rabia, atenuando su potencia. El Oso ya iba a tener una muerte horripilante de todos modos porque había ordenado el asesinato de mi familia, pero ahora me ha arrebatado una parte de mi futuro. Siento un hormigueo en la piel que hace palidecer cualquier necesidad que hubiera tenido antes. He perdido la cuenta de todas las maneras en las que voy a acabar con él.

Eso en cuanto descubra quién coño es.

Estaba convencido de que la caja de seguridad guardaría la respuesta. Estaba seguro de que la madre de Beau lo habría descubierto y habría guardado su nombre allí por seguridad, junto con el mío. La caja estaba vacía y nosotros tenemos la única llave.

El Oso sabe qué aspecto tengo —conoce el nombre que hay detrás del Enigma—, pero todavía desconoce quién soy en realidad, ni por qué llevo tantos años cazándoles a él y a sus hombres. Tengo muchas ganas de que lo descubra cuando pueda mirarle a los ojos. ¿O me equivoco? ¿Lo sabe ya? La caja de seguridad.

No tardaremos en averiguarlo.

Cuando descubrí que el Británico no estaba muerto, mis siguientes movimientos fueron obvios. No me siento culpable por haber sacado a Danny a rastras de su tumba, porque no he sido yo. Nuestro enemigo mutuo le ha desenterrado, un enemigo al que él me ayudará a asesinar.

Un escalofrío de emoción me recorre. Contrólate.

Echo un vistazo a las cortinas de gasa que cuelgan en las puertas que dan al dormitorio. Debo esperar a que Beau esté mejor, más fuerte, aunque podría pasar un tiempo aún. Sus heridas físicas tardarán semanas en curarse, pero ¿y el daño emocional? No estoy seguro de que pueda llegar a superarlo.

Me levanto de la silla y me dirijo a las puertas, apartando las cortinas. Ella sigue dormida, hecha un ovillo. Siempre está muy cansada, agotada. Es una sombra de la mujer que conocí, lo cual ha sido un logro por su parte, ya que en aquel momento Beau estaba a nada de perderse por completo. Nuestra vertiginosa aventura la devolvió a la luz. Una luz turbia, pero una luz al fin y al cabo. Ahora tengo la sensación de haberla empujado de nuevo hacia la frontera de la oscuridad absoluta y he de encontrarla de nuevo. Esto ya no tiene solo que ver conmigo y mi necesidad de venganza, sino con que Beau se desquite de la pérdida de su madre a manos del hombre que borró a mi familia de la faz de la tierra; solo así seremos capaces de pasar página sin que nuestros demonios nos asfixien.

Me dirijo a la cama y me acuesto a su espalda, le paso el brazo por la cintura, con cuidado de no tocarle la herida ni el yeso. Me acerco hasta donde me siento cómodo, y no es lo bastante cerca. Pego la boca a su nuca e inspiro, cerrando los ojos, encontrando la calma.

—Ya lo he decidido —susurra, adormilada.

—¿Qué has decidido?

—Si te odio o quiero follar contigo.

Le dirijo una sonrisa leve y abro los ojos. Moviéndose con lentitud y cuidado, se gira para encararme y entonces me echo hacia delante y le doy un beso en la nariz.

—Cuéntame —le ordeno con suavidad. Sus ojos... Lo que daría porque volviesen a brillar con la misma intensidad de antes cada vez que poso mi boca sobre ella, en cualquier parte de su cuerpo.

—Ni una cosa ni la otra. —Lleva la mano a mi pelo y peina sus ondulaciones con los dedos —. Solo quiero amarte y sentir que tú también me amas.

—Trato hecho.

—¿En serio? —pregunta, y frunzo el ceño—. Porque pareces distante.

—No pongas en duda mi amor por ti, Beau —le advierto—. En serio, no lo hagas.

Me aparto y, con cuidado, hago que se tumbe sobre la espalda. Me siento a horcajadas sobre sus muslos y comienzo a tirar suavemente de las esquinas de la venda que cubre su vientre. Necesito sentirme útil en este mundo en el que tanto esfuerzo me cuesta saber cómo existir. Necesito cuidarla, centrarme en ella; la sangre y la muerte tendrán que esperar.

Despego la gasa y voy echando miradas buscando en su rostro algún gesto de incomodidad. No lo hay. Se limita a observarme, callada y en calma.

La herida aparece y me veo obligado a sofocar la rabia que me produce verla.

—Estoy bien —dice en voz baja mientras alcanzo las toallitas antisépticas de la mesa de

noche. Ella mira hacia abajo—. Tiene mejor aspecto.

Nunca tendrá mejor aspecto, no mientras siga ahí. Gruño y procedo a limpiarle la zona con ternura. Ella se relaja sobre la almohada y sigue examinándome.

—¿Qué estás planeando? —pregunta. No la miro, me concentro en la labor.

—¿Necesitas preguntarlo?

—No, pero quiero oírlo.

—¿Con todos sus detalles escabrosos? —Tiro la toallita a un lado.

—Sí.

—Morbosa... —murmuro, y cojo otra venda. Aún no he decidido todos los detalles, sigo pensando métodos cada vez más espantosos—. ¿Cómo te sientes?

Ella suspira, cansada, para comunicarme su irritación. Ya puede expresar su desagrado todo lo que quiera, que a partir de ahora está fuera de peligro.

—Me siento como si me hubieran disparado.

Le lanzo una mirada de advertencia y doy unos toquecitos a lo largo del borde de la venda.

—Esta noche tenemos una cena.

—¿Con quién? —pregunta, aunque los dos sabemos que no hace falta.

Le sigo la corriente.

—Con Danny y Rose.

—El asesino de la cara de ángel y su esposa. —Mira al techo—. ¿Y de qué hablaremos durante la cena? ¿De la cantidad de gente a la que habéis matado entre los dos? ¿De los que tenéis que matar aún?

Hundo los puños en el colchón y me reclino hasta que mi boca queda flotando encima de la suya.

—¿Quieres seguir con el sarcasmo? —Levanto una ceja y ella pone los ojos en blanco, cede y tira de mí hacia abajo. Mantengo las caderas en alto, evitando posarme sobre su herida—. No, Beau —susurro con voz ronca mientras mi cuerpo, echando chispas, cobra vida.

—Por favor —suplica ella, y eso me destroza. Sé que la intimidad es de ayuda, pero está tan... rota—. Necesito sentirme un poquito normal. —Beau mete la mano entre ambos y me coge la polla y yo me sacudo con un gruñido, inclinando la cabeza mientras se me ralentiza la respiración.

—No quiero hacerte daño.

—Entonces no me lo hagas —susurra.

Joder.

Me impulso hacia atrás para ponerme de rodillas y me hago con los analgésicos de la mesa de noche para hacerme con un par. Ella abre la boca, deja que se los ponga en la lengua y se los traga sin necesidad de agua. Se lleva la mano sana a las bragas y comienza a bajárselas. Es insaciable. Esto va a requerir de un poco de creatividad.

Paso a ser el que se ocupa de las bragas cuando ya va por las rodillas puesto que no quiero

que se esfuerce. Se las termino de quitar y las lanzo a un lado antes de bajarme los calzoncillos. La pongo de lado, cojo una almohada y se la coloco delante del vientre antes de situarme a su espalda y pasarle el brazo por encima para comprobar que la protección es, en efecto, mullida.

—¿Estás bien así? —le pregunto, sacudiendo los pies para acabar de quitarme yo los calzoncillos.

Ella contesta pegando el culo a mi entrepierna. Esto no es creativo, es una necesidad. Me cojo la polla y envuelvo la base con la mano, me doy unas sacudidas maravillosas mientras todos mis músculos vibran a la expectativa. Llevo semanas sin entrar en ella, tengo que mantener el control.

Me guío hacia su coño, inspiro, me preparo y me deslizo dentro poco a poco, con facilidad, con suavidad. Ella suspira y se dobla de repente.

—¿Estás bien? —le pregunto, con las cuerdas vocales tirantes, quedándome quieto, a la espera.

Ella contesta con un titubeo con los omóplatos hacia dentro. Me lanzo y beso ambos antes de hundir la cara entre ellos, abriéndome paso poco a poco. La fricción es alucinante.

—Dios, Beau —me atraganto y aprieto los dientes—. ¿Estás bien? —le pregunto de nuevo, echando el cuerpo hacia atrás de modo que le impido que siga haciendo lo que le sale por instinto.

—Estoy bien —dice, remarcando las palabras, frustrada. Su mano se une a la mía sobre la almohada y la aprieta para mantener la postura; soy consciente de que está intentando contener el dolor, de detener el flujo sanguíneo de la zona para inutilizar los nervios—. Muévete —me ordena.

—Te duele —murmuro contra su piel.

—Tú muévete —espeta, impaciente, echándose hacia atrás—. Esto es lo único que me hace sentir normal.

Sus palabras despiertan algo en mí: el deber, el amor. Le lamo la piel, permito al fin que mis caderas comiencen a bombear, poco a poco, con regularidad. El gemido mutuo es incoherente y prolongado.

—¿Bien?

—Me va bien así —susurra, y yo sonrío.

Le va bien.

Mantengo un ritmo consistente, me muevo con mucha lentitud para que pueda acompañarme. Cuanta más presión hace su mano sobre la mía, apretándola contra la almohada, sé que está más cerca. Tengo que asegurarme de que no se haga daño al correrse, de que no pierda el control y no se sacuda ni haga movimientos súbitos. No está garantizado; todos perdemos el control en medio de la pasión.

Amarro nuestros brazos con suavidad, apretándolos un poco más sobre la almohada, esforzándome por conservar ese nivel de intensidad. Me duelen los músculos de repartir la

atención entre mantener su placer y evitar su dolor.

—Mierda —dice con un grito ahogado.

—¿Estás bien? —le pregunto alarmado, pero mis caderas no reciben el aviso y siguen rotando.

—Ay, Dios —grita ella—. Ay, Dios. Ay, Dios. Ay, Dios. Me corro. Me corro.

Solo esos sonidos, esas palabras, me atraviesan la mirada. Cargo la polla y me aferro a su cuerpo como si me fuera la vida en ello. Me atraviesa un espasmo, me derramo en su interior, noto que las paredes de su coño codicioso me sujetan y constriñen.

—Joder —grito, sacudiéndome—. Mierda.

—Estoy bien —gime ella, haciendo rotar el culo conmigo todavía dentro y golpeando la almohada con la cabeza. Le muerdo la espalda, hago fuerza durante la liberación—. Estoy bien —repite, esta vez más en calma—. Estoy bien. —Se tranquiliza, respira hondo, y yo suelto su carne y la beso, paseando la boca por su espalda poco a poco. Ha estado tan bien... Algo tranquilo. Lento. Pero, como siempre, inmenso.

Ella resopla mientras tensa y relaja la espalda bajo las atenciones de mi boca.

—¿Has hablado con Lawrence? —pregunta, rompiendo la magia del momento.

No, no he hablado con él, pero sí con Otto, a diario, para que me ponga al corriente de todo (Lawrence incluido). Aún no ha salido de su habitación en la mansión que Danny Black tiene en Miami. He mandado médicos. Se ha hablado de depresión. Depresión a causa de la pena. El tío de Beau es consciente de que ha perdido a su marido. Estaba cantado después de que Dexter cogiera a Beau como rehén y le pegara un balazo. Me importa una mierda que fuera intencionado o no. Sin embargo, lo que Beau y Lawrence no saben es que Dexter está muerto y no pueden llegar a saberlo nunca. Fue una decisión que me vi obligado a tomar cuando Beau aceptó casarse conmigo y me puso una condición: debía dejar que el marido de su tío, el hombre que la había traicionado, viviera. Aunque acepté, era demasiado tarde: ya le había matado y no puedo garantizar que las cosas hubieran sido diferentes en caso de seguir vivo cuando Beau estipuló esa condición. Estaba muerto desde el momento en que descubrí que él era el infiltrado que proporcionaba información al Oso, una información que no solo hizo que mataran a la madre de Beau, sino también a nuestro bebé. Además, estuvo a punto de quitarme a Beau..., así que sí. Es un secreto que me llevaré a la tumba. En lo que a Beau y a su tío respecta, Dexter está escondido, y se trata de una explicación perfectamente razonable habida cuenta de que un asesino cabreado le está buscando.

—Está bien —espeto por decir algo; Beau sabe que Lawrence se encuentra muy lejos de estar bien—. ¿Por qué no intentas llamarle antes de que salgamos a cenar?

Ella guarda silencio unos instantes, pensativa.

—El Enigma y el Británico entran en un bar... —murmura, girando la mirada hacia mí con una sonrisa irónica en la cara.

Le doy un beso tierno.

—Muy graciosa.

—No es ninguna broma, ¿verdad? Que Danny Black y tú vais a unir fuerzas...

No, no es ninguna broma. De hecho, es algo aterrador para todos los implicados, e incluso más para los que no lo están.

—Es un medio para lograr un fin —le digo, saliendo de su interior con cuidado—. Voy a poner en marcha la ducha. —Abandono la cama y entro a un baño dominado por la madera encalada. El lavabo, la ducha abierta, las paredes. Es rústico pero limpio. No hay cristal. La alcachofa extragrande de la ducha cuelga del techo y yo giro la manija y hago que llueva.

—¿Habrá mucha gente?

Me giro y me encuentro a Beau en la puerta, desnuda salvo por la venda del vientre y el yeso del brazo. Me apresuro a apartar la mirada de ella, porque el maltrato constante de su hermoso cuerpo conduce mi mente a lugares peligrosos.

—No —contesto, tranquilizándola.

Me aseguré de que Black estuviese al tanto de mi condición de encontrar un local tranquilo. Beau estaba haciendo grandes avances para controlar su miedo al caos y a las multitudes. La ópera, el supermercado..., aun así soy muy consciente de que apenas sobrevivió a esos escenarios porque yo estaba a su lado calmándola, protegiéndola de lo que la aterroriza. Tengo la sensación de haber retrocedido veinte pasos en ese aspecto de su vida. Quiero que se relaje e impedir que no haya rendija por la que se pueda colar la ansiedad.

¿Y te la llevas a cenar con el Británico?, pienso.

—¿Qué me pondré? —Levanta el brazo de la cicatriz y puedo ver cómo baja por su garganta la saliva que traga—. A nadie le gusta tener que ver esto mientras come. —Me doy cuenta de que el yeso del otro brazo no es ningún problema, solo la cicatriz.

—Para ya. —Me acerco a ella, le cojo la muñeca, me la llevo a la boca y la beso. Ya ni siquiera veo su deformidad, como espero que ella tampoco vea la mía. Me doy la vuelta, ofreciéndole mi espalda, dañada y desnuda, para recordarle que los dos somos imperfectos.

—¿Saldrás a cenar sin camisa? —pregunta ella, que estira el brazo y acaricia esa piel suave pero irregular. La miro de reojo con expresión cansada—. Porque si no, tu argumento es irrelevante —dice, levantando el brazo de nuevo—. No tengo nada de manga larga. —Frunce el ceño—. Y aún hace bastante calor.

La cojo por los hombros y la dirijo hacia el lavabo, donde cojo el rollo de film plástico.

—No quiero que la escondas —le digo mientras comienzo a envolverle el torso para protegérselo del agua—. Es una parte de ti. —Me agacho y le beso la frente antes de ayudarla a ponerse el protector impermeable para el brazo—. Parte de quienes somos. —Y, aunque seamos imperfectos, juntos somos jodidamente perfectos.

—Qué bonito. —Me besa los labios—. Mi novio, el asesino, tiene un lado romántico.

Le pongo mala cara y me aparto.

—Prometido —la corrijo—. Soy tu prometido. —¿Por qué tengo que seguir recordándoselo?

—. Has aceptado casarte con este asesino, ¿recuerdas? —No voy a sacar el tema de su condición. Espero que no tengamos que volver a hablar nunca de ello. Ya me rechazó una vez. Nunca más.

—Lo recuerdo.

Asiento con la cabeza, satisfecho, y acabo de envolverla.

—Ya estás lista. —La mando hacia la ducha con un cachete en el trasero—. Tengo que hacer unas llamadas.

Ella asiente con la cabeza, en silencio, y yo vuelvo a la terraza para llamar a Black. Él contesta sin decir nada, ya me he acostumbrado a que sea así. Al silencio le sigue el sonido de la calada que da a su cigarrillo al otro lado de la línea.

—Necesito que me asegures de nuevo que Dexter no aparecerá nunca —le digo en voz baja, mientras cierro las puertas a mi espalda.

—Nunca me has contado el motivo por el que Beau no puede saber el destrozo que hiciste con él.

Me río ligeramente, sentándome en el sillón de mimbre mientras me relajo todo lo posible para ser un hombre que le está mintiendo al amor de su vida.

—Parece que a Beau le ha dado por tener conciencia —digo, pasándome la mano por el pelo —. Ha aceptado casarse conmigo si prometo no matarle.

—Oh —dice él, exhalando—. Qué mala pata.

—No si puedes asegurarme que su cuerpo no aparecerá nunca.

—Te lo puedo asegurar —dice Black con una confianza que soy incapaz de ignorar—. ¿Cómo está ella?

Miro por encima del hombro hacia la puerta.

—Callada.

—La mía también —dice, y se ríe ligeramente—. Bueno, eso cuando no me está gritando, ni lanzándome armas arrojadizas a la cabeza.

—Así de mal ha ido, ¿eh?

—Puedo controlarla.

—Imagino entonces que no será mi mayor fan. —Me pongo en pie y bajo hasta la arena, arrastro los pies entre los granos calientes y aterciopelados—. El hombre que te ha sacado a rastras de la tumba. —Así me verá su esposa. Querrá echarle la culpa a alguien, y yo seré ese alguien.

—No me has sacado a rastras de ninguna parte —murmura él, pensativo, y asiento con la cabeza—. Son otros los que me han exhumado. No puedo quedarme sentado esperando a que el pasado venga a saldar cuentas. Si eso te beneficia, pues así sea.

Estoy comenzando a entender a Danny Black. No espero ninguna lealtad por su parte. Siempre me mostraré receloso de él, pero él no tiene por qué mostrarse receloso de mí, y es algo de lo que se dio cuenta con bastante rapidez. No tengo el menor deseo de convertirme en el rey de su antiguo territorio. Ese es el único motivo por el que estoy aquí, a discreción del Británico.

Para él, yo también soy un medio para conseguir un fin. Los dos queremos ver muerto al mismo hombre, y siempre es mejor contar con dos asesinos en vez de uno.

—¿Estás desnudo? —pregunta, divertido, y yo frunzo el ceño y miro a mi alrededor. Le veo a lo lejos, parado en la orilla con un traje de neopreno mientras una moto acuática se mece en el agua a su lado.

—Hace calor. —Pongo los ojos en blanco y, aunque él no lo vea, se ríe. Regreso hacia la casa de la playa—. Nos vemos en el restaurante.

—Tengo muchas ganas —dice—. Ah, James...

—¿Qué?

—Ponte algo de crema solar. No querrás quemarte esa espalda tuya... —Cuelga y yo lo miro de reojo. Black, que sigue parado en la orilla, levanta el brazo con gesto relajado. Le devuelvo el saludo. No me siento amenazado por su comentario, tan solo está señalando que somos iguales, que la muerte ya no nos mantiene ocultos, que ya no somos invulnerables, que tenemos a alguien por quien vivir... y que debemos andar con cuidado.

Capítulo 4

BEAU

Me quito el protector del brazo y comienzo a desenrollar el plástico que James ha aplicado con tanto cuidado alrededor de mi vientre, de por sí tenso... y no solo por culpa de la herida.

La cena... que no es una cena cualquiera, sino una cena con el Británico. Voy a cenar con un fantasma, un hombre al que se creía muerto (y con su esposa). ¿De qué demonios se supone que vamos a hablar?

Dejo el film de plástico sobre el lavabo y suspiro. Lo más probable es que hablemos del número de vidas con las que nuestros hombres han acabado entre los dos. No me imagino qué tipo de mujer ha de ser para haberse casado con un hombre como Danny Black.

Aunque si Rose Black es una persona retorcida, yo no le voy a la zaga. Soy una expolicía convertida en la novia de un gánster.

—Dios —mascullo entre dientes, mirándome al espejo.

Parezco vacía, hueca. ¿Qué me diría mi madre? ¿Qué pensaría? Pese a todo, no puedo dejar de desear que me alentara y me animara, que me diera una de esas charlas motivadoras para que vaya en busca del cabrón que me la arrebató y acabe con él. Acepté hace tiempo que no puedo hacer algo así por mi cuenta. Su muerte va mucho más allá de un simple encubrimiento y me ha conducido a las más hondas profundidades del submundo de Miami; me ha conducido hasta James... y James me ha conducido hasta la verdad. Es ironía en todo su esplendor. «O en toda su oscuridad.»

Mamá no fue solo una policía talentosa, algo que me transmitió, sino que fue una mujer de una gran intuición. Fuerte, decidida, nunca dejó de intentar averiguar quién era el Oso (ni, ya que estamos, quién era James). El primero la hizo saltar por los aires, el segundo intentó salvarla, pero fracasó, aunque me salvó a mí, y de paso estuvo a punto de quemarse vivo.

Bajo la vista hacia la cicatriz. Se podría pensar, por el mal estado de mi brazo, que no me salvó de la explosión, pero es que nada podría haberme salvado de ese nivel de estropicio. Sin embargo, sí me ha salvado de la autodestrucción. Desde que James me llamó con el falso pretexto de que le pintara el despacho llamó mi atención. Caí rendida, fascinada, intrigada y atraída por él.

Me río por lo bajo. La verdad es que decir que la situación es retorcida se queda corto, así que es posible que Rose Black y yo tengamos algo en común.

¿Qué demonios voy a ponerme?

Me aplico un poco de crema facial mientras me dirijo al armario y examino mis opciones, bastante limitadas: vestidos veraniegos, pareos, pantalones cortos... Hundo los hombros y vuelvo a la cama hasta dejarme caer sobre su borde. No tengo nada. En Miami me pasaba el día con unos vaqueros rasgados y camisas extragrandes de manga larga que cubrían las heridas de mi piel. El único vestido que poseo en la actualidad es el que James me compró para nuestra primera cita en la ópera, cuando asesinó a un juez corrupto mientras yo estaba esposada a una silla, después de que él me hubiera practicado sexo oral.

Caigo de espaldas en la cama llena de exasperación. Rose Black no me llega ni a la suela de los zapatos.

La puerta del dormitorio se abre y James aparece en calzoncillos. Llevamos solo unos días aquí y ya está ligeramente bronceado, al menos por delante; no su espalda, que, igual que mi brazo, está siempre embadurnada de crema solar. Se le ha aclarado el pelo, tiene los ojos más azules. Me pongo de morros ante este Adonis. Él no tardará en vestirse y lo más probable es que se ponga un traje divino, que se alborote el pelo y se rocíe una fragancia que provocará en mí un delirio de placer. Y yo ni siquiera puedo saltarle encima.

Me llevo la mano al vientre y palpo la gasa blanca.

—No tengo nada que ponerme —refunfuño—. Ha sido una idea terrible.

—Tápate —me ordena, y asiente con la cabeza en dirección a las sábanas.

Frunzo el ceño y tiro de ellas para arroparme y esconder mi figura desnuda. James se hace a un lado para dejar pasar a un hombre que se apresura a entrar con los brazos llenos de ropa y unos zapatos de tiras colgando de la mano.

—¿Qué es esto? —pregunto, incorporándome poco a poco.

—La señorita Rose se los manda —declara el hombre, que se detiene en medio de la habitación, a la espera de instrucciones.

He enmudecido, así que James le señala el armario, donde el hombre cuelga varios vestidos ante mi atenta mirada. Al acabar, asiente con la cabeza y sale de la habitación.

—Problema solucionado —dice James, ojeando la amplia selección.

Me pongo en pie, llevándome las sábanas conmigo, y me acerco a él.

—¿Por qué tendría que mandarme ropa?

—Puedes preguntárselo durante la cena. —James coge un bonito vestido de color crema adornado con una costura dorada—. ¿Este?

Cojo la percha a ciegas, sin palabras.

—Pensaba que querías ver mi cicatriz... —le recuerdo, mirando las mangas largas.

—Quiero que estés cómoda y relajada.

Me da un beso en la mejilla y se dirige al baño, dejándome sola. ¿Relajada? Es para reírse. Quizás estemos lejos de Miami ahora mismo, lejos de la sangre y la muerte, pero no me hago ilusiones pensando que las cosas serán así de sencillas. Estamos aquí para que me recupere... y para que James planee su siguiente movimiento.

Miro el vestido con las cejas en alto. No conozco a esa mujer, pero es evidente que tiene buen gusto. Dejo la prenda sobre la cama y me dirijo al tocador para secarme el pelo, aunque me desvío cuando comienza a sonar mi móvil. Una parte de mí desea que sea el tío Lawrence, aunque en realidad no tengo ni idea de qué debería decirle. El hombre está hecho polvo, desconsolado, y le asola la culpa. También está afligido por su marido, un hombre que nos tuvo engañados a todos durante muchos años. No debería importarnos que los tratos de Dexter con el mundo criminal se debieran a un accidente o no: él es el culpable de que mamá está muerta.

Cojo el móvil y me desdigo al ver la pantalla.

—Oh, mierda —susurro y miro de reojo a James, que está en la puerta con un cepillo de dientes inmóvil en la boca.

Me apresuro a apartar la vista para evitar la furia que sale de sus ojos como balas y que atraviesa la habitación, y rechazo la llamada. No tengo ni idea de qué puede querer mi exprometido. Quizás desee preguntarme si me estoy volviendo loca. En cualquier caso, sería una estupidez hablar con él si James está en un radio de 350 kilómetros a la redonda.

Cuando me dirijo a él, el cepillo sigue inmóvil en su boca.

—Tengo que secarme el pelo —declaro, acercándome al tocador.

Me concentro en mi imagen en el espejo mientras ignoro la figura de James que me mira desde el umbral, y comienzo a secarme el pelo. Cuando al fin se decide a volver al baño, exhalo aliviada. He visto al asesino que lleva dentro unas pocas veces y es algo aterrador y desagradable. Tengo que advertirle a Ollie que se mantenga alejado de mí, o tal vez acabe en la lista negra de James... si es que aún no está en ella. ¡Aunque claro que ya está en ella!

Cuando entro en la espaciosa sala de estar con el bolso de mano entre el yeso y el cuerpo, me la encuentro vacía. James no está. Me ha dejado en el dormitorio, maquillándome, y he visto a través del espejo, con el aplicador de rímel flotando delante de los ojos, cómo descolgaba los pantalones y la camisa del armario y salía sin decir palabra, aún bastante furioso. No tengo ganas de ir a esa cena. Su humor no me está ayudando, pero una copa podría hacerlo, así que me dirijo a la nevera, que está bien provista, y me sirvo un vino blanco. Lo bebo a sorbos mientras salgo a la terraza a esperarle. El sol de la última hora de la tarde sigue siendo abrasador, pero por suerte se levanta una brisa que da un respiro entre el calor constante.

Dejo caer el bolso sobre la mesa y me siento en una silla para admirar la majestuosa vista de la puesta de sol mientras este se hunde poco a poco en el mar. Si tuviera fuerzas para ello, sonreiría. James tiene que aprender a controlar su temperamento en lo referente a mi ex, porque no puedo cambiar mi pasado. Ojalá pudiera, mataría por poder hacerlo, y de hecho mi ex es solo un pequeño motivo entre muchos.

Sorbo el vino mientras paseo la mirada por la orilla, preguntándome dónde demonios se habrá metido hasta que obtengo respuesta al verle erguido en la playa..., sobre su cabeza, haciendo el

pino. Entonces bajo el vaso de los labios. Está haciendo la vertical para intentar tranquilizarse, y la está haciendo con sus pantalones de color gris y su camisa blanca, elegante y bien planchada. Suspiro mientras me quito los zapatos de tacón dorados, me pongo en pie y voy a su encuentro.

Me acerco en silencio, admirándole de arriba abajo, de pies a cabeza. Al llegar ante él, me pongo en cuclillas mientras afianzo el vaso de vino en la arena y me tumbo poco a poco sobre el vientre. Descansando la barbilla encima del yeso, mi cara queda al mismo nivel que la suya. Sabe que estoy aquí, pero mantiene los ojos cerrados. Está concentrado, apaciguando al monstruo que lleva dentro.

Me paso varios minutos observándole, hasta que acaba por abrir un ojo para echarme un vistazo.

—No quiero discutir —le digo, estirando el brazo para apartarle un rizo de la cara.

—Yo tampoco. —Poco a poco, con precisión y control, baja a la arena y se vuelve para tumbarse boca abajo y pegar su nariz a la mía. Esboza una sonrisa y yo hago lo mismo—. ¿Qué quería? —pregunta.

—No le he devuelto la llamada.

¿Por qué iba a hacerlo? No soy estúpida. Además, los dos sabemos lo que quiere Ollie. No tengo ni idea del porqué, estoy muy lejos de ser la mujer a la que conoció, pero, por algún motivo desconocido, quiere recuperarme. Al descubrir que estaba con James, antes incluso de darse cuenta de que no es un tipo común y corriente, se esforzó con Dexter en hacer que me pusiera en su contra. Aunque sus motivos eran diferentes, los dos querían lo mismo: sacar a James de mi vida.

—Le voy a matar, Beau —dice con calma, sin que su tono se vuelva amenazante. Es un simple hecho.

Exhalo, llevo la mano a su mejilla y se la acaricio con suavidad. El roce de su incipiente barba me relaja.

—Sé que lo harás. —Le miro a los ojos, esos pozos de oscuridad sin fondo—. Te amo —susurro, y él asiente con la cabeza, traga saliva y se acerca para besarme con ternura.

—Vamos a llegar tarde.

Se pone en pie y me ayuda a levantarme. Coge el vaso de vino de la arena y le da un trago mientras me acerca a su costado y me guía de regreso a la casa de la playa. Allí hace que me siente, me devuelve la bebida, se acuclilla ante mí y me coge los zapatos de la mano.

—Estás preciosa —dice, acariciando el empeine de mi pie.

Sonríe para sí mismo cuando ve que me quedo paralizada en la silla. Levanta la vista hacia mí y le dirijo una mirada de advertencia. Él levanta las cejas y me propicia otra caricia. Yo sacudo la cabeza; no llegaremos nunca a la cena. Aunque como la verdad es que tampoco quiero ir... Dejo el vino sobre la mesa y me bajo de la silla para ponerme de rodillas frente a él.

—Más —digo por lo bajo, ahuecando la mano buena sobre su bello rostro. Me acerco y le beso con reverencia—. Más, más, más, más. —Le pongo entonces la mano sobre la entrepierna.

Está cargado, apuntándome, preparado para disparar.

Su gemido es callado, pero está cargado de una mezcla de deseo y frustración.

—Tengo que ir lento y tener cuidado contigo, y no hay tiempo para eso —farfulla.

Se pone en pie y me arrastra consigo, nuestras bocas unidas aún.

—No empieces lo que no vas a terminar. —Pongo mi brazo con fuerza en su hombro y le atraigo hacia mí.

—Oh, puedo terminarlo. —Se echa hacia atrás para liberarse de mi sujeción—. Pero tendrás que esperarme.

Gruño para mostrar mi disgusto y él me besa el entrecejo antes de devolverme a la silla y ponerme los zapatos. Algo en lo más profundo de mis adentros me dice que esa afirmación, esperarle, tiene más de un sentido.

¿Cuánto tiempo tardará en cazar al Oso? ¿Cuánto tiempo tendré que esperar hasta que se saque de encima ese demonio? Un demonio que es mutuo... ¿Y si nunca llega a descubrir la verdadera identidad del Oso? ¿Entonces qué?

James me aseguró que no habría mucha gente en el restaurante y no me ha decepcionado. El establecimiento, en primera línea de mar, está tranquilo y su terraza de madera es espaciosa y apacible. Nos llevan hasta una mesa en el extremo más alejado, junto a una vieja y torcida pared de ladrillo en lo alto de un acantilado escarpado, con un sendero arenoso que conduce a la playa. La vista es arrebatadora, el mar riela bajo el brillo anaranjado del atardecer. Corre una brisa ligera y hay sombrillas desperdigadas aquí y allá entre las mesas. Las guirnaldas de luces se mecen por encima de nuestras cabezas y crean un dosel brillante a lo largo de la terraza entera.

Un camarero saca una silla de mimbre blanco para que me siente sobre el cojín de estampado bohemio y enciende la vela del cuenco en el centro de la mesa antes de darme la carta de vinos. James se sienta a mi lado.

—¿Aún no han llegado? —pregunto, y dejo el bolso en el suelo, entre la silla y la pared.

—Danny me ha mandado un mensaje de texto. Llegan unos minutos tarde.

—¿Una pelea de enamorados? —pregunto, curiosa. Me imagino que la esposa de Danny Black no estará dando saltos de alegría ante la idea de que él regrese a Miami; todos sabemos lo que significa eso.

—Se ve que está a la orden del día... —contesta James, meditativo, y me coge el menú de la mano. Hago una mueca y le miro con los ojos entornados—. ¿Vino?

—Por favor. —Me recuesto sobre la silla y admiro la vista..., y no la del océano, precisamente. No es la puesta de sol ni el bonito sendero sinuoso que conduce a las arenas blancas lo que me quedo mirando, sino a James, que está de un atractivo increíble. Informal, relajado, lleva la camisa con el cuello abierto y arremangada hasta los antebrazos. Este James de

vacaciones es toda una novedad y me gusta. El motivo por el que estamos aquí, en cambio, no es una idea que agradezca tanto.

—¿Qué? —pregunta, sin levantar la vista de la selección de vinos.

—Nada.

—De haber sabido que llegaban tarde, habría aceptado tu propuesta.

Aprieto los labios y abro los ojos cuando posa la mano sobre mi pierna y la desliza por debajo del vestido, hasta el muslo. Su sonrisa de suficiencia es muy real, lo mismo que mi mirada de advertencia. Se ríe un poco y aparta la mano para pasar a centrarse en el camarero, que ya se acerca. James pide el vino y asiente con la cabeza en dirección al restaurante.

—Ya están aquí. —Se levanta de la silla y sigo su mirada hacia la parte trasera del restaurante antes de ponerme también en pie.

—Dios... —susurro, y cojo a James de la mano para que me ayude a levantarme del todo.

Danny Black tiene un aspecto sencillamente letal y hasta feroz, de hecho. ¿Una pelea de enamorados? Cielo santo, si parece haberse embarcado en una misión asesina (que, ahora que lo pienso, así es). Su figura es imponente, y sus ojos, fríos, aunque llenos de vida. El restaurante entero se percata de su presencia ya que obtiene la atención de todas las mesas. La cicatriz de su cara tiene un aspecto de lo más siniestro. Es solo entonces cuando veo aparecer a la mujer que lleva cogida de la mano. Es alta, esbelta, con unos ojos penetrantes de color azul y el cabello moreno y abundante. Es despampanante, la tez inmaculada, un escándalo de pómulos, los labios gruesos. Nunca había visto a una pareja tan formidable.

—¿Esa es su esposa? —pregunto, profundamente conmocionada.

No sé lo que esperaba. Quizás a una mujer destrozada, cetrina, de aspecto aborrecible, pero en su lugar me encuentro con una mujer que podría protagonizar un anuncio de perfume.

Parpadeo y miro a James al notar que me está observando. Él ladea la cabeza y yo sacudo la mía.

—James... —dice Black al llegar a la mesa—. Perdón por haberos hecho esperar —dice, y acerca a la belleza exótica de su mujer para que se aproxime—. Esta es Rose, mi esposa. Rose, James y Beau.

Ella sonríe de manera forzada mientras rodea la mesa; sin duda ha sido una pelea de enamorados.

—Beau... —Me coge por los hombros y me abraza de manera ligera, sin fuerza y sin hacer presión. Sonrío por encima de su hombro a James, que sigue cogiéndome de la mano, y se la suelto con suavidad para devolverle el abrazo a Rose.

—Es un placer conocerte —digo, dejando que se separe.

Ella me mira.

—Has elegido el de color crema...

Me remuevo, muy incómoda.

—Gracias. Es que no tengo un solo vestido aquí.

—Buena elección —dice Danny Black, y veo que estrecha la mano de James. Al soltarla, rodea también la mesa y Rose se hace a un lado para que pueda llegar hasta mí y darme un beso en cada mejilla—. Tienes mejor aspecto —dice en voz baja—. ¿Qué tal la casa?

—Genial. Gracias por dejar que nos quedemos en ella —contesto, aunque sospecho que es algo puramente egoísta. ¿Qué le importa a Danny Black que me hayan pegado un tiro? Necesita a James y James le necesita a él.

—Es un placer... —Me deja y le acerca una silla a Rose—. Cariño —dice, haciendo un gesto hacia ella, con una ligera sonrisa. Ella no le da las gracias, se limita a dirigirle una mirada cómplice, admonitoria y algo desdeñosa. Entonces él se agacha y le planta un beso en la coronilla y lo alarga un instante antes de bajar hasta su oído y susurrarle algo. Se podría cortar la tensión en el ambiente con un cuchillo, y estoy bastante segura de que no es de tipo sexual.

Me siento y le echo un vistazo a James, y su sonrisa hace que me encoja de hombros.

—Así que estamos rodeadas de asesinos letales —dice Rose en voz baja, y le arranca la botella de vino al camarero antes de que este tenga la oportunidad de dejarla encima de la mesa —. Menos mal que están buenorros, porque si no a cuento de qué íbamos a estar aquí...

No puedo evitar reírme, pero algo me dice que no debería hacerlo.

Danny Black dirige una mirada fugaz a su esposa para hacerle saber que está tentando la suerte mientras ella levanta la botella en el aire y me mira, ladeando la cabeza. Yo asiento: sí, dame todo el alcohol posible, lo voy a necesitar para sobrevivir a esta cena.

—Bueno, ¿qué te trae por aquí, Beau? —pregunta Rose, y sirve nuestros vasos sin molestarse en ofrecerles vino a los hombres. Deja la botella en medio de la mesa, coge el vaso y se recuesta en la silla, mirándome expectante—. Además de necesitar los servicios de mi marido.

Me echo hacia atrás, recelosa ante la intensidad de su amargura. ¿Así que es conmigo con quien tiene un problema? Veo que James también está en tensión, con la mirada clavada en Black, como si le estuviera pidiendo en silencio que controle a su esposa. Con los labios apretados, el Británico se inclina para coger la botella, sirve su vaso y el de James antes de dirigirle una mirada gélida a Rose.

—Perdona a mi esposa —dice, tomando un trago lento, apretando los dientes—. Por lo general no se comporta como una zorra.

Me echo hacia atrás y James, que se remueve incómodo, me coge la mano por encima de la mesa, mientras que a Rose se le abren los orificios nasales. Entonces estampa el vaso de vino contra la mesa y se pone en pie.

—Disculpadme si no me emociona demasiado comentar la muerte inevitable de mi marido. —Gira sobre sí misma, con lo que su cabello largo ondea en el aire, y se aleja en dirección al restaurante.

Sintiéndome más incómoda que nunca, miro a Danny Black, que no levanta la vista de la mesa en un intento evidente por armarse de paciencia. Se está enfadando de verdad.

—No bromeabas cuando dijiste que tu esposa tiene un gancho de derechas fenomenal, ¿eh?

—dice James, asintiendo con la cabeza hacia la nariz de Black, y me doy cuenta de que está un poco hinchada.

El Británico parpadea con lentitud, se lleva los dedos al puente de la nariz y se lo pellizca.

—Disculpadme un momento —dice, echando la silla hacia atrás—. Mi esposa y yo tenemos que limar asperezas.

—Tómate tu tiempo. —James me aprieta la mano y, mientras se aleja, Black se recoloca la americana de lino. Aunque no lo veo, también estoy bastante segura de que flexiona los puños.

Me vuelvo hacia James.

—¿Crees que va a...?

—No es asunto nuestro —dice, sin mirarme.

—¿Perdona?

Se vuelve hacia mí y acerca su cara a la mía.

—No hemos venido a hacer de asesores matrimoniales.

—Pues claro que no. —Me río—. Porque no sabemos qué se siente al estar casados.

—Pronto lo haremos —dice él, pensativo, y sus ojos recorren mi rostro mientras su pulgar dibuja una línea recta por el dedo índice de mi mano izquierda. Me remuevo en la silla y él me dirige una sonrisa de preocupación.

—¿Debería ir a ver cómo está? —pregunto, haciendo girar la mano para coger la suya.

Él niega con la cabeza, se inclina y bebe un sorbo de vino.

—Sé muchas cosas de Danny Black, dos de ellas con una certeza incuestionable.

—¿Y cuáles son?

—Que es un asesino despiadado —contesta James, mirando en la dirección por la que Black acaba de marcharse—, y que besa el suelo que pisa su mujer. —Vuelve su rostro inexpresivo hacia mí—. Nos parecemos más de lo que me gustaría.

Entonces me suelta la mano, coge el menú, examina las opciones y deja la afirmación flotando en un aire que se ha quedado enrarecido y tenso pese a que Danny y Rose se hayan levantado de la mesa. Miro hacia la puerta del restaurante, considerando cómo abordar el tema cuando vuelvan..., si es que vuelven. No busco hacer una nueva amiga, lo cual probablemente sea bueno. Estoy aquí por James, punto. Por James y por mí misma.

Cuando regresan ya me he acabado el vaso. Miro a Rose avanzar entre las mesas y reparo en el rubor evidente de sus mejillas. A su espalda, Black se recompone la ropa de manera discreta.

Ella se sienta a mi lado y me dedica una discreta sonrisa.

—Lo siento, tenía que quitarme eso de encima.

—¿Qué parte? —pregunto sin pensar, porque su cara está empapelada con las señales de lo que su marido y ella se han quitado de encima.

Danny se ríe por lo bajo, lo que le da un aspecto bastante adorable para tratarse de un asesino. Por su parte, James se frota el labio superior con una sonrisa suave, lo que le da un aspecto bastante sexi para tratarse de otro asesino a sangre fría.

—¿Pedimos? —dice Rose, que se hace con las cartas y las reparte—. Las ostras son divinas.

—¿Ostras? —pregunto, mirando las posibilidades—. Nunca sé si hay que chuparlas, masticarlas o tragarlas. —Pego un bote cuando a Danny y Rose les entra un ataque de risa conjunto y me quedo mirándolos, aturdida y confusa. Me quedo callada—. ¿He dicho algo gracioso? —pregunto cuando se calman. Danny le dedica a su esposa una sonrisa de afecto y le coge la mano por encima de la mesa.

—Es una broma privada. —Rose envuelve los dedos de su marido con la mano y mira a James—. Entonces, ¿cómo debo llamarte? —pregunta—. ¿James? ¿Kellen? —Bebe un trago de vino con una pequeña sonrisa—. ¿El Enigma?

James baja la vista, no contesta, sonríe, y yo me deleito en la visión de su cabello al caer hacia delante y cómo las pestañas abanican sus mejillas. Le salva el camarero, aunque tampoco lo necesitaba; de ninguna manera iba a satisfacer una pregunta tan audaz. Aunque es bastante raro: si hay gente que conoce su identidad, técnicamente ha dejado de ser el Enigma.

Todos pedimos y es curioso, pero la conversación comienza a fluir. No hablamos de asesinatos ni de Miami, sino sobre la isla, lo que se puede hacer en ella, adónde deberíamos ir.

Después del plato principal, me recuesto en la silla y observo a James, fascinada de verle participando, hablando, sonriendo. Esto es tan normal que me está volviendo loca. Dos parejas compartiendo una cena, charlando, riendo, comiendo. Nuestras miradas se encuentran en más de una ocasión; James me dedica una sonrisa tranquilizadora y o bien me llena el vaso de nuevo o me coge la mano y me la aprieta. Sabe lo que estoy pensando.

Estoy pensando que esta podría ser nuestra vida. Nosotros dos, aquí, como personas normales. Nunca habíamos salido a cenar juntos a un restaurante, mucho menos con otra pareja. Mañana visitaremos el supermercado de la zona y haremos la compra. Luego iremos a echar un vistazo a las cascadas del otro lado de la isla, sobre las que Rose nos ha hablado con mucho entusiasmo. James saldrá con Danny en moto acuática y, mientras, al parecer Rose y yo nos relajaremos en la terraza de su villa con unos cócteles. No, no necesito una amiga aunque tal vez quiera tener una. Quizás quiera vivir así todo el tiempo y, cuanto más rato paso sentada con estos desconocidos, mejor comprendo la animosidad previa de Rose. Al venir aquí hemos trastornado su vida y alterado su paraíso. Porque esto es lo que es este lugar, un paraíso.

Asesinos en el paraíso.

—Así que eras policía... —dice Rose, que echa la silla hacia atrás, con la copa en la mano, y cruza las piernas.

—Sí, en una vida anterior.

Miro a James, preguntándome cuánto les habrá contado de mí, de sí mismo y de nosotros. Él tiene los codos apoyados en la mesa, hace girar con lentitud el vaso que sostiene en la mano con los ojos perdidos en el líquido y se niega a mirarme. Me inclino para coger un trozo de pan; no tengo muchas ganas de hablar de mi antigua vida.

Con el movimiento se me levanta la manga y me quedo paralizada, noto todos los ojos

puestos en la monstruosa cicatriz que asoma por debajo del precioso vestido de color crema. Aprieto los labios y reculo sin llegar a hacerme con el pan. El silencio es espantoso, y me doy cuenta de que en ningún momento de la cena la conversación me había aborrecido; había sido ligera, libre, sencilla. Aun así, tengo la sensación de que eso acaba de cambiar.

Me refugio en el vino y niego con la cabeza al ver que James me observa con una mirada lastimera. «¡Para ya!»

Rose hace un movimiento y yo frunzo el ceño al ver que pone el brazo sobre la mesa. Reparo en ellas de inmediato, bajo el tenue brillo de las velas: son sus cicatrices. Cicatrices debidas a numerosos cortes. La miro a los ojos y ella me sonríe. Entonces, el brazo de Danny aparece sobre la mesa y se sube la manga. Cojo aire al ver los cortes monstruosos que atraviesan su piel bronceada. Le miro y él me sonríe, estirando la fea cicatriz que se extiende entre el ojo y los labios.

Trago saliva y me fijo en James.

—No pienso quitarme la camisa —dice con toda tranquilidad y un deje de ironía en la voz. ¿Y qué hago yo? Me río. Comienzo a partirme de risa y toda la mesa se une a mí. Mis heridas nunca me habían hecho reír. ¿Qué leches está pasando? El mensaje de Rose ha sido claro, igual que el de Danny.

Nos parecemos más de lo que con toda probabilidad nos gustaría.

Creo que nunca me había sentido tan llena: llena de comida, llena de bebida y, desde luego, llena a rebosar de amor. Observo a James —cosa que he hecho mucho a lo largo de esta cena sorprendentemente agradable, después de un comienzo tan espinoso— y parece estar muy relajado y aún más atractivo si cabe. Quiero hacer que se quede aquí. Me cuesta cada vez menos ignorar el ardiente deseo de venganza mientras estamos en este lugar, en esta... normalidad. Es como si, al conocerse su identidad verdadera, también se hubiera quitado de encima una cierta oscuridad.

—¿Por qué Rose y tú no os vais a dar una vuelta? —dice, girándose hacia mí para quitarme con un beso ese ceño que frunzo de inmediato.

—Sí, muéstrale a Beau el mar al anochecer —añade Danny, que llama al camarero con un gesto y pide más bebidas.

—Ya veo el mar al anochecer —digo, mirando en efecto el mar al anochecer a su espalda.

Danny vacila, le dirige una mirada rápida a James, que me observa en silencio detenidamente y alarmado. Están echando a las mujeres para poder hablar de todas las maneras en las que van a matar gente. Se acabó la cena perfecta con mi chico despreocupado. La oscuridad ha vuelto a la superficie. El asesino ha regresado. Aunque, siendo honestos, ¿qué esperaba? ¿Que un poquito de sol y el mar mágico y resplandeciente liberaran a James del asesino que lleva dentro? No, no esperaba eso, pero esta tarde me ha permitido vislumbrar la vida que podríamos llevar y, a la

misma velocidad con que he abrazado esa idea, me la acaban de robar. Siento cómo frunzo los labios y miro a Rose para evaluar su reacción. Ella tiene un aspecto contemplativo, sonríe en una mueca.

Intuyo que cualquier protesta por nuestra parte será respondida con fuerza y percibo que Rose ha entendido lo mismo que yo. Es el motivo por el que se está mordiendo la lengua de manera tan evidente.

Miro mi vaso de vino y se me escapa una pequeña carcajada: que las mujercitas se aparten para que los chicos puedan hablar de negocios. ¿Ha olvidado James que esta también es mi guerra? El resentimiento comienza a abrirme un agujero candente en el estómago.

—Ya no estoy embarazada —digo sin pensar, dirigiéndole una firme mirada—. Ya no soy frágil, James. No estoy hecha de cristal.

Lamento esas palabras nada más decirlas; la amargura que me produce el mundo, nuestra pérdida, ha hablado por mí. La mirada que clava en mí es de una rabia innegable; rabia mezclada con un montón de dolor.

—¿Crees que no me he dado cuenta? —pregunta en voz queda, como si nuestros acompañantes no fueran a oírle. Asimilo su evidente disgusto y lo acepto en su totalidad: soy consciente de que me lo merezco—. Si aún estuvieras embarazada de mi hijo —sisea— no estarías bebiendo. —Coge la botella y me rellena la copa hasta arriba, para hacer hincapié en ello —. Así que bébetelo todo, Beau. Aprovéchalo al máximo. —Se recuesta contra la silla, coge el vodka y hace un brindis al aire—. Salud, nena. —Apura el líquido y toma una bocanada de aire mientras le sale humo de las orejas. Acto seguido estampa el vaso contra la mesa, hace crujir la mandíbula y jadea como un animal salvaje en su asiento—. Vete a dar un paseo, Beau —me ordena con frialdad y firmeza.

Siento el contacto de una mano sobre el brazo y dirijo una expresión vacía hacia la izquierda. Rose suplica con la mirada mientras se levanta de la silla. Miro a Danny, que me estudia en silencio a la vez que contempla una escena que, básicamente, consiste en que tras perder la cabeza haya empezado a soltar mierdas y crear problemas.

Furiosa conmigo misma, me pongo en pie y me alejo. Rose no tarda en aparecer a mi lado, me coge la mano y tira de mí hacia la parte posterior de la terraza.

—Quítate los zapatos —me dice, haciendo que me detenga junto a una abertura en la vieja pared de ladrillo, antes de agacharse y quitarse sus propias sandalias de tacón.

Hago lo que me dice, vuelvo la mirada mientras mis dedos juguetean con la diminuta hebilla. Black le ofrece a James un vodka. Suspiro, me deshago de los zapatos con sendas patadas y dejo que Rose me guíe por el sendero arenoso que nos conducirá hasta la playa. Nos rodea un silencio embarazoso y detesto pensar que yo lo he provocado. Me odio a mí misma. James quizás sea un asesino, pero es mi asesino y no ha hecho más que cuidar de mí. Me ha consentido y me ha dado al fin una razón por la que vivir.

—¿Cómo se puede amar a alguien y odiarle al mismo tiempo? —pregunto con la cabeza en

otra parte, observando cómo los dedos de mis pies se hunden en la arena con cada paso que doy.

Ella se ríe, pero es una carcajada llena de ironía.

—¿Estabas en la mesa hace un rato? —pregunta antes de inspirar y levantar la mirada hacia el cielo nublado con una sonrisa—. Me encanta odiar a mi marido, y sé que a él le pasa lo mismo.

Creo que me siento identificada. Adoro la pasión constante de James por enmendar tantas injusticias. Aun así, detesto que eso mismo pueda acabar con nosotros y, hasta cierto punto, ya lo ha hecho. Trago saliva y me obligo a apartar la mano que estaba dirigiendo por instinto hacia mi vientre.

Pasamos por encima de una roca y llegamos a la playa. Rose se coge el dobladillo del vestido y se lo sube hasta los muslos. Me dirige una sonrisa, que es notablemente más amistosa que las tentativas a medias de antes.

—Ven —me dice, y se aleja danzando por la arena hasta la orilla. Al llegar junto al agua da media vuelta y regresa sobre sus pasos—. Párate aquí y mira arder el horizonte. Tendrás la sensación de estar en el borde del mundo.

Se gira para mirarse los pies y cómo el agua le lame los tobillos. Sus esfuerzos por tranquilizarme son encomiables. No esperaba que pasase nada de esto, pero hasta cierto punto parece ser consciente de cuál es su lugar. La conozco desde hace solo una hora o dos, y he descubierto con rapidez que Danny Black se desvive por ella. La adora, y ella a él. Ha aceptado a la persona con la que está casada y se contiene cuando es consciente de que debe hacerlo. No puedo dejar de pensar que James tiene la esperanza de que yo aprenda algo de Rose Black.

Me acerco a ella y me detengo en silencio a su lado. El sonido del mar me relaja.

—Estuviste embarazada —acaba diciendo Rose, que me coge la mano y me la aprieta sin dejar de mirar el agua.

—Solo durante unas semanas —murmuro mientras comienza a dolerme el estómago—. No lo planeamos en absoluto.

La miro y ella me dirige una leve sonrisa antes de devolver su atención al mar.

—Porque ¿quién podría querer tener un hijo con un asesino a sangre fría? —observa, meditabunda, mientras la brisa le sacude el pelo. Me suelta la mano y se aparta los rizos de la cara. Parece casi triste—. Yo misma. —Deja caer los brazos y ladea la cabeza, como si esperara una reacción del mar a esa afirmación.

—Pero no puedes... —contesto en voz baja, leyendo todas las señales y, por encima de todo, topándome con su devastación tras esa fachada de supuesta fortaleza.

Ella inspira y exhala poco a poco, intenta recomponerse y, cuando me mira, veo con perfecta claridad la pena en sus ojos de intenso color azul. Es una mujer aguerrida, fuerte. ¿Acaso podría haber sido de otra manera, estando con un hombre como Danny Black? Sin duda, se trata de mi tipo preferido de persona y más, en parte, por la fragilidad que oculta bajo la armadura que son su belleza, ese vestido despampanante y ese maquillaje impecable e impoluto.

—Tuve un hijo a los quince —dice—. Me lo robaron. Fue un parto de mucho estrés y... —

Traga saliva—. Bueno, eso fue todo.

No tengo la menor idea de lo que debo hacer ni de lo que debo decir. Nunca me había sentido obligada a reconfortar a alguien; sin embargo, lo que perdí hace poco y la manera inesperada en la que me ha hecho sentir, hacen que tenga una idea bastante clara de lo que vive Rose a diario. A mí no me han arrebatado por completo la posibilidad de ser madre, a ella sí.

Me acerco más a ella y hago lo que cualquier mujer compasiva haría: la rodeo con el brazo y ella se relaja contra mí. En este momento, aquí, con los dedos de los pies hundidos en el mar al filo del mundo, me doy cuenta de que no estoy rota del todo, no estoy lo bastante dañada ni soy lo bastante fría como para dejar de comprender el sufrimiento de otra mujer.

—No voy a intentar inventarme algo para que te sientas mejor —le digo—. Serían chorradas. La vida es una puta de mierda, ¿verdad?

—No. —Rose le da una patada al agua—. Es una puta despechada de mierda.

Me río, es una carcajada pura y real.

—¿Y Danny es suficiente para ti? —le pregunto.

—Más que suficiente. —Se separa de mí, entrelaza nuestros dedos, me coge con fuerza y tira de mí en dirección al agua—. ¿Y James? —me la devuelve—. ¿Es suficiente?

—¿Acaso importa? —pregunto mientras los bajos del vestido se me pegan a los muslos. Me concentro en la línea del horizonte, inspiro y dejo que el aire limpio y lleno de sal me llene los pulmones—. De todos modos, nunca dejará que me marche. Así que tiene que serlo.

—Pero ¿lo es? —murmura Rose.

—Pues claro que sí. —Le dirijo una sonrisa llena de orgullo y ella me la devuelve—. Nos hemos agenciado a unos asesinos. Estamos viviendo un jodido cuento de hadas, Rose.

Se ríe echando la cabeza hacia atrás y yo la acompaño. Porque ¿qué más podríamos hacer, aparte de dejarnos los ojos llorando inútilmente? Las lágrimas no tienen sentido en este mundo del que Rose y yo hemos elegido formar parte.

Capítulo 5

DANNY

—Parece que los dos estamos en el punto de mira.

Saco un cigarrillo del paquete y lo enciendo. Me relajo contra la silla mientras James observa el descenso de las mujeres hacia la playa. Una solista se está preparando para actuar a nuestra espalda y el sol está a punto de desaparecer por completo en el mar. Ha sido una velada sorprendentemente agradable, disputas domésticas al margen. La mía con Rose se ha resuelto rápidamente en el servicio de mujeres. Ella no ha conseguido abofetearme y yo he logrado follármela con dureza contra el lavabo. Lo más probable es que, en estos momentos, mi semilla siga goteando de su interior. Sonrío y exhalo.

—Beau no es una mujer a la que le guste que le digan lo que tiene que hacer. —James aparta la vista de la playa y la posa sobre el vaso de vodka que el camarero acaba de dejar encima de la mesa.

—¿Y por qué no te buscas una? —Suelto la pregunta como un bombazo, doy otra calada al cigarro y exhalo con el vaso en los labios—. Una mujer así, quiero decir.

James decanta el vaso de izquierda a derecha para acto seguido levantarlo y beberse su contenido de un trago.

—Porque entonces no sería Beau —contesta, y me dirige una mirada estoica—. Sé que estoy hablando con un hombre que me comprenderá.

Esbozo una pequeña sonrisa y asiento con la cabeza.

—A la perfección —digo, cavilando.

Tengo ante mí a un hombre en una situación muy parecida a la que yo mismo viví y que parece que volveré a vivir pronto, solo que esta vez ya tengo mi recompensa... si ella no me abandona.

—¿Qué novedades hay en Miami? —pregunta James, devolviendo la conversación al tema que nos ha traído aquí.

—No lo sé. —Tiro la ceniza en el cenicero—. Pero me han dicho que está a punto de desencadenarse un desastre de proporciones épicas. —Una parte de mí lamenta tener que regresar. Otra parte, la del hijo de puta enfermo que llevaba adormilada unos años, se muere de ganas de ver la cara de varios hombres cuando descubran que he resucitado.

—Dime una cosa —me pide, mirando el vaso mientras el camarero se lo llena de nuevo. Espero en silencio a que prosiga—. ¿Deseas volver a la vida?

Sonrío.

—Si lo pregunta mi mujer, no.

—No te lo está preguntando tu mujer, sino yo.

—Es algo que nunca te abandona —contesto, echándome hacia delante—. ¿Crees que vas a matar a tus enemigos, a desaparecer en el horizonte y a montarte la vida con Beau? —Resoplo, me recuesto contra la silla y le doy otra calada al cigarrillo—. Siempre habrá alguien que quiera clamar venganza, alguien que te quiera muerto. Yo soy una prueba viviente de ello, y eso que se supone que fallecí y ya no estoy en este mundo. —Brad tenía razón, una vez me dijo que uno no puede abandonar esta vida. No es posible—. Spittle intentó acabar con mi mejor amigo, mi primo. Lo hizo por un motivo, y los dos sabemos cuál es. —Le dedico una sonrisa sombría—. No soy el tipo de hombre que se queda esperando a que el peligro dé con él. —Lo encontraré... y me lo cargaré.

—Me lo voy a tomar como un sí.

Ladeo la cabeza para mirar hacia la playa. No veo a Rose.

—Va a ser un caos —digo, pese a que él ya lo sepa. Además, le he visto matar a un hombre. Ninguno de los dos dejamos las cosas a medias, pero tendremos que pasar por un montón de hombres antes de encontrar a la persona que necesitamos.

—Es la única manera que conozco de hacer las cosas—dice James, llevándose la bebida a los labios.

—Nunca llegué a expresarte mis condolencias.

—¿Por qué? —pregunta, y veo el temblor de su mandíbula—. ¿Por la masacre de mi familia? ¿De mi bebé? ¿O por el intento de asesinato de mi prometida?

—Por todo ello.

—No quiero condolencias. —Hace una mueca mirando el vaso—. Quiero venganza.

Este hombre me está cayendo cada vez mejor, y no soy el tipo de hombre al que le caen bien los hombres. Muy pocos han tenido el honor de que los aprobara. En cambio, James es sutilmente inmoral y, además, está enamorado de una mujer retorcida.

Me recuerda a alguien a quien conocí... y aún conozco.

—No habéis tenido hijos. —James levanta la vista hacia mí y yo vacilo con la bebida ante los labios.

—No. —Ha llegado el momento de revelarle una parte de lo que fuimos Rose y yo y de lo que podríamos volver a ser pronto—. Un viejo enemigo hizo que Rose se infiltrara conmigo. La chantajeaba para que hiciera todo lo que le pedía a cambio de no matar a su hijo, y es probable que a ella también.

—¿Tiene un hijo?

—Desde los quince, cuando cualquier hombre que la deseara podía violarla repetidas veces. —Se me revuelve la ira que yace dormida en la boca de mi estómago—. Tuvo un niño. Fue un

parto muy duro. —Me encojo de hombros como si no hubiera pasado nada, cuando pasó todo lo habido y por haber de la forma más jodida—. Ya no puede quedarse embarazada.

—La salvaste —dice James sin la menor emoción.

Le clavo la mirada.

—Nos salvamos el uno al otro. ¿Te suena?

Él sonríe, aunque apenas se le note.

—¿Y el niño?

—Lo encontré. Ahora tiene trece años y vive con sus padres en Miami. Viene de visita.

—¿Y a ellos les parece bien?

—No es que tengan mucha elección. Compraron al crío en el mercado negro, digamos que tienen suerte de seguir vivos.

—Me refería a ti. ¿Les parece bien que pase tiempo contigo?

—No saben quién soy, además del marido de la madre biológica de Daniel, a quien ella conoció después de mudarse a Santa Lucía.

—¿Cómo se dirige a ti?

—Me llama señor. —Sonrío, y soy consciente de que es un término cariñoso. Daniel es un buen chico, es listo, educado, tolerante. Solo desearía poder hacer que pase más tiempo con Rose, pero en este sentido somos realistas. No ha conocido más que a sus padres y su educación es importante, al igual que la estabilidad que Hilary y Derek le proporcionan.

—¿Cuál es tu plan? —pregunta James, centrándonos de nuevo en el asunto que nos traemos entre manos.

—Primero me haré con Byron’s Reach. Si algo va a entrar en Miami, lo hará por ahí.

—¿Te harás... cómo?

—Por la fuerza.

—¿Y el Oso? ¿Cómo propones que lleguemos hasta él?

—Utilizaremos un cebo y haremos que pique. —Hago rodar la punta de color rojo brillante del cigarrillo sobre el borde del cenicero.

—Harás que salga a la luz...

—Y le mataremos —susurro, con un tono tan letal como mis emociones.

—¿Y ahí se acaba todo?

—En este mundo, las cosas no se acaban nunca.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que, si volvemos a Miami, habremos establecido un listón. Y uno no abandona el listón. Lo defiende o muere. Tienes que estar preparado para eso. Es lo que pasa cuando se es prolífico. —Al ver que se acerca el camarero, le cojo las dos botellas de la bandeja antes de hacer que regrese por donde ha venido, y relleno nuestros vasos—. Así que la pregunta es: ¿volvemos a Miami, James?

Se le oscurecen los ojos.

—Volvemos a Miami. —Levanta el vaso y me mira—. Estoy preparado para todo.

He visto a muchos asesinos en mi vida y, de todos ellos, el que tenía los ojos más cargados de venganza era el que me miraba a diario desde el espejo. Ahora mismo podría estar haciendo eso, mirarme en el espejo, porque veo el mismo remolino de oscuridad y de odio.

—Por la venganza. —Hago chocar el vaso contra el suyo y, mientras engullo la bebida, veo un destello color blanco con el rabillo del ojo. Rose se nos acerca descalza, embadurnada de arena... y sin Beau.

Al llegar a la mesa, deja caer los zapatos al suelo y me pone una mano sobre el hombro para sostenerse mientras se agacha para quitarse la arena de los pies. Giro la cabeza hacia ella y le doy un beso en el anillo de boda antes de poner la mano sobre la suya. Rose capta la expresión inquisitiva de James.

—Beau...

—... quería sentir los últimos rayos de sol en su cara —susurra él, casi con tristeza, hundiéndose en la silla—. Conozco las necesidades de esa mujer desde el momento en que le puse la vista encima por primera vez —dice sin mirar a Rose, con la vista puesta en la abertura del muro que conduce a la playa—. Y ahora... —Se pone en pie y mis ojos le siguen—. Tengo que ir al servicio.

Mientras se aleja dando grandes zancadas, se saca el móvil del bolsillo trasero y marca un número. Es un hombre perdido y, una vez más, sé a la perfección cómo se siente. Las mujeres te hacen eso, nublan tus sentidos y hacen que te cuestiones tus instintos.

—¿Estás lista para que nos vayamos? —le pregunto a Rose mientras hago un gesto con el brazo para que me traigan la cuenta.

—Tengo que ir al servicio. —Se agacha, me besa en la frente y, con una sonrisa, la veo alejarse y dejarme solo hasta que llega Beau de la playa.

Se acerca con lentitud y se fija en mí mientras carga con las sandalias colgando de las yemas de los dedos que sobresalen del yeso que decora su brazo.

—Están en los servicios —digo antes de que llegue a preguntar—. Siéntate. —Hago un gesto señalando la silla frente a mí y Beau la ocupa sin apartar la mirada en ningún momento de mis ojos. Veo en ella la misma resiliencia que en Rose, la misma capacidad de lucha, solo que por ahora ha perdido el rumbo—. ¿Puedo preguntarte algo? —Echo una mirada de reojo, una indicación evidente para que ella entienda que no quiero que mi esposa me oiga... al menos hasta que no conozca la respuesta, ya que se trata de algo que podría alterar la situación de manera significativa y, con honestidad, no quiero que Rose se haga ilusiones falsas.

Beau no contesta, lo que me permite proseguir.

—Fuiste policía...

—Sí, y ahora soy la novia de un asesino.

—Hay cosas peores. —Siento mi labio torcerse, pero el rostro de Beau se mantiene impasible en todo momento.

—¿Como qué?

—Como ser uno de sus enemigos.

Ella parpadea varias veces hasta que baja la mirada a la mesa.

—¿Qué querías preguntarme, Danny? —dice, cogiendo la copa de vino para echar un trago y así negarse a mirarme a los ojos.

—¿Pueden procesarme por fingir mi muerte?

La copa se queda detenida a medio camino de su descenso hacia la mesa y me sorprende ver que a Beau se le cuela una leve sonrisa por la comisura de los labios. ¿Le parece una pregunta graciosa?

—Tu esposa se te ha adelantado —dice al fin, mirándome.

Inclino la cabeza poco a poco, encontrándole el sentido a su reacción. Me río por lo bajo, sacudiendo la cabeza ligeramente, mientras recorro el borde del vaso con el dedo.

—Rose ya te lo ha preguntado.

—Sí.

—¿Y?

—Depende.

—¿De qué?

—De que haya habido un hecho delictivo. —Deja la copa y me reclino sobre la mesa, interesado—. Mientras no hayas obtenido ningún beneficio económico, de un seguro de vida, por ejemplo, no te procesarán. Cuando odias tu vida, técnicamente se te permite idear una manera de abandonarla.

Asiento con la cabeza, meditabundo, pensando que la noticia debe de haber cabreado a Rose, que estaba buscando cualquier razón que me impida regresar a Miami.

—Se lo dejé todo a Rose. No hubo pólizas de por medio.

—Entonces, el FBI no puede hacer nada.

—¿Y qué hay de mi primo? Él me identificó. —Estoy tomando todas las precauciones posibles y lo último que deseo es que, nada más pisar Miami, nos arresten a Brad o a mí.

—Te ahogaste —afirma ella como si se tratara de un hecho, lo cual me indica que conoce mi historia, algo que no resulta sorprendente habiendo sido policía. Asiento y ella prosigue—. ¿Cuánto tiempo pasaste en el agua antes de que te sacaran?

—Tres días.

Ella se encoge de hombros, no parece preocupada en lo más mínimo.

—Por lo general, el cuerpo comienza a hincharse después de tres días. En el agua, dependiendo de la temperatura, ese proceso se puede ralentizar. No obstante, pasar tanto tiempo sumergido produce cambios drásticos en la apariencia de un cadáver.

—Entonces me estás diciendo que no me pueden hacer nada.

—El FBI no perderá el tiempo buscando a alguien que quería dejar atrás su vida.

—Pero no soy una persona cualquiera, Beau —señalo. Entiendo que una persona que quiera

abandonar su vida sin obtener por ello ningún beneficio ilícito no merezca que el FBI le dedique su tiempo. Pero yo sí que lo valgo—. Y he cometido muchísimos crímenes.

—¿Pueden demostrar que fuiste tú quien los cometió?

—No.

Ella asiente con la cabeza poco a poco y propina unos golpecitos en el tallo de la copa.

—Entonces comenzaré a rezar por Miami. —Lleva la mirada a mis espaldas y yo me giro para ver que James se acerca, seguido de Rose a poca distancia—. Quiero que me prometas una cosa —dice, sin dejar de mirar a James.

—¿Qué?

—Que dejarás a Dexter al margen.

—¿Quién es Dexter? —pregunto con voz neutra, pues mi mente se ha apresurado a indicarme que mantenga la calma.

Beau me mira, entorna los ojos un poco mientras da un trago de vino con apariencia relajada.

—Sabes a la perfección quién es aunque, para mayor claridad, es el hombre que mató a nuestro hijo.

—Y que estuvo a punto de matarte a ti —señalo—. Así que ¿por qué quieres dejarle al margen y por qué me lo dices a mí y no a James?

—Quiero que quede al margen porque necesito creer que su locura tuvo cierta lógica, es el marido de mi tío. Y te lo digo a ti y no a James porque no creo que él pueda abstenerse de matarlo a golpes. —Su mirada se va elevando a medida que James se acerca a la mesa. Hostia puta, conoce bien a su hombre. El problema es que él ya se ha cargado a Dexter, y fui yo quien se lo entregó.

El camarero deja la cuenta encima de la mesa.

—Yo me ocupo —digo, arrastrando el tique para que James no acabe de sacar la cartera—. Tú te encargas de la próxima.

Él asiente y Beau se pone en pie para acercarse a Rose y darle un fuerte abrazo. Se nota que han conectado. Mi esposa nunca ha tenido una amiga, y verla con Beau, aunque la cosa haya comenzado de manera un poco espinosa, alivia la culpa que siento. Se van a necesitar la una a la otra y, al mirar a James, veo que él también las observa, pensando sin duda lo mismo.

Él me mira a los ojos, yo asiento con brusquedad y le ofrezco la mano.

—¿Motos de agua mañana? —pregunto.

—Claro. —Me la estrecha y me pongo en pie cuando Beau se me acerca. Levanta el brazo, me da un beso en la mejilla y se queda un instante así... esperando a que le dé mi palabra. Mierda.

Le paso el brazo por el hombro y la atraigo hacia mí.

—Hecho —le digo en voz baja al oído, mintiendo como un cabrón, y no encuentro el menor placer en ello.

—Gracias. —Se aparta y se une a James, que se apresura a estrechar su frágil cuerpo contra su

costado. Los veo alejarse mientras tomo de nuevo asiento y señalo con un par de golpecitos mi regazo para que Rose venga conmigo.

—Creo que hay un polvo de reconciliación en el horizonte —susurra ella mientras se acomoda, rodeándome el cuello con los brazos.

—Le aplaudo por saber esperar hasta llegar a casa.

Mi brazo rodea la parte baja de su espalda y alcanzo los cigarrillos para sacar uno con los dientes. Rose coge el Zippo de la mesa y me lo enciende.

—Tiene sus problemas —dice a la vez que nos recostamos contra el asiento, poniéndonos cómodos.

—Todos los tenemos.

—Pero me cae bien.

Sonrío para mí mismo, ya que esa simple declaración me provoca una satisfacción infinita.

—¿Eso significa que vas a dejar de tocarme los cojones?

—No —contesta ella con un susurro, apoyando la cabeza sobre mi hombro para observar el mar—. Esto sigue sin gustarme.

Me fijo en su brazo bajo mi barbilla, cuyas cicatrices relucen sobre la maravillosa piel bronceada. Conozco cómo Rose lidió en el pasado con aquello que escapaba a su control. No voy a quitarle el ojo de encima. Nunca.

—Ven.

Le doy un toque en el culo y nos ponemos en pie a la vez. Mantengo el cigarrillo entre los labios mientras me saco unos billetes del bolsillo trasero de los pantalones y los cuento antes de tirarlos sobre la mesa.

Me agacho a recoger sus zapatos, la tomo de la mano y la conduzco hacia el pasaje del muro. El sendero arenoso que conduce a la playa está a oscuras, no hay forma de ver las piedras que asoman entre la arena.

—Sube. —Hinco una rodilla en el suelo y su pierna aparece sobre mi hombro, acto seguido la otra, y me pone las manos en la cabeza. Después le paso el brazo por las pantorrillas y me incorporo para seguir bajando hasta llegar a la playa—. ¿Todo bien ahí arriba? —pregunto antes de darle una calada al cigarrillo.

—En la cima del mundo —contesta ella, con melancolía, y dejo de notar sus manos en la cabeza.

Sé que ha estirado los brazos hacia el cielo, con los ojos cerrados y echando la cabeza hacia atrás. Rose. Rose en paz. Me hace jodidamente feliz pero, en este momento, esa felicidad se ve mancillada por lo que nos espera.

Paseo con lentitud, disfrutando de tener a mi esposa sobre los hombros. Las olas chapotean con suavidad contra la orilla y la luna desprende un brillo hipnótico. Echaré esto de menos. Aunque sé que volveremos, no podré pasar mucho tiempo sin ello. Tiro el cigarrillo y levanto el

brazo para que ella coja las sandalias. Cuando le pongo una mano sobre cada muslo, por debajo del vestido, Rose aprieta un poco las piernas y yo levanto la vista con una pequeña sonrisa.

—Quiero casarme —declara de repente, y yo frunzo el ceño mirando la orilla.

—Ya estás casada.

—Otra vez.

El tramo de playa que se dibuja por delante se curva hacia la izquierda con el cúmulo de lucecitas procedente de los bares que la bordean.

—¿Por qué?

—Porque técnicamente no estamos casados, ¿verdad?

—Lo estamos para mí.

—Pero no para la ley. Es bastante imposible casarse con un muerto y, puesto que vas a volver a la vida, quiero casarme contigo.

—¿Quieres un bodorrio de lujo, nena? —le pregunto, deslizando las manos hacia dentro, tocando con los dedos la costura de sus bragas.

—Quizás —contesta con timidez y en tensión, sujetándome la cabeza—. ¿Puedo?

—Puedes tener todo lo que quieras, reina mía.

Me detengo poco antes de llegar a un chiringuito porque oigo la música procedente de una terraza de madera que está a reventar de gente de fiesta. Comienza a sonar el *I Need You Right Now* de Chainsmokers y Rose se mece sobre mí, pasándome la mano por el pelo.

Bajo un hombro, levanto el brazo y la hago bajar por delante. Ella lanza un chillido, parece ligeramente confundida cuando sus pies tocan tierra. Le cojo los zapatos y los tiro a un lado antes de estrecharla contra mi cuerpo. Sus manos se encuentran con mi pecho y sus ojos se pegan a mi cicatriz.

—Te quiero, joder —susurro, y hago que comencemos a movernos con lentitud, siguiendo a la perfección el ritmo de la canción, concentrado en mi esposa, en esta diosa guerrera, hermosa y resiliente.

Ella desliza las manos sobre mis bíceps y me sujetan mientras su cara se acerca para rozar su nariz contra la mía. Su piel toca cada parte de mi rostro mientras bailamos bajo la luna. Doblo un poco las rodillas para que nuestras caderas se mantengan unidas, rotando la una contra la otra en un movimiento perezoso, meciéndonos poco a poco.

Nos quedamos así hasta que la música se desvanece y nos deja solos con el mar y nuestras ansias. Unas ansias de la hostia. Ella inspira, baja la mano hacia mi entrepierna y la ahueca sobre ella, mordiéndose el labio.

—¿Me deseas, nena? —le pregunto, avanzando en busca de su contacto mientras asiente con la cabeza—. ¿Aquí? —Asiente otra vez—. ¿Ahora? —Desplaza la mano sobre mis pantalones acariciándome hasta ponerme duro del todo mientras recorre con los labios abiertos la distancia entre mi ojo y el borde del labio—. Contesta, Rose —le ordeno con suavidad. El aire se ha cargado de electricidad y mi sed de placer anda por las nubes. Ella sonríe de forma recatada; es

evidente que le encanta el efecto que provoca en mí..., aunque yo también provoco un efecto en ella. Le cojo la mandíbula para que no mueva la cara.

—Dilo —le susurro, metiendo una mano por debajo del vestido y deslizado un dedo más allá de las bragas. Gruño al encontrarme la humedad, cálida y palpitante—. Dilo, nena.

—Sí —dice ella con un grito ahogado, estremeciéndose, y lleva las manos con rapidez hasta mi pecho, donde clava sus dedos para agarrar con el puño la tela de mi camisa.

Le dedico una sonrisa traviesa, me dirijo hacia su oreja y atrapo el lóbulo, rozándole la carne con los dientes.

—¿Quieres que te folle con la lengua ese coño tan dulce que tienes? —Otra convulsión de su cuerpo—. Que me zambulla en él, que te lama, que te haga vibrar. —Se me hace la boca agua al trazar con la lengua la concha de su oreja.

—Joder —susurra, haciendo rotar las caderas, tirando sin pensar de mi camisa y rompiéndome algunos botones.

—Te vibra el clítoris. —Igual que cada centímetro de su ser—. ¿Quieres que te lo muerda? ¿Que lo mordisquee? —Paso el dedo sobre la protuberancia palpitante—. ¿Que te lo chupe? —le pregunto con la voz ronca, y un gruñido reprimido resuena al fondo de mi garganta. Le arranco las manos de mi pecho y las guío hacia sus costados. Ella me opone resistencia en todo momento, forcejea contra mis manos, los ojos entornados pero llenos de desesperación—. No me toques —le advierto con frialdad, dejando descansar la frente sobre la suya mientras llevo una mano a los bajos de su vestido y se lo subo hasta la cintura.

—Te odio —dice en un susurro, empujándome con la cabeza, furiosa pero obediente.

—¿Ah, sí?

Me quito los zapatos y la cojo de las manos, caminando de espaldas hacia la orilla mientras siento un remolino de anticipación en mi interior. El mar y el coño de Rose, dos de mis cosas favoritas. Me detengo nada más sentir el agua, le pongo las manos sobre los hombros y la animo a que se tumbe. Ella inspira cuando su culo pasa a descansar sobre la arena húmeda y yo me dejo caer de rodillas, hago que se recueste, cojo los laterales de sus bragas y se los bajo por las piernas antes de lanzarlas al agua a mi espalda. Una ola pequeña llega por detrás y Rose arquea la espalda cuando el agua la rodea y le salpica el pecho. El agua al contacto con la tela blanca de su vestido y las tetas sin sujetador por debajo de este; me relamo ante la visión de sus pezones, duros como balas, y de la areola oscura que se trasluce bajo la seda mojada. Levanto la vista con la boca abierta y la cabeza dándome vueltas. Ella eleva el pecho arqueando de nuevo la espalda y hunde las manos en la arena húmeda.

Es una visión y yo necesito catarla. Afianzo las manos en la parte trasera de sus rodillas y le separo las piernas para abrirlas ante mí. Me pongo boca abajo, soy inmune al frío ya que hay un incendio que arde a una lengua de distancia.

La envuelvo por completo con la boca, cierro los ojos y absorbo la frescura salobre de su piel. Le sale un grito rasgado. Mi gemido es primigenio.

—Danny... —susurra, retorciéndose sobre la arena, haciendo girar el cuerpo—. Oh, Dios.

Impulso la punta de la lengua más allá de la entrada y la lamo poco a poco, notando las contracciones de su clítoris en la boca. Ella se convulsiona con violencia, me obliga a pasarle el brazo sobre el vientre para contenerla. Me pone las manos en el pelo y me atrae hacia ella, cerrándolas, mientras noto la dureza de los granos de arena contra el cuero cabelludo. Me retiro, trago aire con voracidad y aprovecho para concentrarme en su piel resplandeciente. El clítoris se sacude de manera visible, tiene los labios hinchados y los músculos al otro lado de la entrada se agitan. Me agacho y deposito un beso tierno en ella, muy suave, pero aun así grita hacia la oscuridad del cielo e intenta obligar a que mi cabeza baje a por más. Me deshago de sus manos y las llevo hacia los lados para que se afiancen sobre esos millones de granos de arena.

—Quiero ver esto. —Bajo y vuelvo a lamerla, extrayéndole nuevamente un grito ahogado. Y otro, y otro más, seguidos de sendas sacudidas de su cuerpo.

—¡Danny!

Esbozo una sonrisa lasciva y me paso la lengua por los labios, bebiendo su esencia mientras le meto dos dedos. Veo las sacudidas de su cabeza y noto sus músculos internos intentando atraerme a mayor profundidad. Creo que ya la he torturado bastante, y a mí mismo también, así que añado algo de peso al movimiento y se los meto bien adentro, donde la suavidad de sus paredes me da la bienvenida. Unos lametones, una chupada, un mordisco ligero y un círculo preciso hacen que se doble, que se quiebre y que se corra en mi boca murmurando desconsolada mi nombre antes de quedarse inerte, con el pecho subiendo y bajando con fuerza.

Beso cada centímetro de su piel, calmándola, fascinado por su cuerpo y los sonidos que emite, hasta que se relaja y se hunde en la arena. Me arrastro por encima de ella, acomodo mi peso y enmarco su cabeza entre los antebrazos. Tiene los ojos cerrados.

—Ábrelos —susurro, consciente de lo que voy a ver. Sus pestañas aletean, ella inspira y levanta la vista hacia mí.

Lágrimas.

—Todo irá bien. —Le beso el entrecejo—. ¿Me oyes, Rose?

Tengo que hacer que me crea, porque de otro modo no dejaremos de pelearnos. Ya me he resignado al hecho de que tendré que mirar de nuevo y de forma constante por encima del hombro. No necesito, además, tener que estar siempre en guardia, pendiente de la palma de la mano de mi esposa. Porque así ha obrado desde que se enamoró del hombre que la había secuestrado. Cuando se siente amenazada, o teme que algo pueda amenazarnos, entra de manera natural en modo de combate. Se alimenta del miedo y la frustración. Siempre he hallado un placer sencillo como receptor de sus ataques físicos. Soy el único hombre en este mundo que puede cabrearla y también soy el único que puede amarla, así que, por consiguiente, soy el único que puede hacerle daño.

Porque el verdadero dolor nace solo de amar a alguien. Es una lección que los dos hemos aprendido, por la que los dos nos regimos.

Ella es mi inicio... y será mi final.

El silencio se palpa durante el trayecto en coche entre el aeródromo y mi mansión de Miami. Me he pasado todo el viaje cogiendo a Rose de la mano a la fuerza, mientras miraba por la ventanilla, y cuanto más nos acercamos, más nervioso estoy. Hace unas semanas, cuando regresé después aquella bomba de llamada de Brad que puso un abrupto punto final a mi pacífica vida en Santa Lucía, no me sentí así. Ahora, en cambio, estoy tenso y soy consciente de que Rose lo nota porque no hace más que intentar soltarme la mano, aunque sin éxito. Ya solo por eso, sé que esta vez es diferente.

Rose.

Durante mi visita anterior, ella estaba en Santa Lucía, a kilómetros de distancia, bajo vigilancia. No tardé nada en darme cuenta de que mantenerla allí, fuera de peligro, no era una solución a largo plazo ya que no tenemos puta idea de con qué estamos tratando, de lo que saben con exactitud y de cómo vamos a lidiar con ello. Por eso se queda conmigo. No es feliz estando aquí y yo tampoco lo soy de haberme visto obligado a traerla, así que la situación nos tiene cabreados a los dos (a Rose más que a mí, claro está). No puedo dejar de sentir que la vida va a ponerse jodidamente estresante por diversos motivos, y es que mi esposa tiene un mal genio brutal. Por desgracia para mí, soy la única persona en este mundo que puede desatarlo. Repito: soy el único hombre que puede hacerle daño.

Le dirijo una mirada y constato que tiene la vista clavada en el tipo del asiento del copiloto, Nolan, el nuevo cómplice de Brad. Un buen chico, dicen, aunque yo aún tengo que averiguarlo. Estiro el cuello para ver en qué se ha fijado cuando su mirada baja hasta las piernas de él: tiene una ametralladora atravesada sobre los muslos.

—Es por precaución —digo, cambiando la posición en la que le sostengo la mano para poder entrelazar nuestros dedos.

—¿Y qué hay de los dos coches de delante y los dos de detrás? —No me mira y se vuelve hacia la ventanilla—. ¿También son por precaución?

—No empieces, Rose —le advierto.

No necesito la molestia añadida del sarcasmo de mi esposa. Desde que esta mañana hemos salido de la villa se ha ido poniendo la cosa cada vez más tensa. La única persona con la que ha mantenido una conversación ha sido Beau, y estoy seguro de que mi bella esposa ha aprovechado para ponerme a caer de un burro de mala manera.

—Vete a la mierda —susurra, e intenta liberar la mano una vez más. No se lo permito, claro.

Veo que Nolan nos dirige una mirada recelosa por el espejo retrovisor y le contesto con una fugaz sonrisa burlona. Eso le confunde, lo noto en la manera en que entorna ligeramente los ojos antes de devolver la atención a la carretera.

—Bienvenida a casa —digo en voz baja cuando llegamos ante la verja.

La molestia me vale otro tirón de la mano. Estoy llegando con rapidez a la conclusión de que lo único que parece apaciguar a mi esposa en estos momentos es que le meta la polla. Sería una idea satisfactoria, para saborear, si no fuera imposible. Voy a estar muy ocupado, y quizás ese sea uno de los factores que contribuyen al malhumor de Rose: me ha tenido para ella sola durante tres años y yo la he tenido a ella para mí solo. Hemos pasado cada día ociosos, bajo el sol, dando paseos, comiendo en exceso. Entregándonos el uno al otro de manera aún más excesiva. Miami va a cambiar la dinámica de nuestra relación. No me gusta para nada, pero es evidente que el hecho de que yo pueda acabar muerto alterará mucho más la situación. Rose es consciente de ello, pero aun así le está costando un poco hacerse a la idea.

La vuelvo a mirar. Está observando las dos terrazas que dan a los dormitorios. Cuando nos fuimos de Miami, hace tres años, solo había una, la otra había volado por los aires. Se me hiela la sangre y cierro los ojos con fuerza en un intento de apartar la imagen de ella balanceándose de un lado, colgada sobre el cemento dentado y mirándome a los ojos mientras se dejaba ir... porque deseaba morir. Trago saliva pensando en que las repercusiones de mi decisión de regresar a Miami se van volviendo más crudas a cada minuto que pasa.

El coche se detiene poco a poco y Rose no malgasta un segundo antes de abrir la puerta, intentando huir de mí. La cojo por el antebrazo, tiro de ella y me estiro para cerrar la puerta con fuerza, lo que lleva a que uno de los hombres de fuera dé un salto de alarma.

—Pongamos las cartas sobre la mesa —le digo, clavándole los dedos en la carne para que deje de forcejear conmigo.

Ella me dirige una mirada feroz.

—Eres una mierda jugando al póquer —replica, apretando la mandíbula.

Tiene razón. Siempre lo he sido. Sonrío por dentro, pensando en aquella vez en Las Vegas en que me la quedé como aval. Ella también quiere pensar en ese momento, pero su humor no se lo permite.

—Es posible —digo, cavilando—. Pero soy un campeón haciendo que mi pasional esposa me obedezca. —Le suelto el brazo y coloco la mano sobre uno de sus pechos y lo acaricio con el pulgar, dibujando círculos sobre la seda de la camisa. Levanto las cejas al ver que su pezón se endurece y que ella clava las manos en el cuero del asiento—. ¿También me vas a discutir eso? —Puedo apostarlo todo. Estoy preparado y ella lo sabe.

—Lo más probable es que no tengas tiempo para discutir con tu esposa. —Las palabras le salen quebradas.

Rose mantiene la espalda pegada al asiento mientras deslizo la palma de la mano por su torso y la ahueco. El calor, lo noto a través de los vaqueros. Me inclino y acerco mi rostro amenazador a esa cara que es un gruñido.

—Siempre tendré tiempo para ti, Rose. —La despojo de la furia a besos, la arrastro sobre el asiento hasta mi regazo y ella cede con un gimoteo. Flexiono el cuerpo hacia arriba, asegurándome de que me sienta... y de que me escuche—. Tú eres mi prioridad. —En sentido

estricto, no es del todo cierto: mi prioridad es mantenerme con vida y lo que le he dicho no puede ser posible si no me encuentro en buenas condiciones físicas. La beso de nuevo—. Todo comienza contigo, y todo acaba contigo. —Le aparto el pelo de la cara y la miro, a la espera—. Estoy acorralado, nena. No necesito que tú también me ataques. —La retiro de encima de mí y vuelvo a colocarla a mi lado, sobre el asiento—. Espérame en el dormitorio —le ordeno con suavidad, bajándome del coche para desplegar mi cuerpo poco a poco mientras levanto la vista y contemplo la fachada de la mansión. Me estiro la americana y me pongo las gafas de sol. Noto sobre mí la mirada de muchos hombres, algunas caras conocidas y otras nuevas.

El Británico ha vuelto.

—¡No pienso convertirme en tu puta para consumo propio! —grita Rose, que se baja del coche por el otro lado y me fulmina con la mirada—. No seré el cacho de carne al que vengas a follar cuando necesites desahogarte después de un día duro matando a quien coño tengas que matar. —Sube hecha una furia la escalinata y los hombres se apartan sabiamente de su camino.

—Hostia puta —digo por lo bajo, cerrando la puerta sin mirar.

Sí, el Británico ha vuelto... y se ha traído consigo a la impertinente de su esposa. Quizás me mate el estrés de intentar equilibrar todo esto, si Rose no acaba conmigo antes.

Avanzo un paso y los hombres que me rodean se desplazan también, en estado de alerta y al tanto de todo. Algunos comienzan a mirar a su alrededor, examinando las paredes de la mansión. Me detengo en seco y les dirijo una mirada de interés.

—¿Me estoy perdiendo algo o las noticias nacionales han anunciado ya mi regreso? —pregunto.

—No pensamos correr ningún riesgo. —Ringo aparece en lo alto de la escalinata y, joder, me alegro de ver su feo careto—. Bienvenido a casa, señor Black.

—Calla la puta boca. —Me río, rodeando el coche, ignorando esta vez los movimientos de los hombres a mi alrededor. Abro los brazos en una señal para que se acerque. Su pecho choca contra el mío y sus enormes manos asesinas me dan una fuerte palmada en la espalda—. Me alegro de verte, puto adefesio.

—¿En serio? —gruñe él, apartándome para echarme un vistazo de arriba abajo—. Santa Lucía te sienta bien.

Comenzamos a subir la escalinata el uno al lado del otro y, al entrar, Brad aparece por el pasillo que conduce a mi despacho. Lo primero que ve es a Rose, que va por la mitad de la escalera.

—Rose... —la llama, con tono cantarín.

—Vete a la mierda, Brad —le espeta ella por encima del hombro.

—¿Y yo qué he hecho?

—¡Respirar! —grita ella, y él retrocede buscando mi mirada.

Sacudo la cabeza y la sigo, dispuesto a hacer que se calme de una puta vez. La cojo por la muñeca. ¿Es que no he aprendido? Ella se gira y me suelta un golpe preciso en la mandíbula.

Oigo los gritos ahogados de los hombres, su horror. Esta mujer es más valiente que cualquiera de ellos.

Cierro los ojos, respiro hondo y exhalo con calma.

—¿Has decidido hacer que pierda por completo la puta paciencia?

Hace todo lo posible por contener las lágrimas; aprieta los dientes con fuerza y toda su energía mengua. Echa sus delicados hombros hacia atrás, mira a nuestro alrededor y repara en el público. Es lo bastante lista y sofisticada para contenerse antes de que la cosa se ponga seria y se salga de madre. Pasea la mirada por la estancia y vuelve a posarla en mí. Yo me llevo la mano a la mandíbula, haciendo el ademán de crujírmela, con una mirada llena de furia que da fe de mi estado de ánimo: estoy que echo humo.

Nuestras discusiones, todas ellas, las verbales, las físicas y sexuales, nunca deberían dirimirse en público, y menos delante de mis hombres.

—¿Has acabado? —le pregunto con voz firme.

Ella aparta la vista, gira sobre sus talones y se apresura a subir el resto de la escalera, ansiosa por huir del gallinero. Oh, Rose. Mi feroz, salvaje y vulnerable Rose.

Mientras bajo la escalera, veo que Esther está entrando en el vestíbulo y se está secando las manos con un trapo de cocina. Ella parece ser lo único que ha cambiado por aquí: ya no lleva el uniforme de aquel color gris tan soso, sino que viste prendas de colores brillantes que le sientan de maravilla a su cutis. La había visto después de marcharme, por supuesto, pero siempre en Santa Lucía, cuando venía de visita. No me había dado cuenta de lo alejada que está de la mujer a la que papá encontró hace tantos años. Ahora, aquí, en la mansión, con el mismo telón de fondo, el pasado viene a mi encuentro y me parece que está fuera de lugar.

—Danny... —dice en voz baja, y suena un poco desanimada, casi recelosa, y preocupada.

—Hola, mamá. —Me dirijo a ella y me agacho para que pueda rodearme los hombros con los brazos, aunque no antes de quitarle el trapo de las manos y tirarlo a un lado. Me da un abrazo feroz—. Me gustaría poder decir que me alegro de que estés en casa.

—Entonces dilo —contesto, dejando que me abrace todo lo que quiera y más. Percibo su inquietud; otra mujer a la que tendré que tratar de apaciguar. Tengo la sensación de que me costará menos con mi madre que con Rose.

Ella se aparta y va a recoger el trapo que he tirado. Frunzo el ceño.

—Dejadme un momento con mi madre —les indico a los hombres de reojo, y ellos se dispersan para salir al exterior—. Ven conmigo.

Extiendo el brazo para que pase primero y ella lo hace, aunque con una curiosidad evidente. Al abrir la puerta del despacho se dirige directamente hacia el escritorio.

—Al sofá —digo, y se detiene. Vuelve la mirada—. No es una reunión de negocios, mamá. —Dicen que las viejas costumbres nunca mueren... y es cierto, no mueren, por eso tengo que matar esa costumbre. Ella se dirige al sofá y se sienta—. ¿Qué es esto? —le pregunto, quitándole otra vez el trapo de cocina y sosteniéndolo en alto mientras me siento a su lado.

—Ahora sé que Carlo Black te dio una buena educación, Danny. —Me lanza una sonrisa burlona y yo pongo los ojos en blanco. ¿Qué he hecho yo para que todas las mujeres de mi vida sean unas sabelotodo?—. Me gusta servirte —dice al fin.

Dejo el trapo sobre el brazo del sofá y me recuesto.

—No quiero que me sirvas. Eso ha quedado atrás.

La época en que complacía todos mis caprichos, recogía detrás de mí y limpiaba mi porquería fue la manera que tuvo de intentar reconciliarse conmigo por haberme abandonado con el mierdas de su novio, que me pegó y violó hasta que Carlo me encontró en las calles de Londres. Fue la manera que tuve de castigarla pero, a la vez, tenerla cerca.

—¿En serio? —pregunta. Me coge la mano y la sostiene entre las suyas—. Esto no me gusta, Danny.

—A mí tampoco —admito, acercándome a ella para sumar la otra mano—. No me pasará nada. —Le dirijo una sonrisa, pero ella no la agradece—. Quizás haya vuelto a Miami, mamá, y tal vez esté preparado para matar, pero no estoy preparado para que me atiendas, ni tú ni ninguna otra persona.

—Me gustarí...

—No lo permitiré. —Es innegociable. No está aquí en calidad de esclava, ya no. Está aquí porque es mi madre y porque la adoro.

—Quiero cuidar de ti —dice en voz baja, con una mirada suplicante—. Durante los últimos tres años, entre las visitas a Santa Lucía, he estado aquí y he disfrutado manteniéndolo todo limpio y reluciente. Eso me ha dado un propósito, cuidar de ti, aunque no estuvieras aquí. Pero ahora que has venido... ¿a qué voy a dedicar el tiempo? —Separa una mano y señala su cuerpo —. El yoga y las compras tienen su límite. Además, no puedo preparar tantas tartas.

Necesita un propósito. No se ve obligada a trabajar y solo ahora me doy cuenta de lo sola que debe de haberse sentido; llena de dinero y de tiempo, sí, pero increíblemente sola, y eso hace que me sienta como una mierda. Aunque no se alegra de que haya vuelto a Miami, se alegra de que esté aquí y tengo que encontrar un equilibrio para nosotros, uno que alivie mi conciencia y le dé a Esther el propósito que necesita.

—Déjame que consiga un ama de llaves —digo, y ella comienza a negar con la cabeza—. Escúchame —le ordeno—, no voy a dejar que limpies el estropicio de todos los hombres que habrá por aquí. Y, lo creas o no, últimamente me he domesticado mucho. —Se ríe y yo me encojo, ofendido—. ¿Qué es tan gracioso?

Con otra pequeña risa ella ahueca la mano sobre mi mejilla cicatrizada y me mira con cariño.

—Mi dulce niño...

Soy un jefe de la mafia que está dejando atrás su retiro, ¡por el amor de Dios! Aun así dejo que disfrute del momento.

—Lo del ama de llaves no es negociable. —Le dirijo una mirada para ver si se atreve a poner alguna pega—. Si quieres cocinar, bueno. Si quieres trabajar en el jardín, genial, o cuidar de los

perros, darles de comer, pero hacer la colada y limpiar los baños será pasarse de la raya. —Aprieto los labios a modo de advertencia—. Y se acabó la discusión. —Le aparto la mano de mi cara—. Pasemos al siguiente tema.

—¿Cuál es?

—Rose.

—Oh... —susurra, reclinándose—. No está contenta.

—El eufemismo del puto siglo.

Me llevo la mano a la mandíbula y me acaricio la incipiente barba. Mamá frunce los labios y sé a la perfección lo que va a decir.

—Estará asustada, Danny. Después de todo lo que habéis vivido, este es el último lugar donde quiere estar. Sin duda, puedes comprenderlo...

—Pues claro que lo comprendo. —Pero también tengo que poder gestionar la situación de crisis.

Me levanto y voy al mueble bar para servirme un whisky escocés; tengo la sensación de estar subiendo el listón con esta bebida.

—Necesito que le eches un vistazo cuando yo no esté aquí. —Esther sabe a qué me refiero—. Quiero que desaparezcan todas las hojas de afeitar, cuchillas, cualquier cosa que pueda utilizar para autolesionarse.

Me bebo el vaso de un trago. Conozco demasiado bien a mi esposa y ahora mismo esto me supone una ventaja desafortunada ya que me confunde, y lo que necesito es mantener la cabeza fría. Qué dichosa es la ignorancia, en serio. Pero no puedo ignorar nada; en lo que a mi esposa se refiere, tengo que estar concentrado y necesito que mi madre me ayude. También debería hablar con Beau porque es evidente que van a pasar mucho tiempo juntas.

El silencio de mamá es muy revelador y me giro para descubrir que se ha puesto en pie.

—Rose quiere que nos casemos de nuevo.

Parece confundida, como es comprensible.

—¿Por qué?

—No lo sé. Quiere un bodorrio de lujo.

—¿Cuándo?

—Ya te informaré —contesto, esforzándome en pensar—. Eso la mantendrá ocupada.

—Mientras tú también te mantienes ocupado... —dice ella, recogiendo el maldito trapo de cocina con expresión cómplice.

—Ya que te has vuelto tan meticulosa con la mansión —le digo, agitando el vaso vacío en el aire—, he pensado que quizás te gustaría ser la que contratase al servicio. Puedes hacer las entrevistas. —«Porque yo no tendré tiempo si he de matar a tantos hombres y apaciguar a dos mujeres», pienso.

—Claro, pero te avanzo desde ya que nadie estará a la altura. —Se dirige poco a poco hacia la puerta y dibujando una sonrisa en mi rostro. Eso lo doy por sentado, la verdad—. He preparado

estofado para cenar —prosigue—. En gran cantidad, para compartir. Avísame cuando quieras comer.

—Gracias, mamá.

Cierra la puerta y yo me dirijo al escritorio, donde me siento en la silla. Así empieza todo... Examino la superficie. Todo está en su sitio. El abrecartas de oro sigue descansando a la derecha, el bloc forrado en cuero, a la izquierda.

Abro un cajón y tomo aire y trago saliva. De dentro saco el retrato enmarcado de papá y lo coloco al lado del abrecartas. Así es como le recuerdo, mi héroe, bronceado, sonriente y dispuesto a darle una calada a un puro, con el cabello espeso, plateado, y un brillo malévolo en esos ojos astutos. Lo recuerdo así y no como el anciano demacrado, débil e indefenso que me dejó hace tres años. No puedo dejar de pensar que en este mismo momento estará sonriendo de forma engreída, alentándome, satisfecho de que haya vuelto y de que esté sentado en esta silla, dispuesto a dirigir a las tropas y recuperar lo que siempre le perteneció: Miami, el respeto, el miedo.

Con un suspiro me echo hacia atrás, acariciándome el labio superior, y me pierdo en mis ideas. He cerrado el círculo y sé, en lo más profundo de mi ser, que ahora que he regresado no habrá escapatoria hasta que haya eliminado todas las amenazas, a todos los enemigos, viejos y nuevos, que es algo que llevará tiempo. Trago saliva, mirando a papá y pensando que el enemigo nunca muere, lo que significa que este no es un viaje temporal. En el fondo lo sé y creo que Rose también.

La puerta abriéndose me arranca de mis sombrías conclusiones. Brad entra en el despacho y cierra a su paso para acto seguido evaluar mi posición, sentado al escritorio en la silla.

—Vamos a reformarnos —digo antes de que pueda preguntarme por el plan. Aunque ya lo sabe, porque ¡claro que ya lo sabe! Yo solo regresaría a Miami por un motivo, y no es que le eche de menos... aunque lo haya hecho. Él es mi mano derecha, mi mejor amigo, mi primo.

—Y yo que estaba disfrutando de la vida tranquila... —bromea.

Se dirige al mueble bar y saca una botella de whisky con dos vasos antes de apartar la silla frente a mí y dejarse caer en ella.

—¿Vida tranquila? Pero si intentaron matarte...

Deja los vasos con una sonrisa y sirve el whisky.

—¿Estabas preocupado por mí?

Estiro el brazo y cojo uno de ellos.

—Es posible.

Sonríe.

—Y ahora estás aquí.

—Y ahora estoy aquí —repito, pensativo, pasando el borde de la copa sobre mi labio inferior —. Le he pedido a Esther que se deshaga de todas las cuchillas de la casa.

Él entorna los ojos y veo una versión rebajada de mi propia rabia.

—¿Tan mal está la cosa?

—No lo sé —admito—. Pero quiero tomar todas las precauciones.

—¿Qué les digo a los hombres? —Se lleva la mano a la barba de dos días y se la acaricia, señal de que la ausencia de hojas de afeitar en la casa no representará un problema para él—. A los que se afeitan, quiero decir.

—Si ponen alguna objeción, diles que estaré encantado de afeitarles yo la garganta. —Cojo el abrecartas y lo hago girar en la mano con la cabeza inclinada.

Brad suelta una risa.

—Hostia puta, Danny. Y yo que pensaba que una mujer y una vida tranquila te habrían domesticado.

—A los monstruos no se los domestica, Brad. —Noto que el mal latente comienza a despertar —. Aunque pueden hibernar y resurgir con mucha más fuerza. —Estoy preparado para traer el caos a esta ciudad, para recuperarla y mantener mi posición, porque he aprendido cuál es la alternativa...

Y no estoy preparado para morir.

—Háblame de los hombres —le pido, tomando la bebida a sorbos en vez de apurarla—. Los nuevos. ¿Confías en ellos?

—Nolan es un chico de la calle..., o lo fue. Es joven pero entusiasta.

—¿Qué edad tiene?

—Veintiuno. Es evidente que está cabreado, pero eso solo alimenta su sed de sangre. Y también tiene buen instinto.

Sonrío.

—¿Te acuerdas de cuando teníamos veintiuno?

Brad resopla.

—Me acuerdo de las putas y de una clase rápida sobre lo que el tío Carlo consideraba un nivel aceptable de excesos.

Me río con fuerza, feliz. Recuerdo el incidente a la perfección. Papá no lograba localizar a Brad. Yo sabía exactamente dónde estaba, el mismo lugar donde había pasado los dos días anteriores. La rabia de mi padre era algo que cualquier hombre debía evitar, incluido su hijo, y, además, yo nunca fui capaz de mentirle..., así que me chivé. Papá sacó a Brad a rastras de esa habitación de hotel y le puso una pistola en la cabeza, un firme recordatorio de que las mujeres nublan tus juicios. Brad no me lo tuvo en cuenta porque sé que él habría hecho lo mismo.

—Entonces, ¿qué trabajo hace Nolan para ti en el club?

—Está a cargo de la seguridad. Tiene buen ojo para los alborotadores, ya sabes a qué me refiero.

Vacilo de manera pensativa; no es mala posición para un chaval de veintiún años.

—¿Y cómo te ha demostrado su lealtad?

—No eres el único por aquí con buen instinto. —Brad sonríe.

—Contesta a mi pregunta —le ordeno. Confío en Brad, es uno de los poquísimos hombres en los que lo haré a lo largo de mi vida, pero he pasado mucho tiempo fuera y noto el instinto oxidado.

—Es huérfano. No tenía a nadie, ni un solo sitio al que ir. —Se acaba la bebida—. Ahora sí lo tiene, y sé reconocer al tipo de personas que aprecian algo así. —Me apunta con el vaso—. Igual que tú, Danny.

No se lo puedo discutir. Yo fui un huérfano sin un lugar en el mundo. No tenía a nadie... hasta que tuve a Carlo Black.

—Los demás. Háblame de ellos.

—Ringo, Len y Bud se abalanzaron sobre el teléfono cuando los llamé. Han vuelto con las pilas puestas. Turner y Dick se han montado la vida en la Costa Oeste así que no contamos con ellos.

No puedo culparles.

—¿Se han jubilado para siempre? —pregunto.

Brad sabe con exactitud adónde quiero ir a parar. No confíes en nadie, y no confíes en el hombre que asegure haber dejado este mundillo.

—Sin duda. Hice que Len y Bud los siguieran durante un tiempo.

—¿Y el resto de los novatos?

Brad repasa algunos nombres más, todos nuevos, todos con sus historias y todos de confianza. Está bien, lo aceptaré de momento, pero la confianza hay que ganársela. Mientras tanto, me reservo el veredicto.

—De momento, la información sensible queda limitada a ti, a mí y a los hombres de siempre, y que los nuevos se enteren solo de lo que deban saber, ¿entendido?

Él asiente con la cabeza.

—¿Y qué hay del Enigma? —Se llena el vaso otra vez y toma un trago relajado, distraído.

—¿Qué le pasa?

—¿Qué necesita saber?

—Todo.

—¿Confías en él?

—Confío en él —contesto, y levanto la mirada al ver que el susodicho entra en el despacho—. Te debían de pitar los oídos...

James cierra la puerta y le estrecha la mano a Brad antes de ocupar la silla contigua a la suya.

—¿Os preguntabais si podéis confiar en mí, si no os traicionaré? —Sus ojos azules brillan, divertidos—. He confiado en ti y en tus hombres respecto a Beau, que se quedará aquí mientras salimos a cazar al hombre del saco. Agradecería que se me devolviera la cortesía.

Sonrío de forma malvada.

—¿Cómo está? —pregunto.

—Más tranquila que tu esposa —replica con seriedad, y Brad suelta una risita. Le lanzo una

mirada de advertencia que no le afecta ni por asomo; le encanta que mi esposa me tenga cogido por las pelotas.

—Así que te has enterado, ¿eh? —le pregunto.

—Todo Miami se ha enterado. Es posible que no tengamos que avisar de tu regreso.

—Hablando de lo cual... —nos interrumpe Brad, que se pone en pie y se dirige al mueble bar, donde coge un vaso limpio y una botella de vodka—. ¿Cómo vamos a dar la noticia?

Pone el vaso delante de James y le sirve. Está emocionado, lo veo en su mirada.

—Deberíamos asumir que ya lo saben.

No soy un iluso. Si tienen la capacidad que pensamos, sin duda ya lo sabrán a estas alturas. El tiempo lo dirá.

—Pero no se habrán enterado de mi nuevo fichaje —digo mirando a James y dedicándole una sonrisa malvada.

—No soy ningún fichaje —replica él, muy serio—. No trabajo para ti, Black. No trabajo para nadie. Trabajo contigo.

Noto los ojos recelosos de Brad, que se pregunta lo que voy a contestar a eso. Es un cambio histórico en el legado de los Black.

—Hay un motivo por el que te he permitido entrar en mi despacho sin llamar a la puerta —hago un gesto hacia la silla en la que está cómodamente sentado—, sentarte en esa silla —mis ojos se posan en el vaso que tiene en la mano—, y beberte mi vodka.

James toma un trago largo, observándome a través del cristal del vaso.

—Entonces está todo claro.

—Cristalino —coincido en el momento en que Goldie, Otto y Ringo entran a la vez—. Ahora, en beneficio de todos los presentes, vamos a recapitular lo que sabemos.

James asiente con la cabeza, moja la boca en un poco más de alcohol y hace un gesto hacia Otto, que se deja caer en una silla. Comencemos a desmontar este puto misterio... y acabemos con él.

—¿Desde el principio? —pregunta Otto, que parece abrumado ante esa perspectiva.

—Sí, desde el principio.

Sé muchas cosas, James y yo estuvimos hablando durante los muchos tragos que nos tomamos en Santa Lucía y, cuando digo que sé muchas cosas, quiero decir muchas cosas. Una y otra vez sentí que se me cortocircuitaba el cerebro, porque la cantidad de información era alucinante. Ha llegado el momento de contarles todo lo que sabemos a Brad y a Ringo, y además quiero refrescarlo yo.

—Sabemos que el susodicho ordenó la muerte de James y su familia hace diez años —dice Otto, lanzándole una mirada cautelosa a su jefe. James mantiene su mirada de acero sobre mi escritorio.

—¿Por qué? —pregunta Brad.

—Spencer James, el padre de James, estaba al frente de la principal organización criminal de

cocaína en el Reino Unido. —Incómodo, Otto se remueve en la silla—. Su último trato formaba parte de un plan para dejarlo. El Oso quería Inglaterra.

—Y la consiguió —digo, meditabundo, sin apartar una mirada cautelosa de James.

—Hizo que el Serpiente ocupara el lugar de Spencer allí —prosigue Otto—. James se libró del Serpiente en Miami hace más de dos años, la misma noche en que asesinaron a la agente del FBI Jaz Hayley, la madre de Beau. James encontró el mensaje en el que ordenaban su asesinato en el móvil del Serpiente. Lo habían mandado a otro teléfono prepago, que fue desconectado para que no pudiéramos localizarlo.

—Intenté interceptar el ataque —dice James mientras vuelvo la mirada poco a poco hacia él —. Salvé a Beau, pero no pude salvar a su madre.

Asiento con la cabeza, aunque no me esté contando nada nuevo. Tan solo está reconstruyendo un puzle sangriento y enorme. El desastre que quedó en su espalda invade mis ideas, al igual que el brazo de Beau.

—El único motivo por el que el Oso podría querer muerta a Jaz Hayley —digo— es que...

—... ella hubiera descubierto su identidad —remacha Otto.

—Y tú —señalo, asintiendo con la cabeza en dirección a James—, también descubrió quién eras tú.

—Quién soy, quieres decir —replica él.

—Sí, perdón. —Sigue siendo un cabrón asesino—. Solo que ahora has dejado de ser una paradoja.

—La madre de Beau tenía una caja de seguridad bajo seudónimo —dice James, que busca en su bolsillo y saca una llave. Con el gesto suscita nuestra atención, y es consciente de ello. Solo hay un motivo por el que una agente del FBI tendría una caja de seguridad bajo un nombre falso —. Estaba vacía.

—¿Y qué pensabas que habría en ella? —pregunta Brad mientras James deja la llave encima del escritorio. Todos clavamos la mirada en ella. Es tan pequeña y, a la vez, tan significativa...

—Mi verdadero nombre, quién soy, la identidad de mi padre y la del Oso.

Brad y Ringo lo miran sorprendidos.

—¿Es posible que la vaciaran antes de que llegáramos a ella? —Ringo plasma lo que todos nos estamos preguntando.

—Descubre quién dirige ese banco —le pido a Brad, que le está haciendo ojitos a la botella de whisky. No es el momento de encontrar consuelo en la botella, necesitamos tener las ideas claras porque la red no dejará de crecer.

—Cuando la policía cerró el caso de la muerte de su madre, Beau supo que algo no cuadraba —prosigue James—. Comenzó a investigar y supe que estaba en peligro.

—Así que la condujiste hasta tu madriguera y te la follaste en todas las posturas del Kama Sutra —dice Brad, con tono desenfadado. Qué estúpido.

—¿Acaso quieres morir? —pregunta James, dirigiéndole una mirada de furia letal que lleva a

Brad a levantar las manos en señal de rendición.

—El agente del FBI Nathan Butler, amigo de Beau y colega de Jaz —prosigue Otto, que sacude la cabeza mirando a Brad—, comenzó a investigar al enterarse de que Beau estaba saliendo con James.

—Evidentemente, no le caí bien —murmura James, impávido.

—No se me ocurre por qué —dice Brad, riéndose—. Quiero decir, eres uno de los tipos más amigables que he conocido.

Está claro que quiere morir.

A James comienza a temblarle la mandíbula, pero controla el malhumor y sigue hablando:

—Nathan Butler encontró el vídeo de una cámara de seguridad grabado la noche en que murió Jaz. Yo aparecía en él, sumó dos y dos y le salió diez. Supuso que yo había matado a Jaz Hayley.

—¿Dónde está? —pregunta Ringo.

—Muerto. Y no lo maté yo.

—¿El Oso?

—Sí. Dos agentes de policía le dieron el alto cuando Beau estaba en el coche con él. Ella logró escapar, pero a él le dispararon. Murió luego en el hospital. Supongo que hubo algo más.

—¿Como qué?

—Algo parecido a la enfermera rusa a la que tuve que matar en la habitación de Beau mientras ella estaba en coma.

—Intuyo que en realidad no era enfermera —anota Brad, que comienza a parecer abrumado por la acumulación de hechos.

—Intuyes bien.

—¿Y Beau estaba en el hospital porque el marido de su tío le había pegado un tiro? —pregunta.

—Correcto —confirma Otto—. Dexter Haynes, Departamento de Policía de Miami. Fue quien llevó a cabo el ataque contra la madre de Beau, siguiendo las órdenes del Oso, y se deshizo de todas las pruebas, incluyendo la grabación de la cámara que mostraba que esa noche James intentaba salvar a Jaz. Evidentemente, reconoció a James por el vídeo al verlo con Beau.

—Y ya que estábamos, Spittle le contó al Oso —me limito a sacudir la mano cuando James me mira—, queriendo o no, que estoy vivo. Entonces se dio cuenta de que la había cagado, le entró el pánico y decidió quitarse a Brad de en medio para evitar que yo descubriera su cagada.

—Me va a explotar la cabeza —murmura Ringo, que se deja caer en el sofá frotándose la cabeza—. Pero mucho...

—¿Eso significa que la sabes usar? La cabeza, quiero decir... —dice Goldie con esa mordacidad que solo está al alcance de las mujeres.

—Y ahora te has enamorado de la hija de la agente del FBI Jaz Hayley —añado, y la mirada poco impresionada de James se vuelve hacia mí—. Mujeres... —murmuro—. Mi padre me

mataría de no estar muerto. Bueno, ¿quién es el Oso?

—Tiene tres brazos —dice James, y le sonrío. Él me ignora—. El primero, los irlandeses, que trafican con drogas. El Serpiente, su líder, como ha dicho Otto, está muerto. El Águila, el segundo al mando, también está muerto.

Brad levanta una ceja. No se atreve a preguntar.

—El Caimán —prosigue James—, el tercero al mando, está encerrado a la espera de juicio. Se llama Vince Roake. Un juez corrupto estaba a cargo de su caso y también está muerto.

Brad me mira con los ojos claramente abiertos. Le dirijo una sonrisa burlona. Sí, James ha estado muy ocupado.

—Entonces, por lo que me cuentas, nos enfrentamos a un zoo —digo, divertido, igual que James, a juzgar por cómo se le curva el labio—. Es gracioso que todos tengan nombre de animal y, sin embargo, yo sea el mayor animal de todos. —Hago un brindis al aire—. Tú has quedado segundo por muy poco, amigo mío.

James me sigue la corriente y nos devuelve al tema en cuestión.

—Los polacos trafican con mujeres. El Tiburón sigue ahí fuera. Su segundo, el Zorro, está muerto. El Sabueso, el tercero, sigue vivo.

No por mucho tiempo.

—¿Y no los tienes localizados? —pregunto.

—Lo haré —me asegura, y confío en que será así—. Mi piso se ha visto comprometido. Toda la información que tenía en el servidor se ha borrado. —James saca de su bolsillo un lápiz de memoria—. ¿A que no adiviináis quién se encarga de traficar con las armas...?

—Puedo decirte quién lo hacía —digo, impertérrito—. Y acaba de volver de la tumba.

—Entonces, los rusos deberían estar asustados.

—¿Los rusos? —repito, receloso—. Están muertos.

—Este no. Sandy. Me lo presentaron como un contacto por una cuestión de armas y resulta que está a sueldo del Oso.

—Hostia puta —digo, exhalando—. ¿Por qué el Oso? Tenemos serpientes y tiburones, así que ¿a cuento de qué el jefe esquivo de una red de crimen y corrupción iba a elegir algo tan... entrañable?

Brad resopla.

—¿Entrañable?

Me encojo de hombros. Si tuviera que sacarme de la manga un animal que provocara el miedo de todo el mundo, no sería un oso.

—Yo solo digo que los niños se llevan a sus ositos de peluche a la cama y se pasan toda la noche abrazándolos.

—Nunca lo he comprendido —dice Brad, pensativo, apoyando una pierna sobre la otra—. Nunca tuve un osito de peluche. ¿Y tú? —pregunta, y yo niego con la cabeza. Es la pregunta más gilipollas de la historia—. ¿Y tú? —insiste, volviéndose hacia James.

—¿De verdad estamos hablando de esto? —pregunta James, mirándonos a los dos exasperado.

Sonrío por dentro. Tuvo un osito, y ahí está la diferencia entre nosotros. A mí me arrastraron hasta los diez años y, en cambio, me temo que James disfrutó de todos los lujos con los que podría soñar un crío; pasó su infancia en una casa de campo, jugando al tenis, montando a caballo y haciendo todas esas cosas propias de los ingleses que poseen hectáreas de terreno. Es posible que su padre fuera un capo de la droga, pero también fue un hombre generoso y temerario. Lo sé porque le he investigado, claro que sí, y no puedo negar que leer sobre el asesinato de Spencer James y su familia hizo que se me helara la sangre, por el único motivo de que me ayudó a captar un indicio de la rabia y el odio que James alberga. Miami no está preparada para nosotros dos, aunque debería sentirse agradecida de que estemos aquí, porque la alternativa...

Devuelvo la atención a Brad, cambio de tercio y dejo de lado el tema de los osos antes de que James le aplaste la cabeza contra la mesa.

—¿Cómo están las cosas con Perry Adams? —Comenzaremos por él.

—¿El alcalde? —pregunta Otto.

—Y exabogado corrupto. —Levanto las cejas y cojo el móvil—. Somos viejos conocidos.

—Todo cuadra —contesta Brad—. Sus cuentas bancarias son legítimas y no hay señales de alerta, ninguna aventura extramarital. Parece que al final se ha vuelto un buen chico.

Asiento y marco un número que ha permanecido grabado en mi cabeza desde el día en que papá forjó una alianza con él. Han pasado tres años desde nuestro último contacto.

Él contesta sin decir palabra y pongo la llamada en altavoz antes de dejar el móvil encima del escritorio. Está esperando a que hable para comprobar si de verdad soy yo u otra persona (y lo más probable es que espere lo segundo).

—Chaka... —digo en voz baja.

—Que me folle toda la ciudad de Miami dos veces... —susurra, y yo sonrío—. ¿El puto Británico?

—Necesito armas. —Voy directo al grano, como siempre he hecho.

—¿Y por qué necesita un arsenal un muerto?

—Porque ya no está muerto.

Se ríe, y es una carcajada profunda, resonante, de las que hacen temblar la tierra.

—Ya no trafico en Estados Unidos.

—Entonces vuelve a hacerlo —contesto con frialdad.

—Demasiado arriesgado, amigo mío. Además, el negocio está en auge aquí, en mis buenos países africanos.

—Una vez me contaste el significado de tu nombre, Chaka —digo, esforzándome por dar con algo que me permita ganar esta batalla. Necesito esas putas armas y no puedo conseguirlas en ninguna otra parte.

—¿Y?

—Y me contaste que significa «rey» en la tribu en la que naciste. —Guarda silencio, sabe adónde quiero llegar—. Así que sé un puto rey.

—¿O?

—O los leones podrían alimentarse de esa pacífica tribu tuya, Chaka. Y tú no quieres eso, ¿verdad?

Vuelve a reírse, esta vez con más ligereza.

—Has vuelto como una moto, ¿eh, Black?

—Sí, y no me gustaría nada tener que pasar por encima de ti. ¿Trato hecho?

—Estaremos en contacto.

Cuelgo.

—¿Cómo sigue la herencia de los Jepson? —le pregunto a Brad, consciente de que habrá hecho los deberes también con ese tema y está preparado para mi examen.

—Sigue en un fideicomiso hasta que el chaval cumpla los veintiuno.

—Debe de tener un tutor. Averigua quién es.

—Hecho.

—Y, ya que estás, necesitaremos a alguien que lo dirija cuando nos hayamos hecho con él.

—Pareces muy confiado.

—Lo estoy. —Entorno los ojos, pensativo—. ¿Por qué ningún otro señor del crimen se ha hecho con Byron's Reach? Es el lugar perfecto para traer mierda a Estados Unidos por mar.

—Ha estado repleto de agentes del FBI incluso mucho después de tu muerte, Danny —dice Ringo desde el sofá, regresando a la vida aunque, a juzgar por las arrugas que atraviesan su frente inmensa, aún parece que le duela la cabeza—. A nadie en su sano juicio se le ocurriría volver a acercarse por ahí.

—Entonces es evidente que no estoy en mi sano juicio. —Empujo el vaso hacia Brad, que lo rellena—. Lo que quiero saber es dónde coño están metiendo todos estos criminales sus drogas, mujeres y armas de contrabando. —Miro a James al notar que lleva un rato en silencio.

—Lo estoy asimilando todo —dice él, pensativo—. Pero te olvidas de alguien.

—¿De quién?

—Spittle.

Spittle. Su nombre me provoca un hormigueo en la piel.

—¿Qué le pasa?

—Ordenó que mataran a Brad... Sabe que sigues vivo... Recibía órdenes del Oso y sabe quién soy... Acabará informando a alguien.

Brad se ríe y James le mira.

—Spittle no dirá una sola palabra.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Oh, lo estoy. —Brad sonríe antes de abrir la pantalla de su móvil y colocarlo encima del

escritorio. Tanto James como yo nos inclinamos hacia delante para ver la fotografía que muestra.

—Bueno, es una manera de evitar que alguien hable —digo, pensativo, observando la imagen de Spittle con la polla en una máquina de cortar embutido.

—Deberíais limitaros a cortarle la lengua, hostia —espeta James, poco impresionado.

Asiento y reflexiono mientras les dedico una mirada a Ringo, Goldie y Otto. Todos captan el mensaje sin necesidad de hacer preguntas; se ponen en pie y salen del despacho.

—¿Hasta dónde confías en tus hombres? —le pregunto a James en el momento en que se cierra la puerta.

Sus cejas se arquean y yo pongo los ojos en blanco.

—En tu gente —rectifico. Aunque la mujer, Goldie, tiene sin duda rasgos animales en los ojos, es algo que he visto en infinidad de hombres.

—Les confiaría la vida. Otto fue la mano derecha de mi padre durante quince años. Me salvó la vida y me protegió hasta que me saqué la cabeza del culo y encontré mi vocación.

—Asesinar —declaro, pues sé que se trata de un hecho.

—La justicia —me corrige James con frialdad.

Asiento con la cabeza ya que para mí son lo mismo.

—¿Y la mujer?

—Honorable y leal. Nunca me abandonará, puedes confiar en mí. —Vuelve a meter la mano en el bolsillo y saca algo más.

—¿Tienes los bolsillos de Mary Poppins? —pregunta Brad con tono seco mientras los dos nos fijamos en la fotografía que deja James sobre la mesa.

—No lo sé, ¿tú qué crees? —Se mete la mano en el bolsillo y esta vez saca una pistola.

—Qué decepción —murmura Brad, sin alterarse—. Esperaba una bazuca. —Sacude un dedo con frivolidad—. ¿Quién es este pavo?

—Es Brendon Brunelli. Le quiero vivo o muerto. Su último paradero conocido es Londres, después de que lo soltaran de Wormwood Scrubs. Le pedí a Spittle que le echara un ojo, pero en este momento está distraído con la depilación de su polla.

Suelto una risita imposible de contener.

—¿Qué ha hecho Brunelli? —le pregunto, pero no obtengo respuesta. James se limita a advertirme con la mirada que no insista con ese tema—. ¿Te suena de algo? —le pregunto a Brad, acercándome la foto.

—Preguntaré por ahí.

—Empieza por Eugene Connor, en Londres —le digo—. Si alguien sabe algo, será él.

—Gracias. —James se fija en el retrato de papá sobre el escritorio, estira el brazo y lo gira para que quede de cara a él—. Veo el parecido.

Tanto Brad como yo lanzamos una carcajada irreprimible y James nos mira como si hubiéramos perdido la cabeza.

—No es mi padre biológico —digo, disfrutando de cómo el rostro por lo general impasible de

James se altera—. Quizás algún día, después de un whisky o veinte, te cuente la historia. —Porque esa es la cantidad de alcohol que necesitaré para volver a contarla. Daría para una novela de la hostia.

—Bueno, el plan... —dice James, volviendo al tema.

—Compramos Byron’s Reach. Chaka nos consigue las armas. Matamos al Oso. —Cuando descubramos quién coño es, pienso.

—¿Todo ello mientras mantenéis felices a la esposa y a la novia? —pregunta Brad en serio—. Buena suerte con eso.

James se hunde un poco más en la silla y yo hago lo mismo; la idea nos hace encoger a ambos. Brad tiene razón y detesto que sea siempre así. Es probable que este no sea el mejor momento para decirles a los chicos que he llegado a un acuerdo con Rose por el que le voy a ofrecer la gran boda con la que siempre había soñado, no cuando Miami está a punto de quedar hecha trizas.

Que Dios nos ayude.

Capítulo 6

ROSE

No estoy llorando, pero casi. Me encuentro en la habitación, la misma en la que me metió hace tres años después de sacarme del Aria convertida en un aval. Deseaba odiarle y llegué a hacerlo hasta cierto punto. Entonces comencé a rascar en esa fachada letal y lo que encontré me dio más miedo que el hombre que me había comprado de niña y que me controló durante diez años. Encontré esperanza en un asesino famoso, primero esperanza y a continuación el amor.

Danny me ha dado la libertad, ha acabado con mis demonios, ha encontrado a mi hijo y está a punto de arrebatármelo todo de nuevo. Le amo y le odio; impotente, he vuelto a la casilla de partida.

Pongo las manos sobre la baranda de la terraza y miro hacia la habitación contigua a la mía, la suya. Esa mujer fuerte, resiliente e impenetrable sobrevivió a ser la prisionera de Danny Black y, a continuación, se casó con él. Le amo con cada fibra de mi retorcido ser. Sé que está estresado y que él no hubiera elegido esto. También sé que no debería provocarle más problemas y, sin embargo, mi más que profundo resentimiento hacia un mundo que he odiado siempre no me permite retirarme y aceptar lo inevitable.

Suspiro y devuelvo la atención a los impecables terrenos que rodean la mansión de Danny en Miami. El lugar es perfecto y lleno de color. Sin embargo, al otro lado de estos muros...

Oigo un movimiento procedente de la habitación de al lado, la habitación de Danny. Me muerdo el labio, consciente de lo que vería si fuera una mosca en la pared: mi marido yendo furioso de un lado a otro, buscándome.

Regreso en silencio hasta el doble ventanal, con la vista clavada en la otra terraza, mientras le oigo mandarme al infierno. Se oye algo que golpea contra la pared y acto seguido él irrumpe en la terraza. Su expresión, de miedo y furia, me dice todo lo que necesito saber: ha pensado que me había ido.

Me encuentra en el umbral, cogida al marco de la puerta, muy nerviosa, pero esforzándome mucho por no mostrarlo. Joder, está cabreado, en pie de guerra, así que yergo la espalda como resultado de esa conclusión: estoy preparada. Adelante, Black. En cambio, a diferencia de las veces que hemos discutido y me he puesto la armadura de manera automática, ya no necesito hacer eso. Me siento expuesta, vulnerable, y es algo que solo él ve.

Se acerca al cristal que separa las dos terrazas con el cabello moreno húmedo, ligeramente rizado sobre la nuca. No es el pelo corto y pulcro que tenía cuando nos conocimos, pero lo que

nunca ha cambiado es el fuego de su mirada gélida. Cuando se enfurece conmigo, cuando arde por mí, cuando se ríe conmigo, siempre hay fuego. Él está hecho de fuego. Danny Black es un infierno puro e incontrolable.

—¿Qué haces ahí? —pregunta, metiéndose las manos en los bolsillos, probablemente para no acabar estrangulándome.

—Es mi habitación —levanto la barbilla, segura en mi postura.

—Esta es tu habitación —replica él, sacudiendo la cabeza hacia atrás para señalar el espacio a su espalda—. Nuestra habitación. No me hagas arrastrarte de vuelta a ella, Rose. Estoy cansado y de mal humor. Necesito un buen polvo, unos arrumacos y el estofado casero de mi madre.

—No tengo hambre, no estoy cachonda y no necesito tus caricias. —Debo de estar como una puta cabra para provocarle de esta manera. Como. Una. Puta. Cabra. La cicatriz de su cara se vuelve más profunda. Es la medida, la manera que tengo de evaluar el nivel de rabia al que me estoy enfrentando. Ahora mismo está rompiendo el espectro.

Veo que su cuerpo se pone en tensión y retrocedo aunque, antes incluso de llegar a atravesar la puerta, él ya ha saltado la barandilla que divide la terraza, catapultándose por encima con una mano apoyada en la barra, y viene hacia mí como un toro. No me molesto en correr. Tampoco llegaré muy lejos.

Se detiene de golpe ante mí con los dedos de sus pies en contacto con los míos y su aliento rabioso que me da en la cara. Entorno los ojos. De manera natural siento un hormigueo en la piel, me recorre una oleada de calor, y no tiene nada que ver con la temperatura de su ira. Danny gruñe, levanta la mano y cierra el puño en torno a mi pelo. Sonrío con suficiencia para mí misma y sacudo la cabeza, provocándole. Su gruñido se vuelve vacilante hasta que una sonrisa lasciva y malvada se va dibujando poco a poco en su rostro.

—¿Por qué me haces esto, nena? —Se agacha con rapidez y me sube sobre su hombro—. No contestes. Ya lo sé. —Avanza enojado hacia la puerta y la abre—. Quieres atención, ¿verdad?

Resoplo y es patético, porque es verdad. Mi marido se ha pasado tres años malcriándome, lo ha sido todo para mí, y ahora tengo que competir con la mitad del submundo criminal de Miami para obtener su atención. Esa idea también es bastante patética y, sin embargo, aquí estoy, dándole vueltas. Quiero volver a Santa Lucía y recuperar la felicidad, no regresar a la sangre, la muerte, el miedo y los enfrentamientos retorcidos que nos unieron en un primer momento.

—Disculpad —dice Danny.

Al oírlo, apoyo las manos sobre la parte baja de su espalda, levanto la vista e intento ver a través del pelo que me cubre la cara. Vislumbro a Beau y a James en el pasillo, con las espaldas pegadas a la pared para dejar espacio y que Danny pueda pasar conmigo balanceándome sobre su hombro.

—Mi madre ha cocinado un estofado, si tenéis hambre.

—Gracias.

James coge a Beau de la mano y la guía. Ella vuelve la mirada por encima del hombro con

una sonrisa pequeña y triste. Aún no se ha recuperado del todo; su vientre sigue blando, y su espíritu, apagado. Lo sé no porque ella se haya quejado, o llorado tan siquiera, sino porque la he visto en varias ocasiones sujetándose el vientre y quedándose pensativa. Su abatimiento me da una bofetada de realidad: no he perdido nada y no voy a perderlo (conozco a Danny lo bastante bien). En cambio, Beau sí ha perdido muchas cosas.

Maldita sea.

Trago saliva y dejo caer la cabeza sintiéndome avergonzada de mí misma. Oigo la puerta cerrarse con fuerza y entonces siento sus manos en mis caderas. Me levanta y me tira sobre la cama, donde me quedo quieta y aparto el pelo de mi cara para descubrirlo parado al pie, con los brazos inertes a lado y lado y el rostro impasible.

—Seré tu saco de boxeo, Rose. Aceptaré todo lo que me lances... en privado. —Levanta la mano y me señala con el dedo—. Pero en público te guardarás los puños, ¿entendido?

Siento que de verdad me ha puesto en mi lugar.

—Lo siento —murmuro, cada vez más avergonzada.

¿Dónde coño está la mujer que se reía en la cara de las amenazas? Me está costando dar con ella porque, quizás, en aquella época funcionaba a base de fuerza. Lo aceptaba todo y lo recibía sin lágrimas ni quejas porque nada iba a cambiar. Ahora no me obligan a hacer nada... y todo podría cambiar.

—No quería pegarte ni hacerte daño.

Danny lanza un suspiro cargado de toda la ansiedad que sé que siente por mí e hinca la rodilla al pie de la cama.

—No me haces daño... físicamente, al menos. Pero, cada vez que me das una, Rose, me duele el corazón, joder, porque sé que solo me golpeas de esa manera cuando te sientes amenazada. Y eso sí que duele.

¿Por qué guarda las distancias? Lo necesito encima de mí, por eso abro los brazos para convocarle entre ellos. Emite otro suspiro, pero al fin viene y hunde la cara profundamente en mi cuello, pegando los labios a mi garganta. Ahora ya estoy aquí, así que más me vale aceptarlo y tirar adelante. Cuantas menos molestias le cause, con mayor rapidez podrá hacer lo que tiene que hacer y entonces podremos irnos a casa.

—¿Cómo ha ido la primera reunión con los chicos? —le pregunto, poniendo los ojos en blanco para mí misma, pero es lo único que me queda si no quiero preguntarle qué tal le ha ido el día. Noto que frunce los labios junto a mi cuello. Él también cree que ha sido una pregunta idiota.

—Pongámonos de acuerdo en algunas cosas —dice, y comienza a salpicar besos por toda la piel.

—¿Qué?

—No hablaremos de negocios.

Me río, pero no por diversión. Mi estado de ánimo, razonable y hasta pacificador, da un

vuelco por culpa de una afirmación desconsiderada y estúpida, y esta vez no la he dicho yo.

—Ah, sí, tú no hablas de negocios con la última puta a la que te estás follando. —Pongo las manos en su pecho y lo alejo—. Apártate de mí.

—Oh, por el puto amor de Dios... —gruñe, y no opone resistencia, rodando sobre su espalda, cansado. Es un insulto más—. No lo he dicho en ese sentido. Deja de estar tan sensible, joder.

—¿Te vas a quedar ahí tumbado soltando estupideces? Soy tu esposa, tengo el puto derecho a saber qué coño pasa con mi marido, sobre todo si sé que está a punto de entrar en guerra con Dios sabe quién. —Cojo una almohada y se la tiro con fuerza. Él la atrapa, levantando las rodillas y doblando el cuerpo para protegerse—. Es que te odio, joder.

—¿Quieres follar? —pregunta mientras me dirijo con paso pesado al baño.

—No, esa no es la respuesta.

—Entonces dime cuál es y lo haré.

—Vámonos de Miami.

Sé que no es tan sencillo. Maldita sea, soy más consciente de eso que de lo mucho que le odio en este momento. Cierro de un portazo, furiosa, y rompo a llorar. Tengo la sensación de que podría estallarme la cabeza; la ansiedad, la preocupación, la rabia..., todo está llegando a un punto crítico y comprimiéndose. Nunca habíamos discutido tanto.

Me detengo delante del espejo y contemplo a la mujer que soy en busca de la mujer que fui. «Encuéntrala de nuevo, Rose —me digo a mí misma—, la necesitas.»

Grito, cojo de un manotazo lo primero que encuentro y lo arrojo contra el espejo, que se rompe. Me quedo mirando las esquirlas afiladas como cuchillas que se esparcen por el lavabo. Cada una de ellas me suplica que la coja y la use para liberar la presión, para adueñarme de mi dolor.

Me detengo cuando Danny carga contra la puerta y está a punto de arrancarla de sus bisagras.

—Mejor esto que tu cara —digo con calma, que es lo último que siento, mientras las lágrimas corren por mi rostro.

Él no dice nada, se limita a acercarse con frialdad y tira de mí para pegarme a su pecho duro y cálido. Me envuelve entre sus brazos y me estrecha contra su cuerpo. El silencio es pacífico, y su cercanía, de lo más necesaria.

—No sé si podré hacerlo... —le digo lo que ya sabe, pero tengo que comunicarme con palabras, no con actos.

—Puedes hacer lo que sea, nena. —Se aparta, me sujeta el cuello con firmeza clavando sus ojos en los míos—. ¿Dónde está la mujer que conocí?

—Ahora tiene mucho más que perder.

—No vas a perder nada. —Me da un pequeño beso en la frente—. Solo la cabeza, si lo permites. Necesito que seas fuerte por mí, Rose.

—No digas eso —le suplico, tocándole por todas partes—. La última vez que dijiste eso te mataron.

—Nena, ¿es que no me conoces? —Toca mi nariz con la suya mientras desliza las manos hacia mis mejillas—. Soy invencible.

Debería discutírselo, pero no lo haré. He visto a mi marido en acción, le he visto matar a muchos hombres. Es despiadado y siempre va un paso por delante.

—Te conozco —digo entre dientes, cogiéndole las muñecas—. Lo siento.

Él me hace callar y me conduce hacia la ducha, alcanzando el grifo y abriéndolo.

—Vamos a darnos una ducha larga, caliente e íntima.

Me coloca a un lado, a salvo, y comienza a recoger los cristales del lavabo. Primero tira las esquirlas dentadas a la basura mientras el agua se calienta y después comprueba el suelo, el lavamanos. Pasa el chorro del agua para deshacerse de las astillas que puedan habérsele pasado por alto antes de coger una toalla de mano y usarla para limpiar el lavabo y deshacerse de cualquier cristal... o de cualquier arma. Acto seguido vuelve a comprobar el suelo y comienza a desvestirme, empezando por los vaqueros. Le observo, concentrado en desnudarme. Voy a ser su alivio para superar esto, la manera que tendrá de relajarse y un recordatorio del motivo por el que ha escogido este camino. Es un trabajo que pienso tomarme muy en serio.

Ya desnuda, empiezo a desabrochar los botones de su camisa blanca y se la paso por los hombros anchos. Después le beso el pecho mientras llevo las manos hacia sus pantalones y él sacude las piernas para quitarse los zapatos. Puedo sentir la vibración de su gemido en el contacto de mis labios con su pecho. Me dejo caer de rodillas, le bajo los pantalones y los calzoncillos, y le doy un beso en la punta de la erección, que ya rezuma. Esta se sacude, palpita, y él tira de mí para ponerme en pie y echarme hacia un rincón de la ducha. La obra de arte que es su cuerpo letal me atrapa mientras veo cómo el agua cae sobre él. Le pongo las manos en la cintura y miro sus ojos relajados y entornados.

—Si vuelves a decir que eres una puta —susurra con voz ronca, frotando los labios contra los míos, poniéndome a tono—, no seré tan agradable.

Estiro el brazo, le cojo la polla y él cierra los ojos inspirando prolongadamente mientras me aparta la mano de su miembro. Con un gemido profundo y una rotación de cadera entra en mí. Mi espalda se pega a la pared y eso me permite rodearle la cintura con las piernas. Él llega más adentro y grito. Danny gruñe, comienza a retirarse para avanzar con suavidad y un ritmo más lánguido. Me muestro hipersensible a cada acometida lenta mientras mi espalda se desliza con facilidad por los azulejos húmedos. Llevo las manos a su cara, le aparto el pelo y la sostengo, observando su expresión retorcerse con el placer que solo yo puedo darle, con esa necesidad que solo yo puedo saciar. Este hombre hermoso y peligroso es mi héroe absoluto.

Echo la cabeza hacia atrás sin renunciar a esta vista sin igual y dejo que sus movimientos expertos nos limpien a la vez que el agua. Después de cada avance, el esfuerzo se va volviendo cada vez más evidente en su rostro; la presión contra mis paredes internas se vuelve más firme a medida que su extensión se va hinchando cada vez más. Sus labios separados y sus somnolientos ojos conforman una imagen gloriosa del preclímax de mi marido.

Rodeo su cuello con los brazos atrayéndolo hacia mí y le beso con una pasión natural, que nos conduce a los dos hasta el filo.

—Rose... —susurra con voz quebrada, sacudiéndose, corriéndose, y yo me corro con él, poniendo en tensión todas las extremidades alrededor de la solidez de su físico.

Me esfuerzo por prolongar el placer. Cada nervio de mi cuerpo crepita, palpita, grita.

—Ay, Dios... —susurro contra su boca, rígida entre sus brazos, intentando contener la intensidad. Cada convulsión de su polla parece provocarme otro espasmo haciendo que me retuerza y me tense, luchando para hacer frente a esta sensibilidad.

Danny me mordisquea la lengua, se relaja contra mí y hunde la cara en mi cuello húmedo.

—Podría darme atracones de ti sin parar y nunca llegaría a sentirme lleno —dice con respiración trabajosa. Yo sonrío contra su hombro y le doy un pequeño bocado a su carne. Es lo mismo que le dije una vez, estoy convencida de ello, y sigo sintiendo lo mismo—. Ven, deja que te limpie.

Hago una mueca ante el tirón de mis piernas cuando las bajo de su cintura y mis pies tocan el suelo. Me quedo quieta, en silencio, mientras él me ducha con muchísimo cuidado, como si fuera frágil.

—Has dicho que querías que nos pusiéramos de acuerdo en algunas cosas —le digo.

Él vacila, la esponja se detiene sobre mi hombro durante unos segundos.

—Sí.

—Creo que es buena idea.

—¿Qué quieres, Rose?

—Quiero que lleves chaleco cuando salgas de casa.

—Intuyo que no te refieres a uno de vestir.

—No, no me refiero a un chaleco de vestir. —Su humor británico sigue tocándome las narices a veces. Me vuelvo para que vea lo seria que estoy—. Un chaleco antibalas. Quiero que lo lleves, así que quiero que llames a quien se esté encargando de prepararte el arsenal y que añada uno a la lista.

Esboza una sonrisa poco convencida mientras se enjabona el torso con parsimonia. Si me sale con algún discurso sobre que no lo necesita, es posible que me ponga a gritar.

—¿Un chaleco antibalas?

—Sí —contesto—. El mejor que haya en el mercado, por favor.

—De acuerdo.

Escondo mi sorpresa, aunque me cuesta, estando tan conmocionada.

—Y ahora a otras cosas. —Coge una toalla y me envuelve con ella antes de ocuparse de sí mismo.

Mierda. Pida lo que me pida, ahora difícilmente podré negarme.

—¿Qué cosas?

—La boda. —Se pone la toalla sobre los hombros y comienza a frotarse de un lado al otro

para secarse.

Oh...

—¿Qué pasa con ella?

—Bueno, puesto que soy un invitado esencial, estaría bien saber cuándo debo estar allí.

—Tres semanas —digo, indiferente, mientras me alejo con el culo desnudo y una sonrisa.

—¿Confirmado?

—No, pero no tardaré en hacerlo. ¿Qué límites tengo?

—Ningún invitado, además de nuestros amigos. El padre McMahon se encargará del servicio, así que deberíamos comprobar si le va bien dentro de tres semanas. Nada de organizadores de bodas, ni de anuncios en los periódicos locales, y no quiero gimoteos por tu parte.

Me detengo de golpe, arrugando la nariz.

—Va a ser la boda más aburrida de la hist... ¡Oh! —Tira de mí hacia atrás y su cuerpo desnudo, duro, precioso, comestible y húmedo me estampa contra la pared. Pestañeo, desorientada, intentando recuperar la concentración. Parece enojado, pero no lo está. Echo la cabeza hacia delante y recorro con la lengua la prolongada cicatriz que le llega hasta el ojo—. No veo el momento.

—Me matas.

Y me besa con ferocidad, cogiéndome los pechos, empujándome y haciendo que me deslice pared arriba. Le tiro del pelo, alentándole y rezando a la vez por ser la única persona en este mundo que pueda matarle. La idea me hace enloquecer un poco más.

—Tengo que irme —farfulla durante nuestro beso demente—. Y, sea lo que sea que estás pensando, deja de hacerlo. —Se aleja de mí y su aliento entrecortado estalla sobre mi cara. Me ha pillado, y aparto la mirada con cierta sensación de culpa, aunque no dura demasiado, porque me obliga a mirarle de nuevo—. ¿Entendido? —pregunta con determinación.

Asiento lo mejor que puedo, con sus dedos sujetándome la cara, y me besa, esta vez con dulzura.

—No te vayas —le suplico, y detesto la necesidad de mi tono de voz. No quiero volverme dependiente. No quiero ser ese tipo de mujer. Aun así, llevo la mano hacia su polla cada vez más blanda cuando la necesidad de manipulación se apodera de mí.

—Volveré luego —dice con voz seca mientras me aparta la mano de golpe y se va en busca de sus pantalones vaqueros.

—¿Adónde vas?

—No hablo de negocios con mi esposa. —Se le curva el labio mientras se pone los pantalones y yo frunzo el ceño—. En cualquier caso, tú también tienes cosas que hacer.

—¿Qué?

—Organizar la boda.

Ah, sí. Eso.

Después de ponerse una camiseta negra, se pasa la mano por el pelo húmedo y yo estoy a

punto de comenzar a babear al ver este aspecto informal de mi hombre. Sonrío para mí misma. No se ha vestido para matar, por así decirlo.

Danny se dirige al baño y aparece unos segundos después con la papelera llena de cristales.

—Llamaré al padre McMahon.

—Ya lo hago yo. —Me acerco al tocador y me siento—. Tú tienes que matar a la mitad de Miami.

Una pequeña carcajada inapropiada y retorcida precede al sonido de la puerta cerrándose. Me quedo mirando el espejo con las mejillas sonrosadas.

—Y así comienza mi sentencia... —susurro, examinándome a mí misma mientras pienso y pienso.

No ha comentado que no pueda hacerlo, así que voy a asumir que esto me está permitido; vuelvo a la cama, me pongo cómoda y llamo a mi niño.

—¿Mamá? —contesta él, y suena sorprendido. Acto seguido se apresura a corregir sus palabras, y sé que se debe a que Hilary debe de andar cerca—: Quiero decir Rose.

Dios, le amo. Que me llame mamá es algo que ha surgido con naturalidad a lo largo de los tres últimos años de visitas a Santa Lucía, y no lo he cuestionado nunca porque Hilary tampoco estaba cerca para sentirse herida. Pero el hecho es que soy su madre: me merezco ese título.

—Hola, chaval —digo en tono jocoso, sonriéndole al techo mientras oigo una refriega y golpes de fondo—. ¿Estás bien?

—No, mi hámster se ha escapado.

Oh... ¿Un roedor suelto? Me estremezco.

—¿Cómo?

—No lo sé. Siempre tengo cuidado de cerrar la puerta de la jaula. —Más golpes—. Estoy mirando en los armarios de la cocina, porque sé que le gustan los cereales.

—Bien. —Hago una mueca—. ¿Te has acostumbrado de nuevo al cole?

—Sí, está bien.

—No me puedo creer que ya estés en octavo. —Crece demasiado deprisa, los años pasan volando, y es una gran putada porque tengo la sensación de que solo ha formado parte de mi vida durante un segundo. Daniel pasa por alto todo eso.

—¿Cuándo puedo volver a visitarte? —pregunta, y sonrío.

Históricamente, solo le veo una vez cada dos meses, pero las visitas se están volviendo cada vez más frecuentes y su ansiedad por pasar todo el tiempo posible con nosotros en Santa Lucía es la mejor recompensa por todos los años que ha estado ausente en mi vida. El miedo que sentí a que me rechazara fue muy real y nunca me atreví a esperar que acabara aceptándome con los brazos abiertos.

Se me borra la sonrisa con rapidez al recordar dónde estoy.

—Volviste a casa hace apenas un par de semanas. —No encuentro placer en lo que Hilary y Derek deben de sentir al respecto. En absoluto. En cambio, a mí..., a mí me da la vida.

—Bueno, es que tengo que vencer al señor en el agua antes de cumplir los quince o perderé la apuesta.

Me río.

—Nunca ganarás al señor. —Danny se ha pasado en una moto acuática la mayor parte de los últimos dieciocho años. Si no fuera un jefe mafioso, sería profesional—. Háblame de la escuela —le pido.

—En serio, ma... —Una pausa—. Rose.

—En serio. Quiero saber si estás destinado a ser también el número uno de esta clase.

Es atlético, un auténtico cerebrito y, por supuesto, guapo a rabiar. No me atrevo a pensar en todos los corazones que romperá cuando comience a salir con chicas..., si es que comienza a hacerlo, cosa que no quiero que haga.

—Es demasiado pronto para saberlo —dice con indiferencia—. Pero lo clavé en las pruebas de acceso al equipo de fútbol y...

Oigo que Hilary le llama de fondo.

—¿Todo bien? —pregunto.

—Sí, papá ha llegado a casa. Tengo que irme —dice con un suspiro, y sé que, sin duda, me está dorando la píldora con su tono apenado—. La semana que viene hablamos por FaceTime, ¿vale?

—Vale. —Me sale un chillido ahogado que me hace encogerme: verá que no estoy en la playa, ni por la villa, ni en la piscina—. Te quiero, mi niño.

—Sí, yo a ti. Dile al señor que he preguntado si puedo ir a clases de moto de agua en la playa los fines de semana.

Me río.

—Se echará a temblar de miedo en su traje de neopreno.

—Debería. —Baja la voz—. Hasta luego, mamá.

Mi corazón hecho jirones se repara.

—Hasta luego —repito en un susurro.

Después de sacar de las maletas la ropa de ambos y de llamar al padre McMahon, me dirijo a la cocina y me encuentro a Esther revolviendo una gran olla de algo en los fogones.

—¿Estofado? —pregunto, sentándome en un taburete.

Ella se gira, sonríe y se limpia las manos.

—Pareces mucho más tranquila que cuando has llegado a casa.

Le dirijo a la madre de Danny una mirada de disculpa y cojo la crema para las manos que está en medio de la isla de cocina, al lado de su bolso.

—Pensaba que no volveríamos nunca. Cuesta hacerse a la idea. —Me echo un poco de crema en la mano y comienzo a frotarla.

—Danny no tardará mucho en solucionarlo todo. —Se acerca y se apoya en los brazos frente a mí con un brillo de felicidad en los ojos. No lo entiendo. No entiendo nada—. Mientras tanto, creo que tenemos una boda que organizar.

—La boda es un intento de Danny de distraerme. —No soy idiota.

—¿Eso es que no quieres casarte con mi hijo ante los ojos de Dios?

La miro, cansada.

—Pues claro que sí.

Ella da una palmada y pego un salto.

—Entonces pongámonos manos a la obra. —Como por arte de magia, Esther saca un portátil de la nada y se sienta a mi lado antes de abrir Google—. ¿Cuándo?

—En tres semanas a partir del sábado.

—Vaya. Vas en serio. ¿Organizador de la boda...?

—No me deja que tenga uno —contesto, aburrida.

—Oh... Bueno, lo haré yo. ¿Recintos? —dice.

—Aquí.

—¿Qué?

—Será aquí.

Estoy convencida de ello... Danny no se arriesgará de ninguna manera a montar un evento tan grande fuera de los límites de esta casa. De. Ninguna. Manera.

Esther frunce los labios.

—Vale, ¿invitados?

Apoyo la barbilla en las manos.

—Danny, su ejército de asesinos, tú, mi niño, Beau y yo. —Ha sido fácil.

Me mira con cautela y yo levanto las cejas.

—Bueno, vale... —Vuelve a llevar la vista al portátil—. ¿Invitaciones?

—Esther, podría gritar el día y la hora ahora mismo y todos los invitados lo oirían.

—¿Cuál es el color temático que quieres?

—No lo sé.

—Entonces decidámoslo.

—¿Qué hay que decidir?

Las dos nos incorporamos ante la pregunta y vemos a Beau en el umbral de la cocina. Me obligo a dirigirle una sonrisa amistosa, pero solo porque ella necesita esa cordialidad.

—El color temático de mi boda que, en este momento, no valdría la pena celebrar. —Hago una mueca de dolor cuando Esther me da una palmada en el brazo.

—Exagera —le dice a Beau—. Ven aquí con nosotras.

—Sí, no es nada. —Sacudo la mano con frivolidad y Beau me dedica una media sonrisa mientras se acerca y toma asiento en la isla, con nosotras—. ¿Dónde está James? —le pregunto, y cuando lo hago me doy cuenta de que se está acariciando el brazo: el yeso ha desaparecido.

Se encoge de hombros y me muestra las manos abiertas como diciendo: «Dímelo tú».

—¿Dónde está Danny?

Arrugo la nariz de inmediato. Es una ausencia a la que deberíamos acostumbrarnos. Nos tenemos la una a la otra para hacernos compañía mientras nuestros hombres están ahí fuera haciendo Dios sabe qué.

—Vale —dice Esther con voz cantarina, y vuelve a prestar atención al portátil—. ¿La despedida de soltera?

—Será mejor que se lo preguntes a Danny —le sonrío con dulzura—. No queremos que le coincida con un asesinato.

Esther me mira con los ojos entornados, impaciente.

—El espectáculo para la boda...

—Lo más probable es que esté prohibido. —Suspiro—. ¿Es demasiado pronto para tomarse un vino? —Esto es deprimente. No espero respuesta, me bajo de un salto y me dirijo hacia la nevera, donde cojo una botella de Sauvignon neozelandés y le quito el tapón—. ¿Alguien quiere?

Beau levanta la mano, Esther pone los ojos en blanco y sonrío, cogiendo dos copas. Las sirvo bien llenas, le doy la suya a Beau y vuelvo a sentarme en mi sitio.

—Tengo que organizar las entrevistas para el puesto de ama de llaves —dice Esther, que cierra de golpe el portátil—. Disfrutadlo.

Sale de la habitación y yo centro la atención en Beau, que parece descansada, lo cual me alegra.

—¿Serás mi dama de honor?

Ella parpadea con rapidez y contengo el aliento; para mi sorpresa, su respuesta me pone nerviosa; ¿pensará que no estamos lo bastante unidas?

—¿Lo dices en serio?

Me encojo de hombros, como si no fuera nada cuando lo es todo. Agradezco que esté presente en mi vida y no solo por las circunstancias y el momento. Espero que ella también se sienta agradecida por mí.

—Por completo.

Ella se ríe.

—Pues claro que sí.

Mi cuerpo se relaja y suelto un suspiro que ignoraba estar conteniendo. Qué alivio.

—Bien. —Al menos ya es algo sobre lo que tengo control—. Iremos a comprar los vestidos. —Si nos dejan—. ¿Cómo te estás adaptando a Chez Black?

—Me gustaría decir que todo esto es innecesario... —hace una mueca y toma un sorbo de vino —, pero no puedo. Es un caos, Rose. Toda esta situación es un caos. Mi tío sigue conmocionado, no encontramos a su marido, James está en pie de guerra y yo aquí, como una inútil.

Le dirijo una sonrisa compasiva.

—Lamento todo lo que has tenido que pasar. —Suena un poco cursi, pero ¿qué más puedo

decir?—. Danny me ha dicho que el hombre que le quiere muerto también desea acabar con James. Me contó lo que le pasó a tu madre, a la familia de James.

La verdad es que Beau ha tenido que superar muchas cosas y James también. Aún tienen que vencer a sus demonios y encontrar una salida. Me cuesta aceptar que Danny y yo podamos ayudarlos a hacerlo cuando están sacudiendo la estabilidad de nuestro mundo.

—Y yo lamento que os hayáis visto arrastrados por todo este asunto. —Me acerca la mano y la acepto, apretándola con ligereza. No quiero que se sienta mal, sería injusto que añadiera el sentimiento de culpa a la montaña de sus penas.

—No lo sientas. —Agito la mano—. Supongo que, cuando una se casa con un hombre como mi marido, tiene que esperar lo inesperado. —Le choco la copa y bebo un poco de vino—. Cuéntame cómo os conocisteis.

Beau se ríe, pero es una carcajada de incomodidad.

—Pensarás que estoy loca de atar.

—Beau... —le digo, haciendo girar el taburete para encararla, y me inclino hacia ella—. Danny se me llevó de un casino como póliza de indemnización. A los pocos minutos de conocerme, me dio una bofetada. Se suponía que tenía que sonsacarle información y pasársela a la persona que me manipulaba, un hombre encantador llamado Nox, quien me había comprado al hombre que me robó a mi bebé para venderlo en el mercado negro. Y resultó que ese hombre era el tío de Danny. —Con cada palabra increíble que digo, se le abren más los ojos—. Me enamoré de un monstruo. Si tú estás de atar, yo estoy al ladito mismo.

—Hostia puta —susurra.

—Lo sé. —Bebo más vino frunciendo el ceño para mí misma. Parece una locura, una locura total y absoluta. Sin embargo, todo es cierto, y ni siquiera le he contado la historia al completo —. Así que cuéntamelo. O podemos limitarnos a pasar el rato preocupadas por el paradero de nuestros monstruos. —Ladeo la cabeza y ella se ríe.

—Vale, ¿estás lista?

—No, espera. —Cojo la botella de vino y lleno las copas hasta arriba—. Ahora sí. —Me acomodo y le dedico toda mi atención.

—¿En resumidas cuentas? —pregunta, y yo asiento con la cabeza. Ella respira hondo—. Hace tres años tenía una madre, un prometido y una carrera fantástica en la policía. Clavé el examen de la Fase 1 del FBI, tenía un piso encantador con mi novio, Ollie, que también era policía, y las cosas iban de puta madre. Salvo por mi padre, que es un capullo.

Me recuesto y Beau sacude la cabeza.

—Dejó a mi madre por una modelo más joven, Amber, que es tirando a insoportable. En fin, mi madre era una agente excelente del FBI, había detenido a muchos criminales buscados, pero de repente estos comenzaron a aparecer muertos.

—¿Muertos en plan asesinados?

—Sí.

La pieza encaja en su sitio.

—¿El Enigma? —digo con asombro, tapándome la boca con la mano—. James —siseo.

—Sí. James estaba matando a los hombres más buscados antes de que mi madre pudiera meterlos entre rejas, y eso la volvía loca.

—Dios... —susurro, bebiendo un poco más de vino, prestándole atención absorta y sorprendida—. ¿Y?

—Hay un jefazo. Le llaman el Oso.

—Que también fue responsable de la muerte de la familia de James... —digo, recordando que Danny lo había mencionado. Pero...— ¿El Oso?

Ella asiente con la cabeza y se suma a mi idea de darte otro trago a la copa; no estoy segura de que una botella vaya a ser suficiente.

—Nadie sabe quién es, pero James cree que mi madre lo sabía.

—¿Y por qué creía eso?

—Porque averiguó quién era el Enigma.

—Hostia puta. —Parece sacado de una novela de intriga criminal—. Perdón si no dejo de soltar palabrotas. —Sacudo la mano para indicarle que prosiga. Aunque ya estoy alucinando, tengo la sensación de que me queda mucho por oír y eso me provoca una satisfacción enfermiza —. No creía que pudiera haber dos personas más retorcidas que Danny y yo.

Beau se ríe, pero no tarda en dejar de hacerlo y parece horrorizarse ante su comportamiento. Lo que viene a continuación, sea lo que sea, la golpeó con fuerza. Le miro el brazo de la cicatriz. Lo tiene tapado con la manga, como siempre.

—Dexter, el marido de mi tío, que también es policía, se enredó, por algún motivo que desconozco, en los asuntos del Oso. Este le ordenó que se librara de mamá porque ella había descubierto que Dexter era corrupto. Creo que ella también conocía la verdadera identidad del Oso. Yo... —Se detiene y se aclara la garganta—. Entré en la tienda a comprar vino. Estábamos pintando su piso nuevo, eso la relajaba. —Traga saliva y se arremanga el brazo, por primera vez le veo la cicatriz entera—. Mamá estaba en el coche, yo no.

—Oh, Beau... —digo por lo bajo, y acerco mi taburete unos milímetros.

Levanta la vista, tiene los ojos llorosos, y esboza la sonrisa más triste que jamás haya visto en el rostro de una mujer.

—La policía cerró el caso. Dijo que había sido un extraño accidente.

—¿El qué?, ¿una bomba?

—Dijeron que mamá estaba fumando dentro del vehículo, y no fue así. Dijeron que hubo una fuga de combustible y no es posible porque su coche había pasado por la revisión del concesionario pocas semanas antes. No he dejado de luchar para obtener justicia, pero me he topado con un muro una y otra vez. Ahora sé que Dexter manipuló todas las pruebas y destruyó la grabación que demostraba que no había sido un accidente. Entonces dejé el trabajo, abandoné a mi prometido en el altar y caí en una depresión muy, muy profunda. Comencé a pintar, porque

era algo que me relajaba y hacía que me sintiera más cerca de mamá. Entonces, un día recibí una llamada. Número equivocado, dijo la voz.

—James.

—James —replica Beau—. En aquel momento tan solo era «James», y aunque era frío y misterioso, cielo santo, removió algo en mi interior y la sensación fue mucho mejor que el odio y la amargura constantes. Nos fuimos conociendo. Me decía cosas que me jodieron la cabeza, pero poco a poco todo empezó a encajar: quién era, lo que había hecho. Fue casi como si quisiera que me enterara. Él sabía que yo estaba investigando, y era consciente de que iba a lograr que me mataran.

—Un príncipe azul.

—Un hombre desesperado. —Sonríe, con complicidad—. Sabía que mamá conocía su identidad y que, en caso de que la policía abriera una investigación interna, corría el riesgo de que la revelaran.

—¿Cómo?

—Me salvó —susurra, haciendo girar la copa por el tallo—. Intentó advertir a mamá de que estaba en peligro, pero no llegó a tiempo. Logró alejarme de allí. —Levanta el brazo, mordiéndose la comisura del labio, y se me parte el corazón por ella—. ¿Le has visto la espalda? —pregunta, mirándome.

—¿La espalda? —repito, confundida.

Ella se limita a sonreír.

—Estaba tan roto como yo. Entonces nos curamos durante un tiempo... —murmura, con la mirada perdida en la cocina. Mi vista se posa por instinto en su vientre—. Y ahora tengo la sensación de que nunca habíamos estado tan rotos.

Que Dios me ayude, no debo llorarle encima. ¿Qué puedo decir? ¿Qué puedo hacer? No tengo ni idea, así que cojo la botella y nos relleno las copas de nuevo.

—Bebe —le ordeno, llevándole el vaso a los labios mientras yo sorbo del mío.

—No sé si he llegado a resumir mucho al final, ¿eh?

Me esfuerzo al máximo por no parecer aturdida, pero sé que no lo estoy consiguiendo. Tengo la sensación de que las dos estamos completamente rodeadas de desolación y oscuridad. No puedo dejar que nos quedemos aquí sentadas, mortificándonos con todos los motivos que tenemos para ello, que son muchos.

—Vale. —Dejo la copa con resolución—. Hagamos algo.

—¿Como qué?

—No lo sé. ¿Tenis?

Beau se mira el vientre y yo hago una mueca ante lo estúpido de mi sugerencia.

—Lo siento —susurro, exasperada conmigo misma.

—Por favor, Rose, deja de disculparte. Creo que solo hay un culpable y James y Danny están a punto de acabar con él.

—Si descubren de quién se trata.

—Lo harán —dice, convencida al ciento por ciento—. Tengo clarísimo que ahora mismo no me gustaría estar en su piel.

Me río, nerviosa. Ni siquiera puedo pensarlo y ahí radica el problema. Pasar el tiempo aquí, rompernos la cabeza en busca de algo que hacer, nos deja demasiado tiempo libre para pensar.

—Vale —digo, apartando el vino porque sé que entrar en el despacho de Danny armada de alcohol no le hará ningún favor a mi causa—. Vengo ahora, no te muevas.

La dejo en la cocina, repitiéndome en silencio un mantra para animarme por el camino y entro sin avisar en el despacho, de lo cual me arrepiento de inmediato. Debería haber llamado a la puerta y haber mostrado un poco de consideración.

—Perdón —murmuro avergonzada. Vuelvo a salir y cierro la puerta. Acto seguido, llamo y espero.

—Adelante —dice Danny con una risita.

Menos mal. Ese dios estupendo y jocoso es más accesible que el monstruo de los gruñidos, y ahora mismo necesito que esté dispuesto. Vuelvo a entrar.

—¿Qué pasa, nena? —pregunta tras el escritorio, con aspecto poderoso y regio.

Pensaba que nunca volvería a ver a este Danny. Es como si no se hubiera marchado nunca, como si hubiera vuelto a adoptar ese papel a la perfección. Me sacudo para quitarme el resentimiento de encima, notando todas las miradas de la habitación puestas sobre mí; la de James, que está en el sofá, la de Ringo, que está a su lado, la de Brad, sentado al escritorio, con el tipo más joven a su lado, y las de la mujer y el hombre que han venido con James y Beau, Goldie y Otto. Todos me observan en silencio.

—¿Me concedes un minuto?

Danny asiente con la cabeza y todos comienzan a salir. Sonrío, dándoles las gracias de uno en uno, sintiendo que soy una molestia enorme.

—Organízame un encuentro con el chico este, Leon —dice Danny, y Brad asiente.

Detengo a James cogiéndole del brazo.

—Deberías quedarte, también te concierne.

Se le desencaja la cara y su cuerpo se pone en tensión.

—¿Dónde está Beau?

—En la cocina, está bien. —Me apresuro a tranquilizarle.

Cierro la puerta y centro la atención en mi marido, tomando aire de forma discreta para armarme de confianza. Soy muy consciente de que no he de convencer a un solo hombre.

Danny se echa hacia atrás en la silla y reposa los dedos entrelazados sobre su torso con una expresión expectante, mientras que James se dirige al escritorio, se sienta al borde y cruza brazos y piernas, enfundadas en unos vaqueros por los tobillos, mientras me mira con interés. En este momento me doy cuenta, parada ante ellos, de a quién me estoy enfrentando: dos de los hombres más letales que hayan pisado este planeta. Ni siquiera estoy exagerando ya que es un hecho.

Trago saliva y sigo adelante.

—Me preguntaba..., quizás... —Me acerco un poco al escritorio, con la esperanza de que esa proximidad haga que sus rostros se relajen, pero no lo consigo—. Que quizás podríais..., si... —No encuentro las palabras adecuadas, tengo el cerebro vacío. Me quedo con la vista clavada en el escritorio de Danny, rebuscando en la cabeza mientras observo la imagen de un hombre, no sé quién, lo más probable es que se trate de alguien a quien van a matar—. ¿Sería...? —Levanto la vista—. ¿Podríamos...?

—No —dice Danny, rotundo.

—En absoluto —añade James.

Dejo caer los hombros mientras me mantienen clavada en mi sitio con sus miradas letales.

—¿Es que queréis que nos volvamos locas? —pregunto, sintiéndome derrotada, con escasas esperanzas de poder convencerlos—. Venid con nosotras o mandad a alguien de carabina o incluso ponednos una armadura a prueba de balas. Lo que sea, pero, por favor, por favor, por favor, ¿podemos salir a algún sitio?

—¿Adónde? —pregunta Danny, perplejo, como si no lo pillara.

—De compras. No lo sé, a algún lado que no sea este, donde lo único que podemos hacer es mortificarnos por la situación. —Vuelvo la mirada hacia James, para asegurarme de que me comprende.

Él resopla.

—Beau no puede ir a lugares concurridos.

—Entonces iremos a la playa, a la parte tranquila —digo con demasiado entusiasmo, habida cuenta de que no me han dicho que sí y no tiene pinta de que vayan a hacerlo.

—La respuesta es no —repite Danny con firmeza. Le miro, dolida, y veo a ese hombre inalterable al que conozco tan bien—. ¿Eso es todo?

Dejo caer la vista hacia la moqueta y suelto una risa incrédula.

—Eso es todo —contesto, levantando la barbilla para demostrar una fuerza que en realidad no siento. Miro de reojo a James, que está en la misma onda de Danny... ¿Qué onda? Hasta en la misma cadena, mismo programa y misma puta canción.

Es un no.

—Lamento haberos molestado.

Me giro, enojada con él, con James y conmigo misma por el escozor imparable que siento en los ojos, aunque sobre todo con Danny, que no muestra la menor flexibilidad.

—Capullo —murmuro cuando cierro la puerta, secándome los ojos mientras atravieso el pasillo y salgo al vestíbulo.

Me tomo un momento, sentada en el primer escalón, para recomponerme antes de volver a la cocina con Beau. No puedo contarle lo que he intentado conseguir para nosotras sin éxito. No hay necesidad de que las dos nos sintamos mal por ello... o peor de lo que ya nos sentimos.

Con un suspiro que Danny habrá podido oír desde el despacho, me recompongo y me cojo de

la barandilla dorada para levantarme, pero me quedo paralizada al ver que la puerta se abre. Oigo sus zapatos sobre la moqueta y, a continuación, otro par.

Aparecen el uno al lado del otro, avanzando con determinación, y los sigo con la vista por el vestíbulo hasta que los tengo cerca. Danny acaba deteniéndose ante mí. Le dirijo una mirada inquisitiva mientras James pasa de largo, en dirección a la cocina. Mierda.

Me levanto, preocupada.

—No puede haberse cabreado con Beau —digo, dispuesta a ir tras él—. Ella no sabía que iba a solicitaros un poco de libertad.

Danny me coge de la muñeca para detenerme y me vuelvo, dispuesta a pedirle que le pida a James que regrese.

—Siéntate —me dice con dulzura, haciendo él lo propio sobre el primer escalón y tirando de mí para que le acompañe. Su suspiro no tiene nada que envidiarle al que he lanzado yo hace un momento—. Sé que te estoy exigiendo mucho, Rose —dice, mirándome con expresión torturada —, pero tu seguridad encabeza mi lista de prioridades.

—Ya lo sé —digo por lo bajo, sacudiendo la cabeza para mí misma. La verdad es que no tengo ningún argumento válido. Sé de sobras el tipo de mundo que hay al otro lado de las enormes puertas de madera ornamentada de esta mansión; pasé demasiado tiempo en él—. Es solo que me he sentado a escuchar la historia de Beau... —Le cojo la mano, se la aprieto, siento que necesito aferrarme a él—. Entiendo por qué están aquí y por qué tú estás aquí también y quiero que obtengan justicia. —Le sonrío—. Desde luego, si hay alguien en este mundo que puede ayudarlos a conseguirla, ese es mi marido.

Me pongo en pie y me vuelvo hacia él para sentarte a horcajadas sobre su regazo. Le cojo las mejillas con las manos y le beso la cicatriz. Él exhala mientras traza círculos sobre la parte baja de mi espalda.

—Podéis salir de la mansión —dice, casi a regañadientes, y yo me echo hacia atrás, sorprendida—. Pero hay una serie de normas que son innegociables.

—¿Cuáles? —Haré lo que sea.

—Si no estás conmigo, necesito saber tus movimientos exactos.

—Hecho.

—Llevarás contigo protección, siempre.

—Hecho.

—Y esto. —Se lleva la mano a la espalda y me entrega una coqueta pistola plateada—. La llevarás en el bolso en todo momento.

Me quedo mirando el bonito complemento.

—Vale —acepto—. ¿Y a James le parece bien?

—Como me pasa a mí, James no quiere que la mujer que ama esté resentida con él. Sabes que no me siento cómodo con esto, Rose, pero también soy consciente de que no puedo tenerte

encerrada para siempre. —Me da un beso dulce en los labios. ¿Para siempre?, pienso—. Estarás atenta. Sé que tu instinto es incomparable. Si ves algo raro, actúa. ¿Ha quedado claro?

Le contesto con un enorme abrazo de agradecimiento. No soy estúpida. Sé cuándo estoy en peligro, es la ventaja que tiene haber pasado la mayor parte de mi vida luchando por ella.

—Gracias.

Se levanta de las escaleras conmigo aún encima y lleva la mano a la espalda para hacer que yo aparte los brazos. Me tiende la mano y coloca la pistola sobre ella mientras veo cómo se le tuerce la expresión. Detesta lo que está pasando. Detesta tener que llegar a estos extremos. Está tan claro como el agua que le provoca hasta dolor físico.

—Te amo —susurra.

—Cosa que ningún hombre ha dicho nunca mientras le entrega un arma letal a su esposa —replico, jovial, intentando aligerar su estado de ánimo.

Resopla un poco, me besa en la frente y se encamina de nuevo hacia el despacho. Yo le veo marcharse, consciente del peso que carga sobre los hombros.

—El crío dice que ha pedido que le den clases de moto de agua para poder ganarte antes de los quince —le digo en voz alta.

Él suelta una pequeña risa, aunque le cuesta un poco.

—Soy invencible.

Dios, ojalá tenga razón en todos los sentidos.

Capítulo 7

JAMES

Me encuentro en el umbral de la cocina observando a Beau, que está en medio de una ensoñación profunda sin reparar en mi presencia, y eso me inquieta más de lo que debería. Sé que tiene muchas cosas en la cabeza. Encontrar el equilibrio entre completar mi misión, nuestra misión, y hacer lo mejor para Beau —ser su apoyo— sigue siendo una puta pesadilla. Quizás hayamos erradicado a un enemigo, pero no estamos más cerca de acabar con la amenaza definitiva. Solo cabe esperar que el regreso del Británico funcione, porque no puedo hacer lo que tengo que hacer si debo vigilar a Beau las veinticuatro horas del día, siete días a la semana.

Delato mi presencia con una pequeña tos y me reconcilio con el hecho insoportable de que sus sentidos estén embotados en este momento. Ya no nota mi presencia como antes, ha dejado de saber que estoy cerca sin saber en realidad que lo estoy. No es algo que me tranquilice, sobre todo después de lo que acabo de aceptar a regañadientes. La necesito en forma, necesito que escarbe en busca de su instinto innato, el mismo que heredó de su madre.

Ella levanta la mirada y su sonrisa es poco entusiasta. Eso también es un insulto. Conozco a esta mujer del revés y del derecho, no puede engañarme, y lo sabe.

—Inténtalo otra vez, Beau —le ordeno con tono ligero, acercándome a ella.

—¿Que intente otra vez qué...? —pregunta mientras la levanto del taburete, ocupo su lugar y tiro de ella para que quede entre mis muslos.

—Intenta convencerme de que estás bien —digo acariciándole el puente de la nariz y dándole un golpecito en la punta.

Me parte el puto corazón verla así. Siempre ha estado rota, es algo que sé desde el mismo momento en el que le puse la vista encima. Aun así, de algún modo, me las he arreglado para romperla todavía más mientras no hacía otra cosa que intentar curarla. Es una jodienda absoluta y me siento derrotado, pero no puedo permitir que el dolor resultante me domine. Ya tengo ganas de asesinar y pensar que esas ganas puedan quedarse en mí para siempre haría arder mi sangre hasta dejarme convertido en ceniza.

—¿Se sabe algo de Dexter? —pregunta.

Sabía que iba a salir el tema. Danny me puso al tanto de la conversación secreta que mantuvieron después de nuestra primera cena en Santa Lucía. Beau no le quiere muerto, se lo advirtió también a Danny. Tengo que reconocer que él supo mantener la calma y no le entregó sin querer mis pelotas en una bandeja de plata. Ojalá pudiera deshacer esa parte de todo este puto

entuerto, solo esa parte. Haría las cosas de manera muy diferente sabiendo lo que siente Beau. No comprendo su compasión en lo que se refiere al marido de su tío: mató a nuestro hijo nonato y, de paso, estuvo a punto de arrebatarme a Beau. Sin olvidar que mató a su madre y lo encubrió.

Su muerte fue desagradable. Diría que es el único asesinato que he cometido sin tener la cabeza en su sitio porque, cuando Danny Black me entregó a Dexter vivo, la perdí por completo. Además, al hacerlo, me arriesgué a perder a Beau por otro motivo al margen de su oscuridad. Así que, en efecto, ella no puede llegar a saber nunca que maté al marido de su tío, un ser humano despreciable a quien Beau consideraba puro de corazón; un animal tan falso que pudo ver a Beau pudriéndose de desesperación sabiendo que él era el motivo de su agonía. Del todo reprobable, tenía todas las respuestas para sanarla y nunca le ofreció esa cura. La vio sufrir, llorar y hacerse daño a sí misma. Será cabrón.

No, miento: no haría las cosas de otra manera. Incluso ahora, semanas más tarde, con la cabeza de nuevo en su sitio, mataría a ese hijo de puta corrupto e inmoral.

Será mejor que respire.

—No se sabe nada —susurro, y la cojo de la nuca para empujar su rostro contra mi hombro y evitar la tristeza de su mirada.

No tengo ni idea de cómo voy a solucionar esto. Ella no dejará de preguntar nunca, y yo jamás podré contestarle con sinceridad. No pasará página y, por tanto, yo nunca recuperaré a mi Beau. Mierda.

Le paso las manos por debajo de la camisa holgada y le toco la espalda desnuda.

—¿Quieres salir con Rose?

—¿Qué? —Se aparta y me dirige una mirada inquisitiva—. ¿Adónde?

—¿Adónde quieres ir?

—Quiero volver a Santa Lucía.

—Dentro de lo razonable —digo, cansado—. ¿La playa? ¿A la ferretería?

—No tengo nada que pintar.

Esa podría ser la solución temporal que estaba buscando para distraerla: darle un proyecto. Es lo que la ha relajado desde la muerte de su madre. ¿Funcionará ahora? No estoy seguro, han pasado muchas otras cosas.

—Si te encuentro algo que pintar, ¿lo harás?

Me regala una tímida sonrisita y esta es de verdad.

—Todo mi equipo sigue en tu caja de cristal.

—¿Es que vas a encontrar problemas para todas mis soluciones?

Ella pasea la mirada por la cocina, que está tan resplandeciente como el resto de la casa.

—Este lugar es perfecto. No hay nada que necesite pintura. —Lanza un suspiro triste—. ¿Dónde está Dolly? —Tiene a su madre en la cabeza. Pintar. Dolly.

—En el camino de acceso —contesto, y ella mira hacia la ventana asintiendo con la cabeza.

—¿Y las llaves?

—En alguna parte.

Donde no puedas encontrarlas, pienso. Sabía que preguntaría por Dolly. Puede tenerla, pero ¿conducirla...? No.

—Tengo que salir.

Necesito regresar a mi «caja de cristal» para recoger algunas cosas, en concreto, mi pequeño arsenal para ir tirando hasta que el contacto de Danny nos entregue las armas.

—¿Adónde vas?

—A mi casa.

—¿Puedo acompañarte? —pregunta, y un brillo le ilumina los ojos.

—¿Por qué? ¿Quieres volver al lugar donde te enamoraste de mí?

¿Quién coño sabe lo que me puedo encontrar allí? El enemigo se infiltró en mi hogar, en mi fortaleza, cuando las cosas se pusieron mal de verdad. Quizás entonces matara a los culpables, pero el Oso tiene más hombres, ni se habrá inmutado por perder a dos de ellos.

—Es posible. —Se encoge de hombros, y el brillo de su mirada gana intensidad. Es una lástima que esté a punto de apagarlo, algo que detesto tener que hacer.

—Hoy no. —Le masajeo los hombros, trabajándole los músculos en profundidad, una táctica que no temo utilizar para ablandarla y cegarla—. Pero algún día... —le prometo—. Aún tienes que acabar el despacho.

—Y tú aún tienes que compensarme por mi tiempo —bromea, y le sonrío.

Me agacho a darle un beso que nos engulle a los dos en esa proximidad tan necesaria.

—Te lo pagaré con creces cada día durante el resto de mi vida. —Es un compromiso que no pienso romper nunca.

Al oír un movimiento cerca de la puerta levanto la vista y me encuentro a Rose, que está esperando en el umbral.

—Lo siento —murmura—. Puedo volver luego.

—No pasa nada. —Hago que Beau gire entre mis muslos para encarar a Rose y sonrío al ver la pistolita que tiene en la mano.

Ella baja la vista, frunce los labios y se la esconde a la espalda.

—Son el último grito. —Pone los ojos en blanco y parece exasperada. La pequeña sacudida que noto, señal de que Beau se está riendo, le hace algo inexplicable a mi corazón.

—Entonces tendré que conseguir una —bromea mientras busco en la parte trasera de mis vaqueros y saco una pistola a juego.

La sostengo delante de ella, que deja caer la cabeza.

—No quería que te sintieras excluida.

Otra risa.

—Pensaría que estás jugando —dice Beau, cogiendo el arma de mi mano— si no fuera porque te conozco. —Suelta el cargador y lo examina antes de volver a meterlo de golpe en la

cámara.

Rose se queda ojiplática.

—Ay, Dios, seguro que eres una tiradora fantástica, ¿verdad? —Se acerca, la pistola se ve rara en su mano—. Me olvido de que fuiste policía.

—Es una gran tiradora —digo, haciendo que nos levantemos los dos del taburete—. Doy fe de ello.

Enarco una ceja mirando a Beau, que aprieta los labios. Cualquier otro hombre habría estado condenado. Por suerte para mí, esquivo las cosas con rapidez. Además, ella no estaba en forma y la muñeca rota dificultaba su puntería. Ahora que lo pienso, le examino el brazo desnudo y me fijo en que no deja de cerrar el puño, de hacer círculos con la muñeca, tal y como le ha indicado el médico para que intente recuperar la fuerza y el movimiento.

—¿Quisiste pegarle un tiro? —pregunta Rose con un grito ahogado—. Tienes que enseñarme. —Vuelve a bajar la vista hacia la pistola—. La última vez que disparé, apunté a la frente del tipo y le saqué un ojo. —Rose se queda quieta unos instantes, mirando el arma con el ceño fruncido —. ¿Comida de chicas? —dice en voz baja, un tanto deslumbrada.

Me doy cuenta de que Beau siente curiosidad. Estoy seguro de que está a punto de contarle la historia y me parece bien; aceptaré cualquier tipo de distracción.

—Id a arreglaros —digo, dándole una palmada en el trasero a Beau—. Poneos en contacto con nosotros cada hora y sed buenas con vuestro agente de protección personal.

—¿Quién es mi agente de protección personal? —pregunta a mi espalda Beau mientras me alejo.

—Se reunirá con vosotras en el vestíbulo dentro de media hora. —Aunque podría tardar más; Goldie y Otto siguen discutiendo para ver quién será el afortunado.

Al entrar de nuevo en el despacho de Danny me encuentro con lo que esperaba: Goldie gruñéndole a Otto.

—Quiero hablar con Recursos Humanos —murmura—. Esto es discriminación.

Y, para demostrarlo, se saca fugaz la pistola de la espalda, le quita el seguro a mayor velocidad y la apunta contra la cabeza de Otto aún más rápido. Él retrocede con las manos en alto.

—¿Alguien va a ponerle una puta correa? —pregunta, exasperado.

Uno de los hombres de Danny, Ringo, suelta una risita al otro lado de la habitación y paga por ello, ya que Goldie se apresura a apuntarle al pecho.

—¿Perdona? —dice, ladeando la cabeza, desafiándole a que se burle de ella otra vez.

—Yo no he dicho nada. —Ringo sacude la mano con indiferencia y se sienta en el sofá, al lado de Nolan y Brad.

—Bueno, me largo —apunta este último—. Tengo que gestionar un club nocturno.

Tomo asiento y me pongo cómodo. Tengo la sensación de que estaremos aquí un rato.

—¿Quién coño va a vigilar a Rose y a Beau? —pregunta Danny, y su rostro trasluce lo cansado que está—. Se están preparando para salir y se van a cabrear bastante si nosotros —su dedo apunta a su pecho y al mío— tenemos que romper nuestra palabra.

Con un suspiro, Ringo da un paso hacia el centro de la habitación en el momento en que Goldie hace lo mismo.

—Yo me encargo —dicen al unísono y se miran, sorprendidos. No les doy tiempo a que se lo piensen o empiecen a discutir.

—Perfecto. —Me pongo en pie y le hago un gesto a Otto—. Tengo cosas que hacer.

—¿Como qué? —pregunta Danny, interesado.

—Como vaciar mi viejo armario.

—Brad me ha organizado un encuentro con alguien para que dirija el astillero —dice—. He pensado que quizás querrías venir con nosotros.

—¿Te refieres a ese descampado abandonado? —pregunto.

Él sonríe.

—No por mucho tiempo.

—Te dejo que hagas las entrevistas. Hasta luego.

De camino hacia la puerta, les dirijo una mirada a Goldie y a Ringo. No hace falta que diga nada, enseguida captan la mirada que les dice que no vacilaré en matarlos si me decepcionan. Los dos asienten con la cabeza. No sé por qué coño han estado discutiendo; tendrían que haber aceptado corriendo ante la oportunidad asumir el papel más importante que hay en estos momentos.

—Reúnete conmigo en el club más tarde —me dice Danny, y yo levanto la mano en señal de acuerdo antes de dirigir mi atención hacia Otto, que lleva la barba el doble de larga respecto a cuando me fui a Santa Lucía—. ¿Has perdido la maquinilla de afeitar? —le pregunto.

—De hecho, sí —murmura, tocándose la barbilla con el ceño fruncido—. ¿Cuál es el plan?

—Necesitamos armas hasta la entrega del contacto de Danny.

—Si es que hace esa entrega.

—La hará —contesto, convencido—. Conduzco yo.

Mientras atravesamos la ciudad camino de mi edificio, no es que la conversación acabe de fluir, pero me siento cómodo.

—La caja de seguridad —dice Otto con despreocupación, mientras sube el aire acondicionado.

—¿Qué le pasa?

—¿Cuándo la vació y cómo se las arregló para hacerlo? —No me lo está preguntando realmente, más bien plasma en voz alta sus pensamientos, así que guardo silencio y dejo que

continúe—. ¿Desde cuándo conoce tu verdadera identidad?

—Das por sentado que estábamos en lo cierto suponiendo que esa información estaba ahí dentro —señalo.

En realidad, los dos sospechamos que la caja contuvo algo en algún momento, y la mirada cansada de Otto me lo confirma. Jaz Hayley era lista, y me dijo directamente que se guardaba la información que tenía sobre mí por seguridad, junto con otros datos de interés. Así que, si entraron en ella, ¿cómo coño consiguieron hacerlo sin la llave?—. Supongo que lo averiguaremos cuando Brad localice al gerente del banco.

—¿No te parece gracioso que la cara del hombre que estuvo persiguiéndole todo ese tiempo se encontrara en la grabación que Dexter retiró del escenario de la muerte de Beau?

—Para partirse la caja —murmuro.

Si de verdad accedió a la caja de seguridad y mi nombre estaba en ella, sinceramente me cabrearía no haber visto su cara cuando se dio cuenta de que el Enigma, el hombre que intentó salvar a Jaz Hayley, es el hijo de Spencer James. Me cabrearía de la puta hostia pero, cuando asumí que me había enamorado de Beau Hayley, también acepté que no podía tenerla y a la vez mantener mi secreto. Sigo siendo el Enigma, pero he dejado de ser un enigma.

Giramos hacia nuestra calle y una pesadez se cierne sobre nosotros; la calma se convierte en un silencio cauteloso. Mi mirada se desplaza veloz de aquí para allá, igual que la de Otto. Descarto el aparcamiento subterráneo y sigo avanzando por la calle.

—¿Ves algo? —le pregunto, metiéndome en un hueco.

—Nada.

Los dos salimos y rodeamos el Range Rover para encontramos junto al maletero. Lo abrimos y nos armamos. Soy consciente de que Otto no ha dejado de examinar las cámaras de seguridad durante el paso de las semanas, pero en la actualidad me rijo por el lema de que más vale prevenir que curar. Aseguramos y cargamos las armas, nos las metemos en la parte trasera de los vaqueros y nos dirigimos hacia la entrada principal del edificio, con sus puertas nuevas y brillantes después de que Butler arrasara el lugar con su coche. Otto mira las cámaras mientras meto la llave y observo a través del cristal.

—Todos los pisos están despejados —murmura, sacando la pistola.

Le imito y entro, prestando atención. No oigo más que el zumbido del suministro eléctrico, proveniente de las pantallas de vigilancia de la portería. Las dejamos atrás y Otto introduce el código para llamar el ascensor. A lo lejos, se oye el mecanismo al ponerse en marcha. Le dirijo una mirada inquisitiva y no hace falta que diga nada: está pensando lo mismo que yo. El ascensor debería estar en la planta baja, donde lo dejamos hace unas semanas.

—Cuando volviste para ayudar a los tipos que cambiaron las puertas... —digo en voz baja.

—El ascensor estaba aquí.

Hace falta un código, así que ¿quién coño lo ha usado? Con una sincronización perfecta, nos desplazamos cada uno hacia un lateral, pegamos la espalda a la pared y preparamos la pistola.

Nos miramos a los ojos mientras el sonido del ascensor va ganando intensidad, hasta que acaba de pitar con su llegada. Las puertas se abren. Esperamos.

Nada.

Asiento con la cabeza en dirección de Otto y él se gira, cubriendo con su cuerpo la puerta.

—Despejado —gruñe, y desaparece en el interior.

—¿El hueco? —le pregunto, siguiéndole y levantando la vista.

—Despejado. —Me muestra la pantalla del móvil.

—En los años que llevamos aquí, ¿habías visto que este ascensor subiera y bajara sin que alguien usara el código? —le pregunto.

—Nunca.

—Yo tampoco. —¿Por qué coño sería alguien tan estúpido?—. Me has dicho que la videovigilancia no ha revelado nada.

—Así es. —El ascensor se detiene y los dos nos pegamos a un costado. Otto me mira—. La estoy viendo en directo.

—¿Y ninguno de los sensores ha saltado?

Sacude la cabeza mientras se abre la puerta y yo estiro el cuello con cautela y el corazón a mil. Mi piso aparece ante mi vista y examino cada centímetro en busca de algo, lo que sea que esté fuera de lugar. No le digo a Otto que está despejado porque tengo un mal presentimiento, una sensación horrible. Salgo.

—Espera —ladra Otto, y me detengo en seco, con el pie en el aire, dispuesto a posarlo—. No te muevas, joder.

Me quedo paralizado y mantengo la posición mientras Otto trastea con el móvil.

—¿Qué coño estás haciendo? —le pregunto, dividiendo mi atención entre él y el espacio abierto que tengo delante.

Con los ojos clavados en la pantalla, se pone de rodillas muy poco a poco.

—Tú quédate exactamente donde estás —susurra, y le echa un vistazo al espacio que hay justo delante de mi zapato. Se agacha aún más, apoyándose en los antebrazos, y entonces lo veo: un cable. Un fino cable que atraviesa el aire justo delante de las puertas del ascensor.

—Mierda —digo por lo bajo, haciendo retroceder el pie poco a poco—. ¿Activa algo?

—Sin duda. —Otto comienza a ponerse en pie y lo hace con lentitud deliberada, examinando el aire—. Mira. —Me muestra el móvil y observo la grabación ampliada: es un vídeo en directo del ascensor, de este ascensor, y está vacío.

—Hijos de puta —digo, exhalando, y paso por encima del cable—. Cogemos las armas y nos largamos.

—Tómatelo con calma —me advierte Otto, que sigue la extensión del cable hasta un armario cercano—. Putas bombas trampa —murmura, mostrándome una pila de bloques de C4—. Tenemos que irnos, podrían detonarlos a distancia. Podrían estar observándonos.

—No sin las armas.

No puedo combatir en una puta guerra sin un arsenal y, aunque estoy seguro de que el hombre de Danny nos equipará, quién coño sabe cuándo ocurrirá eso. Recorro el espacio abierto dando zancadas, mirando a diestro y siniestro con los ojos entornados, vigilante.

—Por el amor de Dios, Kel... —murmura Otto, siguiéndome.

Me detengo al pie de la escalera y busco disparadores antes de subir los escalones de dos en dos. Vuelvo a hacer comprobaciones en la entrada del dormitorio y en el vestuario.

Saco unas bolsas y las tiro a los pies de Otto antes de rebuscar en el fondo del armario y abrir la monumental caja fuerte. Habría que volarla por los aires para acceder a ella sin una llave o un código, y levantarla requeriría de una grúa, así que no me preocupa en absoluto que mi alijo no esté aquí. Comienzo a pasarle a Otto las Glocks, las VP9, las Berettas, las ametralladoras, las balas, las granadas, todo lo que poseo. El sonido que hacen al chocar entre sí cuando Otto las deja caer en las bolsas es ensordecedor.

—Listo. Nos vamos. —Me cuelgo una de las bolsas al hombro, Otto coge la otra y salimos siguiendo el mismo camino de antes.

Me detengo de golpe en lo alto de la escalera y Otto, cauteloso, hace lo mismo antes de dirigirme una mirada inquisitiva. Retrocedo y me paro ante la puerta del despacho para comprobar la entrada. Nada. Si hay un sitio al que sin duda iría de volver a mi piso, ese sería el despacho. ¿Por qué no hay ningún disparador? Levanto poco a poco la vista hacia el conjunto de pantallas que domina la pared y veo que están todas iluminadas, mostrando las caras de diversos hombres, aunque no son los mismos a los que voy a matar.

Sonrío y es una sonrisa perversa y sombría. Veo a Brad. Veo a Otto. Veo a Goldie, a Nolan, a Ringo y a todos los hombres a los que he estado viendo desde que saqué a Danny Black de su tumba. Por supuesto, la pantalla principal, la más amplia y que ocupa el centro, muestra una foto en la que salgo con Danny. No juntos, pero... juntos. Los dos objetivos primordiales.

—Hostia... puta —dice Otto por lo bajo a mi espalda.

Asiento con la cabeza poco a poco, paseando la mirada por el conjunto una vez más antes de sacarle una foto.

—Corta la electricidad del edificio —le ordeno—. Hazlo ya.

Él va directo al móvil y, unos segundos después, hay una subida de tensión y se va la luz.

—¿El ascensor? —pregunto.

—Es lo único que está enlazado con el suministro de emergencia.

Paso junto a Otto y bajo la escalera con rapidez, concentrado en evitar el cable disparador de delante del ascensor.

—Querían que viéramos esas pantallas. El cable no es para hacer que estalle la bomba, sino para enterarse de que estábamos aquí. —Golpeo el botón del ascensor mientras Otto se abalanza dentro de la cabina—. Tendrán un detonador a distancia. —Las puertas se cierran y comenzamos a movernos. Observo el descenso de los pisos a un ritmo dolorosamente lento—. Va a llamar en

cualquier momento —digo con la vista clavada en los números luminosos—, y a escuchar la explosión mientras cree que miro el regalo que me ha dejado.

Sonrío para mí mismo mientras el ascensor se detiene en primera planta. Me imagino el elaborado espectáculo que hubiera representado: yo, viendo mi propia cara en la pantalla central, donde debería estar su rostro desconocido.

Miro el móvil cuando suena y salgo del ascensor. Contesto y pongo el altavoz, adoptando mi estrategia habitual. Silencio.

—Kellen James... —murmura, usando mi verdadero nombre como un arma, lo que afianza lo que todos sospechábamos: que mi identidad estaba dentro de la caja de seguridad. La pregunta ahora, no obstante, es... ¿estaba la suya? ¿Y cómo coño accedió a ella si yo tengo la llave?

—Te he echado de menos —digo con frialdad, mientras recorro el vestíbulo dando zancadas —. ¿Estás tratando de pasar desapercibido?

Él se ríe con verdadera alegría.

—He oído que has estado haciendo amigos.

—Bonita colección de fotografías.

Empujo la puerta, con Otto pisándome los talones, y la cierro con llave. Acto seguido asiento con la cabeza para indicarle que vuelva a activar la electricidad.

—Ah, sí. ¿Las estás mirando ahora mismo?

—Sí —murmuro, consciente de lo que va a aparecer a continuación en las pantallas—: fallecido. Un buen toque.

—¿Te gusta?

Miro a Otto, que sacude la cabeza con incredulidad. Es lo que pasa cuando te pasas años persiguiendo a alguien, que comienzas a pensar como esa persona.

—Muy bonito —digo, deteniéndome ante el Range Rover para abrir el maletero.

—Puesto que te perdiste la fiesta que organicé para tu padre, he pensado que podríamos montarte una tardía solo para ti.

—Eres muy amable.

—Adiós, Kellen.

La línea se corta y miro hacia lo alto de mi edificio, donde las llamas brotan de las ventanas y rocían el aire de cristales.

—Mierda —grita Otto, sobresaltado por el ruido.

Acto seguido los dos encogemos el cuerpo, ya que comienza a caer una lluvia de esquirlas. Me apresuro a tirar la bolsa a la parte de atrás y me subo de un salto al asiento del conductor.

—Madre de Dios —ladra Otto, cerrando la puerta antes de encogerse en el asiento, mientras la metralla golpea el parabrisas.

—Parece que yo también voy a regresar de entre los muertos —digo, alejando el auto con rapidez, deseando poder llamar de nuevo al cabrón para darle la noticia de que sigo respirando. Pero no puedo malgastar semejante as en la manga.

—Te estás quedando sin vidas, Kel —replica Otto en voz baja, de mal humor—. Finiquitemos este trabajo, joder.

Llamo a Goldie camino del club de Brad.

—No le he quitado los ojos de encima —me dice al contestar—. Ni un segundo.

No esperaba menos.

—¿Dónde estáis?

—En una pequeña cala no muy lejos del astillero que quiere Black. En realidad es un sitio agradable y tranquilo. Hace sol, el agua está en calma...

—Suenas como si fueras a unirte a las chicas... —digo, y noto que el humor de Otto se aligera. Le miro y descubro que se está divirtiendo.

—¿Tienes bikini? —pregunta.

—Vete a la mierda —espeta Goldie—, sigo sin hablar contigo.

—¿Qué está haciendo Beau?

Cambio de tema antes de que estos dos comiencen a pelearse como críos otra vez. Si no supiese que es imposible, pensaría que hay una especie de atracción retorcida entre ellos, porque riñen como si llevaran muchos años casados.

—Está parada en la orilla...

—... con la cara levantada hacia el sol —añado, y la recuerdo haciendo eso a diario en Santa Lucía, luchando por permanecer en la luz.

El corazón se me retuerce en el pecho y ruego porque un día ya no tenga que luchar.

—¿Se ha puesto crema? —pregunto, aclarándome la garganta—. ¿Protección total en el brazo?

Porque se le olvida. Una y otra puta vez, se le olvida proteger esa piel tan delicada. Sé que se debe solo a que está absorta por el sol, y la verdad es que nunca ha representado un problema porque siempre he estado con ella para ponérsela cuando no se acordaba. Pero ahora mismo no estoy al sol, a la luz... a menos que contemos la bola de fuego de lo que fue mi piso, elevándose a lo lejos a nuestra espalda.

—Tiene las mangas bajadas —contesta Goldie, con voz suave, como si supiera lo que eso significa.

Lo sabe. Incluso durante nuestra cruzada en pos de la justicia, Beau y yo dimos muchos pasos adelante. Ahora, en cambio, me temo que se esté acercando demasiado a un punto de no retorno.

Percibo la expresión compasiva que me dirige Otto.

—¿Qué tal por ahí? —pregunta Goldie.

Me aclaro la garganta.

—En estos momentos mi piso está en llamas.

—¿Qué?

—Una bomba. La ha hecho explotar, pensando que yo estaba allí. —Giro a la izquierda hacia Miami Beach mientras oigo a Otto maldecir en murmullos.

—Joder... —es lo único que Goldie logra decir—. ¿Cree que estás muerto?

—No por mucho tiempo. —Nunca podré volver a ser un enigma, sobre todo al habernos conducido al corazón del submundo de Miami con el jefe resucitado de ese corazón—. Vamos camino del club, quiero que te traigas a las chicas. —Necesito tener a Beau cerca en estos momentos—. Usad la entrada trasera. Yo aviso a Nolan.

—Hecho. Nos vemos allí.

Cuelgo y exhalo mientras un camión de bomberos se nos acerca chirriando a toda velocidad.

Lo vemos pasar en silencio y levanto la vista hacia el sol para pedirle que siga brillando para Beau.

Capítulo 8

BEAU

—Estoy segura de que todo va bien —dice Rose a mi lado, en el asiento trasero del Mercedes.

Ojalá pudiera creerla. Pero he llegado a conocer bastante bien las expresiones faciales de Goldie y su rostro era de gravedad cuando nos ha dicho que teníamos que marcharnos de la playa «ya». Me armo de fuerzas para sonreír, aunque de manera débil, y acepto la mano de Rose cuando ella la pone entre nuestros cuerpos. Hoy se ha esforzado mucho por ayudarme. Ha movido montañas, teniendo en cuenta quiénes son nuestros hombres, solo para que pudiéramos salir del recargado complejo residencial de Miami que es mi hogar temporal. Me ha traído a la luz y ha dejado que me empapara en ella en silencio, sin decir palabra. Me siento muy unida a ella. No es una relación de dependencia, como me siento con James, sino de unión.

—Seguro que sí —murmuro, y miro el móvil que tengo en el regazo cuando comienza a sonar —. Oh, Dios.

—¿Qué pasa? ¿Quién es? —Rose parece preocupada, así que me apresuro a tranquilizarla y le muestro la pantalla—. Oh —dice con voz queda, apretando los labios.

Lo sabe todo acerca de mi padre. De hecho, ahora mismo Rose sabe todo lo que hay que saber sobre mí. Nadie llenará nunca el vacío que supuso perder a mi madre. Esa amistad abierta, sin prejuicios y llena de honestidad. Aun así, pese al escaso tiempo que he pasado con Rose, creo que el candor de su acogida se le parece; es una amiga que lo sabe todo y me quiere de todos modos..., como haría una madre.

—Querrá saber cómo estás... —dice.

Me río.

—Mi padre no llama para saber cómo estoy. Llama cuando quiere algo.

No tengo la fuerza necesaria para seguir odiándole. Es una sensación muy extraña; otras fuerzas están monopolizando mi rabia en estos momentos, y son mucho más poderosas que el egoísmo de mi padre. Me preparo y acepto la llamada, muerta de vergüenza. Ni siquiera le he dicho que había vuelto al país.

—Papá...

—Cariño —dice él, y pongo los ojos en blanco y nada más hacerlo me siento un poco culpable por esa reacción.

Quizás el hecho de verme medio muerta en el hospital haga que deje de mirarse tanto el ombligo. Es irónico, la verdad. Llevo medio muerta desde la desaparición de mamá, ¿y ahora se

preocupa? Me recuerdo a mí misma la invitación supuestamente desinteresada para cenar de hace unas semanas, la que hubiera involucrado a su amigo Frazer Cartwright, que resulta que es un periodista que está escribiendo un artículo sobre el éxito de Tom Hayley, el empresario maestro de los negocios. Yo habría sido una pieza de atrezo, nada más que eso. Y sé bien que solo me invitó porque pensaba que últimamente yo estaba más estable. Me río por dentro: nunca me he sentido tan inestable. Si le sumamos el hecho de que James forma parte ahora de mi vida, evitar a mi padre parece más obligado que nunca porque querrá conocer hasta el último detalle sobre él: sus raíces, su empleo, sus ambiciones... ¿Qué coño voy a contarle?

—¿Cómo estás? —le pregunto. Un poco de charla trivial: siempre la hay y siempre la habrá.

—Liado. ¿Cómo estás tú?

Me remuevo en el asiento, realmente sorprendida; nunca me pregunta eso.

—Bien —contesto.

—Sobre la cena...

Miro a Rose con la cara desencajada.

—La cena... —repito—. ¿Una cena contigo o contigo y el periodista que va a escribir un artículo entusiasta sobre lo exitoso y humilde que eres? Y sobre la fantástica relación que tienes con tu hija...

—Venga, Beau... —Suspira.

Me echo atrás, pero solo porque estoy demasiado cansada para pelearme contra él. Además, sigo distraída por el hecho de que vayamos camino del club de Brad Black sin saber por qué.

—Vale —digo con un suspiro.

—¿Mañana?

A duras penas logro reprimir un «No, por Dios». Estoy demasiado molida para discutir, también para soportar una cena con mi padre.

—¿Quizás la semana que viene? —Necesito tiempo para reunir fuerzas.

—¿La semana que viene? ¿Estás liada?

No, nunca lo estoy y él lo sabe.

—Es solo que... tengo que encargarme de unas cosas. —Esto es horrible. Horrible de verdad.

—Entonces me pasaré por casa de Lawrence a hacerte una visita.

Echo la cabeza hacia atrás, cierro los ojos y noto que Rose me pone la mano en el brazo. ¿Por qué se me acaba de ocurrir que no tengo ni idea de cuánto sabe mi padre? Tengo que hablar con James.

—No estoy en casa de Lawrence. —De hecho, la casa está vacía. Dexter ha desaparecido y mi tío, el hermano descarriado y bochornoso de mi padre, sigue sin salir de su habitación en la mansión de Danny Black. Se niega a hablar y ni siquiera me dirigió la mirada cuando fui a ver cómo estaba—. No estoy allí, papá.

—Oh... —replica con curiosidad—: Ahhhh, estás con él.

Él.

Es lo único que me faltaba, la verdad. Él, dice. No necesito la aprobación de mi padre y la verdad es que tampoco la quiero. Aun así, si mi experiencia cercana a la muerte ha hecho aflorar en él esa faceta cariñosa y preocupada que extravió hace tanto tiempo, todo será mucho más sencillo si cuento con ese visto bueno.

—James —pronuncio su nombre con claridad—. Se llama James.

—¿Y estás en su casa? ¿Te has mudado? Es un poco pronto, ¿no crees, Beau? ¿Cuánto tiempo llevas saliendo con él? ¿A qué se dedica? Debería enterarme de estas cosas...

Por el amor de Dios... No merece enterarse de nada. Y si mereciera recibir información sobre mi vida, difícilmente podría decirle que mi dirección actual es la mansión de un asesino a quien se supone muerto, por no hablar del propio empleo de mi novio, con el que llevo saliendo apenas unas semanas. ¿Y si se entera de que estuve embarazada? Porque ya no lo estoy...

Dejo caer la cabeza hacia un lado y me encuentro con Rose, a quien le demuestro el malestar inmenso que siento.

—Estoy con James, sí. —Técnicamente, no es ninguna mentira: estoy con él, pero no en su casa.

—Quizás podría pasarme por allí a hacerte una visita...

Me río, es irreprimible.

—No lo creo. —Mi cabeza se encuentra con mis manos.

—Entonces tráetelo a la cena —sugiere, lo que me lleva a plantarme—. Supongo que debería conocer a ese hombre.

Madre de Dios.

—Mira, papá, saldremos a cenar. —Pronto, pienso—. Yo te llamo, ¿vale?

No comencemos la casa por el tejado. Llevo años odiando a este hombre, culpándole y deseando que sea él quien esté muerto, y no mamá.

—Vale —acepta, aunque a regañadientes—. Aunque deberías saber que una de mis últimas inversiones ha sido un bonito edificio de apartamentos de lujo en South Beach. Deja que te compre uno. ¿El ático, quizás?

Esto es demasiado.

—Ya hablaremos. Tengo que irme, papá.

—Val...

Hago una mueca y cuelgo.

—Oh, Dios mío...

—Parece preocupado de verdad por ti.

—Sí —admito. Y no tengo ni puñetera idea de cómo debo afrontarlo.

He estado tan ocupada apaciguando a mi padre que no me he dado cuenta de que estamos parados a la vuelta de la esquina de la principal avenida de Miami Beach. Tanto Goldie como Ringo se giran hacia nosotros; el último, con la mano en el aire, en una orden silenciosa de que esperemos, mientras Goldie mantiene el móvil pegado a la oreja.

—Por la parte de atrás —dice, haciendo un gesto en dirección a una calle lateral no muy alejada.

Ringo pone el coche en marcha y unos instantes después estamos en un callejón frente a un par de puertas de hierro de color negro. Vuelve a levantar la mano para que aguantemos en el asiento mientras contesta el móvil.

—Sí —dice en el segundo en que se abren las puertas y aparece el joven que trabaja para Brad Black—. Nolan está aquí —dice Ringo—. ¿Qué quieres que haga con Rose?

Rose sale disparada de su asiento hacia la parte delantera del coche.

—¿Lo dices en serio, Ringo? —pregunta, a medio camino entre la indignación y el humor. Veo que Ringo se encoge de miedo y nuestras miradas se encuentran en el retrovisor—. Ya no soy su maldita prisionera —prosigue—, soy su esposa. —Abre la puerta del coche, se baja y se cuelga el bolso del hombro—. ¿Qué me va a hacer? —murmura, avanzando hacia la entrada trasera del club mientras yo salgo con Goldie, que parece divertirse, y Ringo, que se siente completamente rechazado.

—Que lo sepas —se burla Goldie, pisándome los talones y acercándose pero sin llegar a tocarme.

—Vete a la mierda, pava —espeta Ringo mientras rodea el coche y hace que Goldie entre en el club entre risas.

—Me alegra ver que os lleváis tan bien —digo con indiferencia, sintiendo que se me revuelve el estómago al contemplar el espacio decadente que me acaba de engullir. James no ordenaría que me trajeran a un sitio al que sabe que no puedo enfrentarme. Eso me tranquiliza.

Unos paneles de madera de color azul intenso recorren el pasillo con retratos de marco dorado cada pocos centímetros, y cada uno de ellos exhibe una vieja fotografía de Miami. Los tablones de madera maltrechos bajo mis pies están pulidos y por el techo se esparcen unos focos dorados que arrojan una luminosidad tenue y brumosa sobre nosotras.

Rose avanza con determinación delante de mí; su pelo moreno y brillante se menea sobre su espalda y sus sandalias planas y enjoyadas golpean la madera de manera rítmica. Su bonito vestido veraniego de color coral hace que le reluzca la piel bronceada. Lo he pensado desde el momento en que la conocí: es perfecta. Me cuesta creer que esta mujer estuviera dañada en algún momento. Me miro los vaqueros cortos rasgados, la camisa extragrande que he intentado embellecer atándole las colas y no es que me sienta inadecuada al lado de Rose porque, en realidad me da esperanza. Es como un faro, un ejemplo de cómo me podría llegar a sentir... si logro salir de este entuerto.

—La siguiente a la izquierda —dice Ringo en voz alta desde atrás, lo que hace que Rose ralentice la zancada.

Se detiene delante de una habitación con el letrero de «OFICINA» y sujeta la manija para abrir la puerta.

—Está vacía. —Mira a Ringo por encima de mí—. ¿Dónde están?

En silencio, Ringo pasa a nuestro lado, hace que Rose se aparte con suavidad pero con firmeza y entra en la habitación. Desde dentro aguanta la puerta abierta, nos hace un gesto para que entremos y acto seguido la cierra con pestillo. Frunzo el ceño mientras paseo la mirada por el lugar: un escritorio, una librería detrás de este, un sofá y un armario archivador.

—Por aquí —gruñe Ringo, empujando una de las secciones de la librería. Retrocedo cuando esta se abre con un pitido y revela otra sala. Nos hace entrar, cierra la puerta e introduce un largo código en un panel de control encajado en la pared. La puerta de hierro al otro lado de la sala se abre con un clic. Ringo la empuja y, al entrar, revela una escalera.

Subimos los escalones en silencio y damos a parar a una habitación inmensa.

—Vaya —susurro, petrificada, mientras Rose se adentra en ella con aspecto bastante aturdido también.

En esta nueva oficina hay cuatro escritorios, dos sofás esquineros, un bar privado, una mesa de póquer, varios hombres y la pared posterior, que se extiende de un lado al otro y de suelo a techo, hecha de cristal y que muestra una visión sin igual del club a sus pies. Esbozo una sonrisa poco a poco; cristal.

Entonces me doy cuenta de que hay un silencio mortal. Miro a mi alrededor y descubro que Rose y yo somos el foco de atención de todos los presentes. Las conversaciones se han detenido. James se levanta de uno de los sofás y se acerca a mí.

—Eh —dice en voz baja, repasándome con discreción de arriba abajo. Su alivio es evidente. A diferencia del motivo por el que estoy aquí.

—¿Qué pasa? —pregunto, incómoda por el escrutinio de todas esas miradas.

Él se agacha, ignorando el gallinero a su espalda, y me acaricia la mejilla.

—¿Además de que alguien ha intentado hacerme volar por los aires?

Me aparto.

—No estás bromeando, ¿verdad?

Estiro el cuello para ver más allá de su cuerpo inmenso y reparo en la expresión grave de todo el mundo, pero sobre todo de Otto, que tiene un vaso de whisky en la mano, y es de los grandes. Solo en este momento reparo en el pequeño arsenal de armas de fuego que se extiende sobre las dos enormes mesas de café que hay delante de cada sofá: granadas, pistolas, ametralladoras...

—¿Eso es un arpón? —espeto mientras Rose se acerca a la mesa y observa la colección sin la menor sorpresa antes de dirigirse hacia la pared de cristal y ponerse a contemplar el club.

No sé por qué me sorprendo. Sabía lo que implicaba la colaboración entre James y Black, pero ver las armas esparcidas por las mesas, oír que James acaba de librarse de que lo maten y encontrarme a tantos hombres en esta habitación ha hecho que de repente sea plenamente consciente de ello: una guerra en Miami y la mayor recompensa es por la cabeza de mi novio.

Miro a Danny Black, que apenas le va a la zaga en ese aspecto; su rostro meditabundo, su postura relajada pero tensa, sentado tras el escritorio con otro whisky delante, me indica que sabe de qué va esto, ¡y tanto que lo sabe!

Danny infla las mejillas y parpadea, levantándose de la silla para ir junto a Rose frente a la pared de cristal.

—Ya hemos acabado —dice por encima del hombro, y los matones se dispersan y nos dejan solos.

Miro a James.

—¿Qué ha pasado? —pregunto, considerando muy seriamente la posibilidad de acompañar a Otto y pedirme yo también un trago fuerte.

—¿Te lo has pasado bien? —pregunta, ignorando por completo mis palabras. Este hombre es para no creérselo.

—¿Me cuentas que han estado a punto de hacerte volar por los aires y acto seguido pasas a una charla trivial, en plan pareja normal?

—Os daremos un poco de intimidad —dice Rose, que tira del brazo de Danny mientras le dirige una mirada.

—No necesito intimidad, necesito respuestas.

—No necesitas respuestas, Beau —dice James en voz baja—. Lo que necesitas es paz.

Cojo aire de forma prolongada y profunda. Este hombre es para no creérselo pero me lo creo. Me va a mandar a hacer excursiones de chicas mientras a él le pillan las explosiones. Me encojo al oír que una puerta se cierra detrás de mí y me percato de que la habitación se ha quedado vacía, a excepción de nosotros dos.

James me coge el brazo herido y lo acaricia sobre la manga de la camisa. Sus ojos albergan una compasión excesiva.

—No hagas eso —le advierto, encogiéndome de hombros para que me suelte, y me acerco a la ventana—. Deja de mirarme como si estuviera rota.

Llego junto al cristal. La pista de baile del club está vacía; el bar, en calma, y veo que Danny la atraviesa por delante de Rose.

—Has estado rota desde el momento en que te encontré, Beau —replica él, con un tono cargado de resentimiento—. No te estoy mirando de manera diferente.

—¡Esa es la puta cuestión! —grito, girando sobre mis talones—. Sí, estaba rota, pero a tu lado no me sentía así. Cuando arrasaste con todo, cuando me llevaste allí donde siempre me llevas en la intimidad, dejaba de estar rota. —Me trago un sollozo, me exaspera el temblor de mi voz—. Ahora me siento más rota que nunca.

Hay que añadir muchas más cosas a la pila. Me hacen falta varias respuestas y lo más horrible es que, a fin de conseguirlas, necesito que James salga ahí fuera y las encuentre para nosotros. Tengo que arriesgarme a perder lo único que me ha dado alguna esperanza. Me siento como si estuviera entre la espada y la pared.

—¿Qué quieres que haga, Beau? —pregunta, con las mejillas hundidas por la fuerza con la que aprieta los dientes—. ¿Atarte? ¿Meterte algo por el culo?

—Sí. —Me atraganto con un sollozo—. Haz lo que debas hacer, pero por favor deja de

tratarme como si estuviera hecha de cristal.

—Estás hecha de cristal —murmura—. Porque sé mejor que nadie que, si esto te rompe, no seré capaz de volver a recomponerte.

Me muerdo el labio, me tiemblan las manos y tengo la sensación de que el brazo está en llamas. Esa mezcla de rabia y pena en su rostro me produce dolor. Sé que no le estoy ayudando al estar así, triste y vacía, y que hago que la misión de James resulte más difícil, pero no sé existir de otra manera.

—Creo que necesito ver a un terapeuta —murmuro, intentando que mis palabras suenen neutras y firmes—. Creo que necesito ayuda. —Debo ser fuerte. Debo parecerme más a Rose—. Lo siento.

James se pasa la mano por el cabello ondulado y maldice en voz baja con una expresión torturada en sus ojos azules. Se acerca a mí con pasos pesados, resuelto, y me estrecha contra su pecho con una fuerza inédita en las últimas semanas. Aun así, me duele mucho menos que no tener esta parte de él, la parte firme y dominante, la parte que más necesito. Su pecho, la solidez de los brazos con que me envuelve, es como estar en casa.

—Haz lo que necesites, sea lo que sea —dice con la boca en mi oído, y entonces se aparta.

Me coge la parte delantera de la camisa y la rasga de un tirón con un gruñido animal. El aire me abandona en un suspiro apresurado y mis penas se van con él. Me está mirando de la manera exacta en la que lo hizo la primera vez que me ató. Esto es lo que necesito, lo que se ha negado a darme porque mi cuerpo roto no lo habría tolerado.

Que le den a mi cuerpo.

Tira de las copas del sujetador para bajarlas y se hace con los pantalones cortos para abrirlos con fuerza y a continuación me los baja hasta las rodillas. Hace que gire sobre mí misma con rapidez y me pega contra el cristal. Mis pechos, pesados y doloridos, se aplastan contra el panel frío y mi aliento se condensa sobre la ventana. Lanzo un grito ahogado, dirigiendo una mirada fugaz al club. Aun así, no le detengo; nadie nos ve. Es una habitación oculta, un espacio secreto para que mafiosos, criminales y asesinos lleven a cabo sus negocios y espíen a la gente de abajo.

—Más —farfullo, dándole con la palabra la pista de mi estado mental, aunque tampoco es que la necesite.

Me coge las muñecas y oigo el sonido que provoca el cinturón cuando hace que se deslice para sacárselo de los vaqueros.

—¿Más? —pregunta, enrollando el cuero alrededor de mis manos—. ¿Quieres más, Beau?

Me baja las bragas de golpe, me mete la mano entre los muslos y me acaricia con ternura. No es una señal de lo que está por llegar. Cierro los ojos, apoyo la mejilla en la frialdad del cristal y dejo que mi cuerpo se ablande, se empape de las sensaciones que genera él al jugar, al estimularme y acariciarme. Lo he echado de menos; le he echado de menos.

Me rodea el cuello con la mano, pega la parte delantera de su cuerpo a la parte trasera del mío, y su incipiente barba me rasca la mejilla. Yo me quedo en mi oscuridad y me limito a sentirle.

—Si quieres que pare, di mi nombre —murmura, lamiéndome la mejilla con su lengua en llamas.

—¿Qué nombre? —susurro—. ¿James? ¿Kellen? ¿El Enigma?

—¿Tú qué crees? —Tensa el nudo, probándolo. La fricción es instantánea y la muñeca en proceso de curación se sacude. Inspiro, absorbiendo el dolor—. No te pelees con las ataduras. —Es un mensaje. Lo oigo alto y claro.

—No lo haré —digo, retorciendo las manos, desesperada por rascarme la piel y conseguir ese ardor delicioso, el malestar o lo que sea que oculte el otro dolor. Estoy al principio de ese camino hacia la nada—. Te amo.

—No es el momento para eso, Beau —dice él con frialdad, y acto seguido arremete contra mí sin aviso ni el menor atisbo de piedad.

Chillo, abriendo los ojos de par en par, y pongo el cuerpo en tensión intentando contener esa invasión tan brutal. Se me va de inmediato la cabeza y su nombre, todos sus nombres se quedan colgando de la punta de mi lengua, a la espera de que los grite. Se me ocurre que eso es lo que desea; su nombre... para que yo ponga punto final a esto.

La idea hace que eleve el culo contra él, incitándolo más. James gime, sujeta la ligadura de mis muñecas con una mano y coloca la otra sobre mi cadera.

—Joder, Beau... —susurra.

No quiere disfrutarlo. No quiere que yo lo disfrute.

Me rechinan los dientes, hago rotar las caderas y las flexiono, haciendo que salga de mí antes de embestir hacia atrás otra vez y absorber el golpe. Necesito su poder, su fuerza, para hacerlo. Necesito el dolor, el ardor, el malestar profundo e incómodo.

—Más —siseo, despegando la mejilla húmeda del cristal y separando mejor las piernas—. Dame más.

—No —dice él con un grito ahogado, temblando a mi espalda.

—¡Sí! —Me vuelvo a abalanzar contra él, gritando en el cristal y empañándolo por completo.

—Maldita seas, Beau.

—Más —le incito—. Más. —Otro golpe desesperado—. Más, James.

—¡Joder! —ruge antes de aplastarme contra la ventana y de que sus caderas comiencen a moverse como pistones, hacia atrás y hacia delante, de manera salvaje—. ¿Quieres más? —grita, empotrándome con una fuerza brutal, con un ritmo inconcebible. Estoy indefensa y es exactamente lo que necesito sentir, porque esa indefensión se debe a los motivos correctos.

—Más —exhalo con calma, con el cuerpo fuera de control, sacudiéndose, estrellándose contra el cristal, con mis entrañas hechas un caos, pero la mente increíblemente tranquila. Cierro los ojos y me alejo flotando mientras James arremete contra mí como un animal rabioso, con gritos de lo más primitivos y una mezcla de placer y desdén—. Más —susurro, dejando que el éxtasis me atrape entre sus garras curadoras y me satisfaga—. Más.

No me duele la fuerza con la que pego la mejilla al cristal. No me duele la zona en la que

recibí el disparo. No me duele la muñeca. No me duele el útero vacío. No me duele el corazón. El brazo de la cicatriz, siempre ardiente, me quema por otro motivo, junto con el resto de las moléculas de mi cuerpo, mientras acepto el castigo que me ofrece James. Abro los ojos con dificultad y miro la habitación, la mesa llena de armas, y sonrío porque ninguna de ellas es tan letal como el hombre que en este momento me está follando como un animal.

El apasionado grito con el que se libera se ve amortiguado mientras noto su corrida llenarme con un calor abrasador. Exhalo y contengo el aliento, preparada para aferrarme a mi orgasmo y permitir que me destruya. Pero, antes de poder hacerlo, él sale, se deja caer de rodillas y hunde la cara entre mis piernas.

—Mierda —digo, tragando saliva.

La sensación de su boca al abarcarme hace que me tiemblen las rodillas. Me peleo con las ataduras, mi respiración se vuelve frenética y mis pechos se deslizan sobre el cristal. El placer me golpea como una bola de demolición, me atraviesa sin la menor compasión y hace que me desplome contra la ventana.

—Más —murmuro, mareada por las sensaciones que me provoca el frenesí de su lengua al lamerme con gula. Pero es demasiado, tengo los nervios destrozados e hipersensibles—. James... —murmuro, con la voz quebrada—. James, para.

Pero él continúa, hambriento y trastornado.

—¡James! —grito, retorciéndome, forcejeando contra el cuero que me mantiene atada—. ¡Kellen, para!

Pero no lo hace. Entonces me doy cuenta.

—¡Enigma! —grito, y me libera inmediatamente de esa tortura, me sujeta de las caderas y evita que me desplome contra el suelo.

Los dos estamos sin aliento, nuestros cuerpos se sacuden sin control, y me duele. Sin embargo, mi mente... está limpia. Es una solución temporal, lo sabemos los dos, pero por el momento es una solución.

Enigma. Un recordatorio de que, en realidad, sigue siendo el hombre que conocí.

—Te amo —susurra James con voz ronca antes de desatarme y desplazarse para pegar la espalda al cristal.

Y ahí está esa nueva faceta suya. La faceta dulce.

Tira de mí y hace que me suba a su regazo.

—Con todo mi ser, Beau, te amo, joder. —Me obliga a mirarle y me deshago por dentro al ver su angustia—. Rota, curada, feliz, triste, te amo. Hagas lo que hagas, recuérdalo.

Asiento lo mejor que puedo entre sus manos y deslizo la mía por su pecho resbaladizo, la sigo con la mirada, incapaz de aguantar sus ojos cuando están tan desesperados.

—Tengo que ser más fuerte por ti. Como Rose.

—Ella ha dispuesto de mucho más tiempo para curarse, Beau.

—Ya lo sé. Aun así tengo la sensación de que la he hecho retroceder unos años. —Levanto la

vista hacia él—. Sigue siendo fuerte.

James sonríe, como si se me estuviera escapando algo, y eso me lleva a preguntarme si sabe algo que yo ignoro. ¿Le cuenta Danny ese tipo de cosas? ¿Estoy viendo solo la fachada de la reina guerrera?

—Mi padre ha vuelto a llamar. —Poso la sien sobre su pectoral y dejo que me sostenga—. Me ha ofrecido un piso en el nuevo edificio de apartamentos que está construyendo.

—Un detalle por su parte. —James está cargado de hostilidad—. Ni siquiera sabe quién soy e intenta apartarte de mí por todos los medios. Imagínate si descubriera que me gano la vida asesinando a la gente.

Sonrío ante esa broma tan fuera de lugar y le doy un toque con el hombro.

—Si voy a tener que soportar a mi padre, tú tendrás que soportarlo conmigo. —Noto que el cuerpo de James se tensa debajo del mío y me aparto para evaluar su expresión, que está a medio camino entre la sonrisa y la mueca. Aprieto los labios para no sonreír yo también—. ¿Qué pasó entre vosotros dos cuando yo estaba en el hospital?

—Ya sabes lo que pasó. Tu ex hizo unos comentarios negligentes y ahora tu padre cree que te maltrato con algo más que las ataduras y la polla.

Me río por lo bajo con otra nueva broma fuera de lugar. Vi la reacción de James ante esos comentarios negligentes y no me hizo ninguna gracia.

—No cuando me rompí el brazo. Me refiero a cuando estaba inconsciente.

Cuando me dispararon, cuando perdí a nuestro bebé, pienso.

—No pasó nada. —Aparta la mirada y eso hace que dude de él—. Se presentó, fuimos civilizados y se largó.

No vi a James mientras estaba inconsciente, pero no me lo imagino mostrándose civilizado con nadie.

—Necesito que le sigas la corriente.

—Lo haré. —Me da un beso casto en la frente—. Cuando pueda canalizar mis energías hacia ese tema, lo haré, desde luego.

Me pone la mano en el muslo y lo frota, como para asegurarme que me está diciendo la verdad y solo la verdad. No puedo protestar. Decir que en este momento James tiene un montón de cosas en la cabeza sería quedarse muy, muy corto.

—Hasta entonces, deberías comenzar a tender puentes con él. Que yo me presente a vuestra primera cena juntos le sentará tan bien como una patada en los huevos.

Suelto una carcajada, a consecuencia de la cual siento el tirón de todos los músculos que poseo. Pese a ello llego a vislumbrar su sonrisa satisfecha antes de que mi cuerpo se quede inerte y yo caiga contra su pecho.

—Lo ha sugerido, en realidad. Quería venir a visitarnos.

Se tensa.

—No te preocupes. Se lo he quitado de la cabeza.

Se relaja.

A continuación, James me deja tranquila un rato, cómoda, saciada, permitiendo que me recupere de las secuelas de la carcajada mientras me acaricia el interior del muslo.

—Beau... —dice al cabo de un momento, sacando la mano de entre mis piernas y girándola delante de mis ojos para que le vea la palma.

Está cubierta de sangre.

—Nena, estás sangrando.

Se dispone a moverse y yo me quedo como un peso muerto, cogiéndole la mano y sujetándosela para que deje de temblar.

—Es el período —digo en voz baja—. Es el período.

Parpadeo para escapar a la visión borrosa y me acurruco con más fuerza contra su pecho, sintiendo cómo sus brazos me estrechan con fuerza y cómo posa la boca sobre mi coronilla.

Es la primera regla que me viene desde que perdimos al bebé, otro recordatorio de que me he quedado vacía.

Capítulo 9

DANNY

Estoy parado en la orilla desierta, con los pies a apenas unos centímetros de distancia del agua, admirando la cala. Volví a Miami hace dos semanas y sigo respirando. También sigo casado, lo cual es otro logro si tenemos en cuenta cómo se están desarrollando las cosas; es decir, con lentitud. Le aseguré a Rose que arreglaría esto con rapidez y que saldríamos de aquí antes de que se diera cuenta siquiera. En cambio, la verdad es que desde que acepté volver a Miami supe que no habría vuelta atrás, no a menos que matemos a todos nuestros enemigos. Sin embargo, con cada uno que matamos nace otro. Ya casi estoy en paz con esa idea.

Por eso he venido a Byron's Reach, para no dejar ningún cabo suelto, contemplando nuestros planes para entrar en un territorio que no anticipé cuando conocí a James. Además, no ha habido noticias del Oso. Ningún movimiento por su parte, y solo puedo suponer que está dejando que se calmen las aguas después de cargarse al Enigma..., o al menos eso es lo que él cree. Pensaba que me había jugado el pellejo en mi día, pero James está dejando mis intentos por esquivar la muerte al nivel del betún.

A lo lejos, al otro lado del agua, donde estaba el astillero Winstable, hay una obra en construcción. Las grúas y los andamios dominan el espacio desde el que solía trabajar. Me acuerdo de papá. Lo veo allí, paseándose por el terreno abandonado que en su momento había estado vacío. Veo la cabaña desmesurada que construyó cuando yo tenía quince años, las motos de agua, los buenos tiempos..., las armas.

Aún no le he contado a mi esposa que estamos a punto de comprar este terreno, ni tampoco le he hablado de nuestros planes para recuperar Miami. Tomo más precauciones con ella —por su reacción y posible venganza— que con el asesino de masas que me está persiguiendo.

Oigo el rugido de un viejo todoterreno que se pone en marcha.

—¿Qué te ha parecido? —pregunta Brad, parándose a mi lado.

—Bueno, pega con este lugar. —El muchacho, Leon, es todo rizos rubios, pañoletas, bañadores y porros. También es listo, eso ha quedado claro bastante rápido.

Brad asiente con la cabeza.

—¿Y esto? —pregunta, haciendo un gesto a todo lo que nos rodea.

—Es perfecto.

Y por ese motivo exacto intentamos comprarlo hace tres años. Byron's Reach es un lugar excelente para introducir cualquier cosa ilegal por mar en el país: está aislado y tiene un acceso

inigualable. Si no lo supiera, me preguntaría por qué coño no se lo ha quedado ningún rival. Concretamente, el Oso, que trafica con drogas, mujeres y armas (o al menos sus secuaces lo hacen). Aunque creo que sé el motivo: después de la masacre que dejamos aquí hace tres años, cuando les vendí mi alma a los rusos y estos me traicionaron, hay un estigma comprensible ligado a esta zona. Hace pocos meses sacaron el último cuerpo del agua y estaba inidentificable. Los criminales saben que este lugar estuvo en el radar del FBI y sé que debería evitarlo como la peste. Debería, pero no lo haré.

El equipo legal que gestiona el fideicomiso del chico de los Jepson se tiró sobre la oferta de James para alquilar el terreno. Ahora está en negociaciones para comprarlo.

Sonrío, dirijo la mirada hacia el otro lado del mar en calma y me quito las gafas de sol para sentir en toda su intensidad el sol que se refleja sobre la superficie. Dentro de nada habrá motos de agua volando sobre el agua, una cabaña llena de actividad y un arsenal con el que se podría iniciar una guerra mundial.

Echo la vista hacia lo que fue un agujero inmenso en el suelo; está cobrando la forma de un refugio muy útil y necesario o de un depósito de armas.

—¿Vamos por buen camino? —le pregunto a Brad, contemplando el cableado y las tuberías.

Para sorpresa de nadie, Chaka ha cumplido por su parte y el cargamento llegará este fin de semana.

—Antes de lo previsto, ya estará acabado mañana.

—Impresionante.

—Ha costado lo suyo.

—Pero será más barato que perder, ¿verdad?

Un ejército de hombres ha estado trabajando de noche y los frutos de su labor saltan a la vista. La cabaña desmesurada, una copia de la que papá construyó en la otra orilla pero el doble de grande, preside el lugar, y el muelle está acabado. Papá tardó dos meses en construir Winstable, nosotros habremos completado Byron’s Reach en dos semanas. Ha sido difícil, pero resultaba primordial, y no solo porque estemos a punto de recibir suministros, tanto de los de tipo legal como ilegal; el refugio tiene que quedar oculto antes de que llegue alguna visita inesperada, concretamente, la del Departamento de Policía de Miami o el FBI. Me he pasado más de dos semanas pasando desapercibido, dejando que los murmullos sobre mi resurgimiento fueran apenas rumores. Es solo una cuestión de tiempo que la policía se entere. Hablando de lo cual...

—¿Qué se cuenta nuestro amigo Spittle? —Vuelvo a ponerme las gafas de sol y me giro para pasearme por el lugar con Brad a mi lado—. ¿Sigue manteniendo la polla intacta?

—Len está encima de él las veinticuatro horas. Ha puesto la casa en venta y su esposa está en contacto con un agente inmobiliario de la Costa Oeste. Parece que lo hemos obligado a mudarse.

Saco un cigarrillo y le ofrezco otro a Brad. Él sacude la mano para rechazarlo.

—Tienes que dejarlo.

Lo enciendo y le doy una calada tan larga como necesaria.

—Para ser un hombre que odia decir obviedades, lo haces muy a menudo, joder.

—Vete a la mierda —murmura, y me río antes de sacarme una brizna de tabaco de la punta de la lengua—. ¿Cómo está Rose? —Se esfuerza por tocarme las narices de manera descarada.

—Rose es Rose.

Gloriosa. Frágil pero dura, todo a la vez.

—¿Le has hablado ya de este lugar?

—Está distraída.

—La boda —suspira, mostrando de nuevo su desaprobación—. Es una mala idea.

—Tenía que ofrecerle algo, Brad. Además, mientras esté hasta arriba con la logística, no me estará criticando. ¿Cómo va el Hiato? —le pregunto, cambiando de tema después de que Brad haya vuelto a señalar algo evidente de cojones. ¡Pues claro que la boda es una mala idea! Pero no pude negársela. Dar y recibir, y todas esas gilipolleces—. Un nombre muy irónico para un club, por cierto. Sobre todo para el tuyo.

Él se ríe a la vez que pone los ojos en blanco.

—Como la seda. Sin tiroteos ni enemigos, por ahora.

—¿Lo tienes todo controlado? —le pregunto, demostrando una preocupación que los dos reconocemos como rara.

Fue una cuestión de pura suerte que Brad esquivara la bala de Spittle, ni más ni menos, y nosotros no dependemos de la suerte.

—Como un puto halcón, tío. —Extiende la mano—. Dame uno de esos cigarrillos.

Sonrío y se los paso, y veo que soslayo que James está aparcando el coche. Brad se gira mientras lo enciende y exhala un suspiro de satisfacción.

—Estoy rodeado de muertos vivientes.

—¿Te sientes excluido? —le pregunto con una sonrisa—. Porque puedo solucionarlo.

Él se ríe.

—No hay muchas cosas garantizadas en esta vida, Danny, pero te aseguro que nunca me matarías. Tu esposa, en cambio, eso ya es otra cosa. Se va a poner en modo demoníaco cuando se entere de este lugar. —Le da otra calada al cigarrillo, como si el subidón de nicotina pudiera aplacar los nervios que esa idea conjura—. Y tengo que remarcarte que el motivo por el que él y tú —hace un gesto hacia James, que se nos acerca— sois muertos vivientes es que habéis pillado cacho.

—Si Rose oye que hablas de ella de esa manera, sin duda te matará. Vigila lo que dices.

—¿A quién va a matar Rose? —pregunta James; es evidente que ha oído el final de nuestra conversación.

—A este valiente hijo de puta. —Señalo con el cigarrillo a Brad antes de dedicarle mi atención a James—. ¿De qué te has enterado?

—Sé que nadie ha salido al mercado en busca de un nuevo proveedor de armamento. —James saca el móvil y frunce el ceño al ver la pantalla.

—¿Qué pasa? —le pregunto.

—Problemas de mujeres —murmura y Brad suelta una risita, con lo que se gana una mirada de reprobación por parte de los dos—. ¿Quieres añadirme a la lista de personas que van a matarte?

—Hostia puta —susurra Brad—, hoy estáis irascibles, ¿eh? Entonces, ¿nadie está buscando un nuevo proveedor?

—Ni para armas, ni para drogas, ni para mujeres. —James me dirige una mirada y yo hago una mueca para mí mismo.

Parece que el Oso tiene cubiertas todas las áreas de la actividad criminal.

—¿Y cómo te has enterado de eso?

—Por Vince Roake.

—¿Vince Roake? —pregunta Brad mientras frunzo el ceño, porque el nombre me suena.

Y entonces me viene a la cabeza.

—¿Al que llaman el Caimán?

—Ese mismo. Comenzó siendo un criminal de poca monta. —Una oleada de malicia atraviesa los ojos azules de James—. Jaz Hayley lo arrestó antes de que yo pudiera asesinarle. Lleva en prisión preventiva desde entonces.

—Ah, el juez muerto... —dice Brad, y acto seguido frunce el ceño—. ¿Por qué le llaman el Caimán?

—Porque le daba por morder.

—¿Qué pasa con todos estos putos nombres de animales? —pregunto—. Es como el decorado del puto Barrio Sésamo. —¿Se creen animales? Me río entre dientes. Aún no me conocen.

James sonríe con suficiencia y Brad se pone a toser en medio de una carcajada.

—Entonces, Vince Roake se ha prestado a darte esta información, ¿no?

—No, su lugarteniente.

—¿Y por qué habría de hacer eso?

James levanta el brazo, todo caballeroso, con una sonrisa enferma.

—Después de ustedes, caballeros —dice con calma, y le echo un vistazo mientras sigo sus indicaciones y me dirijo hacia el Range Rover.

El maletero comienza a abrirse antes de que lleguemos a él y rodeo el coche mientras me acabo el cigarrillo y lo lanzo lejos. Llegamos a la parte trasera del vehículo de James y retrocedo ante lo que veo.

—Eres un hijo de puta enfermo —susurra Brad, quitándome las palabras de la boca, mientras asimilamos la escena y James se apoya despreocupado sobre el lateral del coche.

Ladeo la cabeza, asintiendo, para contar el número de partes que le faltan a ese cuerpo: no tiene dedos, no tiene orejas y le falta la mitad de la nariz.

—Qué bonito —digo, pensativo.

James viene junto a nosotros, se inclina hacia el coche y le quita la venda al hombre. Este

apenas respira, pero los ojos le funcionan y se le abren mucho al encontrarse con mi imponente presencia.

—Hola —digo con alegría, subiéndome las gafas sobre la frente—. ¿Has perdido algo?

El hombre farfulla un montón de cosas, a saber qué, mientras le brota sangre de la boca. No tiene lengua. Miro a James.

—Bueno, ahora no puede hablar, ¿verdad? —Y tampoco es que vaya a durar mucho más, joder.

James lo coge por una pierna y lo saca del Range Rover. El cuerpo golpea contra la gravilla con un ruido sordo.

—No tiene nada más que contar. —James coge un hacha del coche y la balancea con gesto despreocupado encima del tipo medio muerto—. ¿O sí?

Un gemido va seguido de un chillido débil.

—Creo que es un no —bromea Brad, que tira el cigarrillo encima del hombre antes de meterse las manos en los bolsillos.

—Yo también lo he pillado —dice James, fresco como una rosa mientras levanta el hacha y la deja caer para cortarle el brazo derecho al tipo.

Hago una mueca y retrocedo un paso, pero Brad se ve forzado a dar un salto para que el chorro de sangre no le salpique.

—Hostia puta, James... —murmura, frotándose la americana—. Que es un traje hecho a medida...

—¿Qué me he perdido?

Ringo se planta entre Brad y yo, y contempla la escena. Su fea cara se retuerce aún más y arruga la nariz. Entonces aparece Otto, que da una vuelta alrededor del cuerpo como si fuera un buitre.

James se sitúa encima del tipo, preparado para el siguiente golpe.

—¿Cómo me llamo? —dice, agachándose un poco para entrar en el campo de una visión sin duda borrosa—. Dime mi nombre.

Pese a que farfulla, capto el final sin problemas y lo descifro: «... ma». El Enigma.

—¿Es lo que le dices a Beau cuando te la follas? —pregunta Brad mientras James levanta los brazos, preparado para el siguiente golpe.

—Tú vas después, Brad —gruñe James y yo suelto una risa por lo bajo con Ringo, Otto y el propio Brad. Sin embargo, todos nos callamos y nos encogemos cuando el hacha cae de nuevo y se lleva el brazo izquierdo del tipo. James exhala y levanta la vista para mirarnos—. No hagáis que me ponga en plan psicópata —dice, dirigiéndose a las piernas del hombre.

—¿Es que acaso no lo eres? —suelta Brad, agitando una mano como loco en dirección al cuerpo mutilado que tenemos delante—. Por cierto, creo que está muerto.

Ya no hay sonidos, aunque sí un montón de espasmos. El cuerpo del tipo se sacude sobre las piedras polvorientas.

—Sí... —añade Ringo, aún con cara de asco—. Sin duda está tan muerto como el dodo.

Aun así, James no ha acabado y nos quedamos ahí, callados, mientras procede a cortarle las piernas y lo único que queda para ver es su torso. Parece uno de esos muñecos extraños con los que la gente practica la reanimación cardiopulmonar, aunque mucho más castigado. Al acabar, James se aparta y se limpia las manos dando palmas.

—Se te ha olvidado la cabeza —bromea Otto, y James se saca al instante la pistola de la parte trasera de los tejanos, apunta y dispara, con lo que el cerebro del tipo se esparce por una amplia zona. Todos saltamos hacia atrás de nuevo, alejándonos de la línea de fuego, de sangre y de higadillos.

—¿Cómo llamaban a este? —pregunto, frunciendo el ceño mientras me miro la manga de la camisa y me saco con el dedo lo que supongo que es un trozo de tejido cerebral—. ¿El Gusano? ¿El Medusa?

—Este era un pájaro de cuidado... —contesta James, con rapidez y frialdad, y yo le miro a los ojos, igual que el resto. James se encoge de hombros.

¿Me está tomando el puto pelo?

—De verdad. —Señala los restos con el hacha—. Le llamaban el Pájaro.

Nos miramos los unos a los otros, aturdidos, y acto seguido echamos a reír a carcajadas, de las que te provocan calambres en el vientre, de las incontrolables que te llevan a doblarte de manera delirante, con los ojos llorosos, mientras el cuerpo se sacude.

—Si me dices que hay uno llamado el Ornitorrinco, me bajo del mundo —digo con una risita, esforzándome por recuperar el aliento—. Deshaceos de él.

—Mierda —susurra Brad y me vuelvo hacia él. Parece afligido y confundido, y eso me sorprende.

—¿Qué? —Sigo su mirada hasta que encuentro el origen de su expresión de inquietud—. Vaya, mierda —repito, viendo con el rabillo del ojo que todos los hombres retroceden para situarse detrás de mí y estar fuera de tiro.

Me han pillado. Mierda, pensaba que hoy tenía que probarse el vestido.

—Hola, nena.

Le dedico una sonrisa cursi y me sitúo delante del cadáver como si pudiera escondérselo. No porque vaya a cabrearse, sino porque, sinceramente, le provocará pesadillas. Mi esposa me ha visto matar a muchos hombres. Me vio decapitar al hijo de puta rumano que la compró y traficó con ella durante años y me vio cortarle la lengua al primo de mi padre y hacer que se la comiera cuando descubrí que era el hombre que le había robado a su bebé para venderlo. Ha visto cosas bastante inquietantes, pero eso fue hace años y no quiero que se acostumbre a esas mierdas.

—Hola —dice ella despacio, paseando una mirada escrutadora por los hombres y el lugar en el que estamos.

Me preparo para la explosión. No sé cómo ha venido ni cómo ha sabido que estaba aquí, pero lo averiguaré cuando me haya ocupado primero de esta inesperada situación..., si salgo vivo de

aquí.

Señalo el cuerpo desmembrado.

—No he sido yo. Yo no lo he hecho.

Ella inclina la cabeza, levanta las cejas y aprieta los labios.

—A mí me parece el típico crimen del asesino de la cara de ángel.

—Ha sido James. —Le apunto con el brazo, arrojándole a los leones sin la menor vacilación ni vergüenza.

—¿Dónde está Beau? —pregunta él adelantándose, en tensión.

—En el coche. —Rose me mantiene en mi sitio con sus ojos de color azul ardiente mientras James tira el hacha y se aleja—. ¿Quién es? —pregunta, levantando la mano de forma inerte para señalar lo que queda de la última presa de James.

—Un Pájaro —contesto sin pensar, y a mi espalda suenan unas risas.

No. Joder, no, no os riais.

Se me inflan las mejillas y me esfuerzo de cojones por cerrar todos los orificios que podrían traicionarme. Los cabezahuecas que tengo detrás no me ayudan: oigo de fondo sus resoplidos y sus risitas nerviosas. Quieren morir, todos ellos.

Esto no va bien. Pierdo la batalla y me doblo por la cintura, tengo que apoyar las manos sobre las rodillas para mantenerme en pie. No me había reído así desde que dejamos Santa Lucía y nuestra vida pasó a toda velocidad de la sencillez y la ausencia de complicaciones a la seriedad y, francamente, a ser agobiante de la hostia. Necesito este alivio. Rose, en cambio, parece necesitar darme un puñetazo en la cara.

—¿Has acabado? —pregunta, en pose amenazadora.

Me concentro en recobrar la compostura como si me fuera la vida en ello, porque es probable que así sea.

—He acabado. —Volvamos a las cuestiones serias. Levanto una mano para indicarles a todos que se vayan a la mierda y me dejen solo para lidiar con esto—. ¿Qué haces aquí, Rose?

—¿Yo? —Me mira como si me hubieran salido cuernos—. ¿Qué haces tú aquí? —Abarca el lugar con un movimiento del brazo: las excavadoras, las grúas y las montañas de material. Sabe lo que está pasando.

—No —digo con firmeza, y ella retrocede, indignada—. Me lo vas a explicar. ¿Cómo has llegado hasta aquí?

—He venido en coche.

—¿Le has dado esquinazo a Goldie?

—Nadie le da esquinazo a Goldie.

Oh, por el amor de Dios.

—La has retenido a punta de pistola, ¿verdad? —Aprieto los labios, molesto—. Te di el arma para que pudieras protegerte, no para que la esgrimas ante mi equipo cuando te venga en gana.

No es la primera vez que pasa, pero será la última. Avanzo, furioso, y le quito el bolso del

hombro para rebuscar en su interior.

—¿Dónde está? —pregunto, levantando la mirada en busca de una respuesta.

No la necesito. La tengo delante de las narices. Mi mirada sube por el cañón hasta su mano, recorre su brazo, atraviesa su hombro, su cara, y llega a sus ojos. Ese brillo maligno es la satisfacción personificada.

—¿Qué haces aquí? —pregunta con calma, apuntándome con el arma.

Me muevo con rapidez, dejo caer el bolso y cojo la pistola, giro sobre mí mismo para que ella caiga sobre mi pecho. Le sujeto los brazos y le aprieto la mano hasta que suelta el arma. Podría habérsela pedido y me la habría dado, pero ¿qué gracia hubiera tenido eso?

Con la boca pegada a su oído, le gruño:

—¿Cómo has sabido dónde estoy? —Esta mujer me saca de quicio.

—Te he seguido.

—¿Qué? —No me gusta para nada su tono petulante. ¿Me ha seguido?

—Anoche, mientras dormías, compartí la localización de tu móvil con el mío.

—¿Que hiciste qué?

—Ya lo has oído. Sabía que estabas tramando algo, Black.

La suelto y hago que se gire para encararme. Se me está acabando la paciencia.

—Me prometiste que actuarías con inteligencia. —Salir de la mansión sin protección no es inteligente—. Estoy jodidamente furioso, Rose.

—Y tú me prometiste que te pondrías chaleco antibalas. —Me coge la camisa y me la abre para revelar...

Un chaleco antibalas. No es el mejor del mercado, pero tendrá que servir hasta que Chaka haga la entrega.

Rose emite un grito ahogado, retrocede y yo ladeo la cabeza con expresión expectante, diciéndole con los ojos que más vale que se disculpe ya mismo antes de que la estrangule, joder.

Levanta la vista hacia mí. Le tiemblan los labios.

—Me has hecho caso.

—Pues claro que te he hecho caso, hostia.

Soy un hombre valiente, pero a veces mi esposa me aterroriza de verdad. No porque me horrorice la posibilidad de que acabe conmigo, de que me pegue un puñetazo o pueda hacerme trizas, sino de que me abandone. La cojo por el cuello y la atraigo hacia mí.

—No te tomes esto como una amnistía. Sigo furioso de la hostia, Rose.

—Yo también. ¿Por qué estás aquí, Danny?

—Estoy recreando lo que construyó papá.

No intento engatusarla. Tiene que saberlo y, con suerte, no tardará en comprender, sin necesidad de que yo se lo diga, que, con cada día que pasa, parece menos probable que podamos irnos de Miami lo antes posible.

Se aparta y yo me apresuro a recomponer mi expresión torcida. En momentos como este me

gustaría saber jugar a las cartas, así quizás habría practicado una buena cara de póquer.

—¿El astillero?

Asiento con la cabeza.

—¿Las motos de agua?

Asiento otra vez. Ella ladea la cabeza.

—¿El tráfico?

Aprieto los labios. Es la única respuesta que necesita pero, para mi sorpresa, no pierde los estribos.

—Me dijiste que estaríamos aquí solo por un tiempo.

—No se puede luchar en una guerra sin armas, Rose. No sé cómo saldrá esto. Creen que James ha muerto y Miami se ha quedado callada.

—Entonces vayámonos —me suplica. Cierra los puños en mi camisa y tira para que acerque mi cara a la suya—. Volvamos a Santa Lucía. Beau y James, tú y yo. Es bueno que crean que James ha muerto, ¿no?

Despegando sus dedos engarfiados, le aparto las manos de la camisa y le dirijo una pequeña sonrisa. Rose está pasando mucho tiempo con Beau. Hemos compartido algunas cenas en pareja durante estas semanas, intentando que las cosas fueran más o menos normales para las mujeres. Rose sabe que irnos de Miami sin acabar con la raíz de los problemas de James y de Beau no es una opción. Además, ¿se le ha olvidado que el Oso sabe que estoy vivo? Se está agarrando a un clavo ardiendo.

—Escúchame —le ordeno, cogiéndola por la nuca y alejándola del cadáver—. ¿Recuerdas lo mucho que te gustó el astillero?

—No intentes convencerme de que estás haciendo esto por mí —murmura.

—No iba a hacerlo. —Nos detenemos en la orilla y señalo hacia el agua—. Nos dimos nuestro primer beso de verdad en algún lugar de ahí.

—Y no intentes ponerte romántico. También es el lugar donde tu moto de agua explotó poco después.

—Qué buenos tiempos, ¿eh?

Le cojo la mano, me llevo sus anillos a los labios y se los beso sin dejar de mirarla a los ojos. Se está ablandando, puedo verlo más allá del intenso color azul.

—¿No crees que a Daniel le encantaría este sitio?

Ella echa una ojeada a la obra de James.

—Claro —dice, irónica de la hostia—. Me muero de ganas de mostrárselo.

—Entonces hablemos con él por FaceTime. —Le cojo el bolso, saco el móvil y se lo doy—. Llevas semanas evitando contarle que hemos vuelto, soltándole el rollo de que se te ha roto la cámara del móvil para no tener que llamarle por FaceTime. —Sé que esperaba no tener que decírselo y que yo me ocuparía de la cuestión y estaríamos de vuelta en Santa Lucía antes de que Daniel tuviera que enterarse de que habíamos vuelto aquí—. No regresaremos a casa en un

futuro próximo, nena. —Lo detesto, pero estoy encauzando sus expectativas—. Daniel está a menos de quince kilómetros de distancia, puedes beneficiarte al máximo.

Será otra distracción para ella. Las estoy aprovechando todas, porque de verdad que no quiero que se preocupe ni que se estrese.

Ella deja caer sus delicados hombros, levanta la mano para aceptar el teléfono y a la vez acepta que tengo razón. Es una actitud que le sigue sentando de fábula. Marca el número y se dirige hacia una roca cercana, donde se sienta y sostiene el móvil en alto mientras se saca una sonrisa de la chistera.

—¡Hola! —dice con voz cantarina, y no tarda en dejar de forzar esa felicidad. Tengo que regresar al lugar de su corazón en el que reside Daniel, un lugar reservado en exclusiva para las sonrisas verdaderas y la felicidad genuina. Lo único que llega a dolerme de verdad es la tristeza de Rose.

—¿Dónde estás? —pregunta él de inmediato, evaluando de manera evidente el fondo de la imagen.

—Estoy en Miami.

—¿Qué?

—Nos hemos tomado unas vacaciones. Hemos pensado que podíamos venir nosotros a visitarte por una vez.

—¿El señor está aquí?

—Sí, está aquí. —Rose levanta el brazo, fuera del campo de visión de la cámara, y me hace señas frenética para que me acerque porque no puede girar el móvil. Me abrocho la camisa lo mejor que puedo, me acerco y me siento en la roca, a su lado.

—Hola, chaval.

—Hola, señor.

Su sonrisa es el sumun de la vida al ciento por ciento. Cada vez que veo a este niño encuentro todas las cualidades que amo en su madre: la ternura, una belleza mortal, la aceptación, un corazón inmenso y una resiliencia extraordinaria. Porque este chaval ha vivido un bombazo y lo lleva encima con naturalidad. No le ha mostrado a Rose más que amor y aprobación. Verle también me entristece, porque me recuerda que nunca podré darle hijos a su madre, no podré darle un embarazo sin miedo ni desesperación. Un bebé, un niño pequeño, un preescolar; se ha perdido todo eso.

De repente Daniel hace una mueca y eso hace que Rose le pregunte.

—¿Qué pasa? ¿Encontraste al hámster?

—No. Y además no me dejan ir a clases de moto de agua —dice, con total solemnidad.

Resoplo. ¿Quién ha dicho eso? ¿La pareja que le compró en el mercado negro?

—Tengo una sorpresa para ti —digo, levantándome las gafas.

—¿Qué es? Dime...

El chico parece que se vaya a mear en los calzoncillos de la emoción en cualquier momento, y

Rose me dirige una mirada escéptica que ignoro porque me está sonando el móvil en el bolsillo.

—Te lo mostraré cuando vengas de visita. —Me pongo en pie, le doy un beso a Rose en la cabeza y saco el móvil—. Tengo que contestar. Nos vemos, chaval.

—¿Cuándo?

—Que lo gestione mamá. —Me alejo y cojo la llamada de Esther—. Está aquí —le digo de inmediato, consciente de que estará preocupada.

—Por el amor de Dios... —susurra mi madre, nerviosa—. ¿Es que esa mujer desea que la maten? Goldie se ha puesto como una moto.

—¿Dónde está?

—Supongo que va disparada hacia ti. —En cuanto deja de hablar, oigo el chirrido innegablemente furioso de unos neumáticos que derrapan por el camino.

—Ya ha llegado. Gracias, mamá. —Cuelgo y miro a Rose, que está despidiéndose de Daniel y corta la llamada—. Te has metido en un buen lío —le digo, negando con la cabeza.

—Sálvame —dice, cantarina, llevándose el dorso de la mano a la frente como si fuera una damisela perversa en peligro.

Sonrío, pero me aseguraré de que la sonrisa haya desaparecido cuando encare a Goldie, a quien oigo acercarse a mi espalda. Cuando me giro, su dedo acusador está a punto de sacarme un ojo.

—No vuelvas a pedirme que las vigile —dice furiosa, con las fosas nasales abiertas.

Cierro los ojos y me armo de paciencia. Soy consciente de lo jodidamente astuta que es mi mujer. El enfado de Goldie no es más que un recordatorio de las mierdas a las que debo enfrentarme como consecuencia de ello.

Giro la vista y encuentro al objeto de mis más profundos sentimientos y de mis más jodidas frustraciones mordiéndose el labio, nerviosa.

—¿Ves lo que has hecho?

—Ha sido por mi culpa —dice Beau en voz alta mientras se acerca con rapidez para sentarse al lado de Rose en la roca y pasarle un brazo protector por la cintura.

Menudas compinches, estas dos. Como uña y mugre. En este momento solo me siento ligeramente agradecido por su amistad, y eso que estoy seguro de que una viuda negra con síndrome premenstrual me está siseando.

James llega a mi lado y parece igual de feliz que Goldie.

—Nunca más —le gruñe a Beau—. ¿Entendido?

¿Se están aguantando la risa? Que Dios las ayude.

—Ven un momento —dice James, que aparta la mirada de advertencia de Beau y se aleja.

Yo le dirijo otra a Rose para indicarle que, si se mueve, le echaré a Goldie encima. Acto seguido sigo a James y, al pasar, le dedico a Goldie una mirada de disculpa; no está feliz y no la culpo por ello.

—Ya era bastante malo cuando solo había una —gruñe Goldie, regresando al coche.

¿Por qué no me sorprende que Beau le provocara también problemas? Le pediría perdón, pero lo más probable es que me pegara también un tiro por eso.

—¿Qué pasa? —pregunto, adaptándome al ritmo de James camino de la orilla.

Él se pasa la mano por el pelo, lo que demuestra un cierto nivel de estrés. Conozco a James desde hace poco, pero en este tiempo he deducido algunas cosas sobre las que no tengo la menor duda. Para comenzar, me cae bien y esto es una rareza. Ama con la misma ferocidad que yo. La paz de su mujer es su objetivo final. Caza a sus presas y les arranca una extremidad tras otra. También he descubierto que no muestra su nerviosismo: se largó del escenario de la destrucción de su piso impávido, así que lo que tiene en la cabeza, sea lo que sea, le pesa.

—Beau no deja de hablar de otra cosa. —Se vuelve hacia mí y les dirige una mirada a las chicas, que siguen sentadas en la roca, demasiado hermosas en medio de esta obra en construcción que es también un cementerio.

—Dexter —digo, demostrándole que lo he entendido—. ¿Qué necesitas que haga?

—Entrégame su cuerpo.

Le miro, aturdido. No sé qué esperaba, pero, desde luego, eso no. Pensaba que me diría que hablase con Rose, que le pidiera a ella que hable con Beau. No lo sé, pero que desentierre unos restos en descomposición...

—¿Lo dices en serio?

—Ella necesita pasar página y para eso necesito su cuerpo.

—Hostia puta —susurro, y le imito al pasarme la mano por el pelo. Menudo don—. Veré lo que puedo hacer. ¿Cómo está su tío? —El tipo prácticamente se ha montado un fuerte en su habitación desde que llegó a casa. El médico ha ido y venido y a medicación no ha dejado de entrar.

—No está bien. No soy su mayor fan, pero significa mucho para Beau, así que, si puedo solucionar esta mierda, lo haré.

Lleno las mejillas de aire y lo suelto mientras saco otra vez el paquete.

—Necesito un trago. —Le ofrezco un pitillo a James por si esta vez lo acepta; parece necesitarlo, pero sacude la cabeza y yo me pongo uno entre los labios—. Y es probable que los hombres también, después de tu pequeña recreación de *La matanza de Texas*. —Asiento en dirección al cuerpo—. El puto pájaro —murmuro, alejándome mientras enciendo el cigarrillo.

Llevo unas pocas semanas en Miami y vive el diablo que ya podría tomarme un respiro de esta ciudad.

James hace un gesto en dirección al refugio.

—¿Estás preparado para llevarme de visita?

Sonrío y le guío hacia lo que era un agujero inmenso en el suelo.

—Impermeable, ignífugo y a prueba de bombas —digo con orgullo mientras bajo la escalera seguido de James. Ya en la amplia habitación, en cuyas paredes se alinea un sistema de estanterías para almacenar el arsenal que nos ha enviado Chaka, señalo hacia lo alto de los

escalones—. Allí habrá una compuerta y el contenedor verde irá encima. Tendrá el mismo aspecto que cualquier otro contenedor del terreno.

Él asiente, observando el espacio.

—Tiene buena pinta.

Así es.

—¿Te vienes al Hiato? Quiero que conozcas a alguien. —Subimos de nuevo las escaleras mientras los hombres hacen descender el contenedor sobre el refugio con una grúa.

—¿A quién?

Me giro aunque sigo caminando de espaldas; me levanto las gafas y le dedico una sonrisa arrepentida.

—Tengo una audiencia privada con el alcalde de Miami.

Me muero de ganas de ver la cara de Perry Adams, joder. Me. Muero. De. Ganas. Supongo que se quedará entre turbado y petrificado.

El nuevo astillero está casi acabado. Las armas están al caer. Ha llegado la hora de que Miami se deje de susurros y comience a hablar.

El club está tranquilo, y ese es el único motivo por el que Rose está aquí. Incluso dejo que se siente a la barra y se tome una copa de vino (rodeada por mis hombres, claro, pero bueno, es algo relativamente normal a estas alturas). El barman, un tipo singular que tiene tatuado hasta el último centímetro de piel visible, incluyendo la cara, deja una botella de vino blanco en hielo delante de ella y le pasa una de Black Label por abrir a Brad.

—Ponlo en la cuenta —dice Brad, y le hace gestos a Nolan para que se acerque.

Este abandona a un grupo de matones trajeados y se acerca.

—¿Sí, jefe? —dice, tan dispuesto como siempre.

—Esos hombres... —Señala a los que forman un semicírculo alrededor de Rose junto a la barra—. Que no se muevan. ¿Las puertas están vigiladas?

—Vigiladas.

—¿El despacho está vigilado?

—Vigilado.

—Buen chico. —Brad le da una palmada en el hombro y señala con la botella hacia el otro extremo del club—. Estaremos en el despacho. Trae a nuestro invitado cuando llegue.

Brad se marcha y yo levanto la vista hacia el tipo que tengo delante y que me impide ver a Rose. Es un gigante, me saca al menos treinta centímetros de alto y es diez veces más ancho, barbudo, y lo más probable es que también lleve chaleco antibalas. No parecería fuera de lugar en el rodaje de la serie de TV *Vikingos*. Ladeo la cabeza, expectante, pero él no se mueve.

—¿Cómo te llamas? —le pregunto.

—Tanque.

Suelto una risa; tiene sentido.

—La mujer que tienes detrás es mi esposa. No dejes que nadie se acerque a ella.

—Estará a salvo, señor Black. —Agarra un lateral de la americana y lo abre para mostrarme una Glock.

Sonrío.

—Buen chico. —Saco un fajo de billetes y le meto uno en el bolsillo—. Es un puesto bien pagado, con grandes primas y ventajas cuando haces las cosas bien.

—¿Qué ventajas? —pregunta con un brillo sutil en los ojos.

—Que no te mueres.

Empalidece, aunque solo un poco.

—Comprendido.

—Bien. —Se mantiene inmóvil, como una presa que no va a romperse nunca—. Cuando digo que no dejes que se le acerque nadie, yo soy la excepción —digo, y él asiente con la cabeza antes de hacerse a un lado para dejarme pasar.

En cuanto ese corpachón queda fuera de mi camino, me encuentro a Rose sentada en un taburete alto, con una copa de vino en la mano, las piernas cruzadas y una expresión cómplice. No me entretengo en su mirada de curiosidad y me siento en el taburete contiguo.

—¿Disfrutando del vino? —le pregunto antes de cogerle la copa de la mano y beber un sorbo.

—Eso estaba haciendo, sí. —Recupera la copa—. ¿Dónde está Beau?

—James se la ha llevado de vuelta a casa para que el médico le eche un vistazo.

—¿Por qué? ¿Está bien?

—Está bien —le aseguro, y ahueco la mano sobre su mejilla porque tengo prisa por tranquilizarla—. Ayer se perdió la revisión de rutina porque os fuisteis a hacer compras para la boda. James la pasó para hoy y quería asegurarse de que ella se presentara.

Rose frunce los labios.

—Ha estado bien. Ya no hace tantos gestos de dolor, no se queda perdida en sus pensamientos tan a menudo.

Sonrío, me inclino hacia delante y la beso.

—Tú has ayudado.

Se encoge de hombros, indiferente.

—Me alegro de que nos llevemos bien. La cuestión es que quería hablar contigo sobre la boda.

La boda.

—¿Qué pasa? ¿Has cambiado de idea?

—No. —Me da un codazo, pero la inunda la tristeza—. ¿Quién me acompañará hasta el altar?

Me echo hacia atrás, sorprendido. Eso sí que no me lo esperaba.

—¿Quieres que te lleven hasta el altar?

—Es la tradición.

—No somos tradicionales —señalo.

La tradición es que el padre entregue a su hija a otro hombre, como si se tratara de un traspaso de propiedad.

—Irás tú sola hasta el altar. Ya no le perteneces a nadie, Rose. Esa es la puta cuestión. Ni siquiera a mí. —Me inclino y le doy un beso profundo, notando su sonrisa alrededor de mis labios—. Pero no te equivoques, nena. Ten por seguro que eres mía. —Le cojo la copa y la dejo sobre la barra antes de subirla a mi regazo y rodearla con los brazos—. ¿Te ha quedado claro? —pregunto contra su cuello, atacando su piel, besándola, chupándola y mordiéndola.

—Me ha quedado claro. —Se ríe y se retuerce, y como resultado mi polla queda anclada con firmeza contra su culo. Lanzo un gemido—. Tenemos que hablar de la despedida de soltera.

Me quedo paralizado. No tenemos que hacerlo, en absoluto. Me apresuro a abandonar el recodo de su cuello y vuelvo a dejarla sobre el taburete.

—Me necesitan.

Me levanto, le planto un beso apaciguador en la frente, aunque sé que no tendrá tal efecto, y me alejo antes de que pueda detenerme. Tanque se aparta, paso a su lado y se apresura a volver a su lugar como si fuera una puerta automática a prueba de balas.

Le hago un gesto de agradecimiento; es como si hubiera sabido que necesitaba huir con rapidez.

—¡Habrá despedida! —dice Rose en voz alta a mi espalda—. Así que más te vale encontrar la manera de que pueda hacerlo.

Tanque esboza una sonrisa y levanta las cejas. No sé qué es lo que le parece tan gracioso. En cuanto me confirmen que es buena gente, él también tendrá que lidiar con ella.

—¿Te puedo clonar? —le pregunto, evaluando a los demás hombres del semicírculo, consciente de que James opinará igual que yo. Todos parecen capaces, todos parecen estoicos, todos parecen inamovibles. Pero Tanque es..., pues eso, un tanque.

Él suelta una risotada grave, que a duras penas se oye, pero no contesta y yo me dirijo a la parte trasera del club mientras le lanzo una mirada rápida a Nolan, que al instante se sitúa a mi lado.

—Tanque... —digo, haciendo que mire de reojo—. ¿Qué sabes de él?

—Exluchador profesional. Tiene historial criminal. El padre está muerto, y la madre, en una residencia de ancianos.

—¿Cuál es su historia?

—Decapitó al hombre que mató a su padre.

Un acto de misericordia. Sin duda es de los míos.

—¿Confías en él?

—Por supuesto. Tiene sentido del honor, señor Black. Todos los hombres que hay aquí tienen garantía de lealtad.

Llego al pasillo que conduce al despacho.

—Pero no se la he expedido yo —señalo, y él asiente con la cabeza y se retira—. Están llegando tus empleadas. —Asiento, mirando a lo lejos la oleada de mujeres de piernas largas que suben al trote la escalera de metal hacia el bar del anfiteatro, donde están los camerinos—. Un trabajo duro, ¿eh?

Él se ríe y se pone en marcha mientras miro a Rose, consciente de que es probable que la aparición de un ejército de *strippers* provoque en ella alguna reacción. El problema es que no veo más allá de la mole que la protege. Es tranquilizador, y ahora mismo necesito que me tranquilicen.

Entro en el falso despacho, me dirijo hacia la librería y abro el acceso a la escalera que me conducirá hasta los hombres. Introduzco el código, subo los escalones y, al entrar, todo el mundo se queda callado. Siempre he dicho que hay silencios atronadores, pero ahora mismo no tengo ni idea de lo que quiere decir este. Cierro la puerta con lentitud y paseo la mirada por todos los presentes: Brad, Ringo, Otto, Goldie y Bud.

—¿Alguien piensa hablar o vais a quedaros todos sentados ahí para que siga preguntándome por qué parece que tengamos un problema?

—Es posible que tengamos un problema —contesta Brad mientras sirve un vaso de whisky que algo me dice que es para mí.

—¿«Es posible»?

—Estoy siendo optimista. —Me pasa el vaso por encima del escritorio y engulle el contenido del suyo—. Tenemos un problema.

—¿Cuál...?

La puerta se abre a mi espalda y James entra a grandes zancadas aunque se detiene, receloso, al ver que todos le miramos en silencio.

—¿Qué? —pregunta.

—Es una buena pregunta, hostia.

Me dirijo a la pared de cristal, desde donde tengo una visión perfecta de Rose porque Tanque no se cierne sobre mí a esta altura. Beau está con ella, beben y charlan. Sonreiría si no estuviera tan ocupado preguntándome, y preocupándome, por la naturaleza de este puto problema.

—Habla —ordeno antes de encaminarme hacia uno de los escritorios, sacar una silla, sentarme y mirar a Brad con expresión expectante.

—El gerente del banco donde la madre de Beau tenía la caja de seguridad...

—¿Qué le pasa? —pregunta James, que se sienta a mi lado con la mirada clavada en Brad, a la espera—. Habla, Brad, joder.

—Se llama Kenny. —Brad sirve un vodka y se lo pasa a James, que no lo coge ya que tiene la atención en otro lugar—. Kenny Spittle.

Me echo hacia atrás, aturdido, y miro de inmediato a James, que se ha recostado contra la silla y ahora ya sí que tiene el vaso en la mano. Su expresión... ha tomado un cariz de psicópata.

—¿El hermano? —pregunta Otto, cogiendo el móvil de inmediato.

—El hijo —confirma Brad, que nos muestra una fotografía de una familia muy feliz al lado del mar. Los Spittle: padre, madre, hijo y, presupongo, la novia o la esposa del hijo.

—Así que la caja de seguridad, para la que se supone que solo hay una llave —dice Ringo—, la que tenemos nosotros, se encuentra en un banco dirigido por el hijo del agente del FBI corrupto y jubilado que le pidió a James que matara a Brad y que se chivó de que Danny estaba vivo...

Me ha sacado las palabras de la boca. Es demasiado conveniente para que se trate de una coincidencia.

Brad asiente con la cabeza y yo miro a James, que sigue furioso, sentado en la silla y en silencio, aferrándose con fuerza al vaso.

—Bébetelo antes de que lo rompas —le digo, y cojo la botella para rellenar el mío—. Que la persona que llegó a la caja tuviera una llave o no es irrelevante. O bien el hijo de Spittle les facilitó el acceso a la bóveda o él mismo sacó el contenido de la caja y se lo llevó.

Spittle debe de estar que se sube por las paredes y esto explica muchas cosas. Después de sus tratos conmigo, hace tres años, debería haber evitado que volvieran a atraparle. Soy un hombre de palabra y cuando cumplió con mi última orden, me deshice de las imágenes con las que le había chantajeado durante años; ya no las necesitaba, puesto que estaba muerto. Pero ahora Spittle se ha liado con otro jugador, y ese otro jugador —todos sabemos quién es— ha metido al hijo de Spittle en el lío. Es una puta ironía de cojones: el hombre que me ayudó a morir me ha devuelto a la vida solo para hacer que me maten... y ahora no dispongo de munición que usar contra él.

—Buscad al hijo de Spittle y traédmelo —ordeno. En realidad, algo de munición sí que tengo —. Y llamad a Len. Contadle lo que hemos averiguado y decidle que no le quite la vista de encima a Spittle ni por un segundo.

Ringo coge el móvil de inmediato y comienza a pasearse arriba y abajo. James sigue en silencio.

—¿Otra copa? —pregunto, interrumpiendo sin duda cómo planea cortarle las extremidades a Spittle y en qué orden.

James no dice nada; estira la mano con el vaso hacia Brad, que se apresura a rellenarlo.

—Tenemos que averiguar cuándo accedieron a la caja de seguridad.

Me mira y veo las preguntas a las que su mente retorcida está dando vueltas. Averiguar el momento en que accedieron a la caja le dirá desde cuándo el Oso ha sabido que James, el Enigma, el hombre que ha asesinado a docenas de sus secuaces, es en realidad el hijo presuntamente muerto de Spencer James. O lo era, ya que se supone que James vuelve a estar muerto. Ha sobrevivido a dos explosiones, ¿cuántas veces puede morir este hombre y regresar a la vida?

—Estoy seguro de que el hijo de Spittle te lo dirá si se lo preguntas con educación —digo pensativo, evaluándole, mientras le veo ponerse más tenso con cada segundo que pasa—. ¿Cómo

está Beau? —Tengo que distraerle antes de que estalle y se lleve este despacho consigo.

James frunce el ceño y me mira.

—¿Qué?

—Beau. ¿Cómo le ha ido con el médico?

—Bien, está bien. —Devuelve su atención al escritorio, de nuevo en plena ebullición—. ¿A cuántos hombres más tengo que matar antes de llegar hasta él?

Resoplo y miro a Otto, que está pensando lo mismo que yo: Miami puede ir preparándose.

—Bebe —le ordeno, poniéndome en pie; siento la necesidad de estirar las piernas.

Voy hasta la pared de cristal y vuelvo a echarle un vistazo a Rose. Tanque no se ha movido ni un centímetro y, por tanto, Rose tampoco. Hay una revista encima de la barra y, aunque no llego a verla desde aquí, sé lo que es porque las tengo esparcidas por toda la habitación.

—¿A qué hora viene Adams? —pregunto cuando Ringo corta la llamada con Len.

—Acaba de aparcar.

Asiento con la cabeza, la vista puesta aún en Rose, esperando que siga en esa postura, de espaldas al club. No la quiero cerca de Adams. Es algo mezquino, sobre todo para un hombre de mi condición, tanto en este mundo como en el de mi esposa. No tengo competidores. No obstante, la polla de este político antes corrupto ha estado dentro de ella y, lo disfrutara o no, es una gran putada. Estar en su interior es como estar en el puto cielo, doy fe de ello, y sé que nadie podría olvidarla; es más, cualquier hombre en su sano juicio querría más.

Entorno los ojos, aprieto los dientes como reacción natural y miro hacia la puerta del club al ver con el rabillo del ojo que alguien entra. Dejo escapar una pequeña carcajada mientras Perry Adams, maletín en mano, matones a mano, atraviesa el club como el rey que cree ser. Es evidente que su roce con la muerte —es decir, conmigo— no le bajó los humos durante mucho tiempo.

Le observo con detenimiento, no solo para ver si se da cuenta de que Rose está en la barra, sino para comprobar si su famosa mirada itinerante se fija siquiera en alguna de las bailarinas que desfilan por ahí medio desnudas. Mantiene la vista concentrada al frente y asiento con la cabeza en señal de aprobación, bebiendo un poco de whisky: Perry Adams parece sereno. No le durará mucho.

Me giro y me encuentro con que James sigue dándole vueltas a la cuestión; el escritorio que tiene ante sí parece dispuesto a venirse abajo por el peso de su mirada concentrada.

—¿Listo?

Él inspira y se pone en pie poco a poco. El tipo irradia furia.

—Listo.

Da otro trago largo a su bebida antes de dirigirse con grandes zancadas hacia la puerta, seguido de cerca por Otto.

—Que se quede en el club hasta que estemos en el despacho de abajo —dice Brad a los componentes de la fila mientras le seguimos—. Dada la última información, ¿sigues pensando

que Spittle no sabe quién es el Oso? —pregunta en voz baja.

—No lo veo. Al parecer, en esta ciudad no hay un solo cabrón que sepa quién es. —Y eso es lo más exasperante, ¿verdad?—. No me imagino que vaya a revelarle su identidad a un agente del FBI jubilado que lo tiene por las pelotas con información comprometedora.

—¿El hijo?

Sacudo la cabeza ligeramente, con la vista puesta en la espalda de James.

—No lo sé, pero te puedo garantizar quién lo va a descubrir —digo en la escalera.

—Quiero un asiento de primera fila —gruñe Brad, con una sonrisa sutil.

—¿Aún le guardas rencor?

—El capullo de Spittle le pidió a ese cabronazo tocado del ala —Brad levanta el dedo y lo apunta hacia James— que me liquidara. Así que sí. Y quiero palomitas.

Me río sin apartar la mirada del cabronazo tocado del ala. Con James por aquí, lo más probable es que no tuviera que volver a ensuciarme las manos. Pero... bueno, es que a mí me gusta ensuciarme las manos.

—A la tercera va la vencida —digo en voz baja al entrar en el despacho.

—Tengo que relacionarme con gente más segura —murmura Brad, que cierra la estantería tras de sí y se pone al móvil—. Ya estamos.

Me uno a James en el lado opuesto del escritorio de Brad, de espaldas a la puerta, y saco los cigarrillos.

—¿Tengo que encerrarte? —le pregunto en broma, ofreciéndole el paquete. Su mirada se vuelve poco a poco hacia mí. No está de humor—. Tú deja que yo lleve la voz cantante, ¿vale? —prosigo mientras él coge un cigarrillo—. Conozco a Adams. Sé lo que le pone cachondo. —Le ofrezco la llama de mi mechero antes de encender el mío.

—Adelante —gruñe, y exhala poniéndose cómodo. ¿No se supone que estaba intentando dejarlo? No mientras sigamos en Miami.

Brad aparece frente a mí, ocupa su silla y yo veo de reojo a Otto y Ringo, que parecen estar muy cómodos en el sofá. Devuelvo la atención al frente cuando la puerta se abre y observo que Brad pasea la mirada a mis espaldas mientras una sonrisa se va formando poco a poco en su cara.

—Qué honor —dice admirado—. El alcalde de Miami se ha desplazado especialmente a mi club.

—Es algo que he estado preguntándome desde que me convocaste —contesta Perry—: ¿por qué querría Brad Black, exmafioso reconvertido en dueño de un club nocturno, que le visite el alcalde?

—¿Y qué has concluido? —pregunta Brad con una mueca.

—Que quiere algo.

—Una ampliación de la licencia sería genial —dice Brad, y yo sonrío—. Gracias, Perry.

—Tendrías que solicitarla.

—Pero soy amigo del alcalde.

—Soy un hombre estricto, Brad. Y no somos amigos.

—Vale, yo no soy tu amigo... —Estira la mano con la que sostiene el vaso por encima del escritorio, apuntando hacia mí—, pero él sí.

—¿Y quién es él?

Me pongo en pie con lentitud y me doy la vuelta colocándome el cigarrillo entre los labios y dándole una calada para meterme un chute de nicotina mientras mantengo la mirada en alto. La expresión de su rostro... es una puta mina.

—Hola, Perry —le digo, exhalando y haciendo que el humo ascienda por la habitación.

—Hostia puta —susurra él, paralizado. Tarda unos segundos en encontrar algo que decir, y yo permito que se tome ese tiempo, muy entretenido—. Me he vuelto completamente legítimo, Danny. Tengo que serlo. La ciudad está en orden. Oh, mierda, no te pongas a provocar la anarquía.

—¿Yo? —pregunto, riéndome—. Llevo tres años muerto, Perry. Además, según se dice, no es que haya habido demasiada paz por estos lares.

—Estamos trabajando en ello.

—¿En qué estáis trabajando?

—En los asesinatos de bandas. En los criminales que aparecen muertos por todas partes. La policía lo tiene bajo control. La cosa se ha tranquilizado.

¿Tranquilizado? Claro, porque el Enigma ha estado de vacaciones en Santa Lucía y a su regreso hace unas semanas lo hicieron volar por los aires. Por el amor de Dios.

—Entonces ¿no hay ningún problema de drogas? ¿De trata de mujeres? ¿De armas?

—Esto es Estados Unidos. Siempre hay problemas, pero no una guerra declarada en sí.

No, aún no. Pero Perry debería prepararse. También ha insinuado algo que ratifica lo que James ha descubierto hace un rato: una persona controla Miami, y no es la misma que la gente escogió como alcalde. El Oso ha tejido una red criminal bastante sólida y, de algún modo, ha logrado que todos los delincuentes de la ciudad respondan ante él. ¿Quién coño es?

—Siéntate, Perry —le ordeno, y él se dirige con rapidez hacia la silla libre y se deja caer en ella. Este es el Perry Adams que recuerdo, el que no deja de cagarse encima.

—No he engañado a mi esposa desde lo de Rose —farfulla, nervioso. Ignoro a James y a Otto, que acaban de inspirar con la fuerza suficiente para que los haya oído.

—No vuelvas a decir su nombre, Adams —le advierto—. Esa es la primera de las nuevas reglas.

—Me diste tu palabra. Te pasé hasta la última pizca de información que había sobre ese abogado, Green —se apresura a decir, ansioso por especificar sus buenas acciones—. Me reformé. Dijiste...

—¿Acaso te he pedido los treinta y cinco millones que me debías? —le pregunto, y él niega con la cabeza—. Las fotos en las que salías con Rose ya no existen —las quemé mientras

temblaba de furia por ver la polla de otro hombre dentro de mi mujer—, y no tengo planeado asesinarte. —Me acerco, me detengo ante él—. Así que he cumplido mi palabra.

—¿No me vas a chantajear?

Hostia puta, ¿cómo es posible que este mierdecilla patético gobierne la ciudad? Es una vergüenza para los hombres.

—No, no te voy a chantajear, Perry. —Le dirijo una sonrisa maliciosa—. Voy a pedirte muy educadamente algunas cosas de vez en cuando, y tú me las vas a conceder porque soy tu amigo y los amigos se ayudan entre sí.

—¿Como qué? —pregunta, sorprendido pero cauto.

—Bueno, ante todo necesito un permiso para la obra que he realizado en Byron's Reach.

—¿La obra que has realizado? ¿Ya? ¿Sin permiso?

—No había tiempo para solicitarlo. Estoy seguro de que podrás solucionarlo de manera retroactiva, ¿verdad, Perry?

—¿Qué has construido?

—Solo una cabaña. Hay unos contenedores —por no mencionar el refugio subterráneo inmenso que estará lleno de armas de fuego, pienso—. Ah, y mi nuevo negocio de motos de agua.

—Necesitas otro permiso para eso —dice Adams, casi a regañadientes.

—Entonces, consíguelo —contraataco, con rostro serio—. Eso es todo por ahora.

Me alejo y me sirvo una bebida en el bar, que es una alternativa pobre a la oferta bien surtida del despacho oculto de arriba.

—Pero estás muerto. ¿Cómo puedo expedir documentos oficiales a nombre de un muerto?

Me doy la vuelta y apunto con la bebida hacia James, que permanece de espaldas a Perry.

—Ponlos a su nombre.

—¿De quién?

—Danny James. —Este pavo tiene más putos nombres que la reina de Inglaterra, pero tenía un contacto que podía conseguirnos una nueva identidad con rapidez, era lo que necesitábamos.

—Ya, pero ¿quién es? —insiste Perry.

—No quieras saberlo. ¿Eso es todo? —pregunto, cansado.

Soy consciente de que Perry Adams se está haciendo esa misma pregunta. ¿Es esto todo lo que quiero de él? Unos documentos y una vía fácil hacia la legitimidad..., en apariencia, al menos. Perry nunca sabrá lo del refugio; nadie lo sabrá.

Adams se pone en pie, un poco nervioso, y se dirige hacia la puerta sin perder de vista a ninguno de los presentes, como si le preocupara que alguno pudiera sacar la pistola en cualquier momento.

—Me alegro de verte, Perry —dice Brad con una amplia sonrisa—. Envíanos la licencia cuando esté lista.

—Ay... —Ringo se da una palmada en la frente—. Se me olvidó pagar esas multas de

aparcamiento.

—Lo solucionaré —dice Adams y mira a Otto, a la espera de sus exigencias.

—Yo quiero una hamburguesa con queso y patatas fritas, por favor —dice, impasible, y James muestra una primera señal de estar pasándoselo bien desde que salimos del astillero.

Escondo mi sonrisa, voy hasta la puerta y la abro para que Adams salga.

—Me alegro de verte, Perry. —Es como si le hubieran disparado con una pistola paralizante. Danny Black, el Británico, le está abriendo la puerta.

Sus hombres le esperan al otro lado y, en el momento en que le dedican su atención, él levanta los hombros, hincha el pecho y eleva la barbilla. Puto payaso. Cierro la puerta de golpe y exhalo.

—Sigue sin caerme bien.

—Y no tiene nada que ver con el hecho de que se haya follado a tu esposa... —dice Brad, poniéndose en pie.

—¿Cómo pudo pasar? —pregunta Otto, con las palmas hacia arriba—. Perdóname, pero el tipo es un plebeyo, mientras que tu esposa... —Se detiene, pensándoselo mejor.

—Está la hostia de buena, lo sé. —Le doy a ese cabronazo peludo y lleno de *piercings* una palmada en el hombro—. Me caes bien, Otto. No hagamos que eso cambie.

—¿Quién es el abogado? Green... —pregunta James.

—Derek Green. Es el hombre que compró al niño de Rose en el mercado negro.

—¿Adams lo sabe?

—Pues claro que no lo sabe, joder. —¿Cree que soy estúpido?—. En lo que a Adams respecta, Rose necesitaba un representante legal después de mi muerte. Eso es lo que sabe. —Tengo la sensación de que necesito un masaje en la cabeza. Además, me estoy muriendo de hambre.

—¿Estamos preparados para la entrega? —pregunta James, que mira hacia el club, vigilante.

Las armas. No ve el momento de cargar el refugio nuevo y declarar su propio regreso.

—Chaka ha llamado. Será mañana por la mañana. Estate preparado.

Salgo de la oficina en piloto automático hacia Rose.

Al llegar al bar, Tanque sigue en posición junto a los demás hombres.

—¿Podemos deshacernos del resto? —le pregunto, y él asiente con la cabeza—. Quizás ya te has dado cuenta, pero hay otra mujer detrás de ti. ¿A quién necesito para protegerla?

Él señala hacia el otro extremo del club, lo que me obliga a girarme... y a reír.

—Hostia puta —susurro, contemplando al tipo, el vivo retrato de Tanque en todos los sentidos, solo que de complexión un poco más pequeña..., aunque solo un poco—. ¿Tienes un gemelo? —le pregunto, devolviéndole mi atención. Él asiente con la cabeza—. ¿Cómo llaman a tu hermano?

—Furia.

—¿Hace falta que pregunte por qué?

Tanque sacude la cabeza y se aparta, dejándome acceder a mi esposa, quien ignora mi presencia, perdida como está en artículos sobre tartas, disposición de mesas, globos y demás. Puede escoger lo que quiera, joder, pero yo me planto con lo de la despedida de soltera, y solo porque se negaría a invitarme...

Mis pensamientos se desvanecen y echo hacia atrás la cabeza para ver al armatoste hecho hombre que custodia a mi más preciada posesión. Sonrío para mis adentros.

—Ahora trabajas para mí —le digo, y él asiente de golpe—. El bienestar de mi esposa es tu única preocupación. —Otro asentimiento—. Cada segundo que yo no pase con ella, lo pasarás tú. —Asentimiento. Es como un robot programado para obedecer todas mis órdenes.

—¿Y cuando usted esté con ella? —pregunta, con la mirada al frente.

—Estás comenzando a caerme bien, Tanque, pero nunca te invitaré a meterte en nuestra cama para que te acurruques con nosotros. Cuando yo esté con ella, sabrás si te necesito o no. Organizaré una habitación para tu hermano y para ti en mi casa. ¿Sabes conducir? —Asiente—. ¿Tu hermano? —Asiente otra vez—. Lo dejaré todo listo para que tengáis coches. —Paso a su lado, me acerco a mi esposa por la espalda y le pongo la barbilla sobre el hombro. Ha sido un día largo de cojones, y necesito que acabe con algo para comer y un polvo—. Tendrás tu despedida de soltera —susurro, y ella se queda quieta, con los dedos en la esquina de la página que se preparaba a girar.

—¿Por qué lo dices como si necesitara tu permiso? —pregunta, con tono neutro.

Pasa la página de nuevo, despreocupada y para nada nerviosa. Miro con el rabillo del ojo a Beau, a quien se le está dando fatal eso de ocultar una sonrisa porque se acerca el vaso a la cara y se pega el borde a los labios para intentar esconder su diversión.

Esperaba un poco de gratitud. Como si no la conociera...

—Porque necesitas mi permiso, pero si prefieres que no te... —Aparto el torso de su espalda y empujo su copa vacía hacia el barman cubierto de tatuajes.

—No —espeta ella antes de girar veloz sobre el taburete y rodearme la cintura con los brazos, apretando la cabeza contra mi pecho—. Gracias, amo.

Beau resopla al otro lado de la copa de vino y yo le dirijo una mirada de advertencia que pasa por encima de su bonita cabeza rubia. No sé por qué está tan contenta. Quizás yo haya aceptado lo de la fiesta, pero James no ha aceptado que ella participe.

—No me provoques, Rose.

Ella levanta la vista hacia mí, con una expresión acusadora que me sorprende.

—Entonces, ¿cuándo ibas a contarme que el Hiato está lleno de mujeres semidesnudas?

—El Hiato es un local de estriptis —contesto con frialdad—, es el lugar perfecto para una despedida de soltera.

—¿Qué?

—He pensado que podría ser el viernes por la noche.

—¿La noche antes de la boda? —Vacila—. No quiero tener resaca el gran día.

—Entonces no te emborraches.

—Danny...

—Es eso o nada, Rose —digo, haciendo que se le ensanchen las fosas nasales. Conoce la situación. Sabe que no puede pasarse la noche dando vueltas por la ciudad. ¿Qué quiere de mí?

—¿Y qué hay de ti? —pregunta.

—¿Qué pasa conmigo?

—¿Celebrarás una despedida de soltero?

Me encojo de hombros, sereno.

—Me tomaré unas copas con los chicos.

Ella deja caer los hombros, como quedándose sin fuerzas para luchar.

—Aquí. El viernes por la noche también.

—Sí. Venga, nos vamos a cenar. —Hago un gesto con la cabeza hacia Beau, indicándole que me refiero a los cuatro.

—¿Adónde?

—A un pequeño restaurante italiano en el centro de Miami. —Levanto una ceja mirando a Rose y ella se queda boquiabierta—. Allí celebramos una de nuestras primeras citas.

—Ohhh... —murmura Beau, admirada.

—Sí —susurra Rose, con una expresión cargada de ironía. Es una señal de lo que está a punto de llegar—. Danny mató a un hombre en el primer plato, amenazó con matarme durante el segundo y asesinó a un viejo enemigo en vez de tomarse el postre. Fue muy romántico.

Sonrío al ver que Beau se ríe, sin inmutarse.

—Mi primera cita con James fue en la ópera. Me esposó a la silla en un palco y me dejó allí mientras desaparecía para ir a matar a un juez corrupto. —Hace un brindis al aire y se acaba el vino—. ¿Dónde está, por cierto?

Echo un vistazo alrededor y veo que se acerca dando grandes zancadas. Me aparto de las chicas para recibirle.

—¿Te has tranquilizado? —pregunto.

—Si quieres a los Spittle vivos, padre o hijo, te sugiero que yo no esté por aquí cuando te los traigan.

—Tomo nota. ¿Ves al tipo que tengo detrás?

James estira el cuello, buscando en mi espalda.

—¿El que es tan ancho como la barra?

—Ese, Tanque. He pensado que a Goldie quizás no le parezca bien que le volvamos a pedir que las vigile, así que he subcontratado esa tarea. También hay uno para ti. —Señalo hacia el otro extremo de la sala, donde está Furia, y James lo mira.

—¿Confías en ellos?

Veo que Brad sale del pasillo con Nolan y le hago señas para que se acerque.

—Los han comprobado. —Llegan los otros—. Me quedo a Tanque —informo a Brad—.

¿Qué me puedes decir de su hermano?

—Tiene los puños como cantos rodados y se dice que está hecho a prueba de balas.

—¿Cuál es su historia?

—Cumplió condena con su hermano.

—Qué entrañable —murmuro, contemplando al armatoste antes de girarme hacia James—. ¿Te parece bien?

—Sí.

—Tendré que reemplazarlos —replica Nolan.

—Entonces, reemplázalos —le espeta Brad, que tira del chico en dirección a la barra mientras le dice algo en voz baja.

James me deja para dirigirse hacia Furia; le hace gestos y se lo lleva a hablar a un reservado. Un problema solucionado. Bajo ningún concepto puedo estar preocupándome por el lugar y el momento en que mi esposa pueda aparecer. Saco el móvil y voy a la configuración, sacudiendo la cabeza pensando en la furtividad de las acciones de Rose. Entonces, mirándola, desconecto la aplicación de compartir localización y espero a que la notificación aparezca en su móvil. Me temo que solo puedo ver a Tanque... hasta que Rose aparece poco a poco, estirando el cuello al otro lado de su cuerpo inmenso y me muestra su cara... Está que trina. Le lanzo un beso, feliz conmigo mismo, y levanto un pie para acercarme hacia ella...

Pero ¿qué coño?

El tiempo se ralentiza hasta casi detenerse, como en una de esas pesadillas que no hacen más que alargarse y que te torturan sin dejarte salir, cuando veo que un grupo de hombres entra en el club, alineados, con cara de desprecio y con pinta de ir cargados hasta los dientes. ¡Mierda!

Todos ellos levantan las armas y miro hacia el bar para ver las primeras señales de movimiento verdadero por parte de Tanque.

—¡Cuerpo a tierra! —bramo, y me llevo la mano a la parte trasera de los talones para coger la pistola.

Me agacho al oír el primer disparo, que no es mío.

—¡Mierda! —Brad salta por encima de la barra para cubrirse, coloca la boca de la pistola sobre la madera y comienza a disparar sin parar mientras las botellas se hacen trizas por encima de él.

—Madre de Dios. —Apunto y disparo, derribo a uno de los hombres. Apunto y disparo, derribo a otro, con la atención dividida entre la banda y el bar.

—¡Agachaos! —les grita Tanque a las mujeres antes de moverse con rapidez, coger una mesa cercana y arrancarla del suelo. Los tornillos que la mantenían sujeta ceden fácilmente con un sonido metálico. Él vuelve a situarse delante de las chicas y sostiene el tablero ante sí como si fuera un puto escudo enorme.

Gracias, joder.

—¡Danny!

Al oír que braman mi nombre me tiro al suelo por instinto y levanto la cabeza en el momento en que cae otro de los hombres, que vuela hacia atrás y golpea contra la plataforma.

—¡No te levantes! —grita James, y yo ruedo sobre mi espalda para tener una mejor visión de él.

Viene furioso hacia mí, disparando a diestro y siniestro, cargándose a los tipos que caen como si fueran moscas. Veo a Ringo debajo de una mesa, disparando con los labios fruncidos, y a Otto con la espalda pegada a un altavoz, recargando el arma.

James se detiene a unos metros de mí, con la pistola aún en alto, la mirada veloz de aquí para allá. Me vuelvo para echar una mirada al club... y entonces le veo saliendo de espaldas por una de las puertas, con una sonrisa más grande que Miami decorando ese rostro que me es tan familiar.

—Pero ¿qué coño...? —susurro mientras comienzo a ponerme en pie. La sangre me hierve como si fuera a freírme las venas.

Miro la entrada, aturdido: no, no puede ser.

—¿Dónde coño está Beau? —ruge James, sacándome del trance.

Vuelvo la vista poco a poco hacia Tanque, que baja su escudo con cautela. Me inunda un alivio desenfrenado al ver que Rose y Beau están encorvadas contra sus taburetes, al lado de la barra, protegiéndose la cabeza con los brazos. Rose se da la vuelta, libera la cabeza con cuidado y me mira. Asiente y exhala, cogiendo el brazo de Beau, y se lo sacude.

—¿Beau?

Ella no se mueve, y el corazón se me dispara mientras James corre a toda pastilla hacia ella para sujetar su cuerpo con ternura y firmeza.

—¿Beau?

Ella le mira con los ojos muy abiertos.

—Estoy bien —dice con voz ronca. Esas palabras no le satisfacen, y comienza a palparla por todas partes, le levanta la camiseta, comprueba sus piernas—. James, estoy bien.

—¡Me cago en la puta madre! —grita él, y la estrecha contra su pecho—. ¿Quién coño ha sido? —Está histérico y es comprensible; Beau lleva muy poco fuera de peligro y aquí está, esquivando balas.

Veo que Tanque tiene sangre en la manga de la camisa blanca.

—¿Estás bien?

—Solo es una herida superficial. —Le resta importancia con un gesto de esa mano del tamaño de una pala y se sienta en un taburete.

Levanto la pistola, atravesando el club y al llegar a la entrada, sin aliento, miro a la derecha y a la izquierda buscándolo en la calle. Nada, aun así sé que le he visto... y no me ha parecido que estuviera muy muerto.

—Vuelve adentro —sisea Brad, tirando de mí hacia el interior del club y cerrando la puerta de golpe.

Paso por encima de dos cuerpos con la cabeza dándome vueltas y me dirijo hacia Rose. Tiro de ella para apartarla del taburete. James sigue abrazando a Beau contra su pecho con pinta de ser un monstruo contenido.

—Ha sido Volodya —digo, y comienzo a arrastrar a Rose por el club mientras le tiro las llaves del Mercedes a Tanque—. ¿Cómo coño es posible? Spittle me dijo que había muerto. ¡Me lo dijo, joder!

—¿Qué? —pregunta Brad, que está claramente aturdido.

—Estamos hablando del mismo Volodya, ¿verdad? —pregunta Ringo, siguiéndonos—. El que te disparó en la masacre de Winstable.

—Sí —contesto, gruñendo la respuesta, y todavía siendo capaz de ver sus pequeños y brillantes ojos en mi mente.

—Está muerto —dicen al unísono.

—Y yo también —les recuerdo, y empujo la puerta que da al callejón trasero con el cañón de la pistola. Tanque pasa a nuestro lado, abre la puerta de atrás del Mercedes y yo hago subir a Rose.

—¿Estás seguro, Danny? —pregunta Brad mientras James reaparece, trayendo consigo a Beau para meterla en el asiento de atrás del coche junto a nosotros.

—¿Volodya? —pregunta, mientras la presión de dentro de mi cabeza no hace más que crecer —. ¿La mafia rusa? Me dijiste que estaba muerto.

—¡Bueno, es evidente que no lo puto está! —estallo.

Pierdo la cabeza, apunto contra la paloma que hay junto a un muro cercano y hago volar por los aires a la cabrona. Necesito matar, lo que sea, simplemente necesito matar, ¡hostia! Llevado por esa idea, vuelvo a entrar al club, furioso, y me paseo entre los cuerpos, pateándolos a todos. Al final obtengo lo que buscaba, un murmullo. Hinco la rodilla al lado del tío en cuestión y le gruño en la cara mientras entorna los ojos y la sangre chorrea por la comisura de su boca.

—¿Dónde puedo encontrar a Volodya? —pregunto, gruñendo.

El tipo hace un intento patético por escupirme en la cara y la saliva y la sangre se esparcen por su barbilla. Localizo las heridas de bala, una en el muslo, una en el vientre.

—Habla —le exijo, metiendo el pulgar en el agujero de su barriga y haciendo fuerza, lo que le arranca un chillido. Giro y remuevo el dedo y el sonido que se oye es jodidamente horroroso—. ¿No piensas hablar?

Dejo la pistola en el suelo e introduzco el otro pulgar en el agujero de bala de la pierna, dibujando algunos círculos. Comienza a sacudirse con convulsiones y pone los ojos en blanco. Saco los pulgares y dejo caer los hombros, decepcionado: se ha desmayado. Qué lástima. Si pensara que el médico puede curarle, haría que lo llevaran a la mansión para torturarlo, pero sé reconocer a un muerto cuando lo veo. Recojo la pistola, se la pego al ojo y le vuelo el cerebro.

—Traed a Spittle —grito, poniéndome en pie y saliendo del club—. ¡Ahora mismo! —Rodeo el Mercedes y me subo al asiento de atrás cerrando la puerta con fuerza.

Noto de inmediato la mirada preocupada de Rose, que me pone la mano sobre el muslo y lo aprieta. Sin pensarlo, me llevo la mano a la camisa y hago presión sobre la vieja herida de bala, debajo de la clavícula, donde ese ruso hijo de puta me disparó hace tres años.

¿Que no hay guerra en Miami?

Capítulo 10

ROSE

Esther va de aquí para allá como una moto, tratando de mantener nuestras cabezas ocupadas hablando de carpas, de árboles ornamentales podados de manera artística y Dios sabe qué más. Beau parece absorta. ¿Y yo? Yo me estoy preguntando qué sentido tiene esto porque, a juzgar por cómo han ido las cosas hoy, no tendré un puto marido con el que casarme.

Nada más volver a la mansión, Danny ha llamado al médico para que le viera el brazo a Tanque. James se ha llevado a Beau a la habitación para volver a comprobar cada centímetro de su cuerpo, y los hombres han desfilado hacia el despacho de Danny. Pobre Tanque, apenas ha desempeñado el trabajo durante media hora antes de sufrir su primera herida. Y pobre Beau también. James no la ha creído cuando le decía que estaba ilesa, quería una prueba visual. Ella se ha exasperado y James, que es un toro, la ha levantado en volandas y se la ha llevado cuando se ha enfrentado a él.

Me quedo mirando la taza de té que me ha preparado Esther. Es su recurso favorito. ¿Estás disgustada? Toma un té. ¿Estás estresada? Toma un té. ¿Estás enfadada? Toma un té.

—¿Qué piensas? —pregunta Beau, mirándome a la espera de una respuesta.

—¿Sobre qué?

Esther suspira y yo me encojo de hombros.

—No estaba escuchando...

—Venga... —La madre de Danny rodea la isla para llegar a mi lado y mostrarme el catálogo —. ¿Color ostra o colorado?

Examino los dos vestidos. Ambos son preciosos, de seda; es innegable que muy propios de Esther. He aprendido muchas cosas sobre la madre de Danny estos últimos años: es de una dulzura increíble, aunque dura como una uña, es compasiva y paciente y también, desde que vive aquí ejerciendo de madre de Danny (y no como su ama de llaves) he descubierto que tiene una sensibilidad increíble con los vestidos.

—Me encantan los dos —digo, mirando hacia la puerta—. ¿Cuánto rato llevan en el despacho?

Le echo un vistazo al reloj de la cocina. Volvimos hace dos horas, fuera ya ha oscurecido, estoy molida, pero no voy a poder dormir. No puedo ni comenzar a imaginar el tipo de matanza que está por llegar. Bueno, en realidad sí que puedo, y ese es el motivo por el que estoy jodidamente petrificada.

—Voy a preparar un poco de té —declara Esther.

—¿Sabes?, creo que me voy a la cama. —No puedo soportar más té, ni seguir fingiendo que estoy bien. Me bajo del taburete, le doy un beso a Beau en la mejilla y luego otro a Esther—. Buenas noches.

—Buenas noches —murmuran las dos mientras me alejo arrastrando los pies, seguida de Tanque. Al llegar al vestíbulo me detengo a escuchar, para ver si logro oír algo procedente del despacho de Danny. Nada.

Suspiro y subo la escalera con dificultades, aferrándome a la barandilla dorada para que me ayude a impulsarme. Mis tacones tintinean en los escalones de mármol y resuenan en el espacio vacío. Entro en el dormitorio, me saco los zapatos sacudiendo las piernas, me quito el vestido pasándomelo por la cabeza y avanzo descalza sobre la moqueta hacia el baño, donde tiro el vestido al cesto de la ropa y me coloco delante del espejo, que reemplazaron hace poco. Me desabrocho el sujetador, lo dejo encima del lavabo y apoyo las manos en el borde del lavamanos, inclinándome hacia delante, examinando mi aspecto agotado, mirando unos ojos que parecen tan turbados como cuando Danny me retenía aquí contra mi voluntad. Ahora mismo siento el mismo tipo de asfixia abrumadora, el mismo desamparo. Sin embargo, esta vez tengo la sensación de que de verdad no hay salida, solo la muerte.

Llevo la vista hasta el cepillo de dientes y a mis productos cosméticos para limpiarme la cara y quitarme el maquillaje. No tengo fuerzas, por lo que me impulso en el lavabo, me voy a la cama y me meto debajo de las sábanas. No pego ojo.

Cuando la cama se mueve, abro los ojos y miro el reloj de la mesilla de noche: son las dos de la mañana. Danny se ha pasado horas encerrado en el despacho con sus hombres.

Pega el pecho a mi espalda, me acaricia el muslo y acto seguido tengo sus labios en el omóplato, besándome en círculos lentos y dulces. Mi cuerpo se enciende, siempre lo hace. Pese a que nunca anularé mi reacción natural a su cercanía, no respondo; mi mente tiene otras ideas.

—No —digo en voz baja, y él deja de acariciarme la pierna, sus labios se detienen sobre mi piel.

—¿Rose?

—He dicho que no.

Tras un suspiro pesado y sonoro, de repente deja de tocarme. La cama vuelve a hundirse y, unos segundos más tarde, veo su silueta desplazarse al pie de esta en dirección a la puerta de la terraza. Le sigo con la mirada y cuando abre las cortinas, permitiendo que la luz de la luna irrumpa en la habitación, dejo que mis ojos absorban cada centímetro de su impresionante cuerpo desnudo. Comienzo por los pies, me desplazo por las robustas pantorrillas, subo por las piernas, atravieso su culo sólido, su espalda, sus hombros, y acabo llegando a su cuello, a ese pelo de la

nuca que se le agita. Es un Adonis, una obra de arte. Letal, pero también leal, ferozmente protectora.

Danny Black, el Británico, el asesino de la cara de ángel, aunque, por encima de todo eso, mi marido, mi amante, mi amigo.

Abre la puerta y sale a la terraza, y yo ruedo sobre mi espalda y me quedo mirando la oscuridad, dándole vueltas a la cabeza.

«Duerme un poco, Rose. Vas a necesitar algo de energía para seguir resistiéndote a mí.» Resistirme a él; no pude entonces, y no podré ahora. ¡Maldita sea!

Me levanto y me dirijo al balcón, donde me lo encuentro tirado en una silla de mimbre, con el codo apoyado en un brazo, sosteniéndose la cabeza con la mano. Un cigarrillo descansa entre sus dedos; su punta arde a pocos centímetros de su pelo. Parece tan agobiado...

No quiero sumarle nada más a esa carga. Es una situación retorcida, enrevesada, demente, pero tengo que estar aquí para él mientras le pone solución. Necesita esa paz familiar. Me necesita a mí y no puedo negarle nada, sobre todo sabiendo que soy la única persona en este jodido mundo que puede dárselo. Es una bendición y una maldición y también una forma de presión.

Voy hasta él, coloco el cuerpo delante del suyo y Danny levanta la vista poco a poco hasta mirarme con expresión neutra. Me quito las bragas y me subo a su regazo, me siento a horcajadas, levantándome un poco para sostener su polla mientras desciendo sobre ella y acojo cada uno de sus centímetros perfectos poco a poco, con una exhalación. Él permanece impasible, tira el cigarrillo y me sujeta por las caderas con suavidad. Nuestro contacto visual no vacila, pero nuestras respiraciones sí; son raídas, rotas, intensas. Comienzo a moverme en círculos, mordiéndome el labio mientras me sujeto de sus hombros y él echa la cabeza hacia atrás, entornando los ojos con de deseo, pero sin perder nada de lo que adoro en su color azul gélido: fuego, pasión, amor.

Paso a mecerme sobre él, cojo aire con cada movimiento, la fricción es perversamente agradable. No hace falta que diga nada, que me disculpe o que le cuente cómo me siento y lo preocupada que estoy. Este hombre enfermizo, asesino y retorcido me conoce de arriba abajo, con la misma intensidad con que yo le conozco a él. Necesitamos esto ahora mismo, esta cercanía, esta conexión delirante.

Llevo la mano a su cicatriz, me concentro en ella mientras me elevo y desciendo con suavidad. La cabeza me da vueltas de placer.

—Mi principal responsabilidad es protegerte —susurra, llevando la cara hacia mi mano para besarla.

—No. —Me dejo caer hacia delante y tomo su boca. Su estupenda, absorbente y adictiva boca —. Tu principal responsabilidad es conservar la vida.

Mi beso es firme, posesivo, incontenible, apasionado y duro..., y es la personificación de él mismo: sabe a whisky y a nicotina. Flexiono el pecho con suavidad, gimiendo, notando crecer el

hormigueo, pero Danny llega primero y gime con su liberación, tensando el cuerpo contra el mío. Por una vez me ha dejado insatisfecha, pero no pasa nada. Esto ha sido para él. Era su liberación, su necesidad, su paz.

—Te odio —susurro en torno a sus labios, alejándome para verle la cara, acariciándole y palpándole las mejillas con suavidad.

Deja caer la frente sobre mi hombro y suspira agotado.

—Yo también te amo, nena.

Pasándole las manos por el pelo, le abrazo y miro los jardines de la mansión. Entonces me pregunto durante cuánto tiempo podrá aguantar el peso del mundo en esta ocasión.

Al despertarme, a la mañana siguiente, estoy sola en la cama. Tengo la boca seca y una espantosa sensación de ansiedad en el vientre. Busco el móvil en la mesita de noche mientras me froto el estómago con la palma de la mano. Son las diez y media. No recuerdo la última vez que me desperté más tarde de las ocho. Tengo un mensaje de texto de Danny:

> Buenos días, nena. Tengo cosas que hacer en el astillero. Volveré por la tarde. Cenemos juntos. Solos.

Esas palabras me dibujan una pequeña sonrisa en el rostro adormilado, y acto seguido me pita el móvil y una imagen llena la pantalla. Es una foto de él, de mi marido hermoso y asesino.

> El Rolls-Royce de los chalecos antibalas. ¿Contenta?

Se me borra la sonrisa. Cosas que hacer en el astillero. Recibir una entrega. Suspiro. Nunca me alegraré de haber obligado a mi marido a que se ponga un chaleco antibalas y el motivo es precisamente lo que pasó ayer en el club: una emboscada, la confirmación de que tenemos enemigos por todas partes. Pensaba que nos habíamos despedido del mundo de peligros que nos unió, el mundo al que a duras penas sobrevivimos.

Se me revuelve el estómago y emito un quejido, por lo que me desplazo hacia el lateral de la cama y me dirijo hacia el baño, donde tendré a mano un retrete en el que vomitar si lo necesito. Activo la ducha para refrescarme y me meto bajo el chorro, poniendo todo de mi parte para que desaparezca la indisposición.

Cuando termino de lavarme el pelo no me siento mejor. La ansiedad nunca ha formado parte de mi vida, no podía permitírmelo. Mis muros eran altos, de ladrillo sólido, pero en el momento en que conocí a Danny Black comenzaron a aparecer grietas y, poco a poco, todo se vino abajo y me dejó expuesta. Me encanta y lo detesto al mismo tiempo.

Oigo que golpean la puerta del dormitorio y acto seguido la voz de Beau, que me llama.

—Adelante —le grito, cogiendo una toalla y envolviéndome en ella.

Salgo a la habitación en el momento en el que Beau entra en ella y vislumbro a Tanque y a

Furia llenando prácticamente el pasillo con su presencia.

—Hola —digo, cogiendo el cepillo del tocador para comenzar a lidiar con mis rizos húmedos —. ¿Has estado en el gimnasio? —le pregunto al reparar en su vestimenta deportiva.

Se la ve espléndida: mallas ceñidas negras que destacan sus piernas bien torneadas, un sujetador deportivo que les sienta fenomenal a sus tetas y un estómago plano en el que podría afilarme las uñas. Lleva el cabello rubio recogido y la cara limpia, además de una mirada viva y resplandeciente. No sé lo que ha tomado, pero yo también quiero. Durante las últimas semanas ha mejorado a pasos agigantados: ha hecho deporte, ha conversado más, ha sonreído más. Pero aún más fantástico que su aspecto fantástico de esta mañana y que los progresos que ha hecho en tiempos recientes es que no lleve mangas; exhibe la brutal cicatriz del brazo para que la vea todo el mundo. Y, como si se hubiera dado cuenta de que me he dado cuenta —¿cómo podría no haberlo hecho?— se pone la palma encima del antebrazo, como si su delicada mano pudiera esconderla.

—¿Es demasiado? —pregunta, y de inmediato me siento fatal. No la estaba mirando porque me hubiera impresionado.

—Dios, no. —Niego con la cabeza, deshaciéndome del cepillo—. Estoy orgullosa de ti. —Muy orgullosa. Parece que, mientras Beau da pasos hacia delante, yo los doy hacia atrás—. ¿Te has puesto crema solar?

Pone los ojos en blanco y se dirige hacia mi armario.

—Sí, me he puesto la crema solar. —Comienza a rebuscar entre mi ropa—. Venga, tenemos un día ajetreado.

—¿Haciendo qué? —pregunto, sentándome al borde de la cama, recelosa, y preguntándome si Danny ha estado hablando con ella para pedirle que me tenga ocupada. Sin duda ha sido así.

—Primero tenemos práctica de tiro —dice, resoplando—. ¿Es que no usas nunca ropa de deporte?

¿Práctica de tiro?

—No soy una fanática del gimnasio, Beau. Lo más parecido que tengo a una prenda de deporte es el traje de neopreno, y está en Santa Lucía.

—Entonces esto tendrá que servir. —Saca de la nada unos pantalones de yoga y una camiseta holgada—. Vístete y pilla la pistola.

Me tira la ropa al lado y se saca el móvil de la parte de atrás de las mallas cuando comienza a sonar. Suspira al ver la pantalla.

—¿Tu padre otra vez? —pregunto mientras comienzo a vestirme—. ¿Cuántas llamadas has evitado ya?

Está haciendo todo lo posible por no verle, y soy consciente de que se debe a que le preocupa que pueda hacerla retroceder demasiados pasos.

—Me llama a diario. —Mira la pantalla, inspira de manera visible y contesta—. Papá... —Comienza a pasearse por el cuarto, mirando hacia el techo de vez en cuando—. Lo siento, he

estado ocupada. —Se gira hacia mí y muestra una palma hacia arriba, avergonzada—. Sí, estoy bien. No, estoy bien. —Se lleva la mano a la frente—. Sí —dice con un suspiro—. Esta noche. Vale. —Tira el móvil sobre la cama y hace una mueca—. Me muero de ganas —añade para sí misma, y me dirige una mirada suplicante. No sé por qué, porque no es que pueda hacer gran cosa para ayudarla al respecto.

—No puedes seguir evitándole para siempre.

Parpadea varias veces y parece perder por completo el brillo que había ganado últimamente.

—¿Beau?

Sacude la cabeza y se sienta a mi lado sobre la cama mientras me pongo la camiseta.

—Mi madre me dijo eso mismo la tarde que murió. —Me mira y me dirige una sonrisa triste —. Estaba desesperada porque hiciera las paces con él.

Le cojo la mano y se la aprieto con fuerza. Quizás se esté convenciendo a sí misma de que hace esto por su madre, pero puedo ver a la niña perdida que hay en su interior, esa que se esconde debajo de la policía feroz y de la guerrera.

—¿Cómo está tu tío? —Aún no le conozco y si no supiera lo que sé, pensaría que es un producto de la imaginación de Beau.

—El médico se pasará más tarde. —Saca la mano de debajo de la mía y coge el móvil para escribir algo en la pantalla antes de guardárselo de nuevo en las mallas—. Sinceramente, no sé qué hacer. Se ha metido en su caparazón. Es como si hubiéramos intercambiado nuestros papeles. Él siempre ha estado ahí para mí, obligándome a meditar, intentando ayudarme a levantarme cuando tocaba fondo, cosa que pasó muchas veces. —Se encoge de hombros y se trata de un movimiento improvisado que está muy lejos de serlo—. Es evidente que está conmocionado, pero creo que también se debe a lo que ignora, ¿sabes? No ha recibido ninguna explicación por parte de Dexter ni ha tenido la oportunidad de intentar comprender. Necesita pasar página.

Igual que Beau.

Esa persona a la que quería, en la que confiaba, no solo la traicionó, sino que le dio un golpe, literalmente hablando, que mató a su hijo nonato y la mandó al hospital. Tendrá suerte si su cabeza logra superarlo algún día.

—Espero que los dos logréis pasar página. —Me recojo el pelo húmedo en una cola de caballo, incapaz de enfrentarme a la idea de secármelo.

—¿Estás bien? —pregunta ella, mirándome con el ceño fruncido.

—Estoy bien. —Me dibujo una sonrisa en la cara, sin las ganas ni la capacidad necesarias para soltarle mis penas a mi amiga. Su fuerza está dejando la mía a la altura del betún—. ¿Y tú? —contraataco, evitando el tema.

Me mira, recelosa.

—Estoy bien. El médico me ha revisado esta mañana.

—Pero si ya te vio ayer... —Dos veces: antes y después del tiroteo en el Hiato. Niego con la

cabeza para mí misma. Un tiroteo, cielo santo.

—James está paranoico. —Se pone en pie y se baja la cintura de las mallas un poco para revelar la herida. Ya no está irritada y el moretón se ha desvanecido por completo—. Apenas se nota —murmura.

Yo no diría tanto y, por mucho que las cicatrices visibles desaparezcan por completo, sé que las cicatrices ocultas siempre estarán ahí.

Cojo el bolso, saco la pistola y me pongo unas zapatillas de deporte.

—Lista —declaro, levantando el arma y posando al estilo de *Los ángeles de Charlie*.

Beau se ríe y me imita.

—Nunca mandes a un hombre a hacer el trabajo de una mujer —dice, guiñándome el ojo y, como si nada, me descubro sonriendo sin el menor esfuerzo.

Beau es, verdaderamente, un regalo del cielo en mi vida, y sé que ella se siente igual conmigo. Me inunda una necesidad demasiado intensa y le doy un abrazo, con la esperanza de que se sienta tan agradecida por mí como yo lo estoy por ella.

—Yo siento lo mismo —dice en voz baja, abrazándome, las dos con las armas en la mano.

—Vigila con dónde apuntas esa pistola —le digo con voz seria, pues el nudo en la garganta no hace más que crecer.

Me abraza con más fuerza.

—No está permitido llorar.

—Lo sé.

—Entonces deja de hacerlo —ordena.

Se separa y me limpia la lágrima que me corría caprichosa por la mejilla.

—Lo siento. —Me apresuro a limpiarme la cara—. Sabes en lo que te has metido, ¿verdad? Soy una tiradora terrible. Pregúntale a Danny. —Nos dirigimos hacia la puerta y la abro. Tanque y Furia se dan la vuelta y se pegan a la pared al ver que estamos armadas—. Oh, mierda. —Sacudo la cabeza, levantando la mano en señal de rendición—. No voy a dispararos —les aseguro, aunque me pregunto en serio si una bala llegaría a penetrar en sus cuerpos descomunales. Los dos se relajan—. ¿Cómo tienes el brazo? —pregunto, señalando el bíceps de Tanque con el arma.

Él levanta las manos.

—Señora Black —dice con voz suplicante—, por favor...

—Mierda, perdón. —Bajo el arma y Tanque vuelve a relajarse—. Nos vamos a disparar.

—¿Adónde?

—No lo sé. —Me giro hacia Beau—. ¿Adónde?

—A algún lugar de la propiedad, que es lo bastante grande. —Se dirige hacia la escalera—. No vamos a salir de la mansión, así que no necesitamos escolta.

La sigo, igual que Tanque y Furia, que ignoran su comentario.

—Órdenes estrictas —gruñe el primero—. Ni se enterará de que estamos ahí.

Los miro de reojo mientras nos siguen por el pasillo en dirección a la escalera; son tan anchos que ni siquiera pueden caminar el uno al lado del otro.

—Lo dudo —murmuro.

Después de pasar por la cocina para coger un café cada una, nos encaminamos hacia el jardín. Esther está en uno de los senderos, hablando con una mujer a la que no reconozco. Le estrecha la mano, todo de manera muy oficial, y Bud se encarga de escoltar a la mujer hacia la puerta.

—¿Quién es? —pregunto, señalándola... con la pistola.

—Tenemos que enseñarte de verdad un poco de protocolo de armas —se burla Beau, haciendo que baje el brazo—. Bueno, ¿quién era?

—La he entrevistado para el puesto de ama de llaves.

—Ahhhh —decimos las dos, de manera prolongada, al unísono.

Algo me dice que ha sido otro «no».

—¿Cuántas van? —pregunto, sonriendo cuando Esther me mira entornando los ojos.

—Pensáis que me estoy pasando de quisquillosa.

Me río.

—No creo que te estés pasando de quisquillosa. —Está siendo muy quisquillosa—. ¿Qué problema tenía esa? —Los músculos de mi brazo se aprestan a señalar de nuevo, pero logro mantenerlos bajo control.

—Aún no he logrado identificarlo.

—Bueno —dice Beau—, será mejor que lo identifiques porque, si tú no lo haces, Danny acabará contratando a alguien.

Ella deja caer los hombros.

—Ya, pero yo no le pediría que contratara a alguien para hacer su trabajo.

—¿Cuál? ¿Matar a la gente? —pregunto, riéndome, algo que la madre de Danny no acaba de apreciar, ya que me dirige una feroz mirada a modo de aviso y yo bebo un sorbo de café mientras retrocedo con Beau.

—¿Y adónde vais vosotras dos? —pregunta, echando un vistazo a nuestras manos armadas y acto seguido a nuestros dos agentes de protección personal.

—A practicar el tiro.

—No olvides que los de la compañía de la carpa vendrán luego a hablar sobre el lugar donde montarla.

—No me olvido.

—Y los trajes de los hombres ya se pueden recoger.

—Genial.

—Y vuestros vestidos los entregarán mañana.

—Súper. —Una boda, cualquier celebración, no parece demasiado apropiada en este momento. Hago una mueca y se me revuelve el estómago de nuevo por culpa de la ansiedad, así que la ahogo en café.

—Esto, Rose... —dice Beau, cogiéndome del brazo.

—¿Qué?

Comienza a retroceder, con los ojos muy abiertos.

Confundida, localizo el origen de su temor al ver ante nosotros a Barbie y Cindy, las dóberman de Danny, con el cuello extendido y la mirada fija. No gruñen ni ladran, pero se muestran recelosas y su postura es amenazadora. Mi confusión se multiplica porque ya están acostumbradas a mí, y se han hecho también a Beau, así que ¿qué problema tienen?

—Eh, chicas —murmuro, estirando la mano para que me la huelan.

Ellas gruñen y yo me apresuro a retirar el ofrecimiento.

—Vale, no te muevas —le advierto a Beau, observándolas con detenimiento y evaluando con rapidez nuestras opciones.

—¿Quieres que me quede aquí parada a la espera de que se me coman?

—No te van a comer.

—¿Estás segura? Rose, se están relamiendo, literalmente. Y salivan.

Así es, y es raro. Entonces caigo en ello y miro poco a poco a mi alrededor: Tanque y Furia están petrificados a nuestra espalda, cagándose encima.

—No os mováis —les advierto en voz baja.

No lo hacen. Ni sus ojos, ni ninguna otra parte de sus colosales cuerpos se desplaza un milímetro. Mierda, no sé cómo lidiar con esto.

—Sentaos —les ordeno a las perras, pero no lo hacen. En su lugar, comienzan a gruñir y rugir —. Mierda, creo que solo escuchan a Danny.

—¿Y dónde está Danny? —pregunta Furia desde atrás, con voz temblorosa.

—En el astillero.

—Genial.

—Sentaos —espeto—. ¡Tumbaos! —Pero permanecen inmóviles, con el vello del pescuezo erizado, la mirada clavada en Tanque y Furia. Maldita sea.

«Elegiría a estos chuchos antes que a ti cualquier día de la semana», le dije. «Muy inteligente. Son menos letales que yo», respondió él. El recuerdo me hace sonreír.

—¡Al pie! —ordeno y, a la velocidad del relámpago, las perras saltan hacia mí y se sientan a mis pies como si fueran buenas chicas. Les doy todos los mimos que se merecen mientras oigo a Tanque y Furia exhalar de alivio—. ¡Fuera! —Salen disparadas, ladrando, y yo sonrío.

Aunque son mucho menos letales que Danny, no me gustaría ser receptora de sus mordiscos.

—¿Estás bien? —le pregunto a Beau.

—Yo sí, pero creo que ellos no. —Asiente con la cabeza en dirección a Tanque y Furia, que parecen aterrorizados.

—Pensaba que erais vosotros los que teníais que protegernos a nosotras —digo con una sonrisa antes de darme la vuelta y alejarme, armada con la pistola y el café.

—Tu puntería es absurda —refunfuño, acercándome un paso más a la pared en la que todas y cada una de las latas que Beau ha montado para mí siguen de pie.

Todas. Y. Cada. Una.

Echo un vistazo a su lado de la pared y no hay ninguna porque están esparcidas en un radio de veinte metros, con un agujero.

—Relaja la mano, estás demasiado tensa. —Beau apunta y dispara, sin alinear apenas el tiro —. Si estás demasiado tensa, el golpe hace que te sacudas y falles.

Tanque y Furia muestran su acuerdo, asintiendo con la cabeza a la vez. Bajo la presión de sentirme observada de cerca por mi público, pongo los brazos rectos, pero no rígidos.

—Y aprieta el gatillo —dice Beau en voz baja.

—Aprieto el gatillo —murmuro, y hago justo eso. Se oye un estallido, seguido de un agudo ruido metálico, y una de las latas sale volando por los aires—. ¡Ja!

—¿Lo ves? —Beau se acerca y me coge la pistola—. Nos hemos quedado sin balas. —Mira a los vikingos con una pregunta silenciosa.

Los dos niegan con la cabeza en perfecta sincronía.

—Aguafiestas —digo con una mueca, y en ese momento oigo que Esther me llama. Me protejo del sol con la mano e intento verla, entornando los ojos. Cuando aparece a la vista, suelto un grito ahogado.

—Ay, Dios mío.

—¿Qué? —Beau se apresura a protegerse también la vista del sol e intenta ver lo que ha provocado mi pánico.

—Mi hijo. —¿Qué está haciendo aquí? ¿Cómo ha llegado?

Me dirijo apresurada hacia la casa sin dejar de mirarle. Dios, ha crecido aún más en las semanas que llevo sin verlo.

—¡Rose! —grita Beau.

De repente alguien me detiene y tira de mí hacia atrás. Beau hace que le dé la espalda a Daniel y me quita la pistola de la mano.

—Mierda —murmuro.

—Ahora puedes irte —dice, invitándome con el brazo antes de meterse las dos pistolas en la parte trasera de las mallas.

Continúo dirigiéndome hacia él, contemplándolo de la cabeza a los pies. Lo hago siempre, evaluar cada hermoso centímetro de su cuerpo, cada pelo de su cabeza, cada mota de sus ojos azules.

—Hola. —Me da uno de esos semiabrazos propios de los chicos de su edad, una especie de empujón con el cuerpo mientras un brazo rodea la espalda del receptor. Diría que incluso está más alto...

—Por favor, ¿puedes dejar de crecer? Que me lo pierdo... —Ya casi me ha superado.

Él señala hacia la mansión.

—¿De quién es esta casa? —pregunta, con aspecto aturdido.

Aprieto los labios y miro a Esther en busca de ayuda. Técnicamente es mía, ya que Danny me lo legó todo a su muerte, pero es evidente que no puedo decirle eso.

—La hemos alquilado.

—¿Y quiénes son los hombres que hay por todas partes? —Mira a nuestro alrededor y echa la cabeza hacia atrás al ver a Tanque y Furia.

—Trabajan para Danny. —Mierda, ha sido mala idea. No dejará de hacer preguntas—. ¿Cómo has llegado hasta aquí?

—Esther ha venido a recogerme a la escuela.

—¿En serio?

Esther sonríe y ladea la cabeza. ¿A qué viene esto? ¿Qué está pasando y por qué no me han informado, sobre todo en algo relacionado con mi hijo?

—Voy a preparar hamburguesas para cenar —dice ella, ignorando mi expresión inquisitiva—. ¿Quieres una, Daniel? —No lo puede evitar. No habrá una nueva ama de llaves; disfruta demasiado..., ¿cómo lo llama ella? Perdiendo el tiempo.

—Claro —contesta él, distraído por la mansión—. Es inmensa, tío.

—Daniel, esta es mi amiga Beau.

—Hola, Daniel.

—Hola —dice él sin mirarla siquiera, embelesado.

—¡Eh! —Le doy un toque en el hombro—. Esta es mi amiga Beau.

Daniel aparta su atención de la casa y sonríe, avergonzado.

—Encantado.

—Lo mismo digo. —Beau retrocede, manteniendo fuera de la vista la espalda donde se ha guardado las dos pistolas—. Nos vemos luego, voy a ver cómo está mi tío.

Se lleva la mano a la espalda y se vuelve con sigilo, manteniendo las armas ocultas.

—Espero que esté bien —digo en voz alta mientras Furia pasa a nuestro lado, siguiéndola como si fuera su sombra.

—Hay una entrega para ti —dice Esther, haciendo un gesto hacia el camino de acceso.

—¿Para mí? —pregunto.

Ella se dirige hacia la casa sin decir nada y yo le paso a Daniel un brazo sobre los hombros y echo a andar de vuelta. Me alegro mucho de que esté aquí, me alegro de verle, pero no estoy segura de que sea una buena idea. Pego los labios a su sien y me lleno los pulmones inspirando su olor.

—¿Dónde está el señor? —pregunta, un poco tenso ante mi muestra de afecto.

—Se está ocupando de unos asuntos. —Miro hacia el cielo con expresión dolorida.

—¿Las motos de agua? —pregunta, esperanzado.

—Sí, las motos de agua —canturreo—. Trabaja con motos de agua.

—Hablando del tema... —Esther se detiene ante nosotros y levanta los brazos como diciendo «¡Tachán!».

Me detengo de golpe, aturdida, al ver el todoterreno que sube por el largo camino de acceso tirando de un remolque con dos motos acuáticas.

—¡Cómo mola! —exclama Daniel con un grito ahogado antes de soltarse y correr hacia ellas —. ¡Dios mío, esto es lo más!

Contemplo los dos vehículos relucientes y me obligo a ponerme en marcha para acercarme al remolque mientras se detiene. Daniel bailotea junto a él, soltando sus «¡Ostras!» sin parar. Las dos son negras, las dos son Sea-Doo. Las rodeo, encuentro lo que buscaba y se me encoge el corazón. En su parte trasera, una lleva escrito «Señor» y la otra «Muchacho».

Motos de agua a juego para mi hombre y mi niño.

Miro a Esther, que me sonríe con dulzura antes de entrar en la casa.

—Sorpresa —murmuro, pasmada del todo.

—¡Esto es brutal! —Daniel sigue dando botes al lado del remolque, parece que esté a punto de mearse en los pantalones—. ¿Cuándo puedo sacarla? Oh, Dios mío, ahora sí que voy a ganar al señor. —Se tira sobre mí y rodea mi figura inútil con los brazos—. Gracias, mamá.

—De nada. —No puedo pensar más que en armas, baños de sangre y asesinatos. Le aparto—. Ve a ayudar a Esther, ¿vale? Yo entro enseguida.

Se va brincando mientras un hombre joven se baja de un salto del asiento del conductor. Lleva el pelo largo recogido bajo un pañuelo y los pantalones cortos caídos a medio culo.

—Creo que le han gustado —dice, pasando la mano por el lateral de una de las motos.

—¿Y tú quién eres?

—Leon. —Sonríe—. Tú debes de ser Rose.

—Sí. ¿Qué haces para mi marido?

—Le ayudo a llevar el negocio de las motos de agua, claro.

Leon saca un cigarrillo y lo enciende mientras alza una Converse sucia hacia atrás y se apoya contra el todoterreno. Sin duda pertenece al negocio de las motos de agua.

Me agacho junto a una de las motos y le doy unos golpes en el lateral. No suena hueco, lo cual es un buen comienzo. Me incorporo, pensando, y noto que me miran. Echo un vistazo a la derecha y me encuentro a Tanque observándome con detenimiento.

—¿Tú qué piensas? —le pregunto, haciendo un gesto hacia el vehículo.

—Que mola —gruñe, y yo me río mientras oigo que se abren las puertas de la verja.

Es un convoy de coches en una larga fila india con el Mercedes de Danny y el Range Rover de Brad en el medio.

—Vaya, nada llamativo —refunfuño, cruzando los brazos sobre el pecho.

Los coches se detienen y Danny se baja del suyo como el Dios absoluto que es. Fuerte, poderoso y respetado. Le echo un vistazo de la cabeza a los pies, los pantalones chinos de color beis, la camisa blanca bien planchada, mientras se pone las gafas de sol.

Al verme vacila un instante.

—¿Me he metido en un lío? —pregunta mientras los hombres se dispersan.

Danny está parado junto a una cantidad tan grande de coches ostentosos que podría tratarse de la flota de escoltas del presidente.

Hago un gesto hacia el remolque y hacia la casa.

—Daniel está aquí.

—Lo sé.

—¿Y te parece buena idea?

—Solo sé que es una mala idea que no le veas. —Se me acerca poco a poco, un tanto cauteloso—. Estás rara... —Me pone la mano en la frente con expresión preocupada.

—Me siento un poco indispuesta —admito—. Quizás tenga algo que ver con el hecho de que muchísimos hombres quieren a mi marido muerto o... muerto.

—Ya te lo he dicho, soy invencible. —Me pasa el brazo sobre los hombros—. Entonces has conocido a Leon.

Levanto las cejas al pensar en ese chico tan bohemio.

—Por su pinta creo que encajará a la perfección —murmuro.

Danny se ríe, consciente de que no me refiero al apartado armamentístico de su negocio, y que ese es el motivo exacto por el que lo han contratado. Es perfecto para su fachada. Pero lo que me pregunto es: ¿sabe Leon lo que tendrá lugar además en el astillero? Pues claro que sí, seguro que estaba allí hoy, cuando ha llegado la entrega de Danny.

—Me llevo estas de vuelta al terreno, Jefe D —dice Leon, que me dirige otra sonrisa impertinente y se inclina—. Encantado de conocerla, señora Black.

—Lo mismo digo, Leon —contesto, observándole subir de nuevo al todoterreno, lleno de energía, y ponerlo en marcha.

Danny me conduce hacia la mansión, con Tanque pisándonos los talones.

—¿Qué has estado haciendo esta mañana?

—¿Qué has estado haciendo tú? —replico, cogiéndole la mano que cuelga sobre mi hombro.

—Ya sabes lo que he estado haciendo. —Se sube las gafas y levanta las cejas para dirigirme una mirada de advertencia—. Ahora contesta a mi pregunta.

Hago una mueca.

—Beau ha estado dándome una clase magistral de tiro.

—Oh...

—Sigue dándoseme fatal.

Él se ríe con mi risa favorita, esa que es pura y real. Al entrar en la cocina nos encontramos a Daniel arremangado, dispuesto a meter las manos en un cuenco de carne picada.

—¡Eh, señor! —canturrea. Se le han iluminado los ojos al ver a Danny.

—Eh, chaval. —Danny saca un taburete, me empuja a sentarme en él y se dirige a la nevera para coger una botella de agua. Al pasar le alborota el pelo a Daniel y le da un beso en la mejilla

a Esther, que está picando cebollas—. ¿Qué te han parecido las motos? —Danny se acomoda en el taburete frente al de mi hijo, me pone una mano en el muslo y se lleva el agua a la boca con la otra.

—Mola un huevo, tío. —Danny hunde las manos en la carne y comienza a mezclarla con las cebollas cuando Esther las vuelca en el cuenco desde la tabla de cortar—. Gracias, señor.

—De nada. ¿Las inauguramos pronto?

—¿Cuándo? —pregunta él, tan ansioso como yo esperaba—. ¿Ahora?

Danny se ríe mientras rompo a sudar. ¿Daniel en el astillero?

—Quizás la semana que viene —digo para apaciguarlo, mientras noto la mirada divertida de Danny sobre mí. Me alegro de que esto le parezca gracioso—. Danny está ocupado —añado.

Ocupado planeando muertes.

Le echo un vistazo a Esther, que sonríe mirando las cebollas. Ha sido una idea terrible. ¿Por qué soy la única persona por aquí que parece haberse dado cuenta? ¿Y qué demonios han pensado Hilary y Derek sobre el hecho de que mi suegra se presentara a recoger al niño? Deben de haberse quedado con un montón de preguntas. A menos que...

Miro a Danny a mi lado, entornando los ojos. Él me devuelve la mirada con el rabillo del ojo mientras traga más agua; está claro que el tráfico de armas y el asesinato dan sed.

—¿Qué? —pregunta.

—No lo has secuestrado, ¿verdad? —susurro.

Él pone los ojos en blanco.

—No, no he secuestrado a nuestro crío.

Cuando se refiere a él como nuestro crío, de repente me olvido de las circunstancias en las que ha llegado Daniel. Es nuestro crío. Se me encoge el corazón de tristeza y felicidad. Por supuesto que quiero que esté aquí. Le quiero aquí en todo puto momento, y sin embargo sé que es imposible.

Me suena el móvil y Danny mira la pantalla.

—¿La puerta?

—Será la empresa de la carpa. —Contesto y le indico a Bud que los mande al edificio principal—. Los recibiré en el camino de acceso. —Cuelgo y miro a mi marido—. Me alegro de que hayas vuelto —digo, y él me mira con temor.

—¿Por qué?

—Necesito que me ayudes a decidir dónde irá la carpa. —Sin duda detecto un descenso milimétrico en sus hombros—. Venga —me apresuro a decirle antes de que pueda poner pegas.

Me levanto y me dirijo hacia la puerta de la cocina, donde me encuentro con Ringo y Otto, cuyas figuras llenan el umbral y me impiden escapar. Buscan con la mirada a Danny, y, al volver yo también la vista, veo que él asiente ligeramente y se pone en pie.

—Dijiste que me ayudarías —gimoteo, desanimada.

—No, fuiste tú la que dijiste que te ayudaría.

—Yo te ayudaré —canturrea Daniel, con los dedos untados de carne pegajosa.

—Y yo —mete baza Esther, con la voluntad descarada de aplacarme. Su oferta me parece fantásticas, pero no me voy a casar con ella y sería bonito que mi marido se involucrara en algún apartado de los planes para la boda.

—¿Lo ves? —murmura Danny al acercarse, hundiendo los dedos en mi pelo y besándome la frente, en otro intento por apaciguarme—. Solucionado. —Se aparta y yo trago saliva, incapaz de mirarle a los ojos. Podría echarme a llorar, qué estúpida soy.

—Vale —cedo, apartándome y girándome para esconder la cara, pero doy un solo paso antes de que me detenga y su mano enorme y letal me rodee el antebrazo—. He dicho que vale.

Un tirón veloz me trae de vuelta de cara a él, pero mantengo la vista baja, haciendo fuerza para que la capa vidriosa que cubre mis ojos desaparezca de una jodida vez. Una carpa, por el amor de Dios. ¿Qué mosca me ha picado? Danny me coge el mentón con los dedos e intenta levantarlo, pero me resisto y me esfuerzo todo lo posible para que no me haga mirarle.

—Rose... —dice él con voz grave y amenazadora. Trago saliva y levanto la vista. Sus ojos gélidos son ranuras molestas, pero no tarda en relajar la presión con la que me está agarrando y hace lo mismo con la mirada. Respira hondo y asiente con la cabeza—. Necesito media hora —dice, mirándome, y por un momento creo que me está pidiendo esa espera a mí, pero entonces Ringo y Otto salen de la cocina y me doy cuenta de que les hablaba a ellos. Se agacha y me da un mordisco en la mejilla—. Venga —susurra, pasándome el brazo alrededor del cuello y estrechándome contra sí—. Vamos a hablar de carpas.

Sonrío, acomodándome contra su costado. Me ha elegido a mí.

—No tardaré mucho, Daniel —digo, mirando a mi hijo... que no me presta la menor atención, concentrado como está en la mezcla para las hamburguesas. Es evidente que le encanta estar con Esther, quien se encuentra como pez en el agua haciendo de abuela.

Al llegar al camino de acceso saludo al hombre que está mirando la fachada de la mansión.

—Usted debe de ser Franz.

—Rose —dice, aceptando mi mano.

—Gracias por venir con tan poca antelación.

—No hay problema. Ha tenido suerte de que hayamos tenido una cancelación.

—Este es Danny, mi marido.

—Un placer —dice Franz, ofreciéndole la mano—. Futuro marido, ¿no?

—Correcto —contesta Danny, que acepta y le estrecha la mano mientras le examina—. ¿Eres de aquí?

—De Naples, en realidad.

—Menudo viaje te has pegado. —Danny le suelta la mano y se la mete en el bolsillo—. ¿Procedemos? —Comienza a caminar hacia el lateral de la casa—. Había pensado en ponerla al lado de la piscina.

—¿Has estado pensando en ello? —le pregunto, siguiéndole con Franz.

—Está al lado del patio principal, tiene sentido. —Vuelve la mirada hacia mí—. ¿Habías pensado en otro sitio?

—No.

—Pues al lado del patio principal. —Se detiene poco a poco y señala hacia el césped—. Allí.

—Genial. —Franz coge una cinta de medir y empieza a anotar—. Entiendo que habrá acceso a electricidad.

—Allí —digo, señalando un enchufe exterior.

—Perfecto. Tendremos que acceder el día antes para prepararlo todo.

—No hay problema. —Danny se sienta sobre el muro bajo que bordea el patio.

—¿En qué tipo de iluminación habían pensado?

—Eso se lo dejo a mi esposa —dice él.

—Futura esposa —le corrige Franz y Danny me mira mientras una sonrisita comienza a curvarle la comisura de los labios.

—Correcto —acepta Danny en una voz tan baja que apenas se le oye—. Futura esposa. —Cruza los tobillos y se pone cómodo.

Yo entro en acción para confirmar los planes, la iluminación, la disposición de las mesas, la funda de las sillas, todo, mientras él alborota un poco a las perras.

—Al menos podrías fingir que te interesa —farfullo, metiéndome a la fuerza entre Barbie y Cindy.

Él manda que se alejen y observa que Ringo se acerca por nuestra espalda.

—Ahora tengo que irme de verdad. —Se pone en pie y me besa en la mejilla—. Lo tienes todo controlado. —Y se aleja, hablando en voz baja con Ringo.

¿En serio? ¿Seguro que lo tengo todo controlado? Porque con cada día que pasa estoy perdiendo más el control.

Espero a que desaparezcan a la vuelta de una esquina antes de seguirlos y me asomo al otro lado de la casa al llegar allí. Un coche aparca, Brad se baja y se dirige directo a la parte de atrás. Unos segundos después sacan a rastras del asiento trasero a un hombre que protesta entre gemidos: es el detective que vino aquí cuando la desaparición de Danny, el que nos pidió que identificáramos su cuerpo. Spattle... Spittle. Pensaba que Danny y él se llevaban bien.

—Por el amor de Dios —murmuro, viendo que Brad lo hace entrar a la fuerza en la casa con una pistola pegada a la sien—. Esto no está bien, joder. —Que Dios ayude a esta gente si Daniel ve algo que no debería.

—¿Rose?

Aprieto los dientes y me saco una sonrisa de la nada antes de volverme para encarar a Tanque.

—Sí, vale —farfullo—. Estoy espiando a mi marido.

Regreso junto a Franz y le explico el resto de los planes con la cabeza en otro lugar y el estómago revuelto de nuevo de una manera terrible. Cuando terminamos, después de dejarlo en

manos de Bud para que le acompañe a la salida, me apresuro a entrar en la casa y evito la cocina, para no encontrarme con Esther y Daniel. Tengo el estómago fatal.

—Estoy bien —le digo a Tanque, que sigue mi ritmo rápido. Irrumpo en la habitación, la atravieso a toda velocidad y, nada más entrar al baño, comienzo a vomitar por todas partes con unas arcadas sonoras, que me sacuden el cuerpo—. Dios... —lanzo un grito ahogado entre una arcada y otra, arrancando un poco de papel higiénico para limpiarme la boca.

—¿Seguro que bien?

Me giro y me encuentro a Tanque en el umbral, haciendo una mueca con la mirada puesta en el retrete.

—No se lo digas a nadie —le ordeno con brusquedad. Lo último que necesito es que Danny piense que no soy lo bastante fuerte para enfrentarme a todo. Detesto esto..., pero tengo que superarlo. Tengo que seguir siendo fuerte—. Maldita sea —susurro.

Me encierro en el baño y tiro de mis últimas fuerzas para recomponerme antes de bajar y estar con Daniel.

Tiene que parecer que estoy bien, y no solo por mi marido.

Capítulo 11

JAMES

—¿Dónde lo tenéis? —le pregunto a Brad mientras le sigo hacia el despacho de Danny, abrumado por la necesidad de matar a alguien.

Él se ríe camino del mueble bar y se sirve un whisky mientras cierro la puerta con una mueca de desdén clavada en la cara.

—No te lo voy a decir. —Se vuelve, sonríe al ver mi rabia apenas contenida—. Quizás deberías quemar un poco de energía en el gimnasio.

Me dejo caer en una silla.

—Preferiría quemarla con Spittle. ¿Por qué sigue vivo?

—Spittle es una de esas cosas que todo el mundo odia en esta vida, pero que sirven a su propósito y por eso hemos de conservarlas. —Brad se bebe el vaso de un trago—. Es como los dedos de los pies: todos los odiamos, pero los necesitamos.

Comienzo a tamborilear con los dedos sobre el muslo cubierto por los vaqueros mientras mi mente planea todas las maneras en las que voy a matar a Spittle, porque va a morir de una forma o de otra, hoy o mañana. Brad se sienta a mi lado y me pasa un vaso. Presiento que se acercan unas palabras apaciguadoras. Sé tres cosas acerca de Brad Black: tiene un sentido del humor enfermizo, es un asesino a sangre fría y prepara mucho sus asesinatos. Un poco como Danny Black... y como yo. El reflexivo es el más letal de los asesinos. El que juega con su presa, prolonga su tortura y estira la emoción. Pero en este momento no parece que reflexionar esté a mi alcance. Ha sido así desde que Beau se convirtió en mi destino. Solo deseo matar a todos los cabrones que representen una amenaza y acabar con esto para pasar página y sellar la paz que nos está dando esquinazo a Beau y a mí. Aunque técnicamente siga muerto, no duraré mucho así con Danny causando maremotos en el submundo criminal.

—Respira —dice Brad en voz baja mientras bebo el vodka de un trago—. O bebe.

La puerta se abre a nuestra espalda y los dos estiramos el cuello para ver a Goldie detenida en el umbral.

—¿Qué pasa? —pregunto, y ella se aparta para revelar a Beau.

Verla me produce armonía y exhalo, admirando su cuerpo ágil envuelto en licra. La he instado a que hiciera ejercicio con suavidad, he remarcado lo importante que era, y las buenas condiciones físicas de su cuerpo han hecho que lo llevara bien; la memoria muscular ha ayudado.

Hago un movimiento rápido de cabeza para que se acerque y voy a recibirla al centro de la

habitación.

—¿Qué pasa? —le pregunto, ahuecando las manos en torno a su cabeza antes de darle un beso en la coronilla e inspirar, con los ojos cerrados, relajándome. Aunque pensaba que olería a sudor, no es el caso, y solo me llega su embriagador aroma frutal, que me produce paz.

—Necesito más balas —dice, con toda la normalidad, de manera directa y sin vacilaciones.

Me callo y abro los ojos de golpe. Veo a Goldie, que permanece en la entrada del despacho junto a Furia, mientras los dos fracasan estrepitosamente a la hora de ocultar lo divertida que les resulta la situación. A mi espalda Brad suelta una risita. Sí, es jodidamente gracioso.

Me aparto, aunque es evidente que lo hago a regañadientes, y le dirijo una mirada cautelosa. Ella también está fracasando a lo grande en su intento por ocultar una sonrisa. Me coge las muñecas y me separa las manos de su cara.

—¿Has tenido un buen día? —pregunta.

¿Yo?

—Me interesa más el tuyo.

—Rose y yo hemos hecho práctica de tiro.

Todo mi ser parece desinflarse y Beau comienza a masajearse la muñeca.

—Tómatelo con calma —le advierto, reemplazando su mano con la mía. Le froto la muñeca con suavidad mientras la conduzco hacia el sofá y le indico que se siente con la cabeza.

Ringo y Otto entran en el despacho, y Brad se pone en pie.

—Se lo han llevado al jardín —gruñe Ringo—. Algo relacionado con la boda.

—Puta boda —murmura Brad—. Es la peor idea que ha tenido nunca.

—Al parecer, los trajes están listos —dice Otto, lo que lleva a que Ringo se mire el cuerpo.

—No sé qué tiene este de malo.

—Que no es un esmoquin.

Ringo mira a Goldie.

—¿Tú tienes un traje nuevo?

Espero que ella se ponga en plan psicópata por la incesante e inexplicable necesidad de Ringo por irritarla. En cambio, en su lugar, Goldie levanta la barbilla.

—No. De hecho, tengo un vestido. —Entorna los ojos con rapidez, desafiando a que cualquiera de los hombres presentes la cuestione; por supuesto, nadie lo hace. Ringo ha aprendido la lección..., casi.

Pero... ¿un vestido? ¿Goldie?

Beau se ríe a mi lado y yo le dirijo una mirada de interés. Ella se encoge de hombros.

—Sobre las balas...

—Estoy viviendo en una versión retorcida de *La casa de la pradera* —espeta Brad—. Me voy a pegar unos *drives* a la pista de tenis. Avisadme cuando Romeo haya acabado de apaciguar a Julieta.

—Eso díselo a Rose —grita Beau con una carcajada.

—Y una mierda —le contesta él, abriéndose paso entre sus hombres... y mujer.

—Bueno, las balas.

Las quiere de verdad. Es la tercera vez que me las pide y estoy preocupado, sobre todo después de que estuviera a punto de pegarme un tiro cuando descubrió que estuve presente la noche de la muerte de su madre. Exacto, a punto, porque si ella no hubiera tenido la muñeca rota, yo no estaría aquí sentado en estos momentos. Además, puesto que no tiene reticencias a la hora de darle al gatillo cuando está conmigo, quizás tendría que repensar mi deseo de hacer que pueda protegerse. Estar en una relación con Beau Hayley es peligroso en todos los sentidos.

—Nada de balas —digo, levantando la mirada y les hago un gesto a Goldie y Furia para que salgan: yo me encargo de esto por ahora.

Goldie cierra la puerta y devuelvo mi atención a Beau.

—¿Cómo está Lawrence?

Ella languidece ante mis ojos, lo cual me dice todo lo que necesito saber. Tampoco es que me haga falta su reacción; sé de buena tinta —concretamente, por el médico— que Lawrence sigue en su suite aquí, en la mansión Black, sin comer y sin hablar.

—No lo sé —contesta Beau con un suspiro—. Hoy no me ha dejado entrar en su habitación. Se ha encerrado allí y ni siquiera sé si se está tomando lo que le ha recetado el médico.

—Lo averiguaremos. Vamos a... —Capto la ola de incertidumbre que atraviesa su expresión.

—He aceptado cenar con mi padre esta noche.

Me aseguro de ocultar la mueca porque sé que le va a dar pavor. Yo no le caigo bien y tampoco es que sea su mayor fan. Lleva demasiado tiempo ausente en la vida de Beau, no estuvo allí cuando ella le necesitaba. ¿Acaso cree que por haberse presentado en el hospital cuando Beau recibió el balazo, haciéndose el importante con sus exigencias, podrá reparar los años en que se quedó corto? No es así. Ahora es otro motivo de estrés para su hija, y eso hace que el muy egoísta me caiga un poco peor. Es algo mutuo, por supuesto. Aun así, no podría haber gestionado las cosas en el hospital de manera diferente por mucho que hubiera querido. No podría haberme mostrado civilizado, ni con él, ni con nadie.

—Quiero saber dónde, a qué hora y quién estará allí.

Mis exigencias no la sorprenden.

—Me mandará un mensaje de texto.

—Bien. Vamos a ver cómo está Lawrence. —Me apresto a ponerme en pie, pero ella me empuja de nuevo contra el sofá y se sube a horcajadas sobre mi regazo. Vaya...

—Beau... —le advierto con rudeza.

No es el momento ni el lugar. Tengo a Danny en pie de guerra, a Brad enfurruñado, a Lawrence escondido y a Spittle esperando a que le mutile.

—¿Qué? —susurra ella, bajándome las manos por el torso y abriéndome la cremallera al llegar a los pantalones.

Aguanto la respiración, buscando un poco de fuerza de voluntad con la que resistirme.

—Tengo que hacer cos... —Me cruje la espalda al arquearla cuando ella me mete la mano en los calzoncillos y me la coge—. Oh, mierda.

Mis piernas se enderezan y unas manchas negras dificultan mi visión. Pues claro que no puedo rechazarla, nunca lo haré. Estos últimos días ha estado muy bien, ¿quién soy yo para entorpecer sus avances?

Así que aprovecho este momento precioso para estar cerca de ella, paso la yema del dedo por la cintura de sus mallas de deporte. Con las manos sobre mi pecho, se inclina hacia mí y me recorre la cara con la mirada.

—Quiero mirarte, antes de nada. —Me besa la comisura de la boca y hasta la última gota de mi sangre comienza a hervir—, quiero sentirte.

—El ejercicio te sienta bien.

Me dedica una sonrisa pícara y muy reveladora: me tiene y lo sabe.

—Preferiría hacer ejercicio contigo. —La palma de su mano se desliza por mi vara con hermosa facilidad.

Desde que se derritió de aquella forma tan épica en el Hiato, el sexo entre nosotros ha subido sin duda un nivel... o veinte. Aun así, sigo teniendo cuidado, mostrándome cauteloso y preocupado por el daño a largo plazo. Sin embargo, cuando me mira como ahora —con la mirada relajada y cargada de sexo, y su cuerpo volándome la cabeza—, el animal que llevo dentro ruge para expresar su deseo.

—¿Quieres hacer ejercicio? —pregunto, levantándome del sofá, con Beau pegada al cuerpo. La sostengo por el culo con una mano y la llevo hasta el escritorio de Danny (que Dios me perdone), donde aparto algunas cosas antes de hacer que se siente sobre el borde—. ¿Aquí? —pregunto, empujándole el pecho para que se recueste sobre la madera.

Su «sí» susurrante, desesperado, es apenas inteligible entre el sonido pesado de nuestras respiraciones.

—Pero si me has tenido esta mañana mismo...

Cojo su sujetador deportivo y lo estiro sobre su cabeza, hasta que el elástico pasa a contener sus brazos a la altura de las orejas.

—Ábrela —le ordeno, y cuando separa los labios le meto la tela en la boca sonriendo—. Muerde.

Ella aprieta los dientes, una satisfacción salvaje llena sus ojos cuando ahueco las manos contra sus tetas suaves y espectaculares. Beau arquea la espalda, ofreciéndomelas, así que me agacho y tomo un pezón entre los dientes, lo muerdo con suavidad mientras aprieto y moldeo su carne. Su gemido amortiguado llena la habitación y los sonidos de su ansia alimentan la mía. Cojo las mallas y se las bajo hasta las pantorrillas; acto seguido le levanto las piernas y me paso los pies atados por encima de la cabeza. La admiro en toda su extensión, cada poro alucinante de su espectacular cuerpo. Se me hace la boca agua por probarla, la piel me zumba por su contacto, mis ojos tienen hambre de verla agitarse y retorcerse, mis oídos están desesperados por oír más

gemidos de los suyos y mi nariz se ve bombardeada por el aroma pesado de su deseo. Me saco la polla, le pongo una mano sobre cada muslo y tiro de ella para que se deslice por el escritorio hasta que la cabeza hinchada y dolorida de mi erección se encuentra con la carne cálida y palpitante de su coño. Ella se sacude y yo tiemblo mientras entro con suavidad en su interior.

—Joder —siseo de manera entrecortada. Ella abre mucho los ojos, la tela del sujetador deportivo se tensa cuando se pelea con su ligadura—. Eres una sensación increíble.

Con la parte posterior de sus piernas pegada a mi pecho y los brazos inmovilizados se encuentra a mi merced, el lugar exacto en el que ella deseaba estar: perdida aunque recordando y haciendo que la oscuridad retroceda. Esa idea pone en marcha mis caderas, que empujan, bombean, se hunden en ella una y otra vez hasta que pierdo la cabeza y solo pienso en Beau. Es algo más seguro para todos. Cierro los ojos, ladeo la cabeza hacia el techo y dejo que la naturaleza se adueñe del momento, empotro mi cuerpo contra el suyo, roto hacia lo alto, entro hacia lo más profundo, tomando aire sin cesar. Estoy en otra dimensión, he perdido la cabeza. Mi cuerpo se encuentra en piloto automático a la busca de la liberación y no hago más que jadear.

Me corro con un grito tenso, mi entrepierna golpea contra la parte trasera de sus muslos y abro los ojos de golpe. Parpadeo repetidas veces y contraigo los músculos del vientre. Su grito sofocado me indica que también ha llegado al final y me venzo hacia delante, prácticamente me doblo por la mitad, esforzándome por respirar.

—Dios —susurro, y mi rostro encuentra lugar en su cuello sudado—. ¿Estás bien?

Responde con un balbuceo; suena saciada y feliz, sus muslos inertes en torno a mi torso.

—¿Esperabas que alguien entrara y nos sorprendiera? —pregunta.

Me incorporo un poco para verla. Está mirando el techo, jadeando, así que le acaricio la mejilla con la nariz para obtener su atención. Parece mareada y agotada.

—Ya no tengo la necesidad de que me vean. —Le doy un beso duro y profundo, con toda la pasión que siento por ella y por nadie más que ella—. Siempre y cuando tú sí lo hagas.

—Te veo. —Me muerde el labio con fuerza, arrastrándolo por los dientes, y yo suelto una dulce queja con los ojos clavados en los suyos hasta que libera mi carne—. ¿Hay alguna noticia sobre Dexter?

Nada mejor para aniquilar la pasión.

—No. —Me deslizo hacia fuera y me aparto de entre sus piernas, sacando un pañuelito de papel de la caja que hay encima del escritorio de Danny para limpiarla antes de subirle las mallas de nuevo—. No ha habido ningún avance.

Mi mente transmite palabras a mi boca y no tengo el menor control sobre ellas. Recuperar el cuerpo de Dexter era una prioridad, pero entonces descubrimos que el hijo de Spittle dirige el banco en el que la madre de Beau tenía una caja de seguridad y los rusos nos tendieron una emboscada en el Hiato. Por supuesto, este último hecho subió a lo más alto de nuestra lista de prioridades.

Tiro de Beau para ayudarla a levantarse y le bajo el sujetador deportivo.

—Venga... —Me agacho y comienzo a juntar las cosas que he despejado del escritorio de Danny, y Beau me ayuda.

—¿Quién es este? —pregunta ella al recoger el retrato de Spittle y su familia, examinándolo.

—Nadie. —Se lo arranco y vuelvo a dejarlo sobre el escritorio, y acto seguido la cojo de la mano y la saco del despacho.

—Nadie, seguro... —murmura.

La ignoro y me dirijo hacia la cocina para pedirle a Esther la llave maestra. Al llegar a la habitación de Lawrence, Beau guarda un silencio ansioso. Desbloqueo el cerrojo pero, al intentar abrir la puerta, esta no cede.

—¿Lawrence? —llamo, añadiendo algo de fuerza a la presión—. Ha puesto algo contra la puerta.

—¿Qué?

Me esfuerzo, empujando el panel de madera con el hombro.

—Por el amor de Dios...

—¡Lawrence! —grita Beau, que comienza a dejarse llevar por el pánico—. ¡Lawrence, déjanos entrar! —Golpea en la puerta, al lado de mi cabeza—. ¡Lawrence!

Su urgencia alimenta la mía, pero no consigo hacer que la puta puerta se desplace. ¿Con qué coño la ha trabado?

—¿Cuándo ha venido el médico? —le pregunto.

—Antes.

—¿Necesitan ayuda?

Miro hacia el fondo del pasillo y veo a Furia, que acaba de salir de su habitación.

—Sí, abre esta puerta. —Le doy una patada y tiro de Beau para apartarla del camino de este toro que está a punto de cargar.

—Date prisa —ordena Beau, frenética, mientras se le quiebra la voz—. Por favor, date prisa.

—Eh... —La hago girar contra mi pecho y la abrazo con fuerza. Miro a Furia por encima de su cabeza, indicándole con los ojos que lo haga y que lo haga rápido: algo va mal—. No pasa nada. Estoy seguro de que no pasa nada.

Furia retrocede todo lo que le permite el pasillo y comienza a correr veloz. Su hombro produce un estallido ensordecedor al golpear contra la madera. La puerta no cede y, por inapropiado que sea, me alegro porque si a Furia le cuesta significa que no tendré que añadir los kilos de más que pensaba a mis sesiones de levantamiento de pesas. Él me mira con el ceño fruncido, es evidente que está pensando lo mismo que yo: ¿qué coño hay al otro lado de esta puerta?

—¿Hermano? —gruñe Tanque, que aparece al final del pasillo.

Sí mejor que uno. Y, si no pueden mover la puerta, tendré que romper una ventana y trepar por la fachada de la casa.

—Ayúdame —ordena Furia, esperando a que su hermano se sume a él.

Ambos corren hacia la puerta como dos rinocerontes, chocan contra ella y la sacan de sus bisagras. Una colección de golpes suena dentro de la habitación mientras Furia coge la puerta y la aparta del umbral, apoyándola contra la pared.

Una montaña de muebles nos saluda: armarios, baúles, sillas.

—Pero ¿qué coño? —murmura Tanque, avanzando entre la pila, apartando muebles como si fuera una quitanieves en una carretera bloqueada.

—Ay, Dios mío, ¿qué...? —susurra Beau—. ¿Qué pasa? —Intenta seguirle, pero la cojo con un mal presentimiento.

—Beau... —La hago retroceder y miro a Furia—: llama al médico —le ordeno, y él sale trotando con pasos pesados—. Espera aquí. —Le dirijo una mirada que sugiere que habrá consecuencias nefastas si me ignora.

—Vete a la mierda, James. —Se agacha, esquiva la mano con que intento sujetarla y entra en la habitación—. ¡No, Dios mío!

—Hostia puta —le oigo decir a Tanque con un grito ahogado.

Entro en la habitación como una bala, y me encuentro a Lawrence en la cama, con una bolsa de plástico en la cabeza, su cuerpo sin vida rodeado de frascos de pastillas.

—¡No! —chilla Beau.

—Mierda. ¡Quítale la bolsa! —La cojo y la saco a rastras de la habitación—. ¡Rose! —grito, sujetando sus brazos y piernas pese a las sacudidas. Ni siquiera sé si Rose está aquí arriba—. ¡Rose! Beau, cálmate... —Oigo pasos al frente y Rose aparece con Esther, las dos sin aliento—. Rose, por favor, llévatela —le suplico mientras Beau llora y grita entre mis brazos, golpeándome el pecho sin parar.

—¿Qué ha pasado? —pregunta nuestra anfitriona, que llega corriendo por el pasillo horrorizada por el estado en el que se encuentra Beau—. Beau, bonita, vamos... Ven conmigo. —Rose me mira, alarmada, con ojos inquisitivos, y yo vuelvo la mirada hacia la habitación de Lawrence. Ella lanza un grito ahogado al ver al tío de Beau—. Mierda, joder. Vale, Beau, necesito que vengas conmigo.

No permite que la pelea que le ofrece el cuerpo de su amiga la disuada y forcejea con sus brazos, soportando los golpes constantes y trastornados.

—¡Beau, escúchame! —grita Rose, y ella se queda quieta, pero su respiración sigue agitada. Levanta la mirada con un sollozo de desesperación—. Se pondrá bien —le dice mientras se la lleva hacia su habitación ya sin resistencia—. Te lo prometo. —Mira a Esther, que las observa aturdida—. ¿Te asegurarás de que Daniel esté bien?

Una frase que, en realidad, quiere decir que mantenga al niño alejado de la puta carnicería que está teniendo lugar en esta casa.

Resoplo y me paso las manos por la cara. Le ha dicho que se pondrá bien; creo que Rose acaba de hacer una promesa que no podrá cumplir.

—¡Mierda! —grito, golpeando la puerta contra la que acaban de cargar los gemelos, y la tiro

al suelo.

Trato de controlarme y mantener la cabeza fría. Se están ocupando de Beau, así que... Me dirijo furioso hacia la cama y veo a Tanque con la oreja pegada a la boca de Lawrence y sus dedos en la muñeca del hombre.

—¿Y bien?

—Respira, pero su pulso es débil.

Exhalo, aliviado, mientras examino la escena e intento evaluar a qué nos enfrentamos con exactitud. Veo un montón de frascos de pastillas y fotos desperdigadas por todas partes.

—Ya estoy aquí —anuncia el médico, que entra a toda prisa con su maletín, seguido de Furia con otras dos bolsas pesadas en las que lleva su equipo—. Cielos.

Se pone a trabajar de inmediato mientras Tanque y yo nos apartamos, sin poder ser de utilidad. Llevaba semanas sin ver a Lawrence. Era un hombre delgado, todo brazos y piernas, pero la pérdida de peso ha sido dramática y compruebo que sus extremidades se han vuelto huesudas. Es una visión impactante que no me provoca el menor placer.

Me obligo a apartar la mirada y comienzo a pasearme por la habitación. Tengo muchas ganas de volver al lado de Beau, pero no sin la noticia que sé que necesita. El médico no insistirá en que vayamos a un hospital, sabe que no es posible, ya que tanto Danny como yo se lo dejamos claro al traernos a un profesional jubilado de la medicina a nuestro mundo; además, él aceptó con la condición de que le proporcionáramos todo lo que pudiera necesitar en cada eventualidad y así ha sido.

—Tendré que hacerle un lavado de estómago —dice el médico, enganchando una bolsa de fluidos al cabecero de la cama.

—¿Vivirá? —le pregunto, y mi tono es tan directo como el mensaje.

—Vivirá —contesta él, sacando un tubo de goma de una de sus bolsas y aplicando una especie de gel a lo largo del mismo—. Le he visto hace apenas un par de horas. —Asiente con la cabeza en dirección a la montaña de muebles junto a la puerta—. Habrá tardado un rato en construir la barricada, y no ha vomitado.

Asiento con la cabeza, y me dirijo hacia la puerta.

—¿Os importaría...? —les digo a Tanque y Furia, indicando los restos esparcidos de la barricada de Lawrence. Ellos asienten y se ponen manos a la obra—. Mantenedme informado.

Me dirijo a la habitación de Rose y Danny y entro sin llamar. Beau está acurrucada en la cama, sollozando, con Rose abrazándola. Levanta la vista y me mira a través de sus ojos vidriosos.

—Se pondrá bien —me apresuro a decir, con la esperanza de tranquilizarla, aunque no se me ocurre la manera de seguir adelante sin que alguien vigile constantemente a Lawrence, y no voy a permitir que Beau sea esa persona.

Ella deja escapar un gemido de dolor y se baja de la cama para acercarse a mí y pegar su cuerpo contra el mío. La abrazo, notando su alivio tal y como sus lágrimas me empapan la

camiseta. Doy gracias a Dios porque lo hayamos encontrado a tiempo, y sé que Beau se crucificará por lo que ha pasado. Hemos estado al menos diez minutos sobre el escritorio de Danny, perdidos ambos en nuestro placer... mientras Lawrence intentaba suicidarse.

Reprimo la rabia antes de que me consuma. Beau estaba tan bien... Preocupada aún por su tío, sí; preguntando por Dexter, sí, pero últimamente su espíritu perdido había comenzado a despertar, y eso había representado un consuelo para mi alma desolada. Esto la hará retroceder, y no puedo más que sentirme resentido hacia Lawrence por ello.

—Venga... —le digo con suavidad, separándola de mí antes de dirigirle a Rose un asentimiento agradecido.

Ella me hace saber con un gesto de la mano y una sonrisa que no ha sido nada. Sin embargo, sus ojos de color azul oscuro no acompañan esa sonrisa. Como es natural, podría ser a causa de la situación, pero ahora que me siento más equilibrado, me doy cuenta de que está un poco pálida. Le dirijo una mirada inquisitiva y ella la rechaza de nuevo con un gesto del brazo.

—Me llevo a Beau para que se acueste —señalo, sacándola de la habitación.

—Estaré aquí si me necesitáis.

Vuelvo la vista y veo que se dirige al baño. Cierra la puerta y un par de segundos más tarde se oye la cisterna. Me parece demasiado pronto para que pueda haberla utilizado y eso me hace sospechar, pero no es un buen momento para interrogarla, así que archivo mis observaciones para comentárselas luego a Danny.

—Rose está en el baño —le digo a Tanque al pasar—. Dile a Furia que Beau va a acostarse un rato.

—Quiero verle —dice ella, resistiéndose.

—No. —La levanto en volandas y la pego contra mi pecho—. Deja que el médico haga que se sienta cómodo y entonces podrás verle. —Entro en la habitación y la deposito sobre la cama, le quito las zapatillas de deporte y retiro las colchas. Tiene los ojos hinchados y entornados, señales de que le duele la cabeza por haber llorado tanto—. Métete dentro.

Hace lo que le indico y me subo a la cama tras ella, la abrazo desde atrás y la estrecho con fuerza.

Pasa una hora antes de que su respiración se calme, de que su cuerpo se vuelva pesado sobre el mío y apenas se sacuda de vez en cuando. Me quedo tumbado con ella un rato más antes de escabullirme, con la seguridad de que duerme profundamente.

Voy directo a la habitación de Lawrence y me encuentro al médico en el pasillo.

—Está consciente —dice, cerrando la cremallera de su bolsa—. Me gustaría poder decir que ha sido un grito de auxilio, pero...

—Entiendo. —Me esfuerzo por controlar la respiración irregular antes de entrar, cada vez más enojado—. Gracias, doctor.

Llamo con suavidad a la puerta antes de entrar y me encuentro a Lawrence despierto en la cama. Al levantar la vista hacia mí, le comienza a temblar el labio.

—¿Has venido a decirme que soy un hijo de puta egoísta?

—Sí —contesto, cerrando la puerta—. Sabías de sobra qué significaría para ella lo que has hecho. —Es un hombre inteligente.

Lawrence aparta la mirada, avergonzado. No estoy preparado para dejar que se esconda, así que rodeo la cama y sitúo mi figura de gran tamaño en su campo de visión.

—Tu marido disparó contra tu sobrina. —Mi voz se eleva por voluntad propia—. Mató a... —Lleno mis pulmones de aire e intento también llenarme de paciencia; no puedo perder la cabeza —. Mató a nuestro bebé, Lawrence.

Él cierra los ojos, escondiéndose de nuevo, pero sé que aún puede oírme. Me aseguro de que lo haga llevando una silla al lado de la cama y acercándome a él. No lo hago de manera amenazadora, pero sin duda invado su espacio.

—No hace falta que yo te caiga bien. Tampoco quiero ni necesito tu aprobación. Lo que quiero y necesito es que recapacites por el bien de Beau. —Trago saliva—. Esa mujer, mi mujer, ha vivido un infierno. Ha perdido a su madre, su padre es un capullo egoísta, mujeriego y sediento de poder que no ha demostrado interés por ella más allá de lo que Beau pudiera hacer por su imagen pública, y tú, Lawrence, eras lo único que le quedaba, y aunque es posible que ahora me tenga a mí, sigue necesitándote. Así que te voy a pedir de buenas maneras, y no lo voy a repetir, que dejes de mirarte el ombligo y de lamentarte por el hombre que estuvo a punto de quitárnosla. Valora lo que tienes frente a ti y aprovéchalo al máximo, porque todos estamos aprendiendo a una velocidad de la puta hostia que la vida es demasiado corta. —Cierro los ojos con fuerza, intentando calmarme, y palpo a ciegas en busca de su mano esquelética para apretársela—. Te lo ruego, Lawrence. —Abro los ojos y encuentro su mirada vidriosa puesta en mí. Su mano aprieta la mía con debilidad—. No puedo dejar que regrese a ese lugar de oscuridad.

Le estaba yendo tan bien, incluso después de haber estado rodeada de mierda... Si se rompe, yo me romperé con ella, y eso provocará todo tipo de caos en Miami.

Él lloriquea y gimotea. A cualquier otro hombre lo condenaría directamente por ser tan débil y patético. Por Lawrence, en cambio, solo logro sentir compasión, además de que mi rabia no solucionará nada. Míralo, lo partiría por la mitad con una flexión del dedo meñique.

—No sé vivir sin Dexter —susurra.

—Serás un hombre de honor, Lawrence. Serás leal y verdadero. Serás todo lo que él no fue.

Él me mira con una sonrisa débil y burlona.

—Jamás hubiese dicho que te iba la psicología.

—Cuando alguien te importa, cuando esa persona es tu mundo, te conviertes en todo lo que haga falta a fin de que se ponga bien.

—¿También en un asesino?

—También en un asesino —confirmo, sin irme por las ramas. Ha oído cosas, muchas cosas y no lo puedo negar.

—En el hospital me dijiste que matarías a Dexter cuando lo encontraras.

No hago otra cosa que asentir con la cabeza. Me hallo en una situación muy jodida y, una vez más, desearía poder regresar al momento en que estallé y acabé con Dexter. Nunca había sentido tantos remordimientos. Sin embargo, desde que Beau se infiltró en mi vida, parecen llegar uno tras otro.

—Pero Beau me ha hecho prometer que no lo haré —añado.

Sus ojos salen disparados hacia mí.

—¿En serio?

—De otro modo, no se casará conmigo.

—Oh... —susurra Lawrence, mirando veloz de aquí para allá mientras mi bombazo se hunde en su cabeza. Al cabo de unos segundos de silencio, vuelve a mirarme—. ¿Quién es el Oso?

—No lo sé —confieso, dándome cuenta de que sigo sosteniendo su mano. Aun así, no me atrevo a soltarla, porque él se mantiene aferrado a ella como si fuera un salvavidas—. Está en lo más alto de la jerarquía criminal de Miami. Creo que Jaz descubrió quién era y que Dexter era un policía corrupto, de ahí que...

—Hiciera que la mataran. —Lawrence me muestra un primer indicio de rabia y no puedo dejar de pensar que es algo positivo. Necesita la rabia para acabar con la pena. La rabia le ayudará, así que procedo a alimentarla.

—Pero fue Dexter quien propició que pasara, Lawrence. Fue Dexter quien alteró las pruebas y escondió la grabación que demostraba que no había sido un accidente. Fue Dexter quien mató a Jaz y quien estuvo a punto de matar a Beau.

Hago algo que no había planeado: me pongo en pie, soltando su mano. Me doy la vuelta y me levanto la camisa, mostrándole el destrozo de mi espalda. Su grito ahogado suena cansado, débil y tan impactado como debía.

—Intentaste salvarlas —susurra.

—Voy a averiguar quién es el Oso y le mataré, Lawrence. —Dejo caer la camisa y le encaro, avivando la ira de mi interior—. Tengo que estar al ciento por ciento, y la ansiedad por saber si vas a intentar suicidarte de nuevo y angustiar a Beau no me ayudará en nada. Así que haz lo que tengas que hacer, ponte las medias, el maquillaje, la puta peluca, no me importa, pero ha llegado el momento de que te recuperes.

Veo que algo cambia en el rostro de este hombre tan frágil, algo significativo, y sin embargo no puedo aferrarme a ello. Aún no, no mientras no le vea hacer algo para rectificar la tormenta de mierda que ha provocado. Él asiente de manera abrupta, resopla y se frota los ojos con fuerza. En este momento no me puede ofrecer más que un respiro.

—Te dejo para que descanses —le digo, dejándole a su aire a fin de que se cargue de fuerza mental.

Fuera de la habitación, me doy unos instantes para enfriar la cabeza antes de ponerme en marcha. Me cruzo en la escalera con Esther, que lleva una bandeja en la mano.

—Está descansando.

—Es para Lawrence. El médico ha dicho que es probable que un té con tostadas le siente bien. Daniel está cenando con Rose.

Sonrío. Té. Una buena taza del té británico de siempre, que además a la madre de Danny le sale fenomenal.

—Gracias, Esther.

—De nada, James. También iré a ver cómo está Beau. Los hombres acaban de entrar al despacho de Danny. —Sigue subiendo la escalera y yo voy en busca de ellos.

Entro con rapidez en el despacho...

... en el momento exacto en que Danny esgrime un machete y le corta la cabeza a un hombre.

Me detengo de golpe, evitando el chorro de sangre, y veo la cabeza rodar por la moqueta. Girando ligeramente sobre sí misma, va frenando hasta acabar por detenerse ante mis pies y me mira.

Levanto la vista hacia Danny.

—¿Mejor ahora? —pregunto, pasando por encima de la cabeza cercenada mientras oigo el sonido amortiguado de unas arcadas. Con el rabillo del ojo veo que Goldie a duras penas está aguantando la necesidad de vomitar a diestro y siniestro. Sonrío para mí mismo y me dejo caer sobre el sofá—. ¿Qué me he perdido?

Danny sostiene el filo en alto y Ringo se apresura a coger el arma. Se mira la camisa, echándoles un vistazo a las pequeñas manchas de sangre.

—Bueno, Spittle está muerto.

—Entonces es evidente que has decidido qué hacer con él. —Miro la cabeza y pienso que quizás le habría ido mejor si yo me hubiera encargado de él—. ¿Estás seguro de que el médico no podrá hacer uno de sus trucos?

Danny sonríe con suficiencia. Es una sonrisa sucia y sombría, y saca uno de sus cigarrillos. Lo enciende y exhala mientras dice:

—Ya no nos servía para nada. —Le da una patadita al cuerpo de Spittle con su zapato de vestir y esboza una nueva sonrisa—. Otto se metió en sus cuentas bancarias. Ayer le entró un depósito de doscientos mil.

Asiento con la cabeza, pensativo.

—¿En pago por los servicios prestados o por los servicios por prestar? —reflexiono, preguntándome si el hecho de que Spittle no avisara a Danny de que Volodya seguía con vida habrá contribuido a su espantosa muerte (quizás no me lo pregunto: lo sé)—. ¿Cómo? —Danny ha hecho que lo vigilaran como halcones desde que tuvo la bondad de dejar que sacara la polla del cortador de carne. ¿Se puede ser tan estúpido? O estar tan desesperado...

—Otto le inutilizó el móvil —contesta Danny—. Así que, cuando le vieron hablando por otro, levantó sospechas. —Recoge una bolsa de plástico transparente del escritorio y me inclino hacia delante para ver lo que contiene.

—¿Un móvil?

—Spittle, que Dios le bendiga —dice Danny con gesto pensativo, y le da otra calada al cigarrillo—, intentó esconderlo al ver que Len se le acercaba. Se metió en un cubículo del baño de hombres del restaurante en el que estaba y cuando Len tiró la puerta a patadas, no había móvil.

—¿Intentó tirarlo por el retrete? —pregunta Otto.

—No, se lo metió por el culo. —Danny sonríe y pasea la mirada por la habitación, observando los gestos de dolor de todos los presentes, quienes, sin duda, contraen el esfínter al igual que yo —. Al parecer ahora tendremos que hacer exámenes rectales a nuestras presas.

Todo el mundo retrocede un paso.

—¿Me estás diciendo que se masturbó con un móvil? —pregunto, haciendo una mueca.

Danny se ríe a carcajadas y estrella la palma contra el escritorio para mantener el equilibrio. Es una risa de psicópata; la reconozco porque he oído muchas veces la mía.

Se recompone y se seca las lágrimas de tanto reír.

—La cuestión es cuántas llamadas hizo. —Danny vuelve a levantar la bolsa y la tensión se adueña de la estancia, todos se miran entre sí, preguntándose quién será el cabrón afortunado que se encargará de averiguar a quién ha estado llamando Spittle—. ¿Alguien se ofrece? —pregunta, dedicando una mirada a cada uno de ellos—. ¿No?

Brad entra de golpe vestido de deporte, con los músculos aún activos y la frente rezumando sudor. Golpea la cabeza de Spittle con la punta de las zapatillas y esta rueda un par de metros por el suelo. Se le ponen los ojos como platos.

—Por el amor de Dios, Danny.

—¿Ha ido bien la sesión de entrenamiento? —pregunta el Británico, apoyando el culo sobre el escritorio.

—Que era un exagente del FBI, joder...

—Era una puta serpiente. —Apaga la colilla en un cenicero—. Le contó al Oso que sigo vivo. —Vuelve a levantar la bolsa—. Ha estado haciendo llamadas delante de nuestras putas narices y le ordenó a un asesino psicópata que te liquidara, Brad.

—No hables de mí como si no estuviera presente —bromeo, recostándome contra el sofá para disfrutar del espectáculo.

—Por el amor de Dios. —Brad se arranca la toalla que lleva alrededor del cuello y se seca la cara.

—Solo estás cabreado porque querías ser tú el que acabara con él.

—Claro que sí, joder.

Le gruñe a la cabeza de Spittle, echa el pie hacia atrás y le da una patada con tanta fuerza que esta se eleva un poco para acabar en el otro extremo de la habitación.

—Joder. —Danny se agacha y la cabeza de Spittle rebota contra la pared a su espalda, dejando una mancha de sangre considerable sobre la pintura—. Imbécil.

En vaya lío estaba metido Spittle...

—Entonces, ¿qué sabe el Oso que no sepamos nosotros? —pregunto, apoyando un codo en el brazo del sofá para aguantarme la cabeza y pensar—. Porque ha de haber una explicación para que Spittle se comportara como un idiota de cojones.

Todos llevan la mirada hacia su cabeza, contemplando el resultado de comportarse como un estúpido cerca de Danny Black.

—Tengo que gastar un poco de energía.

Necesito ponerme en pie para aclarar las ideas. Me levanto y me dirijo hacia la puerta.

—Yo te sujeto las almohadillas —me dice Danny, dejando caer el móvil sobre el escritorio—. No me importa quién sea el que trastee este teléfono, pero quiero respuestas para mañana. —Mira a Brad—. ¿Vienes?

—No. Tengo que ir al Hiato. —Se quita la camiseta—. No me puedo creer que hayas matado a Spittle sin mí.

—Deja de lloriquear —le dice Danny, cansado—. Y que alguien me encuentre a su puto hijo. —Me alcanza y caminamos el uno al lado del otro por el pasillo que lleva al vestíbulo—. ¿Qué ha pasado con el tío de Beau? —pregunta.

—El puto idiota ha intentado suicidarse. —Llegamos a la escalera—. Por cierto, ¿dispongo del cuerpo ya?

No me gusta la expresión de la cara de Danny.

—Sí, sobre ese asunto...

—¿Qué pasa?

—Lo arrojaron a los tiburones.

Eso aclara mis dudas, pues.

—Mierda.

—Lo siento, colega. Te dije que me aseguraría de que nadie lo encontrara, según tus instrucciones.

Sacudo la cabeza, rogándole a Dios que Lawrence haya asimilado mi mensaje.

—Tengo que ver cómo está Beau. Nos vemos en el gimnasio.

—Claro —contesta, dirigiéndose a la cocina—. Mamá, ¿puedes llevar a Daniel a su casa?

Subo los escalones de dos en dos y me encuentro a Furia en el pasillo.

—Se ha despertado y ha ido a verle —dice, haciendo un gesto hacia la puerta de Lawrence—. Hará unos cinco minutos.

Asiento y sujeto el pomo para acto seguido entrar en silencio. Beau está sentada al borde de la cama de su tío, cogiéndole la mano. Cuando levanta la vista hacia mí espero encontrar lágrimas. En su lugar veo esperanza y sonríe un poco.

—Está bien —dice, mientras traga saliva.

—Me alegro de que te encuentres mejor —le digo a ella y cojo una silla para sentarme a su lado antes de mirar el reloj—. Tienes que cenar con tu padre en una hora. Será mejor que te

prepares, tendrás que salir pronto.

—Ah, lo voy a cancelar. —Sacude la cabeza con vehemencia, devolviendo la atención a Lawrence—. Mi tío me necesita aquí.

Miro a Lawrence con el rabillo del ojo y veo que frunce los labios. Está pensando lo mismo que yo: que Beau ha encontrado la excusa perfecta para rajarse de algo que lleva semanas evitando hacer.

—Tu tío está bien. —Me acerco a ella y le doy un toquecito en el brazo, y me mira con cautela: sabe que la he pillado—. ¿Verdad, Lawrence?

—Sí —coincide él, incorporándose, aunque le cuesta tanto que es doloroso de ver. Coge las manos de Beau—. Tienes que ir.

—No quiero.

Inspiro en busca de un poco de paciencia pero mantengo la boca cerrada, con la esperanza de que Lawrence pueda resolver esto sin que yo tenga que ponerme a exigir nada. No es ningún secreto que pienso que Tom Hayley es un mamón. Pero, una vez más, estoy dispuesto a hacer la vista gorda por el bien de Beau. Es otro de esos demonios suyos con los que debe lidiar.

—¿Hazlo por mí? —le ruega Lawrence, y yo me recuesto poco a poco en la silla, centrando la atención en Beau y observándola.

Es un golpe bajo por parte de Lawrence, pero no pienso llamarle la atención por ello. Ahora mismo, ella hará lo que sea por ayudarle y, si eso significa que ha de manipularla aprovechando su situación para que Beau se sienta en paz, estoy completamente de su parte.

—Me haría muy feliz que te reconciliaras con tu padre. Sé que mi hermano es... complejo, por no decir algo peor, pero te quiere, Beau, aunque le cueste demostrarlo. —Esboza una sonrisa débil—. No es culpa suya que tenga un defecto emocional.

Me río para mí mismo. Bien jugado, Lawrence. Bien jugado. Si no los conocieras, te costaría creer que Lawrence y Tom Hayley sean hermanos, son como el agua y el aceite.

Percibo la manera sutil en la que Beau deja caer los hombros.

—Vale —se rinde—. Pero si aparece algún periodista, me largo.

Más vale que Tom Hayley no me decepcione.

—Ve a prepararte —le ordeno con suavidad, sin darle tiempo a pensárselo dos veces—. Yo voy a hacer un poco de ejercicio.

De repente se pone alerta y repasa de arriba abajo mi figura con una mirada escrutadora: está buscando indicios de un asesinato.

—No he sido yo —confirmo, levantando las cejas con un gesto cómplice—. Me está esperando.

Ella asiente con la cabeza poco a poco, pensativa, pero no pregunta nada; se pone de puntillas y me da un beso en la mejilla. Me presto, tragando saliva: está comprobando si también huelo a muerte.

—¿Es que no confías en mí?

Desplaza la boca hacia mi oreja y eso hace que mi cuerpo se ponga en tensión.

—Confío en que harás lo que sea necesario, y eso quizás implique mentirme —susurra, llevando la mano de manera discreta a mi entrepierna para ahuecarla sobre mis huevos. Miro con rapidez a Lawrence, que observa con cariño a su sobrina. Ella aprieta y yo reprimo un gruñido grave de dolor—. Tú no me mentirías, ¿verdad?

Esa es mi chica.

—Creo que me tienes cogido por las pelotas, nena —murmuro.

—No lo olvides. —Aprieta con más fuerza y me pongo a toser. Hostia puta, ¿qué está haciendo?

—Beau... —le advierto, y compongo una sonrisa tímida y satisfecha cuando me suelta y retrocede.

Joder.

Doy media vuelta y me alejo, exhalando, antes de que Lawrence repare en mi entrepierna.

—Saldrá a cenar con su padre —le digo a Furia tras cerrar la puerta—. Es un megalómano, así que cuenta con su hostilidad.

—Entendido.

—Y, por muchos conejos que se saque de la chistera, no le quites el ojo de encima a Beau.

Asiente y me meto en la habitación para ponerme unos pantalones cortos de deporte antes de dirigirme hacia el gimnasio.

Al entrar me encuentro a Danny dándole una paliza de cojones al saco de boxeo; lo está apaleando de lo lindo. Cuando la puerta se cierra a mi espalda, se detiene y lo abraza antes de decir entre jadeos:

—Entreno solo.

Los dos sonreímos. Yo me siento sobre la colchoneta y coloco los brazos en posición, dispuesto a encontrar el equilibrio y, con un poco de suerte, aclarar las ideas. Poco a poco levanto los pies de la colchoneta, llevo las rodillas hacia el pecho y comienzo a estirar las piernas hasta quedar recto como una vela. El subidón de sangre a la cabeza resulta tan común como necesario.

Desconecto, mi mente se aclara y me quedo flotando en una burbuja de vacío silencioso. Repaso mis asesinatos, reevalúo su propósito, los voy tachando de la red que brota del Oso. Los irlandeses, los polacos, los rusos. Drogas, mujeres, armas. Animales. El Serpiente, el Tiburón, el Buey, todos ellos líderes de su división, pero a sueldo del Oso.

Abro los ojos de golpe.

—Setenta minutos, James. —La voz lejana de Danny suena apagada y granulosa—. Te tiene que estar palpitando la cabeza de la hostia.

Bajo los pies al suelo y parpadeo, sintiendo la oleada de sangre de regreso.

—Su hijo. —Vuelvo la vista hacia Danny.

—¿Qué?

—El hijo de Spittle. ¿Por qué no le han encontrado?

—Otto dijo que no ha ido a trabajar y no hay nadie en el banco que quiera hablar. He ampliado la búsqueda.

Comienzo a pasearme dando vueltas a la colchoneta, pensando.

—Me estás mareando, joder. —Danny coge una botella de agua de la nevera y se la bebe con voracidad—. Dime qué coño estás pensando antes de que tenga que sacártelo a hostias.

—Estoy pensando que el Oso tiene a su hijo. Es la única explicación para que Spittle hiciera una estupidez semejante.

—¿Te refieres a aceptar su dinero, a meterse un móvil por el culo o a cabrearnos?

—Todo lo anterior, pero algo me dice que ha sido más estúpido aún. —Cojo el móvil y salgo del gimnasio al trote, con Danny detrás.

—James, por el amor de Dios, habla.

Llego al despacho de Danny, entro y me encuentro a Len limpiando el estropicio. Hinco la rodilla en el suelo y examino el cuerpo de Spittle, palpo su americana y voy bajando por los botones hasta que encuentro con exactitud lo que esperaba. Estiro el botón y le sigue un cable. Levanto la vista hacia Danny, indicándole con la mirada que mantenga la boca cerrada. Su cara... Joder, está furioso. Sigo tirando del micro hasta cortar la recepción.

—Pero ¿qué coño? —susurra Danny.

—Era una trampa. Quería que te trajeras a Spittle aquí. —Tiro el micro a un lado y me pongo en pie—. ¿Qué se dijo antes de que le decapitaras?

Danny se acerca al mueble bar y se sirve un gran vaso de whisky; el sudor del ejercicio se transforma en sudor de rabia.

—¡Mierda, mierda, mierda!

—¿Mencionasteis mi nombre?

Como si el móvil me hubiera oído, comienza a sonar. Los dos llevamos una mirada cautelosa hacia la mano en que lo sostengo.

—Voy a suponer que sí —digo, haciendo que las fosas nasales de Danny se ensanchen. Entonces, ¿ahora sabe que sigo vivo?

Contesto la llamada, apretando los dientes.

Silencio.

Miro a Danny, viendo que el monstruo se adueña de sus ojos.

Silencio.

Le doy al icono del altavoz.

Silencio.

No seré el primero en romperlo.

—¿Cómo está Beau? —pregunta la voz, y acto seguido cuelga.

—¡Mierda! —grita Danny, y tira el vaso de whisky hacia el otro lado del despacho.

Salgo disparado y atravieso la mansión a velocidad vertiginosa.

—¡Venga todos! —rujo, embistiendo la puerta y saltando los escalones. Me meto en el coche más cercano y palpo el contacto—. ¡Llaves! —Salgo, me dirijo a los coches en la larga línea de Mercedes, abriendo sus puertas uno tras otro—. ¡Traedme las putas llaves!

—¡Aquí! —grita Danny, que corre hacia el primer Mercedes—. Conduzco yo.

No se lo discuto y corro hacia el lado del copiloto para subirme. Me concentro directamente en el móvil y llamo a Furia, que veo que me ha mandado un mensaje de texto hace diez minutos.

> El restaurante es subterráneo. Mala cobertura. No me alejaré de Beau.

—¡Joder! —Estampo el puño contra el salpicadero y llamo a Furia de todos modos.

—¿Qué pasa?

—No hay cobertura.

Va directo al buzón de voz y sigo maldiciendo a gritos mientras Danny sale a la calle. El sonido de un teléfono que suena llena el coche y miro la pantalla, pero no es el mío.

—Tanque... —dice Danny, aceptando la llamada por Bluetooth—. No es un buen momento.

—Acabamos de dejar al crío en casa. Rose y su madre insisten en que paremos en un sitio.

Danny mantiene la vista al frente, con las manos apretando el volante y a su ya de por sí pésimo humor se le suma algo de estrés.

—¿Dónde?

—En una especie de taller, cerca del aeropuerto.

—¿Un taller?

—Creo que se supone que es una sorpresa, así que me siento un poco acorralado aquí, jefe.

—Mándale un mensaje a Len contándole dónde estás, así podrá acompañarte. —Cuelga y se pasa la mano por la cara.

—Aprieta el puto acelerador a fondo, Danny —le ordeno, y llamo a Furia de nuevo.

Respira. Respira. Respira.

No hay respuesta.

Estiro el brazo y abro la guantera, saco la Glock que hay en ella y compruebo el cargador.

—Sabes lo que significa esto, ¿no? —pregunto, mirando la pistola con las venas ardiendo y el dedo temblando sobre el gatillo.

—Sí —contesta Danny con un susurro—. Significa que los dos hemos regresado de entre los muertos. —Posa sus ojos azules en mí—. Pienso pelearme a muerte contigo por llevarme este asesinato.

—Entonces más me vale encontrarle primero —murmuro mientras mis ojos no hacen más que pasearse entre el reloj, el indicador de velocidad y mi móvil.

Capítulo 12

BEAU

Una hora entera llevo aquí sentada, escuchando a mi padre hablar sin parar sobre sí mismo, sobre sus inversiones, su insoportable novia y el progreso de los nuevos apartamentos que está construyendo en el puerto deportivo, cerca de South Beach. Quizás esté nervioso... o quizás simplemente sea así de egocéntrico. Hasta el momento, el único aspecto agradable de esta cena con él ha sido la comida, aunque el entorno también es bastante encantador. Este restaurante mexicano del centro es tradicional y pintoresco. La comida es deliciosa y solo por ese motivo me alegro de no haber dado media vuelta en la puerta al darme cuenta de que papá se había olvidado de tener en cuenta mi problema con los espacios llenos de gente. En realidad, el sector principal del restaurante no estaba tan concurrido. Me he enfrentado a cosas peores últimamente, pero esta noche no tengo a James a mi lado.

Mientras estábamos fuera, en la acera, mi padre parecía ajeno a mi estrés creciente y tan solo se ha quedado mirando la cicatriz de mi brazo desnudo. Diría que he visto remordimiento en sus ojos; remordimiento y dolor.

—No puedo comer aquí, papá —le he dicho en voz baja y entonces se ha dado cuenta.

Se ha deshecho en disculpas, me ha cogido de los brazos y me ha suplicado que le dejara solucionarlo. No me ha decepcionado y por eso estamos sentados en el piso de abajo, lejos del restaurante principal de arriba; en paz, los dos solos, sin periodistas, sin novia y sin ansiedad por mi parte. Aun así la presencia de Furia no ha pasado desapercibida y mi padre se ha echado hacia atrás al ver la mole que me seguía al bajarme del coche.

—Es un amigo de James —me he limitado a explicarle, y él no ha insistido.

Supongo que no estaba preparado para enfrentarse a las consecuencias. Es un hombre listo así que, así ha sido y ha estado bien, estoy pudiendo lidiar con ello. Mi padre, en cambio, no deja de sorprenderme. Ni siquiera sé sobre qué divaga ahora mismo; mueve los labios, hace girar los brazos, animado, mientras se mete en la boca un tenedor tras otro lleno de pasta.

—¿Qué te parece? —pregunta antes de beber un trago de vino, a la espera de mi respuesta.

—Genial —murmuro, perdida. Mi lado compasivo me impide arruinarle la velada diciéndole que no le estaba prestando atención. Me limito a asentir con la cabeza, sonreír y decir que sí de vez en cuando porque todo esto se acabará pronto.

—Fantástico. —Sonríe, levantando la copa para que el camarero se la rellene—. Haré los preparativos.

Asiento, sin saber a qué se refiere, y echo un vistazo al móvil, que sigue sin tener cobertura. Miro a Furia y este sacude la cabeza. Me siento cada vez más inquieta y me cuesta mantener mis pensamientos a raya. Mi padre no ha mencionado a James, el hombre que según él abusa de mí, no ha preguntado por Lawrence —aunque tampoco es que pueda contarle gran cosa, claro—, y la necesidad de sacar a colación a mi madre se está volviendo abrumadora. Aquí está mi padre, riéndose, dichoso, fardando sobre su exitosa vida, ¿y dónde está la mujer a la que abandonó? La mujer que permaneció a su lado cuando no era nadie, a la que descartó en cuanto prosperó.

Está muerta. Asesinada.

Su alegre inconsciencia es desoladora, joder. Pero no es su culpa; tengo que seguir repitiéndomelo o me desharé de la rabia que he estado canalizando hacia la persona equivocada.

—Voy un momento al servicio —digo, poniéndome en pie y haciendo que mi padre me imite —. Perdona

Me seco los labios con la servilleta y me alejo de la mesa, con Furia pisándome los talones. Tengo la mirada puesta en la pantalla, en busca de esa barra que me dé algo de cobertura para poder averiguar cómo está Lawrence y también llamar a James, consciente de que estará preocupado.

Nada.

—Maldita sea —susurro, entrando en el lavabo. Me paseo por ese espacio pequeño con el brazo en alto, intentando que el móvil recupere la conexión. Nada. Abro la puerta—. Tengo que ir un momento al piso de arriba —le digo a Furia, pasando junto a su cuerpo enorme. No me tranquilizaré hasta que haya hablado con James y Lawrence.

Llego a la escalera, me cojo a la barandilla y mi pie se detiene justo antes de pisar el primer escalón al ver que alguien baja. Mi corazón comienza a latir el doble de rápido, la cabeza me da vueltas y me giro hacia el pecho de Furia.

—¿Qué demonios? —susurro, escondiéndome con rapidez y por instinto detrás de lo primero que encuentro, él, que me mira por encima del hombro, con el ceño fruncido.

—¿Quién es ese? —pregunta con la mano en la cadera.

Miro por encima de él en el momento en que Ollie llega al final de la escalera y muestra una expresión alarmada al encontrarse con esa bestia frente a él.

—Mi exprometido —susurro.

—¿Debo matarlo?

—¿Qué?

—¿Debo...?

—No, no debes matarlo. ¿Por qué me preguntas eso?

—Porque estoy bastante seguro de que es lo que James me pediría que hiciera.

Cierro los ojos sintiendo que mi colapso se está volviendo muy real... y no solo porque Furia tenga razón.

—Hostia puta. —De repente lo veo todo muy claro: esto es una trampa, un ardid, un esfuerzo

conjunto para que vuelva a caer en las redes de Ollie—. Tenemos que irnos.

—Quédate aquí —me ordena Furia, que con un brazo me pega a su espalda mientras mantiene el otro debajo de la americana, donde tiene la pistola enfundada.

—No necesitas la pistola, Furia.

—Tú quizás le conozcas, pero yo no.

—Es un agente del FBI.

—Y James es un asesino en serie, así que correré el riesgo, gracias. ¿Lista?

Ay, Dios.

—¿Beau? —La voz de papá me llega de un lado y le dirijo una mirada cauta.

—¿Por qué? —pregunto—. ¿Por qué has hecho esto?

—¿Qué he hecho?

Siempre me deja patidifusa. ¿De verdad es tan insensible? Salgo de detrás de Furia y encaro la situación encarando de paso a mi ex.

Ollie levanta la mano para saludar, pero mantiene la mirada fija en el musculitos de mi guarda. Puedo imaginarme las conversaciones entre mi padre y Ollie, y es preocupante. Ollie estaba presente cuando Dexter me retuvo a punta de pistola, oyó lo que se dijo y, en un momento de pánico, me esfuerzo al máximo para recordar las palabras con exactitud y si Ollie estaba consciente en aquel momento. No puedo estar segura, no lo recuerdo. Fue una situación frenética, la mayor parte es un borrón, y lo siguiente que supe fue que me desperté en la mansión del Británico. De lo que sí estoy segura es de que Ollie soltó unos comentarios muy dañinos cuando me rompí la muñeca y papá sin duda los oyó. Así que... ¿ahora qué? ¿Han formado una alianza?

—¿Por qué has traído a Ollie?

Papá pone cara de rechazo y se acerca, estirando el cuello para ver el pie de la escalera.

—¿Ollie? —Sonríe de inmediato—. Qué agradable sorpresa.

Dios, dame fuerza... ¿De verdad espera que me crea toda esta mierda?

—Papá, no me tomes por tonta.

Avanzo, pero Furia se apresura a tirar de mí hacia atrás; es evidente que me he acercado demasiado a Ollie para su gusto y sigue con la mano sobre la pistola y los ojos puestos en mi ex. No interrumpe el contacto visual, se limita a sacudir la cabeza y, porque confío en él, y quizás porque quiero que tanto mi padre como mi ex salgan vivos de esta, le presto atención y me quedo donde estoy.

—Beau, cariño... —Papá se acerca con los brazos abiertos—. Yo no he tenido nada que ver con esto.

—Entonces, ¿por qué está aquí? —Miro a Ollie y por primera vez me doy cuenta de lo triste que parece.

—He visto a Tom esta tarde —dice—. Le he preguntado por ti, claro, y él ha mencionado que pensabais cenar juntos. Puesto que no me coges el teléfono y parece que no puedo acercarme a

ti... —Lleva la vista hacia Furia, que se acerca más a mí y pega su inmenso pecho a mis hombros —. Beau, no sé en qué tipo de lío te has metido, pero...

—¿Es por ese hombre? —mete baza papá—. ¿Te refieres a ese hombre? ¿A James? —Papá se acerca—. ¿Te ha hecho daño otra vez?

—No, y no me he metido en ningún lío —digo, gruñendo y cogiendo el bolso—. Todos tenéis que dejar de interferir en mi vida.

El pánico en la cara de mi padre cuando se acerca con rapidez a mí se me clava en el alma.

—Beau, no te vayas. Nos lo estábamos pasando tan bien...

—Te llamaré —digo, pasando a su lado en el momento en que se oye un golpetazo tremendo procedente del piso de arriba—. Oh, mierda —susurro.

El sonido de los hombres que han entrado a la carga en el restaurante es ensordecedor. Uno de ellos baja estrepitosamente la escalera, como una bola de demolición, y aterriza al pie armado, con una expresión de rabia pura y candente: es James. Por si fuera poco, Danny llega veloz tras él. Los dos están vestidos de deporte. Pero ¿qué demonios está pasando? Observo, pensativa, mientras James pasea la pistola entre mi padre y Ollie, como si no lograra decidir a cuál debe matar primero.

—Pero ¿qué diablos? —grita mi padre, levantando los brazos y alejándose.

Ollie guarda silencio mientras retrocede hasta la pared, manteniendo una mirada vigilante sobre James, cuya respiración es muy agitada. Me gustaría pensar que la mera presencia de mi ex no es una razón lo bastante buena para que James haya irrumpido con una pistola en la cita con mi padre, pero le conozco y odia a Ollie.

Sin embargo, hay algo que no encaja, y es que Danny haya venido como refuerzo...

—¿Qué pasa? —pregunto, dividiendo mi atención entre ellos—. ¿Qué hacéis aquí? — Ninguno parece preparado para hablar, los dos se mantienen callados y tienen un aspecto bastante homicida—. ¿James?

No me mira, su interés está en otro lugar. ¿En qué está pensando? Para haberme animado tanto a hacer las paces con mi padre, no es que me esté ayudando mucho, la verdad.

—Vale —espeto, abriéndome paso entre ellos, harta de todo esto y de ellos. Doy un par de pasos antes de que James me coja de nuevo y me arrastre hacia su pecho mientras apunta ahora hacia Ollie.

—¡Quítale las manos de encima a mi hija! —brama papá.

—Papá... —susurro, deseando que cierre la puta boca. No es momento para que tire de ego—. Por favor.

—¿Qué tienes en la cabeza, Beau? —prosigue él, sacudiendo la mano en dirección a James, trastornado, y mirando a Danny—. ¿Y quién demonios es este? ¿Su cómplice? ¿Otro aprendiz de gánster?

Ay, Dios... Papá no quiere saber quién es este y mejor que no lo sepa.

—James no es ningún gánster. —Es un criminal, un asesino. Es el Enigma, y sé que mi padre

habrá oído hablar de él porque su difunta esposa le estaba persiguiendo antes de que él la abandonara por otra mujer.

—Ese de ahí es Danny Black, más conocido como el Británico —dice Ollie, impasible, como si hubiera oído los rumores acerca del regreso de Danny—. Y él... —prosigue, volviendo la mirada hacia James—. No hay registros sobre él en ninguna parte.

—¿Y tú quién coño eres? —pregunta Danny, que avanza hacia él de manera amenazadora—. ¿El inspector Gadget?

—Danny, por favor... —le suplico, sintiendo la mirada candente de James en la nuca—. No lo hace con mala intención.

—¿Es eso cierto, Ollie? —pregunta James, con tono gélido—. ¿No tienes ninguna mala intención hacia Beau?

—No pienso quedarme aquí escuchándoos y siento testigo de esto —grita papá, que arranca la americana del respaldo de la silla y me dirige una mirada de decepción. No tiene derecho a sentirse así, pero aun así me duele—. Esto es absurdo. —Se aleja enfadado, sin decir nada más, y yo le observo con una molesta sensación de desaliento—. ¡Esto no se va a quedar así! —grita—. ¡Haré que os metan en la cárcel!

De repente Danny se mueve con rapidez, coge a mi padre, lo empuja contra la pared y le clava la pistola en la mejilla.

—¡Danny! —grito, forcejeando para liberarme del firme abrazo de James sin conseguirlo.

—Sin duda es la última vez que sabremos de usted, señor Hayley —susurra Danny, amenazador, y pone la mano sobre la garganta de papá, que abre mucho unos ojos llenos de miedo.

—Danny, para.

—El único motivo —sisea él— por el que no va a morir en este mismo instante —Danny le pone la pistola en la sien, y papá se encoge de miedo— es porque es usted el padre de Beau y le tengo jodido cariño a su hija. —Le empuja lejos—. Así que váyase a cagar antes de que me olvide de mis principios morales.

Me llevo las manos a la cabeza porque me está a punto de explotar. Se acabó, ya puedo despedirme de cualquier tipo de felicidad familiar a la que secretamente hubiera aspirado. Que papá sospechara que James se propasaba conmigo era una cosa, porque podría haberle demostrado que no es así; en cambio, no puedo hacer nada por borrar los últimos cinco minutos de aparatosas armas y amenazas de muerte.

Beau... —dice Ollie en voz baja—. Beau, yo...

—Vete, Ollie —exhalo, suplicándoselo con todas mis fuerzas—. Vete antes de que te maten.

Regreso al servicio de mujeres y entro en él, dirigiéndome hacia el espejo frente al cual me froto los ojos con fuerza. Dispongo de unos dos segundos hasta que James irrumpa en él.

—No... —le advierto, furiosa, incapaz de apreciar la inmensa bola de rabia que arde ante mí.

Me ha provocado un estrés incalculable al interrumpir mi cena y, ya que estamos, se lo ha

provocado a sí mismo. Igual que a Danny. Es posible que mi padre se haya cagado encima cuando Danny le ha retenido a punta de pistola pero, en cuanto se encuentre fuera de su alcance, su ego hará aparición y comenzará a mover montañas y a usar toda su influencia para que James y Danny acaben en la cárcel. Me gustaría pensar que estaría haciéndolo también por mí, y sin duda él jugará esa carta, pero conozco a mi padre; lo hará más que nada por su imagen, no vaya a ser que alguien descubra que su hija, la expolicía, está vinculada con los bajos fondos criminales de Miami.

—Joder, has hecho que esto vaya a ser muchísimo más difícil, James.

Paso a su lado con rapidez. Evidentemente, él intenta cogerme, pero esta vez no dejo que gane: con un movimiento veloz, giro y contengo sus brazos, y se le cae la pistola al suelo.

Subo corriendo la escalera.

—¡Beau!

Le ignoro. Al cruzar el restaurante me fijo en que todas las mesas se han quedado sin comensales. Tampoco veo al equipo del local, que está vacío. Tal vez que dos hombres como James y Danny hayan irrumpido armados por la puerta lo explique todo.

—¡Beau!

—¡Vete a la mierda, James! —grito y abro la puerta en busca de mi padre. Veo que Ollie se aleja con su coche y que papá se está subiendo al suyo al final de la calle—. ¡Papá! —No puedo dejar las cosas de esta manera ni dejar que crea que soy un felpudo, o incluso una víctima—. Papá, espera. —Se para y me observa correr hacia él—. Papá, por favor... —digo, deteniéndome, jadeando un poco.

—Beau, cariño, ven a casa conmigo —me ruega con expresión dulce, que denota una ansiedad real, mientras se masajea el pecho.

—No puedo hacer eso, papá.

—Sí puedes —insiste, mirando una y otra vez por encima de mí hacia el restaurante, receloso de lo que pueda salir a la carrera por sus puertas en cualquier momento y apuntarle con un arma —. Yo me ocuparé de ti.

Sonrío, pero con tristeza. Es como si estuviera esgrimiendo las palabras que cree que necesito oír. El problema es que, aunque sean las adecuadas, llegan un poco tarde.

Le suena el móvil, maldice y coge la llamada; hace una mueca mientras sigue frotándose el pecho en círculos.

—Papá, ¿estás bien? —Parece lívido.

—Beau, por el amor de Dios... —brama James, y yo me giro para verlo salir del restaurante con Danny, aún armado. Joder.

—Maldita sea —murmuro, sin saber si contenerlos u ocuparme de mi padre.

—Dame un minuto —le digo a papá y me dirijo hacia James, decidida a hacer que se calme de una vez.

¿Qué coño hacen aquí? Sobre todo juntos.

Avanzo decidida, como ninguna mujer debería avanzar en dirección a dos hombres letales.

—Beau... —me llama mi padre, cogiéndose del lateral del coche, con el cuerpo encorvado.

Me detengo, preocupada.

—¿Papá?

—Estoy bien —jadea, intentando incorporarse sin éxito.

—Dios... —¿Mi novio le ha provocado un infarto a mi padre?

—¡Beau! —grita James, ganándose mi atención.

¡Bum!

La fachada del restaurante parece hincharse, el cielo se ilumina, las vidrieras se rompen, hay una lluvia de esquirlas y el sonido me perfora los tímpanos. Grito cubriéndome la cabeza con las manos para protegerme de los escombros que han salido volando. Me acerco tambaleante a una pared, tapándome las orejas con fuerza y anulando la exposición al rugido interminable. Los recuerdos, los gritos, el calor ardiente e insoportable. Puedo ver el coche de mamá y su rostro el instante antes de que volara por los aires.

—¡No!

Levanto la vista y doy vueltas, desorientada. El pitido en los oídos es insoportable y tengo la visión borrosa. Me resulta demasiado familiar, pero no noto la caída de la oscuridad ni el dolor.

—¿James? —grito, frenética, revisando la calle. El pánico hace que la conmoción quede de lado. Él estaba más cerca que yo del restaurante. Oh, Dios mío...—. ¡James! —grito. El humo es espeso, suenan las alarmas de los coches y la gente chilla—. ¡James!

—Beau.

Lanzo un grito ahogado y me muevo hacia su voz, atravesando las nubes de humo denso, tosiendo contra mi mano. El calor. Dios, el calor.

—¿James?

—Aquí —dice él—. Estoy aquí. —Emerge por detrás de uno de los Mercedes de Danny, apoyándose en su lateral para no caerse. Todas las ventanas han estallado y la capota está llena de cristales y ladrillos rotos. James tiene la cara cubierta de hollín y una horrible tos seca.

—Hostia puta —farfulla Danny, que se levanta del suelo y se rodea las rodillas con los brazos mientras se deja los pulmones tosiendo.

—Furia... —murmuro, examinando la zona—. ¿Dónde está Furia?

Tanto James como Danny llevan la mirada hacia los restos del restaurante, desde cuyo interior se elevan las llamas.

—Oh, no... —susurro, tapándome la boca con la mano—. No, no, no.

—Beau, tenemos que salir de aquí —ladra James, cogiéndome.

—Pero ¿y Furia? —Me retuerzo bajo sus brazos, intentando soltarle las manos con las que rodea mi cintura mientras me aleja a rastras.

—¡Está aquí! —grita Danny, que desaparece detrás de una montaña de escombros y sale unos instantes después con Furia tambaleándose a su lado, tosiendo y ahogándose—. ¡Sube al coche!

El alivio me supera, me emociono y dejo escapar un sollozo atormentado que me dura poco.

—Papá... —espeto, y comienzo a forcejear de nuevo con James—. Mi padre... —De repente miro en el sentido opuesto y veo a mi padre sujetándose del lateral del coche, con aspecto de estar completamente aturdido y conmocionado. Me libero y corro hacia él—. Papá... —digo, jadeando al llegar a su lado, y le cojo los brazos cubiertos por la americana—. ¿Estás bien?

—Beau, tenemos que irnos —ladra James.

—¡No puedo dejarle así! —Está como zombi, completamente desorientado.

—Joder —maldice James, que coge a mi padre del brazo y lo guía hacia el lado del copiloto de su coche—. ¿Dónde tienes las llaves?

Papá parpadea con rapidez y se palpa los bolsillos sin pensar.

—No lo sé. Las tenía en la mano...

Examino la acera en la que estaba parado y las veo junto al bordillo.

—Las tengo. —Me agacho, las cojo y se las tiro a James por encima del techo del coche.

—Entra —me ordena él.

Obedezco y veo a James rodear el coche de papá. Le hace una señal a Danny, que está frente a nosotros, y, nada más ponerse al volante acelera quemando rueda y haciendo que me quede pegada al asiento.

—Ponte el cinturón, Beau —me pide de mala manera, poniéndose a la altura del coche que conduce Danny mientras yo hago lo que me ha pedido con lentitud, sacudida hasta la médula, con los oídos pitando y la atención dividida entre mi novio furioso y mi padre traumatizado.

Hasta que oigo las sirenas.

Miro por la luna trasera del coche de papá y veo que varios vehículos de los servicios de emergencia llegan a toda velocidad por el otro extremo de la calle.

—Sabías que iba a pasar algo —susurro, girándome. Se suponía que James estaba muerto, así que... ¿qué coño está pasando? Él levanta la vista y me mira a través del retrovisor—. ¿Vamos a obviar el hecho de que alguien ha intentado hacer otra vez que volaras por los aires?

No dice nada.

No es necesario.

Los movimientos del Oso se están volviendo más audaces... y la muerte parece estar cada vez más cerca.

Al atravesar la verja veo que en la mansión de Danny reina un caos absoluto. Otto y Goldie parecen dispuestos a arrancarse la cabeza mutuamente, Ringo se ha interpuesto entre ambos, Brad está bajándose del coche y Esther y Tanque tienen a Rose sujeta en la escalinata.

Le echo un vistazo a mi padre, que no ha dicho una sola palabra durante todo el trayecto y ha estado con la mirada clavada al frente. No se debe a que tenga miedo del hombre que se sienta a

su lado, más bien creo que en este momento no tiene fuerzas para nada más allá de la parálisis que le ha provocado la conmoción.

En cuanto James detiene el coche, me bajo, lo rodeo y le abro la puerta a papá, que me mira inexpresivo. Le ofrezco la mano con una sonrisa débil y él la acepta, dejando que le ayude a bajar. Cierro la puerta y le indico el camino con un gesto mientras veo a Rose bajar la escalinata a la carrera para lanzarse entre los brazos abiertos de Danny. Le mira por todas partes, besa cada centímetro cuadrado de su rostro y acto seguido le da una bofetada.

Los observo, en tensión, mientras todo el mundo espera a que él reaccione. Danny hace crujir la mandíbula, la mueve, le dirige una mirada asesina a Rose y acto seguido ella vuelve a lanzarse entre sus brazos con un sollozo rasgado.

—Beau —dice mi padre, girándose hacia—, ¿dónde estamos? ¿Qué demonios está pasando? —Mira de aquí para allá otra vez antes de cogerme por los brazos y hacer que me incline hacia él —. Tenemos que irnos. Estarás a salvo conmigo.

No puedo más que sonreír con tristeza ante su ingenuidad. Le cojo las manos y las sostengo.

—No hay sitio donde esté más segura que aquí —le aseguro—. Te lo prometo.

Él se desanima ante mis ojos, como si en este preciso instante hubiera comprendido al fin que estoy aquí por mi propia voluntad.

—No lo comprendo. —Sacude la cabeza, frunciendo el ceño, como si intentara descifrarlo todo aquí y ahora—. ¿Por qué?

—Porque tengo que averiguar quién mató a mamá —admito, encontrando al fin las palabras. Ha llegado el momento de proporcionarle a mi padre la información necesaria para que se haga una idea sobre lo que es mi vida—. Y porque amo a James.

Él frunce aún más el ceño.

—Tu madre murió en un accidente.

No se me escapa que ha ignorado por completo mi última afirmación.

—No fue ningún accidente.

Se echa hacia atrás y le dirige una mirada a James.

—¿De qué estás hablando?

—Un día, papá, te lo contaré todo. —Le tomo del brazo y comienzo a dirigirle hacia la casa —. Pero has de saber una cosa —le digo, mirándole a los ojos—: James me está salvando.

Él sacude la cabeza, es una indicación evidente de que no me entiende y lo más probable es que no llegue a hacerlo nunca.

—Debería llamar a Amber —dice, llevándose la mano de nuevo hacia el pecho y masajeándolo.

—Papá, antes quiero que el médico te eche un vistazo —le digo, pues no me gusta el tono cetrino de su rostro.

—¿Qué médico?

Esther se nos acerca con la misma sonrisa amigable de siempre. No puedo evitar devolvérsela

porque sé lo que va a decir a continuación.

—Voy a poner la tetera —dice.

—¿Te importa llevarte a mi padre a la cocina? —le pregunto—. Estoy segura de que le iría bien uno de tus famosos tés. —Se lo acerco a Esther mientras él nos mira a ambas—. Esther se ocupará de ti y yo vengo dentro de un minuto.

La madre de Danny, siempre atenta, se lo lleva con rapidez, alejándolo de la confrontación que se sigue gestando en el camino de acceso, sin darle oportunidad a que proteste. Además, como si lo conociera a la perfección, comienza a distraerle del ejército de asesinos que deja a su espalda dedicándole cumplidos.

Suspiro y veo que Furia se dirige cojeando hacia la casa. Rose sigue abrazada a Danny mientras este habla con los demás y James se ha sentado a observarme sobre la capota del Mercedes machacado de Danny, con los brazos y las piernas cruzados.

Me acerco y me siento a su lado.

—¿Por qué estabas allí?

—Porque recibí una llamada.

—¿De quién?

—Del Oso.

—¿Qué te dijo?

—Tu nombre.

Le miro a los ojos, sin miedo ni ansiedad, solo con sorpresa.

—¿Así que te atrajo hasta allí y tú picaste? —Dios, debió de sentirse en el séptimo cielo al tener a Danny Black también: dos pájaros, una bomba. ¿Sabía que el Británico iba a presentarse?

—Caí en la trampa. —James se ríe por lo bajo, pero sin un ápice de humor—. ¿Qué querías que hiciera, Beau? ¿Seguir haciendo ejercicio y esperar que se tratara de una broma?

Bajo la mirada de golpe. No sé qué demonios quiero, solo que esto se acabe pronto. Me froto la sien y oigo que Otto y Goldie siguen discutiendo.

—¿Qué les pasa a esos dos?

—Otto estaba en el Hiato con Brad. Goldie no ha tenido la mejor... —Se detiene de repente para cogerme el brazo y me acaricia la cicatriz. Bajo la vista y veo un corte alargado en el que se está secando la sangre—. Siempre sales herida.

Sé lo que está pensando y no me gusta así que aparto el brazo y me coloco frente a él, haciendo fuerza para separar sus muslos y situarme entre ellos, pasándole los brazos por el cuello.

—Estoy bien —le aseguro.

¿El corte? Es trivial. No es nada si tenemos en cuenta cómo están las cosas. Los dos hemos recibido heridas mucho peores.

Le paso la yema del dedo con suavidad por la mejilla, donde una esquirla diminuta de cristal brilla bajo la luz del sol.

—Quédate quieto —le susurro, inclinándome hacia él para poner mi boca sobre la zona y chupársela con cuidado mientras le paso la lengua por la piel. Cuando dejo de notar el rasguño de la esquirla contra mi carne, me retiro y me la quito de la punta de la lengua.

—Estoy bien —susurra él, dirigiéndome una mirada conmovedora.

Porque hablamos el mismo idioma, le cojo de la mano y lo conduzco hacia la casa, hacia nuestro dormitorio, hacia nuestra cama... Hacia ese lugar en el que no estamos más que nosotros, nuestra electricidad y un ansia feroz que no podrá saciarse nunca.

Allí él me desnuda, me ata a la cama, me venda los ojos y me amordaza.

—Ay, Dios mío... —susurro al notar el recorrido de su lengua sobre mi coño—. Más.

Capítulo 13

DANNY

Si esta es la bienvenida que voy a recibir cada vez que vuelva a casa —sin contar la bofetada, claro—, quizás intente que me hagan saltar por los aires a diario. Mi sangre ya no está cargada de adrenalina, sino de deseo..., deseo por ella.

Necesito liberarme de esta tensión y aclararme las ideas.

Es obvio que no estoy pensando con claridad, porque cada fibra de mi ser me pide que me dedique a pegar tiros hasta que algún cabrón me diga quién es el Oso. Me está tendiendo trampas por todo Miami, y nosotros no hacemos nada más que caer en ellas.

Tensión.

—Nena, no puedo respirar —susurro, cogiéndola de los brazos y apartándola. Ella relaja el abrazo pero lo compensa subiéndose a mí y rodeándome también con los muslos—. Voy a darme una ducha —anuncio al aire, y subo la escalinata con Rose encima mientras Tanque se aparta, asintiendo con la cabeza.

Subo la escalera y me paseo por la mansión mientras la presión no hace más que crecer y la cabeza me explota con preguntas para las que no tengo respuesta. Ni siquiera siento que esté cerca de tenerlas. Spittle está muerto, su hijo ha desaparecido y no sabemos quién coño es el Oso. Pero una cosa ha quedado clara: el Oso logró acceder a la caja de seguridad antes que nadie y eso significa que las sospechas de James eran correctas. Es verdad que la madre de Beau lo descubrió. Que me perdonen, pero me aplasta el puto ego saber que una agente del FBI respetuosa con la ley desentrañó el misterio, mientras que nosotros no estamos ni jodidamente cerca de hacerlo. Gruño para mí mismo; con cada hora que pasa, mi ansiedad ante esta situación va en aumento. Nadie habla, nadie trata con nosotros. Todo el mundo en Miami parece estar bajo su control. Todo el mundo... menos James y yo, y eso representa un problema para él.

Entro en la suite y voy directo al baño, apoyo a Rose en el lavabo y abro la ducha. Pongo algo de música, me desnudo, tiro a un lado la ropa mugrienta de deporte y me acerco a ella, cogiendo el dobladillo de su jersey.

—Los brazos arriba —le ordeno. Se lo saco por la cabeza y lo tiro sobre la montaña de ropa sucia.

—Cuéntame qué ha pasado —dice ella en voz baja, mientras llevo las manos a su espalda para desabrocharle el sujetador.

—No. —Arrastro la tira de satén a lo largo de sus brazos y la dejo caer al suelo para acto

seguido pasar a sus vaqueros—. No quiero hablar, Rose. Levántate.

Ella apoya las manos en el lavabo y eleva el culo.

—Así que solo estoy aquí para que puedas relajarte, ¿es eso?

Me deshago de sus vaqueros; a continuación, de las bragas, y rodeo con la mano su cola de caballo. Lo hago con fuerza y porque Rose es Rose, ella tira de la cabeza para sentir la presión que ejerzo, demostrándome que la mujer de la que me enamoré sigue aquí.

—No, estás aquí para que pueda tener un propósito.

Relajo el puño y vuelvo a tensarlo, mirándola a los ojos. Ella extiende la palma de las manos sobre mis pectorales y me acaricia el torso sobre el polvo y la suciedad que se han pegado a mi piel sudada. Baja una mano a mi entrepierna y puedo ver su intención en sus ojos de color azul oscuro. Dejo caer la cabeza, tan pesada, y mi frente se encuentra con su hombro. Un gemido estrangulado llena el baño cuando me envuelve la polla con la mano.

—Acarícíala —le ordeno, mordiéndome el labio, con las venas de la polla palpitando—. Acarícíala poco a poco. —Le tiro con más fuerza del cabello y busco el lavabo con la otra mano, para sujetarme—. Poco a poco —susurro. Todos mis músculos se endurecen mientras ella se desliza arriba y abajo a lo largo de mi vara con ritmo lánguido. Comienzo a hacer círculos con las caderas mientras se me seca la boca por la pesadez de mis jadeos—. Así... —murmuro, girando la cabeza hacia su cuello y acoplándome a él para chuparlo y morderlo—. Haz que me corra, Rose.

—Pronto. —Deja caer la mano y yo gruño, tirándole del pelo.

—Ahora.

Ella sacude la cabeza, sisea de dolor.

—Pronto. —Sus manos empujan mi pecho con fuerza y yo me tambaleo hacia atrás, confundido.

—Ahora —digo, gruñendo y parpadeando para aclarar la visión—. Hazlo ya, Rose.

De repente me pone la mano en el cuello, su figura pequeña me hace retroceder hacia la ducha. Golpeo los azulejos con la espalda mientras pega su pecho al mío. El agua y el vapor nos empapan. Me aprieta el cuello y trago saliva, examinando su mirada salvaje.

—¿Qué haces?

Se deja caer de rodillas, mirándome, y se pasa la lengua por los labios. Acto seguido estoy dentro de su boca —a una profundidad de la hostia— y le rujo al techo cerrando los puños.

Cojo aire entre los dientes y me comienzan a temblar las rodillas. Sus dedos encuentran mi culo y se clavan en él, hundiéndose con fuerza.

—¡Joder! —Ella se desliza hacia atrás, hace un círculo, me besa y vuelve a introducirme en su boca—. ¡Dios!

Le pongo las manos en la cabeza y me afianzo como si me fuera la vida en ello mientras muevo las caderas para adecuarme a su demente ritmo. La punta de mi polla golpea una y otra vez la parte trasera de su garganta y sus dientes me rozan de forma que la fricción es mareante.

Farfullo su nombre sin parar, sintiendo que me ha atacado por sorpresa y sin piedad, tensando el cuerpo de anticipación. Aturdido del todo, dejo caer la cabeza y la vista. Ella me observa, meciendo la cabeza, haciendo una presión brutal sobre mi culo rígido. Mi sangre se dispara, mis nervios crepitan.

—Me voy a correr. —Las palabras me salen tensas.

Ella se aparta.

—Pronto —dice con voz ronca, poniéndose en pie para pegar la cara a mi mejilla y morderme la zona de la cicatriz. Lanzo una exhalación temblorosa y fatigada, y mi polla se sacude contra su vientre.

—Rose... —Su nombre en mis labios como una advertencia.

—Danny... —susurra ella, poniéndome las manos sobre los hombros y haciendo fuerza—. Abajo. —Y, porque soy un puto esclavo de esta mujer, comienzo a descender y voy besando su vientre firme y húmedo, su franja de vello, hasta llegar al calor incandescente de su coño—. Oh, sí.

Lamo, chupo, beso, muerdo, le meto los dedos y la follo bajo las caricias de mi lengua. Levanto la mirada hacia el agua que cae sobre los dos. Su cabeza cuelga inerte y tiene las manos pegadas a la pared. Le pongo la palma de mi mano en el culo y aprieto con fuerza.

—Sí —susurra ella, golpeando la pared con el puño, y en el momento en que creo que se va a correr, se echa hacia atrás para coger aire y me deja allí de rodillas, con la boca hecha agua, famélico.

—Rose... —le advierto, intentando cogerle el muslo, pero ella se aleja—. No hagas que esto se vuelva violento. —Da otro paso hacia atrás. Mis fosas nasales se hinchan y mi desesperación se dispara—. Ven aquí.

Se acerca a mi figura arrodillada con una sonrisa lasciva, ahueca las manos en torno a mi cabeza y me mira.

—¿Quieres que te folle, Danny? —pregunta después de agacharse y pegar la boca a mi oreja. Me lame la parte posterior del lóbulo y mis temblores suben a un nuevo nivel, me atraviesan como una ola que va del cerebro hasta la punta de los pies y me veo obligado a sujetarme la polla antes de que explote—. Que te cabalgue —susurra—. Que me empotre contra ti, que grite tu nombre...

—Soy un hombre paciente, Rose, pero me estás provocando...

—¿Y qué vas a hacer? —Me lame la concha de la oreja, tarareando, y se queda satisfecha cuando me sacudo—. ¿Matarme?

—¿Por qué me pones a prueba? —Sabe lo que necesito. Deja de negármelo.

—Porque. Puedo. Hacerlo.

Me empuja para que caiga de espaldas y se sube a mí, se eleva un poco y me coge la polla. Acto seguido se sitúa encima de ella y la hunde en su interior con un gemido, echando la cabeza hacia atrás.

Dios misericordioso, esa imagen, esa sensación... Rose mueve las piernas, coloca las plantas de los pies a lado y lado de mi pecho, se echa hacia atrás y se afianza con las manos sobre mis pantorrillas. Llevo una mano a su cuello y la bajo acariciándole el canalillo mientras ella se eleva y cae con fuerza, haciendo que nuestras pieles choquen.

—¡Joder! —Le cojo las rodillas y ella repite: se eleva y cae con violencia.

Se me levanta la cabeza y, al caer, me golpeo contra el suelo de la ducha. Con un gruñido hace rotar las caderas, sube y baja de nuevo de forma brusca y entonces se pone a cien, rebotando una y otra vez sobre mí, sacudiendo la cabeza de un lado al otro mientras no deja de proferir gritos de placer. Yo vuelvo a levantar la mía, pero esta vez me esfuerzo por mantenerla elevada, viendo la tensión de mi torso, observando cómo mi polla se hunde en ella sin parar. Tenso los músculos del cuello, tengo los muslos rígidos y me duelen los abdominales. Aun así la vista..., la vista vale completamente la pena. Ella lanza un grito ahogado y yo rujo. Ella gime y yo siseo. Las sensaciones, la fricción, la descarga que me recorre... Necesito más.

Salgo disparado hacia delante, la rodeo con un brazo y hago que se recueste, me hundo en ella con rapidez y comienzo a moverme de manera frenética, con las manos pegadas al suelo de la ducha y los brazos rectos del todo, sosteniéndome.

—¡Danny!

—Porque. Puedo. Hacerlo —grito, sacudiéndome para quitarme el agua de los ojos, pero sin que mi ritmo vacile.

Ella se aferra a mis pectorales, los suelta y estira los brazos por encima de la cabeza, hundiendo las manos en su pelo primero, y luego llevándolas hasta mi cara, donde arrastra los dedos sobre mis labios, notándolos, mirándome con los ojos entornados pero vivaces: está a punto de correrse.

Me salgo con un rugido y le doy la vuelta, vuelvo a empotrarla, ahora desde atrás. Se me hinchan los bíceps, que me mantienen a media altura mientras le muerdo su espalda húmeda y sigo moviéndome. Me duele el cuerpo, noto todos los músculos tirantes, pero arremetida tras arremetida pierdo la cabeza y le doy todo lo que es suyo. Grito tras grito, ella me suplica que lo haga.

Cuando acabamos, lo hacemos a la vez, y lo hacemos a voz en grito.

Bramo mirando el techo mientras las paredes internas de Rose se aferran a mí, me exprimen y me dejan seco. Su cuerpo se sacude bajo el mío, su voz se rompe y se vuelve ronca. Me vengo abajo, agotado, sin aliento, y más enamorado de mi esposa de lo que hubiera creído posible.

—Te odio —digo, jadeando, pegando la cara a su cabello mojado.

—Yo te odio más.

Apenas puede hablar. No puede moverse, así que me elevo con cierta dificultad y me salgo de ella con una mueca de dolor. Me sigue palpitando la polla. Dios, ha estado muy bien y, además, me ha ido de puta madre.

—Quédate ahí. —Cojo el gel de ducha, le echo un poco en la espalda y me siento a

horcajadas sobre su trasero para masajearle los músculos y devolverlos a la vida mientras observo su perfil, la mejilla que descansa sobre los brazos doblados debajo de la cabeza. Tiene los ojos cerrados y la boca abierta para encontrar aire.

—No llevabas el chaleco —dice sin abrir los ojos—. Me lo prometiste.

—No creo que un chaleco antibalas me hubiera salvado de una bomba, nena. —Hundo los dedos en su columna y los voy subiendo hasta el cuello, acompañado por la ondulación de su cuerpo—. Y no he tenido tiempo.

—¿Por qué?

El respiro ha durado poco.

—El Oso sabe que James está vivo. Le ha llamado.

—¿Qué le ha dicho?

Noto que sus músculos se endurecen bajo mis manos.

—Relájate —le ordeno, haciendo más profundo el masaje—. Nada, solo el nombre de Beau. —Trago saliva y observo mis manos desplazarse sobre sus omóplatos—. Sabe que es el punto débil de James, tal y como tú eres el mío.

Se mueve para darse la vuelta, así que me bajo y apoyo las nalgas sobre los talones.

—¿Ella está bien?

—Tiene algunos rasguños, estaba en la calle. Nosotros casi habíamos salido.

—¿Por qué no estaba con vosotros?

—James y ella han tenido una discusión. Su ex estaba allí cuando hemos entrado de repente y a James, que ya iba entonado, ha comenzado a hervirle la sangre. Beau ha salido hecha una furia. Estábamos a pocos pasos de ella, pero a la vez han sido demasiados.

—¿Así que solo habéis salido vivos porque James y ella se han peleado? —pregunta, y yo asiento con la cabeza. Ese es el quid de la cuestión... aunque hayamos sobrevivido por los pelos —. Danny, tengo la sensación de que se está acercando cada vez más.

Tiene motivos para estar preocupada, y no la insultaré fingiendo que no es así. Resoplo, le cojo las manos y hago que nos pongamos en pie. Acto seguido me meto debajo del chorro y me enjabono de arriba abajo; ya es suficiente.

—¿Qué tal tu día de compras?

—Bien —contesta con un suspiro, y frunce el ceño mientras comienza a lavarse el pelo—. Tenemos que hablar sobre Daniel.

Me quedo quieto, preocupado.

—¿Qué le pasa?

—Es un chico listo, Danny. No podremos mantenerlo engañado durante mucho tiempo. —Su ansiedad se transforma en una pequeña sonrisa—. Le ha encantado la moto de agua, señor.

Asiento con la cabeza, como si no fuera nada.

—Bien —digo con voz ronca, mientras me aclaro el pelo. Agarro su mandíbula y sus manos se paralizan sobre su cabellera—. No te preocupes por Daniel —le digo, besándola con fuerza.

Ya debería saber que protegeré a ese chico con la misma intensidad con que la protejo a ella—. Ahora que el astillero ya está casi acabado podremos salir a probar la moto nueva.

—No estoy cómoda con la idea de que Daniel vaya al astillero, Danny.

Salgo de la ducha con el labio entre los dientes y cojo una toalla; no puedo pretender que estar con nosotros sea la opción más segura para Daniel cuando hay bombas estallando a diestro y siniestro.

—Ya me conoces, Rose. No dejaré que vea nada que no deba. —Es un contraste si lo comparo con mi infancia, durante la que sin duda vi muchísimas cosas que no debería haber visto.

Ella suspira.

—Debería ir a comprobar cómo está Beau.

Me río un poco.

—Esta noche no. —Me llaman las sábanas y el sueño—. Vamos a la cama.

Rose sonríe, pero la sonrisa se desvanece mientras se lleva una mano enjabonada al vientre.

Vacilo al secarme con la toalla.

—¿Qué pasa?

—Nada. —Se estremece—. Me siento como si me hubiera follado una polla muy dura y muy grande.

Sonrío.

—De nada —bromeo, satisfecho y saciado a medias—. Podría darme un atracón de ti tras otro durante toda la eternidad y nunca me sentiría lleno. —Ella arruga la nariz y se mete debajo del chorro de agua para aclararse el pelo—. Vente a la cama. —Sigo sonriendo—. Y veamos cuánto tiempo logras resistirte a mí.

He dormido como un niño, pero no me despierto sintiéndome fresco y revitalizado. Me siento al borde de la cama, me paso las manos por el rostro rugoso y exhalo con pesadez. El cuerpo de Rose se extiende de manera hermosa sobre las sábanas, tan en paz..., o al menos eso parece. Tengo miedo de que por dentro esté tan revuelta como yo.

La dejo dormir, me ducho, me visto y, mientras me dirijo a la planta de abajo, le mando un mensaje de texto a Tanque. Bajo la escalera con la atención puesta en el móvil y frunzo el ceño al ver que tengo una llamada perdida de Leon, de hace diez minutos. Se la devuelvo.

—¿Qué pasa? —le pregunto, y las arrugas de mi entrecejo se acentúan cuando comienza a explicarse—. ¿Lo dices en serio?

—Completamente en serio, jefe.

—Te mando a Len. Cuando llegue, ayúdale a meter al cabronazo en el contenedor de color amarillo. —Cuelgo y le mando un mensaje a Len mientras piso el mármol del vestíbulo.

Entonces levanto la vista y me quedo paralizado.

Pero ¿qué coño...? Retrocedo un paso de inmediato. De hecho, ¿quién coño...? Contemplo la espalda de una figura femenina alta y esbelta, cuyos voluminosos rizos rubios le caen en cascada muy por debajo de los hombros, hasta rozarle el trasero. Su malla de cuerpo entero, decorada con lentejuelas, es cegadora; sus zapatos de tacón con plataforma son unos rascacielos que la llevan a sacarme al menos quince centímetros. ¿Es la nueva prostituta interina de la casa?

Frunzo el ceño. Tiene los pies bastante grandes y, ahora que lo pienso, los hombros anchos.

Inspiro y me apresto a preguntarle quién coño es y qué coño está haciendo en mi casa cuando se da la vuelta.

Retrocedo y cierro la boca de golpe.

—Ah, hola —canturrea, y se pasa el pelo por encima del hombro con gesto teatral—. ¿Y tú quién eres?

No me gusta su sonrisa descarada, ni el deleite de sus ojos. Me quedo en blanco ahí plantado como un pasmarote, y mis pies retroceden otro paso de manera automática.

—Danny —murmuro como un capullo, mirando a mi alrededor antes de volver a posar mis ojos recelosos sobre ella... sobre él, ese hombre o esa mujer. Pero ¿qué coño está pasando?—. ¿Y tú quién eres? —pregunto, ladeando la cabeza, sin duda nervioso, y eso que yo no soy de los que se ponen nerviosos, pero la manera en la que ella..., él... me mira... Como si fuera un plato de comida.

—Soy...

—Esta es mi tía Zinnea —dice Beau, bajando la escalera con el pelo mojado y una sonrisa de diversión en la cara. ¿Tía?

—Ahhhh... —susurro, comprendiendo, preguntándome por qué coño a nadie se le ha ocurrido contármelo. Habría estado más preparado y menos sorprendido de manera tan evidente.

—No pensé que fuera a visitarnos de momento, o te habría hablado de ella. —Beau pasa a mi lado, aún divertida, y se detiene al lado de su tío. Tía.

—Soy una *drag queen*, cariño. No te asustes. —Zinnea hace descansar su peso sobre una cadera, igual que la mano, de uñas largas pintadas de una viva tonalidad de rosa.

Beau logra a duras penas contener la risa.

Pongo los ojos en blanco, giro la cabeza al oír más pasos a mi espalda y veo a James que baja la escalera poco a poco, abrochándose los dos botones del polo. Él también tiene una sonrisa de diversión en su cara de asesino, y tuerzo el labio; será gilipollas... Él sí que podría habérmelo contado.

Devuelvo la atención a Beau y su tío... tía, y les sonrío. Sé que es humor negro:

—Bueno, yo soy un asesino, así que no voy a juzgar a nadie.

Él..., ella lanza un grito ahogado muy dramático y se da una palmada en el pecho.

—¿Esta es tu casa?

—Esta es mi casa —confirmo, pasando a su lado—. Espero que disfrutes de tu estancia a mi costa. —Me doy la vuelta y regreso por donde he venido—. ¿Cómo está tu padre?

—Iba a verle ahora —contesta Beau, haciendo un gesto hacia la cocina—. Tu madre le estaba preparando un té.

—¿Se ha quedado a dormir?

Ella se encoge de hombros.

—Quería que el médico le echara un vistazo.

Me río entre dientes. El único problema que tiene el padre de Beau es un caso muy grave de mamonitis.

—Pero hoy se irá, ¿verdad? —Porque no puedo prometer que no vaya a matar a ese cabronazo si me lo cruzo.

—Sí —me asegura ella con un brillo cómplice en la mirada—. Te hubiera pedido permiso, pero Tanque me dijo que estabas ocupado.

—Un momento —grita Zinnea, que se gira hacia Beau y la coge de las mejillas—. ¿Tom está aquí?

—Sí.

—Cielos. —Él..., ella hace una cabriola sin moverse del sitio y se dirige contoneándose hacia la cocina—. ¡Hermano! —canturrea al entrar.

—¿Qué demonios está haciendo él aquí? —ladra una voz ronca.

Beau suspira y se da la vuelta para darle un beso a James.

—Será mejor que vaya —dice, alejándose al trote y James se une a mí.

—He estado pensando... —me dice, con la vista al frente.

—Yo también. —Abro la puerta del despacho—. Creo que tenemos que dejar de rascarnos los cojones antes de que acabemos muertos. —Sonrío—. En serio.

—Es un gran plan —confirma Brad desde el sofá.

—¿Qué coño estás haciendo aquí tan temprano? —le pregunto, examinando su presencia desaliñada.

—Me quedé a dormir para poder estar aquí temprano —contesta mientras Goldie, Ringo y Otto llegan en grupo. No son ni las ocho y la casa ya está llena de gente. Tendré que cobrarles alquiler—. ¿Qué coño pasó anoche? —pregunta Brad, que se pone en pie y comienza a pasearse de aquí para allá.

Me dejo caer en la silla y observo la estancia.

—Algo ha cambiado —digo en voz baja, pensativo, sin ser capaz de identificarlo.

Goldie tose y todo el mundo se fija en ella. Entonces le da un toquecito a la moqueta con la punta de la bota.

—Es nueva.

—Ah, sí. —Me inclino sobre el escritorio y estiro el cuello para admirarla—. Azul. Me gusta.

—Era el único color disponible en exposición.

—¿La pusiste tú también?

—Sí, la puse yo también —espeta, desafiándome a que le dé más importancia al tema.

—Ringo le movió los muebles —dice Otto con expresión seria mientras Goldie va a por él.

—¿Cerrarás algún día la puta boca o voy a tener que arrancarte la lengua?

Aprieto los labios: yo sí que quiero conservar la lengua.

—Vale ya, niños —digo con un suspiro—. Buen trabajo, Goldie.

—Gracias, jefe.

—Gracias, ¿qué? —pregunta James, y ella se encoge de hombros. Suelto una risita mientras él se deja caer en una silla, exasperado—. Pongámonos manos a la obra.

—No sé por dónde coño empezar —admito.

—Quizás por aquí. —Otto mete baza, acercándose para dejar una fotografía encima del escritorio—. Creo que conoces a este hombre.

Miro la imagen y casi me da miedo preguntar.

—Sí, es el padre del niño de Rose.

—¿Biológico? —pregunta Otto, y niego con la cabeza, notando la mirada de James sobre mí. Él conoce la historia, pero no pienso entrar en detalles con nadie más—. Es abogado, ¿verdad? —pregunta Otto, y un escalofrío incómodo se desliza por mi espalda.

—Sí, es abogado —confirmo—. ¿Quieres ir al puto grano?

—Está representando a Vince Roake.

Se hace el silencio en la habitación y James le dirige una mirada de sorpresa a Otto mientras yo intento entender lo que me acaban de decir.

—¿El Caimán? —pregunto. ¿El cabronazo irlandés de quien se rumorea que ocupará el lugar del Serpiente?—. Hilary y Derek son personas respetables.

—Y compraron al hijo de Rose en el mercado negro —dice James en voz baja, contándoles a todos los presentes lo que yo no quería que supieran. Le dirijo una fugaz mirada amenazadora y él ladea la cabeza, levantando las cejas.

—Seamos honestos, Danny —dice Brad—. James tiene razón.

—Derek no representaría a alguien como Vince Roake ni en un millón de años —digo, agitado—. A un criminal reconocido, traficante de drogas y asesino... —Me río—. Ni en broma.

James se encoge de hombros.

—No a menos que le estén...

—Chantajeando —susurro. ¡Joder!

Todos pegamos un salto cuando Rose irrumpe en el despacho sin aliento, aterrada y fuera de sí.

—Daniel... —espeta, y se le llenan los ojos de lágrimas—. Dice que le han prohibido que vuelva a verme.

—Oh, mierda —susurra Brad, que de inmediato comienza a pasearse por la estancia—. Oh, mierda, mierda, mierda.

La rabia es instantánea, candente, y va a hacer erupción.

—Traedle —exijo, poniéndome en pie—. No, a la mierda. Iré yo a verle.

Rodeo el escritorio y me dirijo furioso hacia la puerta, pero me detengo al llegar junto a Rose para ahuecar las manos en torno a sus mejillas húmedas y secarle las lágrimas a besos.

—¿Qué está pasando? —me pregunta, cogiéndome de las muñecas—. ¿Sabes el motivo?

—Voy a solucionarlo —digo, posando la nariz sobre la suya. Ella asiente con la cabeza, gimoteando—. Puedes apostarte ese dulce trasero que tienes a que lo haré. —Le pego los labios a la frente y la dejo atrás para atravesar la casa con determinación—. Conseguidme la dirección de su despacho —le grito a quien quiera que me esté siguiendo—. Y traedme la ametralladora.

—Danny... —Tanque aparece con aspecto desconcertado y preocupado.

—Está en mi despacho —le espeto, sin que mi paso vacile, con un propósito inquebrantable —. ¿Por qué no lo sabías?

—Lo sabía.

Me detengo de golpe y todos los hombres que me siguen hacen lo mismo. Entonces, ¿por qué coño parece tan ansioso?

—Estoy un poco ocupado, Tanque.

—Es importante.

¿Importante?

—¿Importante nivel que concierne a mi esposa?

Él asiente con la cabeza, dirige una mirada a los hombres a mi espalda, lo que me lleva a darme la vuelta. Todos guardan un silencio incómodo, y me doy cuenta de que la preocupación de Tanque no se debe a que haya perdido de vista durante un rato a Rose.

—Reuníos conmigo junto a los coches —digo, y por supuesto nadie lo pone en tela de juicio.

Todos desfilan ante nosotros y Brad me dirige una mirada sugiriéndome que debería mantener la calma, sin importar lo que esté a punto de escuchar. Es probable que tenga razón. James sale del despacho con una ametralladora en cada mano y un aspecto asesino que va a juego con mis sensaciones.

—¿Ella sigue ahí dentro? —le pregunto.

—Ha abierto una botella de vodka —contesta él, pasándome una de las armas.

Son las jodidas ocho en punto de la mañana.

—Le he pedido a Beau que baje —añade, poniéndose en marcha; sin duda me ha leído la mente.

—Gracias. —Devuelvo mi atención a Tanque—. Habla.

—Está vomitando. Sin parar.

Retrocedo, ladeo la cabeza y mi mente me refresca el recuerdo de anoche, en la ducha, cuando se hizo círculos en el vientre con aspecto un tanto incómodo.

—¿Desde cuándo?

—Que yo sepa, desde ayer por la mañana.

—¿Y por qué me entero ahora?

—Ayer estuvo un poco distraído, jefe.

Cuando recibimos la llamada del Oso y salimos de la mansión como misiles.

—¿Ella sabe que lo sabes?

—Me dijo que no se lo contara.

—¿Por qué? —pregunto como un capullo, como si Tanque pudiera saber la respuesta. Pues claro que no lo sabe, por el amor de Dios—. Bien hecho. —Le dejo e irrumpo en el despacho, donde me encuentro a Rose con el vodka en la mano. Entorno los ojos—. Cuando vuelva vamos a tener una pequeña charla.

—¿Sobre qué?

—Sobre tus episodios de vómito.

A ella se le desencaja la mandíbula.

—¿Te lo ha contado?

—Sí, me lo ha contado. Porque trabaja para mí, Rose. ¡Para mí! —La apunto con la ametralladora, pues esta situación no le está haciendo ningún favor a lo que tengo ahora entre manos. ¿Por qué está vomitando? ¿Está enferma? Evidentemente, me pongo en lo peor y eso solo hace que mi humor, de por sí terrible, se vaya al garete—. Te quiero aquí cuando regrese. —Me doy la vuelta y salgo, cerrando de un portazo.

—¿Y adónde coño crees que podría irme? —grita ella.

Recorro el pasillo gruñendo.

—Vigílala —le ordeno a Tanque al pasar justo cuando Beau sale a toda prisa de la cocina.

Me ve con la ametralladora en la mano y su expresión es la viva imagen de la incredulidad, por lo que se apresura a regresar sobre sus pasos para cerrar la puerta. Me importa una mierda que su padre esté aquí.

—¿Sabías que ha estado vomitando? —pregunto, hostil y amenazador.

Ella se echa hacia atrás, una expresión de asco atraviesa su rostro hermoso.

—¿Con quién coño te crees que estás hablando?

—¡Contigo! ¿Lo sabías?

—Cálmate un poco, joder —grita, en el momento en que James vuelve a entrar por la puerta, preguntándose sin duda a qué se debe todo este jaleo.

—¿Qué pasa? —pregunta, desplazando la mirada entre Beau y yo.

—Que está comportándose como un capullo —espeta ella—. ¿Si sabía qué?

Se me desencaja la mandíbula, y me esfuerzo al máximo por contener la rabia.

—Que Rose está vomitando a lo bestia —digo con calma, aunque sea lo último que siento.

Beau se detiene, pensativa.

—Ya me pareció que ayer estaba un poco pálida.

—¿Sí? —Es cierto. ¿Por qué no le presté más atención? La idea me provoca rechazo. ¿Soy un marido terrible?

—Sí —dice James, y parpadeo, preguntándome si no lo habré preguntado en voz alta—. Después de encontrar a Lawrence, se escondió en el lavabo de manera un poco abrupta.

Soy un marido terrible y es culpa de todos los criminales hijos de puta que están ahí fuera, monopolizando mi atención. Los voy a matar a todos con más lentitud incluso de lo que tenía pensado.

—¿Sigue en el despacho? —pregunta Beau, y asiento con la cabeza—. ¿Adónde vas? —pregunta, rodeándome.

—A matar a alguien —digo, gruñendo, y me pongo en marcha—. Y lo voy a hacer lentamente.

—No saltéis por los aires —canturrea ella.

—Eso no tiene puta gracia, Beau —grito mientras salgo a la luz de la mañana y me pongo las gafas de sol. Me detengo al pie de los escalones y examino la hilera de coches en el camino de acceso, cada uno de ellos con un hombre junto a la puerta del conductor.

—Ni la más puta gracia —dice James entre dientes, a mi lado.

—Tu novia es tan graciosa como tener una erupción en la polla —digo, comprobando el arma mientras Otto se nos acerca.

—La dirección —dice en el momento en que mi móvil emite un pitido—: Blue Lagoon, al sur de Miami.

—Genial —contesto, pues conozco bien ese barrio.

—Se mudó allí hace dos meses.

—¿De dónde?

—De un lugar muy modesto y lleno de gente en el centro. —Otto levanta las cejas y hace girar el *piercing* del labio.

Interesante.

—Vamos. —Bajo los escalones y señalo el tercer coche con el arma—. Cogeremos este.

—Conduzco yo. —Brad se pone al volante, yo ocupo el asiento del copiloto y James se sube atrás.

¿Qué coño le pasa a mi esposa?

El edificio de oficinas es impresionante de verdad. La gigantesca estructura de cristal se eleva orgullosa sobre Blue Lagoon Drive y proyecta su sombra sobre el agua. Una hilera de palmeras bordea su fachada, el sol se refleja en sus innumerables ventanas y hace que la estructura reluzca. Es una mejora bastante grande en comparación con un despacho modesto y lleno de gente en el centro.

Me bajo del coche, me quito la americana y tapo la ametralladora con ella.

—A partir de aquí me ocupo yo —digo al llegar junto a la entrada de cristal.

—Ni por puto asomo —dice Brad, resoplando, antes de pasar a mi lado y entrar al edificio cubriendo su propia arma con la americana.

—¿Por qué está tan tocapelotas últimamente?

—El único tocapelotas que veo por aquí eres tú —gruñe James antes de seguir a Brad.

Se meten en el vestíbulo y con un suspiro voy tras ellos, dejando al resto de los hombres en los coches. El interior es tan impresionante como la fachada, todo mármol de color crema, cristal y muebles de colores claros.

—¿Qué piso es? —pregunto.

—El quinto. —James señala hacia el ascensor.

—¿Puedo ayudarlos en algo?

Me giro al oír la voz y me encuentro a una mujer de mediana edad detrás de un amplio escritorio de mármol. Le lanzo una sonrisa fugaz y ella retrocede.

—Sabemos adónde vamos. —Me dirijo con calma hacia el ascensor y entro en él con Brad y James, los tres pegados a la pared posterior.

—¿Tenemos un plan? —pregunta Brad, apretando el botón del quinto piso.

En respuesta, James se pasa por encima del hombro el cinturón que carga su arma.

—Muy sutil —observo, pensativo, y sonrío mientras se cierran las puertas, que no llegan a hacerlo del todo, pues aparece el brazo cubierto por una americana de un hombre para detenerlas. Vuelven a abrirse y él levanta la vista con una sonrisa antes de entrar, pero la sonrisa desaparece cuando nos ve alineados al fondo del cubículo—. ¿Sube? —le pregunto.

Retrocede con la mirada fija en el cinturón de balas de James.

—Cogeré el siguiente.

Asiento con la cabeza, aprieto el botón de nuevo y subimos en silencio al quinto piso. Las puertas se abren y salgo, mirando con detenimiento la lujosa zona de recepción.

—Esto debe costar una pasta —digo en voz baja, admirando el espacio despejado, las macetas con palmeras en cada rincón para compensar el blanco y el cristal—. He venido a ver a Derek Green —le dijo a la mujer de detrás del escritorio de vidrio.

Ella mira por encima de mí, hacia Brad y James, y me doy la vuelta para ver que James se ha cubierto el cinturón con la americana; es evidente que el único problema es nuestra presencia.

—He... —Rectifico—: Hemos venido a ver a Derek Green.

—¿Tiene cita, caballero? —pregunta, fijándose en el ordenador, visiblemente nerviosa.

—No.

—Está en la sala de juntas, en una reunión.

Miro por encima de ella, hacia las paredes de cristal que conforman un pasillo con habitaciones a lado y lado.

—¿Por ahí?

—Esto..., sí.

—Gracias. —Le dirijo mi más sincera sonrisa, consciente de que le parecerá siniestra—. Nos encantaría un poco de té —le digo en voz alta mientras avanzo por el pasillo con paso despreocupado, mirando con cuidado a un lado y otro, examinando a los ocupantes de cada sala junto a la que paso, despachos pequeños todas ellas.

La del final es una amplia sala de juntas, con una enorme mesa blanca y sillas giratorias de cuero gris a su alrededor. Cuento una treintena, pero solo cinco están ocupadas, y al timón se encuentra el padre de Daniel, que proyecta su poder de forma invisible, sin pretensiones, como el espacio que le rodea.

Levanta la vista, me ve y deja caer el bolígrafo.

Retiro la americana, mostrándole la ametralladora, y hago girar el dedo con lentitud en el aire, como diciendo que acabe ya la reunión. Traslada la mirada con rapidez a la mesa que tiene al frente y traga saliva con dificultad. Su actitud y el hecho de que sepa con claridad quién soy me dicen más de lo que sin duda él querría transmitir.

—¿Se supone que tiene que reconocerte? —pregunta James.

—No. —Retrocedo, apartándome de la puerta, sin quitarle la vista de encima a la figura aturdida y aterrada de Derek Green—. Lo dice todo, ¿verdad?

Le veo mover la boca, sonreír de manera forzada, y los hombres a la mesa comienzan a recoger sus portátiles y sus documentos. Al salir, todos retroceden al vernos esperando fuera. En cuanto la sala se queda vacía a excepción de Derek, entro con calma y me siento en el extremo opuesto de la mesa, frente a él. James ocupa la silla que tiene justo a la derecha y Brad la de la izquierda. Él los mira primero a ellos y luego a mí.

Aprieto los labios y dejo la ametralladora sobre la mesa. Su mirada se posa en ella y se quedan ahí clavados.

—Bonita oficina —digo, tomándome mi tiempo para echar un vistazo al lugar—. ¿Qué tenemos aquí? —pregunto, pensativo—. Algo más de 450 metros cuadrados. Especificaciones de primera, una ubicación inigualable, así que quizás unos 300 pavos por metro cuadrado al año. —Hago una mueca, mirando el techo—. Estamos hablando de doce mil quinientos dólares al mes. —Resoplo—. Es un salto inmenso respecto a los... ¿qué?, ¿mil quinientos que pagabas hace unos meses? —Llevo la mano a la ametralladora y la hago girar hacia la izquierda, y acto seguido hacia la derecha—. El negocio debe estar en auge, Derek. —Le miro—. ¿Te importaría explicárnoslo?

Está sudando de verdad, como verdadero es el miedo en sus ojos, así que, si intenta hacerse el tonto, igual acabo violándolo con esta arma.

—Ha sido un buen año. —Le tiembla la voz y se lleva la mano por instinto a la corbata para aflojársela.

James, con la exaltación habitual en él, coge el arma y la apoya sobre la mesa, apuntando a Derek, que se deja caer de golpe sobre la silla con las manos arriba.

Brad suelta una risa.

—¿Te pones a jugar con los mayores y una ametralladora de nada ya hace que te cagues en los pantalones?

—No sé de qué me hablas.

James suelta el seguro y carga el arma, y el sonido hace que Derek se encoja de miedo.

—¿Estás seguro? —pregunta, moviéndola unos centímetros hacia la derecha antes de disparar y cargarse el televisor que colgaba de la pared justo detrás de Derek.

El ruido es ensordecedor, disparo a disparo, mientras el cinturón que alimenta la ametralladora salta encima del hombro de James. Él, en cambio, permanece inamovible, impasible; es un puto robot. Por su parte, Derek... Oh, el pobre Derek se cubre la cabeza con los brazos y dobla el cuerpo encima de la mesa. Veo a Brad riéndose, pero no le oigo porque, joder, me sangran los oídos. Aun así dejo que James se le eche encima, consciente de sus emociones hacia todos los pobres cabrones que son lo bastante estúpidos como para enredarse en los negocios del Oso.

James acaba librándonos a todos del ruido y se recuesta contra la silla y le echa un vistazo a la pared de cristal que da al pasillo.

—Diles que estás bien —le indica a Derek en voz baja.

Me fijo en la gente al otro lado del cristal: algunos se han quedado paralizados por la conmoción y otros han salido corriendo.

—Hazlo ya —ordeno—. Levántate y tranquiliza a tu equipo, diles que todo va bien. —Observo, divertido, a Derek incorporarse con piernas temblorosas y tambalearse hacia la puerta. La abre, rezumando sudor—. Y, si alguien llama a la policía... bueno, no creo que haga falta especificarte lo que pasará.

—No hay motivo para dejarse llevar por el pánico —dice él, con la voz presa del pánico—. Estamos solo... Esto... representando el escenario de un crimen para... Esto... sí... corroborar unas pruebas. —Tose—. Volved al trabajo. —Cierra la puerta, aprieta un botón y, de repente, la sala se vuelve más íntima.

—Representando el escenario de un crimen —digo, pensativo—. Muy bien, Derek.

Él pega la frente al cristal.

—¿Qué haces aquí?

¿Qué hago aquí? Me froto el labio poco a poco con el dedo índice.

—Has disgustado a mi esposa —contesto en voz baja, y él me mira—, por tanto, me has disgustado a mí. —Me pongo en pie, rodeo la mesa y, cogiendo a Derek por el brazo, le obligo a sentarse de nuevo en la silla, empujándole—. Toma asiento, Derek. Lo vas a necesitar.

—He hecho lo que haría cualquier padre decente —grita, levantando los brazos.

—No eres su padre —señalo, poniéndome en cuclillas a su lado, con una mirada letal—. Eres el hombre que pagó generosamente para que arrancaran a un bebé de los brazos de su madre..., y has tenido mala suerte, porque la víctima de todo este asunto ha resultado ser mi esposa. Podría haber acabado contigo hace tres años, Derek. Pero hice lo mejor para Daniel porque sabía que era lo que Rose deseaba. —Me acerco más a él, y se echa hacia atrás—. Ella lo ha hecho todo bien, ¿y ahora le dices que no puede verle? ¿Comprendes las consecuencias de tus actos, Derek? ¿Las comprendes de verdad? —Llevo la mano al arma de James y la hago girar unos centímetros, para que apunte directamente contra su frente. Él inspira—. Bueno, podemos

solucionarlo con mucha facilidad, y tú sabes cómo. —Me incorporo, le paso la mano por la nuca y estrello su cabeza con fuerza contra el escritorio. Él pega un grito y se lleva las manos a la nariz ensangrentada; tiene las gafas rotas y dobladas—. Así que soluciónalo, porque la próxima vez no seré tan amable.

Llaman a la puerta y esta se abre y aparece la mujer de la recepción con un té. Esbozo una sonrisa y me dirijo hacia ella para cogerle la bandeja de las manos.

—Gracias, muy amable.

Ella no puede más que asentir con la cabeza, la vista fija en Derek Green, que sangra a mi espalda.

—Es un gran actor, ¿eh? —Suelto una risita, con la bandeja en las manos—. Gracias por el té, nos estamos tomando un respiro después de recrear el escenario de ese crimen. —Doy un paso al frente, obligándola a que se retire. Ella se apresura a cerrar la puerta y yo llevo la bandeja a la mesa, donde levanto la tapa de la tetera y remuevo su contenido—. Ahora pasemos a Vince Roake.

Es posible que le hayan indicado de manera indirecta al personal que no llame a la policía, pero seamos honestos: ¿quién no lo haría?

Derek levanta la mirada y su figura nerviosa se vuelve frenética.

—Es uno de tus clientes, creo. En prisión preventiva. Lo declararon culpable en el juicio, ha apelado, ha despedido a su abogado y te ha contratado a ti. Entre toda la gente del mundo, Derek, va y te contrata a ti. —Sirvo una taza de té para cada uno—. ¿Leche? —pregunto, mirando la bandeja, y obtengo un gruñido de James, un «por favor» de Brad y nada por parte de Derek—. Que. Si. Le. Pones. Leche. —Le miro, y él asiente de manera frenética, así que le añado leche—. Para mí, sin azúcar, evidentemente... —Le sonrío y procedo a ponerle azúcar a la taza de Derek, una cucharada tras otra, hasta que vacío el cuenco y el té de Derek parece dulce de leche—. Bébetelo. —Le paso la taza por encima de la mesa y les llevo las tazas y platillos delicados a James y a Brad. Cojo la mía y le doy un sorbo. Tarareando, la sostengo en alto y la examino—. ¿Sabes?, nadie prepara el té como mi madre.

—Nadie —coincide Brad, que me imita y lo prueba—. Y no has heredado su talento, Danny. —Hace una mueca y deja la taza sobre la mesa.

Doy otro sorbo, solo para probarlo de nuevo.

—¿Qué te parece? —le pregunto a James, que me observa con una sonrisa de suficiencia nada sutil.

—Es normalito.

—Es normalito —repito, devolviendo la atención a Derek—. Eso ha dolido. ¿Tú qué crees, Derek? ¿Te gusta mi té?

Con manos temblorosas, él se lleva la tacita de sustancia viscosa a los labios y prácticamente tiene que masticar para tomarse la mitad mientras su piel adopta una encantadora tonalidad verde. Tiene que esforzarse para contener las arcadas.

—Está muy bueno —dice, tosiendo.

Arrugo la nariz.

—No me mientas, Derek. Detesto a los mentirosos. —Dejo la taza y el platito sobre el escritorio, acerco las armas para que sus cañones queden en contacto con su pecho y retomo mi sitio al otro extremo de la mesa—. Tenlo muy en cuenta cuando te haga la siguiente pregunta. —Pego las yemas de los dedos entre sí y dejo descansar los codos sobre los brazos de la silla—. ¿Ante quién respondes?

Él vuelve a limpiarse la nariz, exhala y cualquier capacidad de resistencia que hubiera tenido abandona su cuerpo.

—Ante el Oso.

A duras penas logro contener la sorpresa.

—¿Directamente? ¿Sin intermediarios?

—Sin intermediarios.

—¿Cómo contacta contigo?

—Por correo electrónico.

Me doy cuenta de que James se apresura a coger el móvil para mandarle un mensaje a Otto.

—Está de camino —confirma, dejando el aparato encima de la mesa.

—¿Qué tiene contra ti, Derek? ¿Con qué te está chantajeando?

—¿Tú qué crees? —pregunta él, exasperado—. Sabe que no obtuvimos a nuestro hijo de manera legítima.

—Te das cuenta de que esto podría ser una coincidencia enorme de la hostia, ¿verdad? —No puedo asumir que el Oso ignore mi relación con Daniel. Y no lo haré—. ¿Le has hablado de Rose?

—Dios, no. Pero entiendes por qué tengo que impedir que Daniel la vea... ¡Y a ti! Por el amor de Dios, pensará que trabajo para ti.

—Lo haces, Derek. Desde este mismo instante, vaya si lo haces.

Él deja caer la cabeza entre las manos.

—Ay, Dios. Sabía que aceptar el caso Dorn era un error.

Frunzo el ceño.

—¿Qué es el caso Dorn?

—Asesinato en primer grado. —Agita una mano en el aire—. Un chico con un fondo de cobertura y un trastorno psicótico de personalidad. Aunque las pruebas eran circunstanciales, habría que ser un puto idiota para pensar que no lo hizo. Al parecer, por suerte para mí, el jurado estaba lleno de idiotas. Dorn salió libre, gané fama y algunos pavos, y me he convertido en la primera escala para cualquier puto asesino de Miami que necesite un abogado.

Brad y James me miran; es evidente que los dos están pensando lo mismo que yo. ¿Puede tratarse de una coincidencia de verdad? ¿Puede ser tan sencillo? Porque, si el Oso hubiera sabido que Daniel era el hijo de mi esposa, sin duda lo habría usado como arma antes.

El tiempo lo dirá. Hasta entonces...

—Esto es lo que va a pasar —digo en el momento en que entra Otto, que contempla el desastre a la espalda de Derek, el estado de la cara de este, y hace una mueca al ver su taza de té a medio beber—. Vas a darle a Otto todos los correos electrónicos que tengas del Oso.

—Me matará. Dios, ya ha empalado al hámster de Daniel en la barandilla de nuestro porche.

Me echo hacia atrás y miro a James.

—Y nosotros pensando que le gustaban los animales...

—Aún no he encontrado a ninguno llamado el Hámster. —James se encoge de hombros—. Quizás les tenga fobia.

—Odio los roedores. —Brad se estremece.

Con una sonrisa de satisfacción, me siento al borde de la silla y pongo los antebrazos sobre la mesa.

—Derek, tienes que confiar en mí —digo mientras tanto James como Brad ponen la mano sobre sus armas y las acarician como si se tratara del cuerpo de una mujer—. Ahora mismo no soy el menor de los males de tu vida. —Echo la silla hacia atrás y pongo los pies encima de la mesa—. Sé que me harás caso, así que seguirás representando a Roake y me pasarás cualquier información que tengas, sin importar lo pequeña o insignificante que parezca.

Derek niega con la cabeza, se endereza las gafas rotas.

—¿Sabes a quién te estás enfrentando? —pregunta, mirándome como si yo no lo hubiera pillado.

—¿Y tú?

Traga saliva, aparta la mirada.

—El alcance del poder de ese hombre, el tamaño de su red de corrupción... Políticos, policía, abogados, criminales... Todos se ganan la vida porque él se lo permite. Todas las personas con alguna influencia en esta ciudad y alrededores se encuentran bajo su puño silencioso.

—Yo no —digo en voz baja—, y tengo un montón de influencia, Derek.

—Sí, y veo por qué representa un problema tan importante para él. No soy jugador, señor Black, pero me apuesto algo a que volver de la muerte ha sido una de las peores decisiones que vayas a tomar nunca.

Estampo el puño contra la mesa y el golpe resuena en toda la sala. Me gustaría pensar que es por la rabia debida a su osadía y nada más, pero también hay una irritante mezcla de frustración. Dios, ¿qué coño haría papá al respecto? Buscaría la raíz del problema y acabaría con él. Fin de la historia. Así que eso es lo que voy a hacer.

—Que yo haya vuelto de la muerte podría ser lo único que te mantenga con vida, Derek. No lo olvides.

Miro a Brad porque no me da la gana levantarme y tener que volver a atravesar la sala. Él coge a Derek por la nuca y le estrella la cara contra la mesa con un ruido sordo. Derek grita y se protege el rostro golpeado.

—No quiero que Daniel te vea así —digo, con una sonrisa torcida al ver su figura temblorosa —. Así que lo he gestionado para que alguien lo vaya a recoger a la escuela—. Me pongo en pie y cojo la ametralladora—. Vendrá a pasar un tiempo con nosotros.

—¿Qué? —Se pone en pie de un salto—. ¿Lo vas a secuestrar?

Le miro como el gilipollas que es.

—Derek, ese crío es más mío que tuyo. Estoy casado con su verdadera madre, iluso de mierda. Hasta ahora, ella ha sido justa, ha dejado que mantuvierais la historia de la adopción, ha dejado que Daniel se lo creyera todo para salvar vuestra integridad. —La verdad es que era la única manera de hacerlo sin revelarle los detalles más truculentos de la traumática historia de Rose. No quiso traumatizarlo de por vida ni quiere que sepa que el mundo puede ser tan cruel—. ¿Y se lo pagas intentando que deje de verla? —Me río, pero no hay un ápice de alegría en mi carcajada.

—¿Cómo se lo voy a explicar a Hilary?

—Me importa una mierda lo que le cuentes a tu esposa. Miente, me da igual.

Él deja caer los hombros.

—¿Y qué le dirás a Daniel?

—Que viene a pasar un tiempo con su madre. No hay nada raro en ello. —Saco los cigarrillos —. Le he comprado una moto de agua, estoy seguro de que te lo habrá contado. Haremos algunas excursiones, pasaremos tiempo en el agua. También le encanta cocinar con mi madre.

Derek se pone en pie y se dirige a una mesita auxiliar de donde saca un pañuelo de papel y se limpia la nariz.

—Siempre me he preguntado... —Exhala, mirándome— por qué no salías en las fotos de sus visitas a Santa Lucía.

Hago una mueca.

—Me da vergüenza ponerme delante de la cámara.

—O porque estabas supuestamente muerto.

—¿Cuándo descubriste quién soy? —le pregunto; me puede la curiosidad.

—Por mi cliente, Roake —contesta con un suspiro—. Me pidieron que le entregara un sobre durante una de nuestras reuniones. —Sacude la cabeza y apoya la mano en la madera, inclinándose sobre ella con una pesadez evidente en el cuerpo—. Dentro había una foto tuya.

¿Así que los reclutas se pasan mi foto? No me sorprende.

—Entonces, ¿le echaste un vistazo antes de dársela a Roake? Qué travieso, Derek. ¿Y cómo me reconociste?

Me señala la mano con la cabeza y al bajar la vista veo la pulsera de cuero que Daniel me compró en un mercadillo durante su primera visita a Santa Lucía. Vaya por Dios.

—Daniel aún conserva la suya —dice Green, con voz bastante apenada—. Al volver se pasó semanas hablando de las pulseras a juego y las motos de agua.

Estoy seguro de que a Derek le dio un infarto al descubrirlo, como también lo estoy de que se

está preguntando qué ha hecho él para merecer esto y verse inmiscuido en esta red de crimen, chantaje y explotación. Además, no tiene nada que ver con que comprara un niño en el mercado negro; nadie en Miami sabe que Rose es la madre de Daniel; es algo completamente circunstancial. Lo que hizo Derek en realidad fue ganar un juicio de gran notoriedad. Se volvió útil para el Oso y, por suerte para ese cabronazo escurridizo, Derek tenía trapos sucios que ocultar, un asunto jugoso con lo que hacerle chantaje. Por eso ahora también me será útil a mí.

—¿Había algo más en esa entrega que debamos saber?

—¿Como qué?

—¿Fotos de otra persona?

Derek mira a Brad y a James.

—No.

—Me siento dolido —murmura Brad, mientras James permanece sentado con una expresión demasiado pensativa para mi gusto. Sabemos por qué no había una foto de él: el Oso pensaba que ya estaba muerto.

—Bueno, creo que este asunto queda cerrado, de momento —digo con una sonrisa deslumbrante—. Estoy seguro de que te habrá gustado ponernos cara. Estaremos en contacto. —Cojo el arma y salgo, seguido por Otto, Brad y James—. ¿Ha conseguido todo esto en tres putos años y nadie, ni una sola puta persona, sabe quién es?

—Alguien sí lo supo —murmura James, que aprieta el botón de llamada del ascensor con la punta de la ametralladora.

—Sí, genial. Esa persona está muerta. Muy útil.

—No me toques las pelotas, Danny.

—Lo siento —farfullo, y la verdad es que soy sincero. James sabe que no voy repartiendo disculpas por ahí—. Rose no debe enterarse de esto. —Perdería la cabeza, y ya tengo bastantes quebraderos de cabeza ahora mismo.

Subimos al ascensor y las puertas se cierran en el momento en que a James le suena el móvil. Contesta y me dirige una mirada con el ceño fruncido.

—¿Dónde? —pregunta, y tensa el cuerpo de manera visible—. Vigílalos. —Cuelga—. Dos hombres acaban de llegar abajo en un Chevrolet y no tienen pinta de que se les haya perdido nada en este edificio, ya sabes a qué me refiero.

—¿Hombres como nosotros? —pregunto, riéndome.

Él mira la pantallita de encima de la puerta y vuelve a fijarse en el móvil cuando emite un pitido.

—Están esperando el ascensor. Se dirigen al quinto piso.

—Qué casualidad. ¿Cómo lo sabes?

—Goldie se lo ha preguntado.

Con una risotada, me meto un cigarrillo entre los labios, lo enciendo y levanto la ametralladora, apuntando contra la puerta.

—¿Listo?

Todos me imitan, mostrando su acuerdo con gruñidos, y las puertas se abren para revelar a dos hombres que abren mucho los ojos a la vez y retroceden. No son tan estúpidos como para llevarse la mano a las cartucheras que llevan mal ocultas bajo la americana; tienen frente a ellos a cuatro hombres, tres de los cuales les están apuntando con sus ametralladoras.

—Daos la vuelta —les digo de buena manera, y los dos lo hacen con lentitud—. Salgamos con toda la calma de este edificio.

James sale conmigo, ambos pegando el cañón de nuestras armas contra sus lumbares.

—Disculpe, señor, pero esta es una zona libre de humo.

Miro por encima de los hombres que nos preceden y veo que se nos acerca un vigilante de seguridad, joven, corpulento, y con toda probabilidad muerto de aburrimiento durante el noventa y nueve por ciento del día. Seguro que mi cigarrillo es lo más fascinante a lo que ha tenido que enfrentarse hoy.

Se lo lanzo a los pies y asiento con la cabeza en dirección a Otto, que se acerca y le llena de billetes el bolsillo de la americana mientras le da una palmada amigable.

—Nuestras disculpas —dice, sonriendo bajo la barba descuidada—. ¿Cómo te llamas, tío?

—Jerry.

—Jerry... —repite Otto con gesto pensativo mientras saca una tarjeta y se la mete en el mismo bolsillo que el dinero—. Creo que estás muy mal pagado. Llámame y lo solucionaremos.

Él asiente, se aleja con la mano sobre el bolsillo.

—Que tengan un buen día, caballeros.

—Tú también. —Otto gira sobre sus talones—. Vámonos.

Sí, vámonos. Tengo que aclarar algo con la salvaje de mi esposa.

Capítulo 14

ROSE

—Llevas más de una hora mirando la botella —dice Tanque.

¿Más de una hora? ¿Tanto tiempo ha pasado desde que Beau me ha dejado en el silencioso despacho de Danny para que se me pase el supuesto dolor de cabeza? Tampoco era mentira porque me duele la cabeza de tanto pensar, de tanto preocuparme.

Aparto la vista poco a poco de la botella de vodka para mirar a Tanque. Él levanta las cejas pero estas siguen formando una poblada línea recta en vez de una curva. Parpadeo y vuelvo a mirar el cristal transparente. Solo se me ocurre que se está aburriendo de ser testigo de mi agitación silenciosa. Peor para él; tendría que haber mantenido la bocaza cerrada.

—¿Te la vas a beber o no? —pregunta.

La inscripción de la etiqueta comienza a volverse borrosa, los colores rojo y negro se mezclan de tanto observarla intensamente.

—No —murmuro. Dejo la botella encima de la mesa y noto que se me quita un peso de encima solo de no tenerla ya entre las manos. Inspiro y me levanto del sofá, pasándome las manos por el torso para estirar la ropa—. ¿Adónde ha ido Danny?

Tanque me dirige una mirada como si me estuviera preguntando si creo que es idiota.

Pongo los ojos en blanco y miro el móvil, desesperada por llamar a Hilary y suplicarle que se apiade de mí. Pero tengo que conservar una calma que no siento en absoluto. Siempre hemos sido tan cuidadosos... Sabía que traer a Daniel a la casa fue una terrible decisión. Dios sabe lo que les habrá contado a Hilary y a Derek.

Me dirijo a la puerta sintiendo los pies pesados y Tanque me la abre.

—Gracias. —Voy hacia la cocina—. Hola —le digo a Esther, que está de espaldas a mí—. ¿Dónde está Beau?

—Con su padre, en el salón. —Esther deja un plato sobre la encimera y vuelca en él una bolsa de pasas—. El médico le está echando un vistazo. —Aparta el plato a un lado mientras exhala un aliento cansado—. ¿Qué está pasando, Rose? —pregunta, y yo frunzo el ceño.

—No lo sé. Pregúntaselo a tu hijo.

—Me refiero a ti. ¿Qué te está pasando? —Coge una barra de pan y deja que caiga con pesadez sobre la encimera—. Estás... rara.

—Estoy bien.

—Entonces, ¿por qué vomitas? —Comienza a untar mantequilla en el pan, con la atención

dividida entre la tarea y mi persona—. Danny me ha llamado para asegurarse de que el médico estará disponible cuando vuelva.

—¿Por qué? ¿Está enfermo?

—No seas listilla.

Dejo caer la cabeza entre las manos y me masajeo el cuero cabelludo. ¿Qué puedo decir? ¿Que estoy estresada? ¿Preocupada? ¿Ansiosa? No. Nada de señales de debilidad. Ninguna pista sugiere que me está costando enfrentarme a este mundo. Es de chiste, cualquiera que tenga dos ojos en la cara puede ver la agitación que me consume. Quiero ser fuerte, quiero ser todo lo que Danny necesite que sea. Hace tres años no supuso ningún problema. Ahora... Dios, es tan duro, quizás porque sé lo que es vivir en la normalidad. Bueno, la normalidad con Danny, en cualquier caso. Danny y yo nunca seremos normales de verdad; siempre seremos fuego y hielo, calor y frío.

—Estoy bien. —Dejo ir la cabeza y le dedico una sonrisa dócil.

La expresión que me dirige mi suegra es la viva imagen de la incredulidad.

—Ha llamado el tipo del taller. Entregará tu regalo para Danny la mañana de la boda, pero temprano. Habrá que buscar un sitio donde esconderlo.

—¿Esconder una escultura de hielo? —pregunto—. Me preocupa más asegurarme de que no se deshaga.

—Otto ha encontrado el lugar perfecto, a la sombra y con una circulación de aire mínima, como ha recomendado el escultor.

—¿Desde cuándo se ha convertido Otto en un especialista en esculturas de hielo?

Ella se encoge de hombros y yo me doy la vuelta encima del taburete al oír pasos a mi espalda. Beau entra en la cocina. Siento que soy una amiga terrible porque no le he preguntado por su padre cuando se ha pasado un siglo sentada conmigo en el despacho de Danny, intentando sonsacarme la razón por la que estoy vomitando de manera regular. A decir verdad, me siento un poco patética; ella está cada vez más recompuesta, por muchas bombas que le tiren encima. Sé que la aparición de su tía Zinnea ha ayudado. Beau me ha hablado mucho de su tío..., tía..., pero nada puede prepararte para el momento en que te topas por primera vez con ella. Con Zinnea Dolly Daydream, que es su nombre artístico, y menuda transformación respecto al tío esquelético y semimuerto al que vi hace apenas un día.

Le sonrío cuando se sienta a mi lado a la isla de cocina, le cojo la mano y se la aprieto.

—Me encuentro mucho mejor —le aseguro, antes de que pueda preguntar. Ignoro el ligero resoplido de Esther—. ¿Cómo está tu padre?

—Insufrible. —Beau levanta el cuello para ver qué hace Esther mientras estira la mano y roba una pasa del plato—. El médico cree que tuvo un ligero ataque de pánico.

Me río por lo bajo. No es sorprendente, dado lo que ha pasado.

—¿Sabes algo de los chicos? —me pregunta.

—Nada.

Vuelvo a mirar el móvil y el corazón comienza a latirme más rápido. Me gustaría pensar que Danny no ha ido a casa de Hilary y Derek puesto que se ha marchado de aquí con la mayoría de sus hombres y un pequeño arsenal de ametralladoras. Sin embargo, conozco a Danny, es un ser implacable y, a la vez, sé que su adoración por mi hijo no tiene límites. No irrumpiría con las armas en la mano, literalmente hablando, mientras Daniel estuviera por allí. Claro que... Daniel no estaría en casa. Está en clase, y Derek debe de estar en el trabajo.

—Oh, Dios. —Vuelvo a sujetarme la cabeza con las manos, dolorida, pero la levanto de golpe cuando me suena el móvil. Manoteo para cogerlo y me desinflo al ver que me están llamando de la puerta principal de la casa—. Hola.

—Rose, soy Bud, estoy en la puerta. Hay una visita para Beau. He intentado llamarla a ella, pero no contesta.

—Está aquí —digo, pasándole el móvil—. Una visita para ti.

Ella frunce el ceño aceptando el aparato y se lo lleva a la oreja.

—¿Sí? —Se queda rígida—. ¿Qué? —Ahora es su turno de frotarse la frente—. Sí, claro. —Cuelga y baja la cabeza—. Mierda.

—¿Qué pasa?

Pega mi móvil a la isla y se levanta de la silla.

—La novia de mi padre está aquí.

—Vaya. —Sé lo que Beau siente hacia ella—. Tú sonríe con dulzura y todo se habrá acabado pronto.

—No la conoces. Es insoportable. —Se aleja, murmurando algo por lo bajo.

—Vendré a rescatarte. Tú avísame.

Me dirige una pequeña sonrisa mientras se marcha y vuelvo a mirar al frente, encontrándome con que Esther está echando rebanadas de pan con mantequilla en su plato.

—Voy a tumbarme —digo, y me levanto antes de que pueda seguir interrogándome.

—Vale —contesta ella con cuidado.

Paso al lado de Tanque en la puerta.

—¿Es necesario que sigas todos mis movimientos por dentro de la casa? —le pregunto, sonando como una gruñona.

No contesta. No le hace falta, ha estado siguiéndome por todas partes desde el momento en que le nombraron mi protector personal. Hoy no va a ser la excepción, lo que pasa es que yo ya estoy a la que salto.

Veo a Beau cerrar la puerta de la sala de la televisión y comienzo a subir la escalera. Con cada paso que doy me voy sintiendo más agotada. El mero hecho de caminar me representa un esfuerzo. Llego al final y me arrastro hacia la habitación examinando las pinturas abstractas de colores vivos que se alinean a lo largo del pasillo.

Me detengo al oír a lo lejos que se abre la puerta de calle.

—¿Dónde coño está mi esposa? —Su voz resuena en la mansión y yo giro sobre mí misma,

aterrada.

—Ay, mierda —murmuro, levantando la vista hacia Tanque. Este aprieta los labios, su cara peluda expresa todo el recelo que siento—. No parece estar muy contento, ¿verdad? —murmuro sin convicción.

—Ha tenido mejores días.

—Esto es por tu culpa —le espeto, acusadora, mientras me acerco en silencio a lo alto de la escalera.

—Me paga para que haga mi trabajo.

—Alguien tiene que recordarle a mi marido que me lo dejó todo al morir, así que en realidad soy yo la que te paga.

—¿A que no te atreves a decírselo tú misma? —dice Tanque con una risita.

Le dirijo una rápida mirada maligna antes de devolver la atención al frente mientras me acerco a la baranda, desde donde veo que están metiendo a dos hombres a la fuerza en el despacho de Danny. Él posa sobre mí sus ojos como dos bolas de demolición y me descubro enderezando la espalda en un acto de fuerza fingida que, en el fondo, sé que no va a colar.

James entra, se acerca a él y me dirige una mirada cauta. Si está intentando advertirme en silencio de que mi marido está de un humor de perros, es una pérdida de tiempo. Su mirada feroz prácticamente me desintegra. Nunca había deseado que Danny estuviera tan ocupado con su trabajo que no pudiera dedicarme su tiempo..., hasta ahora.

James le dice algo, Danny asiente con la cabeza sin apartar la mirada de la mía y acto seguido se aleja, siguiendo a los dos hombres a los que han hecho entrar al despacho casi a patadas.

—¿La pesca del día? —pregunto de forma arrogante, levantando la barbilla.

—No cambies de tema, Rose. —Él sube la escalera con decisión, me coge del codo y me empuja hacia el dormitorio. No soy tan idiota como para oponer resistencia alguna.

—Tómate un descanso —le espeta a Tanque mientras me veo arrastrada junto a su cuerpo montañoso y cruzo el umbral de un empujón—. Siéntate —me ordena, así que me dirijo hacia la cama, obediente, y me siento en el colchón con las manos en el regazo.

Él no puede esconder su sorpresa. La sumisión no es algo a lo que esté acostumbrado ni que espere de mí, y es evidente que no sabe cómo enfrentarse a ella, aunque lo cierto es que me siento demasiado exhausta para pelearme con él.

Danny comienza a pasearse de aquí para allá ante mis ojos, la vista puesta en sus pies; es evidente que le zumba la cabeza, y sigo su recorrido con la mirada al menos una docena de veces. ¿Qué pasa? ¿Por qué no me ataca? ¿Dónde está el monstruo? ¿Y la amenaza de estrangularme si no le obedezco? Me siento tan perdida como su expresión.

Acaba por detenerse. Inspira, levanta la vista y entonces me sobrecoge el remolino de lamento que son sus ojos gélidos.

—¿Soy un mal marido? —me pregunta, sorprendiéndome aún más.

—¿Qué?

—Ya me has oído. —Se acerca a mí y se deja caer de rodillas, apretándome los muslos con las manos para apartarlos y poder pegarse a mi cuerpo—. ¿Soy un mal marido?

¿Qué es esta locura?

—Bueno, en términos legales no eres ni marido ni nada.

—Un pequeño tecnicismo que se solucionará en unos días. Contesta.

—¿Por qué me lo preguntas? —Llevo la mano a sus rizos largos y morenos y se los aparto de la cara.

—Estoy intentando averiguar por qué todo el mundo parece haberse dado cuenta de que estabas vomitando y yo no.

—Estoy bien.

—Rose —dice con voz grave y cargada de advertencias—. ¿Por qué no dejas de vomitar?

—No es que no deje de vomitar —digo, riéndome, como si estuviera pasándose de dramático. Así es—. He vomitado algunas veces, eso es todo.

—¿Por qué?

—Estoy preocupada —suelto.

Muerta de preocupación. Por él, por Daniel, por mí, por nosotros. Estoy que me salgo de mis casillas por la ansiedad.

—¿Por qué?

—¿En serio, Danny? ¿Me lo tienes que preguntar? —Intento quitarme sus manos de los muslos y no lo consigo, ya que hunde los dedos en mi carne. Siseo, le dirijo una mirada sucia. Aquí está, el monstruo de la mano dura—. Hace unos días te dispararon, ayer saliste de un edificio en llamas y hoy me han dicho que no puedo ver a mi hijo.

—Lo de Daniel está solucionado.

Ladeo la cabeza.

—¿Cómo?

—Gracias a un poco de persuasión cortés.

Me sale una carcajada y Danny me dirige una mirada furiosa.

—¿Cortés? ¿Tú?

—Siempre.

—Te has ido con una ametralladora, Danny.

—Pero no la he usado.

Ay, Dios.

—Entonces, ¿puedo verle? —¿Acaso me importa lo que Danny haya hecho, haya cogido, haya usado si eso significa que puedo ver a mi niño?

Se impulsa hacia arriba, apoyando el peso sobre mis muslos, y se agacha para morderme la mejilla.

—Vendrá para quedarse un tiempo con nosotros. —Se dirige hacia el baño como si no me hubiera soltado una bomba, dejándome al borde de la cama, atónita como una estatua. ¿Vendrá

para quedarse?

Regreso a la vida y voy tras él.

—¿De qué estás hablando?

Entro y me lo encuentro parado delante del retrete, con la polla en la mano. Así de retorcida sigo siendo porque, cada vez que le veo echar una meada, sonrío y me retrotraigo a aquel primer día en que se me llevó del casino y me dio una bofetada.

Me sacudo ese recuerdo intempestivo con rapidez. Daniel no puede quedarse aquí, además de que es imposible que Hilary y Derek lo hayan aceptado, y menos ahora. Me detengo.

—¿Qué ha pasado? —le pregunto—. ¿Por qué me ha dicho entonces Daniel que ya no puede verme?

Danny tira de la cadena y se dirige al lavabo, donde abre el grifo.

—Supongo que porque Derek ha descubierto quién es ese señor del que tanto habla Daniel. —Levanta las cejas.

—¿Cómo? Siempre hemos ido con mucho cuidado.

—Rose, nena, hemos vuelto a Miami.

—No me lo recuerdes —refunfuño, y retrocedo hasta el umbral cuando Danny se me acerca enojado. Mi espalda golpea la madera, él me clava los dedos en la mandíbula y me acerca la cara.

—¿Cuánto tiempo pensabas que podríamos estar aquí sin que descubrieran quién soy?

—Lo que nos devuelve a la pregunta de por qué han dejado que Daniel venga a quedarse con nosotros. Primero, quieren que no le vea... ¿y ahora que viva con nosotros? —Entorno los ojos —. ¿Qué has hecho? Y no me digas que les has persuadido con tu cortesía.

—Le he puesto la ametralladora a Derek en la cabeza.

Me enfrento a él, cogiéndole la mano y apartándola de mi cara. No sé por qué me sorprende; estamos hablando de mi marido. Le doy un empujón y me dirijo al retrete, donde me siento.

—Se lo llevarán para siempre.

—¿Y tú se lo vas a permitir? —pregunta Danny—. Porque la Rose que conozco no lo haría.

Levanto la vista y le miro confundida. Él exhala, se acerca y se pone en cuclillas ante mí.

—Derek no es el hombre que pensabas que era, Rose.

—¿Qué? —pregunto en un susurro.

—Tiene como cliente a uno de los hombres del Oso.

Me quedo boquiabierta.

—Dios. Eso nos toca demasiado cerca, Danny.

—Lo sé. Hace un par de años, Derek fue el abogado de un caso de gran notoriedad. Los medios le dedicaron mucha atención, y eso hizo que el Oso hiciera acto de presencia y le contratara para el caso de uno de sus hombres, un tipo llamado Vince Roake.

—Pero ¿y si...?

Me pone la mano sobre la boca para silenciarme.

—Si el Oso supiera que Daniel es mi hijastro, ¿no crees que ya se lo habría llevado?

Me cuesta pensar de manera racional ante la posibilidad de semejante pesadilla.

—¿Qué hay de sus clases?

—Aún no tengo todas las respuestas, Rose. No puedo dejar que vuelva a la escuela hasta que garantice su seguridad. Haremos que le den clase en casa hasta que me encargue del Oso.

—Pero...

—¿Te he fallado alguna vez? —pregunta, y me mira expectante.

—No.

—Y no lo haré nunca, nena. En mi mundo hago todo lo necesario para sobrevivir. Daniel y tú sois parte de mí, así que haré todo lo necesario para manteneros a salvo a los dos y conservar la cordura. Les has seguido la corriente durante tres años y has protegido a Daniel bailando a su compás. —Me da un beso delicado en el borde de la boca y susurra—: Ha llegado la hora de dejar de bailar y volver a luchar. Nada de segundas oportunidades, nena.

Gimoteo, le cojo por los hombros y le atraigo hacia mí para abrazar a este oso pardo como si fuera un osito de peluche (a veces lo es). Sé que tiene razón. He sido más que comprensiva con Hilary y Derek, más que flexible, todo por el bien de mi hijo. ¿Y cómo me lo han pagado? Intentando apartarme de la vida de Daniel. ¿Tienen la menor idea del mundo en el que se han metido? El lugar más seguro para Daniel es este, conmigo, su madre. Ahora soy consciente. No le confiaría su seguridad a nadie más que a Danny. La idea hace que toda mi ansiedad se transforme en alivio. Está a salvo, mi hijo siempre estará a salvo, y confío en que mi marido se asegurará de que así sea.

Nos importuna un golpe en la puerta y Danny se aparta y me pasa la yema del dedo con suavidad por la piel.

—Debe de ser el médico. —Se pone en pie.

—¿Qué?

—Ha venido a echarte un vistazo —dice en voz alta mientras entra en la habitación y de repente la ansiedad regresa—. Ni se te ocurra discutirme esto. No es negociable.

—¡Es mi cuerpo! —grito, indignada y, con franqueza, preocupada.

Danny vuelve a aparecer en la puerta al instante, con una expresión letal.

—Error —dice, gruñendo mientras su cicatriz parece centellear como una baliza de advertencia—. ¿Tienes algo más que decir?

—Sí, vete a la mierda.

—Ay, nena, eres una de las escasas personas en este mundo a las que no mataría nunca, y sin embargo eres a la que más deseo matar.

—Haz que corra la sangre —gruño prácticamente, y él se ríe por lo bajo.

—Cuántos recuerdos... —Me guiña el ojo, algo que no pega para nada con su expresión asesina. Aun así, sigue siendo sexi de la hostia, maldita sea—. Ven —dice, sacudiendo la cabeza —. Acabemos con esto. Tengo gente a la que matar. —Sonríe y se va, y yo me dejo caer de rodillas, mirando el suelo donde mi cabello se arremolina en torno a mis pies descalzos.

—Señor Black...

Levanto la vista al oír la voz del viejo médico, rebuscando en lo más hondo de mi ser a fin de dar con el coraje necesario para que parezca que estoy bien, cuando ahora mismo me siento peor que nunca.

—Rose... —me llama Danny, que suena demasiado feliz con el reconocimiento inminente.

No me atrevo a preguntar siquiera qué cree que le estoy ocultando. Me da miedo, igual que me lo da preguntármelo en serio a mí misma. Me arrastro hacia la habitación y me encuentro al médico colocando su bolsa al pie de la cama.

—Hola, doctor —canturreo, demasiado feliz, y me dejo caer sobre el colchón.

—El señor Black me ha dicho que no se encuentra demasiado bien. —Se saca el estetoscopio y le da unos golpecitos antes de colgárselo del cuello.

—Se preocupa por nada. —No miro a Danny para evitar su expresión de descontento, pero veo que se sienta en una silla al lado de la cama. Así que lo va a supervisar...

—Bueno, pues hagamos que se tranquilice, ¿sí?

—Sí, hagamos eso. —Sonrío con dulzura y dejo caer la cabeza hacia un lado para poder ver a Danny—. Está muy ocupado mutilando a gente.

El médico se ríe de verdad mientras saca un termómetro de la bolsa y no sé si es por humor genuino o por los nervios.

Mantengo mi potente mirada sobre Danny, que observa en silencio. Pensativo, se pasa el dedo sobre los labios mientras el médico me toma el pulso y la temperatura, comprueba mi corazón y me pasa el bolígrafo luminoso delante de los ojos.

—Esas oleadas de mareo —dice, guardando el estetoscopio—, ¿con qué frecuencia se dan y cuánto duran?

—Son esporádicas. Algunas duran más que otras. —Dependiendo del nivel de estrés al que me vea sometida.

—¿Dolores de cabeza?

—A veces.

Recoge las cosas y cierra la bolsa.

—Diría que es un virus. —Se lleva la mano a la barba canosa y la acaricia, pensativo—. Nada de lo que preocuparse.

—Bien. —Danny se levanta de la silla y acerca su rostro al mío—. No ha sido tan terrible, ¿verdad? —Arrugo la nariz—. Y ahora tienes a un marido satisfecho que puede seguir con sus negocios libre de preocupaciones.

—Me alegro por ti.

Me coge las mejillas, las aprieta y me planta un beso en los labios.

—¿Qué vas a hacer esta tarde mientras trabajo?

—¿A qué hora llegará Daniel?

—Está en el entrenamiento de fútbol. Le están vigilando. Mi hombre tiene instrucciones.

—¿Podré llevarlo a los entrenamientos? —pregunto sin la menor esperanza, así que, cuando Danny sonríe y asiente con la cabeza, no puedo más que emitir un chillido de felicidad. Es una cosa de lo más simple, pero a la vez lo es todo para mí. Tendré a Tanque unos pasos por detrás y sé que nos llevarán hasta allí, pero sigue pareciéndome maravilloso—. Iré al Walmart a comprar una portería de fútbol y quizás unas botas nuevas. Y una pelota. —El jardín se convertirá en el mayor y mejor campo de fútbol de la historia. Le encantará.

—Vale. ¿Tienes dinero?

Mis cejas se curvan por voluntad propia.

—Sí. Todo el que posees.

Él esboza una sonrisa lasciva y se incorpora, sacando el móvil cuando comienza a sonar. Le echa un vistazo rápido a la pantalla y, sin duda, entorna un ojo. Acto seguido se vuelve con lentitud y se va, llevándoselo a la oreja, aunque no dice nada hasta que ha salido de la habitación.

Me vuelvo a recostar con un suspiro.

—Vale —dice el médico, sentándose a mi lado—. Hablemos con sinceridad ahora que el señor Black no está.

—¿Perdón?

—Rose, llevo cuarenta y cinco años siendo médico y tuve mi propia consulta durante cuarenta de esos años.

—¿Qué me está diciendo?

—¿Estás embarazada?

Me echo hacia atrás; de hecho, retrocedo varios centímetros por el colchón.

—Dios, no. Eso es imposible.

—¿Por qué?

Las palabras vuelven a mi cabeza: Tiene una hemorragia. Va a necesitar una transfusión. ¿Podrá tener más hijos? Es poco probable.

Reprimo la brutalidad de mi pasado y me incorporo.

—Doctor, tiene usted que confiar en mí, no es posible.

—Lo que tú digas —contesta en voz baja, levantando la bolsa de la cama para dirigirse poco a poco hacia la puerta—. Que disfrutes de las compras, Rose. —Sale y yo cierro los ojos, pero me arrepiento de inmediato al verme bombardeada por los recuerdos. Me cojo la cabeza, intentando alejar los rostros del mal—. ¡No! —Estampo los puños contra la cama y me pongo en pie de un salto, decidida a ir en busca de Beau.

Abro la puerta. Tanque ha vuelto. Para ser un tipo tan descomunal, desaparece y reaparece como por arte de magia.

—Me voy de compras —le digo al pasar.

—Lo sé. Voy a preparar el coche.

—¿Beau sigue en la sala de la televisión?

—Sí.

—Gracias.

Bajo la escalera con rapidez, me acerco a la puerta y llamo con delicadeza. Lleva ahí dentro demasiado rato para su comodidad y ha llegado el momento de salvarla.

—Adelante —dice.

Sonrío a la madera mientras me abro paso, ya que el tono agudo de su voz la ha delatado. Su cara dice mil palabras, mitad de sufrimiento, mitad de agradecimiento, al verme.

—¿Ya es la hora? —pregunta, poniéndose en pie de golpe.

—Sí, vamos a llegar tarde.

—Lo siento, papá. Le prometí a Rose que la ayudaría con algo.

El hombre del sofá estira el cuello para mirarme. No se me escapa el desdén que tan mal trata de ocultar.

—Encantada de conocerle —canturreo, y mi mirada curiosa se posa en la rubia de bote que está sentada a su lado y que aún no ha llegado a saludarme ni a mostrarme la cara.

Me muerdo el labio, dirigiéndole una mirada de interés a Beau. Ella sacude la cabeza con sutileza, exasperada.

—Os acompaño hasta la puerta.

—Sí —dice su padre, poniéndose en pie—. Ven cariño. —Estira la mano y ayuda a que la mujer se levante del sofá.

Entonces ella se gira... y me tambaleo de la conmoción.

¿Qué coño está haciendo aquí? Debe de tener unas pelotas más grandes que las de cualquiera de los hombres de Danny.

—¿Rose? —dice Beau—. ¿Estás bien?

¿Bien? ¿Acaso lo estoy? Tengo frente a mí a la mujer que no solo fue la puta interina aquí, en la Casa Black, sino que me retuvo a punta de pistola al descubrir que me había ganado el afecto de Danny. Fue una gran sorpresa para mí —el afecto de Danny; su reacción, no tanto—, así que no puedo ni imaginar cómo se sintió ella. Ay, Señor, ¿qué se supone que debo hacer ahora? Y, más concretamente, ¿qué coño espera Amber que haga? ¿Que guarde un silencio digno delante de Beau y su padre? Debe de haber perdido la puta cabeza. ¿Para qué demonios ha venido? No lo sé. Como pensaba, unas pelotas de cojones. Aunque si hay algo que sí sé es que tiene muchas más probabilidades de salir viva si se enfrenta a mí que a Danny. Cuanto más lo pienso, más me cabreo.

—Amber... —Le dirijo una mirada furiosa.

—Rose... —dice ella con una sonrisa, como si fuera una vieja amiga del pasado—. Me alegra mucho verte de nuevo.

La miro como la zorra demente que es.

—¿Os conocéis? —pregunta el padre de Beau, cuya atención va de la una a la otra—. ¿De qué?

Me río, no puedo evitarlo, mientras Amber desplaza el peso del cuerpo de un pie al otro.

—Solo somos viejas amigas —dice, entrelazando el brazo con el del hombre—. Será mejor que te lleve a casa, ahora que tienes el visto bueno del médico.

Sí, llévatelo a casa antes de que les cuente que eres una puta cazafortunas.

—¿Cómo te presentas aquí? —pregunto, sin poder controlar mis palabras—. ¿Es que tienes ganas de morir?

Ella traga saliva y pasea una mirada nerviosa por la estancia.

—Tom ha insistido —murmura.

—Haberte buscado una excusa.

—¿Por qué tendría que haber hecho eso? —pregunta el padre de Beau—. Le he pedido que viniera a recogerme ya que no puedo conducir. Estoy demasiado alterado después del calvario que he tenido que vivir. Ella estaba preocupada.

Parpadeo, incrédula, y vuelvo sobre la misma cuestión, porque no tiene el menor puto sentido: ¿por qué coño ha venido? No tardo en caer en la cuenta, pero antes de que pueda desentrañarlo y de que mi cerebro reaccione, Amber dice:

—Lamento mucho tu pérdida.

—¿Pérdida? —pregunta Tom—. ¿Qué pérdida?

Cierro los ojos e inspiro. Debería preocuparme, pero no lo hago. Todo el mundo sabrá pronto que Danny está vivito y coleando, así que qué importa una persona más o menos.

—La de mi marido —digo por lo bajo, dirigiéndole a Beau una mirada de disculpa, consciente de que se está esforzando al máximo por mantener la información que su padre pueda usar contra ella bajo mínimos—. Mi marido murió.

—¿Te volviste a casar? —pregunta él, confundido.

—No, no me he vuelto a casar.

—Entonces, ¿quién es el hombre que está ahí fuera, con el novio asocial de Beau? ¿El que me amenazó con una pistola? Beau me dijo que era tu marido.

Suena tan acusador... Como si yo fuera responsable de las manos asesinas de Danny.

—Ese es mi marido.

Y, como si me hubiera oído invocarle, él irrumpe de repente en la habitación, flanqueado por Brad y Ringo.

—Genial... —murmuro, dejando caer la cabeza.

Pienso que esto no podría empeorar, pero me equivoco. Esther aparece en el umbral con la bandeja del té, toda sonriente, hasta que ve a Amber.

—¿Qué hace aquí esa ramera?

—Le voy a pedir que no hable de mi novia de esa manera —dice el padre de Beau, atrayendo hacia él a Amber, que está perdida en una mezcla de sorpresa y vergüenza.

—Yo me encargo, mamá —dice Danny, gruñendo y con una mirada que acuchilla la figura aturdida de Amber.

—¿Danny? —dice ella en voz baja, pegándose el bolso al pecho.

Él la mira maliciosamente de arriba abajo antes de fijar su mirada de acero en el padre de Beau.

—Supongo que estás con ella por su sabiduría y su brillante personalidad, ¿verdad? ¿Sabes que no es rubia natural?

Hago una mueca y le dirijo una mirada a Beau. Articulo con la boca un callado «lo siento», pero ella descarta la disculpa poniendo los ojos en blanco. Todos sabemos por qué está Tom con Amber y, sin duda, sabemos por qué está ella con él; es más joven que Beau, por el amor de Dios. Me estremezco, pero no logro imaginar cómo soporta que un hombre mayor entrado en carnes se la folle con torpeza cada día. Yo lo viví en su momento y la diferencia es que lo aceptaba para sobrevivir, no por dinero.

—¿Alguien quiere explicarme qué demonios está pasando? —ladra el padre de Beau.

—Papá... —dice Beau, dirigiéndose hacia él con los brazos abiertos, apaciguadora. Sin embargo, se detiene antes de llegar, pues al parecer se le ha ocurrido algo y mira a Danny—. ¿Dónde está James?

—Está ocupado —gruñe él, atravesando aún con la mirada a Amber.

Beau inspira y vuelve a centrarse en su padre.

—Sentémonos.

—Mejor no —gruñe Danny, que avanza por la habitación a grandes zancadas—. Vamos a contarle a tu padre algunas verdades de las que duelen, y así podré volver al trabajo.

—¿Y a qué te dedicas tú exactamente? —pregunta Tom—. ¿En qué trabajas?

—Trabajo con motos de agua —ladra Danny—. Pregúntale a tu novia a qué se dedica ella.

Me chupo el labio, nerviosa por Amber pese a odiarla con cada fibra de mi retorcido ser.

—Sé a qué se dedica —dice Tom, haciendo un gesto hacia la aludida—. Lo sé todo sobre ella.

—Escuchémoslo, pues —dice Danny, que se dirige hacia el sofá y se pone cómodo.

—¿Qué pasa? —me susurra Beau al oído—. ¿La conoces?

—Sí que la conozco. Lo siento.

—La criaron sus padres en Nueva York —dice Tom, orgulloso—, un cardiocirujano y una oftalmóloga.

—Oh, ¿en serio? —Danny parece sorprendido de verdad y mira a Amber, que se está muriendo ahí mismo.

—Sí. Se licenció en la Facultad de Medicina hace seis años. —Tom sonríe y yo me atraganto con la lengua al intentar contener la risa. Esther no se molesta en hacerlo, partiéndose de risa, por lo que tiene que apoyar la bandeja del té—. ¿Qué es tan gracioso?

—Lamento aguarte la fiesta, Tom —dice Danny, que también se está divirtiendo—, pero Amber, aquí presente, tiene las mismas calificaciones como médico que yo como santo.

—¿De qué estás hablando?

—Es una puta —dice Danny en voz baja pero con claridad—. Una cazafortunas. Se folló a

todos los hombres de esta casa, uno tras otro.

—Y una vez me apuntó con una pistola —meto baza, como si fuera una niña patética y acusica.

No me importa. La audacia de esa mujer está fuera de lo común, tanto si pensaba que Danny había muerto como si no. No sé cuál era su plan, es posible que esperara que un nuevo jefe de la mafia se hubiera mudado a la casa y poder usar sus encantos para meterse de nuevo en su cama. O tal vez solo sintió curiosidad por ver lo que había hecho yo de mi vida. O quizás sea una desvergonzada. Da igual, hemos iluminado a Tom. Aquí no hay ninguna cama para ella —por encima de mi cadáver— y dudo que a partir de ahora la tenga tampoco en casa del padre de Beau.

—¿Qué se siente al saber que tu preciosa novia estudiante de Medicina fue en su día poco más que una puta?

El pobre Tom se ha quedado en blanco y Beau tiene los ojos muy abiertos, con una mirada de recelo y, quizás, de pena por su padre.

—¿Amber? —dice él en voz baja, girándose hacia ella—. Dime que es mentira.

—Es mentira —se apresura a responder ella, cogiéndole de la americana—. No les hagas caso, Tom. Son los celos.

—¿De qué voy a estar celosa? —pregunto, perpleja. Ya he follado con bastantes tipos egoístas, de mediana edad y fondones. No volvería a hacerlo ni que me fuera la vida en ello.

—Sacadla de aquí ahora mismo o lo haré yo —declara Esther, que se limpia las manos y sale de la habitación.

—Creo que es hora de que te vayas —dice Tom, dirigiéndole a Amber una mirada de pena.

—¿Qué? No, Tom, por favor.

Él se encoge de hombros para escapar a su contacto y se aleja, apartando también la mirada. El cuerpo de Amber se desinfla, un aire de indignación se adueña de él. Se cuelga el bolso del hombro —que me doy cuenta de que es un Saint Laurent— y acto seguido sale de la estancia con la cabeza bien alta, subida a sus zapatos de tacón alto —que son Jimmy Choo.

—Aseguraos de que se va —dice Danny, poniéndose en pie—. Y ahora volvamos al trabajo. —Sale con sus hombres y Tom se deja caer en el sofá con la cabeza entre las manos.

Hay dos razones posibles para su abatimiento. La primera, lo que acaba de descubrir, aunque no entiendo que haya llegado a pensar que una veinteañera pudiera estar interesada de verdad en él. Quizás Amber sea tan buena actriz como yo lo fui en su día. La segunda, que haya reparado en la red de ilegalidad en la que está enmarañada su hija.

—¿Papá? —Beau se sienta a su lado—. ¿Estás bien?

—Me siento como un idiota.

—No lo hagas. Le podría haber pasado a cualquier hombre con dinero.

No sé por qué se muestra tan compasiva; Tom dejó a su madre por esa ramera.

—Y culpable —murmura—. Por todo lo que os he hecho pasar a tu madre y a ti.

Ella echa atrás el cuerpo al oír eso, es evidente que le ha llegado a lo más hondo.

—Vale. —Se pone en pie con aspecto incómodo y se aclara la garganta—. ¿Necesitas que te lleven a casa?

—Puedo conducir —contesta él con un suspiro. Se levanta del sofá y observa la habitación—. ¿No puedo convencerte para que te vengas conmigo?

—No —dice ella, negando con la cabeza.

—¿Por qué estás aquí? —Se acerca a su hija con voz suplicante—. No lo entiendo.

—Por James —contesta Beau con sencillez, apartándose para que deje de cogerla y absteniéndose de entrar en detalles. El Oso, la explosión, el marido de su tío y un montón de mierdas diversas: el hombre ya ha tenido que soportar bastante por el día de hoy—. Tengo que irme. Te llamaré, ¿vale? —Le da un beso en la mejilla y sale de la habitación.

Yo me apresuro a seguirla.

—¿De compras? —pregunto, entrelazando nuestros brazos.

—Lo que sea —dice ella con tono suplicante.

—¿Alguien ha dicho compras?

Las dos miramos hacia lo alto de la escalera y nos encontramos con el tío de Beau en todo su esplendor de *drag queen.*

—Pero solo en el Walmart —admito—. Tengo que comprar material de fútbol para mi hijo.

—Oh, Beau no puede ir al Walmart, al menos a esta hora.

Hago una mueca de dolor y le dirijo una mirada de disculpa. Se me había pasado la hora del día que es.

—Sí que puedo —declara ella, y le da las gracias a Furia cuando le abre la puerta—. Porque tú estarás a mi lado, tía Zinnea.

Miro a Lawr..., a Zinnea, y sonrío al ver lo eufórica que se ha puesto con las palabras de Beau.

—¿Lista?

Él hace un gesto hacia su propia figura resplandeciente.

—Nací lista, cariño. —Baja pavoneándose por la escalera como si se tratara de una pasarela de moda y levanta el brazo al llegar al final—. ¿Crees que el Walmart está listo para mí?

Me río y dejo que me guíe hacia el exterior. Ha encontrado su armadura, su medicina. Álter ego o no, se siente mejor, y eso implica que Beau se ha quitado un peso de encima.

Capítulo 15

JAMES

—¿Qué me he perdido? —pregunta Danny al entrar, y le echa un ojo a la espalda de los dos hombres que tengo sentados en sillas frente a mí. Por la expresión de su cara me doy cuenta de que le sorprende descubrir que siguen enteros. Incluso vivos—. Al parecer, no mucho —prosigue, pensativo—. ¿Aún no han dicho nada?

—Son rusos. —Arrastro una silla y me siento sobre ella del revés para apoyar los antebrazos en el respaldo.

—¿Cómo lo sabes?

—Bueno... —Estiro el brazo hacia atrás y cojo el abrecartas dorado del escritorio de Danny. Lo hago girar en la mano mientras lo admiro—. Cuando le clavo esto a uno en la pierna... —Volteo el artículo de papelería de oro macizo, lo cojo por el mango y se lo hundo en la rodilla a uno de los hombres...

—*Blyad!* —ladra él.

—Pasa esto. —Remuevo y retuerzo la hoja, y el ruso se pone a babear y farfullar. Entonces se lo arranco—. Traducción: mierda o joder. Lo que prefieras.

—Ese es el abrecartas de mi padre —dice Danny, que se hace con otra silla y se sienta a mi lado.

Miro la sangre que gotea de la pieza de oro.

—Lo siento.

Pego el filo al vaquero ensangrentado del ruso y lo arrastro poco a poco sobre él para limpiarlo por ambos lados. Él sisea, se sacude sobre la silla e intenta liberarse de los cables que le mantienen atado. Yo devuelvo el abrecartas al escritorio.

—No era ninguna advertencia —dice Danny, y lo examina él mismo mientras le dedica una sonrisa afectuosa—. Solo te contaba que era de mi padre. —Lo tira en el aire, lo atrapa, se pone en pie para ganar ese pequeño plus de fuerza y lo hunde en el muslo del otro hombre.

—*Pizda!*

—¿Y eso qué significa?

—Coño, chocho, vagina. Tú eliges.

Vuelve a sentarse con una mueca, coge el asa y lo hunde varias veces más, hasta que golpea la madera del asiento de la silla. Más goteo, más siseos.

—¿Esa alfombra es nueva? —pregunta Danny, mirando la pieza oriental de vivos colores

rojos y dorados que se extiende por debajo de nuestras presas.

—Es más fácil de reemplazar que toda la moqueta —dice Goldie desde el sofá, sin levantar la vista del móvil.

Brad suelta una risa y va en busca de un whisky.

—¿Alguien quiere algo?

—Yo. —Danny levanta la mano, igual que yo—. Será mejor que nos pongamos cómodos, podría ser una tarde muy larga.

La manera inconfundible en que al ruso se le abren los ojos me hace sonreír.

—¿Conoces a algún traductor? —le pregunto, aceptando el vaso de vidrio lleno por la mitad.

—De hecho, sí. Acabo de hacer que me llame uno.

Le miro mientras engulle la mitad de su bebida.

—¿Quién?

—Nuestro amigo Volodya. —Danny agita el vaso en la dirección de los dos hombres—. Pero no os ha mencionado. Así que estoy pensando...

—Sandy —digo, reflexivo.

—En cualquier caso son malas noticias para estos tipos. ¿Crees que nos entienden?

—Ni idea.

—Yo creo que sí —dice Otto, pensativo, tirando un móvil de prepago encima del escritorio—. Parecen ser capaces de mandar mensajes de texto en inglés.

—Oh, qué bien... —Danny les dirige una sonrisa radiante aunque sombría—. Como iba diciendo, son malas noticias para vosotros dos. Veréis, hace unos años hice un trato con Volodya, pero se le subió el poder a la cabeza. Decidió que yo debía morir. Y Sandy... Sandy mandó a una puta rusa a la habitación del hospital donde estaba la novia de James —me señala con el vaso— para que la matara. —Coge el abrecartas, lo arranca de la pierna y acto seguido estira el cuello para ver el flujo constante de sangre que golpea contra la alfombra—. Mierda, creo que he tocado una arteria. Eso limita de manera muy seria la cantidad de tiempo del que disponemos para torturaros en busca de información.

—Tortura —susurro—. No es como me gustaría pasar mi última media hora de vida—. Estiro la mano hacia Danny y él me cede el abrecartas con un gesto cortés—. Creo que no van a hablar. —Me pongo en pie y me sitúo detrás de los rusos, estiro la mano abierta hacia Otto, que deja caer en ella unas tenazas.

—Ay —dice Danny mientras le abro la boca a uno de ellos, que se sacude y se retuerce, haciendo todo lo posible por obstaculizar mis intenciones.

Por desgracia para él, he hecho esto innumerables veces. Cierro las tenazas sobre el extremo de la lengua, tiro de ella para sacarla y coloco la punta del abrecartas a la mitad del resbaladizo órgano. En la otra silla, su colega me mira horrorizado mientras no deja de sangrar sobre la alfombra. Danny se pone en pie y se saca el cinturón, lo dobla por la mitad y vuelve a sentarse, haciendo pasar el cuero entre sus dedos.

—Si te envuelvo el muslo con esto, quizás conserves la vida, y si hablas ahora, tal vez tu compañero conserve la suya.

—¡Vale, vale!

—¡Ah! —mete baza Danny—. Sabe hablar.

—Aleluya —murmura Brad, que se sienta en el borde del escritorio, detrás de Danny—. Ya puedes ir cantando, que tengo un club que dirigir.

—Tenéis que prometernos que nos daréis protección —dice el que puede hablar con un acento muy marcado pero un inglés perfecto, mientras su colega se esfuerza por oponerse sacudiendo la cabeza. Así que tenemos a un chivato y a un secuaz leal; he escogido la lengua correcta.

—No tenemos que prometeros nada —dice Danny, gruñendo—. Si la información que nos proporcionáis es buena, quizás lo tenga en consideración.

Me mira. Danny es consciente de que estos dos no saldrán vivos de aquí, por mucho que nos conduzcan directamente hasta nuestra presa.

—Volodya y Sandy trabajan juntos —se apresura a espetar—. Dirigen el apartado de armas del negocio. Los polacos tratan con mujeres. Los irlandeses, con drogas. Ha habido paz. El único problema era el Enigma.

Miro a Danny, incrédulo. ¿Así que de verdad es una gran familia feliz?

—Oh, he oído hablar de él —dice Danny, levantándose para ir a servirse más whisky—. ¿Otro, James?

—En este momento tengo las manos ocupadas. —Le pego un pequeño tirón a la lengua del ruso y hundo la hoja un milímetro, sin llegar a perforar la carne pero al máximo sin que empiece a sangrar—. ¿No sabéis quién es el Enigma? —pregunto.

—Creo que a estos no les informan de esas cosas —dice Danny, que se sienta al lado de Brad sobre el escritorio.

—El Oso —digo—. ¿Qué sabéis de él?

—Nada.

Por el amor de Dios, alguien tiene que saber quién coño es.

—Entonces, ¿cómo coño hace la gente negocios con él si no saben con quién están tratando?

—Manda correos electrónicos. Solo correos electrónicos.

—Oh, por el amor de Dios —dice Danny de manera brusca mientras estampa el vaso contra el escritorio y se lanza hacia delante para hundir el abrecartas en la lengua que sigo sosteniendo.

El grito es de los que te hielan la sangre. También hace que el otro ruso siga hablando, aunque lo que dice es un puto misterio. Creo que está rezando, y bien que hace. Suelto la lengua y me dirijo hacia su figura babosa y lloriqueante.

Le muestro las tenazas.

—Les manda correos electrónicos a los tres de arriba —suelta—. Solo a ellos.

Bueno, eso no es cierto; también le manda correos a Green.

—El Buey dirige a los rusos. Volodya y Sandy responden ante él. Luego estamos nosotros, por debajo.

—Oh... —digo, pensativo, mientras paso por delante de él y me siento en la silla de Danny. Entorno las tenazas para que continúe.

—El Tiburón... Polaco...

—Trata con mujeres —digo, y él asiente con la cabeza—. ¿Y por debajo del Tiburón?

—El Sabueso y el Zorro. El Zorro ha desaparecido. El Sabueso tiene un tatuaje que le cubre la mejilla derecha, algo escrito en su idioma materno.

—¿Dónde está? —pregunta Danny.

El ruso sacude la cabeza.

—No lo sé, lo juro. Pero te puedo contar que los irlandeses han perdido al Serpiente. El Águila y el Caimán están..., estaban por debajo de él. El Águila ha muerto. Están intentando sacar al Caimán de la cárcel para que se ocupe de las drogas. El Pájaro también ha desaparecido.

Oigo a Danny y Brad moverse sobre el escritorio, a mi espalda, y le echo un ojo a Otto, Goldie y Ringo, que parecen estar bastante aburridos.

—Entonces, ¿qué hacíais en el despacho de Derek Green? —Quizás, a falta de un irlandés que se pasara por el trabajo de Green, han mandado a un par de rusos, y todos contentos.

—Nos dijeron que le lleváramos un arma.

—¿Por qué?

—¡No lo sé!

Miro a Danny, perdido en sus pensamientos. ¿Qué coño está pasando en Miami? Los irlandeses pueden traficar y matar, los tratantes polacos pueden comprar, vender y violar mujeres, y los rusos pueden abrir fuego donde les dé la puta gana, pero no pasa nada porque todos se llevan bien. Una ciudad en paz, dice. Qué lástima que vayamos a joderles los planes.

A la mierda todo.

—Gracias por la charla —digo, girándome y estirando la mano hacia Danny, que me acerca el cinturón. El ruso se desinfla ante mí, aliviado—. El problema es que nos has contado un montón de cosas que ya sabíamos.

Abre mucho los ojos, pega la espalda al respaldo de la silla.

—El Serpiente, el Águila, el Pájaro, el Zorro... —Le paso el cinturón alrededor del cuello y uso los extremos para tirar de él hacia delante—. Fui yo.

—No... —susurra, abriendo mucho los ojos.

—Sí.

—No puede ser. El Enigma está muerto.

Danny se ríe.

—¿No te da la sensación de que la gente tiene un problema con el hecho de que estemos vivos? —pregunta a mi espalda.

Hoy está hecho todo un cómico. No sé qué debería temer más la gente, al bromista, al

monstruo letal de mecha corta, o a los dos. Es igual porque, después de cada broma, siempre viene algo nefasto. Así que me muevo ligeramente hacia la derecha para que pase veloz a mi lado, coja con los dedos la lengua ensangrentada del que no ha sido un chivato y la extraiga antes de clavarle el abrecartas una y otra vez.

—De modo que ahora vamos a mataros —digo con calma, mirando a mi hombre y apretando el cinturón hasta que comienzan a hinchársele los globos oculares y se le pone la cara roja.

Le miro directamente a los ojos, asegurándome de que pueda verme, mientras la totalidad de mi triste historia desfila por mi mente a cámara lenta, recordándome con crueldad cada lúgubre detalle. La expresión de felicidad de mi padre la última vez que lo vi sentado a la mesa, rodeado por su familia. El collar de perlas de mi madre, de valor incalculable, y que no paraba de toquetear mientras mantenía una conversación. La taimada sonrisa de mi hermana cuando mamá le dio una palmada en el dorso de la mano por haberse servido las fresas con nata antes que papá, a quien le encantaban las fresas con nata. Toda mi familia... borrada de la faz de la tierra.

Parpadeo para alejar los recuerdos y tenso el cuero. Los vasos sanguíneos comienzan a estallar en la esclerótica de los ojos del ruso, y grietas diminutas se van extendiendo de manera visible. Las veo con claridad, como si tuviera un *zoom*, como cuando alguien graba el crecimiento de las raíces de un árbol y lo reproduce a cámara rápida. Se le ponen los labios de color azul y su cuerpo se sacude un par de veces antes de quedar inerte. No me doy cuenta de que he estado conteniendo el aliento hasta que suelto el cinturón, exhalo con fuerza y comienzo a jadear ahí sentado.

Le empujo con violencia y me pongo en pie para acto seguido hacerme con una botella y un vaso, servirme y engullir de golpe.

—¿Estás bien? —pregunta Brad, rompiendo el silencio.

Jadeo y dejo de golpe el vodka y el vaso, apoyando las manos sobre el borde del mueble bar.

—Nunca había estado mejor. —Recupero la compostura y miro a Otto—. Métete en ese móvil y manda un mensaje confirmando la entrega del arma. Llama a Green y dile que se ponga en contacto con nosotros en cuando averigüe por qué coño se la han mandado.

—Hecho.

—¿Alguien más tiene la sensación de que necesitamos hacer un esquema de esta red?

Todos los presentes, hombres y mujer, cobran vida de golpe.

—Sí —contesta Danny, que se acerca a mí y me frota el hombro sin decir nada, tan solo... reconociendo mi posición.

—Un esquema —tose Brad, que hace una mueca al pasar junto a los muertos y me deja atrás en su camino hacia el whisky—. Un esquema y un trago.

—Voy a coger papel —añade Ringo antes de ponerse a rebuscar en los cajones del escritorio de Danny.

—¿Quién hará de artista? —Otto comienza a arrastrar las sillas de la habitación para disponerlas alrededor del escritorio.

—Yo. —Goldie acepta el papel que le da Ringo y coge un bolígrafo—. Las mujeres escriben mejor a mano que los hombres.

—Eres mujer cuando te conviene —murmura Ringo.

—Cállate o te clavo el boli en el ojo.

Goldie se sienta y todos la imitamos mientras dibuja un círculo en lo alto de la página y escribe —con gran pulcritud, todo hay que decirlo— «el Oso» en su interior. De él brotan tres líneas: en una, «el Serpiente, fallecido»; en otra, «el Tiburón»; y, en la última, «el Buey».

Irlandeses, polacos y rusos.

Drogas, mujeres y armas.

—Estos tres —dice, señalando los animales con el bolígrafo— responden ante él —y señala al Oso, en la parte superior de la hoja.

—O ella. Podría ser una mujer —observa Ringo, desenfadado—. Me ofende profundamente que hayas asumido que es un hombre.

Reprimo la risa, notando que el estrés me abandona. Los demás hombres de la habitación, en cambio, no reprimen nada.

Le quito el bolígrafo de la mano a Goldie antes de que pueda cumplir con su amenaza y hundírselo en el ojo a alguno de sus torturadores. Lo coloco sobre el Serpiente y dibujo una línea hacia abajo, añadiendo un círculo al final de esta y escribiendo «El Caimán, AKA Vince Roake, encarcelado» en el centro. Desde allí lanzo otra línea:

—El Pájaro, fallecido —digo en voz baja.

—Entonces, el suministro de drogas debe de haberse detenido —dice Brad, pensativo.

Dibujo una línea que sale del Tiburón y añado «el Zorro, muerto» y «el Sabueso» cogiendo la hoja y apuntando al Buey.

—Sabemos que Volodya y Sandy están por debajo de él.

—Y esto es solo la punta del puto iceberg —dice Brad, exasperado—. ¿Qué hay de todos los secuaces que brotan de estos círculos de animales? A ver, que se cargó a la familia de James en Londres hace diez años, por el amor de Dios.

Me recuesto contra la silla y me pongo a repasar muchos de mis asesinatos.

—Se los cargó, pero no hizo falta que estuviera cerca de Londres cuando ordenó su asesinato. Le gustan las bombas. Quiere librarse de mí porque soy una amenaza para él. —Miro a Danny —. Quiere librarse de ti porque eres una amenaza para su imperio. Tenía a un policía infiltrado. Quizás vuelva a hacerlo. No compró Byron’s Reach. ¿Por qué? Tiene a los rusos, a los polacos y a los irlandeses bajo control, y a saber a cuántos más fuera del país.

—Has hablado con él —dice Brad.

—Usa un distorsionador de voz —confirma Danny—. Eso significa que le preocupa que su voz, su acento, puedan traicionarle.

Entorno los ojos, esforzándome en pensar. El alcance de su organización es incluso más amplio de lo que yo creía, y para mis adentros ya le daba bastante crédito. He matado a muchos

de sus hombres, pero estoy comenzando a pensar que apenas lo ha notado.

—La única persona con la que el Oso habla directamente es...

—Tú —dice Danny, acariciando el borde del escritorio con las yemas de los dedos—. Eso te convierte en una persona bastante especial. También hace que me pregunte con qué coño chantajea a todos esos hombres para obtener su sumisión.

—Y mató a la mujer que podría habernos dado su nombre. —Brad resopla y se pasa la mano por el pelo.

Echo un vistazo alrededor del escritorio y veo varios rostros perplejos mientras nos sumimos en el silencio, todos enfrascados en nuestros propios pensamientos. Hasta que a Danny le suena el móvil y le miramos de golpe.

—Perry... —contesta con un tono a la altura del cabreo que parece sentir, poniendo el altavoz antes de dejar el teléfono encima de la mesa.

—Tengo tu permiso.

—Buen chico.

—¿Eso es todo? —pregunta—. ¿Solo lo del permiso?

—No, ¿dónde está mi hamburguesa? —gruñe Otto—. ¿Y las multas de aparcamiento perdonadas a Ringo?

Sonrío por dentro mientras observo a Danny, que está pensando, aunque no sé qué se le pasa por la cabeza.

—¿Qué haces el sábado de dentro de dos semanas? —le pregunta a Adams.

—Esto...

—Me caso. Estás invitado. Te mandaré la invitación. —Danny cuelga, se pone en pie y todos le miramos, desconcertados—. ¿Alguien ha encontrado ya al hijo de Spittle? —pregunta, y su mirada se pasea entre todos nosotros para obtener el silencio por respuesta—. Necesito hacer una pausa.

Se dispone a salir del despacho, observado por un montón de ceños fruncidos, incluido el mío.

—Pero ¿qué coño, Danny? —grita Brad.

—Me voy al mar.

A mí tampoco me iría mal aclarar las ideas, pero el mar no es lo que tengo en mente.

—Se ha ido de compras con Rose —dice Danny desde la puerta; está claro que me ha leído la mente.

—¿Qué tipo de compras?

—Tipo Walmart.

Vuelvo a fruncir el ceño. Es demasiado pronto para que Beau considere entrar siquiera en un Walmart sin mí. Levanto la vista, intentando no dar la sensación de que me siento herido.

—¿Y a nadie se le ha ocurrido decírmelo?

—Te lo estoy diciendo ahora. —Danny sonríe, su expresión me indica que no debo preocuparme—. Venga, que el mar nos llama, colega.

—Yo me vuelvo al club. —Brad sale rodeando los dos cadáveres.

—Yo me voy con Brad —declara Otto.

—Yo también —añade Ringo—. Haré que alguien venga a limpiar esta porquería.

—¿Y qué hay de mí? —Goldie se pone en pie, indignada como solo una mujer podría estarlo.

—Deberías haberte ido de compras con las chicas. —Ringo le dirige una mirada cursi y digna de bofetada que no hace nada por mejorar su aspecto.

—Déjala tranquila —le advierto con expresión grave, lo que le lleva a encogerse de hombros y a levantar las palmas hacia el techo—. Lo digo en serio.

—No necesito que me defiendas. —Goldie pasa hecha una furia junto a nosotros y me golpea con el hombro al hacerlo—. Os llevo al astillero.

—¿Te sientes optimista? —pregunta Danny, mirándome mientras salimos de la casa detrás de Goldie.

—El optimismo no te conduce a ninguna parte; en cambio, los actos sí. Aún no sabemos cómo están introduciendo a las mujeres, las drogas y las armas en el país.

—Paciencia, James —dice en voz baja—. Tengo la sensación de que nos esperan grandes descubrimientos. Su ejército va menguando, estamos matando a sus soldados a un ritmo al que no puede reemplazarlos. Le ha entrado el pánico y está tomando decisiones que no debería, como que los rusos entreguen armas en lugar de los irlandeses. Es solo cuestión de tiempo que alguien de los de arriba dé un traspié.

Tiene razón. Se va a liar parda, a lo bestia.

Solo espero que esos descubrimientos lleguen antes que la próxima bomba.

El agua, quieta y relajante, es una triste alternativa respecto a encontrar la paz en Beau. Aun así no deja de ser hermosa. Me siento bien al notar la brisa en la cara, el sol abrasador que me calienta la piel. Cierro los ojos y levanto la cabeza hacia el cielo, retrocediendo en el tiempo con un recuerdo que parece ser de hace siglos, pero que tiene apenas unas semanas. Santa Lucía, el silencio, la imagen de Beau en la orilla, disfrutando del sol en la cara. Su paz es la mía y, pese a los progresos que ha realizado, necesito que regresen esos momentos inmaculados. Necesito que pasen a ser una parte constante y consistente de nuestras vidas.

—Cuidado —dice Danny.

Miro por encima del hombro y me lo encuentro vestido de neopreno, sujetando la barra de enganche de un remolque para llevarlo hasta el agua. No le cuesta el menor esfuerzo.

—¿Viaje inaugural? —le pregunto, apartándome.

El remolque golpea el agua y él se dirige a su parte trasera para bajar la moto acuática nueva.

—Lo he echado de menos —dice con cierto brillo en los ojos—. ¿Vienes?

Me acerco a la parte delantera del remolque y cojo el metal para arrastrarlo de nuevo hacia la arena.

—¿Estas cosas están cargadas?

Él sonríe con suficiencia y se cubre los ojos con las gafas de sol antes de subirse de un salto a la moto.

—Ve a cambiarte. Necesitas un respiro.

Pone el motor en marcha y le da gas. El sonido es emocionante. He adoptado con rapidez la pasión de Danny. La verdad es que estar en mar abierto, disfrutando de la velocidad a la vez que atravesamos las olas suaves, es algo especial.

Me dirijo a la cabaña mientras le oigo alejarse con un rugido a mi espalda. Cabaña es una catalogación que se queda completamente corta a la hora de describir la impresionante estructura de madera que han construido en la orilla, con una terraza que se extiende por los dos lados que dan al agua y un muelle que se adentra en el mar. Unas motos de agua se alinean a lo largo del pantalán, todas ellas atracadas y preparadas para que las prueben. El interior está en silencio; aún no se ha corrido la voz entre la comunidad de las motos acuáticas sobre la presencia de esta joyita, aunque no tardará en pasar. La puesta en escena es tan jodidamente extraordinaria como el plazo en el que Danny la ha hecho posible. Este lugar se ha construido en su cabeza durante años.

Leon, el joven al que han contratado para que lo dirija, está detrás del mostrador, examinando unas hojas de cálculo mientras mordisquea un bolígrafo. Su espíritu libre, su pelo alborotado, sus bermudas, sus pañuelos para el pelo y su bisutería masculina de cuentas van al pelo con el lugar, y no así las hojas de cálculo con él. Sin embargo, este muchacho salvaje iba a convertirse en contable antes de que su amor por el mar le ganara la partida a la opción de pasarse la vida con un bolígrafo en la mano. Es posible que su amor por fumarse un porro de vez en cuando también ayudara. Lo cierto es que ha sido un hallazgo.

—¿Cómo van los fichajes? —le pregunto al pasar.

—Esta tarde hay entrevistas, Jefe J. —Tira el bolígrafo y cierra el portátil de golpe—. ¿Va a salir?

—Sí.

Se pone a mi altura.

—¿Con qué moto? Le preparo una.

Me llama la atención su calzado porque las Converse blancas se han ensuciado de la hostia y están mugrientas.

—La Sea-Doo negra.

Él vacila y retrocede algunos pasos. Sé que, si vuelvo la vista, me lo encontraré con una expresión de terror en la cara.

—Tengo tres instrucciones estrictas —dice, tirando de mí para que me detenga frente a la puerta del vestuario masculino—. La primera regla es que nadie se acerque al contenedor de color verde. La segunda, que si aparece el FBI debo sonreír.

Me giro y mi propia sonrisa es amenazadora. Un muy buen fichaje.

—¿Y la tercera?

—Solo el Jefe D y su chico pueden montar en las motos de color negro. Así que ya ve, tenemos un prob...

—Te estaba tomando el pelo, Leon. —Entro y me dirijo a mi taquilla personal—. La mía es la dorada. —Saco el traje de neopreno, cojo la pistola de la parte de atrás de los vaqueros y la guardo.

—No me venga con esas mierdas... —refunfuña, cogiéndome el traje de neopreno para que pueda desnudarme—. Aún no he decidido quién tiene peor mala leche.

—Yo —le digo mientras cuelgo los vaqueros y la camiseta—. Siempre yo.

—Es gracioso, porque el Jefe D dijo lo mismo. ¿Cómo se conocieron, a todo esto?

—Regla número cuatro... —Le cojo el traje y me lo pongo hasta la cintura—. No hagas demasiadas preguntas. —Ladeo la cabeza y su orgullosa nariz se arruga.

—Pero algunas puedo hacer, ¿verdad? —Me ofrece una sonrisa descarada. Sacudo la cabeza para mí mismo y me dirijo hacia el mar.

—¿Me vas a sacar la moto o qué? —No obtengo respuesta, lo cual hace que me detenga junto a la puerta. Leon se ha quedado paralizado al lado de mi taquilla y tiene los ojos muy abiertos—. ¿Qué pasa?

Él recupera el control sobre su boca y se pasa la mano por los rizos playeros, apartando la mirada, nervioso.

—Esto..., nada. No pasa nada.

Frunzo el ceño y entonces lo pillo al ver con el rabillo del ojo el punto de mi hombro donde comienza la cicatriz.

—Heridas de guerra —murmuro, y me pongo en marcha de nuevo.

—¿Estuvo en la guerra? —pregunta, lleno de fervor, siguiéndome camino de los contenedores.

Abro la puerta de uno y se revela mi fuente secundaria de relajación. Sonrío para mí mismo, acariciando la pintura reluciente del lateral.

—Estamos en guerra —murmuro al llegar junto a su parte trasera.

—¿Qué?

—Nada. Una puta belleza, ¿verdad?

—Así es, Jefe J. Una belleza total.

Poso la mirada en la popa.

—Hijo de puta... —digo por lo bajo con una risa mientras me pongo en cuclillas y recorro el texto con la yema de los dedos.

—Parece misterioso. ¿Cuál es la historia?

—¿Cuál era la regla número cuatro?

—Ah, Jefe J, venga...

—Ve a por el todoterreno —le ordeno, y le oigo suspirar y alejarse con paso pesado,

murmurando algo sobre una injusticia—. El Enigma —susurro, resiguiendo el texto con los dedos y los ojos: «Listillo. Capullo». Es irónico, puesto que ya no soy ningún enigma.

Me incorporo y rodeo la moto para coger la barra de enganche del remolque y tirar de él para sacarlo del contenedor mientras Leon da marcha atrás con el todoterreno. Lo engancho a él y doy un golpe en el costado del coche mientras comienzo a subirme el traje por el torso y él mete al Enigma en el agua. Miro hacia el mar, donde Danny atraviesa en zigzag la bahía chispeante.

—Listo —me llama Leon.

Me meto en el agua y saco la moto por la parte trasera del remolque.

—¡Todo bien! —le grito al acabar.

Me subo a ella, la enciendo e inspiro el limpio aire marino.

—Que se divierta —me dice Leon mientras me adentro traqueteando en el agua.

En cuanto llego a la boya, le doy gas, me pongo en pie y comienzo a chocar contra las olas a una velocidad de vértigo. La emoción es instantánea: el rugido, el estallido del agua, las salpicaduras saladas sobre la cara... Joder, me siento bien. Lo necesitaba.

Adopto el ritmo de los movimientos del vehículo y mi cuerpo se desplaza arriba y abajo con suavidad mientras avanzo a ras de agua. El rugido del motor se vuelve más agudo cada vez que rompo la ola para saltar brevemente y caer de nuevo con un golpe sordo.

Sonrío al ver que Danny se me acerca y, en cuanto lo tengo a un par de metros apenas, hago un giro abrupto y me río cuando intenta protegerse de la lluvia de balas de agua que ha generado el movimiento.

—¡Serás cabrón! —grita él, deteniendo la moto de agua.

Me dispongo a rematarlo, haciendo un círculo, girando y atacándole con el agua sin darle un instante para que pueda orientarse y retirarse.

—¿Quién es el rey del mar? —grito, y sonrío satisfecho al ver en sus ojos ese brillo diabólico que tan bien he llegado a conocer.

—Yo, cabronazo.

De repente se aleja a toda velocidad, recorre un buen trecho antes de detenerse y dar media vuelta con un traqueteo para encararme de nuevo. Sonrío: es un duelo. Menudo par de putos críos estamos hechos. Doy gas al motor, avanzo centímetro a centímetro, mirándole a lo lejos, oyendo también sus acelerones distantes e intimidadores. Comienza la partida, Black.

Su motor ruge y yo doy gas y salgo disparado hacia él. No seré el primero en apartarme, eso nunca, y sé que él tampoco, lo cual básicamente significa que nuestras motos nuevas y brillantes están a punto de hacerse pedazos en pocos segundos.

—¡Vamos! —grito, con la adrenalina palpitando en las venas y Danny cada vez más cerca.

Es una temeridad, pero tengo que liberar energía y soy consciente de que él también.

Más cerca.

Le oigo gritar por encima del rumor del viento y el agua mientras levanta el cuerpo del asiento.

Más cerca.

Veo sus intenciones: prefiere llevarse el golpe él mismo antes que permitir que su preciosa moto de agua sufra algún daño.

—¡Venga, asesino hijo de puta! —digo en voz baja, preparando los músculos y levantando el trasero del suave asiento acolchado—. ¡Vamos allá!

Salto en el mismo momento exacto en el que Danny lo hace, abandonando la moto y volando por los aires hacia él. Nuestros cuerpos endurecidos chocan con fuerza. Gruño con el impacto, le rodeo el cuello con los brazos y él rodea el mío. Estamos abrazándonos literalmente en el puto aire.

—Joder. —Tose mientras nos desplazamos unos metros por encima del oleaje antes de golpear el agua y hundirnos profundamente.

Pataleo, le empujo con las manos en el pecho para apartarme de él y lucho por volver a la superficie. Cuando alcanzo el exterior con un grito ahogado, veo que Danny emerge a un par de metros de distancia.

—¡Sí! —ruge él, dando una palmada en el agua y riéndose como si hubiera perdido el puto juicio.

Me paso las manos por el pelo y sacudo la cabeza.

—Loco de mierda.

—Tú has empezado.

Sonríe satisfecho y se lanza hacia delante para hundirme. El Británico ha hundido al Enigma, joder. ¿Qué somos?, ¿niños de cinco años?

Toso y escupo y sacudo la cabeza para quitarme el pelo de los ojos.

—Aparta, joder —murmuro, empujándole entre risas.

—Mierda.

La diversión llega a su fin y nuestro juego infantil se acaba de golpe.

—¿Qué?

Saco el brazo del agua, pensando que su alarma se debe a que hemos perdido una de las motos, y veo que la llave sigue estando en el extremo de mi muñequera. Giro sobre mí mismo. Las motos están bien, se mecen sobre el agua con el motor apagado. Entonces identifico el problema.

—Se acabó el recreo —dice Danny, que nada hacia su vehículo y vuelve a subirse a él. Mira hacia la orilla, donde hay un BMW aparcado y un hombre de traje apoyado con aire despreocupado contra su lateral—. Ese tipo no puede tener más pinta de poli —murmura.

—¿Le conoces? —pregunto, nadando hacia mi moto y subiéndome a ella antes de volver a introducir la llave.

Él se levanta las gafas.

—No estoy seguro desde aquí. —Sonríe con suficiencia—. Así que al final se han enterado de que he vuelto.

Parece encantado de que sea así y, de manera enfermiza, sé que lo está.

—¿Preparado para ir a saludar?

—Vaya que sí.

Emprendemos el regreso a un ritmo constante, el uno al lado del otro, tomándonos nuestro tiempo. Es evidente que Danny no tiene prisa. Contemplo los edificios de la orilla, algunos ya acabados, otros a medio construir y el resto en sus cimientos. Hay urbanizaciones por todos lados y es una lástima porque esta pequeña bahía es una belleza.

Al llegar a la orilla tengo que esforzarme al máximo para no reírme cuando veo la sonrisa de querer mandar a la mierda con la que Leon observa al policía. Hasta el chaval reconoce a un poli cuando lo ve.

—No me lo creo —dice Danny en voz baja, antes de bajarse de la moto y avanzar hacia la arena.

Le sigo y veo que al policía se le curva tanto el labio que acaba por torcer la expresión.

—Entiendo que le conoces.

—Higham —canturrea Danny, que se lleva la mano a la espalda para bajarse la cremallera—. ¿Te han ascendido?

—Agente Higham para usted —gruñe mientras mete la mano en el bolsillo interior, saca la placa y nos la muestra como muestra de su posición.

—Oh, qué lujo. —Danny se baja el traje hasta la cintura—. ¿A qué debo este placer?

Mantengo la vista puesta en el policía, que posa sus pequeños y brillantes ojos en mí y me pega un repaso de arriba abajo antes de impulsarse contra el lateral del coche y avanzar con gesto despreocupado. Yo me bajo de la moto de agua y me uno a Danny en la orilla.

—Sabrá que fingir la propia muerte es un delito, señor Black...

Me río por lo bajo, acercándome a una pared, y tomo asiento para quitarme la parte de arriba del traje. Si pudieran arrestarle, Danny ya tendría las esposas puestas y aquí habría muchos más policías.

—¿Fingí mi muerte? —pregunta Danny, estirando la mano hacia Leon, que se apresura a llenársela con los cigarrillos y el Zippo. El chico está entre perplejo, fascinado y emocionado.

Higham tuerce la expresión.

—Entonces, ¿dónde ha estado durante los últimos tres años?

—He tratado de pasar desapercibido. Estoy seguro de que sabrás que mi astillero pagó los platos rotos de la rivalidad entre dos bandas. Si supusisteis que fui víctima del fuego cruzado y me mataron, ese es vuestro problema, no el mío.

—Y el del agente Spittle.

—Entonces tendrás que hablar con él.

—Ha desaparecido.

—Oh... —Danny enciende el cigarrillo y se sienta a mi lado contra la pared.

—Creo que estás yendo detrás de la presa equivocada —digo, poniendo a Higham en su sitio

con una mirada por la que debería sentirse amenazado—. Spittle era un corrupto de la hostia.

—¿Y usted quién coño es?

—Tu peor pesadilla —contesto con gesto sombrío, sonando tan peligroso como pretendía.

Él se pone nervioso.

—Brad Black identificó el cuerpo.

Se está agarrando a un puto clavo ardiendo y lo sabe.

—Brad se las vio con un cadáver hinchado, podrido y destrozado por los tiburones. —Danny está a punto de suspirar—. ¿Tienes una orden?

—No.

—Entonces vete a la mierda.

A Higham se le desinfla un poco el pecho y el ego le queda tocado, pero más o menos logra mantener su fachada de duro.

—Puedo conseguirla.

—¿En base a qué? —le pregunto mientras Danny va consumiendo el cigarrillo con comodidad, calada a calada, y Leon, cautivado, mueve la cabeza de un lado al otro.

—Las cosas han estado tranquilas por aquí —dice, y hace un gesto con la mano hacia Danny —. De repente él vuelve de entre los muertos, aparece usted, y hay bombas estallando por toda la ciudad.

—No estaba muerto —dice Danny—. Lamento decepcionarte.

¿Miami tranquila? Por el amor de Dios... Me pongo en pie y me acerco a una distancia intimidatoria. Higham mantiene la posición. Será capullo.

—Un consejo —le digo en voz baja, con la boca cerca de la oreja—, mantente alejado de nuestro camino y nosotros nos mantendremos alejados del tuyo.

—¿Es una amenaza?

—No. —Resoplo, mirándole con el rabillo del ojo—. Es solo un consejo.

Sus ojos se posan en mi hombro, sus fosas nasales se agitan y una contracción nerviosa posee su labio, que está desesperado por recuperar la sonrisa irónica.

—Que tengan un buen día, caballeros.

Nos dirige una larga mirada intimidatoria antes de regresar con paso arduo hasta su coche y largarse derrapando, de manera que el chirrido de sus neumáticos tenga la última palabra.

—Un tipo majo —digo, pensativo. Vuelvo junto a Danny y estiro la mano para que me pase los Marlboro—. Pásamelos.

Él lo hace.

—Dos cervezas, Leon.

—Ya mismo. —El muchacho sale disparado y nos deja apoyados contra la pared.

—¿Qué piensas? —pregunta Danny, después de pasar algunos minutos en un cómodo silencio.

—Me pregunto dónde estará el hijo de Spittle y dónde aparecerá la siguiente bomba. —Le

doy una última calada antes de deshacerme del cigarrillo lanzándolo por el aire. Leon regresa con las dos cervezas, chocamos las botellas en el aire y bebemos—. ¿Qué ha pasado con el padre de Beau? —pregunto, pues no quiero abordar el tema con ella.

—Su novia, ¿la conoces?

—No.

—Había sido el juguete de los chicos. —Se encoge de hombros—. El mío también, de vez en cuando.

—¿Rose lo sabe?

—Sí, Rose lo sabe. —Arruga la nariz—. De ahí el escándalo que se ha montado en la sala de la televisión. He tenido que ir a hacerme cargo porque, de otro modo, habríamos acabado con dos rusos muertos y una puta muerta.

Oímos un coche a nuestra espalda y los dos echamos un vistazo. Un Chevy viejo y cascado llega tosiendo y renqueando por el camino de gravilla y yo sonrío al pensar en el viejo Mustang destartalado de Beau.

—¿Qué hace aquí? —le grito a Leon, que está descargando bombonas de gas de la parte de atrás de su todoterreno.

—Otto ha dicho que le diera un empleo. —Se dirige hacia él mientras el muchacho del edificio de oficinas de Derek saca su corpachón del coche—. Estoy pensando en usarlo como grúa —añade, y Danny suelta una risa—. Ah, le han estado llamando al móvil, jefe.

Los dos nos ponemos en pie y nos miramos.

—¡Jefe J! —grita Leon.

—Ese eres tú. —Danny me da una palmada en el hombro mientras yo salgo al trote, es innegable que inquieto. Al llegar a la taquilla cojo el móvil y exhalo de alivio al ver que no se trata de Beau ni de Furia. Le devuelvo la llamada a Otto.

—¿Dónde coño estabas? —me ladra él.

Ignoro su tono airado y levanto la vista cuando Danny entra en el vestuario. Pongo el altavoz.

—¿Qué pasa?

—He rastreado los correos que nos mandó Derek Green hasta obtener una dirección IP.

—¿Y bien?

—Enviados desde un cibercafé en Biscayne Boulevard.

Danny frunce el ceño y se acerca.

—¿Estás vigilando esa cuenta?

—Sí, la estoy vigilando.

—En cuanto llegue un correo quiero saberlo.

De repente el sonido de una melodía machacona se cuela al otro extremo de la línea y frunzo el ceño.

—¿Dónde coño estás? —le pregunto a Otto.

—¿Ahora mismo?

—Sí, ahora mismo.

Danny levanta las cejas y nos quedamos a la espera, curiosos.

—Ahora mismo estoy mirando unas piernas largas como la eternidad que rodean de manera hermosa una barra de color plata brillante.

—Increíble —murmuro, mientras Danny se dirige entre risas hacia su propia taquilla y se quita el traje de neopreno—. Que lo disfrutes. —Cuelgo y comienzo a vestirme también—. ¿Has sabido algo de Rose?

Me dirige una sonrisa cómplice mientras se abrocha los vaqueros.

—Deja de preocuparte.

—No estoy preocupado. —En realidad sí que estoy preocupado. Me esfuerzo al máximo porque no sea así pero, entre las bombas y los balazos que nos están disparando desde todos los putos lados, me cuesta—. No estoy preocupado —afirmo cuando levanta las cejas. Me subo los vaqueros y devuelvo la pistola a su sitio.

—No podemos mantenerlas encerradas.

Me río, echando la cabeza hacia atrás.

—Dijo el hombre que secuestró a su esposa... Tu relación con Rose roza el Síndrome de Estocolmo.

—Ah, ¿quieres hablar de relaciones retorcidas? —pregunta, y me preparo para el golpe—. Lo dice el tipo que ató a su novia a una butaca en la ópera para poder escabullirse y asesinar a un juez.

—¿Cómo coño te has enterado de eso? —cojo la camiseta y paso los brazos por las mangas.

—Las mujeres hablan entre ellas, colega. Y, al parecer, las nuestras no cierran el puto pico cuando están juntas. Por eso también sé que tienes debilidad por ser el protagonista de tus propias cintas eróticas.

Me quedo quieto, con la cabeza atrapada en el cuello de la camiseta. Pero ¿qué coño?

Oigo su risa silenciosa. Me bajo poco a poco la camiseta y le echo un vistazo a su rostro sonriente. Las mujeres hablan, vale, pero... ¿también enseñan? Esas cintas son privadas, son mías y solo mías porque soy la única persona que debería ver el cuerpo desnudo de Beau, sobre todo en medio de la pasión.

—Si me dices que has visto esas cintas, no puedo prometer que no te pegue un tiro ahora y aquí mismo.

—Me han disparado por menos.

Retrocedo y saco la pistola, le quito el seguro y la apunto contra Danny.

—No me toques los huevos.

Él levanta las manos, se ríe y retrocede.

—No he visto las putas cintas, colega. Relájate, joder.

Le gruño y me guardo la pistola.

—Sé que sabes que esas mierdas no tienen gracia —murmuro, saliendo con paso pesado del

vestuario—. Y lo sé porque mataste a uno de tus propios hombres porque se atrevió a tocar a Rose. —Giro la cabeza y le dirijo una sonrisa a juego con las que él va repartiendo por ahí—. Porque sí que hablan, tienes razón.

Danny fracasa estrepitosamente a la hora de ocultar su sorpresa, y se le da peor lo de ocultar la rabia.

—¿Cuánto hace que no te follas a una mujer mientras su marido mira?

—Eso fue en una vida pasada —le contesto, impasible, y continúo avanzando—. ¿Hace mucho que no le quemas la mano a tu esposa en la tostadora?

—Pero ¿qué coño?

Sonrío al atravesar la cafetería y veo que Leon le está mostrando el lugar al muchacho.

—Jefe J —canturrea—, este es Jerry. Jerry, este es el Jefe J. Ah, y aquí está el Jefe D. —Me giro y veo que Danny sale enojado del vestuario, con una expresión atronadora—. Jefe D, este es...

—Ya nos conocemos —ladra Danny, haciendo que Leon y Jerry se echen hacia atrás—. Lo de la tostadora fue para dejarle clara una cosa importante.

—¿Qué hay de la quemazón de la bofetada de la noche en que os conocisteis?

Cada vez está más alterado y, como el cabrón enfermizo que soy, disfruto de poder sacar de quicio al Británico.

—Otra cosa que había que aclarar.

—¿Y hacerla desfilar desnuda delante de tus hombres?

Se queda boquiabierto.

—Voy a coserle la puta boca. —Levanta el dedo—. Esa mujer me ha hecho mucho más daño a mí del que yo vaya a hacerle nunca.

Le aparto el dedo de una palmada.

—Relájate, joder —digo, riéndome, viendo su cicatriz volverse cada vez más profunda y sus ojos más fríos. Noto que aprieta los puños y se le desencaja la mandíbula. Con gran inteligencia, Leon y Jerry retroceden para alejarse de la zona de peligro—. ¿Y te importaría devolverme la maquinilla de afeitar? —añado.

Eso último es la gota que hace rebosar el vaso. Danny me lanza un gancho de derecha que está a punto de tirarme al suelo. Dios.

—¡Vete a la mierda! —grita—. O mejor, vete a quemarte en algún fuego.

Oh, no ha dicho eso...

Cargo contra él, arremeto contra su cintura y caemos al suelo. Nuestros móviles salen despedidos, lo mismo que la calderilla que llevaba en el bolsillo. Me siento a horcajadas sobre él y le lanzo un directo a la mandíbula.

—Puta nenaza —espeta—. Rose pega más fuerte que tú.

Se levanta de golpe y yo caigo sobre la espalda. Rodamos por el suelo y nos retorcemos dejando volar los puños sin control, conectando un golpe solo de vez en cuando.

—¡Móviles!

Me quedo quieto con la mano de Danny rodeándome la garganta, mientras que la mía está abierta, apartándole la cara. El sonido de los dos móviles que suenan llena el silencio. Nos rendimos a la par y buscamos los teléfonos con gesto frenético. Veo el mío, Danny ve el suyo, y atravesamos la cafetería a gatas para recogerlos y contestar.

Ruedo sobre mi espalda.

—Hola, preciosa —resoplo, hecho polvo.

—Hola, nena —canturrea Danny, aterrizando a mi lado.

—¿Por qué jadeas? —pregunta Beau mientras me lamo la comisura izquierda de los labios, reconociendo el sabor cálido y cobrizo de la sangre. Miro a Danny, que tiene un bonito arañazo en el pómulo—. Acabo de salir del agua.

—Acabo de salir del agua —repite Danny, que me mira con una sonrisa—. No, aún no. Está camino de casa.

Le doy un puñetazo en el bíceps y me levanto, dirigiéndome a la nevera para coger una botella de agua.

—¿Qué tal las compras? —¿No ha podido con ello? ¿Es ese el motivo por el que me ha llamado, porque necesita mi voz para poder superar el trauma?

—Me está costando —admite.

—Voy para allí —digo, dirigiéndome hacia la salida.

—No, espera. A Zinnea le está viniendo bien.

Me detengo, haciéndole caso, pero no me hace feliz. «A Zinnea le está viniendo bien.»

—¿Quieres que me quede al teléfono?

—De momento, sí. Ella está a tope. ¿Qué le has dicho?

—Nada.

—No te creo.

Me encojo de hombros.

—Pues no me creas.

Beau suspira.

—¿Qué estás haciendo?

—Aquí, pasando el rato.

Ríe suavemente y no me ayuda en nada a reducir la necesidad que siento de estar con ella.

—El Enigma y el Británico... ¿pasando el rato?

Miro a Danny en el momento en que se lleva la mano a la mejilla y hace una mueca. Me ve desde el otro extremo de la cafetería y gruñe. Acto seguido saca la pistola, apunta contra mi cabeza y dispara.

Me agacho, la bala pasa volando sobre mí y se hunde en la pared.

—¡James! —grita Beau con voz frenética.

Sí, el Enigma y el Británico pasando el rato.

—Estoy bien —digo, sonriendo—. Danny está haciendo práctica de tiro. Creo que necesita que le des algunos consejos.

Él me hace una peineta antes de marcharse enfadado y Leon y Jerry se apresuran a apartarse para dejar pasar a la fiera enfurecida. Danny cierra de un portazo y me río mientras Leon le ofrece la mano a Jerry con una sonrisa de suficiencia:

—¿Cuándo puedes empezar?

Capítulo 16

BEAU

Cuelgo y me llevo el móvil a la boca, pensativa.

—¿Va todo bien? —pregunta Zinnea, dejando caer una campana de viento en el carrito.

Sonrío e inspiro, preparada para entrar en otro pasillo.

—Sí.

Respira hondo, me digo, respira hondo. Trago saliva y paseo una mirada cauta a mi alrededor. El número de clientes parece estar multiplicándose con cada segundo que pasa y hace calor, un calor sofocante. Respira, respira, respira.

Necesito a James.

Respira.

No necesito a James.

Respira profundamente.

Joder, necesito a James.

Mi ritmo cardíaco pasa de estable a frenético con unos pocos latidos aterrorizados y me sujeto al lateral del carrito, haciendo un gran esfuerzo por tranquilizarme.

—Creo que debería esperaros en el coche —digo en voz baja, mirando a Zinnea. Por la expresión de su rostro puedo sentir que soy una decepción absoluta—. ¿Le dirás a Rose q...? —Hago una pausa, frunciendo el ceño y buscando a mi alrededor—. ¿Dónde está Rose?

—Se ha ido por ahí. —Zinnea señala a mi espalda—. Ha dicho algo sobre unas botas para su hijo.

Me giro para buscarla y ahora es otro motivo el que me hace entrar pánico. No hay señal de Rose, pero Tanque está detrás de mí y su figura gigantesca apenas resulta visible por la montaña de equipamiento futbolístico que Rose ha cargado en el carrito.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto.

Sus ojos escrutadores se posan en los míos con el rostro furioso.

—La voy a matar —ladra, y sale pisando fuerte.

Por instinto, comienzo a trotar en sentido inverso.

—Espera aquí —le pido a Zinnea.

—¡Beau! —grita Furia, pero ignoro su advertencia, doblando una esquina, luego otra, para recorrer un pasillo y luego otro—. ¿Dónde demonios estás? —digo, examinando cada rincón y recoveco mientras busco su número y la llamo.

Me sale el buzón de voz y la mando a todos los infiernos; recorro a la carrera pasillo tras pasillo, oyendo que Tanque y Furia nos llaman a grito pelado, sin que a ninguno de los dos le importe llamar la atención de ese modo.

Con el corazón en la boca, empujo a la gente, esquivo carritos, chillando su nombre. Nada. Compruebo cada sección de la tienda. Cada rincón y, cuando llevo diez minutos buscándola sin encontrar la menor señal de ella, acabo cediendo y hago lo que tanto temía hacer: llamar a Danny.

—Mierda. —Me encojo de miedo y pulso su nombre, encaminándome de vuelta hacia donde está Zinnea. Tengo la boca seca, la garganta dolorida y el pecho encogido.

Él contesta con rapidez.

—¿Beau?

—Hola. —Cierro los ojos un instante e inspiro para armarme de valor.

—¿Estás bien?

—Sí... Esto... Rose... —Mi voz se desvanece, me detengo de golpe al verla al frente. El aire abandona mis pulmones a mayor velocidad y con mayor sonoridad de lo que planeaba, y entonces me doy una palmada en el esternón.

—¿Rose qué? —pregunta él, con tono siniestro.

—Está bien —chillo, apresurándome a colgar (lo cual probablemente haya sido una estupidez) y me acerco a su estática figura—. Dios, Rose, no me hagas eso.

Ella parece despertar de la ensoñación y gira sobre sus talones, esbozando una sonrisa como si acabara de cogerla de uno de los expositores para ponérsela en la cara.

—Ah, hola.

Me he tirado más de diez minutos corriendo por la tienda como una imbécil ¿y lo único que tiene que decir es «ah, hola»?

—Tanque está como loco.

—Había olvidado una cosa.

—¿Qué? —le pregunto, examinando los estantes de productos cosméticos femeninos. No hay botas de fútbol infantiles a la vista.

Ella se apresura a coger una crema de afeitar y la sostiene en alto, pero comienza a bajarla poco a poco y le falla la sonrisa.

—¿Estás bien?

¿Estoy bien? No, no estoy bien, joder, pero tampoco se debe a que el sitio esté hasta las cejas de compradores frenéticos.

—Estoy bien. Pensaba que... —No sé lo que pensaba—. Me he preocupado. —Suspiro, me pellizco el puente de la nariz, intentando recuperar la compostura.

—Bueno, yo estoy bien. —Rose pasa a mi lado y yo frunzo el ceño, comienzo a seguirla en el momento en que Tanque aparece a la vuelta de una esquina y carga hacia nosotras como un

rinoceronte—. Estoy aquí, estoy viva —canturrea ella con sarcasmo—. Puedes cancelar la misión de búsqueda.

Tanque parece dispuesto a arrancarle la cabeza. Los sigo, recelosa, hasta volver con Zinnea.

—¡Ahí estás! —chilla ella mientras se acerca a la carrera y me examina de la cabeza a los pies —. ¿Qué ha pasado?

—Un drama por nada. —Rose coge el carrito y se dirige hacia las cajas—. Había olvidado la crema de afeitar, eso es todo.

—Lo siento —le digo a Furia al pasar a su lado, antes de que tenga la oportunidad de cargar contra mí, sin apartar la vista de la espalda de Rose. Ella comienza a poner los artículos en la cinta mientras Tanque se dirige al otro extremo y Zinnea pasa a regañadientes a la caja contigua —. ¿Puedes ayudar a mi tía? —le pregunto a Furia, que procede a calcular mentalmente la distancia que me separa de Zinnea.

Al final se aleja y yo me acerco a Rose.

—Ven, deja que te ayude. —Me asomo al carrito y cojo la crema de afeitar—. Justo lo que una mujer necesita cuando su marido ha confiscado todas las maquinillas en un radio de quince kilómetros —digo lo bastante alto para que me oiga.

Con los labios apretados, Rose evita mi mirada, así que vuelvo a meter la mano en el carrito y cojo una caja. Rose entonces me sujeta la muñeca y me quedo quieta. Al levantar la vista veo que me mira, concentrada en mí, y sonríe.

—Yo me encargo.

Me sacudo su mano, muevo una pelota de fútbol y veo...

—Pero ¿qué coño, Rose? —susurro, mirándola de golpe.

—Shhhh... —sisea antes de coger la prueba de embarazo, ponerla en la cinta y cubrirla con un montón de calcetines de deporte—. Necesito que vayas al otro lado y te asegures de que Tanque no la vea.

Me quedo mirándola y un millón de preguntas desfilan por mi mente, pero no puedo exponer ninguna de ellas en este momento, así que hago lo que me ha pedido. Me dirijo al otro extremo de la caja y me aseguro de colocarme delante de Tanque. En cuanto la cajera escanea la caja, se la cojo de la mano y la meto en una bolsa, sonriendo con torpeza ante su alarma.

—Gracias.

Le echo un vistazo con cuidado a Tanque con el rabillo del ojo, y veo que no se ha dado cuenta. Su atención está dividida entre la tarea mundana de embolsar la compra y Rose, al otro lado de la caja. Miro hacia el costado y me encuentro con que Zinnea está hablando felizmente con Furia, su compañero a la hora de embolsar. No sé cómo podré mantener la boca cerrada hasta llegar a casa.

Rose paga, coge la bolsa que contiene la prueba y se la guarda en el bolso con una sonrisa dócil.

—Gracias.

—Rose, ¿qué...?

—¿Listas, queridas? —canturrea Zinnea, que tira del carrito mientras Furia lo empuja. Me muerdo la lengua y le dirijo a Rose una mirada para indicarle que esto no se va a quedar aquí.

—Listas —digo por lo bajo mientras ella pasa lanzada a mi lado. Me apuro a alcanzarla—. Rose, tienes que contárselo a Danny —le susurro, manteniéndome pegada a su costado, mirando hacia atrás para asegurarme de que ni los vikingos ni Zinnea puedan escucharme.

—Estoy segura de que no es nada. No quería contártelo.

—¿Por qué? —pregunto, sintiéndome herida—. Soy tu amiga.

—Tú ya has sufrido suficiente. —Sacude la cabeza ligeramente y yo me doblo de la vergüenza; detesto que haya cargado en solitario con este bombazo.

—Esto no tiene que ver conmigo, sino contigo.

—Ya te he dicho que estoy segura de que no es nada. —Esboza una pequeña sonrisa. Es casi insultante—. No puedo estar embarazada.

Devuelvo la atención al frente, esforzándome al máximo por aparentar indiferencia y normalidad, lo que es difícil con la cabeza dándome vueltas.

—Entonces, ¿por qué...? —Cierro la boca cuando algo llama mi atención al otro lado de la tienda. Alguien, más bien, que acaba de entrar—. Mierda —murmuro, luchando por mantener la calma.

—¿Qué?

—Ese hombre —le digo, sin señalar—. El del traje de color azul Klein junto a la entrada.

A Rose se le da estupendamente eso de aparentar desinterés.

—¿Qué le pasa?

—Había una foto de él sobre el escritorio de Danny. —Hago que sigamos avanzando, dividiendo la atención entre los vikingos y Zinnea, a nuestra espalda, y el hombre al que he reconocido, al frente.

—Vi la foto del escritorio de Danny —dice Rose en voz baja—, y no era él.

—Lo más probable es que tengan un cajón lleno de fotos, Rose. —Con todos los hombres de su lista de objetivos. No es que James pueda tenerlos ya en las pantallas de su piso.

Meto la mano en el bolso en busca del móvil y activo la cámara al encontrarlo.

—¿Qué haces? —sisea Rose, mirando nerviosa por encima del hombro.

—Voy a sacarle una foto. —Maldigo por lo bajo, la imagen ha quedado demasiado granulada —. Tengo que acercarme más.

—¿Estás loca? —Rose intenta dirigirme hacia la puerta, pero soy persistente—. Beau, por el amor de Dios, podría ser cualquiera.

—Solo tengo que acercarme un poco.

—Sí, genial. Acerquémonos para que nos vea, nos reconozca y nos mate.

—Deja de ser tan dramática —digo, con la mirada fija en el tipo del traje azul—. ¿Qué hace? —Se ha quedado rondando el quiosco de la cerrajería Minute Key, con aspecto un poco inquieto,

tirando y recogiendo un manojo de llaves.

—¿Por qué no vas y se lo preguntas? —murmura Rose, empujándome con el cuerpo mientras sigo intentando que nos acerquemos a él, con el móvil preparado para sacarle una foto. Sin duda, es el mismo hombre; treinta y tantos, el pelo moreno corto y engominado, la barba desigual.

—Beau —me llama Furia a mi espalda y yo me encojo, valorando los beneficios de ignorarle.

—Voy a coger algo —le digo, examinando la zona en busca de algo que, en efecto, pueda coger.

—Ay, Dios mío, vamos a morir —susurra Rose.

—¡Rose! —grita Tanque.

Dios, ¿cuándo dejarán de decir nuestros putos nombres a gritos?

—Ya voy —dice ella—. Beau, por los clavos de Cristo, James te dará una patada en el culo.

—Rose, a saber lo larga que es la puta lista de hombres a los que tienen que matar. Cuanto antes acaben, antes nos iremos de aquí y regresaremos a Santa Lucía. —Me detengo y la miro—. ¿No es eso lo que deseas?

Ella abre y cierra la boca varias veces mientras asimila mis palabras, todas ellas cargadas de verdad. Veo que adopta poco a poco un aire de determinación y que se lleva la mano al vientre de forma instintiva. Si resulta que está embarazada, Rose tendrá más ganas de irse y querrá hacerlo antes.

—No te acerques demasiado.

Asiento con la cabeza, me apresuro a entrelazar nuestros brazos y oigo que Furia y Tanque maldicen a nuestra espalda. Sé con exactitud lo que me hago. Se trata de alguien importante, a quien James está buscando, lo sé. La policía que llevo dentro, este instinto, no desaparecerá nunca.

—Solo un poco más cerca —digo, intentando enfocar la cámara y apuntar sin que se me note.

Y entonces el hombre nos mira directamente y las dos nos quedamos paralizadas. Noto la rigidez del cuerpo de Rose contra el mío.

—¿Qué hacemos?, ¿qué hacemos? —sisea ella, antes de que recibamos por detrás el impacto de lo que parece un pedrusco inmenso.

—¿A qué coño estáis jugando vosotras dos? —gruñe Tanque.

El hombre frunce el ceño, nos recorre a todos con una mirada veloz que acaba posándose en mí. Me apresuro a romper el contacto visual, cojo lo primero que encuentro a mi alcance y me dirijo hacia la caja de autoservicio para coger una bolsa de uno de los colgadores.

—A Rose se le ha roto la bolsa —farfullo, con las palabras amontonándose en mi boca.

El hombre frunce aún más el ceño, se pone nervioso y su cuerpo, ya rígido, se tensa sin duda un poco más. No le miro, tan solo regreso junto a Rose, cojo la bolsa que tiene en la mano y la meto dentro de la nueva. Ella me mira con los ojos muy abiertos y yo le ruego en silencio que aparente normalidad.

—Serías una policía terrible —le susurro mientras Tanque chasquea la lengua a nuestra

espalda para manifestar su desagrado—. ¿Qué hace?

—Está repasando las llaves.

Miro por encima del hombro, veo que está distraído y tomo con rapidez la foto que necesitaba.

—Listo —digo, cogiendo a Rose y esbozando una sonrisa para los vikingos—. Vámonos.

Guío a mi amiga hacia la salida.

—¿Qué sucede? —pregunta Zinnea, que avanza tambaleándose a nuestro lado.

—Nada —canturreamos a la vez mientras nos dirigimos hacia los coches, con escalofríos constantes en la espalda y la piel fría.

—¿Beau?

Doy un traspié y me detengo de golpe, obligando a Rose a hacer lo mismo, y mi piel se enfría un poco más.

—No... —susurro.

—¿Qué? —pregunta Rose, confundida, mirando a nuestro alrededor.

Veo con el rabillo del ojo que Furia se lleva la mano a la cartuchera; su rostro es la viva estampa de la amenaza.

—Mi exprometido —murmuro.

—Ohhhh... —susurra Rose.

—Es Ollie —canturrea Zinnea, y dejo caer los hombros, exasperada—. Beau, mira, es Ollie.

¿Por qué parece tan contenta de verle? ¿Ha olvidado que retuvo a James a punta de pistola? Ay, Dios. Inspiro y le encaro. Ollie se mira el reloj con el ceño fruncido, preguntándose sin duda qué estoy haciendo en el Walmart a esta hora del día. No tengo nada de ganas de pasar por esto..., así que no lo haré.

—Métete en el coche —dice Furia, gruñendo.

—Encantada.

Abro la puerta de atrás y me subo, dejando que sean los demás quienes metan las bolsas en el maletero. Me apresuro a abrir la foto y a mandársela a James con un interrogante. Acto seguido me doy cuenta de que Zinnea no deja de pasear la mirada entre Ollie y yo mientras Rose intenta conducirla hacia el coche. Furia permanece a un lado, silencioso y amenazador, y Tanque está guardando la compra. Por la expresión en el rostro de mi tía me doy cuenta de que lo que le está diciendo Ollie no ayuda en nada. Me lo puedo imaginar, le estará hablando de las bombas y Dios sabe de qué más. Lawrence sabe muchas cosas, es probable que más de las que debería y, para ser justa con él, hay que decir que ha aceptado en silencio mi decisión de estar aquí, de estar con James. No necesito que Ollie vaya echando más mierda encima de una montaña que ya está a rebosar. Comienzo a alterarme y salgo del coche antes de poder detenerme.

—Al coche, Beau —ladra Furia, desplazando su cuerpo enorme para protegerme. Me abro paso por la fuerza, decidida.

—Lárgate, Ollie —le advierto.

—¿Hay algún problema? —Un hombre trajeado, agente del FBI donde los haya, se suma a Ollie y nos muestra a todos un destello estratégico de su pistola al abrírsele de manera informal un lateral de la americana.

—No lo sé —murmura Ollie, llevando sus ojos entornados hacia Furia—. ¿Lo hay?

Me doy cuenta de que es la venganza de Ollie, que asoma por el horizonte, y su ego que necesita restaurar.

—No hay ningún problema —digo, remarcando las palabras, mientras cojo a Furia del brazo e intento mover lo inamovible.

Por supuesto, Furia no se mueve.

—¿Tienes permiso para llevar esa arma? —pregunta Ollie, negándose a mirarme.

Cierro los ojos e inspiro en busca de paciencia. Ollie sabe lo que se hace; un segundo más tarde, su compañero ha desenfundado y está apuntando a Furia.

—Ponga las manos sobre el techo del vehículo —grita—. Hágalo ahora mismo.

Dirijo una mirada de desaprobación hacia el rostro desdeñoso de Ollie.

—No hagas esto, Ollie.

—¿Por qué? ¿Tu novio y sus amigos me atacarán otra vez?

—¡Las manos sobre el coche!

—A la mierda todo —murmura Furia, que desenfunda y apunta también, lo que lleva a que Ollie haga lo mismo, seguido de Tanque.

—Ay, mierda —susurra Rose.

—Quédate quieta, Zinnea —ordeno, sintiendo que está a punto de ponerse histérica, pues no hace más que lanzar gritos ahogados—. No pasa nada. —Miro más allá de Ollie y su compañero y veo que el hombre al que he reconocido está saliendo de la tienda—. Mierda —siseo en el momento en que me suena el móvil—. Tengo que contestar —digo con voz calma.

—¡No se mueva! —grita el compañero de Ollie, con la frente brillante de sudor—. No se mueva.

—De verdad que tengo que responder. —Levanto el móvil, mostrándoselo, antes de llevármelo con lentitud hacia la oreja—. James...

—¿Dónde estás? —pregunta él, con la respiración tensa.

—En el Walmart. Tenemos un problema.

—Baja el móvil, Beau —me ordena Ollie, con sus fosas nasales aleteando.

—¿Ese es Burrows? —pregunta James.

—Sí.

—¿Y el tipo de la foto?

—Saliendo de la tienda. —Acabo de decir eso cuando Ollie se abalanza sobre mí y me arrebata el móvil—. No quieres que se conviertan en tus enemigos, Ollie —le digo en voz baja y, porque le conozco, me doy cuenta del titubeo en su mirada.

Vuelvo a dirigir la vista hacia la salida de la tienda, donde examino y busco mientras mi

móvil no deja de sonar en la mano de Ollie. Veo que el tipo del traje azul se sube a un Audi plateado. Maldita sea.

Podría sacar mi propia pistola y añadir otra arma al conjunto. O...

Me muevo con rapidez, lanzo el brazo hacia delante y desarmo a Ollie, ignorando el ramalazo de dolor que me sube por la extremidad. Hago girar la pistola y apunto contra su pecho. Él retrocede, tambaleándose, estupefacto.

—No he perdido el toque, ¿eh? —digo entre dientes—. Ahora hay cuatro pistolas y tres os están apuntando a los dos. Sed listos —les advierto, y el compañero de Ollie baja la suya al suelo de manera ostentosa. Me agacho a recogerla y me la guardo en el bolso—. Y las llaves del coche.

—¡Anda ya, Beau! —grita Ollie.

—¡Hazlo!

Con las fosas nasales abiertas y el pecho hinchado por la inspiración que acaba de hacer, Ollie se mete la mano en el bolsillo, saca las llaves y me las tira a los pies.

—Rose, Zinnea, meteos en el coche. —Las recojo y me dirijo al Range Rover, abro la puerta del copiloto mientras las dos pasan tras de mí y se suben a la parte de atrás. Furia y Tanque, aún con las pistolas en la mano, se suben delante—. El móvil —digo, extendiendo la palma de mi mano abierta con la vista puesta en Ollie, desafiándole a que se niegue.

Resoplando y con los dientes apretados, él me da el teléfono y yo me subo al coche.

—Vámonos —ordeno, un poco más en calma, echando el cuerpo hacia delante para situarme entre Tanque y Furia—. Seguid a ese Audi plateado.

—¿Qué?

—Hacedlo —ordeno, y contesto la llamada de James.

—¿Qué coño está pasando? —ladra él.

No sé por dónde empezar.

—Creo que quizás me pongan en busca y captura —digo, provocando el resoplido irónico de los vikingos—. Así que, cuanto antes podamos volver a Santa Lucía, mejor para mí.

—Beau... —replica él, con voz cargada de advertencia—. Habla.

—No sabía qué hacer —digo, poniéndome en modo defensivo—. El tipo de la foto estaba saliendo y Ollie y su compañero apuntaron a los gemelos con sus armas.

—¿Qué has hecho?

—He desarmado a Ollie. —Me encojo de vergüenza, esperando a que me grite—. Y ahora estamos siguiendo al tipo de la foto que te he mandado.

Silencio. No me gusta. Miro nerviosa a Furia y Tanque y me doy cuenta de que están tan tensos como yo.

—¿Y Burrows? —pregunta James.

—Le he quitado las llaves.

Lo oigo coger aire.

—No estoy contento —dice con calma.

Sabía que no lo estaría.

—Estamos a cierta distancia de seguridad.

—Retiraos —ordena en voz tan alta que todo el coche le oye—. Ya mismo.

Furia levanta el pie del acelerador de inmediato y la distancia que nos separa del Audi plateado comienza a crecer. Maldito sea. No tiene mucho sentido intentar convencer a mi guardaespaldas personal para que ignore a James ya que estoy segura de que tiene muchas ganas de seguir respirando.

—¿Quién es? —murmuro, abatida.

—Ponme en altavoz.

—¿Quién es? —repito, y mi abatimiento se transforma en impaciencia.

—Ponme. En. Altavoz.

—Vale —digo, con tono crispado, y aprieto el icono—. Si de todos modos ya te podíamos oír... —Me recuesto en el asiento con la mirada clavada en el Audi que se va alejando cada vez más, mientras la cabeza me va a mil.

—Localización —ladra James.

—North West Twelfth, en dirección al centro —contesta Furia, obediente, y se detiene ante un semáforo en rojo que el Audi acaba de dejar atrás.

Noto que Rose me pone la mano en la rodilla y siento sus ojos en mi cara, igual que los de Zinnea.

—Volved a la casa.

—Entendido —dice Furia, que mira los espejos y pone el intermitente.

Respiro hondo y exhalo con calma.

—¿Quién es, James?

—El director del banco donde tu madre tenía la caja de seguridad.

—¿Qué? —¿Y va a dejar que se escape por culpa de su necesidad inapropiada y retorcida de mantenerme alejada del peligro? No.

—Le encontraremos, Beau.

—Ya le he encontrado —digo, gruñendo. Me cuelgo el bolso del hombro y salgo corriendo a la calle, esquivando los coches, mientras me guardo la pistola en los pantalones.

—¡Beau! —grita Rose, angustiada, pero aun así yo me concentro en lo que tengo delante, con la atención dividida entre el Audi que está a punto de desaparecer y el taxi al otro lado de la calle. Suenan las bocinas y los gemelos gritan. Le cuelgo a James y me subo de un salto al taxi —. En marcha —le ordeno, mirando por la luna trasera. Furia corre con paso pesado y expresión furiosa por la calle, y los coches se detienen a su alrededor haciendo chirriar los neumáticos—. ¡En marcha! —grito.

El chófer arranca con expresión sobresaltada.

—Vale, señora.

—El Audi plateado que tienes delante. Síguelo. —Vuelvo a localizarlo, lo señalo y no aparto

la vista de él—. Mantente a dos coches de distancia.

—Hecho —canturrea él, ahora con tono emocionado—. ¿Policía?

—Sí —murmuro porque sí, acabando con la conversación y con cualquier pregunta posterior.

El hombre sigue mis instrucciones hasta que llegamos al centro y, cuando el Audi pone el intermitente para girar por una calle lateral, me mira en busca de indicaciones.

—Frena un poco —le ordeno, y me paso al lado izquierdo del vehículo para no perder de vista el Audi. Este se detiene y se queda junto a la acera hacia la mitad de una calle en calma.

—Creo que alguien quiere contactar con usted —dice el conductor mientras no deja de sonarme el móvil y el taxi acaba de detenerse.

—Creo que es probable que alguien esté sufriendo una hernia —murmuro, cogiendo la manija, y me bajo.

No quiero ni imaginarme el humor de James, pero tiene que aceptar el hecho de que nunca seré una novia de cristal a juego con todo lo demás que hay en su vida. Esto no tiene que ver solo con él, con su pasado, su dolor y su ansia de justicia. Yo lo necesito con la misma intensidad, pero ahora por muchos motivos nuevos, no solo por la justicia ni por mi paz, sino para poder pasar página con James.

—¿Me esperas? —pregunto.

—Claro.

—Gracias.

Avanzo hacia el Audi con seguridad y determinación, me llevo la mano a la parte de atrás de los vaqueros y saco la pistola que le he quitado a Ollie. Compruebo el cargador, lo introduzco de nuevo y le quito el seguro. El corazón me martillea en el pecho, tengo la adrenalina disparada. Con la pistola junto al muslo, paso poco a poco al lado del coche y miro en su interior, viendo que el hombre está absorto en el móvil. Rodeo el capó y me coloco delante del Audi. Él levanta la vista y parpadea, sorprendido.

Apunto.

Se echa hacia atrás contra el asiento, las manos arriba, y nos miramos. Sin duda, me ha reconocido de la tienda. Me pregunto qué coño voy a hacer ahora. El móvil no deja de sonar, mi corazón no deja de acelerarse. Ya no soy una policía encargada de mantener la paz en las calles de Miami, soy una mujer que está luchando por su vida, por una paz eterna, y me siento de fábula. No estoy rota, no estoy desesperada, ni soy un sujeto pasivo; estoy haciendo que pasen cosas.

Él se mueve y al hacerlo toma la decisión por mí. Disparo, destrozo el parabrisas, antes de rodear el coche, abrir la puerta del copiloto y subirme.

—No te muevas —le digo con calma, aunque sea lo último que siento.

—¿Quién demonios eres?

Guardo silencio y recojo su móvil, que había dejado caer sobre el regazo.

—Mi nombre no tiene importancia. Lo que puedas decirme, sí. —Le pego la pistola a la sien

—. Hablemos de la caja de seguridad que pertenecía a la agente Jaz Hayley.

—¡Oh, mierda!

—Sí, ¡oh, mierda!

Cierra los ojos con fuerza y pega la espalda al asiento.

—¿Quién eres?

—Diría que tu peor pesadilla, pero eso no sería cierto.

Sus ojos se vuelven hacia mí pero su cabeza permanece pegada al respaldo del asiento. Puedo ver en su mirada que le da miedo preguntar, así que ya le ayudo yo.

—El Enigma —susurro, casi de forma amenazadora—. Creo que él también quiere hacerte sangrar.

Su respiración es agitada.

—No. —Entonces se mueve veloz, alzando el brazo y apartándome de golpe antes de buscar debajo del asiento. Me abalanzo sobre él y le doy en el pómulo con la empuñadura de la pistola —. ¡Joder!

Le pongo la mano en la sien y le pego la cabeza a la ventanilla mientras vuelvo a apuntarle.

—Seamos sensatos.

—Vale, vale.

Le suelto, manteniendo la pistola firme, y busco debajo de su asiento, de donde saco un arma.

—¿Quién te pidió que le consiguieras la caja?

—No lo sé.

—¿Cómo te lo pidió?

—Por mensaje de texto.

—¿Con qué te amenazó?

—Con la vida de mi padre.

—¿Quién es tu padre?

—Frank Spittle.

Me quedo en silencio, ocultando el ceño fruncido. Ese nombre me resulta familiar. Vuelve a sonarme el móvil y bajo la vista para ver que el nombre de James ocupa la pantalla. Y entonces el chirrido de unos neumáticos llena la calle y el corazón me da un vuelco en el pecho. No sé quién debería tener más miedo, si él o yo.

—No te muevas —le digo, bajándome del coche. El Mercedes llega disparado como alma que lleva el diablo. Puedo notar la rabia que rezuma desde aquí. No me molesto en preguntarme cómo ha sabido dónde encontrarme—. Buena suerte —murmuro, para los dos, bajando la pistola, preparada para sufrir las consecuencias del malhumor de James.

El olor a goma quemada satura mi nariz y el Mercedes se detiene con un chirrido. James y Danny se bajan de un salto, los dos armados, los dos furiosos.

Absorbo las llamas de la mirada de furia de James, pero me mantengo firme, con los hombros hacia atrás y el mentón en alto. No le doy la oportunidad de que me diga que me suba al puto

coche, sino que ya me dirijo yo hacia él y me meto en el asiento de atrás, donde me acomodo y observo a Danny arrancar al tipo del asiento del conductor y estamparlo contra el lateral del Audi con una expresión letal, el labio torcido y la pistola pegada a su cuello.

James, en cambio, no deja de mirarme con furia. Rompo esa conexión y cojo el móvil cuando suena, aceptando la llamada de Rose, aunque solo sea para escapar a la ira silenciosa de James.

—Estoy viva —digo, y miro hacia atrás al oír que otro coche entra derrapando en la calle—. Ha llegado la caballería.

—Dios, Beau...

—El apellido Spittle, ¿significa algo para ti? —le pregunto.

—¿Spittle? Sí, es el tipo que dio a entender que Danny no estaba muerto. Exagente del FBI —dice, y yo asiento. Ya sabía que me sonaba ese nombre. El Departamento de Policía de Miami. El FBI. Es mi antigua vida—. Los vi metiendo a Spittle a rastras en la casa —prosigue Rose..., y yo me apuesto algo a que no volvió a salir. Respirando, al menos.

—El tipo al que hemos seguido es su hijo.

—Mierda. De verdad que ahora no me gustaría estar en tu pellejo.

Me río un poco.

—Nos vemos en la casa. —Miro a James, que está metiendo al hombre en el coche de Otto a la fuerza—. Si no estoy muerta.

Cuelgo y, mientras espero a que los hombres acaben con sus cosas, utilizo estos momentos de silencio para calmarme. James estaba dispuesto a dejar que una de sus presas se escapara por culpa de su inapropiada preocupación por mi bienestar. Con toda probabilidad sea infantil por mi parte, pero me cabrea. El hijo de Frank Spittle es un obstáculo en nuestro camino; yo he tenido la oportunidad de superar ese obstáculo, y la he aprovechado.

Me pongo el cinturón mientras James y Danny regresan con paso pesado al coche, abren las puertas, se suben y las cierran de golpe. Estoy segura de que me va a caer una señora bronca por ambos lados. Así que, ¿quién será el primero?

Danny se gira sobre el asiento y me clava en mi sitio con sus ojos gélidos y furiosos. Pero no dice nada, seguramente por respeto a James. Sin embargo, me apuesto algo a que tiene muchas cosas que decir, y ninguna agradable. Me aseguro de aguantarle la mirada —no me vendré abajo — así que él acaba por gruñir y ocuparse del volante. Enciende el motor pero, antes de que nos pongamos en marcha, James ocupa el espacio que Danny acaba de dejar libre. No me mira, pero comienza a palparme el cuerpo con brusquedad. Sé lo que busca, así que dejo que prosiga y lo encuentre. Me saca una pistola de entre los muslos; acto seguido se echa hacia delante para llegar a mi espalda y me arranca la otra con rudeza. Yo permanezco quieta, como si lo aceptara todo, aunque no es así. Sé elegir mis batallas y el humor en que se encuentra no le dejará razonar, así que voy a guardarme los agravios hasta que se calme de una puta vez. Los edificios que nos rodean están a un tris de sacudirse con el temblor de su rabia.

Después de encontrar lo que buscaba, vuelve a mirar al frente. Lo que no sabe es que se ha

dejado una, así que meto la mano en el bolso y saco la pistola que le quité al compañero de Ollie, la dejo colgando del dedo y la sostengo entre los dos asientos de delante.

Él la ve con el rabillo del ojo, la coge gruñendo y, acto seguido, Danny se incorpora a la calle haciendo rugir el Mercedes, expresando su rabia con él antes que conmigo. James no dispone de esa posibilidad, lo que significa que, al llegar a la casa, me espera un lío tremendo.

Capítulo 17

DANNY

He visto la rabia silenciosa de James. He visto sus ojos vidriosos, el temblor de su cuerpo, las sacudidas de su mandíbula. Pero todos esos momentos palidecen en comparación con este. Sé cómo me siento yo, furibundo, y ni siquiera es mi mujer. Beau está jugando a ser una puta kamikaze.

Al atravesar las puertas de la verja de entrada, le dirijo a James una mirada precavida. Da la sensación de que el coche pueda explotar bajo el peso de su rabia, y Beau se baja de él antes de que yo acabe de detenerlo. Ella cierra de un portazo y se dirige hacia la casa, ignorando la animosidad de Furia cuando lo deja atrás en la escalinata. James se queda en el asiento, a mi lado, y puedo oír su respiración. Bajo la ventanilla cuando Otto se acerca. Mira a James primero, y después me mira a mí.

—Llévalo al despacho —le digo, examinando la parte delantera de la mansión—. Daniel está aquí, así que entrad por detrás.

—Entendido.

Miro a James.

—¿Necesitas un minuto? —Si lo meto en el despacho, donde lo tendrá a su alcance, Kenny Spittle estará muerto antes de que se me ocurra lo que debo preguntarle.

—¿Para qué? —James se baja del coche y le sigo, suspirando.

—Para calmarte.

—Estoy calmado.

Me río por lo bajo aunque tengo que contenerme para no darle un puñetazo en la cara que le quite el mal humor.

—Tómate un minuto —le ordeno, sin darle opción a que me lo discuta—. O bébete algo. Nos vemos en el despacho. —Sigo mis pies por la casa al encuentro de Tanque en el vestíbulo—. ¿Dónde está?

—Se ha ido directa a su habitación —contesta, haciendo un gesto hacia la escalera—. El crío está en la cocina, con tu madre.

—¿Ella está bien?

El instinto me conduce hacia la escalera sin esperar a que Tanque me conteste. Entendería que Rose se hubiera escondido en la habitación en caso de que hubiera montado una escena como la de Beau, pero no ha sido así.

—Está muy callada —dice él, lo que me lleva a caminar más deprisa.

—¿Ha bajado cuando ha llegado el niño?

—No.

¿Por qué no ha ido directa a ver a Daniel?

—Diles a los hombres que vengo en un minuto.

Llego arriba y me encuentro a la tía de Beau llamando con suavidad a la puerta de la habitación de James y de su sobrina.

—Beau, cariño, ¿quieres hablar de lo que ha pasado? —Zinnea me oye llegar y me mira, encogiéndose de hombros con ansiedad—. ¿Qué ha sucedido?

—No preguntes —contesto, pasando a su lado, pero me detengo cuando tengo una idea y entonces me giro hacia ella—. ¿Cómo ha sido la salida a hacer compras?

Ella se echa hacia atrás, sorprendida.

—Bueno, llena de incidentes.

—Antes de la parte de los incidentes.

Zinnea inclina la cabeza.

—¿Hay algo en concreto que quieras preguntarme?

Sonrío.

—¿Tan transparente soy?

—Perdóname pero, por lo poco que te conozco, sé que eres un hombre directo que no se anda con rodeos. ¿Tengo razón?

—¿Tienes razón?

—Entonces, pregunta.

—Beau me ha llamado desde la tienda.

—Ha debido de ser cuando hemos perdido a Rose.

—¿Qué?

—Han sido solo unos minutos. Había olvidado algo y se le ha pasado por alto informarnos de que iba a volver a por ello.

¿Solo unos minutos? Unos minutos son todo lo que hace falta. Y Rose lo sabe.

—¿Qué se le ha olvidado?

—La crema de afeitar.

No puedo ocultar mi sorpresa. Mi esposa lleva tres años sin afeitarse; ella usa cera o nada.

—Ya —digo en voz baja y retrocedo en el momento en que Beau abre la puerta y pasea la mirada entre su tía y yo.

Sé de inmediato que ha escuchado nuestra conversación; ha oído a su tía contar algo que no debía. ¿Qué cojones está pasando y, más concretamente, por qué coño no estoy informado al respecto? Inclino la cabeza.

—Si Rose no habla, vendré a por ti —le advierto, consciente de que sabe lo que haya que saber.

Ella aprieta los labios e inspira, pero lo acepta asintiendo con la cabeza, y eso me pone más de los nervios. Porque es evidente que Beau cree que yo debería saberlo. ¿Qué coño ha pasado? No hemos discutido, así que ¿por qué me evita mi esposa? Además, Daniel está en la cocina con mi madre. ¿Por qué no ha ido corriendo a verle? ¿A mostrarle todo el material futbolístico que le acaba de comprar?

Me giro y avanzo con convicción, aunque se me haya revuelto el estómago. No soy una persona que se ponga nerviosa, nunca he sido así, aunque puedo confiar en mi esposa para que eso cambie. Entro en la habitación y la examino. No veo a Rose. La puerta del baño está cerrada. Me acerco y trato de escuchar al otro lado; nada. Abandonando la necesidad de cargar con el hombro contra ella y exigirle una respuesta, obligo a mi instinto a que busque un enfoque más pacífico. ¿Qué demonios se le ha pasado al médico por alto? ¿Qué tiene ella? ¿Se puede tratar? ¿Se curará?

—Hostia puta —susurro, y el caos se adueña de todo mi ser: mi cabeza, mi estómago y mi corazón. Llamo a la puerta con suavidad—. ¿Rose, nena? —llamo—. ¿Estás ahí? —¿Qué coño estoy haciendo? Este no soy yo. Pego la frente a la puerta—. ¿Puedo entrar?

—Sí —contesta con voz baja e insegura, lo que no hace más que agravar la ansiedad que se arremolina en mis entrañas.

Cojo la manija y abro la puerta, pero me quedo en el umbral, con todos los titubeos y nervios que pueda mostrar un hombre. Ella está sentada en el borde de la bañera, con las manos en el regazo, jugueteando con los dedos. Levanta la vista hacia mí, está llorando. Oh, mierda.

Mis miedos se multiplican, pero encuentro la fuerza para dejar de mirarme el ombligo, apartar mi propia incertidumbre y acercarme a ella. Mi guerrera feroz no llora; se enfada, se molesta, se frustra, pero casi nunca llora. Me pongo de rodillas y tomo sus muñecas, examinándole de manera automática los brazos en busca de heridas. Busco sangre en el suelo, pero nada, lo cual es un pequeño consuelo.

Ella viene a mi lado al suelo, se pone de rodillas como yo y me pasa los brazos alrededor del cuello para abrazar mi figura desorientada. Quiero preguntar, pero no quiero preguntar; lo que desconozco me está volviendo loco.

Este momento, esta escena en el suelo del baño, con ella llorando y yo consolándola, me trae un montón de recuerdos a los que de verdad no quiero enfrentarme. Si me cuenta algo como lo que me dijo aquel día, si un hombre la ha tocado, violado, ha asumido que era una presa fácil, voy a perder la puta cabeza. Esas ideas dan vueltas en mi mente, junto con todas las enfermedades serias que el médico puede haber pasado por alto, hasta que comienzo a temblar bajo su abrazo feroz.

—Rose, tienes que decirme algo antes de que me vuelva loco —le advierto, haciendo un esfuerzo por respirar, y no digamos ya por hablar. Noto que asiente con la cabeza, se aparta y gimotea. Le cojo el pelo y se lo paso por detrás de los hombros. Después le levanto la barbilla y dirijo su rostro hacia el mío. Por último, agarro su mano y la sujeto con fuerza—. ¿Qué pasa?

Ella niega con la cabeza.

—No sé cómo ha podido pasar.

—¿El qué? —Por el amor de Dios, ¿qué ha pasado?

Rose se seca la cara con fuerza y se pone en pie, y yo la miro inexpresivo, perdido y preocupado. Ella tira de mí para que me ponga en pie, me conduce hacia el lavamanos y lo señala.

Con un ceño fruncido del tamaño de Miami, miro... y doy un paso hacia atrás... alejándome de la prueba de embarazo. De la prueba de embarazo con dos líneas en la ventanita.

No soy ningún experto, pero algo me dice que esas dos líneas son significativas, porque ¿a cuento de qué me mostraría, si no, una prueba de embarazo?

—Rose, échame una mano —murmuro, confundido, sin apartar la mirada y cerrando la mano dentro de la suya.

Doy otro paso hacia atrás. Mi corazón empieza a latir sin descanso y mi respiración se ha acelerado tanto que no puede ser saludable. Aparto la vista y la miro. Mi hermosa esposa, mi guerrera feroz y leal. Entonces poso los ojos en su vientre.

—¿Estás...? —Lo señalo con un dedo flácido, dando otro paso hacia atrás. Las lágrimas parecen haber desaparecido y, en su lugar, hay diversión en sus ojos. Esto le parece gracioso. Yo le parezco gracioso—. Habla, por favor. —Tiene que confirmar lo que estoy viendo, porque creo que estoy perdiendo la cabeza. Rose no puede estar embarazada.

—Estoy embarazada —dice con un susurro apenas.

Se me hace un nudo en la garganta. Trago saliva y parpadeo para aclarar la vista, ahora borrosa. El alivio que siento es inconmensurable. No está enferma, nadie la ha tocado, pero...

—¿Cómo? —murmuro como un idiota.

—Bueno, verás, tu polla...

—Pero tú no podías..., era..., pensé... —Ni siquiera puedo armar una frase completa—. Pero ¿qué cojones...? —murmuro, camino del lavamanos, donde cojo la prueba y me quedo mirando las líneas.

—¿Danny?

—Solo necesito... —Resoplo—. Aire, necesito aire.

Salgo del baño. Mis piernas, que están muy lejos de la estabilidad, me conducen a la terraza, donde me dejo caer en una de las tumbonas y enciendo un cigarrillo. Le doy una calada urgente y exhalo, golpeando el suelo con el pie, mientras la rodilla salta veloz con los ojos aún clavados en las dos líneas. Ni en un millón de años me había planteado... esto. ¿Por qué debería haberlo hecho? Ella no podía quedarse embarazada. Ser padre nunca había formado parte de mis planes antes de conocer a Rose, y no es algo que cambiase después. Cuando me contó todos los detalles de su pasado miserable, cómo perdió a Daniel, cómo la trataron, la rabia y el ansia de venganza me consumieron de tal manera que jamás consideré la posibilidad de que estuviera equivocada y pudiera quedarse embarazada de nuevo. Acepté su palabra, le puse cierre —después de matar al

cabronazo que había sido el origen del dolor de Rose— y dediqué mi vida a amarla. Solos los dos, nosotros y Daniel. Tras tres años follando como conejos, sin protección, la idea desapareció por completo de mi mente.

Y ahora... ¿Ahora me enfrento a la paternidad?

Calada a calada, me acabo el cigarrillo, saboreando cada golpe de nicotina mientras me esfuerzo por desenmarañar mi mente y encontrar cierta claridad o algunas ideas precisas, pero solo se me ocurre una.

Esto lo cambia todo.

También hace que la ame más, que la admire y la necesite más. Estoy aquí sentado, solo, conmocionado. ¿Cómo se siente ella?

Me pongo en pie de golpe y me doy la vuelta. Ella está parada en el umbral, los brazos cruzados, el hombro apoyado en el marco, observándome. Una pequeña sonrisa divertida le adorna la cara y, de repente, mi mente se desenmaraña. Mis ideas se aclaran y lo único que veo es su sonrisa, su felicidad y una segunda oportunidad que nunca soñé poder ofrecerle. Un embarazo sin miedo. Un parto sin temor. Una vida sin recelos.

Un bebé que nadie pueda arrebatarle.

—Hostia puta —susurro, abrumado por todas las emociones imaginables. Y la mayor, la más prolífica de todas ellas..., la determinación.

Solo yo puedo asegurar su estabilidad y su calma..., y eso haré.

Voy hacia ella, me guardo el palito en el bolsillo trasero y tomo su cara entre las manos. Admiro cada centímetro de su ser, su pelo, sus ojos, su inmaculada piel y el brillo de esta. La beso diciéndole más de lo que hubiera podido poner en palabras jamás.

—Acaba con esto, Danny —dice ella, en torno a mi boca, cogiéndome las muñecas y apretándolas con fuerza e interrumpiendo el beso. La resolución en su mirada concuerda con la intensidad de mis sentimientos—. No voy a criar a nuestro bebé en Miami.

Asiento con la cabeza. Recibo el mensaje alto y claro. Será lo que ella diga y quiera.

Mierda, ¿qué coño está pasando? Superado, me dejo caer, me arrodillo ante ella, la adoro como la diosa que es, abrazándole el vientre, sintiendo cómo sus manos me acarician el pelo y me masajean suavemente el cuero cabelludo. Me quedo allí mucho, mucho rato, con la cara pegada a su barriga y un nuevo propósito.

Cuando acabo por ponerme en pie me abro camino a besos hasta su cara.

—Tengo que irme.

Ella asiente con la cabeza, resigue con el dedo mi cicatriz.

—Lo sé —susurra—. Aquí estaremos esperándote.

Estaremos.

Sonrío y la cubro a besos, haciendo que se ría y se retuerza entre mis manos.

—Vete —me ordena, obligando a que me aparte, ansiosa porque vaya a ocuparme de mis asuntos y vuelva con ellos—. Tengo que lavarme la cara antes de poder bajar y enfrentarme a

todo el mundo.

Asiento con la cabeza y me dirijo hacia la puerta.

—¿Danny?

Vuelvo la vista. Tiene el dedo índice pegado a los labios como pidiendo silencio y que no lo cuente. La imito y salgo, cerrando la puerta con cuidado. Me quedo ahí parado, perplejo de nuevo por un instante y preocupado de repente. Saco el móvil, llamando al médico mientras echo a caminar.

Él contesta con rapidez y yo veo a mi alrededor: veo a Tanque en el vestíbulo, a Furia en lo alto de la escalera, a la tía de Beau saliendo de la habitación de esta. Hay demasiada gente en esta casa, joder.

—Le llamo luego —digo en voz baja y cuelgo justo cuando aparece Beau, que lleva el pelo mojado y el conjunto de vaqueros rotos y camisa holgada que son marca de la casa.

Al verme, vacila y se recoge el cabello en una cola de caballo con expresión incierta. Sería muy poco apropiado, dado lo que ha tenido que pasar, mostrar un ápice de felicidad. Además, sigo cabreadísimo con ella.

—No vuelvas a montar otro numerito como ese.

Ella pone los ojos en blanco. Es condescendiente, grosero... y jodidamente valiente.

—No empieces, Danny. Ya tengo que lidiar con mi propio asesino a sangre fría, gracias. —Inclina la cabeza y esboza poco a poco una sonrisa—. Lo está, ¿verdad?

—No sé a qué te refieres. —Me doy la vuelta y sigo mi camino, dejando que mi sonrisa aflore tan solo cuando ya no puede verme la cara.

—Es una gran noticia —dice ella con dulzura.

Me detengo y se me cae el alma a los pies: se alegra por nosotros. Lo ha dicho en voz baja, pero con una sinceridad indudable. Dios. Vuelvo hacia Beau y ella, alarmada, retrocede con lentitud. No sé qué mosca me ha picado, pero necesito hacerlo. La atraigo hacia mí y la estrecho contra mi pecho. La pobre no tiene ni idea de lo que debe hacer conmigo y deja los brazos colgando a los lados.

—Lo siento —digo, cerrando los ojos.

—Esto no tiene que ver conmigo —susurra ella—, sino con vosotros dos. Y es algo feliz.

—Tienes que ir a arreglar las cosas con James.

—No me dirige la palabra.

—¿Y te sorprende? —Me aparto, sujetándola con fuerza por los antebrazos—. Si Rose me hubiera montado una así, la habría...

—¿Qué? —me pregunta, la cabeza inclinada—. ¿Qué habrías hecho?

Buena pregunta, joder.

—La habría metido en una jaula. —Es lo primero que se me ocurre y Beau se ríe, encogiéndose de hombros para librarse de mis manos.

—Vale —dice, sacudiendo la cabeza—. Ve a ocuparte de tus asuntos, Danny. Yo tengo que ir

a ver cómo está mi amiga. —Retrocede y levanta las cejas—. Mi amiga embarazada.

Hostia, suena bien.

—Hazlo. —Yo tengo que llamar al médico de nuevo, así que me pongo en marcha, aunque entonces se me ocurre algo—. Beau, espera —la llamo—. ¿No has hablado con James para nada?

—No, necesito tranquilizarme.

Me río por lo bajo. ¿Ella necesita tranquilizarse? James parecía estar a medio chispazo de estallar hecho pedazos. ¿Entonces no la ha interrogado? ¿No ha obtenido los detalles?

—¿Qué hacía Kenny Spittle en el Walmart?

—Estaba en el quiosco de la cerrajería Minute Key.

Asiento con la cabeza, pensativo.

—Y, cuando le has apuntado con la pistola, ¿qué le has preguntado y qué te ha respondido?

—Ha dicho que le habían chantajeado con la vida de su padre. Que o conseguía la caja o lo mataban.

Bueno, menuda cagada.

—Entonces consiguió la caja para...

—Alguien.

—¿Cómo le contactaron?

—Por mensaje de texto.

—¿Y eso es todo?

—Sí, eso es todo. Han interrumpido mi interrogatorio. —Sonríe con dulzura mientras entra en la habitación que comparto con Rose y yo me río por lo bajo.

Al llegar a lo alto de la escalera, hago un gesto para que Furia y Tanque ocupen sus posiciones y estos no tardan en responder. Furia parece sencillamente aterrorizado y tiene motivos; no puedo prometerle que James no vaya a pegarle un tiro por haber perdido a Beau.

—Es la hostia de rápida, Danny —dice, exhalando, como si hubiera estado conteniendo el aliento desde que Beau se le escapó.

—Intentaré calmarlo —le digo al pasar junto a ellos, y Tanque me dirige una mirada llena de curiosidad. Tengo que esforzarme al máximo para mantener una expresión seria, pero pronto tendrá que saber que mi preciosa esposa se acaba de volver aún más preciosa. Llamo al médico, bajando las escaleras poco a poco—. Está embarazada —digo en voz baja al llegar al último escalón.

—Bueno, felicidades, señor Black. Lo sospechaba, pero Rose ha insistido en que no era posible.

—Por eso le llamo. —Miro a derecha e izquierda, vigilante—. Con Daniel tuvo un parto duro de verdad. Sufrió una hemorragia, necesitó transfusiones y le dijeron que no podría quedarse embarazada de nuevo.

—Lo inteligente sería hacerle un examen. Quizás una ecografía, para ver el útero. Un útero

saludable, rollizo, jugoso, es un buen útero.

¿Jugoso? Hago una mueca.

—¿Y si no lo es?

—Todo a su debido tiempo. No hay que preocuparse por algo que quizás no requiera de ninguna preocupación en absoluto. Bueno, voy a necesitar un ecógrafo.

—Dígame cuánto. —Cuelgo y me paro para sentarme, de golpe, al notar que se me va la cabeza—. Hostia puta —susurro, frotándome la frente. Superado; estoy superado.

—¿Danny?

Levanto la vista y me encuentro con mamá, que tiene cara de preocupación.

—Estoy bien. —Me cojo de la barandilla y lo intento de nuevo, respirando con lentitud de manera discreta—. ¿Dónde está Daniel?

—Aquí —dice él, saliendo de la habitación de la tele con la cara metida en el móvil.

—¿Todo bien? —le pregunto.

—Sí, bien.

Dejo caer los hombros y me acerco a él para quitarle el móvil de las manos.

—Mírame cuando te hable.

Él se encoge de hombros.

—Lo siento, señor.

Le miro entornando los ojos.

—¿Esther te ha enseñado tu habitación?

—Sí. ¿Cuánto tiempo voy a quedarme?

Me muerdo el labio.

—¿Cuánto tiempo quieres quedarte? —le pregunto, tanteando el terreno. Toda esta situación será dura de cojones si Daniel protesta por tener que estar aquí.

Se encoge de hombros otra vez.

—No me importa. Mamá y papá han dicho que depende de mí.

¿Eso han dicho? Parece que Derek ha tenido que escupir algunas confesiones.

—Entonces ya iremos viendo. —Le alboroto el pelo, le devuelvo el móvil y me dirijo al despacho—. ¿Quieres que salgamos al mar pronto?

De repente lo tengo pisándome los talones y se ha olvidado del teléfono.

—Claro que sí. ¿Cuándo?

—Quizás después del fin de semana.

—¿Mamá vendrá?

Me detengo y me quedo pensativo.

—Sí, pero no se meterá en el agua.

—¿Por qué?

Porque lleva algo muy valioso en su interior.

—Está harta de que le ganemos. —Le guiño el ojo y me pongo en marcha, dirigiéndome al

despacho con Daniel aún a mi lado. Así que, por supuesto, le miro antes de entrar y le digo—: Largo.

—¿Qué hay ahí dentro? —pregunta, dejándose llevar por la curiosidad.

—Negocios.

—¿Motos de agua?

—Los documentos que se requieren para llevar un negocio de motos de agua, sí.

—Vaya.

—Venga, Daniel —le llama Esther desde el otro extremo del pasillo, salvándome—. Aún tienes que deshacer la bolsa y tu madre tiene una sorpresa para ti.

Él se aleja con paso perezoso y yo entro en el despacho, preparándome para lo que pueda encontrar. Para mi sorpresa, no hay sangre. Lo que no me sorprende es la cara de culo de James. Cierro la puerta con cuidado y me siento a su lado, al borde del escritorio, mientras llevo la vista por la sala. Kenny Spittle suda en silencio sentado en una silla ante nosotros, Otto está aporreando las teclas del portátil y Ringo y Goldie guardan un silencio reflexivo al lado del mueble bar. Todo el mundo está mudo.

Cruzo los brazos contra el pecho, aprieto los labios y me pregunto si alguien piensa hablar pronto porque tengo prisa por estar en otra parte.

Dos minutos después sigue sin haber novedades y me aburro de esperar.

—¿Por qué aún no está muerto? —pregunto, sin apartar la mirada de Kenny Spittle.

—Estoy intentando decidir cómo lo mato —contesta James en voz baja, y sin mirar busca el abrecartas a su espalda, lo coge y lo inspecciona con detenimiento.

—¿Te importa si le hago unas preguntas antes?

—Todo tuyo. —James se incorpora y comienza a dar vueltas por la habitación, seguido por la mirada recelosa de Kenny Spittle.

—Te chantajearon para que consiguieras una caja de seguridad o matarían a tu padre... —digo, y noto que James me mira. Sí, intenta hablar con tu novia, puto cabezota. Kenny Spittle asiente de manera frenética—. ¿Dónde la entregaste?

—En la playa —murmura, y frunzo el ceño—. Me pidieron que la metiera dentro de una bolsa de deporte, que la dejara al lado de una toalla y me fuera.

—Hay miles de toallas en cualquier playa de Miami. ¿Cómo supiste de cuál se trataba?

—Por una bandera.

—¿Qué bandera?

Él traga saliva.

—Estaba decorada con un oso.

No soy capaz de contener mi asombro, al igual que James.

—¿Qué tipo de oso?

—El tipo que te destroza si te pone las zarpas encima.

Me río un poco y me dirijo al mueble bar para servirme un trago, y no porque lo necesite, sino

porque estoy de celebración. Sonrío mirando el líquido ambarino y lo engullo de golpe.

—¿Y qué hacías en el Walmart?

—Estaba comprando.

—¿Qué? —Estampo el vaso contra el escritorio y le miro con las cejas en alto a la expectativa. Sus titubeos dan fe de que no sabe si debe mentir. Puedo contestar a eso por él. Miro a James, quien de inmediato se sitúa detrás de nuestro prisionero, le pasa la mano por debajo de la barbilla y le tira la cabeza hacia atrás para dejarle el cuello expuesto—. ¿Qué has comprado? —repito, con calma y serenidad.

—Llaves —susurra él.

Otra mirada a James y sé que está pensando lo mismo que yo: ¿por qué habría de necesitar el director de una cámara acorazada llena de cajas de seguridad unas llaves?

—Dime, Kenny... ¿Le echaste un vistazo al contenido de la caja antes de dejarla en la playa?

—¡Pues claro que no!

Miro a James, que se apresura a ponerle la hoja contra el cuello.

—¿Estás seguro?

—¡No lo hice, lo juro! No guardo las llaves de las cajas.

Tensa el cuerpo entero, apoyando los brazos por completo a los lados y pegando la espalda al respaldo.

—Te creo. —Por eso está haciendo las llaves ahora. Ocupo mi lugar en el escritorio—. Y, después de que les suministraras tan amablemente la caja de seguridad, ¿te pidieron algo más? —Veo que, al tragar saliva, la hoja se le clava en la nuez.

—Sí.

—Déjame que lo adivine: las llaves son de depósito, ¿verdad?

Asiente con la cabeza.

—Has decidido que no quieres estar a merced de lo desconocido, así que has cambiado en secreto la política de la compañía para guardar dos llaves de cada caja. Una para el cliente y una para ti. Ya sabes, como cobertura de daños. Una política de copias de seguridad por si necesitas una salida. Pero, por supuesto —prosigo, poniéndome en pie y paseándome por la habitación con las manos en los bolsillos—, te pagan bien, ¿verdad, Kenny? Cuesta decir que no. —No es más que otro cabronazo codicioso e inmoral. La ciudad está llena de gente así—. Mucho dinero por poco trabajo. —Aprieto los labios—. No me digas que en el quiosco de Minute Key hacen las llaves que necesitas —digo, observándole con detenimiento.

—Conozco al tipo que lo regenta —contesta con un suspiro—. Se las lleva al taller para duplicarlas.

—Entonces, háblame del acuerdo que tienes con esos criminales.

—Me quedo trabajando hasta tarde y apago las cámaras de seguridad. Ellos entran y salen. Eso es todo, no sé nada más.

Asiento con la cabeza. Creo que acabamos de descubrir dónde almacenan las drogas y las

armas. James frunce el ceño; es evidente que ha llegado a la misma conclusión que yo, como el resto de los presentes. Hablando de lo cual...

—Por cierto, ¿cómo está tu padre?

—Se ha ido de la ciudad. Yo..., es...

—¿Demasiado? —le pregunto—. ¿Una jungla? ¿Un mundo para hombres? —Me agacho y pongo las manos en sus rodillas; estoy tan cerca de él que intenta alejarse todo lo posible pese a tener la cabeza sujeta—. Estás jugando en la liga de los mayores, Kenny, y voy a ser yo el que te diga cuáles son las reglas. —Le doy un apretón en las rodillas—. Escucha con atención. —Me impulso hacia atrás y me siento en el escritorio—. Tu padre está muerto.

—¿Qué? —espeta, horrorizado—. ¿Cómo lo sabes?

—Porque lo maté yo.

Se sacude, boquiabierto.

—No.

—Me temo que sí. Lo siento. Sé que tenía... —agito una mano indiferente en el aire— el plan de salir del Florida y pasar la jubilación gracias al porrón de dinero manchado de sangre, sin el menor remordimiento por haber traicionado a un montón de gente.

—¿Por qué le mataste? —susurra.

—Tu padre era un mal hombre, Kenny. Me traicionó y, como resultado, está muerto. —Me pongo en cuclillas—. Cometió el error de pensar que el lecho de otro criminal era más cómodo que el mío. Más seguro que el mío. —Inclino la cabeza—. ¿De tal palo, tal astilla?

—No —susurra, sacudiendo la cabeza—. No me parezco en nada a mi padre.

Eso es discutible de cojones, pero no digo nada por el bien de nuestro objetivo...

—Me alegra mucho oír eso —digo, sirviéndome otro whisky de celebración. Cojo la foto de la familia Spittle y la agito frente a la nariz de Kenny—. Tu madre y tu esposa siguen vivas. Entiendo que querrás que siga siendo así.

Asiente otra vez.

—¿Qué tal tu nueva cama, Kenny?

—De lo más cómoda.

Sonrío.

Estoy en los escalones de acceso a la casa con James, observando a Ringo y Otto meter a Kenny Spittle en la parte de atrás de uno de los Mercedes. El cielo está oscuro, cubierto de nubes, y el aire es pesado; típico de Miami.

—¿Crees que le habrá quedado claro? —pregunta James en voz baja, con el abrecartas aún en la mano. Es probable que el puto bárbaro siga abrazando la esperanza de que cambie de idea sobre lo de dejar a Kenny con vida.

—Muy claro.

Gracias al hijo de Spittle, que es tan codicioso como su padre, hemos descubierto algunas cosas. La primera, que el Oso solo pudo averiguar que la madre de Beau tenía una caja de seguridad en el Mid Bank gracias a su tío policía, corrupto y ya fallecido. Segundo, que el Oso cuenta con un almacén sin igual para lo que introduce en el país. Tercero, que ya no le quedan peones que pueda utilizar contra Kenny Spittle, ya que su padre está muerto y hemos mandado a su esposa y a su madre de vacaciones con todos los gastos pagados. Cuarto, que el final está cerca.

—Tengo que comentarte algo —le digo a James, encarándole.

Él se echa hacia atrás, receloso.

—¿Qué pasa?

Joder, es más difícil de lo que debería ser. Pero Beau lo sabe y, en cuanto vuelvan a dirigirse la palabra, cosa que supongo que pasará después de que él la empotre y ruja su nombre, ella se encargará de que James lo sepa también. Tiene que estar preparado.

Dirijo una mirada rápida a mi alrededor para asegurarme de que estemos solos.

—Rose está embarazada.

Silencio. Un silencio incómodo.

Su rostro es inexpresivo, y es algo a lo que no estoy acostumbrado. Al final se aclara la garganta, parpadea y aparta la mirada. Sé lo que está pensando, y me apresuro a acabar con su sufrimiento.

—Beau ya lo sabe.

Me dirige una mirada de sorpresa y levanto las cejas.

—Las mujeres hablan, colega —bromeo, y él se ríe por lo bajo—. Yo solo... —Joder, ¿cómo digo esto?—. Beau está bien. Bueno, me ha parecido que lo estaba. —¿Yo qué coño sé? Que uno parezca estar bien y que lo esté son dos cosas completamente diferentes—. Sé que no es el mejor momento, con todo...

—Me alegro por vosotros —dice, poniéndome la mano en el hombro y apretándomelo—. Pero también estoy la hostia de confundido. ¿No se suponía que lo de tener un niño era imposible?

Exhalo con fuerza y me paso la mano por el pelo.

—Eso creía yo. Tengo al médico avisado para que le haga un examen. Ha dicho no sé qué sobre un útero jugoso. —Frunzo el ceño para mí mismo y James suelta una carcajada que me sobresalta. Debería reírse más a menudo, haría que me sintiese más a salvo en su compañía—. Ya lo sé. —Me estremezco. —En fin, tengo que ir a un sitio. —Bajo la escalinata en dirección al coche.

—¿Solo? —pregunta, y la sospecha en su tono es palpable.

—Sí, solo. —Necesito hablar, y aquí no hay nadie que pueda comprenderme—. No le digas a nadie lo de Rose.

No sé cuándo será el momento de dar la noticia, pero sí sé que será motivo de gran

preocupación, porque todos los que me conocen saben de la ferocidad con la que protegeré a mi esposa. Ahora que está embarazada... tengo una misión como nunca antes he tenido.

Mientras me pongo en marcha, el cielo se abre y una ráfaga de gotas gruesas e implacables comienza a azotar el parabrisas. La autopista está vacía, lo que probablemente me vaya bien, porque tengo la cabeza en otro sitio. Es uno de esos trayectos en los que, al llegar a tu destino, te paras un momento e intentas recordar alguna parte del viaje que te ha llevado hasta allí... y no lo consigues.

Veo a través del techo corredizo que el cielo se arremolina y se mueve con rapidez, llevándose los restos de las nubes de color gris. La lluvia se detiene de golpe.

Me bajo del coche y me quito la americana, la cuelgo del asiento del conductor antes de adentrarme con paso lento en el cementerio. Su tumba se ha asentado, la hierba cubre ahora el montículo de tierra de hace tres años. Unos narcisos se esparcen por ella. La lápida reza con sencillez: «Señor». Fue una decisión sensata. Me hubiera gustado grabar muchas cosas pero, consciente del mundo en el que vivo, sabía que en cuanto descubrieran que el infame Carlo Black, mi padre, estaba enterrado aquí lo desenterrarían y destrozarían su tumba. Quise asegurarme de que descansara en paz de verdad durante la eternidad.

—Bueno, menuda sorpresa, ¿eh, Señor? —digo, acomodándome sobre la hierba y encendiendo un cigarrillo.

Él siempre quiso un chaval, no una mujer, así que me adoptó. ¿Qué pensaría si me viera aquí, deseando tener tanto un chaval como una mujer? Me diría que soy un idiota y tendría razón, pero me siento bien siendo un estúpido, y lo que voy a hacer por esta mujer es sin duda una estupidez. Lisa y llanamente; una estupidez mayor que la de fingir mi propia muerte.

Me suena el móvil. Es Brad.

—¿Te tengo preocupado? —le pregunto al contestar, pensando que con toda seguridad se habrá presentado en casa para descubrir que yo no estaba y que nadie podía indicarle mi paradero. Estoy solo.

—¿Cuántas veces tengo que recordártelo? Nunca, jamás de los jamases, debes largarte por tu cuenta, Danny.

—Eso es un sí, pues —digo, sonriendo mientras doy otra calada—. Estoy bien. Solo he venido a visitar a papá. Tengo un montón de cosas que contarte.

—Ya me ha puesto al día James.

Perfecto, me ahorra el trabajo. Pero...

—¿Qué te ha dicho exactamente?

—Lo de nuestro nuevo amigo, Spittle Junior —contesta, y yo exhalo. Brad se va a quedar con el culo tieso cuando se entere de lo de Rose—. Aunque no me ha dicho nada de tu plan porque ese pequeño detalle te lo has callado.

—¿Confías en mí?

—No.

Sonrío.

—Te veo luego en el club. —Cuelgo antes de que pueda insistirme hasta que suelte prenda. Este no es el momento.

¿Qué coño es eso que acabo de ver sobre la lápida de papá?

Me meto el cigarrillo entre los labios y me pongo en pie, noto un peso en la frente al acercarme. Hay un papel doblado sobre la piedra, sujeto por un pisapapeles metálico... con el grabado de un oso.

—Pero ¿qué coño? —susurro, girando sobre mí mismo, inspeccionando cada rincón de la tumba.

De repente el silencio se ha vuelto inquietante; me llevo la mano a la espalda y saco la pistola mientras me deshago del cigarrillo y lo lanzo por los aires. Me guardo el pisapapeles y cojo la nota. Solo está mojada en su parte inferior, la superior está seca.

Divido mi atención entre el proceso de desdoblarla y la vigilancia de cuanto me rodea. La abro y me encuentro con un número de teléfono. Nada más, solo el número. El problema no es solo de dónde han salido la nota y el pisapapeles, sino cómo coño han sabido dónde dejarlos. No hace falta que me pregunte cuándo. Vuelvo a mirar a mi alrededor, calmando la respiración hasta un extremo tal que parece que esté aguantando el aliento y, con los dientes apretados, regreso al coche. Saco la americana y la tiro sobre el asiento de atrás antes de ponerme al volante. Me quedo ahí sentado, mirando la tumba, que ahora disfruta de la luz del sol porque ya no llueve. Enciendo el motor, me pongo en marcha y mantengo la vista puesta en el carril frente a mí. Giro a la izquierda en el cruce y me dirijo de vuelta a la ciudad. Acto seguido giro a la derecha y realizo una maniobra de cambio de sentido. Aparco, aunque dejo el motor en marcha, y espero, hundido en el asiento, con los ojos bien abiertos y una mueca de desdén constante en los labios.

Pasan cinco minutos.

Diez.

Veinte.

Paciencia.

A la media hora aparece un Lexus en el carril que conduce al camposanto e inspiro con calma, removiéndome en el asiento. Trato de entornar los ojos para ver mejor, pero me estorba el reflejo del sol en el parabrisas. El coche da la vuelta hacia la ciudad y yo me pongo en marcha con lentitud, girando a la derecha en el cruce también. Mantengo la distancia y llamo a Otto.

—Te voy a dar una matrícula, a ver qué encuentras.

—Entendido.

Le recito los números.

—Es un Lexus gris —añado antes de colgar y marcar el número que han dejado sobre la tumba de mi padre. Él me contesta con silencio y yo me relajo sobre el asiento, con la vista clavada en el coche que tengo al frente y que conduce... ¿quién?—. ¿Qué puedo hacer por ti? —le pregunto con calma.

—Tengo una proposición.

Un distorsionador de voz. Puto cobarde.

—¿Y de qué podría tratarse? —¿Una oferta para que entre a rastras en su red de corrupción? ¿Una petición de clemencia?

El silencio se prolonga de nuevo y la tensión va en aumento dentro del coche. El sonido de sus inhalaciones crepita al otro lado de la línea.

—Te ofrezco la paz en mi ciudad —dice con calma. Pone un cierto énfasis en el posesivo que decido ignorar, puto iluso, y espero con paciencia porque sé que la cosa tiene truco—. Si me entregas al Enigma.

Mi sorpresa es muy real, pero aun así sonrío. Ese movimiento es del todo revelador ya que es un indicador de su estado mental. Está perdiendo, y lo sabe. Los hombres como él no te ofrecen la paz.

—Es mi ciudad. Así que la respuesta es un no.

—¿Qué pasa, Black? ¿No haces tratos con el diablo?

Sonrío, mirando la carretera al frente, con un cosquilleo de irritación en la piel.

—Yo soy el diablo —digo en voz baja—, y estoy a punto de trasladarte al nivel más bajo del infierno. —Cuelgo y vuelvo a centrarme en el Lexus, siguiéndolo de vuelta a la ciudad.

Aparca en un garaje subterráneo privado y yo maldigo por lo bajo al verme obligado a hacerlo en la calle. Levanto la vista hacia el bloque de apartamentos. Tiene diez pisos de altura y, al menos, diez apartamentos de ancho.

—Joder —maldigo.

Me bajo y me paseo junto al telefonillo de la entrada principal. Ocho botones en horizontal, diez en vertical y solo números; no hay nombres.

Llamo a Brad y vuelvo al coche.

—Me ha dejado una nota en la tumba de mi padre —le digo cuando atiende—. Un número de teléfono.

—¿Has llamado?

—Sí. Me ha ofrecido un trato.

—Entonces acéptalo y volvamos a lo nuestro y a nuestros negocios. ¿Qué quiere?

—A James. —Me subo al coche, nada sorprendido ante lo que tarda Brad en decir algo.

—Mierda.

En efecto.

—La nota estaba mojada, pero solo en la parte inferior, que descansaba sobre la lápida. La parte superior estaba seca.

—¿Qué quiere decir eso?

—Ha dejado de llover cuando aparcaba.

Un breve silencio mientras observo la entrada del aparcamiento.

—¿Dónde estás, Danny?

—He seguido al Lexus hasta un bloque de apartamentos en la ciudad.

—Por el amor de Dios. ¿Dónde? Ya voy.

Oigo una colección de ruidos de fondo y lo único que puedo pensar en este momento es... ¿qué pensaría James si las cosas fueran al revés? Podría entregar al Enigma en bandeja de plata y largarme. Regresar a Santa Lucía, darle a Rose lo que desea y criar a nuestro hijo en paz, seguros. Estresado, me paso la mano por el pelo. Mi mente es un caos.

—¡Danny!

Me sobresalto y miro el salpicadero; me había olvidado de Brad. Devuelvo la vista a la entrada del garaje.

—Estoy en...

Las puertas del garaje se mueven y me siento recto. Aparece el Lexus aunque la sombra que crea el bajo techo del garaje me oculta la identidad del conductor. Me apresuro a poner el coche en marcha.

—¿Piensas hablar, joder? —ladra Brad.

Cuelgo, escapando a la inevitable tormenta de mierda que estoy a punto de provocar, y comienzo a seguir al coche mientras el móvil no deja de sonar; es Brad, que no para de llamar... hasta que es el nombre de Rose el que centellea en la pantalla y mando al infierno una y otra vez al traidor de mi primo, sin saber si debo contestar o no. De algún modo, mi lado sensato se las arregla para dominar al lado temerario por el que me rijo mientras serpenteo entre el tráfico, esforzándome por mantener el Lexus a la vista. Contesto.

—Hola, ne...

—Mueve el puto culo y vuelve a casa ya mismo.

Exhalo, exasperado. Si Brad no estuviera tan seguro de que nunca voy a matarle, esto no estaría pasando.

—No puedo hacer eso —contesto con calma, esperando que parte de esa tranquilidad se filtre en la llamada y apacigüe a mi esposa.

—¡Sí que puedes! —grita ella—. Nos casamos el fin de semana que viene y te juro que si te mueres antes, Black, te mato.

Me río y es lo peor que podía hacer.

—Ahora parecerá un poco una boda de penalti, nena.

—¡Danny!

—Escúchame, Ro...

—No, escúchame tú a mí. Quiero ver tu culo asesino en casa o me largo y me llevo al bebé conmigo.

Mis mejillas se encienden y mi pulso comienza a retumbar de manera peligrosa. La verdad es que mi esposa sí que sabe alterarme.

—No me amen... —La línea se queda muerta y yo miro la calle con incredulidad—. ¿Me ha colgado? —Furioso, aprieto el acelerador a fondo mientras le doy al botón de marcar en el

volante. La única manera en que debería llevar esto a cabo es con la cabeza clara—. Puta mujer —murmuro cuando salta el buzón de voz. Le dejo un mensaje cariñoso—: Nunca nunca nunca vuelvas a amenazarme con irte o acabaré matándote yo a ti. Hablaremos de esto cuando llegue a casa. Comienza a calentar esas manos, nena, porque las mías están preparadas. —Cuelgo—. Joder. —Golpeo el volante y bajo la ventanilla, agradeciendo la brisa fresca que se cuela en el coche.

Relájate, Black.

El motor ruge en protesta. Me estoy acercando demasiado al Lexus, así que suelto el acelerador y relajo los dedos en tensión sobre el volante. Mi presa gira a la izquierda para meterse en el garaje de un edificio abandonado y me veo obligado a tomar una decisión con rapidez. Aparco al otro lado de la calle, me bajo, pongo el móvil en silencio y me dirijo al maletero. Hurgo en su interior en busca de algo que pueda utilizar. Lo mejor que encuentro es una gorra de béisbol así que me la pongo, compruebo el cargador de la pistola y atravieso la calle a la carrera. Al llegar al otro lado me mantengo cerca de la fachada del edificio. Inspiro y asomo la cabeza poco a poco. El coche está detenido, y la puerta del conductor, abierta.

Lo que veo a continuación me deja perplejo.

Pero ¿qué coño está pasando?

Unas piernas largas, esbeltas y desnudas aparecen, sus pies calzados en unos zapatos de tacón alto, y la mujer se baja del coche y se pasa el pelo por encima del hombro. Hostia puta, ¿es que ha registrado la ciudad en busca de todas y cada una de las personas que tienen algún motivo para guardarme rencor?

La amante de mi fallecido padre aparece tan engreída como siempre. Debería haber sabido que Shannon encontraría a alguien retorcido que la protegiera cuando la eché de casa el día que murió papá, el día que confesó lo que todos sabíamos en un intento por conservar su lugar en nuestro mundo: «Tienes que saber que el que me gustó siempre fuiste tú, Danny».

Pero ¿con quién se va a reunir?

Atraviesa el aparcamiento con aire arrogante y, antes de entrar por una puerta metálica, mira a su alrededor. En cuanto la puerta se cierra, rodeo la esquina y la sigo al trote. Abro la puerta, apretando los dientes y echando aire con un silbido. Oigo el sonido de sus zapatos de tacón al golpear los escalones de cemento y levanto la mirada para ver una mano muy cuidada deslizarse por la barandilla. Me mantengo pegado al lado exterior de la escalera y la sigo hasta el tercer piso, donde vislumbro la espalda de su americana de color crema al pasar por debajo de un arco.

Me detengo con la pistola en alto.

—Hola... —Su murmullo resuena en el edificio vacío—. Ya he llegado. ¿Dónde estás?

Me quedo paralizado y mi corazón alcanza un ritmo de latidos incómodo.

—Lo he hecho —dice, orgullosa—. Sabía que visitaría la tumba de su padre. Dios, sigue adorando a ese viejo bastardo.

Se ríe y yo comienzo a flexionar el dedo sobre el gatillo. Me hierve la sangre a extremos

infernales. Pongo los músculos en tensión para intentar contenerme. Tiene que morir. Se lo merece. Es una puta tentación, pero...

Pego la espalda a la pared y respiro.

«Respira, respira, respira», me digo. No la mates. Esta vez no hay que dejar ningún cabo suelto. Necesito la red entera y ella va a conducirme hasta la araña.

—Vale. Llámame luego. —Vuelvo a oír su taconeo. Mierda—. Te amo —añade.

Me impulso contra la pared y bajo la escalera con rapidez aunque en silencio, para salir a la luz del día jadeando. Mi instinto intenta detenerme, quiere que regrese al interior del edificio para acabar con la vida de esa puta. En cambio, mi sensatez no lo permite. Llamo a Otto.

—El coche está registrado a nombre de...

—Shannon Pike. Consígueme su dirección. Consíguelo todo.

Llego al coche y tiro la gorra de béisbol sobre el asiento. Apoyo los brazos sobre el volante y respiro hondo: estoy a punto de liarla gorda en Miami.

Capítulo 18

ROSE

A las ocho aún no había vuelto a casa, y la ansiedad me tenía exhausta. Ya no podía seguir escuchando a Esther decirme que su hijo sabe cuidar de sí mismo. Está igual de loca que él. Daniel estaba ocupado jugando a la PlayStation en su habitación y Beau parecía empeñada en entrenar hasta que le fallara la respiración; además, como había planeado cenar con su tía después, me fui a la habitación y me llevé el agotamiento a la cama.

Le oí entrar a las dos de la mañana. Me quedé quieta y callada cuando se metió en la cama. Tenía ganas de levantarme e irme a dormir a alguna otra parte, aunque solo fuera para demostrarle mi enfado, pero no lo hice. Él me habría devuelto a nuestra cama.

Acabé durmiéndome hacia las cuatro, después de pasar unas horas interminables preguntándome qué está pasando, por qué se aventuró a ir a la ciudad solo, y qué le tuvo ocupado hasta la madrugada. Debió de dar parte a los hombres, sin duda, pero ¿sobre qué? Tengo la sensación de que, a fin de volver al paraíso, necesito pasar por el infierno. Tengo poca confianza en mí misma para afrontar ese viaje, sobre todo ahora, estando tan cansada tanto en lo mental como en lo físico. Estoy hecha polvo.

Me despierto a mediodía. El lado de la cama de Danny está vacío y frío, lo cual me indica que lleva rato levantado. Lo detesto; durante los últimos tres años, que las sábanas estuvieran frías no implicaba que Danny pudiera estar en peligro ni que estuviera planeando alguna muerte, intentando asegurar nuestra muy cuestionable seguridad, o peleando por alcanzar un equilibrio. Esta presión diaria y dolorosa, este vacío, no existían, y echo de menos esa..., esa paz, esa sencillez y su presencia. Estoy agotada.

Me desplazo hacia el lado de la cama y me estiro, exhalando con pesadez, y dejo caer los brazos sobre el colchón con un golpe sordo. Mañana nos casamos. Ahora mismo siento el mismo entusiasmo por ello que Danny.

Incapaz de sacudirme el abatimiento, y con la cabeza cargada de pensamientos tormentosos, dejo caer mi cuerpo pesado sobre la cama con un suspiro.

—¿Mamá? —La voz de Daniel hace que me ponga las pilas y me incorpore con rapidez para recogerme el pelo en una cola de caballo—. Mamá, ¿estás despierta?

—Llevo siglos despierta —le digo, poniéndome en pie en el momento en que entra en la habitación—. Oh, cielos. —Me llevo las manos a la boca y se me hace un nudo en la garganta—. ¡Pero mírate!

El traje le queda sublime y lo llena bien con su cuerpo de deportista. Lleva el pelo alborotado y una expresión de descaro en la cara.

Él sonríe y se tira de la americana.

—Esther me ha dicho que pidiera tu aprobación antes de que la costru..., costu...

—Costurera.

—Eso es. Antes de que se vaya. —Gira poco a poco sobre sí mismo—. Entonces... ¿le das tu aprobación?

¿Cómo podría no dársela? Es que míralo... mi bebé. Está tan elegante, tan mayor. La emoción me embarga y me esfuerzo por mantener la mano alejada del vientre. ¿Qué pensará Daniel de un nuevo bebé? ¿Se alegrará? ¿Se sentirá resentido?

—Aprobado —confirmo, acercándome a él para cepillarle los hombros y estirarle este traje porque, aunque le queda perfecto, me puede la necesidad de tocarle. Él, en cambio, no está para mis cariños. Sinceramente, es una mierda.

—Genial. —Se da la vuelta y sale disparado—. Me voy a jugar al tenis con Goldie.

—¿Qué? —pregunto, acercándome a la puerta para verle correr por el pasillo en dirección a la escalera.

—Ella jugaba para su escuela, en Inglaterra. Me ha retado.

—Quítate el traje primero. —Troto tras él—. ¡Daniel!

—Sí, te he oído.

—Entonces contesta —digo en voz baja, asomándome por encima de la barandilla dorada.

Esther sale de la cocina y me mira.

—¿Dónde está? —pregunto, sin necesidad de aclarar a quién me refiero.

Ella sacude la cabeza con suavidad.

—No lo sé. Ha salido con Brad, James y los chicos hace unas horas.

Me cuesta tragar saliva.

—Vale. —Me giro al oír que me suena el móvil a lo lejos, en la habitación.

—Voy a preparar una tetera —dice Esther y yo asiento con la cabeza camino del dormitorio.

Encuentro el móvil encima de la cama y me da un vuelco el corazón al ver quién llama. No puedo ignorarla.

—Hilary... —contesto, sentándome—. ¿Cómo estás? —Me encojo de vergüenza; qué pregunta tan idiota... Aunque esta mujer no hiciese las cosas bien, porque le pudo la desesperación por ser madre, sé que quiere a Daniel con todo su ser.

—Tirando —contesta ella, con voz claramente temblorosa—. ¿Cómo está?

«Pasota.»

—Bien. Está bien. —Exagerarlo sería insensible por mi parte.

—Solo quería darte las gracias.

Enderezo la espalda de manera automática, frunzo el ceño y me estrujo el cerebro intentando descubrir qué puedo haber hecho para que me dé las gracias. No se me ocurre nada.

—¿Por qué, Hilary?

—Por la invitación.

—¿La invitación? —Una sensación terrible se adueña de mí.

—Vais a renovar vuestros votos.

Me quedo mirando las ventanas francesas que dan a la terraza.

—Así es —murmuro. ¿En qué estaba pensando Danny?

—Es muy bonito que hayáis pensado en nosotros, que nos hagáis sentir... incluidos.

Mi corazón se apena por ella. No sé a qué está jugando su marido, cómo demonios se las ha arreglado para quedar atrapado en el submundo del crimen, pero sí sé que Hilary es una buena mujer. No se merece que le pase esto, sin importar lo que me arrebató en su momento. Para ella, yo no era una mujer; a duras penas era un ser humano. No tenía entidad, probablemente solo era una yonqui, una puta, alguien para quien no había esperanza. Seguramente eso se dijo a sí misma y fue lo que la ayudó a aceptar lo que había hecho. Tengo que recordarme a mí misma una y otra vez que ha criado bien a Daniel, le ha querido y le ha dado de todo: respeto, modales y un montón de cualidades más.

—De nada. —Tengo la sensación de que estamos haciendo la vista gorda e ignorando el tema que la ha hecho llamarme, en realidad—. Hilary, Daniel está más seguro aquí —digo, poniéndome en pie y paseando por la habitación, esforzándome por dar con las palabras adecuadas para tranquilizarla. No sé lo que le habrá contado Derek ni hasta dónde sabe.

—¿Quién es esta gente, Rose? —Se le empieza a quebrar la voz.

—Son peligrosos. —No me voy por las ramas. Eso ya lo habrá descubierto.

—¿Y tu marido? ¿Quién es?

Con la cabeza apoyada en la mano, me dejo caer de nuevo en la cama. No puedo decirle que es uno de los buenos porque mi marido no es ningún santo. Tiene más asesinatos en su haber de los que me atrevo a admitir, pero me ama y quiere a Daniel... por mucho que sea un idiota egoísta e imprudente.

—Es una de las pocas personas que pueden detenerlos —digo, porque es la verdad.

James y Danny. Los dos tienen razones para su sed de venganza contra ese Oso escurridizo. No descansarán hasta averiguar quién es y matarle. Entre tanto, yo solo tengo que quedarme sentada y esperar a que pase mientras pierdo la cabeza de la preocupación.

Oigo un gimoteo débil al otro extremo de la línea.

—Prométeme que no cortarás lazos conmigo por completo —suplica ella—. Sé que actuamos mal contigo y sé que no me debes nada, pero por favor, te lo ruego, no te lo lleves del todo.

—Sí que te lo debo, Hilary. Te debo el que hayas cuidado de mi hijo durante tantos años. Además, nunca te apartaría de su vida. Cuando las cosas se calmen, ya lo resolveremos de alguna manera, te lo prometo, pero, de momento, su seguridad es lo más importante para mí.

—Por supuesto —dice ella con voz ronca.

—Y necesito que sepas, Hilary, que Danny se encargó de los hombres que montaron todo este

lío, a los que les comprasteis a Daniel. Los hombres que me secuestraron... ya no están. Esta gente de ahora... no sé quiénes son.

—Me preguntaba de dónde salía el dinero —dice ella—. Derek decía que el negocio iba bien, que al fin estaba ganándose la reputación que siempre había deseado. Una oficina nueva, un coche nuevo, la hipoteca pagada... Me siento tan idiota.

—Derek es una pieza del engranaje, una herramienta a la que usar o chantajear. Nada será por su bien, solo el de ellos. Se dedican a encontrar trapos sucios, Hilary, y a él le encontraron uno enorme.

—Daniel —dice ella en voz baja.

—Daniel —confirmo, dirigiéndome al baño, donde me pongo la bata—. Y si llegan a descubrir que hay una conexión con la esposa de Danny Black, conmigo, se acabará la partida.

—Comprendo. —Otro gimoteo—. Debes saber que he pedido el divorcio.

—¿Qué?

—De momento me quedaré con mi hermana fuera de la ciudad. Al parecer, tu marido le dijo a Derek que era lo más prudente. Eso me ha dejado un montón de tiempo para pensar.

—Oh, Hilary...

—No quiero tu compasión, Rose. Solo quiero asegurarme de que Daniel esté a salvo. En el momento en que Derek aceptó el dinero de esa gente, nos puso en peligro a los tres y eso no se lo puedo perdonar. Tengo que irme, ya te he robado bastante tiempo. Debes de estar muy ocupada.

Paseo la mirada por la habitación.

—Hay muchísimas cosas que hacer.

—Estoy segura de que entiendes por qué no podré asistir.

—Claro —murmuro—. Adiós, Hilary.

Me guardo el móvil en el bolsillo de la bata y me froto la cabeza dolorida mientras abro la puerta del dormitorio.

—Buenos días —le digo a Tanque al pasar y bajo apresurada las escaleras.

Entro en la cocina, y Beau y Esther levantan la vista hacia mí, mirándome la bata de arriba abajo.

—Ha invitado a los... —Hago la señal de comillas con los dedos—. A los padres de Daniel —suelto—. ¿Dónde está la lista de invitados?

Con expresión recelosa, Esther empuja el portátil por encima de la isla de la cocina, y yo me siento al lado de Beau y examino los escasos nombres de la hoja de cálculo. Están todos los que cabría esperar: los hombres, Goldie, el médico, nosotros. Entonces veo a Derek y Hilary.

—¿Quiénes son Turner más uno? —pregunto, mirándolas en busca de una respuesta. Las dos se encogen de hombros y vuelvo a mirar la lista—. ¿Y Jerry?

—Ah, es el chico que Leon ha contratado para que le ayude a llevar el astillero —mete baza Beau.

A eso se le llama rascar hasta el último invitado.

—¿Kenny Spittle? —frunzo el ceño.

Beau tira del ordenador hacia ella.

—Pero ¿qué demonios? —dice con el labio fruncido al oír y ver ese nombre.

—¿Por qué tenían una foto de él? —pregunto. Solo se me ocurre que era porque le quieren muerto, y estoy bastante segura de que no estará muerto si ha de asistir a nuestra boda.

—Es director de un banco. El mismo en el que mi madre guardaba una caja de seguridad. Le dio al Oso la información que había dentro, y ese es el motivo por el que este conoce la identidad de James. Esa caja es la razón por la que mataron a mi madre.

—Oh, Beau... —dice Esther con un suspiro, sacudiendo la cabeza consternada.

Lo entiendo y comprendo lo que me cuenta, pero...

—No puedes ponerte a jugar a las persecuciones así como así, Beau —por el amor de Dios, esta gente es peligrosa—, y menos sola.

Bueno, sola o de ninguna manera, en realidad.

Deja caer el bollo y se limpia las manos dando palmadas, exasperada.

—¿Por qué a todo el mundo se le olvida que fui policía?

De acuerdo, tiene razón, lo fue. No le recordaré que ya no lo es, como tampoco le recordaré que su cuerpo aún no se ha curado del todo. No soy tan estúpida.

—Aun así, sigue siendo peligroso.

Pone los ojos en blanco y yo vuelvo a la lista a regañadientes, consciente de estar ante una batalla perdida. Esta guerra no pertenece solo a Danny y a James.

—¿Quién demonios es el detective Higham? ¿Qué es esto, una fiesta de la policía? Es ridículo. —Levanto las manos, mirando a Esther—. Apenas conozco a esta gente.

—Mira..., a este lo conoces.

Miro a Beau, que tiene una expresión de alarma en sus ojos azules.

—¿A quién? —pregunto, antes de volver a fijarme en la lista—. ¿Qué? —Mi mirada se posa en el nombre de Perry Adams, seguido del de su esposa en la línea inferior—. Tiene que ser una broma. —Dejo caer la cabeza—. ¿Por qué haría Danny eso? —Y entonces se me ocurre una idea. Miro a Esther—. Está planeando algo. —Paso a mirar a Beau—. Están planeando algo. ¿Has hablado con James?

Beau se ríe.

—No, ya te lo he dicho, no nos hablamos.

—Se supone que es un día de felicidad, por el amor del cielo —gime Esther, sirviendo el té—. Y, a riesgo de que os enfadéis —estampa la tetera contra la isla y divide su atención entre Beau y yo—, dejadme que os diga que las dos conocéis muy bien a los hombres con los que compartís cama.

—Demasiado bien. —Beau coge un trozo de bollo y se lo mete en la boca, masticándolo con lentitud, pensativa—. Sé de lo que es capaz, conozco sus estados de ánimo, su espíritu, y aún no he decidido si es bueno saber todo eso o no. —Parpadea varias veces y se queda en silencio

durante unos instantes—. Tengo que descargar un poco de energía. —Bajándose del taburete de un salto, regresa a la vida de golpe y me da un beso en la mejilla—. Será un día maravilloso —dice—, y esta noche también será genial.

—¿Qué pasa esta noche?

—Tu despedida de soltera —canturrea ella, saliendo de la cocina—. Tu última noche de soltería.

Me río con fuerza, igual que Esther. Estoy muy lejos de la soltería. También de tener el humor adecuado, con esta preocupación constante, preguntándome cuándo recuperaré a mi marido y si, cuando lo haga, seguirá estando de una pieza.

Al llegar, el Hiato está a tope. Furia nos escolta hasta el principio de la cola y Nolan levanta el cordón de terciopelo rojo para que pasemos. Nadie protesta ni monta un follón. Tengo la sensación de llevar un cartel en la espalda anunciándole al mundo quién soy.

Nos conducen a una zona en la parte de atrás, separada del resto del club, con camarero propio y cordones que mantienen alejada a la gente. Dirijo una mirada a la ventana opaca que se extiende por la pared posterior mientras sigo a Beau; sé que él está ahí arriba, observándome. Lo sé no solo porque puedo notar su fría mirada clavada en mí, sino porque Tanque está en la mansión, cuidando de Daniel con algunos hombres más, y de otro modo no me habría permitido nunca salir de casa sin él. Además, la atmósfera en el club es tensa, la gente mira y cuchichea. Así que sí: mi marido, el Británico, está aquí.

Aunque me encantaría que no fuera el Británico, mi parte más razonable sabe que sin su nombre y reputación no nos habríamos conocido... e incluso que ahora mismo no estaríamos vivos.

Me siento en la silla de terciopelo mullido y sigo el recorrido hasta nuestra mesa de una camarera que trae una botella de champán en una mano y colgando en la otra unas copas que sujeta por los tallos entre sus dedos. Coloca el cubo y nos dedica una gran sonrisa mientras pone las copas delante de Beau, Esther y Zinnea. Debe de notar que la atravieso con la mirada, porque me mira nerviosa y me dedica una sonrisa de disculpa.

—Te ha dicho que a mí no me dieras copa, ¿verdad? —le pregunto, haciendo que la pobre chica se remueva incómoda sobre los tacones. No puedo culparla por seguir sus órdenes. Yo lo haría... si no estuviera casada con él—. Una copa, por favor.

—Rose... —dice Esther, advirtiéndome—. No lo hagas, por favor.

El mero hecho de que apoye a su hijo no hace más que incentivar mi imprudente decisión. Esther ni siquiera sabe por qué Danny ha amenazado de muerte a cualquier miembro del personal que se atreva a servirme alcohol. Ignora que estoy embarazada.

—Sí, venga, Rose... —Beau se desplaza por el asiento, acercándose a mí, y me pasa el brazo por los hombros—. No quieres encontrarte mal en tu gran día.

Levanto la vista hacia la ventana y algo en mi interior se enciende y comienza a quemarme de dentro hacia fuera. Hoy ni siquiera le he visto. Estaba tan feliz y, de repente, tan... distante y ausente. No sé qué está tramando, pero no me gusta. Se muestra tan reservado... La última vez que estuvo así me llevó por el camino de la amargura absoluta. Y da igual que todo ello sea con un objetivo final; no quiero revivir esos sentimientos de tristeza y de pérdida.

—Una copa —digo con voz tensa, sin separar la vista de la ventana.

Cojo la botella a ciegas y me sirvo en cuanto me dejan la copa con mano temblorosa. Me la llevo a los labios y mi lengua a duras penas ha rozado el líquido cuando me la arrebatan.

—No —espeta Beau, dejándola con fuerza sobre la mesa—. Te arrepentirás. Quizás deberíamos irnos a casa.

Resoplo y mi mirada se posa en la barra que hay al otro lado del club. Entonces pienso: dale donde más le duele, haz que tenga que estar presente y oblígale a que no pueda mantener esta distancia. La necesidad me consume hasta un extremo tal que no puedo pensar con claridad.

Me pongo en pie y me dirijo hacia el escenario, mirando a la chica que cuelga de la barra.

—¿Puedo? —le pregunto con educación. La pobre tuerce el gesto como si le hubieran pegado una pedrada y pasea la mirada veloz por el club—. Tranquila, que no mata a las mujeres —le aseguro, y le sonrío cuando vuelve a mirarme—. Yo, en cambio...

La chica se baja del escenario a la velocidad del rayo y me siento en el borde para subirme a él. Beau se acerca con rapidez, Esther se apresura a seguirla y la pobre Zinnea parece bastante perpleja.

—Por el amor de Dios, Rose, ¿es que quieres morir? —Beau intenta hacer que baje, pero le aparto la mano. Me acerco a la barra y la cojo, rodeándola poco a poco con pasos largos, levantando la vista hacia la ventana.

—¡Rose! —dice Esther entre dientes—. Baja de una vez antes de que provoques un alboroto.

Quiero provocar un alboroto. Quiero una reacción. Quiero que Danny Black, el Británico, el asesino de la cara de ángel, baje y me ponga en mi lugar porque, si nos va a obligar a entrar de nuevo en a este mundo, esta es la única manera que conozco de sobrevivir, con fuego, con lucha y con peligro. Al fin me reencuentro con la mujer que fui.

—Venga, asesino de mierda —digo en voz baja contemplando el club, viendo que soy el centro de atención y que algunos hombres me miran claramente alarmados mientras que otros, los que ignoran quien soy, parecen emocionarse un poco.

Sonrío y me pego a la barra, me voy agachando lenta y seductoramente, hasta abrir los muslos y quedar con la barra entre ellos y el vestido alrededor de la cintura.

—¡Rose! —grita Esther.

—Furia, bájala de ahí —pide Beau mientras arqueo la espalda y la entrepierna de mis bragas se desliza por el metal. Entre la multitud brotan algunos gritos, vítores cautelosos y aplausos.

Esbozo una sonrisa enfermiza por dentro, levantando la mirada al ver abrirse la puerta que conduce a las oficinas.

Tal y como esperaba, Danny aparece, aunque me pilla por sorpresa que no arremeta contra mí para bajarme a rastras del escenario. Se queda ahí parado con las manos en los bolsillos, cara de póquer y unos ojos candentes, viéndome retozar contra la barra. No paso por alto que, de repente, nadie más me mira. Todos los hombres se han dado la vuelta, Beau y Esther han regresado a sus asientos y el personal de la barra ha buscado cosas que hacer.

Lo miro fijamente con odio porque detesto la reacción que ha provocado con su presencia, el terror puro y crudo que infunde en todo el mundo... a excepción de mí.

Pego el torso al metal, hasta que la barra queda entre mis pechos, y enrosco una pierna en ella. Él ladea la cabeza. Yo bajo poco a poco. Él comienza a avanzar con lentitud hacia el escenario mientras subo la otra pierna y me deslizo por la barra hasta que mi culo toca el suelo y me quedo con las piernas abiertas. Su mirada se posa en mis bragas a la vista. Le brilla la cicatriz. Está enfadado pero intenta no demostrarlo.

Y cuando un hombre, un hombre estúpido, ridículo y ávido, levanta la vista de su bebida en una mesa cercana, Danny se le acerca con frialdad y calma para ponerle la mano en la nuca y estrellarle la cara contra el vaso de whisky que tiene ante él. El cristal se rompe. El hombre chilla.

—Echa otro vistazo —le dice Danny con voz grave, agachándose para acercarse al rostro ensangrentado del tipo—, ¿a que no te atreves?

El tipo levanta la mano a modo de rendición y sacude la cabeza, emitiendo una disculpa quebrada. El sentimiento de culpa estalla en mi interior. Danny se gira hacia mí y sacude ligeramente la cabeza.

—Baja de ahí, nena, antes de que mate a alguien.

Me cuesta tragar saliva porque tengo un nudo en la garganta. Busco la escalera y desciendo al suelo mientras me arreglo el vestido. Me atrevo a echar un vistazo a Esther y Beau; la decepción de sus rostros amplifica la culpa, la vergüenza y la rabia que siento.

Me dispongo a pasar al lado de Danny, decidida a salir de aquí y volver a casa, pero él se interpone en mi camino. Con la mirada en su pecho, me esfuerzo por tranquilizar mi respiración.

—¿Quieres comportarte como una puta? —pregunta con calma.

Levanto la vista, sorprendida, y la furia que encuentro tras sus ojos no me provoca ningún placer. Aunque la mona se vista de seda, mona se queda. ¿No reza así el dicho? Danny ha vuelto a caer en los bajos fondos sin el menor problema; intrépido, audaz, violento.

En cambio, yo... A mí me está costando muchísimo ser todo aquello que en su momento me mantuvo con vida. El amor por Danny Black me ha cambiado y, solo por eso, ahora le odio más que nunca.

—Disfruta de tu despedida de soltero —le digo, rodeándole y dirigiéndome hacia la salida.

Su mano tarda segundos en cerrarse sobre mi nuca y sus dedos se hunden en mi piel. No me molesto en ofrecer resistencia.

—Me dijiste una vez que querías ser mía —dice en voz baja, con la boca cerca de mi oreja.

—Quizás me esté arrepintiendo de haberlo hecho.

Sus dedos se hunden más y yo me estremezco de dolor.

—Quizás sea yo el que se está arrepintiendo de haberte hecho mía —dice entre dientes, y yo inspiro, dolida de manera ilógica.

Podría apretar con más fuerza, sacudirme, estamparme contra la pared o tirarme del pelo con el puño cerrado. Pero nada me dolería más que esas palabras, y él lo sabe.

Esforzándome con vehemencia por controlar el temblor del labio, dejo que me arrastre a través del club. Los hombres no tardan en rodearnos por todos lados y él me conduce, con suavidad pero con firmeza, a la parte de atrás de un Mercedes. Se sienta a mi lado, Ringo se pone al volante y no tardo en alejarme de mi muy breve aunque intensa despedida de soltera.

Danny se saca el móvil del bolsillo interior y se lo lleva al oído.

—Lo quiero listo en media hora —dice, y acto seguido cuelga, apoyando el codo en la puerta y mirando por la ventanilla.

—¿Qué tiene que estar listo y para qué?

—No hablo de negocios con la última puta a la que me haya follado —murmura.

Me echo atrás, dolida, mientras él vuelve la mirada poco a poco hacia mí. Es una mirada fría, una mirada sin el menor indicio de amor. Sus ojos me repasan de arriba abajo, tal y como solo él podría hacerlo, con odio e indiferencia.

—Lo has decidido tú, Rose. Joder, no me provoques cuando ya estoy a punto de perder la cordura. —Vuelve a mirar por la ventanilla y yo me encojo en el asiento.

Ya somos dos.

De vuelta en casa, Danny me conduce hacia el dormitorio como si yo fuera una niña revoltosa. Avanza detrás de mí tan cerca como le es posible, pero sin tocarme. Soy una mujer que no sabe lo que le conviene. Soy una mujer que está muy cansada de luchar. A él se le ha acabado la paciencia y yo me he quedado sin energías. El ambiente está tenso, desde luego, pero tengo la sensación de que no se debe solo a mí. Algo ha cambiado en él; su humor se ha oscurecido, está inquieto. Es el Danny que conocí y no me alegro nada de verle.

Cierra la puerta tras de sí y mira la hora en el reloj. Lo quiero listo en media hora, había dicho. Han pasado veinticinco minutos desde que caí en desgracia y fui escoltada hasta la salida del Hiato. Dispone de cinco minutos para decir lo que tenga que decir o para gritar lo que tenga que gritar. Quizás incluso para arrancarme el vestido y explicarse con sexo. Me doy cuenta de que está a punto de perder la contención pero ¿hacia qué lado se decantará?

Nuestros ojos se encuentran con un estallido. Veo lo que quiere hacer, lo que necesita hacer, y yo también lo necesito: reconectar y acercarnos. Necesito pasión y placer y al Danny Black de siempre. Hace tres años, cuando me llevó como prisionera, supe que me quería aunque se

esforzase porque no fuera así. Ahora vuelve a esforzarse y por eso sé que si pude con él entonces, podré con él de nuevo.

Me llevo las manos a la cremallera del vestido y tiro de él, dejando que la tela resbale por mi cuerpo. Sus ojos la siguen hasta el suelo e inspira en silencio. Acto seguido se acerca poco a poco con las manos en los bolsillos y se para a treinta centímetros de mí, dejando que sus ojos suban por mi cuerpo sin prisas, hasta detenerse en mi vientre. Espero que me coja, que me arrase. En su lugar, aparta la mirada y pasa a mi lado para entrar al baño y cerrar la puerta. Le oigo hablar parada en medio de la habitación en ropa interior, perpleja, y él aparece al cabo de unos minutos con el móvil aún pegado a la oreja, haciendo una llamada, y mi bata en la mano.

—Me ayuda a relajarme —dice, abriéndola a mi espalda. Yo sigo sin moverme—. Deberías probarlo alguna vez.

Espera a que yo salga de mi estado de confusión inerte y deslice los brazos por las mangas mientras él me rodea, todavía con el móvil pegado entre la oreja y el hombro. Me ata la bata con la atención dividida entre esa tarea y la llamada.

—En efecto. Cada sábado sin falta al mediodía. —Levanta la vista hacia mí y me dirige una mirada casi acusadora—. Un gusto haber hablado contigo. —Cuelga—. A la cama —me ordena, apartándose y saliendo de mi espacio personal, sin mirarme.

Estiro la mano hacia él, reprimiendo el dolor.

—Danny, yo...

—A la cama, Rose —dice, gruñendo y alejándose aún más para mirarme apretando los dientes. Mi mano cae con fuerza—. Métete en la puta cama antes de que tenga que obligarte.

Desesperada por su contacto, sin importarme la manera de obtenerlo, le provoco:

—Vete a la mierda, hijo de puta.

No recibo lo que esperaba, que era una bofetada. Llamarlo hijo de puta es la manera en que puedo hacer saltar a mi marido, una garantía para quebrar su impasibilidad. Pero hoy no, y me sorprende. En cambio obtengo una sonrisa maliciosa.

—No voy a tocarte —susurra.

—¿Por qué?

Me está castigando y duele de mil demonios.

—Métete en la cama.

—No.

Se mueve con tanta rapidez que no me da tiempo a retroceder. Cierra la mano sobre mi mandíbula, pega la cara a la mía y se le abren las fosas nasales de manera peligrosa.

—Ya es bastante jodido que te expongas con tu retorcida necesidad de demostrar algo igual de retorcido. Pero que expongas a mi hijo...

Por fin ha estallado y es un puto alivio.

—A la cama —dice entre dientes.

Sí, es un alivio, pero no voy a provocarle más. Arranco la cara de su mano, retrocedo hacia la

cama y me tumbo en ella en el momento en que llaman a la puerta.

—¿Señor Black? —pregunta el médico.

—Adelante —gruñe Danny, ignorando mi expresión inquisitiva.

El doctor entra en la habitación y le hace señas a alguien a su espalda.

—Tráela.

Con el ceño fruncido, me incorporo sobre los codos para ver quién aparece.

—¿Tanque? —pregunto mientras este entra de espaldas, tirando de una especie de carrito. No me dirige la mirada, y eso dice mucho.

—Al lado de la cama —ordena el médico, que deja caer la bolsa en la silla del rincón de la habitación, mientras yo me siento como una muda idiota—. Gracias.

—¿Qué pasa? —pregunto—. ¿Y qué es eso?

—Un ecógrafo —contesta Danny.

Su cara es la viva estampa de la expresión que lucía la noche que le conocí: insensible, indolente, decidida. Es una mirada que indica que cualquier desafío recibirá una fuerza letal como respuesta. Por desgracia para él, soy inmune a su letalidad.

—¿No crees que esto es algo que deberíamos haber comentado y organizado juntos? —Me pongo en pie, necesitada de tener algo de presencia, y el médico vacila, mirándonos a los dos. No sabía que yo no lo sabía.

—Hay muchas cosas que deberíamos comentar y lo haremos cuando te muestres razonable —contesta Danny, separando las piernas. Entorna un ojo—. Túmbate.

Es probable que le sorprenda, pero hago lo que me pide. No porque me lo haya exigido, sino porque estoy embarazada. Estoy embarazada, joder, embarazada. La realidad y la razón han dado conmigo, y las acompaña una nueva oleada de vergüenza. ¿Qué he hecho? ¿Cómo se me ha ocurrido? Necesito saber que las cosas irán bien y, en este momento, ni mi desdén hacia el capullo de mi marido ni mi profunda necesidad por desafiarle desde el resentimiento podrán hacer que oponga resistencia.

Me abro la bata e inspiro cuando el médico me pone el gel en el vientre.

—¿Preparada? —pregunta, armándose con la sonda y mirándome por encima de las gafas.

Asiento y echo la cabeza hacia atrás, cerrando los ojos. Los silbidos y los pitidos llenan la habitación y ahogan los ecos chillones del malhumor de Danny, mientras el médico se desliza por encima de mi vientre, apretando aquí y allá. El rato que lleva sin hablar, sin decirme que el bebé está bien, hace que entre en pánico. Abro los ojos y vuelvo la cabeza hacia el monitor en el momento en que comienza a sonar un tamborileo ruidoso y consistente. Trago saliva, con la mirada clavada en la mancha que domina la pantalla.

—Tu bebé —dice el médico en voz baja, antes de apretar unos botones y hacer girar un dial.

Me quedo muda y quieta, embelesada, con los dientes clavados en el labio inferior. La vergüenza que ha caído sobre mí se multiplica por mil, porque en este momento es real. En este

momento no se trata de una idea o de una sensación, sino de algo que está creciendo en mi interior y que puedo ver con la misma claridad que cualquier otra cosa.

—¿Cuándo tuviste la última regla, Rose? —pregunta el médico, mirándome.

De repente me tenso.

—¿Por qué? ¿Algo va mal?

Danny vuelve a la vida y se acerca a la cama, aunque su atención permanece fija en la pantalla, en nuestro bebé.

—Todo va bien —se apresura a contestar el médico, tranquilizándome con una pequeña sonrisa—. Diría que estás de unas doce semanas, por eso te lo he preguntado.

Me quedo boquiabierta.

—¿De doce?

—Es posible que cerca de las trece.

Parpadeo con rapidez, repasando los últimos meses, intentando recordar mi última regla, y no puedo. Siempre han sido tirando a erráticas, y es algo que he atribuido a las brutalidades a las que me sometieron cuando apenas era una niña.

De repente noto el calor de la piel de Danny sobre la mía y, al mirar hacia abajo, veo que me ha cogido la mano.

—¿Y todo está en orden? —pregunta en voz baja, tan embelesado como yo con la pantalla.

Me fascina su expresión, que se ha suavizado. Sus labios exuberantes están entreabiertos y en sus ojos de color azul brilla la vida en vez de la muerte. Este es el hombre del que me enamoré.

—La pared del útero parece ser normal.

—¿Solo normal? —pregunta Danny.

—Normal es mejor que mal —contesta el médico, apretando unos botones—. No está rollizo ni jugoso, pero es normal. Parece que no hay papel en la máquina, para que pueda imprimirles una imagen.

Danny me suelta la mano, rodea la cama y saca el móvil. Lo apunta hacia la pantalla y toma una foto, la primera de nuestro bebé, y se queda mirándola durante una eternidad, asimilando cada detalle diminuto. La emoción me va embargando poco a poco y se me nublan los ojos.

—Les daré un poco de intimidad.

El médico limpia la sonda y la cuelga de la máquina antes de recoger su bolsa. Acto seguido se marcha y cierra la puerta en silencio tras de sí. El sonido parece despertar a Danny de su letargo y levanta la vista hacia mí, mirándome durante lo que me parecen años, con la parte hueca de los pómulos palpitando.

—Voy a ser papá, Rose.

Todo se expande: mi pecho por la exhalación, las lágrimas que se acumulan en mis ojos y el nudo de mi garganta. No puedo hablar, no puedo encontrar la voz ni las palabras, así que sacudo la cabeza y cierro los ojos, dejando que las lágrimas corran por mis mejillas.

Un segundo más tarde, su cuerpo está encima del mío; cada centímetro duro y cálido de su ser

me cubre, y su cara se aloja profundamente en mi cuello. Mis sollozos son tranquilos pero bastante ruidosos. Me aferro a él, le atraigo contra mí, sin dejar de fustigarme una y otra vez, disculpándome sin parar dentro de mi cabeza.

Con un suspiro largo y pesado, él acaba moviéndose y se acomoda a mi lado. Me seca los ojos, perfila con su mirada el contorno de mi rostro y entonces me pone la mano en el vientre.

—¿Lo sientes? —susurra, sin apartar la mirada de mis ojos—. Es todo lo que siempre quisiste y nunca te atreviste a imaginar. Es todo lo que hay de bondadoso en ti, mezclado con la bondad que haya en mí. —Me acaricia el abdomen y le cojo la mano, sosteniéndola contra mí—. No descuides tu cuerpo, no descuides a nuestro bebé y no descuides mis emociones. —Se inclina y me besa la comisura de la boca—. No me voy a contener, Rose. No hay nada en este mundo que vaya a proteger con más violencia que a mi esposa y su hijo. No hay nada por lo que vaya a matar con más fiereza, nada que pueda convertirme en un psicópata en menos tiempo que el riesgo de que os hagan daño. Tienes dentro a la sangre de mi sangre, vas a traer más esperanza a mi mundo. No quiero odiar, nena, quiero amar y ser amado, atesorar y que me atesoren. Quiero la vida, te quiero a ti, quiero a Daniel y quiero a nuestro hijo.

Ya está. Cualquier intento por mantener mis emociones a raya muerde el polvo y una avalancha de lágrimas cae mientras le cojo de los hombros y le atraigo hacia mí.

—Me han ofrecido un trato —murmura en voz baja, casi con incertidumbre.

¿Qué? Un trato. ¿Se acabarían la muerte y la sangre? ¿Podemos regresar a Santa Lucía y volver a ser felices y estar en paz? Podría pasar el embarazo sin ansiedades y dar a luz sin miedo.

—Entonces, tienes que aceptarlo —digo, decidida.

Le noto asentir a mi lado, pero parece hacerlo a regañadientes.

No le pregunto; ha de hacer todo lo que sea necesario. Voy a dejar de interferir en sus asuntos y no añadiré preocupaciones a las que ya tiene. Quiero salir de Miami y eso sucederá antes si doy un paso atrás y dejo que Danny se encargue de todo.

Repito sus palabras en mi cabeza: Vas a traer más esperanza a mi mundo. No quiero odiar, nena, quiero amar y ser amado, atesorar y que me atesoren. Quiero la vida, te quiero a ti, quiero a Daniel y quiero a nuestro hijo.

Ofreciéndole esto, él sale ganando, salimos ganando. Nada puede impedir que le facilite las cosas de ahora en adelante. Nada.

Capítulo 19

JAMES

El ánimo en las filas está por los suelos. Todo el mundo está en tensión, las mujeres se han descontrolado y es la víspera de la boda. Le diría a Danny que la cancelara si no supiera que su sustento depende de ello. Además, ahora Rose está embarazada, una noticia que llega en el peor momento, y no solo a nivel personal para Beau y para mí, sino para nuestros negocios. Si seguir los pasos de Black es una tarea de por sí difícil, ya sin contar con la delicada condición de su esposa, ahora esa tarea se ha complicado.

Me acabo la bebida y me fijo en el club a mis pies, donde Beau está con Esther y Zinnea. Su humor se ha apagado, y no solo después de que Danny se apresurara a llevarse a Rose. Como he dicho, es el peor momento para que Rose y Danny vayan a tener un hijo.

—¿Quieres otro? —me pregunta Otto.

Miro por encima del hombro y me lo encuentro en el sofá, encorvado sobre el portátil. Goldie hace ademán de ponerse en pie antes de que conteste, dispuesta a rellenarme el vaso.

—Estoy bien —le digo, y ella vacila y se queda a medias, mitad en pie, mitad sentada—. Tengo que encargarme de algo. —Vuelvo a mirar hacia el club. El silencio entre Beau y yo es atronador. La atmósfera, tensa. La novedad de Danny y Rose no hace más que empeorar la situación. Para colmo, ella no sabe que lo sé, y me duele de la hostia pensar que está sufriendo en solitario—. ¿Has encontrado algo sobre la dirección IP del cibercafé? —pregunto.

—Nada de nada —contesta Otto, y parece frustrado.

—Avísame si hay algo.

Salgo a grandes zancadas del despacho y bajo al club. Zinnea está bebiendo un cóctel tan elaborado y con tantos adornos como ella misma, mientras que Beau bebe a sorbos de una botella de agua. Esther, con una copa de vino en la mano, me ve y estira el brazo hacia Zinnea para llamar su atención. Las dos se ponen en pie y se van, calladas y pensativas.

Beau deja la botella, se relaja y clava en mí una mirada expectante mientras me siento con lentitud frente a ella, demasiado lejos. Me fijo en la llama de la vela que arde en medio de la mesa y noto que mi mano quiere alcanzarla para sentir la quemazón. Aparto la vista y la levanto. Ella también está mirando la llama. La distancia que nos separa, tanto física como emocional, está mal; ella es la razón por la que estoy aquí y yo soy la razón por la que ella está aquí. Tenemos que solucionar esto.

Me inclino hacia delante y apago la vela de un soplo. Manteniendo esa posición, levanto la

vista hacia ella.

—No más torturas, Beau —digo en voz baja—. Esto se acaba ahora.

—¿Se acabará algún día?

—Sí —contesto de manera asertiva, porque así será.

Poco a poco estamos atando los cabos sueltos. La línea de meta ya está a la vista. Hay gente hablando, las cosas están en movimiento.

—¿Sabes quién es? —pregunta.

—Estamos cerca.

—¿Y dónde está el director del banco?

—Retenido en un contenedor del astillero.

—¿Ha hablado?

Inspiro y me recuesto en el asiento; ella siempre tiene hambre de información... Pero no voy a soltar nada. No después de su última actuación. Si este plan va a funcionar, necesito que no haya obstáculos ni fallos inesperados, y mi hermosa novia es el camino directo hacia todos los jodidos fallos posibles.

—¿Por qué no puedes confiar en mí? —le pregunto.

Inspira para armarse de paciencia y exhala para encontrar la calma.

—Sí que confío en ti.

—Entonces confía en que voy a acabar con esto.

Levanto la vista al ver que Otto se acerca con el portátil sobre el brazo estirado. Su rostro me dice todo lo que necesito saber. Enderezo los hombros y localizo a Furia, a un par de metros; asiento mirándole mientras me levanto. Él se pone en marcha de inmediato y Beau gira la cabeza entre ambos al incorporarse.

—¿Qué pasa? —pregunta, dispuesta a luchar con todo su ser. Porque luchará, sé que lo hará.

Rodeo la mesa y la cojo por los antebrazos, obligándola a que se centre en mí y en nadie más.

—Deja que me ocupe de esto —digo con firmeza, aunque haya una súplica evidente en mi voz—. No puedo estar ahí fuera preocupándome por ti, Beau.

—No tienes que preocuparte por mí —dice—. Sobrevivía bastante bien antes de que...

—¿De que te retuviera y distrajera?

Dios, me encantaría poder atarla ahora para tenerla controlada. Amordazarla para que no pueda desafiarme una y otra vez. Vendarle los ojos para que no vea la carnicería que estoy a punto de cometer.

Ella retrocede, encogiéndose de hombros para que la suelte.

—Sobrevivías a duras penas, Beau. —Se me contrae la mandíbula—. No tenías vida.

—¿Y ahora sí? —grita, empujándome—. ¿A esto lo llamas vivir?

—No, esto es el infierno, pero lo estoy intentando, Beau, joder. Quiero disfrutar de la vida contigo y eso llegará mucho antes si dejas que lo solucione. —Tiro de ella y le cojo las mejillas —. Te amo, joder. Te entiendo, pero necesito que te alejes, Beau.

Veo que le tiembla el mentón y se le llenan los ojos de lágrimas. No contesta y no espero a que lo haga. Le estampo un beso en los labios y me doy la vuelta para salir a grandes zancadas del club.

—Derek Green acaba de reenviarme un correo —dice Otto, a mi lado—. He rastreado la dirección IP hasta el cibercafé del centro.

—¿Qué decía el correo?

—Le felicitaba por el trabajo bien hecho.

Me detengo ante la puerta y le presto a Otto toda mi atención. No hace falta que pregunte.

—Roake ha salido hoy en libertad.

Respiro hondo y me cosquillea la espalda.

—Inocente —murmuro, y Otto asiente y retrocede un poco, como para apartarse de mi posible reacción.

Miro la calle del club con las venas palpitando y la sangre bombeando. Ha quedado libre; eso significa que ahora puedo matarlo.

Unos tipos me rozan al pasar, uno incluso me golpea el hombro, y Goldie se lleva la mano a la espalda, dispuesta a desenfundar, preparada para que dé rienda suelta a mi malhumor.

—No pasa nada —digo, respirando hondo. Hay asuntos más urgentes.

—No he venido a beber con bichos raros —dice uno de ellos—. ¿Desde cuándo es este sitio un circo?

Vuelvo la vista hacia el club y veo a Zinnea en la barra, empapada. Esther intenta secarle con unas servilletas el rostro, que es la viva imagen de la conmoción. Me fijo en Beau. La violencia deforma sus rasgos al ver que los hombres se van, los mismos hombres que acaban de pasar a mi lado. Entonces me mira y yo leo en su rostro sus intenciones, como siempre.

—Sujétale —gruño, invitando a Goldie a coger al tipo antes de que salga a la calle.

Ella le arrastra de nuevo hacia el interior del club mientras él protesta en voz alta y sus colegas, con los ojos muy abiertos, se largan sin girar la vista atrás.

—Suéltame de una puta vez, lesbiana de los coj...

Saco la pistola, se lo arrebato a Goldie, lo estampo contra la pared con tanta fuerza que el edificio entero tiembla y le gruño con mi cara pegada a la suya. Por desgracia para este trozo de mierda, me ha pillado con ganas de sangre y justamente necesito desahogarme antes de salir de caza.

—Pero ¿qué coño, tío? —titubea, intentando quitárseme de encima como un idiota.

Levanto la rodilla con un movimiento veloz y se la hundo en la entrepierna. Él emite un chillido y se queda inerte. Le suelto para que caiga doblado al suelo, con las manos ahuecadas sobre las pelotas. Se le llenan los ojos de lágrimas y sus gemidos son prolongados y están llenos de dolor.

—Los brazos —ordeno, y Goldie se adelanta con una sonrisa lasciva para apartarle las manos de los huevos y pegarlas al suelo.

—¡Un momento, no! —grita él—. Por favor, no.

—Espero que no quisieras tener hijos —dice Goldie, sujetándolo con facilidad.

Me paro sobre él, que se queda quieto, con los ojos muy abiertos mientras sacude las piernas. Levanto el pie y lo mantengo en el aire unos instantes, prolongando la llegada del dolor agónico que está a punto de consumirle.

—¿Te ha ofendido algo? —pregunto, haciendo descender el pie poco a poco para hacer presión sobre su entrepierna.

—No, nada, por favor...

Algunos de los encargados de seguridad de Nolan se acercan a observar, en silencio, porque saben que no deben intervenir.

Levanto el pie y lo estrello contra sus pelotas. Él grita, intentando doblar el cuerpo formando un escudo protector, pero Goldie se asegura de que no pueda hacerlo, cogiéndole de los brazos. Miro a uno de los seguratas, que se apresura a sujetarle las piernas.

—Por favor... —farfulla él y yo levanto la vista hacia Beau, que observa al mierda este clavado al suelo. Elevo de nuevo el pie y lo hago caer, una y otra vez, gruñendo sin parar mientras él se asfixia y tose, con los ojos llenos de lágrimas. No paro, al menos hasta que pierde la consciencia.

—Deshaceos de él —ordeno—, y averiguad dónde está Roake.

Salgo del club y me dirijo al coche, donde me detengo al oír una puerta que se cierra con fuerza.

—¿Estás de broma? —susurro para mí al ver acercarse al ex de Beau—. ¿Qué quieres? —le pregunto mientras dos coches patrulla entran quemando rueda en la calle, con las sirenas a todo trapo.

Se detienen derrapando y cuatro agentes se bajan de un salto y corren hacia mí.

—¿Qué coño pasa?

Burrows resopla, pero no dice nada, tan solo le muestra la placa a todo aquel que mira. Me cogen, me conducen hacia el capó del coche y me estampan contra el metal.

—James Kelly, quedas detenido como sospechoso de agresión.

—¿Agresión? ¿No es un delito que queda un poco pequeño para tu rango? —gruño mientras tiran de mis brazos para llevármelos a la espalda—. Tened cuidado. Esas manos tienen que darle muchísimo placer a mi novia.

Él me sacude de manera brutal, lo que me provoca un ramalazo de dolor en el hombro que hace que se me desencaje la mandíbula y tenga que apretar los dientes.

—Tienes derecho a no decir...

—¡Ollie! —grita Beau, que sale corriendo del club con cara de pánico—. ¿Qué diablos estás haciendo?

—¿A ti qué te parece? —le espeta él con frialdad, tirando de mí para empujarme hacia uno de los coches patrulla.

—Apártate, Beau —le digo, recordándole la conversación que hemos mantenido hace cinco minutos.

Dirijo la vista hacia su ex, que apenas puede ocultar una sonrisa de satisfacción. Frunzo la comisura del labio, me hago un millón de promesas mientras le miro fijamente. No me viene bien nada de esto ahora mismo.

—¡Por el amor de Dios! —grito, revelando mi frustración y haciendo que Burrows tire de las esposas—. ¿Es lo único que se te ha ocurrido? ¿Agresión?

—Oh, también tenemos homicidio —contesta—. Las pruebas son exiguas de momento, pero estoy seguro de que podremos arreglarlo mientras estés bajo custodia.

Traducción: prisión preventiva. Hostia puta.

—¿Y a quién he asesinado?

—Al detective Spittle.

Pero ¿qué coño?

—Tenía tu ADN por todas partes. —Burrows me conduce a su coche.

—No tienes mi ADN.

Me mete en la parte de atrás, saca un bastoncillo y me lo mete en la boca.

—Ya ves, un mal menor. —Me guiña el ojo, sosteniendo el bastoncillo en alto—. Por todas partes.

Cierra la puerta con fuerza y yo echo la cabeza hacia atrás, maldiciendo como un condenado mientras él se acerca a Beau, a quien Goldie y Furia tienen que sujetar.

—¡Eres una puta serpiente! —grita ella—. ¡Una serpiente idiota de cojones! ¿Es que quieres morir de verdad?

—¿Me estás amenazando? —pregunta Burrows, mirando a los agentes con las cejas en alto.

—No, es una puta promesa —digo para mí mismo mientras le veo dirigirse a Beau despojado ya de toda arrogancia, con expresión ansiosa. Veo que intenta calmarla, pero no lo logra. Yo miro a Otto y asiento con la cabeza para indicarle que siga con lo previsto. Encerrado o no, esto se va a acabar. Vaya puto coñazo de inconveniente.

Tengo el culo dormido, las muñecas irritadas y los brazos doloridos. En tres horas de interrogatorio he dicho cientos de veces «Nada que decir» y he imaginado las mil maneras de las que puedo matar a Oliver Burrows. Son casi las once de la noche. Él está cada vez más alterado, se le está acabando la paciencia y no deja de mirar el móvil. Está esperando las pruebas que necesita para encerrarme en una celda. El tiempo no está de mi lado.

—Te lo preguntaré de nuevo: ¿mataste al detective Spittle?

—Nada que decir —contesto con voz neutra, aunque me arden los ojos de mirarle con tanta fuerza—. Deja que te haga yo una pregunta.

—¿Cuál?

—¿Qué sonido preferías que hiciera Beau cuando te la follabas?

Golpea el escritorio con el puño y su rostro se tiñe de color rojizo.

—Cierra la puta boca.

—¿Gritaba?

—¡He dicho que te calles!

—¿Gemía? —Esbozo una sonrisa llena de maldad. No me gusta la idea de que la tocara otra persona, pero adoro su reacción porque sé que no volverá a tenerla entre sus manos—. ¿Esos jadeos roncos cuando está a punto de correrse?

Se lanza por encima de la mesa y cierra los puños sobre mi camisa, sacudiéndome.

—Te voy a matar, joder.

—¿O esos sonidos los hace solo para mí? —insisto con calma, sin apartar la mirada de él, aunque tenga la cara tan cerca de la mía—. Cuando estoy dentro de ella... —susurro—, moviéndome, viendo que se le ponen los ojos vidriosos, sintiendo los latidos de su corazón.

Él ruge, me empuja al separarse y comienza a pasearse por la sala.

—¿Cómo os conocisteis?

Y aquí tenemos el quid de la cuestión: sus celos, su dolor. Quiso curarla y fracasó. Yo no lo haré.

—Retomemos el interrogatorio, detective Burrows —digo en voz baja.

—No volverás a verla nunca.

Sonrío.

—Estoy seguro de que lo haré.

Se abre la puerta de par en par y aparece un hombre cuyo rostro reconozco. Me echo hacia atrás y le observo con detenimiento mientras él asimila la situación: yo estoy tranquilo y Burrows, más bien lo contrario.

Es Harold Higham.

—Quítale las esposas —dice, para sorpresa no solo de Burrows, sino mía propia.

—¿Qué? —pregunta el ex de Beau, mirando a Higham con una mezcla de incredulidad y asco.

—He dicho que le quites las esposas.

—¿Estás loco? Es un asesino.

—Quítale. Las. Esposas. —Higham repite cada palabra con tranquilidad mientras divido mi interés y mi atención entre ambos, preguntándome qué coño está pasando. Burrows maldice y sale hecho una furia, dejando que sea Higham quien haga los honores—. Puedes irte. —Tira sobre la mesa una bolsa que contiene mis pertenencias, a excepción de la pistola, y lo hace antes de rodearme y liberar mis manos.

Flexiono las muñecas y hago rotar los hombros, poniéndome en pie.

—¿Sin cargos?

—Sin cargos. —Deja las esposas sobre la mesa y se apoya en el borde—. He recibido una

llamada del alcalde.

—¿Adams?

—Supongo que él habrá recibido una llamada del Británico.

Asiento ligeramente, frotándome la piel irritada.

—Gracias por vuestra hospitalidad —bromeo, dirigiéndome a la puerta.

—Tengo una pregunta.

Me detengo con la mano en el pomo.

—¿Cuál?

—¿A quién estáis cazando Black y tú?

—Ya sabes la respuesta, Higham —contesto, poniéndome en marcha para pasar entre las docenas de agentes en sus escritorios, bajo la mirada de todos ellos, viendo todas esas expresiones que piden a gritos que les meta un puñetazo. ¿Cuántos corruptos hay entre estos cabrones? ¿Cuántos están a sueldo del Oso?

Veo a Burrows y, sin variar en ningún momento el ritmo, le aguanto la mirada cargada de odio.

—Estás muerto —susurro, asegurándome de que pueda leerme los labios. La hostia de muerto.

Salgo al exterior y me quedo quieto un momento, cerrando los ojos y respirando en libertad.

—¿Sigues queriendo que me aleje de todo esto?

Dejo caer los hombros y mantengo los ojos cerrados.

—Ahora no, Beau.

Estoy enfrentándome a una bomba de relojería y este pequeño roce con la poli ha retrasado seriamente mis planes. Abro los ojos y me la encuentro sentada en el asiento del copiloto de mi coche, con Furia al volante. Tiene la ventanilla bajada, sus brazos cruzados descansan sobre el borde y su bonito mentón resta apoyado en los antebrazos.

—No deberías estar aquí. —Dios sabe que Burrows me la tiene jurada, y no me extrañaría que intentara ponerle también las esposas a Beau; tiene más en contra de ella que de mí.

Doy zancadas hasta al coche y, con un movimiento de cabeza, le indico a Furia que pase al asiento de atrás. El gemelo no parece entusiasmado. Me deslizo tras el volante, pongo el motor en marcha y cojo el móvil cuando comienza a sonar.

—¿Qué pasa?

—¿Estás fuera? —pregunta Otto.

—No, la policía me ha dejado atender tu llamada —contesto con un suspiro mientras me uno al tráfico, comprobando los retrovisores, vigilante, porque cualquier policía con cara y ojos me seguiría—. ¿Qué pasa?

—Roake está celebrando su liberación en un bar de South Beach.

—Cuánto me alegro por él. ¿En qué bar?

—Ventacini.

Miro a Beau, valorando mis opciones. Tengo dos: llevarla a casa y perder esta oportunidad o llevarla conmigo y restar un nombre más a mi lista de hombres a matar. Me cago en la puta.

—Estoy de camino —murmuro antes de colgar y de pisar el acelerador—. ¿Qué tenemos en el maletero? —le pregunto a Furia, mirándole por el retrovisor.

Doy un giro brusco hacia la derecha y él se desplaza por el asiento trasero mientras Beau se coge al agarradero que hay sobre su cabeza.

—El equipo completo.

Beau me mira y me meto derrapando en otra calle.

—¿Cómo sabe Otto que está en Ventacini?

Así comienza su interrogatorio...

—Le estamos rastreando.

—¿Cómo?

—A través de su abogado.

—¿Te refieres a Derek Green?

No necesito averiguar cómo lo ha sabido: las mujeres hablan.

—Sí, Derek Green.

Green se ha portado bien, aunque no es que tuviera demasiada elección, claro, pero, en cuanto declararon inocente a Roake, activó el rastreador tal y como habíamos planeado. Roake no iba a pisar la cárcel nunca; solo el infierno.

—Nos siguen —dice Furia, mirando por la luna trasera.

—¿La policía? —pregunto, comprobándolo yo mismo.

—No. Un Escalade negro. A tres coches de distancia.

Miro por el retrovisor y veo asomar el morro del Escalade. Un policía listo me hubiera seguido, así que ¿por qué coño no lo ha hecho y a quién coño tengo detrás?

—No tengo tiempo para esto. —Giro el volante abruptamente, derrapando por el asfalto hasta que el coche queda mirando en sentido opuesto—. Agáchate, Beau —le ordeno, y me detengo de golpe—. ¿Estás armado, Furia?

—Estoy armado.

Mantengo la vista puesta en el Escalade que se nos acerca, aunque ahora ha reducido la velocidad. Quito el pie del acelerador para igualar su velocidad y nos vamos aproximando poco a poco hasta cruzarnos. El conductor tiene la ventanilla bajada y el codo apoyado con gesto de despreocupación. Audaz, muy audaz.

Lo primero que veo es el tatuaje que cubre un lateral de su cara, un bonito dibujo vertical de palabras en otro idioma, el polaco. Es el Sabueso.

Nos miramos a los ojos.

—Hay un tirador en el asiento de atrás —dice Furia con calma.

—Mátalo.

Furia dispara de inmediato y la sangre salpica el cristal trasero. El Escalade pega un

volantazo.

—Alto el fuego —ordeno antes de que Furia pueda disparar al Sabueso también. Aprieto a fondo y quemo neumático para salir de ahí.

—¿Qué haces? —pregunta Beau—. Tenía un disparo claro.

—Igual que el otro tirador del asiento de atrás.

Ella se gira y mira por la luna trasera.

—Lo siento, jefe —dice Furia—. Ese se me ha pasado.

—No te preocupes. —Me meto en una calle lateral y me detengo junto al bordillo hacia la mitad del bloque—. Quédate exactamente donde estás —le digo a Beau—. En serio.

Ella asiente con la cabeza y yo miro a Furia en el espejo.

—Ponte al volante y deja el motor en marcha. Ya sabrás si tienes que arrancar en algún momento. —Abro el maletero y me bajo de un salto, rodeando el coche a grandes pasos para coger una granada.

Me planto en mitad de la calle y, en cuanto oigo el sonido de los neumáticos, le quito la anilla con los dientes y la lanzo como si fuera una bola de jugar a los bolos. La granada rueda por el asfalto mientras el Escalade entra derrapando en la calle. Veo que el vehículo se detiene, tal y como esperaba. Es evidente que su conductor se ha visto sorprendido al encontrarse mi coche parado y a mí convertido en una presa fácil, desarmado, en medio de la calle. Está reevaluando su plan.

Sonrío cuando mi pequeña bola desaparece debajo del coche y el Sabueso se asoma por la ventanilla, apuntándome con una ametralladora.

—Dime —le pido en voz alta, contando mentalmente—: ¿qué dice tu tatuaje?

Él sonríe, se lleva el dedo a la cara y se lo acaricia.

—Dice —gruñendo, con mucho acento—: Hoy vas a morir.

—Pues te han tomado el pelo —contesto, negando con la cabeza—. En realidad dice: Hoy voy a morir.

Percibo su ceño fruncido desde mi posición y justo después veo en su rostro cómo se da cuenta. Es maravilloso. Veo el pánico, oigo los gritos antes de que el Escalade estalle. Es jodidamente maravilloso. La metralla sale disparada, las llamas rugen y los fragmentos humanos vuelan. Si tuviera tiempo, me pasaría toda la noche aquí viendo el fuego. Por desgracia, no es así, y un encontronazo con la policía ha sido suficiente por hoy.

Me dirijo de vuelva a nuestro coche, saco una ametralladora del maletero y me subo al asiento de atrás.

—En marcha —ordeno, cargándola y pasándome el cinturón por encima del hombro. Noto una mirada sobre mí y levanto la vista para encontrarme con los ojos de Beau, que me examinan. Detesto el interés que muestra su rostro, el elogio implícito, la satisfacción de saber que otro hombre ha muerto por mi mano—. Ese será el último hombre al que me veas asesinar —le digo en voz baja.

Ella no contesta, se gira en su asiento y vuelve a mirar al frente... porque sabe que lo que he dicho no son más que gilipolleces.

Con Otto en línea, observo la entrada del bar privado que hay al otro lado de la calle.

—Espera hasta que veas a Green —dice.

—¿Cuántos hay dentro?

—Roake y cinco más.

—¿Son todos hombres suyos?

—Sí. Te los cargas a todos y será el final del negocio de drogas del Oso.

Cojo el mango de la puerta, preparado.

—También puedes tachar al Sabueso de la lista.

—¿Qué? —espeta Otto.

—Me he cruzado con él cuando veníamos hacia aquí. Supongo que alguien le ha avisado de dónde estaba, así que le he organizado una pequeña exhibición de fuegos artificiales.

—¿Burrows? —pregunta Otto, y yo vacilo, evasivo—. Jo-der.

—Ha sido precioso.

Otto se ríe y yo me enderezo en el asiento al ver aparecer a Derek Green en la entrada del bar para encender un cigarrillo; al parecer, el abogado está tomando un trago con su cliente para celebrarlo.

—Tengo que irme —digo. Cuelgo y me bajo del coche.

—James... —me llama Beau, entreteniéndome. Me giro y ella cierra los ojos y traga saliva.

—Vengo en un minuto —digo, echándome un abrigo sobre el brazo para ocultar el arma—. Prometido.

Me dirijo hacia Derek Green, que le da caladas nerviosas al cigarrillo.

—No fumaba desde el instituto —les dice a los porteros, que me miran con recelo—. Está conmigo. —Derek separa unos billetes del fajo y se los da—. Ha venido a participar de la celebración.

Ellos asienten y nos dejan pasar así que entramos al recibidor juntos.

—¿Te han dicho ya por qué enviaron un arma a tu oficina?

—No. Ni una sola palabra.

—Dame detalles —le ordeno.

—Están al fondo de todo. Son seis, van todos armados y están pasándoselo de puta madre. —Se seca el ceño—. Soy hombre muerto, ¿verdad?

—Todos somos hombres muertos, Derek.

Abro la puerta y al examinar el lugar veo a Roake al fondo, distraído con el culo que le están metiendo en la cara. Suena a todo volumen *Can't Hold Us* con Ray Dalton y le veo dar un

cachete en el trasero redondeado de la estríper para indicarle que se vaya antes de hacerse con una botella de tequila y beber a morro.

—Dios, soy un señor aguafiestas... —susurro, dejando caer el abrigo y apuntando.

A mi silbido todos los hombres levantan la vista.

Todos se llevan la mano a la espalda entre maldiciones.

—Se acabó la fiesta.

Abro fuego, desplazando el arma de un lado al otro, poco a poco, para acabar con todos en unos segundos. Los vasos se rompen, el relleno de las sillas mullidas estalla en el aire, se oyen gritos, las bailarinas corren en busca de refugio y el personal se esconde detrás de la barra.

Suelto el gatillo y admiro la carnicería mientras la música sigue sonando a todo volumen. La sangre adorna la pared, las mesas y la moqueta. Es un caos, un hermoso caos de hombres muertos.

Me acerco a ellos y me pongo en cuclillas, paseando la mirada por los cuerpos. No hay una sola señal de vida. Por si acaso, al incorporarme rocío los cadáveres con una nueva lluvia de balas antes de dar media vuelta y salir, sacándome la Glock de los pantalones. Los porteros se pegan a la pared más cercana con las manos en alto.

—¿Qué habéis visto? —pregunto, apuntando al uno y al otro.

—Nada —murmura uno, temblando como una hoja—. Nada de nada.

—Estabais en una pausa, ¿de acuerdo?

Los dos asienten como títeres dementes y yo miro a Green.

—Más te vale que mantengan su palabra, Derek —digo, apuntando y pegándole un tiro en la rodilla.

Él chilla y cae al suelo como un saco de mierda.

—¿Por qué? —pregunta babeando y rodando por el suelo, cogiéndose la rodilla destrozada.

—Sería raro que salieras ileso de esto, ¿no te parece? —Me vuelvo a dirigir a los porteros—. ¿Hay videovigilancia? —Levanto la vista y veo una cámara en una esquina.

—Voy a ello. —Uno de los porteros hace ademán de dirigirse hacia una puerta cercana—. Está ahí dentro.

—Date prisa. Supongo que no tardaremos en tener compañía.

Él sale con prisas y yo le espero, paciente, ignorando los chillidos agónicos que Derek Green no deja de soltar. Unos minutos más tarde me da un disco duro.

—¿Esto es todo? —pregunto, mirándole en escorzo—. ¿No hay copias de seguridad ni nada por el estilo?

—No.

Asiento con la cabeza, empujando la puerta de la sala de seguridad con la boca del arma y dedico las últimas balas a hacer pedazos el sistema. Acto seguido me alejo, guardándome en el bolsillo la prueba que me asegurará la docilidad de Derek. Cruzo la calle y me subo al asiento trasero del coche. Beau no expresa su alivio, pero veo que todo su cuerpo se relaja y, joder,

sienta bien verla así porque la necesito. Necesito estar dentro de ella ahora mismo. Mi cuerpo vibra con la adrenalina y soy consciente de que se da cuenta de mi necesidad. Se le dilatan las pupilas y se le acelera la respiración. Me imagino que está calculando los minutos que tardaremos en volver a la mansión. Me la voy a follar —duro e incansable— y entonces me la llevaré al dormitorio y la poseeré de nuevo. Ella se correrá, yo me correré y cuando estemos saciados los dos, cuando los dos seamos un caos sudoroso y roto, me encargaré de que nos reconciliemos.

Capítulo 20

BEAU

Furia se detiene y mira por el espejo en busca de instrucciones. Ha reinado un silencio tirante y mortal durante todo el trayecto, aunque ya sin la misma rabia sombría entre nosotros, sino con una tensión que he echado de menos y que he ansiado, incluso. Mi despampanante novio solo tiene una cosa en la cabeza: follar y, después de ver lo que ha pasado esta noche, estoy completamente de acuerdo.

—Yo me ocupo —dice James—. Gracias por lo de hoy.

—No hay problema. —Furia se apresura a bajarse del coche y yo me quedo esperando mis órdenes.

—Ven aquí —dice tajante.

Lo miro y me fijo en su ropa manchada de sangre antes de reparar en su expresión rígida. Sus ojos se desplazan poco a poco hacia mí mientras se lleva la mano a la parte inferior de la camisa. Se la quita y la tira sobre el asiento, a su lado.

—Te deseo, Beau. Te deseo ahora mismo.

Continúa por los pantalones y se desabrocha la bragueta, levantando el culo del asiento para bajárselos junto a los calzoncillos. Se coge la erección y a mí se me seca la boca al verle acariciarse la vara. Sé que las ventanillas traseras están tintadas y también sé que es probable que eso no le hubiera importado hace unos meses. Ahora, no obstante, no permitiría nunca que alguien me viera.

Miro hacia la casa.

—No puedo esperar.

Estira el brazo entre los asientos y me coge por la muñeca, tirando de mí hacia la parte de atrás. Aterrizo en su regazo, donde me levanta el vestido y me aparta las bragas. Enderezo la espalda al sentir el roce de su glande hinchado.

—Baja más.

Hago lo que me pide, relajo los músculos de los muslos y me hundo en su regazo, inspirando con cada centímetro que su miembro que acojo mientras su expresión se va tensando hasta el extremo de deformarse.

—Mierda —dice entre dientes mientras su cuerpo se deshace y se funde con el cuero del asiento.

Me agarro al respaldo, dejo caer mi barbilla al pecho mientras hago rotar las caderas con

sutileza. La duda se disipa de inmediato. El fuego interno se reaviva; el sudor, la sangre, la muerte y el sexo impregnan el aire.

James me coge la mandíbula y dirige mi cara hacia la suya mientras me acomete poco a poco. Suelto una exhalación entrecortada y mi torso vibra. El calor de nuestro aliento combinado comienza a empañar los cristales y el aire se humedece.

—Te amo. —Alarga las palabras y es lo único que hay que decir porque, de no ser así, ¿por qué otra razón estaría yo aquí?

Me caigo hacia delante y me hago con su boca a la vez que comienzo a mecerme sobre él, empapándome en el placer y la cercanía. Su lengua se desliza cálida sobre la mía, dibujando círculos lánguidos, y yo hundo las manos en su pelo. Todos los motivos por los que decidimos follar cuando nos conocimos regresan a mi memoria. Mi mente queda limpia y el corazón deja de dolerme. Solo James puede hacer que alcance ese estado de olvido, un estado que en este momento es necesario. No hay crueldad, no hay muerte, no hay injusticia; solo hay placer.

Si algo puede acabar conmigo es esto. Aunque no voy a morir, me niego a hacerlo. No ahora que tengo algo maravilloso e incontenible por lo que vivir, algo que va más allá de la venganza. Irónicamente, James puede darme las dos cosas.

Traga saliva con dificultad y sus dedos se hunden con más fuerza en mis caderas. Me aparto de sus labios con rapidez, aumentando el ritmo y viendo cómo pierde el control. Esa visión, por sí sola, me conduce por el mismo camino del éxtasis. Sus pómulos se ahuecan cuando aprieta los dientes y clava los ojos en los míos.

—Más —dice, gruñendo, pasándome la mano por la nuca y cerrándola sobre mi pelo.

Me muevo con mayor rapidez, gimiendo, echando la cabeza hacia atrás y abriendo la boca, sin dejar de mirarle en ningún momento.

Me viene con la fuerza de un tractor y no hay forma de evitarlo, agitando mi cuerpo de manera implacable. Lanzo las manos hacia el asiento, detrás de su cabeza, y me apoyo en el cuero a la par que mi cuerpo se sacude en un clímax que me aniquila. Me asfixio sin tener nada en la garganta, tiemblo, siseo, cierro los ojos con fuerza y hago lo que sea para gestionar todas estas sensaciones. Su grito me llega distorsionado y siento el golpeteo de sus caderas cuando las levanta. Me subo y cabalgo la ola, toda yo ya fuera de control: mi cuerpo, mi mente, mi respiración.

Caigo hacia delante y apoyo la frente en su garganta, deslizando las manos por su pecho desnudo para sentirle y acariciarle. Cierro los puños, giro la cabeza y abro los ojos. La ventanilla está cubierta de una película perfecta de niebla; está borrosa, vidriosa, pero no transparente. James respira con pesadez, me envuelve con los brazos y me estrecha con fuerza contra sí.

—Voy a hacerte una pregunta, Beau —dice con voz ronca—, y tu respuesta ha de ser definitiva.

Intento no ponerme en tensión y fracaso lastimosamente.

—¿Qué?

—¿Quieres que nos marchemos?

—¿Qué?

—Esta noche. Hacemos las maletas, nos vamos y todo se acaba aquí.

Como es natural, me sorprendo; examino su expresión en busca de alguna señal que me indique que va a retirar esas palabras. No la hay; su expresión es inmutable. Lo dice en serio.

—¿De qué estás hablando? —¿Qué ha cambiado? ¿Dónde se ha metido su determinación?

—Te estoy preguntando si quieres irte porque, si me dices que sí, nos iremos. Ya mismo. —Lleva un dedo al puente de mi nariz y dibuja una línea perfecta a lo largo de ella.

—No comprendo —admito, pues me ha pillado desprevenida. ¿Se ha muerto el Oso y no me lo ha dicho nadie? ¿Se ha acabado todo?

—Eso no es un sí. —Esboza una pequeña sonrisa; se ve que mi confusión le divierte.

—Tampoco es un no.

—Entonces, ¿es un sí?

—Sí. No. —Gruño para mí misma, cerrando las manos sobre mi pelo—. Necesito comprender lo que está pasando.

Me costó aceptar la idea de que nos quedáramos en Santa Lucía. Me encantó la breve normalidad que encontramos allí, pero no me permití acomodarme del todo porque sabía que nos enfrentábamos a fuerzas mucho más poderosas que mi necesidad de paz. Irónicamente, se trataba de la mezcla de nuestras propias ansias de venganza. Pero ¿y si esa ansia acaba con nosotros? ¿Qué sentido tiene encontrar lo que se busca si luego no se puede disfrutar? Por otro lado, ¿y si esto nos persigue para siempre, sin importar adónde vayamos ni en quién nos convirtamos? Siempre podría encontrarnos. La única manera segura de verdad es acabar con todo aquello que representa un peligro para nuestro futuro. Sin embargo, ninguna de esas opciones es una garantía. Cada una conlleva un riesgo. Si nos vamos, quizás solo estemos retrasando lo inevitable; si nos quedamos y nos enfrentamos a ello, quizás nunca lleguemos a salir de Miami... vivos, al menos.

—Ay, Dios —susurro, dividida.

Además ya no se trata solo de James y de mí, también están Danny y Rose. Danny tendría que enfrentarse a Miami él solo, y aunque eso llevaría a que yo encontrara la paz, Rose perdería la suya. Nunca podría sacrificar la felicidad ajena, la felicidad de una amiga, por la mía propia. Mi conciencia no lo permitiría.

—Nos quedamos —digo, asertiva. Dios sabe que no pueden quedar muchos más hombres a los que haya que matar. Entre James, Danny y los demás, Miami se ha convertido en la capital del asesinato. Es una guerra abierta.

—Nos quedamos —repite él.

No es una pregunta, no es una manera de inquirir si me ha oído bien porque le ha sorprendido que no quiera huir de esta carnicería; tan solo está confirmándolo porque sabía cuál iba a ser mi respuesta. De este modo, me ha dejado claro que, si yo lo deseara, él se marcharía por mucho que

no quiera hacerlo. Las cosas están cambiando, sin duda, pero tengo que preguntarme de dónde viene todo esto. Tiene que estar más cerca de su objetivo que cuando llegamos a Miami, ¿por qué habría de irse ahora? ¿Por qué habría de hacerlo yo?

James comienza a levantarme de su regazo.

—¿A qué viene esto? —pregunto, retorciéndome para bajarme el vestido mientras él eleva el trasero para subirse los pantalones.

—No quiero que te sientas atrapada.

Me río, lo que le lleva a fruncir el ceño.

—Estaba atrapada antes de conocerte, James. —Su razonamiento suena a trola y ahora me entra la sospecha—. ¿Qué pasa?

—No pasa nada. —Se sube la bragueta.

Examino su rostro y no me gusta la sensación de incertidumbre que irradia.

—¿Tienes un mal presentimiento?

Deja quietas las manos y se toma unos momentos para reflexionar, con lo que solo consigue preocuparme aún más.

—No le debemos nada a nadie —dice en voz baja, mirándome—. Quiero que lo recuerdes, por favor. Todo este asunto tan retorcido solo tiene que ver con nosotros.

Me está confundiendo muchísimo, por eso me echo hacia atrás; de repente creo que he comprendido su punto de vista.

—¿Te refieres a Danny y a Rose?

—Y a tu ex. —Coge la camisa y se la pone—. Y a tu padre.

—Quiero a Danny Black más que a mi padre —digo, riéndome—. ¿No es algo retorcido a extremos impresionantes?

Se queda quieto un instante, observándome mientras se me pasa la risa, con una expresión casi de dolor.

—Había olvidado lo mucho que adoro tu risa. —James me coge y me atrae de nuevo hacia su regazo. Lo había olvidado; hemos olvidado muchas cosas durante estas últimas semanas—. Tu ex tiene un problema de verdad conmigo, igual que tu padre. ¿Qué podemos hacer al respecto?

Ya no me río, tan solo me limito a sonreír, aunque también frunzo el ceño. Me duele la cabeza.

—O los matas o te conviertes en un ciudadano respetuoso con la ley. Ninguna de las dos opciones es buena.

Él levanta las cejas con rapidez.

—Ninguna de las dos opciones es buena —le repito, con la cabeza inclinada, apretando los labios—. ¿Verdad?

No es ningún secreto que no soy la mayor fan de mi padre pero, en aras de la claridad, tengo que asegurarme de que mi novio, el asesino, comprenda que matarlo no es una opción. El

hombre que intervino a la hora de traerme a este mundo es un mal menor. Y Ollie... Ollie acabará por tranquilizarse. Espero.

—Contesta.

—Ninguna de las dos opciones es buena —dice, aunque sin entusiasmo—. Vamos.

Abre la puerta del coche y se baja. Me ofrece la mano y se la acepto sin dejar de mirarle. Tengo la cabeza llena de preguntas que soy incapaz de reprimir, sobre todo a la luz de la oferta de James para que nos larguemos de aquí.

—¿Está a punto de acabarse todo este asunto? —le pregunto mientras caminamos hacia la casa.

Una parte de mí reza porque así sea, pero mi lado razonable es consciente de que nunca habría sugerido que nos marcháramos si estuviera cerca de encontrar al Oso.

—Sí —se limita a contestar, sin entrar en detalles, lo que solo aumenta mi recelo.

Hago que se detenga y miro por encima de su enorme figura hacia la cocina, de la que brotan risas y conversaciones. Es la víspera de la boda. Mañana (u hoy), solo por un día, todo (la sangre, la muerte y la venganza) quedará en pausa para dejar paso a nada más que el amor y la felicidad. Tengo la sensación de que podría ser la calma antes de una tormenta fatal.

Miro a James, que espera pacientemente a que hable.

—Dime qué está pasando —le ordeno, poniéndome firme. Siempre suceden cosas, pero da la sensación de que en los últimos días la tensión ha ido en aumento y presiento que el final está a la vista, aunque todavía es difuso e incierto.

Él sacude la cabeza despacio, con expresión de alerta, y yo doy un paso hacia atrás con la cabeza a mil. Se niega porque sabe que le pondré objeciones. Sabe que no me gustará lo que me cuente, y eso quiere decir que será algo más peligroso a lo que ya me tiene acostumbrada (y eso que ya estoy acostumbrada a cosas arriesgadas de cojones). Dios, ¿a cuántos hombres se ha cargado solo hoy?

—¿Has tenido en cuenta alguna vez el hecho de que fui policía? ¿Que quizás podría ayudarte a resolver esto?

—Sí. —Está a punto de reírse—. Todo el puto tiempo.

—Entonces, ¿por qué no dejas que lo haga?

—Porque me prometí a mí mismo que no estarías nunca en riesgo, pase lo que pase. ¿No has sufrido lo suficiente? ¿No te han hecho ya bastante daño?

—Yo...

—Ahí estás...

Danny sale de su despacho con Ringo y Brad, todos ellos con algún tipo de alcohol en las manos, y nos mira a ambos con interés.

—¿Todo bien?

—Genial.

Me obligo a sonreír, devolviendo mi atención a James y dirigiéndole una mirada para

indicarle que la conversación no ha terminado. Él me la devuelve indicándome que sí ha terminado. Ya veremos. Es posible que mañana, u hoy, sea el día de la boda, se lo concederé en gracia, pero después quiero saber lo que está pasando.

—Os dejo para que los hombres os ocupéis de vuestros asuntos —digo, estirándome para plantarle a James un beso en la mejilla. Aguanto con los labios allí unos segundos antes de dirigirme a la cocina. En cuanto estoy fuera de la vista, me detengo justo al lado de la puerta a escuchar.

—Tío, le pido a Adams el favor de que te saque de la cárcel —dice Danny, casi jocoso— ¿y lo primero que haces es meterles una bomba a los polacos y montar un tiroteo en un bar?

—Las noticias vuelan.

—¿Cómo coño se te ha ocurrido?

—Vi la oportunidad y la aproveché.

Oigo que Danny resopla.

—Se supone que hemos de hablar estas cosas.

—¿En serio? —pregunta James con tono sombrío. Me descubro conteniendo el aliento y percibo que el ambiente es gélido—. Bueno, ¿qué estabais haciendo los tres ahí dentro sin mí?

—Unas llamadas, nada más —contesta Danny, igual de sombrío.

—Eh, venga... —mete baza Brad—. Se supone que estamos de celebración.

Reanudo el paso con rapidez y acabo de entrar en la cocina para encontrarme con que todo el mundo se ha congregado en torno a la isla, que luce impresionante llena de bebidas y cosas para picar. Veo a Goldie que, de manera poco habitual, tiene una copa de vino en la mano y pone los ojos en blanco al pillarme mirándola.

—¿Quieres una? —pregunta, cogiendo una copa limpia y la botella.

—Claro.

Me subo al taburete contiguo al suyo y le sostengo la base de la copa mientras me sirve. Paseo la mirada por el grupo en el momento en que James, Danny, Brad y Ringo entran para unirse a la masa. Los dos primeros lucen expresiones a juego: malhumoradas.

Esther se mantiene ocupada rellenando los cuencos de patatas fritas y comprobando que todo el mundo tenga la copa llena, y a continuación limpiando las encimeras.

—¿Quieres relajarte, mamá? —pregunta Danny con un suspiro, quitándole el trapo de las manos y tirándolo al fregadero. La coge del codo y la conduce hasta un taburete, ignorando sus protestas—. Siéntate y haz lo que te dicen. —Coge una copa de vino del otro lado de la isla y se la pone en la mano—. Bebe.

Ella hace una mueca y sonríe. Veo que Rose me mira.

—¿Estás bien? —articula, y yo asiento con la cabeza.

—¿Y tú? —articulo también, y recibo otro asentimiento.

Acto seguido sacude la cabeza para mirar hacia el vestíbulo, lo que por supuesto despierta mi interés. ¿Sabe algo? Paseo la mirada por la isla y veo que todo el mundo está absorto en sus

conversaciones y, lo que es más importante, James, Danny y Brad se han situado en un extremo y hablan en voz baja, conspirando.

Me bajo del taburete con la bebida en la mano y rodeo la isla, deteniéndome para ver cómo está Zinnea. Parece estar de una pieza, aunque su vestuario centelleante contribuye de manera muy llamativa a esa sensación; es su disfraz. Al menos ahora nadie le echa la bebida por encima.

—Cielo santo —susurra, apretándome la mano—. Sé que James estaba defendiendo mi honor, pero me siento fatal por el malestar que he provocado.

—Ni se te ocurra —le digo—. Ollie estaba allí para arrestar a James antes de que él defendiera tu honor. —O desahogara su rabia. De una manera u otra, el idiota bocachancla que insultó a Zinnea se lo estaba buscando.

—¿Por qué? —Se estira, frunciendo el ceño—. No me lo digas. Estoy aprendiendo muy rápido que, cuanto menos sepa, mejor.

—¿Cómo estás? —le pregunto. El médico ha hablado de una mejoría, pero sigo preocupada. Sé mejor que nadie cómo fingir que uno está bien.

La mera pregunta la lleva a coger aire y a pasear la vista por la habitación, casi con asombro.

—Esto es como formar parte de una familia, ¿verdad?

Debería reírme, pero no lo hago. Está hablando de aceptación, algo que Zinnea nunca ha recibido por parte de su familia. Pero ¿qué sucederá cuando esto se acabe? ¿Cuando James y yo nos vayamos? Lawrence no tendrá a nadie y es algo que no puedo permitir.

—Igual que una familia —contesto, meditando, y le doy un beso en la mejilla—. No eclipses a la novia mañana, ¿vale?

Ella suelta una carcajada ronca y se detiene de inmediato para ver si alguien ha captado ese desliz accidental en su paso de Zinnea a Lawrence. Se aclara la garganta y se rellena la copa para darle un trago como una señorita mientras Esther se le acerca para alabar su color de uñas rosa flamenco.

Les echo un vistazo a James y Danny, que están prestando atención a los gestos de las manos de Brad. Miro a Rose y le hago una indicación en dirección a la puerta. Me sigue cuando voy hacia ella.

—Hola —le digo, ya fuera de la cocina. Rose está radiante, sonriente y feliz; en definitiva, tiene un aspecto fantástico—. Asumo que Danny y tú os habéis reconciliado.

Se ríe por lo bajo.

—De momento, sí. ¿De qué te has enterado? —pregunta acercándose, ansiosa porque suelte lo que sé.

Dejo caer los hombros.

—De nada. Pensaba que tú sabrías algo.

Ella tuerce la expresión.

—No sé nada. ¿Qué ha pasado esta noche? ¿Por qué has llamado a Danny?

—Mi ex ha arrestado a James y Danny le ha pedido el favor de soltarlo al alcalde.

—¿A Perry Adams? —Rose se echa atrás y acto seguido entorna los ojos—. Está claro que se avecinan problemas, Beau —dice, y me parece divertidísimo, joder—. ¿Qué es tan gracioso?

—Que siempre se avecinan problemas, loca.

—Hay algo más. Danny me ha dicho que habría una manera de acabar con todo esto ya, pero se está mostrando muy cauteloso al respecto. La última vez que se puso así, yo pasé por un infierno.

Asiento, pensativa. Una manera, ¿cuál? ¿Y sabe James de su existencia? Seguro que no, ya que me ha preguntado si quería irme esta misma noche. ¿Qué demonios está pasando y por qué de repente Danny y James están tan hostiles el uno con el otro? El timbre del móvil me arranca de mis pensamientos y, al mirar la pantalla, se me acelera el corazón. Es más de medianoche. La cabeza se me va a imágenes de mi padre frotándose el pecho y a la palidez de su rostro.

—Papá... —digo al contestar—. ¿Estás bien?

—¿Es una broma? —pregunta. Parece indignado y yo estoy perpleja, boquiabierta—. ¿Una invitación para su boda la semana que viene?

Miro a Rose, que retrocede:

—¿Qué?

—Una invitación... —murmuro, esperando que ella lo pille—. Para la boda. —Joder, ¿es que Danny me odia?

—¿Qué? —espeta Rose.

—Maldita sea, es un insulto —ruge papá—. ¡Soy un hombre de negocios respetable, y él, un criminal!

Me vengo abajo. Ya estoy harta de esta conversación, ¡y pensar que me había preocupado por él!

—Aceptaré amablemente que la rechaces, papá. Tu ausencia era de esperar. —Clavo el pulgar en la pantalla—. ¿Para qué demonios invita a mi pad...? —Me detengo, pensativa, y entonces lo entiendo—. Una distracción.

—¿Qué? —Rose frunce el ceño.

—Están intentando distraerme.

—Bueno, ¿y qué hay de mí? No eres la única que se ha olido algo. Ya te dije que planeaban algo.

—Tú eres la novia —señalo—. No necesitan distraerte porque todo el mundo se encargará de eso.

Reclamarán su atención a diestro y siniestro.

—Entonces, ¿en realidad mi boda será un señuelo? —La indignación de Rose es palpable.

—Eso parece. —Miro hacia la cocina, en la que se encuentran los hombres, y siento un cosquilleo en todos los sentidos.

—Será capullo... —susurra Rose—. ¿Qué hacemos?

—¿Qué podemos hacer?

—Maldita sea, se supone que el día de mañana es para tomarnos unas vacaciones de toda esta mierda. —Resopla y acto seguido me dirige una mirada afligida que no me gusta en lo más mínimo—. Tengo que comentarte otra cosa.

—¿Qué? —le pregunto, y ella me coge de la mano y me conduce hacia la escalera.

—Si es demasiado —dice, sentándose en el primer escalón y obligándome a que yo haga lo mismo—, puedo hablar con él.

—¿Qué sería demasiado? ¿Y quién es él?

—Danny quiere anunciar lo del bebé. —Tuerce los labios—. Ahora mismo.

Se me revuelve el estómago de manera dolorosa y pongo todo de mi parte para que la punzada no se me note en la cara.

—El médico me ha hecho una eco hace un rato —prosigue ella en voz baja, insegura, y detesto que se sienta así, aunque no puedo hacer nada al respecto—. Estoy de más de doce semanas.

Pasado el período en que es más común sufrir un aborto espontáneo..., a menos que te peguen un tiro, claro.

—Por supuesto.

Me peleo para encontrar las palabras adecuadas e incluso más para encontrar la sonrisa que tengo que ofrecerle, la que ella necesita a su vez. Aun así, tengo sentimientos encontrados, y batallo con mis emociones: me esfuerzo por mostrarle lo entusiasmada que estoy por ella mientras oculto la devastación que siento. Mi mente y mi cuerpo están en guerra: la primera me pide a gritos que hable y el segundo quiere hacerse un ovillo desesperadamente.

—Tenéis que hacerlo, sin la menor duda —le cojo la mano y se la aprieto; es su momento, lleno de esperanza y positividad (forajidos al margen)—, y disfrutar de cada segundo.

Le sonrío y la atraigo hacia mí para darle un abrazo. No quiero que su felicidad la haga sentirse mal nunca. Como siempre, me esfuerzo al máximo para no proyectar mi desolación sobre los demás, y especialmente sobre Rose. Esto ha sido un milagro para ella. Pese a todo, tengo que luchar con fuerza para contener las lágrimas.

—Aunque ¿crees que podrá esperar hasta que yo vuelva?

—¿Por qué? ¿Adónde vas? —Se aparta con expresión ansiosa e inquisitiva.

—Tengo que tomarme las medicinas. —Me acaricio el vientre sin el menor pudor—. Creo que hoy me he pasado, entre despedidas de soltera, arrestos e intentar que mi mejor amiga, que está embarazada, se bajara de una barra de estriptis.

Rose se ríe y se lleva la mano a la frente.

—Evidentemente, me quiero morir.

Me inclino veloz y la beso en la mejilla.

—Evidentemente. Dile a Danny que me espere antes de dar la noticia. —Me pongo en pie de un salto y comienzo a subir la escalera con rapidez—. Quiero estar ahí.

Contengo la avalancha mientras corro por el pasillo y, en cuanto llego a la habitación y me

quedo sola, lleno el espacio vacío con mis sollozos, pegando las manos con fuerza a la cara y deslizándome sobre la puerta hasta caer en el suelo. Sin duda, los sonidos que emito deben traslucir la misma desesperanza que mi aspecto. El dolor de mi estómago no cede, no se marcha. Por un momento tuve lo mismo que Rose: ese asombro, ese miedo y esa dicha incierta fueron míos. Aunque follar con James en el coche nos haya devuelto a nuestro lugar, siento una rotura dolorosa y devastadora en el alma. Es una agonía nueva que me lleva a olvidar cualquier otro dolor.

Está aquí; lo estoy asumiendo por fin, y duele de la hostia.

La puerta se sacude a mi espalda.

—¿Beau? —me llama James.

Me agito con los empujones que asesta y no me molesto en limpiarme la cara ni en arreglarme. La verdad es que no estoy bien y ya no puedo seguir fingiendo. Al menos, no ante James.

Me desplazo sobre el culo, dejando espacio para que abra la puerta, y, cuando entra a la fuerza en la habitación y me ve en el suelo, no puedo más que sonreírle sin convicción, con el labio tembloroso y la cara empapada.

Su cuerpazo parece encogerse delante de mis ojos y es algo que también detesto. Tengo la sensación de que las cosas se están acercando a su fin y, por mucho que no quiero convertirme en un problema añadido, no encuentro la energía para enfrentarme a la avalancha de emociones. Se acabó. Estoy exhausta, la adrenalina ha desaparecido y me siento vacía.

En silencio, me coge de la mano y me levanta con suavidad para atraparme entre sus brazos con un movimiento que me provoca otra punzada de pena. Hundo la cara en su cuello, sacudiendo el cuerpo, dominada por el llanto. No había perdido el control de esta manera desde la muerte de mamá. En aquel momento, la tristeza me cegó y no fui capaz de ver lo que tenía ante mí. Sin embargo, ahora..., ahora sé lo que me espera, y me da miedo. Sé lo que tiene que pasar, lo que necesitamos ambos para pasar página por el asesinato de aquellos a quienes más quisimos. Aun así, de algún modo, esta pena nueva parece irreprimible. Me parece que no tendrá cura nunca, y eso me aterra. Me parece que, en este momento, que James me condujera a uno de esos lugares que siempre me alivian de mi tormento no funcionaría, y eso me deja al filo del abismo, a punto de desplomarme hacia la oscuridad sin una cuerda salvavidas que pueda rescatarme.

Él atraviesa la habitación y me posa sobre la cama, estirando la mano por detrás para soltarme los brazos. No puedo mirarle, por eso mantengo la vista baja. No quiero que vea esta falta de esperanza absoluta ni que se sienta como yo porque si no cree que puede salvarme, no sé dónde podríamos ir a parar. La angustia siempre ha sido compartida, ya sea silenciosa o desconocida o por la verdad. Ha aliviado la carga sobre nuestros hombros, nos ha ofrecido un respiro y, por encima de mis emociones hechas trizas, me siento culpable, porque no fui la única que perdió aquel destello de luz inesperado más allá de nuestros propósitos.

—Beau... —susurra él, animándome a que levante la barbilla e intentando encontrar mi mirada. Me resisto y me opongo a la presión de su dedo—. Beau, mírame.

Agito la cabeza, tragando saliva, intentando desesperadamente sacarme de la garganta ese nudo abrumador que me sacude cada vez que intento inspirar, porque no puedo respirar. No siento nada a excepción de este vacío que me subyuga, y que cayó sobre mí al despertar del coma. No veo nada más que la cara de James cuando me comunicó la noticia.

Sé lo que está por llegar, conozco esa sensación, y un pánico incontrolable se adueña de mí.

—No.

Me esfuerzo por alejarlo y me levanto de la cama empujando a James. Frenética, busco a Dexter en la habitación. ¿Dónde está? Busco los cajones en los que siempre guardaba las bolsas de papel. ¿Dónde están? Busco al tío Lawrence, el apacible balcón al que siempre me llevaba. No están aquí. Lanzo un grito ahogado, buscando algo a lo que aferrarme, desafiando esa caída. Forcejeo con la tela entre mis manos, siento que alguien me coge y oigo el rugido de un hombre.

—No puedo respirar —digo, jadeando, buscando aire—. ¡No puedo respirar!

El corazón me martillea en el pecho, el pulso me atruena en los oídos y tengo la vista borrosa por la negrura que se va extendiendo con lentitud a ambos lados. Entonces aparece sobre mi boca, y la cojo para tragar oxígeno con urgencia mientras mi cuerpo histérico cede y me hundo en algo suave. La negrura comienza a aclararse y parpadeo, mirando la lámpara de araña dorada, desorientada.

—Hostia... puta —susurra alguien, mientras una mano me acaricia el pelo.

—¿Qué ha pasado?

Trago saliva, mi respiración se normaliza, y bajo la vista.

—¿Tía Zinnea? —balbuceo dentro de la bolsa, intentando aclarar la mente.

La bolsa continúa arrugándose y el sonido me resulta ensordecedor. Siento la cara tirante, la garganta ronca y el pecho encogido. Me quito la bolsa e intento incorporarme, pero encuentro una fuerte oposición, dos manos como palas que empujan mis hombros y me obligan a tumbarme de nuevo en la cama.

—Tómatelo con calma. —Él aparece sobre mí y vislumbro su atractivo rostro atravesado por la ansiedad—. Por favor, no me digas que estás bien o perderé la cabeza.

—No estoy bien —susurro de manera entrecortada antes de devolver la bolsa a la boca, mientras James exhala aliviado y Zinnea gimotea su pena. Mi tía coge el brazo de James y deja la mano allí.

—Os daré un momento —dice, acercándose a la cama para agacharse, acariciarme el pelo y darme un beso—. Cariño mío...

Trago saliva. Me asalta una nueva oleada de lágrimas y me rindo ante la angustia. En este momento, Zinnea estará echando de menos a Dexter más que nunca; su marido siempre estaba allí, tranquilo y compuesto, para ayudarnos a superar estos episodios. Me cuesta mucho asimilar el nivel de su traición cuando le recuerdo como era, compasivo y delicado. Dedicaba todo el

tiempo del mundo a quedarse a mi lado, también a mantener a Zinnea tranquila, mientras yo me enfrentaba al ataque. Pero todo era mentira, un engaño. ¿Cómo es posible que no me diera cuenta? ¿Que no viera su oscuridad?

Zinnea sale de la habitación haciendo un esfuerzo por mantener sus emociones a raya; la mujer vivaz se va marchitando con cada paso que da.

—No debería estar sola —digo, intentando incorporarme de nuevo, preocupada por su estado mental. Detesto que me haya visto así cuando ella misma está a merced de los elementos.

—Le mandaré un mensaje a Esther —dice James, deteniéndome a la vez que coge el móvil y teclea un mensaje. Unos segundos después de enviarlo, recibe una respuesta y lo guarda—. Ven aquí.

Me coge la bolsa y me ayuda a colocarme en la cabecera de la cama, acomodándose a mi lado y abrazándome contra su costado. Me relajo entre sus brazos, sintiendo que mis músculos ceden y que mi corazón se relaja. Me guardo esta cercanía y estas sensaciones en la cabeza para recuperarlas cuando sea necesario. Debo recordarlo: James puede calmarme. No con sexo, como tantas veces en el pasado, sino de esta manera, sosteniéndome en sus brazos. Es otra forma de comunicarse sin palabras, aunque ahora mismo necesitamos las palabras; si hemos de superar esta pérdida, las necesitamos.

—Cuando perdí al bebé —susurro en voz baja, armándome de valor para hablar con claridad y confianza— experimenté el mismo dolor y vacío intensos que cuando perdí... —Cierro los ojos y me acurruco más contra él, enfrentándome de nuevo a ese sufrimiento—. Me dolió —susurro —. Me sigue doliendo, y cada vez me cuesta más controlarlo.

Es un retroceso y es irritante. Tras el sorpresón de mi embarazo me permití considerar una existencia más allá de la lucha, más allá de la amargura y el odio por los que me regía. Era más sencillo acomodar mi cabeza a James y lo que es, a lo que representa, porque en cierto sentido somos iguales. Estamos contaminados y dañados y podíamos curarnos el uno al otro, pasar página, pero nuestros pasados no cambiarían nunca. ¿Un bebé? Sentí que representaba una redención, una esperanza radiante y la oportunidad de canalizar toda mi energía en el amor en vez del odio. Justamente lo que odio en este mundo es lo mismo que me arrebató esa oportunidad y, pese a tener a James y poder amarlo, de repente había algo más que aborrecer, más motivos por los que estar resentida y más dolor que sentir.

James permanece en silencio a mi lado. No necesito que hable porque sé que siente lo mismo, y soy más consciente de ello que de mi dolor. Ahora tiene más razones por las que matar, más hombres a los que cazar. Esa es su válvula de escape y él es la mía, la distancia que nos ha separado en tiempos recientes, nuestra pérdida, no nos conduce al alivio.

Santa Lucía ayudó, pero fue algo breve. Se me da muy bien ocultar la pena, igual que las cicatrices, y estos últimos días me he esforzado de forma consciente por no taparlas en un esfuerzo patético por convencer a todo el mundo de que estaba bien, y aún más patético porque pensaba que podría convencer a James.

—No estoy bien —admito, notando que su boca cae hacia mi pelo para inspirar mientras me estruja entre sus brazos—. No me siento bien y estoy desesperada por sentirme bien.

Un bebé no es la solución y no digo que sea lo que necesito. Fue una oportunidad inesperada, algo a lo que enfrentarnos, y eso hicimos. Ahora mismo, mi prioridad es que los dos salgamos vivos de Miami. Vivos y sin correr el riesgo de que nos devuelvan al infierno. Pero, hasta que podamos marcharnos, tendré que lidiar con este dolor constante, sordo e incontenible. Me siento como en un limbo donde mi tristeza y mi esperanza no hacen más que chocar y estallar, y la noticia del embarazo de Rose solo ha amplificado ese extraño anhelo que llevo dentro. Aunque sé que volverá a pasar, y lo hará cuando la muerte no esté pisándonos los talones, cuando no tengamos que concentrarnos nada más que el uno en el otro.

—Rose está embarazada —murmuro, y de inmediato siento que su pecho se hunde bajo mi mano con una gran inspiración—. Estoy bien.

Sonrío para mí misma. Solo puedo alegrarme por ella. Es un regalo; quizás no haya llegado en el momento adecuado, pero es un precioso regalo que también nos da esperanza, porque conocemos a Danny y, ahora más que nunca, removerá cielo y tierra para sacar a Rose de Miami lo antes posible, lo que significará que nosotros también podremos marcharnos y comenzar a enfrentarnos como es debido a este desastre que somos.

—Lo sé. —James me anima desde la calidez y la seguridad de su cuerpo. Me coge la barbilla y me mira—. Danny —dice, en respuesta a mi expresión inquisitiva.

Me preocupa que esto vaya a alterar también a James, que le provoque un nuevo brote de rabia y resentimiento. Tiene que mantener la cabeza y la mente equilibradas para pensar con claridad. ¿Es este el motivo por el que la relación entre Danny y James parece haberse enrarecido un poco?

—Quiero que te alegres por ellos.

—Me alegro por ellos, eso no quita que también puedo estar triste por nosotros. —Con cuidado, me hace rodar hasta tumbarme de espaldas y se acuesta sobre mí, enmarcándome la cara con sus enormes manos—. Estaba esperando y deseando que te sinceraras. No puedo verte así, Beau. Dime qué puedo hacer.

—Ya sabes lo que hay que hacer.

Él asiente con la cabeza y me acaricia las mejillas con la yema del pulgar.

—Quiero que hagas las maletas —me ordena— y que estés lista para irnos.

—¿Cuándo?

—Aún no lo sé. Tú estate lista.

Asiento con la cabeza y le enrosco el brazo en el cuello, tirando de él para pegar los labios a los suyos. Tardamos un segundo en abrirnos, en meternos la lengua, en convertirlas en un remolino y hacerlas rodar por la boca del otro. Esto no va a llevar a más, es solo cariño.

—Joder, te amo, Beau, con todo mi ser. Rota, curada, feliz, triste..., te amo. Hagas lo que hagas, recuérdalo.

Dejo que nuestra intimidad y nuestro amor me atraigan y me mantengan en un lugar mucho más brillante que el mundo real. Absorta en su lengua y su devoción, le beso con dulzura y suavidad durante un siglo. Es la medicina que necesitaba en este momento, y estoy preparada para sufrir una sobredosis de ella.

James acaba con esa dicha; respira profundamente, me seca la boca con el pulgar y me sonríe con ternura mientras me mira a los ojos.

—¿Puedes prometerme una cosa? —pregunta, y yo asiento con la cabeza porque es lo que necesita en este momento, tal y como yo necesito su ternura.

Ya sé lo que me va a pedir.

—No me meteré por medio —le digo, examinando su mirada: no veo ninguna oscuridad, solo amor, y yo sé que necesita la oscuridad para sobrevivir a esto.

Asiente en señal de comprensión y me libera, tirando de mí para que me levante de la cama.

—Ven conmigo. —Me conduce al baño y hace que me detenga junto al lavamanos. Abre el grifo y moja un trapo. Procede a darme toquecitos con él sobre la piel, sin duda para limpiarme las manchas.

—¿Estoy fatal? —pregunto.

—Estás hermosa —contesta, pasándome los dedos por el pelo y pegando los labios a mi frente—. ¿Estás lista?

Respiro hondo un par de veces para estabilizarme y asiento con la cabeza. Él se deshace del trapo, me coge de la mano y me examina antes de tomar la iniciativa y guiarme de vuelta a la celebración.

Lo primero que hago al entrar es buscar a Zinnea y, para mi alivio, está aquí, con una sonrisa, aunque detecto la ansiedad que esta esconde. Ella me ve y me apresuro a indicarle que estoy bien antes de que pase a mirar a James con una expresión inédita... de agradecimiento y confianza. Ha visto que me ama y eso le proporciona un poco de paz. James asiente y me lleva a un taburete, donde me sirve una copa de vino y le quita el tapón a la botella de cerveza que se va a tomar él. La cháchara no se ha apagado, tampoco las risas, y lo asimilo todo mientras me pierdo en el vino.

—¿Estás bien? —Rose se acerca a mi lado, repasándome de arriba abajo con una mirada de preocupación—. Has tardado mucho. —Sigue con la vista a James, que cruza la cocina hacia Danny y Brad.

—Estoy perfectamente —contesto.

—Él no parecía muy feliz.

Miro a James en el momento en que él me mira a mí para ver cómo estoy.

—Hemos estado hablando. —Le dirijo una sonrisa antes de ofrecérsela también a Rose—. Lo necesitábamos.

Ella exhala; es evidente que se siente aliviada. Estaba ansiosa y no necesita saber que tenía razones para estarlo.

—Me alegro.

—Sí, yo también. Pero dejemos el tema —le digo, haciendo chocar mi copa de vino con su agua—. No me lo he perdido, ¿verdad?

—No, le he pedido a Danny que te esperara. —De repente Rose parece avergonzarse un poco —. ¿Puedes hacerte la sorprendida? No quiero que Esther ni Daniel sepan que te enteraste antes que ellos.

—Claro. ¿Qué tal así? —Lanzo un grito ahogado, abriendo mucho la boca y Rose se ríe.

—Esperemos que no te estén mirando cuando se enteren.

—¿Tan mal lo he hecho?

—Ha sido terrible. —Rose repasa la cocina y veo que Danny reclama su atención levantando las palmas abiertas hacia el techo. Ella se encoge de hombros, con lo que él decide acercarse—. Sigue jugando a la PlayStation con Tanque. —Arruga la nariz—. Al parecer, es importante.

Danny pone los ojos en blanco y se dirige hacia la puerta de la cocina.

—¡Eh, muchacho! —grita, y oigo que Daniel le contesta algo desde la sala de la televisión—. ¡Nada de un minuto! —insiste Danny—. ¡Ya mismo o le vendo tu moto de agua al mejor postor!

Sacudiendo la cabeza, Rose vuelve a centrarse en mí.

—Da miedo, ¿verdad? —Se ríe por lo bajo—. Si Daniel supiera... —Me observa sin perder detalle de cómo le doy otro trago a mi vino y hace una mueca—. Seguro que sabe de fábula.

—Delicioso —confirmo, haciendo que arrugue la nariz—. No te preocupes, solo te quedan seis meses antes de poder disfrutar de otra copa. —Trago un poco más mientras ella me dirige una mirada asesina y juguetona.

Danny la recoge y se la lleva al otro extremo de la cocina. No golpea una copa, sino que estrella el puño contra la encimera, con lo que todos los presentes pegan un salto y miran en su dirección.

—Necesito que cerréis la puta boca durante un momento —declara mientras Daniel entra corriendo en la cocina, con Tanque siguiéndole al trote—. Demasiado tarde, muchacho. Ya la he vendido.

Rose le da un codazo en el costado y Daniel resopla, indignado, y no tarda en darse la vuelta y salir disparado de nuevo.

—Entonces me largo.

—Coge una silla antes de que yo te siente en una —dice Danny con tono letal—. Ahora.

Sabiamente, Daniel retrocede y se deja caer malhumorado en una silla con los labios fruncidos. Esther le apacigua con una lata de refresco y le alborota el pelo. El niño intenta pasar de ella, pero fracasa.

—Tengo algo que contaros —dice Danny, ganándose otro codazo de Rose—. Tenemos, tenemos algo que contaros.

—No me gusta cómo suena eso —dice Brad, mirándole con los ojos entornados—. ¿Qué coño pasa?

Esther lanza un grito ahogado, se pone en pie y se lleva las manos a la boca.

—No me digas que vais a... —Pero no puede acabar la frase y yo noto que James se coloca a mi espalda, pegando su torso contra mí y me rodea con los brazos, apretándome la mano. Me recuesto contra él y entrelazo nuestros dedos con fuerza.

—¿Que van a qué? —pregunta Brad, dando un paso al frente, paseando la mirada entre Danny y Rose, mientras su figura trajeada se tensa—. ¿Qué pasa?

—Vamos a tener un bebé —declara Danny, con una mueca lasciva en la cara que hace más profunda su cicatriz. Está disfrutando de este momento, y no solo porque se trate de una noticia feliz. Brad parece haberse convertido en una figura de hielo, inmóvil y en silencio. Está helado.

—¿Qué? —susurra.

—Mamá está embarazada —declara Daniel, mirándolo como si fuera idiota—. ¿Necesitas que te explique cómo ha sido?

—¡Oh, Dios mío! —chilla Esther, que atraviesa la cocina y coge a Rose.

Yo me muerdo el labio, siento que me miran y, cuando me fijo, veo que Zinnea, Otto y Goldie tienen la vista puesta en mí, pensativos. Les sonrío, y lo hago con sinceridad, antes de levantarme, dejar a James atrás y dirigirme hacia mi amiga, a la que le doy un abrazo de oso mientras Esther traslada su emoción a su hijo.

—¡Oh, Dios mío! —le digo con un grito ahogado al oído, y sonrío al ver que se ríe.

La beso en la cabeza y la estrecho un poco más contra mí, aunque enseguida me aparto para que el resto de la habitación pueda acceder a ella.

Me encuentro con la mirada de Danny por encima del hombro de Esther y le sonrío antes de volver con James, que ha ocupado mi taburete. Me acomodo entre sus muslos y apoyo la espalda en él para admirar la escena de pura felicidad. Me alegro en serio por ellos.

Divertida, veo que Daniel se abre paso serpenteando entre la multitud para llegar hasta su madre, da un salto y la besa.

—¿Puedo volver ahora a la sala de la televisión?

—No, puedes irte a la cama, que ya es tarde.

—¡Ay, tía! —gime él—. Solo una partida más, que tengo que ganarle.

—Vale, una más. —Rose mira a Tanque, que asiente con la cabeza y sale de la cocina detrás del niño.

—¿Embarazada? —murmura Brad, que sigue paralizado, sosteniendo la cerveza con una mano inerte—. ¿Cómo coño ha sido eso?

—Hagámosle un esquema a Brad —sugiere Goldie, y Ringo suelta una risa—. Traedme una hoja de papel.

—¿Me necesitan? —pregunta Furia al aparecer a nuestro lado.

Detengo la copa en los labios; el vikingo gigante quiere irse a jugar con su hermano y con Daniel.

—Es cosa de gemelos. —Encoge sus inmensos hombros con aspecto avergonzado.

—Vete —le dice James a mi espalda.

—Me han entrado ganas de cantar —declara Zinnea—. Sí. —Se sube al taburete con rapidez y salta a la isla, donde sus tacones con plataforma no parecen prometer nada bueno.

En efecto, comienza a salpicar a diestro y siniestro con la copa de vino mientras hace malabares para que no se le caiga y no caerse ella tampoco.

—Ten cuidado —le pido, y me encojo de miedo al ver que resbala sobre un pequeño charco —. Dios... —¿Cuánto vino ha tomado?

—Escuchadme todos... —anuncia, levantando los brazos en el aire para reclamar la atención de la estancia. Mi sonrisa es muy sincera. Aquí la tenemos: la distinguida Zinnea Dolly Daydream—. Os voy a cantar una cancioncilla. —Esther silba y Goldie, válgame Dios, comienza a vitorearla—. Dedicada a la pareja del momento —añade, llevándose un micrófono invisible a la boca—, y en la víspera de su día más especial. Para que haya amor, felicidad y...

—¡Ningún asesinato! —grita Rose, dejando a Danny en su sitio cuando este la mira con una sonrisa maliciosa.

Todos en la habitación entran en colapso, incluyéndome a mí. Es una locura, una absoluta locura.

—Y desde luego que ningún asesinato —añade Zinnea, sacudiendo la cabeza con incredulidad, antes de toser para aclararse la garganta y beber un nuevo trago de vino.

Valor. Hay valor en esa copa. La animo a tomarse todo el vino que sea necesario, porque lleva mucho tiempo sin hacer esto y tiene un público de lo más nuevo. En la estancia irrumpe su interpretación única del *I Gotta Feeling* de los Black Eyed Peas y los silbidos y los vítores no se hacen esperar. Me ha alegrado la noche; verla de esta manera, cantando, como pez en el agua, es otro tipo de medicina para mí. La observo, fascinada y satisfecha, mientras recorre la isla cantando de un lado al otro, sorteando platos y vasos.

James hace que me gire para mirarlo.

—Tienes que hacer las maletas.

—¿Ahora?

—Mañana no tendrás tiempo. La boda será todo estrés y prisas.

—¿Danny lo sabe? —le pregunto—. Sé que algo está pasando y soy consciente de que he prometido dejar que hagas las cosas a tu manera, pero Rose se volará los sesos si le estropean la boda.

—La boda será preciosa —dice él, con un exceso de confianza.

—No has contestado a mi pregunta. ¿Danny sabe lo que sea que estás planeando?

James levanta la vista hacia el otro extremo de la cocina y yo sigo su mirada para ver que Danny, quien nos mira su vez, está ajeno a las atenciones y celebraciones... y con expresión pensativa.

Dios, ¿qué demonios está a punto de pasar?

Capítulo 21

DANNY

No he pegado puto ojo, y no se debe a que esté a punto de casarme... otra vez... y con la misma mujer.

Todo va a ser una enorme cortina de humo. El fin se acerca. El mejor regalo de boda que puedo ofrecerle a Rose es la libertad, sin importar lo que cueste, sin importar el sacrificio que represente. Ella ya ha sido libre, los dos lo hemos sido: nos pasamos tres años perdidos dentro de una dichosa burbuja de relajante vida isleña en pareja. James ha hecho que eso cambiara. En realidad, técnicamente el responsable fue Spittle.

Ruedo sobre la cama y hundo la cara en la almohada mientras oigo correr la ducha. Son las cinco y media. Ella tampoco ha dormido, se ha pasado toda la noche dando vueltas, aunque por razones muy diferentes; ella está estresada, yo no. En lo que a mí respecta, es mi esposa, mi alma, mi vida, aunque quien nos casara hace tres años, en la playa de Santa Lucía, fuera una persona no investida. Aun así, Rose lo ha exigido y, cuando quiere algo, lo obtiene... a veces.

Gruñendo, me impulso con el puño en el colchón y me levanto y estiro el cuerpo camino del baño. Abro la puerta y me quedo en el umbral, viéndola enjuagarse el jabón del pelo con los ojos cerrados y la cabeza echada un poco hacia atrás. Se despliegan ante mí un millón de tentaciones: su cuello, sus tetas, su cuerpo húmedo y resbaladizo, por mencionar unas pocas. Hago una mueca y me cojo la polla al notar que comienza a hincharse y palpitar.

—Ni se te ocurra —le dice ella al techo, y sigue lavándose feliz el pelo.

Frunzo el ceño.

—¿Qué?

—Tengo demasiadas cosas que hacer. —Me da la espalda para encarar el chorro y se frota la cara—. No tenemos tiempo.

Pero ¿qué coño?

—Tú no tienes tiempo... —repito para mí, avanzando con lentitud hacia la cabina con los ojos entornados, sintiendo la llamada de cada glorioso centímetro de su cuerpo. Entro, la cojo y estampo su cuerpo mojado contra el azulejo húmedo—. Nosotros somos los únicos protagonistas del día —susurro, cogiéndole un pezón y moldeándolo entre el pulgar y el índice, divertido al ver que intenta ignorar el torrente de deseo—. Y esto —añado, llevando una mano a su coño y acariciándolo con suavidad mientras le beso el cuello— tiene muchísimo que ver con nosotros.

—Ni siquiera deberías haber dormido aquí. Es la tradición.

—No somos personas tradicionales. —Mi dedo se desliza hacia el interior de su carne cálida.

—Mierda, Danny.

—Mmm... —susurro, chupándole y mordiéndole la oreja.

—Para.

—No.

—Por favor.

—No.

—Pero tu ma...

—No. —Le meto los dedos y observo satisfecho que su cabeza golpea la pared y sus pulmones expulsan un aliento interminable—. ¿Lo estás disfrutando, nena?

—S...

—¿Rose? —La voz de mi madre se cuela en nuestro momento y yo saco los dedos y me retiro con rapidez, alarmado.

—¿Qué demonios hace mi madre aquí a las cinco y media de la mañana? —pregunto, cogiendo una toalla y tapándome con ella al salir de la ducha.

Rose, feliz como una lombriz, sale con gesto tranquilo y se pone un albornoz.

—Te lo dije: hay un montón de cosas que hacer.

—¿Hola?

Frunzo el ceño, abro la puerta de golpe y me encuentro a mi madre vestida de deporte.

—¿Vais al gimnasio? —le pregunto, mirándola de arriba abajo.

—Estoy vestida así por comodidad y rapidez—. Se tira de la parte inferior de la camiseta deportiva y mira por encima de mí—. ¿Dónde está Rose?

Con mi polla casi dentro.

—¿A las cinco y media, madre?

—La escultura de hielo llega en media hora.

—¿Tenemos una escultura de hielo?

Se tapa la boca con la mano.

—No. Nada de esculturas de hielo. —Con una sonrisa, pasa a mi lado para entrar al baño, coger a Rose y sacarla a la habitación—. He preparado el desayuno.

—Pues claro que sí —murmuro, viendo a mi madre llevándose a mi esposa a rastras de la habitación—. Supongo que me iré al gimnasio.

Dejo caer los hombros, resoplo y me acerco musitando a la silla del rincón de la habitación, de donde cojo los pantalones cortos y una camiseta negra y me los pongo. Después de calzarme las zapatillas de deporte, le mando un mensaje de texto a Brad:

¿Entrenamiento?

Vete a la mierda. Yo no hablo contigo, *PAPI*.

Nos vemos allí.

Me dirijo al gimnasio. La casa está en silencio, claro —son las putas cinco y media de la mañana—, y paso por la cocina a coger una botella de agua. La isla ya no está repleta de copas sucias y cuencos vacíos, sino decorada con todas las pastas de bollería imaginables. Hay cafeteras dispuestas de forma uniforme y, por supuesto, también algunas teteras. ¿Mi madre ha dormido algo esta noche?

Ni ella ni mi esposa levantan la vista del portátil cuando entro.

—Solo voy a por un agua —digo, pasando a su lado para abrir la nevera. No obtengo respuesta—. Por si me muero de sed —añado, desenroscando el tapón de la botella. Nada por parte de ninguna de las dos—. Me voy a matar a alguien —murmuro, pasando de nuevo a su lado camino de la puerta.

—Danny... —gime mi madre, con tono completamente reprobador—. Por favor, hoy no.

Echo la cabeza hacia atrás y salgo carcajeándome de la cocina.

—Hoy no, madre —digo en voz alta, y bebo un trago de agua mientras atravieso el recibidor.

Levanto la vista al pasar junto a la escalera porque me parece oír... ¿un taconeo?

Me detengo poco a poco y veo a Zin... a Lawrence bajar con prisas, atándose el cinturón de una bata de seda decorada con flamencos. Su verdadero cabello está desgreñado y tiene la cara limpia de maquillaje, pero sus pestañas siguen largas y rizadas a extremos imposibles.

—Buenos días —le digo, obligándole a levantar la vista de la cuidadosa posición de sus zapatillas de gatitos con tacón sobre los escalones de mármol. Sonrío al ver la pierna peluda que asoma por la bata.

—Oh, buenos días —dice, y comienza a juguetear con su pelo corto, como si tuviera que impresionar a alguien—. ¿Qué me he perdido?

—Nada lo bastante urgente como para que hayas dejado de ponerte las medias. —Sonrío con suficiencia al ver que pone los ojos en blanco.

—Irás al infierno, Danny Black.

—Eso si tengo suerte —contesto, y dejo a Lawrence cerrándose la bata a la altura de las piernas—. Están en la cocina. Prepárate.

Cerca del gimnasio comienzo a oír un ruido sordo, alto y constante. Abro la puerta unos milímetros, miro por la rendija y veo a Beau en mitad de una patada giratoria.

—Dios... —susurro mientras el saco de boxeo de cuero se balancea con tanta fuerza que está a punto de hacer un agujero en el techo.

No se detiene ahí, sino que pasa a sacarle diez toneladas de mierda a hostias mientras el objetivo no deja de columpiarse: puñetazos, patadas..., parece como si estuviese lidiando con una situación de verdadera gravedad. Al fin se acaba deteniendo y abraza el saco entre jadeos.

Me encargo de que se me oiga cerrar la puerta pero ella, que está claramente agotada, solo consigue girar la cabeza para ver quién ha llegado.

—Entreno solo —digo, dirigiéndome al *press* de banca.

—Igual que yo —contesta ella, apartándose del saco con un empujón para quitarse los guantes

—. Así que te largas, ¿no?

Sonrío y dejo la botella de agua sobre la esterilla.

—¿Qué te ha hecho el saco? —le pregunto, cogiendo una pesa de veinte y cargándola en un lado de la barra. No debería fatigarse de esa manera. Aunque no es mi responsabilidad, y que por lo general me importaría dos mierdas, sé que ella y Rose están muy unidas y..., bueno, eso.

Sin aliento, Beau mira el saco y lo golpea con el puño desnudo, ignorando mi pregunta.

—No me dio tiempo a felicitarte. —No me mira, tan solo se dirige al armario en el extremo más alejado del gimnasio y tira allí los guantes—. Felicidades.

Examino su espalda mientras cojo otra pesa de veinte, dividiendo la atención entre ella y la barra. No es exactamente verdad; me dijo que se alegraba por nosotros, que es lo mismo.

—Gracias —digo en voz baja mientras ella se queda de cara a la pared, sin ganas ni capacidad para mirarme.

No hallo el menor placer en su dolor. Nada de nada. Estoy exultante, Rose también, y es complicado encontrar un equilibrio, un punto intermedio feliz entre eso y la compasión que sentimos por Beau y James.

Me acomodo en la banca, bastante confuso. ¿Qué coño puedo decirle?

—¿Estás bien, Beau? —le pregunto, y de inmediato me arrepiento.

Qué pregunta de mierda... La vi anoche cuando volvió a la cocina y me fijé en cómo abrazaba a Rose y luchaba con todas sus fuerzas para no mostrar más que felicidad mientras que en su interior sabía que se estaba muriendo. Vi que James iba a por ella y ponía una excusa para marcharse, consciente de que su novia estaba cada vez más cerca de revelar sus verdaderas emociones. ¿Y voy yo y le pregunto si está bien? Mierda.

—Todo bien —dice, aún de espaldas a mí. La veo llevarse una mano a la cara, intentando resoplar con discreción. Miro por un instante el saco, que durante un rato se ha convertido en una serie de hombres: Dexter, el Oso, su ex, quizás incluso su padre. Ella da media vuelta con un aire de confianza que no me trago en absoluto—. ¿Nervioso? —pregunta, y de inmediato frunce el ceño.

Levanto una ceja, interesado.

—¿Debería estarlo?

—Es el día de tu boda. —Ocupa las manos con los guantes que acaba de dejar.

¿Está hablando de mi boda o de algo más?

—¿Qué sabes, Beau? —le pregunto de manera directa.

Ella me mira.

—Nada. ¿Qué sabes tú?

—Nada.

—Entonces ninguno de los dos sabemos más. —Me dedica una sonrisa completamente falsa y se apresura a alejarse—. Rose me necesita.

Yo entrelazo los dedos, estiro los brazos y clavo la vista en su espalda.

—Hasta luego —le digo en voz baja, pero me oye: su paso vacila durante una fracción de segundo antes de recuperar el ritmo.

¿Nervioso? No puedo decir que lo estuviera. Ahora, en cambio..., me preocupa qué pueda saber.

Beau se cruza con Brad en la puerta.

—Buenos días —dice él, que se detiene y sigue su camino con la mirada cuando ella pasa veloz a su lado.

—Buenos días —le contesta, sin girarse.

Brad hace una mueca.

—Alguien tiene prisa —dice, pensativo, y se quita la toalla de alrededor del cuello al verme en la banca. Me deslumbra con una sonrisa estúpida, que también es falsa; está tan encantado con el día de hoy como un cerdo con su cita en el matadero—. ¿Nervioso?

Pongo los ojos en blanco y me dejo caer de nuevo sobre la banca para coger la barra.

—No. ¿Y tú?

—Depende de la parte a la que te refieras. —Su cara aparece encima de mí—. ¿Por mis labores como padrino o por mis labores como asesino?

—¿A quién vamos a asesinar? —le pregunto.

—¿Vamos? No, no vamos. Soy yo, que estoy considerando muy seriamente asesinarte a ti.

—Nada de sangre en la boda —le advierto, flexionando los brazos antes de levantar la barra de su anclaje—. Rose se pondría como una moto.

—Ah, así que tendríamos que temer a tu esposa, pero no al megalómano con un ejército de asesinos que le siguen por Miami como si fuera el puto flautista de Hamelín.

Hago descender la barra hasta el pecho poco a poco y la levanto con facilidad, para repetir el movimiento veinte veces.

—Esa lista de asesinos está menguando. —Hemos matado a la mitad de los cabrones en puestos elevados y se los hemos dado de comer a los tiburones—. Todo está cobrando forma.

—Ya —dice Brad, cogiendo la barra y apoyándola en el soporte—. Todo está saliendo a pedir de boca.

Le miro, secándome el ceño.

—¿Dónde está James?

—¿Por qué?

—¿Es que no puedes contestar a una puta pregunta sin tener que interrogarme?

—No confías en él.

No confíes en nadie, es lo que papá decía siempre. ¿Confío en James? ¿He confiado alguna vez en él? ¿Confía él en mí? No estoy seguro de nada.

—Ya sabes que no confío en nadie. —Cojo la barra de nuevo—. Bueno, ¿dónde está?

—No lo sé. No le he visto esta mañana.

Vale. Hago otras cuatro series de veinte, le pego algunos golpes al saco, distraído, y remo

durante quince minutos. La sesión no me ha ayudado en absoluto a relajarme. Cojo la botella de agua de la esterilla.

—Voy a salir en la moto de agua.

—¿Por qué? —pregunta Brad en voz alta, machacando el botón de la máquina de correr para que baje el ritmo.

Hostia puta, es como una mujer.

—Porque me relaja.

—Entonces sí que estás nervioso... —Su voz jocosa hace que me den ganas de meterle el saco de boxeo por el culo.

—Vete a la mierda —le digo, abriendo la puerta—. Y no olvides bajar el peso de la barra.

—¡Que te den! —grita, y me río camino de la habitación. Rose me intercepta en la escalera y dedico un momento a empaparme en la belleza absoluta y despampanante de su aspecto, vestida con una bata blanca y con el pelo recogido en alto. Eso sí, parece algo nerviosa.

—Te necesito —me dice.

Al final sí que puede verme antes de la boda...

—Yo también te necesito, nena —gruño prácticamente, agachándome y levantándola sobre el hombro.

—¡Danny!

Subo las escaleras con urgencia, antes de que alguien vuelva a interrumpirnos. Tengo que desahogarme un poco antes de irme a...

—¿Rose? —la llama mi madre.

—¿Me estás tomando el puto pelo? —murmuro, girando sobre los talones para encontrarme a mi madre con los brazos en jarra, al pie de la escalera y con expresión poco impresionada: al parecer se ha convertido en una policía del sexo.

—Bájala —me advierte—. Se supone que no debes verla esta mañana, y mucho menos vapulearla.

Si cualquier otra persona del mundo me exigiera lo mismo, esa persona estaría muerta en un santiamén. Mi madre, en cambio... Por eso gruño y bajo a Rose al escalón inferior al que ocupo, mostrándole a mi madre mi descontento.

—Ha empezado ella —digo, como un crío.

—Necesito que me ayudes con una cosa. —Rose me coge la mano y me hace bajar la escalera. Que Dios me ayude, ¿por qué acepté pasar por esto? Me froto la cara con el dorso de la mano—. La gente de la carpa se ha confundido de bombillas.

Me quedo perplejo.

—¿Qué? —pregunto mientras me veo arrastrado hacia el jardín y frente a la carpa, que ahora está decorada en blanco. Todo es blanco: los globos, las flores, los manteles, las sillas, incluso el suelo. Blanco, blanco puro, inmaculado y brillante. Ha sido una decisión consciente por parte de Rose.

—Las bombillas —dice, señalando las lucecitas brillantes que cuelgan del techo y que suben hasta los aleros. Sonrío al acordarme de nuestro restaurante favorito en Santa Lucía—. No son del color que pedimos.

—No tienen color. —Son bombillas normales, que arrojan una luminosidad normal, como la que uno encontraría en cualquier habitación de cualquier casa.

—Sí que tienen, es luz albaricoque y yo la pedí blanca.

Podría estallarme la cabeza.

—¿Y para qué me necesitas?

—Bueno, ¿te gustan?

—Son luces.

—Son luces de color albaricoque.

—No son blancas... —digo, cansado, y recibo un puñetazo en el bíceps a cambio—. Rose, nena, me importa una mierda de qué color sean las luces. —Todo esto me entra por una oreja y me sale por la otra: luces, escultura de hielo...—. ¿Qué coño es eso? —pregunto, señalando la mesa del rincón.

Ella hace una mueca.

—Es el pastel.

—Pero si es un puto rascacielos —digo, acercándome a él, y cuanto más lo hago más debo levantar la vista para no dejar de mirar su parte superior—. Dios... —susurro. Tardaremos diez años en acabárnoslo—. ¿Eres consciente de que Barbie y Cindy se lo tragarán entero si lo huelen?

—Sí, soy consciente de ello, de ahí que estén en su caseta. La empresa solo ha podido servirlo a primera hora porque lo encargamos con muy poca anticipación y tenían que entregar otras tartas.

Estiro el brazo y paso el dedo por la crema de azúcar.

—¡Danny!

—¿Qué? —pregunto, con el dedo colgando de la boca. Joder, está buena. Me relamo mientras Rose me mira, exasperada. Tiene que relajarse, hostia. Es mi pastel—. Deja de estresarte, nena.

Acepté hacer esto porque se merece una gran fiesta en la que ella sea el centro de atención. Mi reina se merece algo normal, aunque de haber sabido que iba a ponerse tan nerviosa, me habría negado. No es posible que se lo esté pasando bien.

—No estoy estresada. —Deja caer los hombros y su mirada pasa de la preocupación a la advertencia—. Prométeme que no has planeado nada turbio para hoy.

—Prometido —me apresuro a contestar, y le planto un beso en los labios antes de retirarme con rapidez—. Voy a salir al mar —le digo, sacando el móvil para ver qué hora es. No son ni las seis y media y ya estoy hecho polvo.

—¿Qué? —grita, persiguiéndome—. ¿Por qué? ¿Y si te necesito?

—Pero si acabas de demostrar categóricamente que no —le digo, riéndome, y comienzo a

subir la escalinata que lleva a la casa—. Además, me irá bien un poco de descanso y recuperación.

—¿Por qué?, ¿estás nervioso?

Yo también sonrío mientras llego a lo alto de los escalones.

—A tu lado, nena, siempre.

¿Quién sabe cuándo va a soltarme uno de esos ganchos de derecha fabulosos? Además, si supiera lo que voy a hacer ahora, ese puño suyo me golpearía la cara como una ametralladora.

Después de ponerme unos pantalones de chándal de color gris, una camiseta blanca y las zapatillas de deporte, me he pasado por el despacho a coger algo de efectivo. Al llegar al coche me he encontrado a Brad en el asiento del copiloto, aún vestido de deporte y sudado. No le he dicho una sola palabra ni él tampoco a mí, tan solo hemos conducido hasta el astillero con el *Closer* de Kings of Leon sonando a bajo volumen, los dos en silencio, pensativos.

Una vez allí, Leon se dispone a meter mi moto en el agua, tal y como le he indicado.

—¿Nervioso por la semana que viene? —pregunta con una sonrisa mientras baja la Sea-Doo a la arena, antes de empujarla al mar.

Brad se ríe y se gana una mirada de reprobación por mi parte. Es entonces cuando lo pilla, y mi mirada se vuelve más sombría: sí, la semana que viene. Ladea la cabeza en gesto un inquisitivo.

—¿Dónde está mi traje? —pregunto, dirigiéndome a la cabaña mientras enciendo un cigarrillo.

—Colgado de su taquilla.

—Saca el mío —dice Brad, siguiéndome.

—Sí, Jefe B.

—Y mi moto.

—Déjalo, Leon —le digo por encima del hombro—. Hoy no va a salir al agua.

Llego al vestuario y cojo el traje, cargando con él hasta el exterior. Allí me encuentro a Brad, que está subiendo la escalera para venir a verme.

—¿Qué has querido decir con eso? Yo quiero salir.

—Calla, pesado —me dirijo al contenedor de color amarillo, con Brad a mi lado y Leon pisándonos los talones—, no vas a salir —repito, antes de sacarme una llave del bolsillo trasero y abrir el candado—. Y yo tampoco. —Abro la puerta y el chirrido del metal perfora el silencio de la mañana—. Él sí.

Tanto Brad como Leon estiran el cuello para ver lo que hay dentro del contenedor.

—¿Quién coño es ese? —pregunta Brad, contemplando la lamentable figura de un hombre atado a una silla de madera con bridas extrafuertes.

—No lo sé —admito, sacándome un cuchillo del bolsillo trasero—. No quiere hablar.

—Pero ¿dónde lo encontraste?

—No fui yo.

—Fui yo —canturrea Leon, cuyo pecho se hincha prácticamente de orgullo—. Estaba intentando colarse en el almacén de las motos.

—Con una bolsa llena de explosivos —añado, pasándole el traje a Leon antes de ponerme en cuclillas delante del desconocido—. ¿Sigues sin querer contarme quién te mandó poner una bomba en mi moto? —Es como un jodido *déjà vu*.

—Hostia puta —susurra Brad, que se pasa una mano por el pelo y comienza a pasearse por el exterior del contenedor—. ¿Y ahora qué?

—Ahora, nuestro amiguito va a hacer una carrera en el mar. —Corto las bridas y lo tiro al suelo, inmovilizándolo mientras Leon y Brad le ponen el traje de neopreno a la fuerza.

—¡No por favor! —grita él, retorciéndose.

—Vaya, sabe hablar —digo, pensativo, y además es irlandés—. Quédate quieto, joder —ladro y le suelto un gancho de derecha de los que te rompen la nariz.

—Ay. —Leon se encoge de la impresión y se pone en pie al acabar—. ¿Va a hacer lo que creo que va a hacer?

—Depende de lo que creas que voy a hacer. —Asiento en dirección a Brad para que le coja por el otro lado y juntos lo ponemos en pie—. Listo. —Le dirijo una sonrisa radiante a este pedazo de mierda babeante y ensangrentado—. Ya estás preparado para una salida matutina por estas hermosas y resplandecientes aguas. —Le sacamos del contenedor camino de la orilla y de mi moto—. Algo me dice que va a ser un día abrasador.

—No, por favor. ¡No puedo decirte quién me mandó porque no lo sé!

—Es una lástima.

El tipo se queda inerte entre Brad y yo, levantando los pies del suelo en un intento por entorpecer nuestro avance. Por supuesto, no lo consigue.

—Por favor, os lo suplico.

—Entonces, la bomba está en la moto —dice Brad mientras lo subimos a la Sea-Doo y él multiplica sus protestas.

Me saco unas bridas del bolsillo y le ato las muñecas mientras Leon —cuya iniciativa he de decir que me encanta— se encarga de sus piernas, pasándole una cuerda alrededor de los pies y de la moto. Cuando acabo, sonrío y doy un golpecito en el costado del vehículo.

—Cargado —canturreo. El pobre cabrón está llorando y farfulla palabras incomprensibles contra el manillar—. ¿Te has encargado de la dirección?

—Claro que sí. —Sonríe Leon, orgulloso de sí mismo, antes de sacar el móvil y mostrarme la pantalla—. Todo controlado desde aquí.

—Dios —dice Brad con una risa incrédula, sacudiendo la cabeza mientras mira al chico—. ¿También has acoplado la bomba?

Él se encoge de hombros con aspecto de no estar muy impresionado.

—Solo eran unos cables y un temporizador, nada del otro mundo.

—¿Y dónde está el detonador?

Meto el cordón de la llave en su sitio y pongo en marcha el motor.

—Supongo que lo tiene alguien en algún lugar. —Retrocedo un paso y asiento en dirección a Leon para que le amordace, cosa que hace con rapidez y eficacia—. *Bon voyage.*

Leon toma el control de la moto y esta comienza a adentrarse resoplando en el mar mientras los tres nos quedamos en la orilla, observando.

—Aléjala todo lo que puedas —le ordeno, paseando una mirada por la cala antes de ver qué hora es.

—¿Y ahora qué? —pregunta Brad.

—Ahora Leon se divertirá un poco antes de que alguien, allá donde esté, apriete el botón del detonador. —Le doy una palmada en la espalda al muchacho y me saco un fajo de veinte de los grandes del bolsillo trasero para pegárselo al pecho—. Buen trabajo, chaval.

—No hay problema, Jefe D. ¿Qué hay del tipo en el otro contenedor?

—Tú sigue dándole de comer y beber. —Me alejo, con Brad pisándome los talones.

—¿Sigue sin saberse nada del móvil del hijo de Spittle?

—Aún no.

Me subo al Mercedes, ansioso por volver a casa y seguir brindándole a mi esposa el día de sus sueños.

Bajo la escalera poco a poco, haciéndome el nudo de la corbata, y el sonido de mis zapatos de vestir al golpear el mármol resuena en el vestíbulo. La casa está en silencio; es un puto milagro. Todas las mujeres están en el piso de arriba, arreglándose, igual que los hombres, y el jardín está repleto de gente dando los últimos retoques para que todo esté a punto.

Al llegar al despacho cierro la puerta y me sirvo un trago. Me acomodo en la silla de gran tamaño, detrás del escritorio: mi trono. Me hundo en el cuero, cierro los ojos y veo a papá, que parece estar orgulloso. Debería estarlo, joder.

«¿Tienes familia, chico?», me preguntó. Y yo le respondí: «No, señor», y entonces él me indicó: «Súbete al coche».

Sonrío para mis adentros y me trago la bebida mientras llaman a la puerta.

—¿Qué? —pregunto en voz alta y, un instante después, Daniel asoma la cabeza al otro lado. Sonríe, paseando la mirada por la sala, y se queda en el umbral—. Puedes entrar, muchacho.

Con mi bendición, él se aventura hacia el interior de la habitación. Soy muy consciente de que esta ha sido una fuente de fascinación para él desde que llegó. No tarda en mostrarse poco impresionado. No sé qué esperaba encontrar, ¿una alfombra empapada de sangre? Suerte de Goldie, joder, que siempre parece estar al tanto de esos detalles que se les olvidan a los demás.

Le observo mientras se acerca a la silla que hay al otro lado de mi escritorio. Su traje parece

hecho a medida y, en efecto, así es. Aun así, el chico tiene que aprender a vestirse. Me pongo en pie y rodeo el escritorio.

—Levanta —le ordeno, haciendo un gesto impaciente con las manos. Él obedece, mirando hacia abajo mientras le desato la corbata y tiro de sus extremos—. Comienza por aquí —le digo, mostrándoselos—. El lado estrecho ha de ser más corto que el grueso.

Él se encoge de hombros.

—El tío..., la tía de Beau me ha hecho el nudo.

Le sonrío mientras hago pasar un extremo por encima del otro.

—¿Cómo está tu madre?

—Aterrorizada.

—¿Por qué?

—Tiene miedo de que la escultura de hielo se derrita. —Pega una sacudida y se da una palmada en la frente.

—¿Hay una escultura de hielo?

—No, no hay ninguna escultura de hielo.

Me río por lo bajo y le hago el nudo, retorciéndolo.

—¿Lo ves? Así es como se pone uno la corbata. —Le limpio los hombros y le arreglo las solapas de la americana—. Mejor así.

—¿Y por qué os vais a casar, si ya lo habíais hecho? —Se deja caer sobre la silla mientras yo regreso a la mía.

—Vamos a renovar nuestros votos.

—¿Por qué?

—¿Quieres preguntarme algo a lo que pueda contestar?

—Vale. —Señala el vaso de whisky que tengo ante mí—. ¿Puedo probar un poco?

Sonríe con picardía y yo cojo el vaso, lo hago girar dibujando círculos lentos mientras le observo. Entonces se lo paso por encima del escritorio y me recuesto en la silla mientras le veo cogerlo como si nada, haciéndose el machito. Bebe un buen trago... y se atraganta.

—Qué asco, tío. —Le dirige una mirada de repulsión al vaso y vuelve a pasármelo—. ¿Todo el alcohol sabe así?

—Sí.

—Pues no pienso volver a probarlo nunca. —Saca la lengua y se la limpia con la mano—. Es repugnante.

—Solo los hombres de verdad pueden beber whisky, muchacho. Tú no eres un hombre, pero lo serás algún día.

—¿Me quedaré contigo y con mamá hasta entonces? —pregunta, jugueteando con el nudo de la corbata, intentando aflojárselo.

—¿Tú qué quieres hacer? —pregunto, esperando que conteste lo que deseo y necesito, y no solo porque no esté a salvo con Hilary y Derek. Al supuesto padre de Daniel le falta una rótula y

su matrimonio está a punto de venirse abajo.

—Me gusta estar aquí —contesta, pero a regañadientes—. Echo de menos a mamá..., a Hilary..., a mi otra mamá y papá, pero... —Se encoge de hombros—. No sé.

El muchacho no ha cumplido los catorce aún, así que no me sorprende que le cueste expresar sus emociones.

—Te sientes mal —le digo, cogiendo el vaso.

Es el sentimiento de culpa, se le nota en la cara. Se siente culpable por querer estar aquí. Si le quitas el crimen, claro, lo que te queda es una mansión con todo tipo de lujos: gimnasio, pistas de tenis, sala de cine y mucho más. Pero eso es irrelevante. Ningún chaval puede sobrevivir solo a base de cosas materiales. Además tiene a Esther, que lo adula y le da de comer, a dos vikingos con los que competir y que, al parecer, son la hostia en vinagre jugando al *Call of Duty*, y a un ejército de figuras paternas. Aquí es imposible llevar una vida normal pero, cuando es estable, es una buena vida y es evidente que a Daniel le gusta estar aquí. Además, y eso podría ser lo más importante, es el lugar más seguro para él.

—Pero, si vuelvo, me sentiré mal por mamá..., por mi mamá de verdad.

—Tu mamá de verdad es una guerrera —le digo, guiñándole el ojo, sin la menor intención de contarle que, si escogiera a Hilary y Derek por encima de ella, eso destrozaría a Rose. Lo aceptaría, pero se quedaría devastada. Tener a Daniel aquí no iba a ser ideal en ningún caso, pero estoy trabajando en ello.

Sonríe.

—¿Qué le pasó a tu padre?

—Murió.

—He oído que conoció a Al Capone.

Me río, y no puedo negar que la carcajada tiene un componente ligeramente nervioso. ¿Quién coño le ha contado eso?

—Al Capone es anterior a la época de mi padre —le digo, abriendo el cajón—. Mi padre hubiera barrido el suelo con Capone. —Pongo el retrato de papá encima del escritorio, sonriendo: su traje de color crema, el puro y el coñac habituales, la cabeza llena de pelo, aunque canoso...

—¿Es él? —pregunta Daniel, que coge la foto y la examina, fascinado—. Parece una estrella de cine.

Es exactamente lo que pensé el día que le vi bajarse de un Mercedes ostentoso en un viejo y sucio callejón de Londres.

—Es él. El infame Carlo Black. Yo le llamaba señor.

Daniel levanta la vista de golpe.

—Y tú eres muchacho —dice, esbozando una sonrisa.

—Soy muchacho.

Hostia puta, se me ha hecho un nudo en la garganta. Lo aclaro y engullo un poco más de

whisky, aunque detengo el vaso todavía en la boca al oír de fondo que los perros se ponen como locos.

—La abuela Esther los ha dejado salir para darles de comer —dice Daniel, y sonrío ante la referencia cariñosa a mi madre. Joder, espero que los mantenga alejados del pastel.

—¿Por qué ladran?

—No les gusta el cura —contesta Daniel.

—¿El padre McMahon está aquí?

—La yaya Esther también le está dando de comer.

Me río por lo bajo. Si mamá se sale con la suya, todo el mundo que pase por aquí acabará teniendo el tamaño de una casa. Me llevo la mano al bolsillo interior y saco el móvil cuando suena.

—Ve a tirarles una pelota a Cindy y Barbie un rato —le ordeno en voz baja mientras miro el número, preparado para atender la llamada y acabar con esto—. No te manches el traje.

—No. —Daniel se pone en pie de un salto y sale del despacho disparado como un galgo, cerrando de un portazo al salir.

Me estremezco por el ruido y contesto el móvil.

—Leon...

—Su estupenda moto de agua acaba de explotar en mil pedazos —dice, con voz maravillada —. Hostia puta, Jefe D...

No me sorprende; había suficiente C-4 para cargarse un crucero.

—¿A qué hora exacta?

—Exactamente a las doce y veintiuno.

—Bien. —Engullo el resto del whisky y estampo el vaso contra el escritorio—. Cierra y mueve el culo, que te vienes para aquí.

—¿Por qué?

—Porque estás invitado a mi boda.

—Su boda es la semana que vie... —Hace una pausa cuando su cerebro lo pilla—. No es la semana que viene.

—¿Tienes traje?

—No.

Pues claro que no. Leon es una de esas personas que aunque se duchan a diario siempre se las arreglan para parecer sucias.

—¿Nada en absoluto?

—No.

—Pues tal y como vas ya estás bien. —Cuelgo y me quedo pensativo. Las ideas recorren mi mente sin parar hasta que vuelve a sonarme el móvil. Bajo la vista y veo un número de Londres —. Hola.

—¿Black?

—Depende de quién lo pregunte.

El tipo se ríe.

—Eugene Conner —contesta—. He encontrado a tu hombre.

—¿Dónde?

—En Panamá.

—¿Me estás tomando el pelo?

—No te tomo el pelo. Está más cerca de ti que de mí, colega. Tengo gente allí. Lo tienen retenido en un almacén junto al aeropuerto de la ciudad. ¿Qué hago con él? ¿Lo mato? ¿Lo torturo?

—Para el carro —le digo, riéndome—. ¿Puedes hacer que esté en Miami mañana por la mañana?

—Me debes una —contesta Eugene antes de colgar, en el momento preciso en el que recibo un correo de Brad informándome de todo lo que necesito saber sobre el edificio hasta el que seguí a Shannon, y confirmando lo que ya he averiguado.

—El muy cabrón... —susurro.

—¿Quién es un cabrón?

Levanto la vista y me encuentro a James en el umbral. Estaba tan distraído, tan absorto, que no le he oído entrar. Sacudo la cabeza y le hago un gesto con la mano para que se siente. Me levanto a coger una botella y otro vaso.

—Bonito traje —le digo, sirviéndole una bebida y rellenando la mía—. ¿Lo has alquilado?

—Vete a la mierda —replica, haciéndome reír—. ¿Estás nervioso?

Hostia puta, cualquiera pensaría que tengo algún motivo para estarlo.

—Solo hay una cosa en este mundo que me pone nervioso —admito, sin acabar de creerme que esté confesándolo.

James levanta las cejas poco a poco y me mira con el borde del vaso en los labios.

—Rose.

—Rose —confirmo, sin sorprenderme de que haya llegado a la conclusión correcta. Tengo la sensación de que a él le pasa lo mismo. Me siento—. Si me ama, si lo hará para siempre, si está a salvo... —la comisura de los labios se eleva—, si está cabreada... —Hago un brindis en el aire—. Por las mujeres que nos ponen nerviosos.

—Salud. —James se traga la bebida.

—¿Cómo están las cosas por ahí fuera? —le pregunto, señalando en dirección a la puerta.

—Ajetreadas. Se está liando bastante gorda para una boda con tan pocos invitados.

La ceremonia íntima en la playa de Santa Lucía no fue legal del todo y la verdad es que lo único que hace que hoy vaya a ser diferente es que la oficiará el padre McMahon.

—¿Y cómo están las cosas en ese frente para Beau y para ti?

James vacila al dejar el vaso sobre el escritorio.

—No hemos hablado de ello.

—¿Y lo necesitas? El matrimonio, digo.

Su sonrisa es irónica.

—Tengo la sensación de que es algo más definitivo.

—Los que se acaban son más que los que no.

—Entonces, ¿por qué has sucumbido ante la institución del santo matrimonio? —pregunta, recostándose en el asiento para ponerse cómodo.

Es una buena pregunta y sobre la que he pensado sin parar durante los últimos años. No lo necesitaba para saber que Rose es mía, ella ya lo era antes de que le pusiera un anillo en el dedo. Rose estuvo sola desde niña, sin familia, sin nada, y además le robaron a su hijo.

—Creo que, subconscientemente, quise ofrecerle estabilidad. Prometerle algo que no le podrían arrebatar, ni robando ni matando. —Y planeo cumplir esa promesa.

—Tiene sentido.

Apoya el codo en el brazo del asiento y se roza la barbilla con el lateral del dedo. Está escarbando en buscando su propio sentido. Tampoco es que importe mucho, porque no se van a casar.

Me inclino por encima del escritorio y le lleno el vaso de nuevo. El tintineo de la botella contra el vaso hace que abandone la ensoñación.

—Mañana por la noche me llevo a Rose a Santa Lucía. —Y, con suerte, no tendremos que volver.

James entorna los ojos un milímetro.

—Hablas como si el trabajo estuviera hecho.

—Así será —le aseguro—. Salgamos en moto mañana por la mañana.

—¿Por qué?

—Quiero enseñarte algo.

Comienza a mover la mandíbula, devorado por la impaciencia.

—Habla, Danny.

—Hemos encontrado a Brunelli.

La impaciencia se transforma en algo mucho más letal.

—¿Dónde?

Levanto un dedo.

—Lo hemos acordado. Nada de negocios hoy o será el día de tu funeral. —No hace falta que nadie se entere de mi pequeña incursión en el mundo del C-4.

Los dos miramos hacia la puerta cuando comienza a abrirse. Brad entra, con su traje y sus zapatos nuevos. Me encuentra de inmediato con una mirada inquisitiva. Le dirijo un asentimiento de cabeza que entiende bien e inspira con sutileza, aunque sus ojos... Sus ojos están repletos de furia.

—Necesito unos minutos solo —digo, cogiendo el whisky de nuevo, girándolo hacia un lado, a continuación hacia el otro, examinando el líquido dentro de la botella. Ninguno de los dos dice

nada y salen en silencio, aunque es evidente que James está de los nervios, y tiene todo el derecho de que así sea.

Cojo el retrato de papá y le miro a los ojos.

—No confío en nadie —susurro.

Busco un número en el teléfono y le echo un vistazo al reloj antes de marcarlo. Me llevo el móvil al oído, poniéndome en pie y comienzo a pasearme poco a poco de aquí para allá.

Espero unos segundos a que hable, pero no lo hace; pues claro que no. En este momento está al otro lado de la línea, preguntándose, temeroso, si Danny Black ha regresado otra vez de entre los muertos.

—Sorpresa —le digo en voz baja, y se me curva el labio con naturalidad—. Lo siento, hoy no me podía morir porque me caso la semana que viene, estoy seguro de que te habrás enterado. —Sigue sin decir nada. Es un duelo, un estúpido juego de poder. Puede quedarse con ese poder, aunque solo de momento; hoy tengo que asistir a una boda—. Así que esas tenemos, ¿eh? —le pregunto—. ¿Seguirás haciendo estallar cosas en Miami hasta que des con tu objetivo? —Sigue sin hablar, y detesto que el hecho de que no diga nada me esté tocando las narices. Ni siquiera la sorpresa de que yo siga respirando ha logrado que hable. Acabemos con esto de una puta vez—. Quiero algunas garantías.

—¿Cuáles?

—Paz y libertad para mí y mi familia. Me largo de Miami, no volverás a saber de mí y yo no quiero volver a saber de ti.

—Hecho.

—Y quiero saber quién eres —añado—. Si yo te entrego al Enigma, tú me proporcionas tu identidad. Es la única manera que tengo de garantizar mi libertad. —No puedo irme de Miami sin saber quién es este cabrón—. Es la única manera que tengo de asegurarme de que mi familia estará a salvo.

Él inspira y el distorsionador se amortigua.

—De acuerdo.

Ha valorado sus opciones y no ha tardado mucho en decidirse. Mi oferta es lo mejor que va a conseguir. Él lo sabe y yo no puedo seguir esquivando a la muerte porque llegará un momento en que no podré hacerlo.

—Hay un contenedor de color verde en el astillero, estoy seguro de que sabes dónde cae. Lo tendrás allí mañana a las siete de la mañana. Me aseguraré de que así sea.

—¿Por qué ese cambio de opinión?

Miro hacia la puerta que me separa de mi familia; tras ella está Daniel, está mi esposa, y pudo verla dormir en paz en nuestra cama de Santa Lucía. No ha dormido así desde que volvimos a Miami, sin interrupciones, toda la noche. Tras esa puerta también está la imagen de mi bebé en el monitor y no necesito que mis enemigos sepan que estoy camino de tener otro talón de Aquiles.

No contesto, cuelgo y me quedo mirando el cuadro que oculta mi caja fuerte. Me acerco a él y

lo descuelgo para acto seguido girar el dial hasta que la caja se abre. Meto la mano y saco una VP9, compruebo el cargador antes de introducirlo de nuevo y devuelvo el cuadro a la pared en el momento en que Daniel irrumpe en el despacho.

—Es la hora, señor.

—Ya voy, muchacho.

Capítulo 22

ROSE

El vestido es de mi gusto y es lo que quería, que muestre suficiente piel, con los hombros descubiertos. La altura de mi cuerpo se adapta a la comodidad de la seda que llega hasta el suelo y me ciñe la figura. Además, su tono de color rojo no es un rojo puta; es un rojo con clase, no de zorra. Porque ya no soy una zorra.

Me encanta. A Danny le encantará y, sobre todo, le encantará lo que simboliza que me haya puesto este vestido: la libertad.

Representa el control, pero no que te controlen. En realidad es irónico, porque el amor por Danny guía por completo mi vida y no así él: él nunca me controlará. Y, para rendir homenaje al hecho de que ningún hombre volverá a hacerlo, estoy parada frente a la carpa, sola, tal y como dijo Danny, enfundada en mi vestido largo de color rojo que he escogido yo por mi cuenta.

Sonrío, pasándome las manos por la tela. No llevo flores, quiero tener las manos vacías porque ya no necesito aferrarme a nada. Aferrarse a algo implica un miedo a que te lo arrebaten. A mí no me van a arrebatar nada. Hoy no. Ni a mi hermoso hijo, a quien he visto caminando de espaldas hacia el altar y que cuando ha reparado en mí, me ha mandado un beso. Dios, adoro a este crío. Tampoco a mi querido y mortífero novio, que hace media hora me ha mandado una imagen de la reina de corazones.

Me acerco con paso firme a la pérgola que preside en arco la entrada. Hay un fuerte olor a madreselva. Paso a ver el espacio en su totalidad, pero no me fijo en nadie más que él, de espaldas a mí. Su cuerpo, alto y peligroso, vestido con su mejor traje negro; su pelo moreno aún un poco largo, con rizos que asoman aquí y allá. Mi obra de arte, letal en todos los sentidos de la palabra.

Solo mira por encima del hombro cuando comienza a sonar el *I Put a Spell on You* de Nina Simone, y una sonrisa burlona decora su rostro de un atractivo demente. Se me escapa una risita en el momento en que todo el mundo se da la vuelta para mirarme.

—Te lo voy a preguntar solo una vez —dice él en voz alta, con expresión expectante, mientras gira el cuerpo con calma para mirarme—. ¿Quieres ser mía?

Se me encoge el corazón, pero a la vez tengo la sensación de que me estalla. ¿Podría amarle más?

—Quiero ser tuya.

—Entonces, ¿qué coño haces ahí parada, mujer? —pregunta, haciendo que el padre McMahon

retroceda un poco y que el resto del mundo se ría.

Y así ha sentado el tono de nuestra boda antes de levantar la mano para que vaya hacia él, cosa que hago. No alargo mi paseo hacia el altar ni me tomo mi tiempo para que la gente me admire. Si no llevara zapatos de tacón, lo más probable es que corriera hacia él, pero los llevo, así que camino con seguridad y le alcanzo en un santiamén, cuando aún queda casi toda la canción por sonar.

—Estás hermosa —susurra, y hace que nos mezamos, que giremos en círculo, hasta que se aparta para poder verme bien.

Él también está hermoso. Tiene la barba de pocos días recortada, la cicatriz sobresale prominente y los ojos le brillan de felicidad en vez de frialdad. Soy una de las tres personas de este mundo que disfrutan de esta faceta de Danny Black y pronto seremos cuatro.

Ajeno al padre McMahon y a la congregación que nos observa y espera, dice:

—Dime que me amas.

—Te amo.

—Dime que confías en mí.

—Confío en ti.

—Dime que eres feliz.

Me río y él me da un codazo para que responda, con una sonrisa que hace juego con la mía.

—Soy muy muy muy feliz. —Le paso los brazos sobre los hombros y entrelazo los dedos en su nuca.

—Creo que estás loca —murmura.

—Creo que eres mío —contesto.

—Creo que eres hermosa.

—Creo que eres mío.

—Creo que te odio más que de lo que te he odiado nunca.

Rodeo su nariz.

—Creo que eres mío —susurro.

—¿Acaso tengo elección?

Le cojo la mano y la pongo sobre mi vientre.

—¿Tú qué crees?

Su sonrisa al mirarme la barriga es de esas que no concuerdan con su carácter asesino.

—Creo que quieres que un capullo loco, asesino y depravado sea el padre de tu hijo.

Me río, no puedo evitarlo.

—Y que se llame Danny Black.

—Su nombre es Danny Black —confirma él—. ¿Estás lista?

Asiento y veo detrás de él a Beau sentada al lado de James, con la mano descansando en su muslo, cubierta por la mano de él. Su sonrisa es ligera, pero está ahí. Lleva el brazo de la cicatriz tapado. De repente mi felicidad me parece increíblemente equivocada y se me parte el corazón

por mi amiga, sobre todo cuando sacude un poco la cabeza al mirarme, pidiéndome en silencio que no lo lamente por ella. Es imposible, me siento como si estuviera aquí parada con todo aquello que jamás me atreví a soñar, mientras que Beau sigue luchando para aceptar todo lo que ha perdido.

Capítulo 23

JAMES

Nunca había estado en una boda, pero estoy bastante seguro de que no son así. Por otra parte, llevo tiempo sin vivir en el mundo normal, y menos ahora. En cualquier caso, ha sido una ceremonia bonita, con personalidad, casi íntima, y, mientras estaba ahí sentado, con Beau pegada a mi lado, viendo a Danny y a Rose a lo suyo y ajenos a la pequeña congregación de familiares y amigos, solo podía pensar en la desesperación que siento. He experimentado el dolor a extremos inconcebibles, pero saber que Beau está mal por más razones que la muerte de su madre y la traición de su tío es una agonía pura. Lo primero puedo y planeo solucionarlo, pero no tengo ni idea de cómo puedo gestionar lo segundo, y esa impotencia no hace más que acentuar la rabia que llevo dentro. Tengo que canalizar esa energía antes de que me consuma.

La gran mesa redonda está dispuesta en la sala y todo el mundo está sentado a su alrededor. No es una boda mayúscula en cuanto a número de invitados, pero sí es colosal en suntuosidad y derroche. Es como una cena muy trabajada con los amigos. La comida —los ocho platos— ha sido excepcional, como se esperaba. Para comenzar, ostras, y sé que han tenido una motivación personal, sobre todo cuando Danny ha hecho una exhibición al dárselas de comer a Rose y le ha suplicado que no las masticara. El personal del servicio de plata ha limpiado la mesa y casi todos estamos recostados en la silla, llenos hasta arriba de buena comida y buen vino.

Siento la palma de Beau dibujar círculos en mi espalda, como si mis cicatrices la reconfortaran, y le miro el brazo. No sé si es bueno o malo que vuelva a llevarlo tapado. Le cojo la mano, apartando sus dedos uno a uno de la copa, y me la llevo a la boca para besarle el dorso con la única intención de mostrarle un poco de amor y que mi necesidad por estar cerca de ella no ha menguado. Quiero mostrarle que la amo con cada fibra retorcida y asesina de mi ser y que lo haré siempre. Sin embargo, puede que tenga que aceptar que nunca se casará conmigo, porque no podré mantener para siempre el secreto de que maté a Dexter, soy consciente de ello.

Ella levanta la vista hacia mí y me dirige una pequeña sonrisa, llevando la mano a mi cuello para dibujar unos círculos relajantes en él, retorciéndome de paso el pelo de la nuca.

—Así que Goldie se ha puesto un vestido —dice, pensativa, mirando con el rabillo del ojo hacia el otro extremo de la mesa, donde mi intrépida compinche está tragando vino como si fuera agua, enfundada en un vestido. Es algo inédito, igual que verla borracha, pero con cada día que pasa veo que le cuesta más mantener esa fachada de ferocidad. Quizás sea porque de repente está

rodeada de mujeres o tal vez sea la sensación de relax. Quién coño sabe, pero me alegro—. Espero que no te hayas burlado de ella —añade Beau.

—Soy valiente, pero no tanto. —Y tampoco lo es ninguno de mis hombres—. Danny me ha invitado a salir al mar por la mañana —le digo, intentando ocultar el escalofrío que me ha provocado el contacto de sus dedos en el cuello—. Planea llevarse a Rose a Santa Lucía mañana por la tarde.

Ella deja de mover los dedos y su expresión navega entre la preocupación y el recelo.

—¿Se van? —Mira a Rose—. Pero si ella no me ha dicho nada...

—No creo que lo sepa. ¿Tú le has comentado que nos vamos?

—No —contesta ella lentamente, devolviéndome su atención, con expresión sarcástica—, porque no sé cuándo lo haremos.

No digo nada, la estrecho contra mí y le doy un beso en la frente.

Pronto, muy pronto.

Capítulo 24

BEAU

Hasta el momento, todo ha ido bien, sin dramas, pero no puedo dejar de sentir como si tuviese que prepararme para una explosión. James me ha dicho que haga las maletas y le he obedecido. Me he enterado de que Danny planea llevarse a Rose a Santa Lucía. Los dos están sugiriendo que el final de todo esto está a la vuelta de la esquina, así que ¿por qué demonios no siento que sea así? Intento calmar mi corazón errático y no lo consigo. No es porque tenga miedo a lo que pueda suceder. La jornada de hoy ha sido mucho más difícil de lo que imaginaba. Las cosas parecen estar encajando poco a poco para Danny y Rose, pero no puedo dejar de sentir que, en nuestro caso, aunque se están resolviendo, lo hacen con lentitud.

Miro a James con expresión inquisitiva cuando se levanta de la silla.

—¿Adónde vas? —le pregunto, intentando alejar el pavor de mi voz. Ahora mismo, es lo único que me mantiene anclada, lo único que ayuda a que siga aquí con una estabilidad relativa.

—Vuelvo en un segundo.

Me besa en la cabeza pero su mirada apunta hacia Danny, que también se está levantando de la silla. Como es natural, Rose dirige una mirada entre alarmada y ansiosa a su marido. Él la ve, sonriente, y aun así se marcha, llevándose la bebida, seguido de James, Brad, Otto y Ringo. Nolan se queda a la mesa y no tardo en deducir que hay un buen motivo para ello cuando se desplaza algunos asientos y se pone a entretener a Goldie, rellenándole la copa aunque ya esté entonada.

Miro a Rose al notar que ella me mira a mí con la cabeza ladeada y los dientes apretados. Levanto las palmas de manera discreta: no tengo ni idea de lo que está pasando, pero se me ha revuelto el estómago por la ansiedad. Mis sospechas aumentan cuando Esther se sienta al lado de Rose. Esa mujer haría lo que fuera por su hijo, incluso distraer a su esposa mientras él asesina a alguien el día de su boda. ¿El Oso? ¿Es hoy inmune a las manos asesinas de James y de Danny? Me muerdo el labio, insegura.

—Mi niña querida... —murmura Zinnea, dejándose caer en la silla contigua y liberando al padre McMahon, de mirada en todo momento recelosa, de su audaz presencia por primera vez desde que nos sentamos a la mesa, hace horas. Las guirnaldas de luces parpadean sobre nuestras cabezas, la música suena a un volumen un poco más alto y están sirviendo ya los cócteles—. Qué velada tan bonita: pequeña, íntima, pero también de lo más extravagante.

Abre mucho los ojos cuando un camarero le ofrece una bandeja cargada con varias copas

elaboradas, todas ellas tan coloridas como ella misma. Coge dos cócteles de color rosa, me da uno y se echa la peluca rubia por encima del hombro. Hace aletear las pestañas falsas y sus mejillas brillan con una especie de polvo reluciente; parece notablemente compuesta y soy consciente de que se debe en parte a la tranquilidad que desprendo.

—¿Cómo te encuentras, cariño?

No preguntes.

—Estoy bien —le digo, cogiéndole la mano y apretándosela, fingiendo una sonrisa de oreja a oreja—. Ha sido un día precioso.

Ella suspira, asintiendo con la cabeza, y pasea la mirada por los invitados que quedan en la mesa.

—Es extraña, ¿verdad?

—¿El qué?

—La aceptación.

Miro a mi alrededor. Veo a Daniel en medio de los dos vikingos; el hijo de Rose les está enseñando algo en el móvil. Paso a fijarme en Goldie y Nolan, a quienes se han unido los tipos que llevan el astillero. El cura está hablando con el médico, aún con aspecto bastante desconcertado.

—Hace unas semanas, todas estas personas eran unos desconocidos para mí —dice, suspirando—, y ahora son mucho más que eso.

Rodeo la pajita con mis labios y chupo, haciendo una mueca de dolor ante el esfuerzo... y ante la idea de irme. No de Miami, sino de esta casa, de dejar a esta gente. No me cabe duda de que, sin ellos, sin esta red de apoyo, por extraña que sea, yo estaría mucho peor. James necesitaba un ejército y encontró uno, pero también encontró una familia, por muy jodida que sea, por lo que alejarnos del manto protector de Rose y los demás va a representar un desafío que nunca hubiera anticipado.

James ha dicho que nos iremos. No sé cuándo, pero tampoco sé adónde me va a llevar. Algo me dice que no a Santa Lucía así como algo horrible y perturbador me dice que quizás no vuelva a ver a Rose.

Capítulo 25

DANNY

Sé que Rose no tardará mucho en venir a por mí. Nada de negocios hoy, lo indiqué de manera explícita, y sin embargo aquí estoy, dirigiéndome enojado hacia el despacho, tirando de Brad, James, Otto y Ringo. He interpretado la mirada que este último me ha dirigido después de recibir la llamada de Bud, en la verja. ¿Quién coño está aquí y, lo que es más importante, para qué?

Abro la puerta de golpe y me dirijo directamente hacia la botella.

—¿Quién es? —pregunto de manera breve, intentando contener la rabia.

—Dos de los hombres de Conner —contesta Ringo, y me doy la vuelta, sorprendido—. Y un invitado. Len los está escoltando hasta aquí.

—¿Conner? —James me mira con un interrogante en la mirada—. ¿El inglés? ¿Es él quien ha encontrado a Brunelli?

—Sí.

Engullo la bebida y miro el reloj. Llevamos tres minutos fuera de la fiesta; calculo que la partida de búsqueda llegará a los diez, y no hay hombre que quiera estar cerca de mi esposa cuando eso suceda. Yo, el que menos.

—Hostia puta —susurra Otto, dejándose caer en el sofá—. ¿Goldie lo sabe?

¿Goldie?

—¿Tú qué crees? —pregunta James, irónico—. Si supiera que han encontrado al responsable de su trauma no estaría ahí fuera relajada, bebiendo, con un puto vestido, ¿verdad? Estaría equipándose con todo lo necesario para torturarlo hasta la muerte. —James me mira, claramente nervioso, y no puedo más que preguntarme si se debe a que él también querría despedazarlo. ¿Qué coño le hizo ese tipo a Goldie para merecer tal nivel de furia y estrés?—. Te recomiendo encarecidamente que saques a Brunelli de aquí —prosigue James, sirviéndose una bebida—. A menos que quieras que tu boda se convierta en un baño de sangre, porque eso es lo que va a pasar si Goldie se lo huele.

Algo me dice que también se convertirá en un baño de sangre si dejo que James se encuentre con él.

—¿Qué le hizo? —pregunta Brad, que mira a James y a Otto en busca de respuesta. La tensión está por las nubes.

Sí, ¿qué le...? En ese momento caigo en la cuenta e inspiro, retrocediendo un poco porque un escalofrío imparable recorre mi cuerpo.

—La violó —digo en voz baja.

La mandíbula de James sufre un espasmo y él se lleva a la boca la mano temblorosa con la que sostiene el vaso. Sus ojos están vidriosos.

—La encontré en un callejón, llena de moretones. Intervine y le di algunas hostias al tipo, pero se escapó.

¿Algunas hostias? Seguro que sí. Mi propia mandíbula comienza a retorcerse con violencia. Voy a tener que contener a James y a mí mismo.

—Joder —digo entre dientes, dejando el vaso para dirigirme hacia la puerta y abrirla de golpe. No sé muchas cosas, pero lo que sí sé es que el tiempo no está de nuestra parte. No puedo quedarme sentado, esperando a que me lo traigan al despacho—. Que nadie le toque —advierto, dirigiéndome a la entrada de la casa para abrir la puerta.

Len está subiendo la escalinata, seguido por dos cabrones de aspecto rudo y, entre ellos, un tipo de aspecto lamentable con el cabello revuelto y el cuerpo flacucho. De manera inapropiada, me imagino al cabrón intentando propasarse con Goldie ahora y sé que ella lo haría pedazos. Que Dios me ayude, porque quiero ver eso.

—Metedlo de nuevo en el coche —ordeno con brusquedad, y los dos hombres se detienen de golpe.

—¿Qué? —pregunta uno de ellos, con aspecto de sentirse muy molesto. Pero, para malestar, el mío—. Nos han dicho que le trajéramos hasta aquí.

Dios, Conner es un hombre eficiente, lo admito, pero le he dado instrucciones explícitas por una puta razón.

—Me acabo de casar y le prometí a mi esposa que hoy no haría negocios. Si vosotros dos, cabronazos, hacéis que rompa esa promesa, no me lo pensaré dos veces y os la echaré encima.

—¿Quién eres? —exige saber Brunelli, torciendo su cara huesuda—. ¿Por qué coño estoy aquí? —Se sacude y retuerce, protesta a gritos, y yo siento que se me hinchan las fosas nasales, cada vez más enfadado.

—Metedlo en el puto coche —digo entre dientes, mirando hacia la casa para comprobar que no hay moros en la costa.

Los hombres comienzan a retroceder y veo con el rabillo del ojo que James se avanza. Levanto el brazo para impedir que pase y me enfrento a él, obligándole a que me mire.

—Le pertenece a Goldie —le recuerdo, esperando que las palabras penetren en su furia—. Mañana, y es de ella.

Otto me echa una mano cogiendo a James por el brazo y tirando de él hacia atrás.

—Venga, Kel... —le dice.

—Traed a Leon —le digo a Brad, que saca el móvil de inmediato mientras Len guía a los hombres y a Brunelli de vuelta al automóvil—. ¿Alguien está vigilando a Rose?

—Ya voy yo —contesta James, que se aleja con gran sensatez y deja que yo me encargue de esto.

—Leon está de camino —dice Brad en el momento en que el chaval gira la esquina disparado, con Jerry esforzándose por seguir sus pasos.

—Rose y Beau están sospechando —dice Leon, algo falto de aliento—. ¿Qué pasa?

—Len te llevará al astillero. —Extiendo la mano y una pistola aparece en ella, cortesía de Ringo. Cojo la palma de Leon y se la pongo encima—. El tipo del coche, el cabronazo flacucho, quiero que lo metas en un contenedor, ¿entendido?

Él se queda mirando la pistola, embelesado.

—Entendido, Jefe D.

—Dispárale solo si es tu vida o la suya, ¿de acuerdo? Le necesitamos vivo.

Leon asiente y yo le doy un empujón suave en dirección al coche, a la vez que dedico un asentimiento a Len; sabe lo que hay que hacer.

—Bueno, ¿ya puedo volver a mi boda?

—Sí, por favor —dice Rose, haciendo que se me erice todo el vello de la nuca.

Mierda.

Les lanzo una mirada sombría a los hombres de Conner, que se van con prisas y me miran con cautela al pasar.

—Tengo que ir al baño —dice Brad, largándose apresuradamente.

—Sí, yo también —gruñe Ringo antes de seguirle.

—Esperadme —pide Otto, dejándome a solas con Rose.

Llevo la vista al cielo en busca de apoyo antes de sacarme una sonrisa de la chistera y enfrentarme a ella. Es una puta visión, una visión bella y abrasadora de color rojo, y todo lo relacionado con su vestido hace que se me enciendan las entrañas.

—Nena —murmuro, abriendo los brazos para atraerla hacia mí.

Ella no me hace caso.

—Te has metido en un problema, Black.

Hago una mueca.

—No ha sido mi culpa. —Comienzo a reclamar mi inocencia, atreviéndome a acercarme un poco—. Ha sido algo inesperado, lo juro. Ya me he librado de ellos y me encargaré de ello en otro momento.

Ella lleva la vista hacia los coches que se alejan.

—¿Quién era?

Decido contarle la verdad, aunque se trate de una estrategia egoísta:

—Era el hombre que violó a Goldie.

Como esperaba, Rose me mira horrorizada.

—¿Qué?

Me encojo de hombros.

—James me pidió que le encontrara. Le pedí a un socio de Londres que viera qué podía hacer y resulta que el tipo estaba en Panamá. —Señalo con el pulgar a mis espaldas—. Me he enterado

esta mañana, no pensaba que se presentarían hoy con él.

—¿Qué vas a hacer?

No sé por qué me lo pregunta. Dado mi historial, sabe a la perfección lo que les pasa a los violadores que tienen la mala suerte de cruzarse en mi camino. Cierto es que habría encontrado el mayor de los placeres cargándomelo y que me habría expuesto incluso a la ira de mi esposa por hacerlo en nuestro día especial. Pero Brunelli es de Goldie y ella debe acabar con él; ni yo ni James.

—¿Qué voy a hacer? —pregunto, inclinándome para reclamarla a mi lado, y siento que ella se relaja entre mis brazos—. Nada.

Se echa hacia atrás con cierto recelo justificado y deja que la bese desde el cuello hasta el vientre.

—No te creo.

—Este tipo no es asunto mío, nena. —Levanto la vista hacia ella—. Goldie no sabe aún que lo hemos encontrado y quiero que siga siendo así.

Nunca había visto a esa guerrera reprimida tan despreocupada como ahora. Necesita este rato sin interrupciones para soltarse el pelo, ponerse un vestido y beber sin miedo a que la ataquen.

Rose sonríe, y en su rostro brillan la comprensión y la compasión; otra de las razones por las que estoy locamente enamorado de ella.

—Es como si fuera otra mujer. —Me coge los brazos y me aprieta los bíceps cuando vuelvo a tirar de ella—. Tengo que darte tu regalo.

—¿Está relacionado con la caja enorme que hay ahí detrás cubierta con una tela?

—¿La has visto?

—Es imposible no verla. —Le paso un brazo por el hombro y la conduzco hasta allí—. Me apuesto algo a que no es una escultura de hielo —bromeo con rostro serio, ganándome un codazo en el costado.

No obstante, debo admitir que me muero de curiosidad por saber qué muestra la escurridiza obra helada.

—¿Estás listo? —me pregunta, liberándose de mi abrazo y cogiendo el borde de la tela.

Me meto las manos en los bolsillos, relajado, y sonrío por dentro ante su emoción.

—Listo —confirmo, y ella tira de la sábana para revelar una recreación a imagen natural de mi moto de agua.

Dejo escapar una risotada y la rodeo, admirando su detallismo increíble. No falta nada: la destreza, las curvas aerodinámicas, incluso los controles del manillar. Sonrío y me pongo en cuclillas al llegar a la parte trasera para encontrar lo que anticipaba: Danny, solo Danny.

Porque es lo que soy para Rose: ni el Británico, ni el asesino de la cara de ángel, ni señor, ni muchacho, ni un monstruo, ni un asesino. Solo... Danny.

Es irónico que mi moto de verdad esté probablemente humeando en estos momentos, mientras contemplo su versión congelada. Me incorporo, la rodeo otra vez, admirando sus detalles, cómo

centellea, y paso la mano por el hielo. Es hermosa, fascinante, como un puto diamante inmenso.

Me pasaría todo el día admirándola si no fuera porque... Miro a Rose y la sutil concavidad de su pecho me indica que me ha leído la mente. Sacudo la cabeza a modo de orden y ella deja caer la tela y se acerca con lentitud, quitándose la parte superior del vestido hasta dejársela por la cintura. En cuanto la tengo a mi alcance, la cojo.

—¿Consumamos nuestro matrimonio? —susurro, haciendo que se muerda el labio con una sonrisa tímida.

Rose pega los pechos desnudos a mi torso y yo pongo la mano sobre la hermosa escultura de hielo, la mantengo allí unos instantes antes de ahuecarla sobre su teta.

—¿Lista?

Ella inspira de manera abrupta.

—Sí. —Su voz, empapada de deseo, me llena la polla de sangre.

Tenemos que perdernos de vista con rapidez. La tomo de la mano y la arrastro a través de la puerta para caminar con urgencia hacia el despacho, conscientes de que ella está medio desnuda.

Echo el pestillo y me dejo caer en el sofá, donde levanto el trasero para bajarme los pantalones y al acomodarme trago saliva. Le ofrezco mi mano y ella aprieta los labios al aceptarla. Se levanta la parte inferior del vestido y se sube a mi regazo, poniéndose cómoda. Resoplo y hago rechinar los dientes mientras se eleva para darme espacio. Me rodeo la polla, le aparto las bragas y asiento con la cabeza para que descienda, cosa que hace con una precisión exquisita. Mi erección se hunde en la calidez alucinante de su coño. Gruño y me sacudo de manera instantánea.

—Dios, Rose —farfullo, sujetándole las caderas con los ojos entornados.

El contraste entre el fuego y el hielo es embriagador y estimulante. Pego la cara a su pecho y respiro hondo un par de veces, preparándome, mientras me palpitan las venas de la polla. Acto seguido la levanto y la hago bajar con fuerza mientras suelto un grito brusco, y el ritmo queda establecido. La levanto y la dejo caer, una y otra vez, y las sensaciones me hacen volar.

Ella grita, hunde los dedos en mis hombros y se aferra a la tela.

—Aguanta, nena —le ordeno con rudeza, levantándola y haciéndola caer de manera constante y consistente, y cada arremetida me hace soltar un grito y a ella, un gimoteo.

La miro con ojos aletargados, hipnotizado, porque su expresión de puro éxtasis es el mejor regalo de todos. Tiene los ojos muy abiertos, revelando chispazos interminables de amor. Me siento como si fuera a estallarme el corazón... o la polla.

Comienzo a rotar las caderas con cada movimiento, consciente de que estoy cerca, y ella me tira del pelo de las sienes mientras aprieta los dientes. Asiente con la cabeza, yo suelto aire con fuerza y, en cuanto ella se pone rígida, dejo que suceda y me sacudo al alcanzar la cima del placer. Me estallan la cabeza y la polla a la vez.

—Ohhhh, joder... —jadeo, parpadeando para recuperar la visión nítida, desesperado por ver su cara al llegar al borde del precipicio. Ella cierra los ojos con fuerza y apoya los brazos en mis

hombros, con los puños cerrados, como si le fuera la vida en ello—. Rose —farfullo.

—¡Sí!

Hostia puta, sigue cabalgándome en lo más alto. Hago rechinar los dientes y comienzo a sentir espasmos, luchando entre un placer y una sensibilidad inconcebibles.

—¡Rose! —ladro.

Ella comienza a tirarme de la americana y su pecho sigue bombeando hasta que acaba por abrir los ojos para perderse en los míos.

—Oh, Dios... —dice, exhalando y cayendo sobre mí.

—Sí —confirmo, echando la cabeza hacia atrás para que descanse en el sofá, intentando recuperar el control sobre mi respiración.

Rodea mi nariz con la suya, haciendo pequeños círculos.

—Te amo —susurra, y a continuación me lame la cicatriz por completo. Me hormiguea con locura, y no porque mi esposa tenga la lengua en ella.

Capítulo 26

ROSE

Me transporta en brazos hasta la carpa y todo el mundo se pone a aplaudir nuestro regreso levantándose de la silla.

—Es la hora del primer baile —dice, dejándome en el suelo para pegarme a su pecho.

Me mira con dulzura mientras comienza a sonar el *Let Me Touch Your Fire* de A R I Z O N A, y yo le sonrío, sumándome al suave balanceo de su cuerpo. Todo es perfecto: la canción, la intimidad, cómo me mira. No es la primera vez que pienso que es una locura que sea la mujer más a salvo de la tierra en los brazos de uno de los hombres más peligrosos que la pueblan. Es una absoluta locura y, sin embargo, aquí estoy, a salvo, enamorada hasta las trancas del hombre que me llevó como rehén no hace tanto tiempo, el que me abofeteó, el que me puso una pistola en la cabeza y amenazó con apretar el gatillo. No tardé mucho en darme cuenta de que, en parte, su rabia y carácter incontenibles se debían a los sentimientos encontrados que yo le provocaba, su prisionera o su «invitada», como me llamó con tanta elocuencia. Aun así acabó salvándome la vida en vez de ponerle fin, y yo hice lo mismo por él.

Sus ojos gélidos brillan al mirarme junto a su inexpresivo rostro cuando un rizo de su cabello moreno le cae sobre la frente, aún húmeda de sudor. Le reluce la cicatriz y la incipiente barba parece áspera; es perfecto.

Abrumada por el puto amor que siento hacia él, le rodeo los hombros con los brazos y hago que nuestras caras se acerquen.

—Te amo —susurro, besándole la cicatriz.

Está hecho de fuego, es brillante, hermoso y peligroso, pero, por encima de todo eso, es mío de manera indiscutible.

Él lleva la mano a mi culo y lo agarra de manera posesiva agachándose un poco.

—Yo también te odio, joder.

Avanza y me besa como si no tuviéramos público, consumiéndome entera como solo Danny puede hacer mientras nos mecemos sin apenas movernos del sitio.

Salgo de mi estupor cuando él se aparta y suspiro, hundiendo la cara en su hombro. Algo llama mi atención y mi sonrisa de satisfacción desaparece.

—Ay, Dios... —Solo pretendía que el sentimiento de desesperanza fuese un pensamiento, pero a juzgar por el modo en el que el cuerpo de Danny se endurece contra el mío, debo de haber dicho algo en voz alta. Él hace ademán de retirarse, pero yo le abrazo con más fuerza—.

Quedémonos así —le sugiero con excesivo entusiasmo, intentando que siga meciéndose conmigo.

—¿Qué coño pasa, Rose? —pregunta, exigiendo saber, usando esa voz con la que sé que nunca hay que meterse.

Mierda, va a matar a alguien.

Inspiro, aprieto los labios, me aparto y miro su rictus serio, que está a nada de convertirse en rabia.

—Esto... —Echo otro vistazo por encima de él—. No te muevas —le exijo, cogiéndole la mandíbula y dirigiendo su cara hacia la mía cuando intenta girarse.

—Estás comenzando a cabrearme.

—Tu madre está bailando con Otto.

La manera en la que abre los ojos me indica todo lo que necesito saber y busco refuerzos a mi alrededor sin soltarle.

—Ni de puta coña —gruñe, apartándome con suavidad.

—¡Eh! —le espeto, tirando de él con agresividad para obligarle a mirarme—. Déjalo estar —le advierto, esforzándome al máximo porque fije su expresión feroz en mí.

—¿Y qué pasa si no lo hago? —pregunta con interés y cautela.

—Que dormirás con los perros.

Él se echa hacia atrás, perplejo, pero yo me mantengo firme.

—¿Perdona?

—Ya me has oído, Black. —Vuelvo a acomodarme contra su hombro—. No es solo tu madre, también es una mujer. —Una mujer atractiva, que sigue en la plenitud de la vida.

Los veo de nuevo en la pista, sonrientes, mientras Otto la hace girar con suavidad. Esther se ríe, su rostro ha cobrado vida con esa sonrisa tan radiante y ese vestido de alta costura le queda increíble. Tiene un cuerpo estupendo para una mujer de su edad y era solo cuestión de tiempo que un hombre reuniera el valor necesario para tratar de seducirla. Me quito el sombrero ante Otto.

—Lo vas a dejar estar.

—Vale —acepta Danny en voz baja—, pero asegúrate de que siga mirando hacia este lado.

Me relajo, guardándome la preocupación de momento porque las ranas criarán pelo antes de que Danny deje de decir lo que piensa. Veo a Beau conducir a James a la pista. Él se deja a regañadientes, porque como hombre que es parece incómodo, aunque va a bailar con ella. Haría lo que fuera por Beau, del mismo modo que el mundo de ella gira alrededor de él. Dios, necesita un poco de alegría. Beau se aprieta contra su torso y sitúa la mejilla bajo su cuello, mientras James acaricia arriba y abajo la tela que cubre la cicatriz de su brazo. Ella parece estar en paz, aunque detesto que sea apenas en apariencia.

Los observo, sintiendo su desesperanza con la misma intensidad con la que he sentido la mía. James se echa hacia atrás y pega el mentón al pecho para mirarla. ¿Beau se acaba de tambalear?

Frunzo el ceño y pasa de nuevo. Es leve, pero sin duda titubea sobre los tacones.

—Creo que Beau está borracha —digo, enroscando el brazo en el cuello de Danny, incapaz de estar lo bastante cerca de él, recordando la única vez que le vi completamente ebrio.

Fue desgarrador y un alivio al mismo tiempo. Fue el momento en el que supe sin duda que estaba devastadoramente enamorada del monstruo, pero solo fue devastador porque no creía que pudiera tenerlo a él y a cada una de las partes de su ser arrollador.

Y, sin embargo, aquí estoy; tengo al monstruo, tengo a mi niño perdido y a nuestro bebé creciendo en el vientre. Todo ello con un vestido rojo que adoro.

No sé si se debe a que es la primera vez a lo largo del día que he tenido tiempo para pensar, pero me pregunto a regañadientes si esta será la calma que precede a la tormenta.

—Gracias por este día maravilloso —susurro. Él no contesta, se limita a abrazarme con más fuerza.

Porque, ¿qué pasará mañana? No puedo olvidar lo que me ha dicho Danny: le han ofrecido un trato. ¿Qué será y cuándo? ¿Quiero o necesito saberlo? Maldita sea mi curiosidad.

—¿Cuál es el trato, Danny? —le pregunto, despreciándome por dentro a causa de esa necesidad.

—Shhhh... —contesta, reconfortante, frotando la cara contra la curva de mi cuello. No me tranquiliza en absoluto. El miedo es profundo, y comienza a crecer. Difícilmente puede culparme por ello, después de lo que tuve que vivir la última vez que hubo la posibilidad de acabar con todo.

—Danny, quiero saberlo. —Tengo que prepararme.

—No, no quieres.

—Sí quiero —digo gruñendo y exacerbándome—. Necesito saberlo.

Él sacude la cabeza.

—No, Rose.

—Danny, cuéntamelo.

Cuanto más evasivo se muestre, cuanta más información me niegue, más me preocuparé y más me atizará el miedo. Hago fuerza para alejarme de él y le miro. Su expresión se viene abajo y veo en ella la frustración e irritación. Me mantengo firme.

—Cuéntamelo.

—No.

—Maldita sea, Danny —digo entre dientes, intentando mantener la rabia y el volumen de mi voz bajo control—. Cuéntamelo.

—Vale —espeta, avanzando y tirando de mí para pegarme a su cuerpo con violencia—. Por nuestro propio bien y tranquilidad, para que tú, Daniel, nuestro bebé y yo podamos salir de esta puta situación de mierda —dice en voz baja, y todo lo relacionado con su actitud y sus palabras hace crecer mi miedo—, el Oso quiere a James.

El corazón se me ralentiza, mi mirada sale disparada hacia Beau y James, que siguen en la

pista de baile.

—¿Qué? —murmuro, y mi cuerpo se niega a moverse.

Nos hemos quedado estáticos.

—Ese es el trato.

Danny me sostiene con un solo brazo y lo siguiente que sé es que Daniel está con nosotros, y que Danny nos abraza a los tres. Beso a mi hijo en la cabeza y acto seguido miro a mi marido, que me mira con adoración y reverencia. Siente amor por su esposa e hijos.

Me trago la desesperación que reside junto a mi dicha. Su nivel de posesividad y protección es altísimo.

Está decidido: hará cualquier cosa por mantenernos a salvo.

Capítulo 27

JAMES

Mañana necesito que esté en forma, la necesito con la cabeza despejada y la mente en su sitio. Una resaca no es el escenario ideal, pero no puedo negarle esa sensación de libertad momentánea que está viviendo ahora. Empezó con un tambaleo, algunas oscilaciones, y ahora tengo casi que sostenerla.

—Creo que es hora de irse a la cama —le digo, diplomático.

—No estoy borracha —masculla, desplomada contra mi cuerpo.

—Claro que no —le digo, suspirando, antes de cogerle el mentón y dirigir su pesada cabeza hacia arriba. Tiene los ojos en blanco. No solo está borracha, sino que va ciega. Su única manera de sobrellevar el día ha sido bebiendo—. Venga... —hago que se gire y la levanto.

—Quiero bailar —protesta, y eleva de golpe un brazo para señalar el pastel.

A duras penas puede tenerse en pie, así que ni hablemos de bailar.

—Puedes bailar en sueños.

Ella pone mala cara mientras Rose se suelta de Danny para acercarse a nosotros.

—¿Hora de irse a dormir? —pregunta, echándole un vistazo a Beau.

—Probablemente eso ya pasó hace una hora —confirmo—. Buenas noches.

—Buenas noches —dice Rose con dulzura, dirigiéndole una sonrisa triste a su amiga—. Te quiero, Beau —añade, y yo frunzo el ceño, girándome mientras saco a Beau de la carpa.

Danny se acerca a Rose, la coge del brazo y tira de ella con suavidad para devolverla a la pista de baile.

—Globos —canturrea Beau, regresando a la vida y retorciéndose entre mis brazos—. El zapato.

—¿Qué?

—El zapato. Necesito el zapato.

La dejo en el suelo, confundido, y la sostengo mientras se quita una de las sandalias de tacón.

—¡No te muevas, hijo de puta! —grita, balanceándose, sacudiendo el zapato en el brazo con fuerza.

—¿Qué haces?

—¡Que no te muevas! —Se lanza hacia delante y golpea los globos hasta que uno estalla. Ella se pega un susto de muerte—. ¡Quieto! —Vuelve a golpearlos, el movimiento la hace girar sobre sí misma y tengo que apresurarme a cogerla antes de que se caiga de morros—. ¡Quédate

exactamente donde estás! —grita, peleando por dirigirse hacia la puerta, repartiendo a diestro y siniestro. Los globos estallan a un lado y otro, y ella se ríe.

Pero ¿qué coño?

—Vale, sin duda es hora de irse a la cama.

La recojo y le confisco el zapato. Entro en la casa y subo la escalera, con Beau meciéndose entre mis brazos. Llego al dormitorio sin que haya vomitado, lo cual es todo un logro del carajo. Hago que se siente al borde de la cama y comienzo a desnudarla.

—¿Quieres agua? —le pregunto.

—No. Llévame de nuevo a la fiesta —exige, tratando de levantarse. Ni siquiera tengo que intentar detenerla ya que la falta de cooperación por parte de su cuerpo lo hace por mí.

—¿Analgésicos?

—No, no me hacen nada. —Entorna los ojos, intentando mirarme—. Quiero casarme contigo.

Sonrío mientras le quito el vestido por la cabeza y lo tiro a un lado.

—Entonces pídemelo.

—¿Quieres casarte conmigo?

—Sin dudarlo —contesto, pasando las manos por detrás de ella para desabrocharle el sujetador.

—Bien. Quiero tener un hijo.

Trago saliva y asiento con la cabeza a la vez que arrastro el encaje por sus brazos.

—Entonces pídemelo.

—¿Podemos tener un hijo? —farfulla, y lleva la mano a mi cara con escasa coordinación. Dejo caer el sujetador y permito que me acaricie—. ¿Podemos?

—Todos los que quieras —susurro, mirando en sus ojos ebrios—. ¿Algo más?

—Quiero vivir en un lugar donde siempre brille el sol. Quiero verte cada día, amarte, cuidarte, hacerme vieja a tu lado.

Dios, amo a esta mujer. Si siempre fuera tan sincera... No ha hablado de venganza ni ha mencionado la muerte. Al mirarla en estos momentos, bebida del todo, no veo oscuridad en ella, solo vida y esperanza.

¿Quiere esa vida? Puede tenerla. Entera.

En cuanto haya solucionado el día de mañana.

Nunca había visto a Beau borracha. Su estado me generó una calma extraña, por mucho que su felicidad, sus bailes y sus risas fueran una máscara temporal. Aun así, verla de esa manera anoche me permitió acceder a la mujer que hay debajo de todo el dolor, la mujer que quiere ser y, Dios, la mujer que yo quiero que sea: sonriente, feliz, satisfecha y sincera.

Me incorporo sobre un codo, aprovechando la oportunidad de examinarla con detenimiento, y

le acaricio el pelo, admirando cada centímetro de su rostro sereno. Está completamente grogui, y sin duda seguirá así bastante rato, lo cual es una bendición.

Bajo la boca a su mejilla e inspiro.

—Te amo —le susurro, prometiéndole mentalmente que volveré antes de que se despierte, ya que necesitará analgésicos y una mano a la que aferrarse camino del baño, que la ayude a lavarse los dientes, le dé agua y un abrazo. La luz del sol sobre la cara, inclusive: yo le daré todo eso.

Después de volver a taparla con la sábana y arroparla, me aparto y me pongo en pie camino al baño. No me molesto en ducharme, lo haré después de salir al mar. Quién coño sabe por qué, pero lo necesito para aclararme las ideas. Me pongo unos pantalones de chándal, una sudadera con capucha y cremallera, unas zapatillas de deporte y también una gorra de béisbol al salir de la habitación. Me obligo a no mirar atrás.

No lo hagas, James, no mires.

Cierro la puerta con cuidado, consulto el reloj mientras atravieso la casa. Al llegar a lo alto de la escalera, veo que Danny sale del pasillo que conduce a su despacho con las manos en la parte trasera de los vaqueros, donde de manera inevitable se habrá guardado la pistola. Para demostrarle que estoy en la misma onda, saco la mía y compruebo el cargador.

—¿Listo? —pregunta con una sonrisa cómplice antes de dirigirse a la puerta y abrirla.

—¿Y tú? —replico, pasando a su lado sin molestarme en guardar la pistola. Me sentiré mejor con ella en la mano.

—Estoy listo —confirma, siguiendo mi paso y mirándome con el rabillo del ojo—. Es una mañana deslumbrante para salir al mar.

—Estoy de acuerdo. —Llegamos al Mercedes—. Supongo que conduces tú.

—¿Quieres hacerlo tú? —pregunta él, educado y agradable, esbozando una pequeña sonrisa mientras sostiene las llaves en alto.

—No, prefiero disfrutar de la vista.

Abro la puerta, me dejo caer en el asiento y me pongo la pistola sobre el muslo. Nada hará que ceda el control.

—Una velada encantadora, la de ayer —digo, pensativo, al ver que la carpa sigue en pie.

Los globos que enmarcan la entrada parecen mustios y tristes, y algunos ya han desaparecido. Me permito una sonrisa privada al recordar a Beau acuchillándolos con el tacón de sus sandalias mientras farfullaba en jerga policial: ¡No te muevas, hijo de puta! ¡Quieto! ¡Quédate exactamente donde estás!

Su cabeza sí que la va a coser a balazos cuando se despierte.

—Pisa a fondo el acelerador —le digo a Danny en voz baja, mientras recorremos el camino de acceso con lentitud.

—¿Tienes prisa?

—Sí, la verdad es que sí.

—Anoche bebió bastante.

Noto que me mira, pero mantengo la vista al frente y veo que uno de sus hombres sale de la garita y saluda con la mano. No es que Beau bebiera bastante, es que se lo bebió todo.

—Tiene muchas cosas en la cabeza. —No le estoy contando nada nuevo.

—Como todos —contesta él en voz baja, devolviendo la atención a la calle y acelerando en cuanto salimos del recinto de la mansión.

El trayecto transcurre en un silencio incómodo; es evidente que los dos estamos distraídos y no es una buena señal. La distracción nunca es positiva.

Mientras avanzamos retumbando por el sendero de tierra que lleva al astillero, mi instinto me hace examinar la maleza, en guardia.

—¿Qué pasa? —pregunta Danny, que evidentemente ha captado mi cautela.

—Hay algo que no me cuadra. —Flexiono la mano en torno a la empuñadura de la pistola, mirando arriba y abajo.

Él suelta una risita la hostia de irritante.

—En este mundo, James, siempre tenemos que estar en guardia.

Exhalo y le dirijo una mirada gélida.

—¿Acaso no va todo esto de eso, justamente? —le pregunto, controlando el picor del dedo que tengo sobre el gatillo—. Ya no quiero tener que estar en guardia.

No quiero morirme de ansiedad cada vez que dejo a Beau sola, no quiero tener que estar siempre mirando por encima del hombro, dudando de todo el mundo, sospechando de todo. Es agotador hasta decir basta y lamento tener que gastar mis fuerzas en eso cuando podría dedicarlas a otra cosa; a Beau y a la vida, no a la muerte todo el puto tiempo.

—La verdad es que estaría bien, ¿verdad? —dice mientras nos detenemos al lado de la cabaña —. Imaginarse una vida sin peligros. —Me mira y se gira ligeramente en el asiento—. Yo la tuve durante tres años, te la recomiendo mucho. Además, haría lo que fuera por recuperarla.

Asiento con la cabeza, comprendiéndole, y cojo el mango de la puerta para bajarme del coche e inspirar el aire fresco de la mañana. Danny hace lo mismo y enciende un cigarrillo.

—¿En cuál está Brunelli? —le pregunto, examinando los contenedores.

—No lo hagas —me advierte, exhalando el humo, que al contacto con el aire frío genera una nube espesa encima de su cabeza—. Hemos acordado que es cosa de Goldie.

—¿En cuál está? —le pregunto de nuevo, con voz tirante.

Él señala con el cigarrillo y sacude la cabeza ligeramente mientras da una calada más larga de lo normal.

—En el verde.

Me dirijo hacia allí con paso firme y el ritmo cardíaco sorprendentemente regular.

—Lo dejaré respirando —le digo mientras reparo en el candado de la puerta, que está abierto. Me giro hacia Danny, que está apoyado contra la capota del Mercedes, acabándose el cigarrillo calada a calada.

—¡Date prisa! —me grita—. Quiero salir al mar.

Cojo el pomo, abro la puerta poco a poco y examino el interior. No veo a Brunelli y no me sorprende. Lo que sí me pilla por sorpresa es la Heckler que me pegan a la frente.

Capítulo 28

BEAU

Cielo santo. Entreabro los ojos con la sensación de tener la boca llena de arena y de que alguien me está pisoteando la cabeza. Tengo la cara aplastada contra la almohada y las manos enterradas debajo de ella. Si me muevo, me duele, y apenas un movimiento minúsculo genera un temblor que me recorre para acabar estallando en mi cabeza.

Cierro los ojos, decidiendo que no intentaré moverme, y me relajo. Eso también me duele. Nunca, nunca más volveré a beber. Algunos fragmentos de la noche de ayer comienzan a filtrarse entre las explosiones de mi cerebro: los bailes, los chupitos, mi tiroteo con un montón de globos inofensivos... Por el amor de Dios. También me viene la imagen de James cuando me trajo a la cama, cuando me desnudó sin que mi cuerpo ofreciera la menor cooperación, mientras yo protestaba y le exigía que me devolviera a la fiesta. Me lo había estado pasando de fábula. Me sentía feliz, satisfecha, libre. Juraría y perjuraría que quiero recuperar esa falta de inhibición, pero si este es el resultado...

—Ay —murmuro, moviendo el cuerpo con cautela.

Pongo los pies descalzos sobre la suavidad de la moqueta. Bum. Me pongo en pie. Bum. Doy algunos pasos hacia el baño. Bum, bum, bum.

—Ay, Dios, ayúdame —farfullo, dejándome caer al suelo doblada.

El esfuerzo de caminar es excesivo para el delicado estado de mi cuerpo. Me pongo a cuatro patas y me arrastro mostrando el culo desnudo hacia el baño. Los estallidos son apenas un poco más soportables.

Llego hasta la ducha, me pongo en pie cogiéndome a la pantalla y la enciendo. Acto seguido avanzo a tientas hasta situarme frente al espejo que cuelga encima del lavamanos.

—Madre de Dios...

Estoy demacrada, es estremecedor. Cojo el cepillo de dientes del recipiente y lo unto en pasta dentífrica, me lo meto en la boca para desprenderme de los últimos rastros de sabor a alcohol rancio. Dos tragos largos de enjuague bucal, un poco de agua fría en la cara y apoyo los brazos en el borde del lavabo. Mi respiración es superficial. Me incorporo y regreso con cuidado hasta la puerta del baño, desde donde observo la cama vacía. Lo más probable es que James no haya aguantado más mi olor, o mis ronquidos. Dios, ¿he roncado?

Me dirijo a la ducha consternada, con una mezcla de dolor y vergüenza, y me meto en ella. Me quedo como una estatua debajo del chorro, sin la energía necesaria para lavarme siquiera.

Voy a pasarme aquí todo el día, voy a quedarme aquí y dejar que me caiga el agua encima.

—¡Beau!

Doy un respingo, sobresaltada, y me giro con demasiada rapidez, con lo que tengo que sujetarme a la pantalla. Limpio el agua del cristal y me encuentro a Rose, que está cogiendo una toalla del colgador y me la pega al cuerpo.

—¿Qué pasa? —le pregunto.

—Tenemos que irnos —espeta, sacudiendo la toalla antes de mantenerla en alto—. Venga, date prisa.

—¿Adónde? —Avanzo hacia la pieza de algodón blanco y me envuelvo en ella.

—Al astillero.

—¿Por qué?

—¡Tenemos que irnos! —Sale con rapidez del baño y yo la sigo, confundida.

—Rose, ¿qué pasa? —le pregunto, y se detiene frente a la puerta. Se gira y veo sus ojos llenos de lágrimas y los labios temblorosos. Retrocedo unos pasos, no me gusta su expresión.

—Danny y James se han ido.

Frunzo el ceño, pero de repente un recuerdo se abre paso a la fuerza entre la neblina.

—Han salido con las motos de agua —le digo.

¿Se ha alterado por el embarazo? Está comportándose como una loca, de manera completamente irracional.

Ella sacude la cabeza y deja caer la vista hasta los pies.

—Tenemos que irnos.

Una sensación horrible y espantosa se adueña de mí y doy un paso al frente.

—¿Rose?

—Por favor, Beau, ¿podemos irnos y listo?

—Dime qué está pasando —le ordeno con calma, aunque sea lo último que sienta por dentro.

Veo que traga saliva de manera manifiesta, armándose de valor para soltar lo que sabe, sea lo que sea.

—Creo que Danny va a cometer una estupidez. —Retrocede y sale al pasillo.

Una estupidez.

Me asaltan nuevos recuerdos y es como si mi cerebro hubiera recibido una descarga eléctrica. Recorro la moqueta con una mirada veloz que acaba en mis pies descalzos mientras todo comienza a encajar poco a poco.

—Dijo que hoy pensaba llevarte a Santa Lucía —le cuento, levantando la vista, sin que me preocupe en lo más mínimo si le he estropeado la sorpresa. ¿Qué coño está pasando para que a Rose le cueste tanto decírmelo?—. James me dijo que hiciera las maletas.

Avanzo, sin ánimo de parecer amenazadora, pero la ansiedad hace que me cueste. ¿A cuento de qué irían Danny y James al mar la mañana después de la boda? De todos los momentos posibles, ¿por qué esta mañana? ¿Y por qué solo me lo estoy preguntando ahora?

Recuerdo entonces las palabras de Danny: «¿Nervioso? ¿Debería estarlo?». Inspiro. Cuando le pregunté a Danny si estaba preocupado, me refería a la boda, era una conversación casual. Pero, en este momento, al recordar su expresión inquisitiva, creo que él pensó que mi pregunta iba con segundas. ¿Lo malinterpretó como una señal de alarma? ¿Como una advertencia retorcida?

La idea me golpea con la fuerza de un tsunami: no confía en James. Exhalo y el corazón me retumba en el pecho.

—¿Danny le ha tendido una trampa a James? —pregunto, sin darle la opción a contestar, pues mi cerebro está frenético.

—¿Me estás diciendo que James también tenía planeado que os fuerais?

—Me dijo que todo estaba a punto de terminar.

—Entonces, ¿James podría haberle tendido una trampa a Danny?

—¡Joder! —grito mientras corro hacia el armario, donde cojo unos pantalones de yoga y un jersey.

Intento controlar mi temperamento mientras me peleo por entrar en la ropa. No puedo culpar a Danny más de lo que Rose puede culpar a James. Los dos son hombres resueltos. Él tiene una esposa y dos hijos a los que proteger; ¿qué tenemos James y yo? ¿Y quién le ha tendido una trampa a quién?

Paso corriendo junto a Rose, poniéndome aún el jersey, con el cabello mojado pegándose a mi cuello.

—Beau, espera —susurra ella entre dientes a mi espalda, pero mis piernas no frenan y bajan las escaleras con rapidez.

—Las llaves —digo, examinando el vestíbulo—. ¿Dónde guardan las llaves?

—¿Y si usamos tu coche?

—No tengo ni idea de dónde ha podido meter James las llaves. —Y Dolly despertaría a la mitad de Miami. Además, no puedo garantizar que vaya a ponerse en marcha siquiera, después de haber pasado tanto tiempo sin que la usara. Me vuelvo y veo que Rose está casi al pie de la escalera—. ¡No corras! —le grito, dándome cuenta de que sus pies se mueven demasiado deprisa —. ¡Rose, no...!

—¡Mierda! —chilla ella al tropezar con sus propios pies por la urgencia.

Yo no veo más que la solidez del suelo de mármol y, por primera vez, la señal de un pequeño bultito en su cuerpo.

—¡Rose!

Ella intenta cogerse de la barandilla mientras suelta un grito de sorpresa y yo me lanzo hacia delante, con el corazón en la garganta, y la atrapo antes de que se golpee contra el suelo.

—Oh, Dios mío —dice ella, jadeando, cogiéndose de mis hombros mientras se incorpora.

—¿En qué estabas pensando? —le espeto mientras la ayudo a que se enderece.

—Yo...

En la planta superior se abre una puerta y yo lanzo una mirada en esa dirección al oír unos pasos ligeros; alguien que se acerca a investigar el ruido.

—Por aquí —susurro, tirando de ella por el pasillo que conduce al despacho de Danny para desaparecer de la vista.

La coloco contra la pared y me aseguro de que quede estable antes de soltarla y llevarme un dedo a los labios para pedirle silencio. Asomo la cabeza y miro hacia lo alto de la escalera. Me encuentro al tío Lawrence; su pelo natural es un revoltijo salvaje, sigue con el maquillaje puesto y lleva el kimono de flamencos abierto, mostrando su pecho esbelto. Veo que pasea una mirada somnolienta en busca del origen del ruido y parece tan hecho polvo como yo.

—Vuelve a la cama... —susurro, deseando que regrese a la habitación y podamos largarnos de aquí.

Él tarda apenas unos segundos en hacerlo, pero me da la sensación de que pasan siglos.

—Llaves —susurro, girándome hacia Rose, que parece un poco pálida y se sujeta el vientre; no se debe al alcohol. Le cojo la mano y se la aprieto—. Rose, necesitamos las llaves de algún coche.

Ella traga saliva y mira hacia el despacho de Danny. Recorro el pasillo con rapidez y abro la puerta aunque me detengo de golpe al encontrarme a Brad y a Ringo en uno de los sofás, aún trajeados, con un par de botellas de whisky en el suelo. Me muerdo el labio y avanzo en silencio, examinando el escritorio de Danny y sus cajones. No hay llaves por ninguna parte. Maldita sea.

—Brad —susurra Rose.

Levanto la vista y la veo en el umbral, señalando la figura comatosa de Brad en el sofá. Mi mirada baja hasta el bolsillo de sus pantalones, donde asoma un llavero. Me acerco con cuidado, me agacho y estiro el brazo mientras mis ojos no hacen más que saltar de su cara a mi objetivo. Un golpecito hace que el llavero caiga al suelo con un ruido sordo. Lo recojo y salgo con prisas, tomando a Rose de la mano al pasar a su lado y tirando de ella. Al llegar a la puerta principal oímos más ruidos procedentes del piso de arriba; las voces roncas y soñolientas de los vikingos hacen que mis pies se muevan con más rapidez. Abro la puerta, saco a Rose y la cierro con cuidado a mi espalda. El sol me golpea como un ladrillazo en la cara y unos puntitos negros dificultan mi visión mientras corro hacia el coche de Brad, que parece estar lo más alejado posible de la casa.

Abro la puerta, meto un pie dentro y me quedo paralizada al oír unos gruñidos que no han sonado demasiado lejos.

—¿Qué es eso? —me pregunta Rose por encima del techo del coche.

—No lo sé, pero no tenemos tiempo para averig...

—¿Goldie? —dice ella, mirando detrás de mí.

Me giro y veo que los arbustos se agitan al son de los gruñidos y que un fogonazo de pelo rubio rompe la homogeneidad verde. Entonces aparece la cabeza de Goldie, junto con la mano

que la sujeta. En cualquier otro momento, la imagen habría resultado cómica, pero ahora no lo es.

—Sube —le ordeno a mi amiga. Me pongo al volante y pongo el motor en marcha—. ¡Rápido, Rose!

Ella se deja caer en el asiento del copiloto y estira el cuello para mirar por mi ventanilla mientras Goldie se incorpora entre los arbustos. Aún lleva puesto su hermoso vestido, aunque hojas y ramitas sobresalen por todos lados. Al vernos frunce el ceño, sale de la vegetación y yo piso el acelerador a fondo. Las ruedas derrapan y, sin duda alguna, despiertan al resto de la casa. Golpeo el volante por la frustración mientras la puerta de la verja aparece a la vista: está cerrada. Quito el pie del acelerador, intentando reducir la marcha a una velocidad más razonable dentro del recinto de la casa, antes de que el encargado de la puerta nos oiga.

—Es imposible que Bud nos deje salir. —Rose dice lo que estoy pensando en el momento en que él aparece y levanta la mano al ver que nos acercamos en el coche de Brad.

Todo irá bien si abre la puerta antes de darse cuenta de que Brad no está en el coche, así que le lanzo un destello con las luces largas y me hundo en el asiento, viendo que se mete de nuevo en la garita.

—Vamos... —digo en voz baja, mientras la luz del día comienza a colarse entre los dos paneles de madera de la puerta.

—Se está abriendo —dice Rose, que baja la visera.

Siento cosquillas en el pie de las ganas que tengo de pisar el acelerador a fondo, pero conservo la paciencia mientras la garita y Bud se van acercando. En cuanto establezco contacto visual con él, piso a fondo el acelerador y veo que se mete disparado en la garita.

—No están lo bastante abiertas —dice Rose mientras el coche tiembla y el alerón golpea el panel de la izquierda—. ¡Mierda!

Pego un volantazo hacia la derecha, el coche se estremece pero alcanza la calle derrapando. Rose pega la mano al techo mientras intento controlarlo y no tardamos en alejarnos a toda velocidad de la mansión.

Me tranquilizo, centrada en la carretera.

—¿A qué hora han salido? —le pregunto.

—No lo sé. Ya se habían ido cuando me he levantado.

Trago saliva y asiento con la cabeza, esperando y rogando porque mis miedos no estén justificados y esperando que Rose se haya equivocado y que Danny no esté a punto de sacrificar a James en beneficio propio. Ni James a Danny.

—Beau... —dice Rose en voz baja, girándose en el asiento para mirar la calle a nuestra espalda.

Busco en el retrovisor y veo que se nos acerca un coche.

—Mierda.

Un Range Rover se coloca a mi lado y, cuando me fijo, me encuentro con que lo conduce

Otto, y su expresión al volante es letal.

—Y aquí —dice Rose, casi con un suspiro, mirando por su ventanilla para ver a Ringo en otro Mercedes, con una expresión igual de furiosa.

Un nuevo vistazo al retrovisor me muestra a Brad, acercándose a toda velocidad en un tercer Mercedes, y para completar el séquito, un Range Rover aparece delante de nosotras, en el mismo carril: Goldie. Todos comienzan a frenar estratégicamente, obligándome a reducir también la marcha; es un mecanismo que usábamos mucho en la Policía, y ahora lo están utilizando conmigo. Estoy arrinconada.

Miro a Rose. Me siento derrotada y molesta por la preocupación que me produce. No puedo salir de esta situación a golpes y no me puedo arriesgar a hacerle daño. He perdido un bebé y es algo que no le desearía a nadie, y a mi amiga menos todavía.

Golpeo el volante con el puño cuando acabamos por detenernos en medio de la carretera. Cierro los ojos y echo la cabeza hacia atrás, vencida.

Otto abre la puerta de golpe y me clava una mirada llena de furia.

—¿A qué coño estáis jugando?

—Danny y James están en el astillero —le contesto con calma—. ¿Lo sabías?

El ceño que frunce de inmediato me indica que no.

—¿Si sabía qué? —pregunta Brad al llegar, pues evidentemente solo ha oído el final.

Otto no me quita los ojos de encima.

—Que Danny y James están en el astillero —dice—. ¿Tú lo sabías?

—No lo sabía.

—Así que hizo que la bebida fluyera hasta la madrugada —gruñe prácticamente Otto— y él apenas bebió porque necesitaba que durmiéramos hasta tarde y que estuviéramos de resaca, mientras él mantenía la cabeza despejada... ¿para hacer qué, Brad? ¿Qué coño está tramando?

Durante un instante, Brad tiene la expresión del ciervo que se queda paralizado por las luces del coche que se acerca, pero no tarda en transformar esa sensación en rabia.

—Lo voy a matar —dice, furioso, y le da un puñetazo al lateral del Mercedes—. Lo voy a matar, hostia. —Se dirige a la parte trasera de su vehículo y abre el maletero, apareciendo nuevamente con una ametralladora—. ¿Qué más tenemos? —pregunta, lo que lleva a que todos se pongan a rebuscar resolutivos en el maletero de sus coches.

—Tú... —dice Brad, señalando con un dedo acusador a Rose, que sigue sentada en silencio a mi lado—. Tú..., tú..., tú...

Gruñe y dedica su atención al resto mientras Rose y yo permanecemos mudas, observándolos evaluar la situación armamentística. No sé si debería sentirme aliviada por el hecho de que Brad no supiera nada. ¿Podría estar actuando? Examino a Goldie y a Otto, que se están preguntando exactamente lo mismo. Los dos guardan un silencio receloso mientras Brad no deja de lanzar maldiciones y promesas.

Pero ¿qué coño está pasando?

Capítulo 29

JAMES

Se me revolvió el estómago al ver que James desaparecía al otro lado de la puerta mientras me dirigía una mirada inquisitiva. Joder, si esto no da resultado soy hombre muerto. Me deshago del cigarrillo lanzándolo por el aire y enciendo otro de inmediato, sin permitir que mi mirada abandone el contenedor, prestándole mucha atención.

El sonido del móvil me lleva a dar un salto.

—Por el amor de Dios... —murmuro, y veo un número que no conozco.

Paseo la mirada con rapidez por el astillero y noto que estoy siendo observado desde todos los escondites posibles. Estaba cantado; era consciente de que él no contaría con que yo cumpliera con mi palabra. Espero que, al darse cuenta de que he venido solo, las cosas transcurran sin problemas para que así pueda volver a la casa, recoger a mi esposa, al muchacho y a mi madre, y largarnos cagando leches de esta ciudad.

Atiendo, contestando con mi silencio. Se oyen unos crujidos al otro lado de la línea y el sonido de un motor de fondo.

—Black... —dice alguien, y enderezo la espalda, receloso. No es una voz que desee oír en este momento.

—Higham... —digo en voz baja, consciente de que hay gente escuchándome, estén donde estén, y por ese motivo me obligo a relajarme mientras sigo fumándome el segundo cigarrillo—. ¿Y a qué debo el placer?

—¿Es posible que hayas perdido una moto de agua? —pregunta él.

—No, ¿por qué?

El vehículo estará hecho un millón de pedazos en el fondo del mar, junto con los restos del cabronazo al que mandaron a manipularlo, si los tiburones no se lo han comido. Que Higham me haya llamado implica que han encontrado algún resto sin duda identificable.

—Ha aparecido a trozos en una playa privada.

—Hay miles de personas que tienen motos de agua en esta ciudad. ¿Por qué asumes que es la mía?

—Quizás tenga algo que ver con el número de serie registrado a nombre de tu esposa.

Vaya, eso sí que es una cagada. De todos los trozos que podrían haber acabado en la puta playa...

—¿Robada? —digo, y se ríe.

—Black, creo que estás en el negocio equivocado.

Sonrío, pero dejo de hacerlo al notar que me pegan algo a la sien, algo duro y frío. Miro con el rabillo del ojo y me encuentro a un cabrón de aspecto carnoso y corpulento con los brazos apuntalados y cara de culo.

—Creo que tienes razón —contesto a Higham, lo que lleva a que el gordinflón que me retiene a punta de pistola empuje el cañón con un poco más de fuerza. Aprieto los dientes y cierro los ojos, esforzándome por buscar un poco de contención antes de matarle con lentitud. Era de esperar; no por ello me gusta, pero era inevitable—. ¿Algo más? —le pregunto a Higham—. Estoy un poco ocupado en este momento.

—La verdad es que sí. La invitación para tu boda, la semana que viene.

—¿Qué le pasa?

—Bueno, es un detalle por tu parte y todo eso, pero no quedaría bien que un agente del FBI asistiera a la boda de un conocido criminal, no sé si me entiendes.

—Lo comprendo —me apresuro a contestar y cuelgo para encargarme del asuntillo este de tener una pistola pegada a la sien—. He hecho un trato —le digo en voz baja, con una sensación de hormigueo en el cuerpo por la necesidad de lanzarme sobre su yugular.

—Bajaré el arma tan pronto tengamos confirmación.

No tiene acento ni irlandés, ni ruso, ni polaco. ¿Así que es solo un matón al que le han dado un poco de poder?

—Y yo te digo que no aprietes tanto y quizás me lo piense dos veces antes de matarte a golpes cuando te enteres de que el Enigma está muerto.

Me hace caso solo porque sabe quién soy, pero aun así es una decisión sabia. La presión se relaja y yo inspiro para contener la ira que amenaza con hacerme mandar a la mierda todo esto. Rose, pienso en Rose. Pienso en Daniel, en mi bebé. Es clave que me contenga si quiero salir de aquí por mi propio pie.

Vuelvo a mirarle con el rabillo del ojo, girando la cabeza unos milímetros para tenerlo a la vista.

—¿Y a ti cómo te llaman? —le pregunto antes de darle otra calada al cigarrillo—. ¿La Ballena? ¿El Elefante? —Le dirijo una sonrisa desagradable—. ¿O es que aún no te han concedido estatus de animal?

—Calla —ladra él, con lo que mi sonrisa se ensancha.

—Pues nos quedamos con el Hipopótamo.

Bajo la vista hacia esa barriga redonda que sobresale por encima del cinturón. Hostia puta, podría pegarle un tiro y no habría manera de que la bala atravesara el sebo y alcanzara sus órganos internos. Por eso apuntaré a la cabeza; en cuanto el Oso salga de ese contenedor, este cabronazo está muerto.

Capítulo 30

ROSE

Acepto la rabia de Brad porque estoy demasiado preocupada para discutir. La cabeza me va a mil y no hace otra cosa que caer en el mismo pensamiento una y otra vez: Danny es listo, pero James también lo es. Danny es letal y aun así jamás pensé que fuera a conocer a un hombre a su altura... hasta que llegó James. Danny me ama con fiereza y moriría por mí.

Trago saliva y miro a Beau, que está sentada a mi lado en la parte de atrás del coche de Brad, quien conduce a toda velocidad camino del astillero. Sé que James siente lo mismo por mi amiga así que ¿quién saldrá vencedor? ¿Y cuál de las dos se quedará sin su pareja?

Desolada, le cojo la mano a Beau y se la aprieto, preguntándome si estará pensando lo mismo que yo. Sé que sí cuando ella también me la aprieta, pero sin mirarme.

Brad se desvía de la carretera principal, mirando por el retrovisor para comprobar que los demás le estén siguiendo de cerca.

—Vosotras os quedáis en el coche —dice con brusquedad—. ¿Me oyes, Rose?

—Te oigo —contesto, cerrando los ojos, consciente de lo que me conviene.

Yo me expondría a todos los peligros, pero a mi bebé nunca, y es lo que Danny espera y exige. Me mataría con sus propias manos si no hago que me maten antes.

En este momento comienzo a comprender el nivel del odio de James. Lo desamparado que debe de sentirse y la fuerza de su necesidad de acabar con esto, porque lo sucedido es la razón por la que Beau perdió al bebé y por la que ella estuvo a punto de perder la vida. Entiendo el caos que Danny montaría si estuviera en la piel de James, por eso ahora puedo entender al propio James.

Abro los ojos cansados y los entorno para ver dónde estamos.

—¿Vamos a entrar directamente? —pregunto, echándome hacia delante sobre el asiento—. Brad, ¿estás loco?

—¿No crees que tendrán cada arbusto, árbol y centímetro de costa cubiertos, Rose? —pregunta, avanzando por el sendero de tierra hacia el astillero con las luces de emergencia puestas a modo de señal para advertir que venimos en son de paz. Él mira entonces a Beau por el retrovisor, advirtiéndola—: Lo que le he dicho a Rose sirve para ti también.

Beau aparta la vista con insolencia. Sé lo que va a pasar antes de que Brad tenga la oportunidad de activar el bloqueo de seguridad para niños, e incluso antes de que ella misma se mueva. Esa mirada suya... es de pura y absoluta temeridad.

—Beau... —le digo en voz baja, intentando sujetarla, pero ella ya ha saltado del coche—. ¡Brad! —grito, y él pisa el freno a fondo, levantando una interminable humareda de polvo y suciedad—. Oh, Dios mío —digo con un grito ahogado, y el instinto me lleva a saltar también del coche—. ¡Beau! —grito, viéndola correr como una gacela.

—¡Joder! —ruge Otto al pasar corriendo a mi lado, llamándola a gritos. Le sigue Goldie, descalza y todavía con el vestido puesto.

—Ay, Dios, no... —murmuro al ver que Brad y Ringo levantan las ametralladoras entre maldiciones.

—Me cago en la puta —gruñe Ringo, mirando a Brad en busca de indicaciones.

Un espasmo recorre la mandíbula de Brad, que me mira a mí y al coche, intentando tomar una decisión.

Sacudo la cabeza; no es un «no», sino un «no lo sé». No quieren dejarme sola pero tampoco quieren llevarme con ellos. Mi cabeza es un puto lío, igual que la suya. Pero Beau ha salido pitando y Danny está por aquí, en alguna parte. ¿Vivo?

La sola idea hace que me ponga en marcha llevada por un *déjà vu*, atenazada por las mismas sensaciones de temor y pánico de hace tres años, cuando Danny hizo sus tratos.

—Mierda, mierda, mierda —maldice Brad, que me coge y me conduce de vuelta al coche, donde abre el maletero para sacar un chaleco antibalas—. Solo hay uno —señala—. Quítate el jersey.

Baja el arma mientras hago lo que me pide y me apresuro a quitármelo por la cabeza para, acto seguido, dejar que él me ponga el chaleco. Es demasiado grande para mí, al menos me llega por los muslos. Vuelvo a ponerme el jersey por encima y acepto que Brad me coja de la mano para recorrer los últimos metros hasta el astillero a un ritmo sorprendentemente regular. La cabaña aparece a la vista y se me cae el alma a los pies al ver que Danny tiene una pistola contra la cabeza.

Gimoteo en voz baja, pero aun así Brad lo oye.

—Estate tranquila —susurra, y levanta el arma cuando el tipo que está detrás de Danny se saca una segunda pistola de los pantalones. Es entonces cuando aparecen más hombres de la nada, todos ellos armados—. Ya la bajo —dice Brad, y la coloca con cuidado en el suelo. Ringo le imita de inmediato.

—¿Qué coño hace ella aquí, Brad? —grita Danny, atravesando con la mirada a su amigo.

—Estarían ellas solas aquí, sin mí, si no las hubiera interceptado en la puta autopista. —Brad se incorpora, apretándome la mano.

—¿Dónde está Beau? —pregunto, mirando a mi alrededor—. ¿Y James?

—¡Maldita sea, Rose! —grita él, en el momento en que Beau sale corriendo de la cabaña con aspecto frenético.

—¿Dónde está? —grita con la cara roja de rabia y su atención puesta en Danny y en nadie más que Danny—. ¿Dónde coño está James?

Le dirijo una mirada ansiosa a mi marido.

—En el contenedor verde —contesta él, y la molestia le cuesta un golpe con la punta de la pistola por parte del tipo que le apunta.

Beau vuelve la mirada hacia el contenedor verde. Veo los latidos de su corazón desde aquí.

—¿Con quién? —pregunta mientras Goldie se le acerca poco a poco, preparada para atraparla en cuanto eche a correr.

Detesto la expresión de gravedad en el rostro de Danny. La detesto de verdad.

Capítulo 31

JAMES

Así que vamos a ir al grano, ¿eh? La verdad es que no me puedo creer a quién estoy viendo. El tipo sabe actuar, y sabe actuar bien. Inspiro y levanto las manos mientras otro hombre me registra con demasiada dureza para mi gusto.

—¿Qué coño pasa? —pregunto mientras me conducen a la fuerza a una silla en el rincón.

El cabronazo, trajeado y elegante, me mira con desdén, silencioso e imponente. O al menos eso es lo que intenta parecer. He imaginado un millón de maneras para acabar con él, todas lentas y dolorosas. Sin embargo, ahora que lo tengo delante, solo quiero hacerlo con rapidez.

—James Kelly —acaba diciendo, y yo ladeo la cabeza, interesado. No hay distorsionador de voz y, sin él, no suena ni la mitad de letal—. ¿O debería llamarte el Enigma? —Recoge una pierna al sentarse al borde de una mesa colocada en el centro del contenedor—. O Kellen James. ¿Qué nombre usas en la actualidad?, porque estoy bastante seguro de que todos esos hombres están muertos.

Su sonrisa no es sombría ni peligrosa, tan solo es engreída.

—¿Qué te ha prometido Black? —le pregunto, mirando el cañón de la pistola con el rabillo del ojo.

No dice nada, pero su sonrisa se vuelve más amplia y tengo que esforzarme al máximo para no arrancársela de la cara.

—Dime... —le ordeno, trasladando mi mirada letal entre la pistola y su cuerpo relajado y cómodo sobre la mesa. No debería parecer tan tranquilo—. ¿Y qué le has prometido tú a él?

—Algo que no recibirá. —Se levanta y comienza a pasearse por la habitación, despreocupado. Estúpido cabronazo.

—Quizás yo tenga algo que sí querrás conservar —le contesto con frialdad, y me mantengo impasible cuando me mira. Levanto las manos y me las llevo poco a poco hacia la sudadera para tirar de su borde y revelar la cintura de los calzoncillos. Como es natural, el movimiento hace que su gorila se ponga tenso y me amenace clavándome la pistola—. Tranquilo... —le digo en voz baja, mientras saco algo con lentitud y se lo muestro.

Él mira la foto y se le contrae de forma nerviosa el labio con el que se dispone a sonreír.

—La caja fuerte de Shannon —dice, desestimándome.

—¿Estás seguro? —Llevo la vista hacia el rincón del otro lado del contenedor, donde hay un viejo armario. Los dos hombres siguen mi mirada. Es la oportunidad que estaba esperando. Ha

llegado el momento de pasar al ataque.

Suelto la pierna y golpeo al tipo que me tenía retenido con la pistola. Su cuerpo se estrella contra el suelo porque sus piernas ya no le pueden sostener. Me pongo en pie, cojo la silla y se la tiro al Oso antes de propinarle al hombre del suelo un golpe veloz en la barriga y una patada en la cabeza que le deja noqueado. Giro sobre mí mismo y me encuentro con que el cabrón está recuperando el equilibrio y levanta una pistola. Mierda. Clavo las manos en el borde de la mesa y corro para deslizarla sobre el suelo y que le golpee.

—¡Joder! —grita, soltando el arma mientras su torso se pliega sobre el mueble.

Me lanzo por encima de la superficie de metal, cojo la pistola y le apunto mientras me bajo y retrocedo.

—Vaya, mira quién preside la mesa ahora —susurro, sonriendo ante su expresión desdeñosa —. Tendrías que haberte traído a muchos más hombres.

—Vete a la mierda —susurra, apartando la mesa de sus muslos.

Oigo ruidos procedentes del exterior.

—Ah, que sí te has traído a más hombres... —digo, llevando la mano hacia la puerta del armario. Es evidente que ha pensado que Black representaba un peligro mayor que yo y no sé si sentirme insultado o aliviado.

Un momento, sí que lo sé: me siento insultado, muy insultado.

Abro el armario y me encuentro con la rubia a la que Danny siguió desde la tumba de su padre hasta la ciudad; está atada y amordazada.

—Ahora hablemos de negocios. —La saco de un tirón y la pongo frente a mí, deleitándome con la expresión de incredulidad en la cara del Oso—. Tu teléfono móvil —le digo, señalando la mesa con la cabeza.

Él mantiene la mirada puesta en mí mientras se lleva la mano al bolsillo. Pero no saca un móvil. En cambio saca una pistolita muy cuca y nos apunta con ella. No voy a mentir, me quedo estupefacto, y cuando aprieta el gatillo y el cuerpo de ella se sacude, mi sorpresa se convierte en conmoción. Joder.

Ella cae al suelo y me deja sin escudo, con lo que la pistola ahora me apunta a mí. Bueno, este giro no lo había anticipado.

—Era una puta que no quería más que mi dinero —dice él, avanzando—. Parece que ahora no cabe duda alguna de quién preside la mesa.

Aprieta el gatillo y mi cuerpo da una sacudida que me hace salir disparado hacia atrás y golpear contra la pared. No tardo en sentir un dolor en el hombro.

—Siéntate, Jam..., Enig..., ya. —Se ríe—. Es que, en serio, no sé cómo tengo que llamarte.

—Yo sí tengo un nombre para ti —digo, gruñendo las palabras.

—¿Cuál?

—Muerto.

Me lanzo sobre él.

¡Bang!
Y vuelvo a volar hacia atrás con un gruñido, porque la bala me ha dado de lleno en el pecho.

Capítulo 32

DANNY

¡Bang!

Encojo el cuerpo mientras veo a Beau retorcerse y pelear en brazos de Goldie mientras maldice, grita y me insulta de todas las maneras habidas y por haber.

—¡Te mataré, joder!

Solo se queda quieta y callada cuando se oye el sonido metálico de una cerradura corrediza. Contengo el aliento mientras todo el mundo lleva la vista hasta el contenedor verde. No es James quien sale de él.

Trago saliva. El cabrón retorcido que nos la ha jugado a todos avanza confiado por la gravilla, aunque me doy cuenta de que cojea un poco.

—Dejaré que hagas los honores.

Sonríe y me lanza como si nada un detonador. Si hubiera tenido que apostar, y lo hice, jamás lo había hecho pensando que James perdería este combate.

—¿Perry? —Rose lanza un grito ahogado.

—¡No! —grita Beau, que comienza a forcejear de nuevo, lo que lleva a Otto a adelantarse para acudir en ayuda de Goldie—. ¿Qué estás haciendo?

—¿Qué coño está pasando, Danny? —pregunta Otto.

Miro a mi esposa, que se tapa la boca con las manos y tiene los ojos llenos de lágrimas. Miro a Brad, cuya expresión de gravedad está a la altura de mis sensaciones. La cuestión es que no cuento con muchas opciones. Trago saliva, miro a Beau, que no deja de gritar y de revolverse, y levanto el detonador.

—Y nosotros salimos vivos —le digo a Perry con calma, y él asiente con la cabeza.

—Pero ¿qué coño? —grita Goldie.

—Vuélalo —dice Perry con calma, disfrutando del dramatismo de la situación con las manos en los bolsillos.

—¡No! —grita Beau.

Inspiro, mirándola con pesar.

—Lo siento —susurro, y aprieto el botón.

—¡Danny! —grita Rose.

—¡Noooooooo! —Beau logra zafarse de Goldie y yo grito mientras ella comienza a correr hacia el contenedor—. ¡Beau, por el amor de Dios! ¡Ponte a...!

¡Bum!

Una bola de fuego sale disparada hacia el cielo y Beau se detiene de golpe mientras los demás se protegen los ojos del brillo cegador. Ella se deja caer de rodillas, rota, y contempla las llamas. Yo aparto la vista de su figura llorosa y caída, incapaz de soportarlo.

Busco a Rose. Su devastación es igual de insoportable; sacude la cabeza ligeramente, como si no pudiera creer lo que he hecho. La decepción... No puedo decir que me guste y, bajo una vergüenza absoluta, aparto también la mirada de ella. Me fijo en Perry Adams. Siempre ha sido una serpiente, pero no consideré nunca, ni una sola vez, que pudiera ser el Oso. Y ahora, mientras le miro regodearse en la matanza, pierdo la fe en que vaya a cumplir con su palabra, lo cual es un problema aún mayor con Rose y Beau aquí. Malditas sean estas mujeres... Detesto su lealtad.

Sigo notando la presión de la pistola contra el cráneo.

—Es hora de apartarla —digo, moviendo la cabeza, pero solo para volver a notar el arma al instante. Me quedo quieto, intentando contener al monstruo que llevo dentro antes de que irrumpa y haga que nos maten a todos.

—La apartaré cuando me lo digan.

—Acabo de decidir que vas a morir con más dolor —le digo, amenazante, y dirijo la vista hacia Perry—. Dile que se retire, joder.

La sonrisa enfermiza que me lanza dice más de lo que podría soltar por su boca traicionera.

—Me temo que no —contesta, pensativo, y asiente con la cabeza en dirección a sus hombres. Ellos se nos acercan y nos conducen como si fuéramos ovejas hacia la cabaña mientras el fuego arrecia no muy lejos. Veo a Brad ir en busca de Rose para traerla junto a mí. Otto hace que Beau se ponga en pie y la acompaña. Nuestras miradas se encuentran. Conozco el nivel de odio que veo reflejado en sus ojos. Le doy la mano a Rose y subo los escalones de la cabaña, girándome al llegar arriba, desde donde examino el lugar, deseando que se dé una prisa de la hostia.

—No sabes a lo que te estás enfrentando, Perry.

Él se ríe.

—¿Sabes? Hace tres años, cuando me pediste que buscara toda la información relacionada con los Green, pensé que estabas usando sus trapos sucios para hacerles chantaje. —Mira a Rose —. Por supuesto, tu puta iba a necesitar un abogado.

Inspiro sutilmente.

—Vuelve a llamarla puta y te mataré, Adams.

—Danny... —susurra Rose, apretándome la mano, pidiéndome en silencio que no eche más leña al fuego.

—Jamás imaginé que el niño que habían comprado fuera de Rose —prosigue él.

Busco a Brad y aguanto su mirada un instante. Él se remueve, incómodo. Entonces miro a Ringo y cuando me fijo en Otto y Goldie veo en ellos un desprecio total y comprensible. Mierda. Vuelvo a mirar hacia el contenedor verde y compruebo que las llamas comienzan a menguar.

Sonrío, los extintores las están apagando desde abajo, camuflados por el rugido del fuego. Vuelvo a mirar a Brad y los demás, quienes también se fijan discretamente en el contenedor. Entonces miro a Beau, pidiéndole mentalmente que me devuelva la mirada. Venga, Beau.

—Cuéntame, Adams —digo, mostrando cuatro dedos en la mano que sujeta la de Rose—. ¿Cómo quieres morir?

Que ella se ponga en tensión me indica que ha captado la señal. Solo espero que el resto lo haya hecho también, y entonces paso a mostrar tres dedos y le aprieto la mano.

—No voy a morir, Black. Tú, tu puta y tu patético ejército sois los que vais a hacerlo.

Muestro dos dedos.

Date prisa, date prisa.

Examino las llamas.

—Teníamos un trato. —Un dedo.

—He cambiado de idea.

Cierro el puño. No quedan dedos.

—Pues qué tonto —susurro mientras la escotilla que conduce al búnker se abre de golpe y James sale al exterior con una ametralladora en cada mano. Hostia puta, es como el fénix renaciendo de sus cenizas—. ¿Por qué has tardado tanto? —le grito.

Oigo que todo el mundo coge aire a mi espalda mientras Perry y sus hombres se giran, confundidos.

—¡Al suelo! —grito, arrastrando a Rose conmigo, y oigo que todos golpean la cubierta junto a nosotros.

Pero tengo que ver esto, así que levanto la vista en el momento en que James comienza a coserlos a balazos mientras avanza entre las brasas, manchado de barro, con el cuerpo vibrando. Es una mezcla de las armas y su furia pero, por la sonrisa de satisfacción en su cara, veo que está disfrutando. Los hombres caen como moscas, el ruido es ensordecedor, y observo el espectáculo con una sonrisa hasta que no queda nadie en pie. El lugar está cubierto de cuerpos, el aire se ha cargado de polvo y los ecos de los disparos resuenan en mis oídos.

—Pero qué coño... —murmura Ringo a mi lado, con la mandíbula caída—. ¿Ahora tendremos que llamarle Rambo?

Suelto una risa y veo el polvo depositarse de nuevo en el suelo para revelar a James parado delante de la masacre, paseando la vista entre sus víctimas. Sus manos sueltan las ametralladoras, que caen con un golpe sordo.

Me pongo en pie poco a poco, ayudando también a Rose antes de conducirla hasta una silla y hacer que se siente para poder revisarla con cuidado. Le levanto el jersey y compruebo sus brazos y sus piernas. Su rostro está perplejo. Sonrío y la beso.

—Se acabó —le digo con brusquedad.

—Vosotros..., vosotros... ¿planeasteis esto? —pregunta, con cara de estar completamente ida.

—Pues claro.

—Pero... yo... —Sacude la cabeza—. Pero ¿qué coño, Danny? ¿Cómo supisteis que era Perry?

—Les dije a cuatro personas que ayer iba a salir con la moto de agua en diferentes momentos. La moto estalló a las doce y veintiuno. A Perry le había dicho que salía al mar cada sábado a mediodía. Hizo que la amante de mi padre trabajara para él, así que la seguí hasta un edificio que Perry había usado cuando se presentó a la alcaldía.

Ella no puede más que mirarme en un silencio aturdido. Yo siento lo mismo. Fui un puto estúpido por no darme cuenta. No confiaba en él, para nada, pero... ¿El Oso? Es casi irrisorio.

Miro a los demás y todos parecen tan sorprendidos como yo.

—¿Todo el mundo está bien? —pregunto, y solo recibo silencio.

Sin duda tendré que lidiar con la ira de cada uno de ellos, pero al menos el trabajo está hecho, o casi.

Me giro y encaro a James para descubrir que se sujeta el hombro y que tiene la sudadera manchada de sangre.

—¿Te sientes mejor? —le pregunto, encendiendo un cigarrillo. Él se seca la frente con un gesto brusco y busca con la mirada a Beau, que está conmocionada; su cuerpo es una estatua y su rostro es la viva imagen de la incredulidad—. Me alegra ver que confías en mí —bromeo, para captar su atención.

Acepto lo que está a punto de pasar y me preparo para ello mientras ella se acerca con lentitud y me cruza la cara de una bofetada.

Hago rechinar los dientes y le doy una calada al cigarrillo para, acto seguido, exhalar.

—De nada —murmuro, y me echo atrás cuando me suelta otra bofetada. Esa sí que no la he visto venir—. Tienes suerte de que me siento indulgente, Beau, dadas las circunstancias —digo en voz baja.

A ella se le abren las fosas nasales y sus ojos son llamaradas cuando gira sobre sí y se dirige hacia James. Igual que yo, él se prepara para encajar el golpe, por lo que separa las piernas y las ancla al suelo, pero ella le golpea con tanta fuerza que hasta me encojo de dolor, cosa que no he hecho cuando el receptor era yo. Es su momento para deshacerse de la rabia. Con los ojos cerrados y la cabeza ladeada, James se encaja la mandíbula en su sitio con un crujido audible.

—¿Eso es lo mejor que tienes para mí? —le pregunta en serio, y yo me río por lo bajo mientras Beau le abre con violencia la sudadera para revelar un chaleco antibalas. Entonces se lanza sobre él, le envuelve con todas sus extremidades y se queda aferrada a su figura—. Eso está mejor —dice James tras un silbido de dolor.

Abrazándola, se dirige a una roca y se sienta en ella, para disfrutar del momento.

Me llama la atención un movimiento en el suelo. Me acerco al único cuerpo que muestra señales de vida. Está boca abajo, así que le paso el zapato por debajo y lo empujo para que quede tumbado sobre la espalda. Le gruño, mirando las heridas de bala que tiene por encima de las rodillas.

—Te dije que si volvías a llamar puta a mi esposa, te mataría.

Me pongo en cuclillas y doy una larga calada para soplarle el humo sobre la cara antes de apagar el cigarrillo en su mejilla. Gruño cuando chilla e intenta apartarme con manos débiles.

—¿No tienes nada que decir?

Sus gemidos y babas goteantes son lastimeros y, la verdad, la hostia de molestos.

—Quiero matarle —dice James a mi espalda.

Me giro y veo que aún tiene a Beau pegada al torso.

—No, yo quiero matarle. —Me pongo en pie y me acerco a él—. Es lo que acordamos; tú hacías de Rambo, yo mataba a Adams.

—He cambiado de idea —dice con firmeza—. Lo haré yo.

—No, yo —replico.

—No, Danny. Quiero hacer los hon...

Beau se suelta de los hombros de James, se gira, me coge la pistola, apunta y le vuela los sesos a Adams antes de dejar caer el arma y recuperar la posición, escondiéndose en el cuello de James. Los dos miramos a Adams con incredulidad, James con la boca abierta y yo con el cigarrillo colgando de la boca sin fuerza.

—Bueno, problema solucionado —dice Brad antes de cogerme el paquete de Marlboro y encenderse uno.

James sonríe; le sienta bien a su cara asesina.

—Creo que necesito unas vacaciones —digo mientras Rose se une a mí, pegándose a mi lado y abrazándome con fuerza.

—A mí tampoco me importaría tomarme unas. —James intenta que Beau se ponga en pie, pero no lo consigue—. Un poco de sol en la cara. —Ella levanta la vista y le sonríe; es la primera sonrisa de verdad que le veo y denota una felicidad real.

—Yo también quiero —mete baza Brad.

—Y yo —gruñe Ringo.

—Contad conmigo. —Goldie se encoge de hombros—. Nunca he estado de vacaciones.

—Pues a Santa Lucía que nos vamos —declaro.

Me meto la mano en el bolsillo, saco las llaves y se las tiro a James. Él las atrapa y deja que queden colgando de su dedo, apuntando a Goldie.

—Tú tienes algo que hacer antes de que podamos irnos —dice, y ella frunce el ceño y coge las llaves con gesto vacilante—. En ese contenedor.

Goldie mira en la dirección que le ha indicado James con la cabeza, y a continuación sus ojos se posan en cada uno de nosotros.

—¿Qué es?

—Una sorpresa —contesto, y la observo avanzar por las piedras con nada más encima que su vestido, hasta llegar a abrir la puerta y mirar dentro. Reparo en que levanta los hombros y me fijo en James, que me observa fascinado.

—¿Lo dejaste equipado? —pregunta él sin mirarme.

No puedo más que sonreír.

—Completamente. —Hice que Leon preparara una mesa dentro del contenedor con todas las herramientas, cuchillos y armas conocidas por el hombre. Tardaremos un rato en volver a ver a Goldie—. ¿Y qué hacemos con Kenny Spittle? —pregunto.

—Déjame que lo piense —gruñe James, haciendo rotar el hombro.

—Mueve el culo y ve a ver al médico.

Comienzo a conducir a Rose de vuelta al coche. En el momento en que le abro la puerta de atrás se oye el primer aullido de dolor procedente del contenedor. Tiro la colilla del cigarro por el aire y me giro para ver que Brad y Ringo nos siguen. James, Otto y Beau, en cambio, se quedan ahí sentados; esperarán al lado del contenedor hasta que Goldie decida que ya ha tenido suficiente.

—¡El avión sale esta noche! —les grito.

James levanta la mano para mostrar que me ha oído; estarán allí. ¡Claro que estarán allí!

«No confíes en nadie.» Entiendo el motivo por el que papá vivió y murió siguiendo ese lema, pero también supe que, al confiar en James Kelly, podría acabar al fin con todas las amenazas contra mí. Además, al obtener la libertad, parece que también he ganado una familia.

Sonrío y me subo al asiento del conductor, llevando la mirada hacia mi esposa, que me está observando, admirando mi relajación. Le pongo la mano sobre el muslo y ella me la sujeta.

—Me recuerdas a alguien a quien conocí —dice en voz baja.

Sonrío y pongo el coche en marcha. Levanto la mirada hacia el sol mientras, en la radio, Otis Redding nos acompaña con *(Sittin' On) The Dock of the Bay*.

Epílogo

Santa Lucía, dos semanas después

JAMES

Despatarrado en la silla de mimbre blanco de la terraza veo a Beau, que regresa de su paseo por la playa con Rose, Esther y Zinnea. No puedo distinguir su rostro con claridad ni veo su expresión o su sonrisa, pero sé que está ahí. A mi chica le sienta bien la paz y a mí me sienta de puta maravilla.

Su vestido veraniego de color azul claro ondea con la brisa, lo mismo que su pelo, y lleva el brazo al descubierto, a excepción de la gruesa capa de crema solar que le he puesto esta mañana (y que me consta que alguna de las chicas le habrá vuelto a aplicar durante el día). Hoy la he echado de menos. He estado ocupado, me he pasado horas en el agua con los chicos, pero la he tenido en la cabeza en todo momento. Cada instante de mis pensamientos ha estado dedicado a ella. Nada de conspirar, ni de sangre, ni de venganza; solo a Beau.

Le sonrío cuando se acerca a mí con el sombrero de paja colgando de la mano y los pies descalzos y llenos de arena. Me ve en la silla y la comisura de su labio se eleva mientras recorre el sendero sin quitarme la vista de encima. Deja caer el sombrero y se sube a mi regazo, cayendo sobre mi pecho y exhalando. No dice nada, aunque lo cierto es que hemos mejorado mucho cuando hablamos con nuestros silencios. La dejo estar, quieta y callada entre mis brazos, mientras miro el mar.

—¿Te acuerdas de la boda de Rose y Danny? —me pregunta, sin abandonar su escondite en la curva de mi cuello.

—No —contesto, y me gano un codazo—. ¿De qué parte?

—La parte en que me emborraché como una idiota.

—Ah, esa parte... —digo, sonriendo—. Cuando les volaste los sesos a varios globos peligrosos... —Siento que extiende los labios sobre mi piel y que sus manos hacen una ligera presión sobre mis pectorales.

—No, la parte en la que te dije que quería tener un hijo.

Maldito sea mi corazón por dar varios vuelcos, y soy consciente de que ella lo ha notado. Estoy sorprendido de veras, cojones, y no solo porque se acuerde, sino porque haya sacado el tema. Yo no he mencionado sus desvaríos de borracha ni las peticiones que me hizo porque..., bueno, porque estaba borracha. Eso sí, he pensado en ellos sin parar.

—¿Por qué te has puesto tenso?

—¿Por qué te escondes? —le replico, y ella se queda rígida contra mí—. No estoy tenso.

—Yo no me escondo.

—Entonces deja que te vea, Beau Hayley —le susurro, volviendo la cara hacia su pelo para besarlo—. Deja. Que. Te. Vea.

Ella se aparta poco a poco de mi cuerpo, empujando las manos contra el pecho, y me dirige una mirada demasiado cargada de incertidumbre. Esa duda se debe a lo que soy y a lo que hago; no debería amarme, no debería comprenderme y, desde luego, no debería querer tener hijos, casarse y vivir feliz para siempre conmigo.

—Hola, soy yo —le digo, mirándola a los ojos.

—¿Quién es yo? —pregunta, ladeando la cabeza, con una pequeña sonrisa incierta en los labios.

—James Kelly.

—¿Y a qué te dedicas, James?

—A amarte —susurro—. Es lo único que quiero hacer.

—¿Y cuando nuestros hijos nos pregunten cómo nos conocimos?

Suspiro, le cojo los antebrazos y bajo por ellos acariciándola hasta llegar a las muñecas.

—Todo se andará.

—Pero ¿habrá que caminar mucho? —Parece vacilante y sonrío con inseguridad mientras ella se muerde el labio inferior.

—No mucho, pero tenemos que asegurarnos de que el camino sea seguro.

—Creo que lo es.

—¿Acaso has sido experta en caminos, además de policía? —La cojo por las caderas y me echo hacia delante. El camino es el cuerpo de Beau y, aunque ha ganado fuerza, no tengo la seguridad de que esté preparado para aguantar el estrés de un embarazo—. Tendríamos que hablar con el médico.

—Me siento bien.

Perfecto, pero...

—¿Y qué hay de la parte del matrimonio? ¿Es que esa nos la vamos a saltar?

—No puedo casarme contigo —contesta ella, recorriendo con el dedo los bordes del vendaje de mi hombro—, porque mataste a Dexter.

Siento un mazazo en la cara. La miro en silencio mientras me observa con detenimiento, a la espera de mi reacción. Soy consciente de que le estoy ofreciendo lo que desea: sentimiento de culpa.

—Lo maté antes de que me pidieras que no lo hiciera. —Pero ¿qué coño estoy diciendo?—. ¿Cómo lo has sabido?

—Ollie me llamó.

No estoy en posición de ponerme nervioso o cabrearme y, sin embargo, aquí estoy, nervioso

de cojones y muy muy muy enfadado.

—¿Dónde encontró el cuerpo? —O, más concretamente, ¿cómo? Porque Danny me aseguró que no aparecería nunca.

—No lo hizo.

—Entonces... —Me detengo mientras Beau levanta poco a poco las cejas—. No hay cuerpo, ¿verdad? —Pues claro que no hay cuerpo, joder. Sin duda, los tiburones lo hicieron trizas.

—Solo el tuyo si no me cuentas lo que pasó.

—Pero ¿no te llamó Burrows?

—Sí que lo hizo, pero no para hablar de ese tema.

Pero ¿qué puto tipo de conversación es esta?

—Beau, ¿por qué me dices cosas para hacer que pierda los nervios a posta? ¿Qué quería Burrows?

—Ya sabes lo que quiere: a mí, viva, y a ti, muerto. Ahora dime cómo mataste a Dexter.

—De verdad que no quieres saberlo —le aseguro, y ella se echa hacia atrás, con aspecto de no saber lo que quiere—. De verdad —le repito.

—¿Qué hiciste?

—Le maté. Eso es todo. Ojo por ojo, Beau. Punto final.

—¿Danny lo sabía?

Joder.

—No. —Joder. Joder. Joder—. Tenemos que prepararnos para la cena. —Y tengo que hacerle una llamada de emergencia a Danny—. Venga.

Hago que se baje de mi regazo y se ponga en pie.

—¿Eso es todo? —me pregunta mientras me giro, con lo que me detengo a medio camino—. ¿Se acabó la conversación?

Cierro los ojos y recobro la compostura.

—No sé qué quieres de mí, Beau. No puedo retroceder en el tiempo ni puedo cambiar lo sucedido, igual que no puedo evitar que te disparara.

—¿Una disculpa, quizás?

¿Debería enfrentarme a ella?

—¿Por matarle?

—No, James. Por haberme mentido.

—Lo siento —digo, exhalando—. Todo el santo día, lo siento. —Por mentir, sí, pero por matarle..., desde luego que no.

Ella pasa a mi lado para entrar en la habitación sin decir nada y me deja lleno de dudas en la terraza. ¿Y ahora qué?

—Quiero que bloquees el número de Burrows. —¿Y voy y digo eso? Es que eres un puto tonto del culo, James.

Ella se gira y me mira, divirtiéndose aunque sintiéndose insultada a la vez.

—Tengo que prepararme para la cena.

Se mete en el baño y cierra la puerta, cuya traducción, claramente, es que no entre. Lo más probable es que no resulte seguro para ambos. Aun así, ni Beau ni yo somos grandes entusiastas de hacer las cosas con seguridad.

Entro en el baño y me la encuentro bajándose las bragas. Se incorpora poco a poco y me observa, a la espera de lo que vaya a hacer o decir.

—Hagamos un bebé —le digo, tendiéndole la mano—. Aquí y ahora.

—No sé si estás preparado para ser padre —contesta, y deja mi mano colgando. Eso ha dolido.

—Tampoco estaba preparado para ser tuyo, Beau. Pero lo soy, y estoy aquí, dispuesto a todo.

Su sonrisa es demasiado mona, joder.

—No vuelvas a mentirme nunca.

—Nunca.

Se me acerca, se pone de puntillas y me respira sobre la cara.

—Hagamos un bebé —susurra, metiéndome las manos en los calzoncillos.

Mi torso se pliega y aprieto las muelas con fuerza.

—Métete en la cama —le ordeno, y ella me suelta, pasa frente a mí y se sube al colchón, donde levanta las manos por encima de la cabeza.

Cojo el cinturón del respaldo de la silla y me subo a horcajadas sobre su pecho para atarla al cabecero de madera.

—No te pelees con las ataduras —le digo en voz baja—. ¿Estás lista?

—Más... —susurra ella en voz baja, arqueando la espalda.

Podríamos haber escogido el camino corto, pero Beau quería sentir los últimos rayos de sol en la cara, así que hemos recorrido toda la playa, por la orilla, hasta llegar al pequeño sendero sinuoso que conduce al restaurante. Cogidos de la mano, descalzos los dos y en silencio, mi camisa blanca lleva tan solo un botón abrochado, los pantalones holgados tienen el dobladillo húmedo y mi cabello, la verdad, está alborotado. Noto su cabeza descansando contra mi antebrazo, sus manos aferrándose a mí, y mi mirada se posa en la cicatriz de su brazo desnudo.

—¿Lo oyes? —pregunta, tirando de mí para que me detenga.

—¿El qué?

—Escucha... —Se lleva un dedo a la boca, para callarme. Entonces lo oigo.

—¿Es Zinnea?

Beau se ríe, señalando el bar que hay un poco más allá, sobre la playa.

—Es su primera actuación. Le han dado un espectáculo semanal, los sábados por la noche.

—Que Dios ayude a Santa Lucía —murmuro.

La voz de Zinnea va ganando volumen hasta que llegamos al bar y la vemos encima del

escenario, haciendo ostentación de todos los colores imaginables de una manera u otra: en su vestido, maquillaje, peluca...

—¡Queridos! —grita al micrófono entre los versos del *She's a Lady* de Tom Jones, lo que me lleva a encogerme de vergüenza y a que Beau salude con la mano—. Os presento a mi sobrina y a su atractiva y peligrosa pareja, James. —Su sonrisa es traviesa; la manera en que sacudo la cabeza, cansada—. Estaré muy pronto con vosotros, queridos —canta con suavidad antes de lanzarse a por el estribillo.

Veo la entrada del sendero al frente y, por suerte, cuando la alcanzamos, la canción de Zinnea se ha desvanecido por completo, engullida por el sonido del mar.

—Aquí están —dice Esther, que se levanta de la mesa al vernos—. Estaba a punto de llamaros.

Suelto la mano de Beau para que se vaya con las chicas, que la besan en la mejilla y le indican dónde sentarse.

—¿Todo bien? —pregunta Danny, haciendo chasquear los dedos para llamar al camarero, que se apresura a acercarse con una botella de vodka.

—Todo bien. —Saco la silla para que Beau se siente y ocupo el asiento contiguo—. ¿Dónde está Daniel?

Rose señala hacia el mar y ahí está el muchacho, zumbando sobre las olas con su moto de agua, perseguido por otras dos ocupadas por Tanque y Furia, que han sido reasignados. Aún no sé con seguridad si se alegran por ello.

—¿Vino? —le pregunta Rose a Beau, con la botella flotando sobre su copa.

—Esta noche no. —Se sirve un poco de agua y yo sonrío para mí mismo.

—¿Hay algo que no nos hayáis contado? —pregunta Danny, ganándose mi atención.

—Oh, por el amor de Dios... —murmura Brad—. No me digáis que estáis embarazadas las dos o me bajo de la vida mafiosa.

—Todos nos acabamos de bajar de la vida mafiosa —dice Ringo riéndose, antes de bajarse el contenido de una botella de cerveza como si fuera un chupito.

—¿Qué me he perdido? —pregunta Otto acercándose a la mesa con aspecto atildado.

Levanto la ceja con interés al ver que se sienta al lado de Esther y al notar la frialdad inmediata por parte del hombre que está sentado unas sillas más allá: Danny. Lo miro y parece estar preparándose para matar. Dios, Otto, de todas las mujeres que hay en este mundo, ¿vas y escoges a la madre del Británico?

Esther le sirve vino y él se lo agradece con una sonrisa cómplice. Además, se ha recortado la barba y puedo oler su colonia desde aquí.

—¿A quién estás intentando impresionar? —pregunta Goldie, y Otto se queda paralizado, con la copa en los labios.

Mira quién ha ido a hablar, ahí sentada con... ¿los labios pintados? Hace dos semanas salió de ese contenedor sin un solo rasguño y siendo una mujer diferente.

—Sí, ¿a quién? —pregunta Danny.

—Danny... —dice Esther con voz grave, y todo el mundo pasea la mirada entre la madre y el hijo, a la espera de lo que vendrá a continuación. ¿Cuchillo? ¿Puño? ¿Pistola? Desde que llegamos, Esther ha desaparecido en algunas (digamos que bastantes) ocasiones junto a Otto. Todo el mundo menos Danny se ha hecho el tonto. Danny, en cambio, no ha dejado de llamar al móvil de Otto con insistencia cada vez que este desaparecía—. Déjalo estar, por favor. —Le dirige a su hijo una mirada de advertencia y a él se le abren las fosas nasales mientras Rose le coge la mano y se la aprieta.

—Bebe —le ordena, acercándole el vaso de whisky escocés mientras el camarero deja algunos cuencos de aceitunas en la mesa—. Bueno, ¿quién se ha pasado a ver a Zinnea? —canturrea Rose, intentando desviar de Esther y Otto el mal humor de su marido.

—Acabamos de pasar por delante —contesta Beau, cogiendo una aceituna del cuenco—. Tenía bastante público.

—Tendremos que ir a verla después de la cena —dice Esther, repartiendo las cartas alrededor de la mesa—. Pidamos ya, estoy muerta de hambre.

—Eso es porque te has saltado el desayuno —murmura Danny, escondiendo la cara en la carta—... y la comida.

—Danny... —susurra Rose y yo sonrío al ver al asesino a sangre fría enfurruñarse como un crío y dirigirle a su esposa una mirada de enfado.

—¿Deberíamos tener una pequeña charla, tú y yo? —dice Otto, y la mesa entera se queda en silencio, todo el mundo mirando al uno y al otro.

—Ay, mierda... —susurra Brad mientras Danny cambia de posición el cuchillo como quien no quiere la cosa—. Otto, yo te puedo contestar a eso.

—Sí —dice Danny, poniéndose en pie de golpe, con lo que su silla sale disparada hacia atrás —. Tengamos una pequeña charla.

—Danny... —dice Esther con un grito ahogado—. No, nada de charlas.

—No pasa nada —dice Otto con toda la calma del mundo, cogiéndola del brazo y animándola a sentarse con suavidad, sin apartar la vista de Danny. Rose también se ha puesto en pie y tiene la cara pegada a la de Danny mientras le dice algo con urgencia.

—No pasa nada —repite Danny, aplacándola e invitándola a que se siente—. ¿Verdad, Otto?

—Estamos bien —coincide él, levantándose de la silla—. ¿Paseamos y charlamos?

La de Danny es la sonrisa de un asesino, y sacudo la cabeza, aunque también conozco a Otto. Quizás no sea tan cruel ni retorcido como Black, pero sigue siendo un asesino.

—Yo seré el árbitro —declara Brad, que coge la botella y apunta con ella hacia la playa mientras los otros dos se dirigen hacia el sendero. Esther está nerviosa, Rose tiene un aspecto furioso y Beau le sirve a esta última un poco de vino y se lo ofrece. Rose, distraída, acepta la copa y se la lleva a los labios.

Se detiene.

—¡Para! —grita Beau—. Mierda, ¿qué demonios estoy haciendo? —Le confisca la copa y se la lleva a la boca.

Entonces se detiene también y hace una mueca.

—Bueno, si ninguna de las dos la quiere... —canturrea Goldie, cogiendo la copa—. ¿Alguien tiene palomitas?

—¿Crees que deberías ir? —me pregunta Beau, que parece tan nerviosa como su amiga y como Esther.

—No —contesto, riéndome—. Dejad que lo solucionen ellos.

—Ay, Dios... —gime Esther, que coge la botella del centro de la mesa con manos inquietas. Otto y Danny desaparecen por la abertura en el muro que conduce a la playa y Esther se levanta con rapidez de la silla—. No podemos dejar que se maten el uno al otro. —Sale disparada del restaurante y Rose se apresura a seguirla.

Yo, en cambio, me tomo mi tiempo para ponerme en pie y le ofrezco la mano a Beau.

—¿Quiere un poco de comedia para acompañar la cena, señorita? —le pregunto, y ella se levanta de la silla, riéndose.

Dejamos a Goldie y Ringo en la mesa, nos dirigimos al muro y, cuando la playa aparece a la vista bajo nuestros pies, veo que Danny y Otto caminan poco a poco dibujando un círculo, con las camisas arremangadas.

—¿Quién crees que es el favorito? —pregunta Beau, sentándose en el muro y pasando las piernas por encima para que queden colgando del otro lado.

—Depende de si hacen trampas o no.

Me coloco detrás de ella, le pongo las manos sobre los hombros y sonrío cuando me las coge. Danny es el primero en golpear y ¡vaya si golpea! El puñetazo en la mandíbula se oye desde aquí y hace que Otto caiga de culo. Acto seguido se lanza encima de él y los dos comienzan a rodar y forcejear en la arena, gruñendo, golpeando y gritando. Van a estar un rato así.

—Vamos. —Levanto a Beau y veo que Brad conduce a Esther y a Rose de vuelta a la mesa, ya que es evidente que han llegado a la misma conclusión que yo: hay que dejarlos a lo suyo, porque no se matarán entre ellos.

Todos nos sentamos, pedimos la comida y nos ponemos a conversar.

Sonrío, me relajo y me dedico a disfrutar de la compañía. Pero lo que me produce mayor placer es ver a Beau hablar feliz con las chicas mientras me dirige miradas de vez en cuando, como para comprobar que sigo aquí. Siempre lo estaré. Le cojo la mano contra mi regazo, sonrío, doy un trago de vodka y paseo la mirada por la mesa.

Encargué un ejército y recibí uno y, por muy inesperado y retorcido que sea, también me he hecho con una familia.

Con los entrantes, Danny y Otto regresan de su trifulca playera, ambos desaliñados. A Danny le sangra el labio y a Otto, la nariz. Todo el mundo guarda silencio mientras se sientan, beben un trago y atacan el marisco. No dicen una sola palabra.

Creo que Danny se lo ha sacado de encima, al menos por esta noche.

Cuando limpian la mesa, decidimos tomar los tragos posteriores a la cena en el bar de la playa, para ver el final de la actuación de Zinnea. Llegamos a tiempo de escuchar la última canción y, mientras los hombres pedimos la bebida, las mujeres se dirigen en fila india a la pista de baile para aplaudirla y, por supuesto, al acabar le solicitan un bis.

Me quedo boquiabierto cuando Zinnea se arranca con *Gangsta's Paradise*, y Danny suelta una carcajada, Brad escupe la bebida y Ringo y Goldie se parten de risa por primera vez. Nos acomodamos en una mesa exclusivamente masculina y es una sensación rara. Por lo general, sin mujeres, estaríamos planeando algo, conspirando, intentando averiguar cosas o programando el siguiente asesinato. En cambio, estamos aquí sentados, callados, aunque sin duda alguna disfrutando del silencio.

Hasta que suena el móvil de Danny. No me gusta que frunza el ceño, y no me gusta que levante la vista hacia mí.

—¿Quién es? —pregunta Brad, mientras él le da al botón de contestar y deja el aparato sobre la mesa, invitándonos a que nos acerquemos a escuchar.

—Me ha dolido de verdad que pensaras que el mierdecilla con ínfulas de Adams era yo. —La voz se ríe, y yo resoplo, recostándome en la silla—. Me fue útil durante un tiempo.

Pero ¿qué coño...?

Miro a Danny y lo veo conmocionado. Nunca lo había visto así. Ha cerrado los puños y, al mirarme las manos, veo dos piedras blanquecinas por las que no corre la sangre.

—Así que la partida continúa, ¿verdad? —dice la voz, y suena de lo más feliz—. James, Danny... tengo muchas ganas de que llegue el próximo asalto.

La línea queda muerta y el Británico estrella el puño contra la mesa, haciendo saltar las copas de todos.

—Joder —ladra, golpeando la carta de los cócteles de un manotazo contra la mesa—. ¿Cómo es posible?

Miro a Beau, al otro lado del bar, girando sobre sí misma, riéndose y cantando en la pista. Está feliz, tranquila y en paz..., pero no es más que un espejismo.

—Bueno, han sido unas bonitas vacaciones mientras han durado —digo en voz baja, llevándome el vaso a los labios y mirando el vientre de Beau, esperanzado, rogando—. ¿A qué hora sale el avión?

El regreso
Atracción sin reglas, 3
Jodi Ellen Malpas

Autora número uno en The New York Times, nació y se crio en Inglaterra, donde vive con su marido, sus hijos y Theo, su dóberman. Se considera una soñadora y siente debilidad por los hombres alfa.
Después de escribir en secreto durante demasiado tiempo, se dio a conocer en 2012 con la Serie Mi hombre, protagonizada por el irresistible Jesse Ward, convirtiéndose en un auténtico fenómeno. A petición de su legión de lectoras, Jodi volvió con la Serie Ella, esta vez contada por Jesse Ward, y que la convirtió en la reina de la novela romántica.
Es autora también de la trilogía Una noche (Deseada, Traicionada y Enamorada) y de la serie Atracción sin reglas (El Británico, El Enigma y El regreso).
Su gran pasión es escribir poderosas historias de amor con personajes feroces e inolvidables, sus novelas se han traducido a veinticinco lenguas y cuentan con el reconocimiento de millones de lectores en todo el mundo.

© Jodi Ellen Malpas, 2022
© por la traducción, Milo J. Krmpotić, 2024
©Editorial Planeta, S. A., 2024
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta
Ilustración de cubierta: Shutterstock

Primera edición en libro electrónico (epub): julio de 2024

ISBN: 978-84-08-29154-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!



¡Síguenos en redes sociales!


JODI ELLEN
MALPAS
ATRACCIÓN
SIN REGLAS
EL BRITÁNICO
Volumen 1
Planeta

El Británico (Atracción sin reglas, 1)

Malpas, Jodi Ellen
9788408291527
162 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

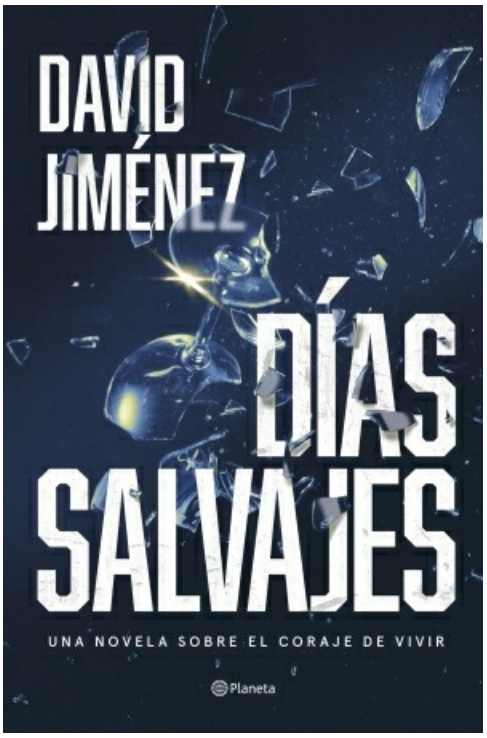
El placer nunca ha sido tan letal.

Se podría decir que Rose Cassidy no vive; simplemente existe. La indolencia es la única manera que tiene de sobrevivir en este mundo. Pero cuando Danny Black la toma como rehén en un mortal juego de poder, ella se encuentra confrontada no solo por el miedo, sino por un insospechado deseo que amenaza con consumirla. Ha oído hablar de Black, también conocido como el Británico. Es cruel. De sangre fría. Y de un magnetismo oscuro que despierta lo prohibido en Rose. A medida que él desentraña sus capas, ella se encuentra luchando contra una atracción retorcida que desafía su instinto de supervivencia.

Cuando Danny se ve obligado a hacer de Rose su peón en un juego mortal, jamás imaginó que la belleza de su cautiva lo llevaría al borde de la obsesión. Rose despierta en él una pasión feroz, pero él sabe que sucumbir a sus emociones es un riesgo mortal. Mientras el peligro acecha a cada paso, ambos se ven arrastrados hacia un juego más oscuro y adictivo que el propio peligro que enfrentan.

En este juego, ¿quién será el captor y quién la presa?

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


DAVID
JIMÉNEZ
DÍAS
SALVAJES
UNA NOVELA SOBRE EL CORAJE DE VIVIR
Planeta

Días salvajes

Jiménez, David

9788408289364

352 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

UNA NOVELA SOBRE EL CORAJE DE VIVIR

El joven millonario Bosco Zabala, heredero de una dinastía de banqueros, provoca un terrible **accidente kamikaze** tras una noche de fiesta desbocada. La **tragedia sacudirá a tres familias** que viven en mundos opuestos, enlazará sus destinos y las arrastrará al abismo donde anidan nuestros sentimientos más extremos.
¿Qué estaríamos dispuestos a hacer por **reparar el error fatal de un hijo**? Cuando el sistema protege al poderoso y falla al inocente, ¿dónde están los límites en la **búsqueda de justicia**? ¿Puede la venganza calmar el dolor insoportable de la pérdida?
Días salvajes es una conmovedora novela sobre el duelo, la culpa, la amistad y la lucha contra el olvido, y también un retrato descarnado de la **España eufórica de los años 2000**, cuya resaca dejó heridas que siguen sin cicatrizar.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


JODI ELLEN
MALPAS
ATRACCIÓN
SIN REGLAS
EL ENIGMA
Volumen 2
Planeta

El Enigma (Atracción sin reglas, 2)

Malpas, Jodi Ellen
9788408291534
162 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Un juego de seducción mortal.

Tras plantar a su prometido en el altar y renunciar a su trabajo como policía en Miami, Beau Hayley va dando tumbos por la vida. No siente nada. Solo resentimiento. La muerte de su madre fue calificada de accidente. No está convencida de ello. Pero cuando conoce a James Kelly, un hombre tan herido como ella, algo cambia. A pesar de su apariencia gélida, despierta en Beau un torrente de emociones prohibidas. James es placer. Un completo enigma.

James Kelly solo tiene una misión: vengar brutalmente la muerte de su familia. El entramado de crímenes y engaños le conduce irremediablemente hacia Beau Hayley, la hija de la agente del FBI que le persiguió sin descanso hasta su muerte.

Beau podría ser la pieza de su puzle sin resolver. Un misterio que le intriga más allá de su sed de venganza. Así que tendrá que decidir entre dejarla vivir, arriesgándose a exponerse; o bien acabar con ella para cumplir con su misión.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

«Cualquiera que quiera hacerse rico debería tener
una copia de este libro.» JAMES CLEAR, *autor de Hábitos atómicos*

MORGAN HOUSEL

LA PSICOLOGÍA DEL DINERO

CÓMO PIENSAN LOS RICOS

MÁS DE 2.000.000 DE EJEMPLARES VENDIDOS



18 CLAVES IMPERECEDERAS SOBRE RIQUEZA Y FELICIDAD

Planeta

La psicología del dinero

Housel, Morgan
9788408247265
312 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

En cuestiones de dinero, lo que importa no es lo listo que seas sino cómo te comportas. Tendemos a pensar en la inversión o la gestión de las finanzas personales como una disciplina matemática, en la que los datos y las fórmulas nos dicen exactamente qué hacer. Sin embargo, el rasgo que define a las personas que logran enriquecerse no es su destreza con los números, ni su salario o su talento, sino su historia personal, sus motivaciones y su visión única del mundo.

Un genio que pierde el control de sus emociones puede ser un desastre financiero. Y lo mismo vale en caso contrario: gente de a pie sin formación en finanzas puede enriquecerse si cuenta con unos cuantos patrones de comportamiento. Esto, impensable en otras disciplinas como la arquitectura o la medicina, es fundamental en el campo de las finanzas.

Este libro, llamado a convertirse en un clásico de las finanzas personales, nos provee del conocimiento esencial para entender la psicología del dinero y nos invita a hacernos una pregunta fundamental que raramente nos hacemos, cuál es nuestra relación con el dinero y qué queremos realmente de él.

A partir de 18 claves imperecederas, Morgan Housel nos enseña cómo funciona la psicología del dinero y cuáles son los hábitos y conductas que nos ayudarán no solo a generar riqueza, sino, más importante aún, a conservarla.

«Un libro imprescindible para cualquiera que quiera tomar decisiones más inteligentes y vivir una vida más rica.» **Daniel Pink**, autor de *La sorprendente verdad sobre qué nos motiva*

«Ideas fascinantes y consejos prácticos. Cualquiera que quiera hacerse rico debería tener una copia de este libro.» **James Clear**, autor de *Hábitos atómicos*

«Uno de los mejores y más originales libros de finanzas de los últimos años.» **Jason Zweig,** *Wall*

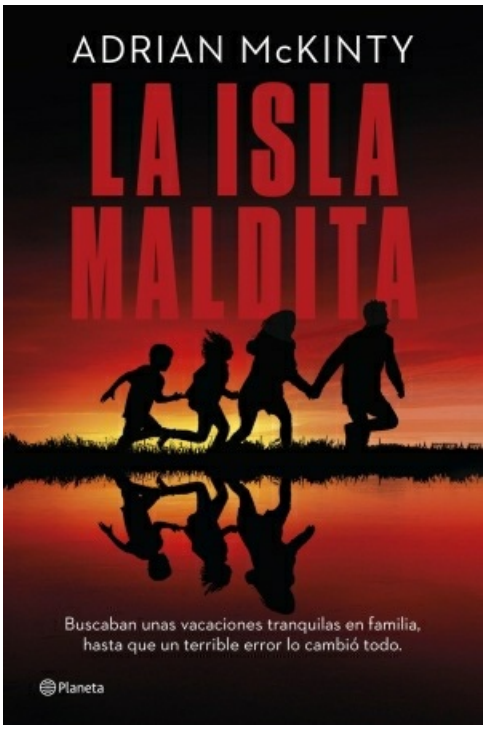
Street Journal

«Housel es de esos escritores capaces de hacer digeribles conceptos financieros de lo más complejos. Este es un libro que se devora de principio a fin y que no solo nos explica por qué tomamos malas decisiones con respecto al dinero, sino que nos ayudará a tomar mejores.» **Annie Duke,** autora de *Thinking in Bets*

La riqueza no es fruto de nuestra inteligencia, talento o trabajo.

Es fruto de nuestro comportamiento.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


ADRIAN McKINTY
LA ISLA MALDITA
Buscaban unas vacaciones tranquilas en familia,
hasta que un terrible error lo cambió todo.
Planeta

La isla maldita

McKinty, Adrian
9788408291480
480 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Vuelve el autor del bestseller La cadena con un thriller del que no podrás huir. Bienvenidos a la isla.

Heather ha logrado cambiar de vida: se ha casado con Tom, un joven y brillante médico viudo con dos hijos. Cuando su marido recibe una invitación para asistir a un congreso en Australia, deciden que la familia al completo lo acompañe para afianzar la relación entre Heather y los hijos adolescentes de Tom y lograr que la nueva familia funcione. Pero las que iban a ser unas idílicas vacaciones acabarán tomando un rumbo muy distinto.

Inicialmente, visitar la minúscula Isla Holandesa parece un sueño hecho realidad: koalas, pingüinos... animales fascinantes al alcance de la mano, algo imposible de experimentar en ningún otro lugar del mundo. Sin embargo, la Holandesa es una isla privada dominada por el clan de los O'Neill, una familia que no perdonará un accidente, convirtiendo las vacaciones de Tom y Heather en una auténtica pesadilla.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)